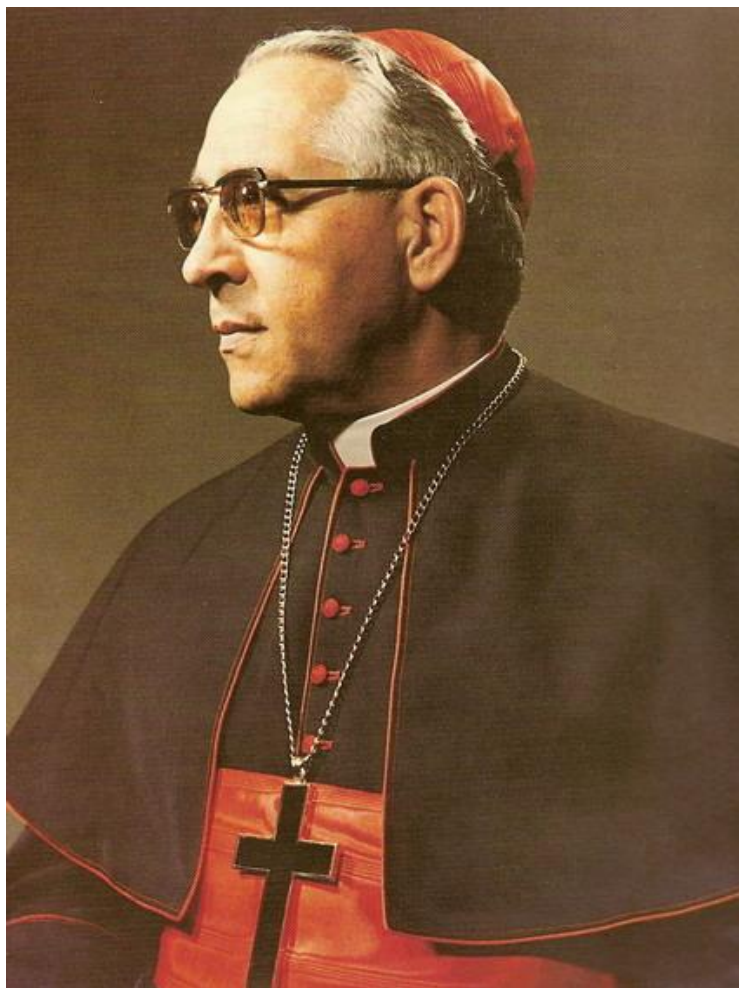


OBRAS DEL CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN



III

En el corazón de
la Iglesia

PRÓLOGO

del cardenal J. Ratzinger,
Prefecto de la S. Congregación
para la Doctrina de la Fe.

Eucaristía, Corazón de Jesús, María Virgen y Madre, San José, he aquí cuatro términos, cuatro realidades, cuatro amores del hijo de la Iglesia, que encuentran en este volumen expresión y desarrollo ejemplares. Comparando el índice general de los documentos contenidos en este tercer volumen de las obras del Emmo. Sr. Cardenal Marcelo González Martín, con el catálogo de los textos reproducidos en el volumen anterior —*Santa Madre Iglesia*—, se observa que en el nuevo volumen adquieren tratamiento detenido, singularizado, temas apuntados genéricamente en el precedente. Como cuando en una sinfonía adquieren desarrollo espaciado, temas que aparecían ya en los compases del primer movimiento.

Hay en estos dos volúmenes una coherencia lógica de temas, y se advierte también un certero tratamiento, que evidencia al mismo tiempo la preocupación de un magisterio bien fundado en la doctrina de la Iglesia y con sensibilidad pastoral por parte del Señor Arzobispo de Toledo y Primado de España, que por algunos años fue miembro de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

En efecto, los grandes temas eclesiológicos conducen, del modo más obvio, a una consideración contemplativa del misterio eucarístico, puesto que según la frase feliz del Cardenal H. de Lubac, la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia (*Meditación sobre la Iglesia*, trad., esp., 4ª. ed., Bilbao 1964, 135). Ya la *Didaché* (9,4) veía en el pan que se usa en la Eucaristía, hecho y amasado del trigo disperso por los campos, un símbolo de la unidad de la Iglesia, recogida de todas las extremidades de la tierra. Pero no se trata de un mero símbolo. La II Asamblea extraordinaria del Sínodo de los Obispos insistía en la necesidad de atender más a una “eclesiología de comunión” (*Relación final*, II, C). Recogía así una de las ideas más centrales y fecundas del Concilio Vaticano II. Ahora bien, el pan eucarístico es él alimento de los fuertes (San Agustín, *Confesiones* 7, 10, 16). Los alimentos terrenos son más débiles que el hombre. Por ello, el hombre los asimila. Sólo este manjar que es más fuerte que el hombre, asimila al hombre a sí, lo transforma en sí. Y con esta transformación en Cristo lo pone en comunión con todos los que son de Cristo. “Porque el pan es uno, somos un solo Cuerpo los muchos” (1Cor 10, 17). No es casual que la acepción más popular de la palabra “comunión” sea la eucarística, pues esa comunión eucarística es la gran fuente de la “comunión” eclesial.

Es un mérito innegable de los escritos del Sr. Cardenal de Toledo sobre la Eucaristía que haya abordado el misterio eucarístico en toda su integridad y complejidad de aspectos: sacramento-sacrificio, sacramento-comunión, sacramento-presencia, como decía Juan Pablo II (*Redemptor hominis*, 20).

“Hazte presente, Jesús, buen pontífice, en medio de nosotros, como estuviste en medio de tus discípulos”, se decía en la antigua liturgia mozárabe, en cuya renovación tantos desvelos y trabajos ha puesto el Cardenal González Martín.

La piedad eucarística nos lleva a una devoción cristológica de inmediatez. Por eso la devoción a Cristo Jesús, el Hijo de Dios que se hizo carne (1Jn 4,1; 2 Jn 7) y que, por ello, no puede prescindir de su humanidad, para no ser superficial tiene que llevar a su Corazón. En efecto, el “Corazón” es lo decisivo en el hombre y lo que permite valorarlo plenamente. San Jerónimo con gran claridad expresaba esta idea, rica para la antropología cristiana, cuando escribió: “Se pregunta dónde está lo principal del alma: Platón dice que en el cerebro, Cristo muestra que está en el corazón” (*Epístola* 64, 1).

Por otra parte, la espiritualidad propia de la **devoción al Corazón de Jesús** es también exigencia de una recta concepción eclesial. No puede olvidarse que, en la doctrina patristica. Cristo, el nuevo Adán (1Cor 15, 45), duerme muriendo y de su costado abierto nace la Iglesia virgen (*San Agustín, De Symbolo sermo ad Catechumenos* 6, 15). Del Corazón del Señor brota la Iglesia.

Este Corazón es el Corazón del Logos encamado. Ya en el Antiguo Testamento se habla en veintiséis ocasiones del Corazón de Dios. En Oseas 11 encontramos un tema tan profundo como el vuelco del Corazón de Dios por impulso de la misericordia. En el Corazón humano de Jesús se refleja también el Corazón de Dios. Del uno podemos ascender al otro.

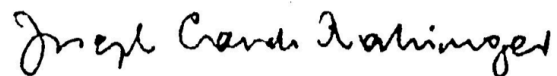
Junto al nuevo Adán no podía faltar la figura de la nueva Eva. Sin ella, asociada a la obra salvífica de su Hijo, la consideración del “gran misterio de la piedad” (1 Tim 3, 16) sería incompleta, mutilada. La Hija de Sion por antonomasia recibió en su seno al Logos que virginalmente tomó carne de ella. María lo dio al mundo.

La piedad mariana española tiene el punto de partida de su primer gran desarrollo en la obra de San Ildefonso de Toledo. *Sobre la virginidad perpetua de Santa María*. S.S. Juan Pablo II en Zaragoza, durante su viaje a España, llamaba a “San Ildefonso de Toledo, el más antiguo testigo de esa forma de devoción que se llama esclavitud mariana”, a la vez que puso de relieve, con textos concretos de San Ildefonso, cómo en él la piedad mariana tiene, como objeto último, a Cristo: “Pues así se refiere al Señor lo que sirve a la esclava; así redundando en el Hijo lo que se entrega a la Madre; [...] así pasa al rey el honor que se tributa a la reina” (*De virginitate perpetua...*, 12).

El lector de este volumen de escritos del Cardenal González Martín tiene la ocasión, casi de tocar con las manos, en el caso concreto de la doctrina mariana, lo que es la Tradición viva de la Iglesia. El Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, en alguna ocasión muy reflejamente, ha querido ser fiel sucesor de San Ildefonso no sólo en la sede, sino en su esfuerzo por explicar la doctrina católica sobre la Virgen María.

Finalmente, el autor de este volumen, se ocupa de **la figura humilde de San José**. Introduciendo a Jesús jurídicamente en la familia davídica, en su propia familia, supo ser, con fidelidad absoluta de “varón justo” (Mt 1, 19), el protector del primer núcleo de la Iglesia: Jesús y María. Se comprende así que en tiempos modernos haya sido declarado por Pío IX Patrón de la Iglesia universal. El que cada católico lo sienta como protector es un rasgo característico de la piedad española, que encuentra una de sus expresiones más claras en Santa Teresa de Jesús.

En este volumen, que gustosamente prologo a instancias del equipo preparador del mismo –ya que ello me permite unirme al homenaje que el Sr. Cardenal González Martín merece en sus veinticinco años de Episcopado–, están reunidas, como en un embalse, las grandes fuentes de la espiritualidad católica que tiene ante sí, también en España, el reto inaplazable de una nueva evangelización. Me felicito por ello y felicito al autor de estas páginas por tantos servicios que presta a la Iglesia con ellas. Confío en que, para la Iglesia de Dios, que peregrina en la península ibérica desde los albores del cristianismo, sea este libro poderosa ayuda en la tarea, a la que ha sido convocada por el Santo Padre, Juan Pablo II, en su inolvidable viaje apostólico de 1982 por tierras de España. Deseo que el catolicismo español siga siendo hoy lo que siempre fue al servicio de Dios y de la Iglesia.

A handwritten signature in black ink, reading "Joseph Card. Ratzinger". The script is cursive and elegant, with the first letters of the first and last names being capitalized and prominent.

Joseph Cardenal Ratzinger

PRESENTACIÓN

Con este volumen, *EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA*, termina la temática eclesial, que constituye parte preponderante en el magisterio del señor Cardenal Arzobispo de Toledo, don Marcelo González Martín.

Precedidos por el volumen primero, que proclama la necesidad de volver a lo sagrado, los dos tomos siguientes, que hemos dedicado a la Santa Iglesia, recogen cuanto a lo largo de sus primeros 25 años de ministerio episcopal ha enseñado el Cardenal Primado sobre el misterio de la Iglesia, al que como sacramento de salvación el Concilio Vaticano II dedicó la fundamental de sus constituciones, la *Lumen gentium*.

No han tenido los preparadores que hacer esfuerzos especiales en cuanto a la agrupación temática de los capítulos que integran el presente y los anteriores volúmenes. Como en una gran cordillera, las cimas destacadas aparecen ante el analista desde el primer momento. Son alturas permanentes en torno a las cuales se ordenan con facilidad, como contrafuertes de aproximación y de apoyo, todos los documentos. En este tercer volumen en concreto, se han recogido los textos que tienen como objeto, en la acertada denominación del Cardenal Ratzinger, los cuatro grandes amores del hijo de la Iglesia: el misterio eucarístico y la devoción al Corazón de Jesús, por un lado; y, por otro, la figura única de María, y a su lado la de su esposo, San José, patrono de la Iglesia universal.

De esta forma queda abierto el camino para el próximo volumen que se titulará *Evangelizar*, y cuyo contenido se centrará, todo él, en la misión de anunciar la buena nueva, que la Iglesia tiene recibida por mandato divino, a todos los pueblos a lo largo de la historia hasta la hora que marque el cierre definitivo de ésta. La documentación que contendrá dicho volumen constituye un autorizado comentario a la exhortación apostólica de Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*. Resulta significativo comprobar cómo el magisterio episcopal de don Marcelo no sólo ha atendido al *ser* de la Iglesia, sino también al *operar* de la misma; no sólo a la entidad, sino también a la vida propia de la Iglesia, esto es, evangelizar. Todos los grandes temas del contenido de la evangelización y de los sujetos agentes de la misma quedarán recogidos en ese cuarto volumen, que esperamos pueda publicarse al ritmo que venimos manteniendo, gracias a la convergencia de esfuerzos de quienes con su aportación económica y con su esfuerzo de estudio analítico y de síntesis están llevando a cabo el proyecto que iniciamos hace ya ahora aproximadamente dos años.

El Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo, agradece de nuevo a cuantas personas están colaborando a que el empeño se haga realidad, el aliento y el apoyo económico prestados para continuar la publicación de los Escritos Pastorales del Cardenal don Marcelo González Martín, Arzobispo de Toledo y Primado de España.

Tras la publicación de este tercer volumen, esperamos poder coronar en fecha próxima la amplia selección iniciada.

Parte Primera

La Eucaristía, centro y cima de la vida cristiana

LA MISA Y LA VIDA CRISTIANA

Conferencia pronunciada a las religiosas en Zaragoza, con motivo del Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en septiembre de 1961.

Queridas religiosas: Se ha hablado ya de la Misa y el espíritu de la vida religiosa, que es vuestro propio y específico estado. Ahora debo yo hablar de un tema más amplio y genérico: *La Misa y la vida cristiana*. Sin duda, la Comisión encargada de redactar el temario de este Congreso pensó, y ello es un acierto indiscutible, que no se puede construir el edificio sin establecer bien los fundamentos. El edificio en vosotras tiene una hermosa coronación, el estado religioso; pero el fundamento y el punto de partida de donde arranca todo es la vida cristiana. En ella, como en una semilla de incalculable riqueza, se contienen los gérmenes de todas las expansiones que esa vida pueda alcanzar, por frondosas que sean. Y eso es el estado religioso, una expansión exuberante y copiosa, con características propias, de la semilla cristiana, cuya fecundidad no tiene límites.

I. ¿QUÉ ES LA VIDA CRISTIANA?

Creo podríamos dar de ella una definición semejante a la que Jesucristo da de la vida eterna cuando dice aquellas palabras: *Haec est vita aeterna, ut cognoscant te solum Deum verum et quem misisti Jesum Christum* (Jn 17, 3): *La vida eterna consiste en conocerme a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste*. Digo que estas palabras evangélicas pueden ser perfectamente aplicadas a la vida cristiana, porque, al fin y al cabo, ésta no es más que una preparación para aquélla.

Se trata, por consiguiente, de un conocimiento de Dios y de Jesús, el enviado. Conociendo a Jesucristo se conoce a Dios; se conoce al Dios que ha querido darse a conocer, y en la forma que quiere ser conocido. Por eso, nuestra definición no sería completa si nos detuviéramos únicamente en el conocimiento de Dios. Hace falta concretar un poco más; **se trata de Dios Encarnado, de Jesucristo Redentor**, de Jesús hecho hombre para ofrecernos el mensaje salvador. Pero no es un conocimiento especulativo y puramente doctrinal el que hay que tener de Jesucristo. Esto es demasiado poco. Jesucristo vino a traernos

la vida; y para captar lo que es la vida no bastan los esquemas intelectuales, es necesario vivirla.

Medios para conocer a Jesucristo

En primer lugar, **contacto personal con Él**. Conocer a Jesús exige de nosotros detenernos en el camino de nuestra vida espiritual, situarnos frente a Él y palpar con nuestras manos su misterio, para darnos cuenta de sus bellezas. Tenemos que hacer lo que leemos en el Evangelio que hicieron aquellos a quienes quiso darse a conocer. Observad lo que sucede con los discípulos de Jesús. Jesucristo los busca; los mira con mirada penetrante; se detiene ante ellos para que ellos se detengan, le miren, le amen y pregunten inquietándose; *Tu quis es?: ¿Tú quién eres?* Un encuentro personal con Jesucristo. Él y cada uno de nosotros, mirándonos frente a frente, para poder percibir todo lo que en su personalidad palpita.

Y junto a esto, asimilación de su Persona y de su doctrina. Jesús no se contenta con que el hombre se detenga ante Él y le observe. Hay que dar un paso más para lograr la vida que Él trata de comunicar. Pide a los hombres que le imiten, porque Él es el único Maestro. Exige que hagan lo mismo que Él, incluso en aquellos aspectos de la vida dolorosos, en los cuales es tan difícil seguirle. Porque si a Él le han perseguido, que es el Maestro, también a los discípulos los perseguirán.

Y todavía más. Pide una identificación con Él, en cuanto es posible a la naturaleza humana: *Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. Sin Mí nada podéis hacer* (Jn 15, 5). Y llega al colmo de este deseo de identificación cuando al instituir el Sacramento de la Eucaristía habla a los hombres diciendo que solamente tendrán vida aquellos que coman su carne y beban su sangre. No se puede manifestar de una manera más profunda y expresiva el anhelo de identificación con Él que ofreciéndose a nosotros como alimento del alma.

Es, pues, el conocimiento que Jesús pide de Sí mismo el que desea que los hombres tengan de Él: primero, un contacto personal; segundo, una asimilación de su persona y su doctrina; tercero, una identificación con Él.

Meditación profunda del misterio

Pero nada de esto es posible si no nos entregamos a una meditación serena e intensa del misterio de Jesús. Cuando ésta existe, el hombre se deja fácilmente arrebatar por la visión sobrecogedora de su divina grandeza y se dispone a amarle. Esta disposición es ya un don inicial de Dios, al cual seguirán la gracia y las virtudes. Ya está el alma en tensión. Y entonces brota, como última consecuencia, el deseo de entregarse cada vez más y de identificarse con Él. Brotan la limpieza de corazón, la abnegación crucificada, el enamoramiento del mundo bellísimo de lo sobrenatural. Sin esto no hay vida cristiana. **Arrancad esto y el cristianismo muere**. Habrá cultura, civilización, convivencia social, progreso humano y moral, pero vida cristiana no. Para que ésta pueda existir, es necesario que el hombre anhele vivamente la identificación con Jesucristo. Él no ha venido al mundo para decir no fornicar, no matar, no hurtar. Ha venido a otra

cosa muy distinta: a ofrecerse como vida de los que creen en Él. Entonces hay vida cristiana de verdad.

Ciertamente, ello exige que el hombre acepte el misterio; pero también esta compañía del misterio y de lo sagrado es un aspecto típico de la vida cristiana, sin la cual dejaría de existir. No debemos asustarnos de ser portadores del misterio. Todo cristiano lo es, porque es portador de lo sagrado; y la revelación que Jesucristo ha traído al mundo es un mensaje de amor misterioso. Al recibirlo, nosotros no podemos desnaturalizarlo, ni convertirlo en un producto racional elaborado por nuestro propio esfuerzo. Tiene que mantenerse tal y como es; con sus características propias; con sus riquezas interiores; con su esplendor deslumbrante; con su fuerza, que es la de Dios.

En este misterio de la salvación muchas veces aparece la cruz desconcertante, incomprensible para el hombre, pero de la que Dios se vale para elevar a los seres humanos hasta Él. Cuando el hombre se deja llevar dócilmente por esta fuerza, su vida puede alcanzar los grados más altos de la vida mística. Lo maravilloso es que a esto está llamado todo cristiano, no sólo vosotras y nosotros. Pío XI, en la Encíclica sobre San Francisco de Sales, publicada en 1923, con motivo del tercer centenario de la muerte del santo, escribió: «Todo cristiano –*nullo excepto*: (sin ninguna excepción)– está llamado a la santidad y a la perfección». Todo cristiano. Y eso es decir que la vida cristiana por sí misma es una invitación fuerte para que, de las bajezas más viles, ascienda cada uno a la más sublime unión con Jesucristo Nuestro Señor.

II. LA SANTA MISA, SÍNTESIS DE LA VIDA CRISTIANA

Nosotros venimos a reflexionar esta tarde sobre cómo esta vida cristiana puede lograrse mediante la participación viva en la Misa.

Cómo la Misa puede ser, y de hecho es para nosotros, la gran fuerza espiritual que nutre nuestras almas para alimentar en ellas la vida que Jesucristo nos ofrece. Vuestra vocación, y en general la de todo cristiano, os pide una unión cada día más estrecha con Dios Nuestro Señor. La Santa Misa es el medio más adecuado para alcanzarla.

a) Encuentro personal con Cristo

En primer lugar, la Misa nos facilita ese acercamiento de nuestra persona al Señor, indispensable para que se produzca el contacto y encuentro personal de nuestro pensamiento y su misterio sagrado, de nuestro amor y su belleza divina. El cristiano que participa conscientemente en la Santa Misa, se ofrece también al Padre y se ofrece en unión con Jesucristo, como miembro que es de su Cuerpo Místico. Él –un hombre pobre y miserable– se convierte en «hostia pura» y grata a los ojos de Dios. Su vida se enriquece, merced a la participación lograda, y aparece ante sus ojos dignificada con la gran misión que tiene que cumplir. El sacrificio y el dolor adquieren para Él un sentido profundo.

Una de las más fuertes necesidades del corazón humano es verse libre de la insoportable preocupación que causa la esterilidad aparente de nuestros

sufrimientos. ¿Quién no sufre en este mundo? ¿Y por qué la cruz y el dolor? Esto constituye para el no creyente un escándalo intelectual desconcertante.

Pero el cristiano sabe encontrar una explicación al sufrimiento. Sabe que el Hijo de Dios vino a la tierra y, mediante el sacrificio, ha logrado para los hombres sus dones divinos y ha conseguido la restauración del orden quebrantado. El cristiano sabe que en la Santa Misa este sacrificio se renueva y que en él puede tomar parte. Y aun cuando su razón no encuentre una explicación lógica para tantos fracasos y tantos dolores, le basta cerrar los ojos e incorporarse a esa corriente de vida de los sufrimientos de Jesús para saber que sus penas son también aceptadas por el mismo Dios, a quien Jesús ofreció las suyas. Entonces la identificación con Jesucristo alcanza las cumbres del amor más puro. La riqueza del misterio de la Redención llena su alma de gozo. Se encuentra con que ante Dios ha adquirido una grandeza naturalmente insospechada. Ya es no solamente un apóstol como aquellos a quienes Él llamó. Es algo más; se convierte en un miembro de su Cuerpo. Y ¿qué más contacto personal con Jesús podemos desear que llegar a ser considerados así, como miembros de su Cuerpo Místico, del mismo modo que Él, ofrecidos también nosotros *in ara crucis* –en el ara de la cruz– que es cada uno de los altares del mundo donde se celebra el Santo Sacrificio de la Misa? Con la particularidad de que, aparte del sentido que la Misa tiene como congregación de toda la asamblea cristiana en torno al Señor, cada cristiano en su ser personal, en su vida individual, es como si se ofreciera él solo, porque el trato directo con el Señor pertenece exclusivamente a cada alma, a cada uno de los cristianos. Imitando al Señor, el cristiano se hará después universalista en su amor y en su capacidad de abnegación; pero eso no obsta para que todos sus dramas íntimos y todos sus anhelos más personales aparezcan enteramente vinculados con el Dios que conoce sus secretos. Hay, pues, ahí, una llamada de Jesucristo y una respuesta por parte del cristiano, y una adhesión de ambos y un ofrecimiento de los dos al Padre.

b) Limpieza de corazón

Si se trata de la pureza de corazón –otro de los datos indispensables para lograr una vida cristiana verdadera– nada hay tan eficaz como la Misa, tanto por lo que tiene de memoria y recuerdo de la Muerte Redentora de Jesús como por las exigencias que encierra en su aspecto de banquete eucarístico, al que sólo las almas puras pueden acercarse.

Ante el sacrificio de la Misa, el cristiano se da cuenta de la distancia infinita que hay entre Aquel con quien quiere unirse para hacer también su inmolación, y su propia vida tan pobre y tan mísera. Sin embargo, sabe que el que se inmola es el Cordero que quita los pecados del mundo; precisamente el que vino a regalarle a él la pureza que va anhelando con toda su alma. Y entonces confía en la misericordia del Señor. Con frecuencia una tentación de desaliento se apodera de nosotros cuando contemplamos nuestra miseria espiritual. Nos vemos demasiado alejados y sentimos casi temor a la majestad omnipotente de Dios. En estas ocasiones necesitamos que la religión nos ofrezca datos positivos, en los cuales podamos apoyarnos para confiar como los hijos lo hacen con sus padres. Necesitamos que se quede un poco al margen –si se quiere– el pensamiento de la grandeza de Dios, y que entre mucho más dentro de nosotros

la otra idea, la de su misericordia y su perdón. Y es precisamente en la Misa donde se nos ofrecen las llaves de la confianza.

El que se inmola por nosotros lo hace precisamente por eso, para regalarnos el don maravilloso de su misericordia y para que sintamos un optimismo sano y liberador. Sabemos que, si de nuestra parte hemos puesto lo que la Iglesia nos pide, podemos estar tranquilos. Más aún, al unirnos con Cristo en la Misa sabemos que estamos limpios, que nos hemos purificado, que esa sangre es para nosotros, para cada uno de nosotros, y que ese drama del Calvario, que cada día se renueva en nuestros altares, sigue teniendo la misma intención santificante y purificadora de los hombres con que Cristo lo sufrió el día de su muerte.

Pensando en Jesucristo que se inmola en el Sacrificio de la Misa por cada uno de nosotros, el cristiano no debe tener nunca desesperación. Por el contrario, una dulce y suavísima esperanza llenará su alma de gozo y le permitirá caminar confiado por este valle de lágrimas.

c) Amor universal

La vida cristiana, decíamos que es identificación con la doctrina y la Persona de Jesús, la cual no puede existir si nos olvidamos de sus preceptos, el primero de los cuales, y más fundamental, es el del amor a Dios y al prójimo. No podemos vivirlo con plenitud si no tenemos una fuerza interior que supla nuestras deficiencias. Nuestro corazón es demasiado pequeño. Cada uno de nosotros tiene experiencia de los límites en que se mueve ese corazón que querría vivir mucho más alta y generosamente de lo que luego la realidad permite. Pero viendo a Jesucristo y escuchando los latidos de su ofrecimiento en la cruz, que se renueva diariamente en la Misa, el cristiano aprende la gran característica del amor: el universalismo, sin el cual no puede haber amor verdadero.

Desde el momento en que el amor no es universal y lo limitamos a aquellos que son de nuestra raza, de nuestra religión, de nuestras ideas, etcétera, aparece el egoísmo, porque buscamos nuestra propia complacencia. Entonces, por muy numerosos que sean los frutos, quedan empequeñecidos y pobres. Ya no hay luz en el amor. Por eso, para que lo sea de verdad, tiene que ser universal. Como en el Calvario. Amor fuerte y silencioso frente a las injusticias de los hombres. Y este amor es el que aparece constantemente en la Santa Misa. Ahí, en esa Misa todos los días vivida, es donde un cristiano puede encontrar el alimento espiritual necesario para conseguir lo que de otro modo el mundo no le puede ofrecer. Porque aquí el mundo falla siempre.

Por motivos puramente humanos, no encontraréis jamás hombres capaces de amar a los demás con ese universalismo tan puro, tan abnegado, como el que se nos señala en el Evangelio. Por motivos puramente humanos, jamás. Y cuando los encontréis con amor generoso, no lo será universal y permanente y que venza todos los obstáculos. No hay filosofía en la tierra, ni pedagogía, ni tendencia social, capaces de inyectar en el espíritu de los hombres una fuerza tan extraordinaria como para poder superar estas enormes dificultades con que se enfrenta el corazón humano todos los días. De él ha escrito De Maistre esta

frase impresionante: «No conozco el corazón de un malvado; conozco el corazón de un hombre de bien, y es espantoso».

Siendo esto así, Dios tenía que ofrecernos un medio por el cual nos fuera dado oponernos eficazmente a la fascinación del egoísmo. En la Misa es donde vemos reproducido diariamente el misterio del amor universal de Jesús a los hombres y escuchamos la voz que nos habla del mandamiento nuevo. Dificultades existen. ¡Cómo no! Pero las dificultades las da por supuestas Jesucristo cuando nos dice que tenemos que imitarle a Él si queremos ser discípulos suyos. De lo contrario –sermón de la montaña–, seremos como los paganos. Tenemos que imitarle a Él, que ha amado hasta la muerte, y al Padre que está en los cielos, el cual hace que el sol y la lluvia caigan igualmente sobre los campos de los justos y de los injustos. Este desprendimiento de todas las apetencias personales; este anhelo maravilloso de buscar, en correspondencia con el amor del que es Padre de todos, las aplicaciones prácticas de un amor también a todos, es exclusivo del cristianismo, porque es exclusivo de Jesús. Y es en la Misa donde encontramos la renovación del mandato y del ejemplo del Señor que arrastra y mueve.

d) Adoración y misterio

Vamos viendo cómo las actitudes cristianas fundamentales, que deben resplandecer en un discípulo de Cristo, alcanzan su más exacta expresión en la Santa Misa, cuando en ella participamos con fe y conscientemente. Encuentro personal con Jesús, pureza de corazón, amor universal, aceptación del dolor, esperanza. Pues bien, hay en ella otro aspecto merecedor de nuestra máxima atención, ya que sin él nuestra vida religiosa quedaría mutilada en lo esencial. Es el de glorificación de Dios y adoración del misterio.

No hay religión si el hombre no adora a Dios y lo glorifica, si no le da gracias por sus beneficios, si no le satisface por las ofensas inferidas. ¡Con qué grandiosidad la Misa ofrece al cristiano la posibilidad de cumplir con este deber sagrado! El mundo no sabe adorar. Pero no temáis. A Dios no le faltará nunca el homenaje de adoración que le es debido. Desde el momento en que su Hijo único, al venir al mundo, le ofreció su vida, Dios tiene un homenaje glorificador que dura siempre. La Misa, además, lo reproduce y prolonga en las condiciones concretas de la existencia de los hombres. Y bastaría un solo sacerdote y una sola Misa en medio del universo para poder decir que, de esta tierra de pecado, donde habitan los hombres, sigue subiendo a los cielos el incienso de adoración que Dios merece. Pero son muchas las que se celebran. Y son innumerables los cristianos que unen sus alabanzas y glorificaciones a las del Cordero Inmaculado. Adoran, cantan, suplican, satisfacen y obtienen el perdón. Conscientes de su deber de criaturas ante el Dios que es su Dueño y su Padre, en la Misa se rinden como criaturas que son y como hijos que han llegado a ser. Víctimas y redimidos a la vez, saben que también ellos ofrecen a Dios el homenaje de gloria que su Hijo divino le rindió cuando vino a la tierra a procurar la salud de nuestras almas.

No penséis que hay exageración alguna en cuanto venimos diciendo, ni que tales expresiones se deben al hecho ocasional de que estamos celebrando un Congreso Eucarístico, cuyo tema central nos obliga a manifestarnos así por una

suerte de reverente cortesía con el mismo. No. Es sencillamente que **la Misa es la síntesis de la vida cristiana**. El mismo Jesús, después de instituirlo, nos dijo: *Hoc facite in meam commemorationem: Haced esto en memoria mía* (Lc 22,19). Como si quisiera decir que para recordarle a Él, que es vivirle y unirse con su vida, el camino por excelencia es sumergirse en el océano sin fondo del misterio eucarístico.

Hemos incurrido todos en la más lamentable negligencia al permitir que generaciones enteras de cristianos, unas tras otras, fueran educándose en un moralismo sin base y sin nervio, desconociendo prácticamente este dogma riquísimo de nuestra fe. El sacrificio, la esperanza de la vida eterna, la unión con Jesús, la pureza interior, el perdón y el amor en toda su grandeza, la lucha implacable contra nuestros torpes egoísmos, resultan incomprensibles cuando se presentan al hombre sin el ejemplo y la fuerza que brotan del misterio de Cristo y su muerte redentora hondamente vivida por el alma humana. La Misa ha sido instituida para que la vivamos. Cuando el cristiano asimila el misterio de amor que en ella se encierra, ofrece al mundo un ejemplo irresistible.

Misterio, digo, porque es lo característico del cristianismo. De la religión, en cuanto tal, el mundo no espera literatura, ciencia, investigaciones técnicas. Todo esto lo tiene el mundo por sus propios recursos. Son esos otros valores a que nos hemos referido los que el mundo nos pide y necesita. Pero es imposible dárselos si no nos abrazamos al misterio sagrado del amor de Dios, tal como en la redención y en la Santa Misa se manifiestan. El cristiano tiene que complacerse en el amor al misterio. Y digo en el amor, no solamente en la aceptación y el acatamiento rendido y humilde.

Hay que dar un paso más. Tenemos que llegar a amar esos misterios sagrados, en torno a los cuales aparecen los dones divinos que Jesucristo trajo al mundo. Frente al racionalismo que quiere comprenderlo todo y, si no lo comprende, lo rechaza, nosotros tenemos que usar de nuestra razón, sí, para comprender, pero también tenemos que utilizar nuestra fe para aceptar con amor lo que Dios Nuestro Señor nos ha revelado. Frente al materialismo de la vida moderna, que busca solamente lo que puede agrandar a los sentidos, nosotros tenemos que complacernos en amar el misterio de la cruz, dentro del cual es como podemos llegar a lo que San Pablo predicaba, *que Jesucristo adquiere forma en nosotros* (Gal 4,19) y *que su vida se haga visible también en nuestro cuerpo* (2Cor 4, 10).

CONCLUSIÓN

Todo esto es difícil para nuestra naturaleza humana. Pero tenemos a nuestra disposición la fuerza que no falla. Es Cristo, el cual se acerca todos los días a nosotros en el Sacrificio de la Misa. Ese encuentro personal, ese choque inmediato y contacto íntimo con Él, esa revisión profunda de su Persona y de su vida, esa asimilación de su doctrina, ese enamoramiento subsiguiente de lo que Él nos propone, nos es facilitado en la acción litúrgica que cada día se celebra en nuestros altares.

Acerquémonos al gran misterio con amor y con fe. Cuanto más penetremos en él más perceptible será su luz para nosotros y para aquellos que por nuestro ejemplo están llamados a creer.

Vamos a seguir la Misa así. Vamos a procurar que aquellas personas a las que llegue nuestra influencia se den cuenta de que en la Santa Misa encontramos los hijos de la Iglesia la fuerza que nos da amor, pureza, abnegación y esperanza. Creo que aquí puede estar una de las bases de la renovación de la vida cristiana. Actualmente en España, como en todas las partes del mundo, hay un movimiento litúrgico poderoso. Se trata de que los cristianos participen cada vez más y vivan cada vez más espléndidamente la Santa Misa. Pero no estamos dispensados de ningún esfuerzo. Al contrario, todos serán escasos para hacer penetrar a los hombres, lo más hondamente posible, en la contemplación de las realidades sagradas que la Misa encierra. De no hacerlo así, quizá lográsemos una sociedad religiosa enamorada del esteticismo litúrgico, pero sin vínculos de verdadera unión con el Cristo inmolado. La vida nos vendrá no por la estética, sino por la gracia de Dios, que hace de cada ser humano un hombre nuevo; ese hombre que nace otra vez, como Jesucristo decía en el Evangelio. Para que ese nacimiento se produzca es necesario ponerse en contacto con la vida inmortal de Jesucristo en el altar.

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA EN LA VIDA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

Conferencia pronunciada en Valencia el 27 de mayo de 1972, en el VIII Congreso Eucarístico Nacional. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, junio 1972.

LA VIDA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA SE BASA EN EL MISTERIO DE CRISTO

La fuerza y eficacia del cristianismo radican en sí mismo porque Cristo es el camino, la verdad y la vida. No hay eslogan para él, ni es propio de su naturaleza el sensacionalismo, ni necesita de presentaciones o atractivos que ocultan o soslayan su propia realidad. La fe cristiana hace sentir en lo más hondo del espíritu humano exigencias que ninguna otra religión o ideología ha podido suscitar. Hombres y mujeres, ancianos y niños, jóvenes y adultos, en todas las épocas de la historia, en todos los momentos y situaciones de dolor o de alegría, de exultación o de fracaso, de avance técnico o de plenitud humanística, han querido ser cristianos y han creído y vivido las consecuencias nada cómodas, ni fáciles de esta fe. Toda la vida de la comunidad cristiana se basa en el misterio de Cristo, lo cual quiere decir que se basa en la fe y tiene como horizonte la esperanza. Fe que consiste menos en creer en algo que creer en Alguien, imitarle y adherirse a Él. La fe es adhesión a Jesucristo y aceptación de las manifestaciones que en la Revelación nos han sido hechas, como las verdades dogmáticas, destellos de la vida divina. Y la esperanza es para el cristiano el fondo de su vida, el aire que respira, sustancia de la que está hecha su propia alma.

El misterio es el que anunció San Pablo: Dios realiza un plan de salvación para los hombres y este plan se hace efectivo en los hechos que acontecen en la existencia concreta de cada uno. La economía de la salvación está basada en la encarnación del Verbo; Dios ha tomado nuestra propia naturaleza y se hace presente en figuras y signos de este mundo. *Predicamos la sabiduría de Dios en el misterio de la encarnación* (1Cor 2, 7). Su manifestación propia ha sido clara: ES AMOR (1Jn 1, 8).

Para un cristiano el «hombre» tiene que definirse a partir de Cristo, lo mismo que su inserción en la comunidad y en la sociedad en general.

Su antropología está condicionada por su teología cristiana; lo que diariamente haga en su vida, sus relaciones con los demás, su postura ante cualquier situación ha de ser «cristiana». No hay nada en el mismo que no «esté bautizado», nada es ajeno a su realidad de cristiano; nada hay en él exclusivamente profano, mejor dicho, es profano en su vida todo aquello que, en la misma medida, en él no es cristiano. La Iglesia de Cristo está llamada a ser una verdadera comunidad de hombres que saben de los valores humanos y los

ofrecen a Dios, al que, si se le ama, se le ama con todo el corazón y con todas las fuerzas.

DESDE LA RAÍZ, NUESTRA EXISTENCIA ESTÁ DADA EN CONEXIÓN «CON LOS OTROS»

Dios no destruye la naturaleza humana, sino que la perfecciona. No nos creó de una determinada forma para después pedirnos otra. Nos hizo a su imagen y semejanza –Trinidad, persona y comunicación–. Somos personas, individuos, pero es constitutivo de esa misma individualidad de la naturaleza humana el ser «con». Los filósofos afirman que el «ser-solo» es un modo deficiente del «ser-con». Nadie pronuncia «yo» que no esté diciendo de una forma o de otra «tú». Es esencial al hombre vivir su inserción en la comunidad humana; la comunidad humana no es nada sin la persona, y la persona no se desarrolla sin la comunidad. Nuestra existencia aparece desde su más profunda raíz dada en conexión «con los otros». La comunidad cristiana lleva en sí misma la evidencia, riqueza y eficacia de una verdad que todos los hombres necesitamos desde lo más profundo de nuestra alma, porque responde a una necesidad: la necesidad de ser nosotros mismos, de ser conscientes y responsables de nuestra propia salvación y al mismo tiempo de vivir con los otros, de apoyarnos mutuamente, de realizarnos juntos. Su ley fundamental es la de fraternidad. Una auténtica comunidad cristiana sería con su sola existencia la mejor propagación del Evangelio.

Vive el hombre su existencia natural y cotidiana en relación con sus prójimos. Pero nuestro mundo y nuestra situación histórica han convertido algo tan valioso, que nutre y favorece al hombre, en una forma de existir que a veces llega hasta impedirle su propia autenticidad y su propia verdad, ahogando sus dimensiones más personales. Vive de convencionalismos, de tópicos, insertado en un ambiente que, muchas veces a solas consigo mismo, le parece ajeno y artificial. Gran parte de la humanidad vive de una forma poco personal y propia, no cultiva lo que verdaderamente enriquecería al hombre y la sociedad en la que éste habita. Vive en la esfera del «se dice», «se hace», «se viste», «se divierte», «se habla». ¿Quién es este tirano, innominado, neutro, que obliga a plegarse a esa dictadura? ¿Cómo contribuimos todos a esa dictadura? ¿Qué mezcla tan extraña supone de irreflexión, ambición, interés, egoísmo, abdicación de nuestras convicciones, falta de consciencia, seriedad, madurez? Dictadura que absorbe y de la que nada escapa a su dominio: ideas, preocupaciones, placeres, sentimientos, vida familiar, profesional, todo parece impuesto. ¡Cuánta riqueza de calidad humana sumergida y devorada por esa vorágine! ¡Cuántas personas, cuántas vidas, cuánta intimidad expuesta a todos los vientos! Y esta impersonalidad destruye los lazos y las relaciones más sólidas, socava las bases más fundamentales y pisotea los valores más altos. Los hombres así sometidos a esa dictadura sólo tienen ansia de novedad. No puede haber comunidad mientras no haya hombres responsables. Para insertarnos de modo auténtico en la comunidad necesitamos de nuestra propia condición personal.

CRISTO CONSTITUYE SU COMUNIDAD: LA IGLESIA

La comunidad es fruto de los lazos vividos de forma consciente y que convierten a cada uno en miembro de esa comunidad. Une a sus miembros en un objetivo fundamental; tiene unas bases y unas exigencias comunes, consecuencia de su propia vida de la que todos se nutren. Todo aquello que hacen llena su vida y les da sentido. Nunca una estructura social montada sobre incentivos puramente externos llega a ser una verdadera comunidad. La comunidad auténtica ayuda a la interiorización y a la propia riqueza personal de la que ésta se alimenta. La persona quedaría aplastada por la técnica sin clima favorable en el que pueda abrirse y expansionarse. Sólo en la comunidad brota el deber y la responsabilidad y en ella tienen sentido la vida y la muerte, el esfuerzo, el dolor, la alegría y el trabajo.

Los caminos de la verdadera libertad no son los de la exaltación de la autonomía, de los propios gustos, intereses y condiciones. Es terrible la libertad por la que el hombre abdica de su cualidad humana tanto en su dimensión más personal como en su dimensión de relación con los que tiene que formar comunidad. Es necesaria la donación y el sacrificio, el sentir el peso y la fuerza de la obligación. Los hombres tenemos necesidad de los demás y de que los demás tengan necesidad de nosotros. Nunca el don de sí, el sacrificio, el desprendimiento, las sujeciones, las obligaciones estarán en contradicción con la realización de la persona y su riqueza. Porque todo eso son las consecuencias del amor, y la única forma de ser en plenitud es por el amor y para el amor.

Cristo constituye su comunidad, la Iglesia, para establecer el Reino de Dios y presenta claramente sus exigencias. Le da una vida, la que brota del amor. Por eso su ley es la de la filiación y la de la fraternidad, porque la misma gran realidad que hace hijos, hace hermanos. Una de las causas esenciales de la disgregación y de la desunión ha sido y será siempre la falsificación, la acomodación, la relativización y disminución de sus exigencias. Cristo quiere la unidad, pero no la unidad «a cualquier precio». *Dura es esta doctrina ¿y quién puede escucharla? Mas Jesús, sabiendo por sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: ¿Esto os escandaliza...? ¿Y vosotros queréis también marcharos?* (Jn 6, 61-63). La auténtica comunidad de cristianos tiene que reflejar la imagen de Cristo. En ella cada uno toma conciencia de una vida de amor, *porque la caridad procede de Dios. Y todo aquel que ama, es hijo de Dios y conoce a Dios. Quien no tiene amor no conoce a Dios: puesto que Dios es caridad* (1Jn 4, 7-8). Todos tienen un Espíritu y un Alma común; *Que todos sean una misma cosa y que como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros* (Jn 17-21). Se alimentan del mismo pan y del mismo vino que son la vida: *Yo soy el pan de vida... Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna* (Jn 6, 35 y 55).

Nunca la Iglesia de Cristo será un número determinado de comunidades, sino una comunidad de comunidades que tienen la Vida en común. Los elementos constitutivos de esta vida son la fe, la esperanza y la caridad. La fraternidad se anuda en el sacrificio, en el don propio a esta comunidad, en el servicio fiel. En ella las relaciones con Dios fundamentan los deberes de cada uno para consigo mismo y para con los demás. Y no sólo se es responsable de sí mismo, sino también de los hermanos. La responsabilidad en la comunidad cristiana se

entiende en una verdadera interdependencia. Cristo fue el primero que vivió y sufrió las consecuencias de esta interdependencia, porque cargó con los pecados de todos hasta la muerte y muerte de cruz.

LA EUCARISTÍA: SÍNTESIS DE LA ECONOMÍA DE LA SALVACIÓN

«En la Santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber: Cristo mismo, nuestra Pascua y pan vivo por su carne, que da vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo. Así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con Él mismo. Por lo cual, la Eucaristía aparece como la fuente y la culminación de toda predicación evangélica, como quiera que los catecúmenos son poco a poco introducidos a la participación de la Eucaristía, y los fieles, sellados ya por el sagrado bautismo y la confirmación, se insertan por la recepción de la Eucaristía plenamente en el cuerpo de Cristo»¹.

En la teología paulina se destacan dos ideas fundamentales: la de «anamnesis», memorial, reiteración del sacrificio de la cruz en la celebración eucarística, y la de «koinonia», participación real que encierra en sí misma la participación en el misterio de la redención y la inserción en el Cuerpo místico de Cristo. En la teología joánica la línea encarnacional se resume en el misterio de la Eucaristía. Insiste en la Eucaristía como sacramento y especifica su fuerza en la economía de la salvación. El realismo de la presencia de Cristo está en San Juan muy enérgicamente formulado, lo mismo que su transcendencia en la vida del cristiano. Es el pan de vida (capítulo 6), el sacramento por excelencia de la unión vital con Cristo que realiza ya esa unión en vida y es prenda y garantía de la misma unión por toda la eternidad. La Eucaristía tiene desde luego en San Juan un sentido histórico, es conmemoración de la última cena y de la pasión del Señor, es sacrificio y banquete. Banquete que tiene una dimensión escatológica, confianza y esperanza en el reino de Cristo.

El misterio de la Eucaristía es la síntesis de la economía de la salvación. Representa el sacrificio redentor y nos permite participar en él. Se identifica con el Verbo encarnado; la presencia real de Cristo perpetúa su encarnación en el mundo que vivimos. Esta presencia prolongación de la liturgia sacrificial, es permanente en medio de los suyos en cuerpo y alma. Es el sacramento supremo de la unidad, centro de toda la vida cristiana. Y si la Eucaristía produce la unidad es porque comunica el principio de dicha unidad: el Espíritu Santo, que vivifica con su propia vida. La participación en la Eucaristía realiza efectivamente la comunidad con Jesús. Es nuestra Pascua, gozosa anticipación, prenda segura de eterna gloria; anuncia y prefigura el retorno glorioso del Señor del que es una anticipación.

La inteligencia humana es demasiado limitada para poder captar la riqueza de aspectos que presenta la Eucaristía. Y según las necesidades y el ambiente de cada momento se han acentuado unos u otros. Sucede con frecuencia que el acentuar con mayor relieve uno lleva a encerrar a los otros en la oscuridad o en la indiferencia. Y realmente no es posible separar unos de otros: sacrificio,

¹ *Presbyterorum ordinis*, 5.

memorial, acción de gracias, signo de la nueva y definitiva alianza, presencia de Cristo, banquete sagrado. Cristo no puede convertirse en algo pasivo, inoperante una vez acabado el sacrificio de la Misa. El estado sacramental prolonga el ofrecimiento y la adoración sacrificial de Cristo, su reparación, su petición, su acción de gracias y glorificación al Padre. Pero ¿quién puede pensar con sensatez una separación real entre el Cristo de ayer y de hoy, el Cristo de siempre, el Verbo de Dios, el Cristo del altar y el Cristo del sagrario? La Eucaristía es la integración de cada una de las facetas en la totalidad del misterio: el misterio de Cristo encarnado en este mundo, muerto y resucitado, hecho pan y vino para mayor realismo de su ser, Vida, Verdad y Camino de la humanidad entera en quien todo converge, porque *por Él fueron hechas todas las cosas; y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas* (Jn 1, 3) y porque *de la plenitud de éste hemos participado todos nosotros* (Jn 1, 16).

LA EUCARISTÍA, CENTRO VIVO DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

El misterio de la Eucaristía es el centro vivo de la comunidad cristiana, porque es el centro de nuestra religión cristiana, de nuestro culto y de nuestra moral, ya que tiene que ser expresión del amor y de las exigencias de ese amor. El punto de convergencia de los demás sacramentos, porque Él es la misma gracia. Penetrémonos de todo ello, convirtámoslo en fruto de nuestra oración, en fuerza para nuestra vida, en expresión de nuestra fe, en alegría y seguridad de lo que esperamos, en el amor de nuestra vida, en el lazo que une con Dios, lazo en el que está también el que nos une a los hermanos. Es la fuente y la raíz de la vida de Dios en el mundo para perpetuar, como ya hemos visto, la convivencia de Dios con los hombres, y ser el sacrificio continuo en el que se reproduce la Pasión y Muerte de Jesucristo y, en fin, ser la expresión, manifestación y acción máxima del amor de Dios en la que todo está compendiado. *Dios nos ha dado la vida eterna: y esta vida está en su Hijo Jesucristo. Quien tiene al Hijo tiene la vida, quien no tiene al Hijo no tiene la vida* (1Jn 5, 11-12).

Esto es mi cuerpo...Esta es mi sangre (Mt 26, 26 y 28). *Yo soy el pan vivo que ha descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente y el pan que yo daré, es mi misma carne para la vida del mundo* (Jn 6, 51-52). Los que comen de ese pan y beben de esa sangre tendrán en ellos la vida de Dios, se harán cuerpo suyo: comunidad, comunión. Esto es lo que lleva a Pío XII a afirmar en la *Mystici Corporis* que «la Eucaristía es la imagen viva y estupenda de la unidad de la Iglesia»². *El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?* (1Cor 10, 16) dice el Apóstol San Pablo en la carta a los corintios.

«La palabra comunión, *koinonía*, con el cuerpo y la sangre del Señor, acentúa la afirmación de la presencia real y de la unión íntima que de ella resulta. No se trata sólo de una unión de cada uno con Cristo, sino también de la unión de los fieles entre sí, de manera que la Eucaristía refuerza la unidad de la Iglesia y completa el efecto del Bautismo. *Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan* (1Cor 10, 17). No hay más que un solo pan, rigurosamente único; no se trata, pues, de las especies sacramentales numéricamente múltiples, sino del cuerpo indivisible de Cristo.

² Pío XII, *Mystici corporis*, en: *Discorsi e radiomessaggi di S.S. Pío XII*, V. 307.

Hemos llegado hasta la cima de nuestra unión, ya que hemos quedado identificados, todos y cada uno, con el único cuerpo de Cristo resucitado, con el Cristo concreto e individual que nos da su misma vida. Existe, por tanto, una identidad por comunicación de la misma vida, pero identidad imperfecta, ya que los dos términos siguen siendo distintos: esto es lo que quiere decir la expresión identidad mística, a falta de otra mejor. Podríamos incluso preguntarnos si no habrá sido precisamente la comunión eucarística lo que más ha contribuido a revelar a San Pablo la identificación de la Iglesia con el cuerpo glorioso de su Señor. Sea lo que fuere, el hecho evidente es que la doctrina de la unidad por la Eucaristía es de fecundidad espiritual inagotable, tanto más cuanto que la unidad no puede ser sino unidad en la caridad y en el Espíritu Santo. En la comunión hay un fruto individual y un fruto social. La pastoral moderna insiste justamente en este último sin olvidar el primero»³.

LA EUCARISTÍA HACE A LA COMUNIDAD, VERDADERA COMUNIDAD DE FE Y ESPERANZA

Sí, la Eucaristía hace a la comunidad verdadera comunidad de fe y esperanza, porque es el centro vivo de la comunidad cristiana, como hemos visto. Es comida, bebida, sacrificio, presencia continua del misterio de salvación, muerte y resurrección. Es misterio, por tanto, exigencia de fe. Es prenda segura de la eterna gloria, por tanto, firme esperanza. Es luz y fuente de vida, revelación y manifestación del amor, exigencia constante de entrega a Dios y a los hombres. En todas sus facetas y aspectos se ponen de relieve elementos de amor y de unión. ¡Cuánto dicen los lemas de los Congresos Eucarísticos! ¡Cuántas consecuencias se desprenden de ellos para la vida de cada uno, para la vida de la Iglesia, para la vida de las naciones que están formadas por hombres católicos y que, por tanto, tendría que significar que se alimentan de este pan, beben de este vino y viven en torno a esta presencia! «Amaos los unos a los otros como Yo os he amado», es el lema del XL Congreso Internacional que del 18 al 25 de febrero de 1973 se celebró en la ciudad australiana de Melbourne. «Amaos los unos a los otros como Yo os he amado», como Él nos ha amado, como Él nos está amando en la Eucaristía, presente en medio de nosotros. No con nuestras medidas, no con nuestra justicia, no con nuestros intereses. Devolver bien por mal, amistad por enemistad, dar la vida por nuestros enemigos, respetar la dignidad de los demás está por encima de nuestros deseos más naturales, está por encima de las puras fuerzas humanas. Sólo porque Dios nos amó primero, por el amor que nos manifestó y la vida nueva que nos dio, podremos amar como Él nos amó. *En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Queridos, si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros* (1Jn 4, 10-11). Cristo coloca las relaciones entre los hombres y las relaciones de éstos con Dios sobre un nuevo fundamento. «Exige que la conducta del cristiano con respecto a los otros se inspire, no en la

³ F. AMIOT, *Ideas maestras de San Pablo*, Salamanca 1963, 228-229.

mera “justicia”, sino en la caridad, la cual hace posible la verdadera justicia y confiere al bien su plenitud»⁴.

Sólo seremos redimidos y salvados cuando esta caridad, este amor de Dios actúe en nosotros; éste es el espíritu de la economía de nuestra salvación y redención. Nuestra tarea en la tierra es ir amando como Cristo nos amó. Y, como dice el Apóstol San Pablo, a fuerza de comer a aquel que es nuestra salvación nos iremos transformando en Él.

El misterio de la Eucaristía viene a ser dentro de cada hombre y dentro de la comunidad el *manantial de agua que manará hasta la vida eterna* (Jn 4, 14). La Eucaristía suscita un clima de oración, de participación, de interioridad, de familia, de seguridad, de confianza, de intimidad, es decir un clima de fe y esperanza, porque estará *con nosotros hasta la consumación de los siglos*. Tenemos que ir a los hombres llenos de Eucaristía, porque sólo Cristo puede liberarnos del egoísmo y de la cerrazón. Y tenemos que volvernos a Dios unidos por el mismo Señor, por la misma fe y la misma esperanza, porque la Eucaristía es en sí misma también acción de gracias, alabanza y gloria de Dios. Por el misterio de la Eucaristía se realiza realmente la unión en Cristo de la comunidad cristiana. Es misterio de la unión de todos en Cristo y por Cristo en Dios. *Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí* (Jn 6, 57).

La Eucaristía, repito, hace a la comunidad verdadera comunidad de fe y esperanza: en ella está todo el mensaje de salvación de Jesús; pone de manifiesto la realidad y la necesidad de vivir por Cristo, con Cristo y en Cristo, de tenerle por origen y término; expresa el amor y la unidad y eleva nuestras miras y aspiraciones. La Eucaristía nos anuncia constantemente la vuelta de Cristo como Señor que dará a la historia todo su significado. *En verdad, en verdad os digo que antes que naciese Abraham, Yo soy* (Jn 8, 58). *Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles se sentará en su trono de gloria. Serán congregados delante de Él todas las naciones y Él separará a los unos de los otros* (Mt 25, 31). Ahora en la historia parece que sólo existen las realidades sociales, políticas, económicas, culturales, científicas. Gobiernan los intereses y las voluntades justas o injustas de los hombres. Reina el afán de poder, de ambición, de gloria, de placer, de bienestar. Son bienaventurados los ricos, los poderosos, los que ríen, los que triunfan. Los hombres hablan del silencio de Dios, de la muerte de Dios, pueden volver a rechazar a Cristo como Dios y hombre verdadero. Pueden hacer todo lo contrario a la ley evangélica y no les sucede nada. Ni siquiera tienen muchas veces los mismos cristianos, incluso teólogos, frente al misterio de Dios revelado por Cristo, la actitud recta, justa y verdadera que el científico y el sabio tienen en su afán noble de investigación y descubrimiento.

Pero la figura de Cristo rebasa todos los límites. Aunque la vida humana aparezca ajena a Cristo y dominada sólo por la voluntad y la inteligencia del hombre. Él es el dueño y Señor. Él da sentido a la vida y a la muerte; todo lo que sucede contribuye al bien de los que le siguen. En Cristo reside la auténtica fuerza creadora y regeneradora de la historia de la humanidad. Nadie, nos dice San Pablo, puede engañarnos con filosofías nuevas fundadas en el saber de los

⁴ R. GUARDINI, *El Señor*, I, Madrid⁶ 1965, 150.

hombres y en los elementos del mundo; en Cristo está toda la plenitud (Cf. Col 2, 8-10). *Él nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención, el perdón de los pecados. Él es imagen del Dios invisible. Primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades-, todo fue creado por Él y para Él; Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia. Él es también la cabeza del cuerpo de la Iglesia: Él es el principio, el Primogénito de entre los muertos para que sea Él el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la plenitud y reconciliar por Él y para Él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos (Col 1, 13-20).*

LA ADORACIÓN A DIOS, FUNDAMENTO DE LA MÁS RICA INTERIORIDAD HUMANA

La dignidad del hombre está en la nobleza de su espíritu, en su verdad, en su rectitud, en su justicia, en su honradez, en su capacidad de respeto y amor al «tú», en su visión penetrante y profunda de la sabiduría. Cuando el hombre se inclina ante Dios adorándole «en espíritu y en verdad» ¿no está en su sinceridad más honda, en la expresión culmen de su libertad, en la más penetrante visión de la verdad de todo, en la más rica pureza de corazón? Adorar a Dios es «saber estar» ante Él, porque la adoración supone todos los mejores sentimientos y actitudes de que el hombre es capaz. Cuando los hombres viven y sienten la riqueza y plenitud del amor, de la verdad, de la belleza expresadas de la forma que sea, ¿no llegan como a lo más hondo y propio de su ser y se abren a una especie de adoración? ¿No parecen haber tocado lo esencial, haber llegado al origen mismo del manantial? En lo humano son los sentimientos más profundos y serios, los más plenos, ricos y vitales, los que muchas veces hacen exclamar y dar gracias por haberlos llegado a vivir. ¿Pero qué será cuando nuestro espíritu se abre así a la inmensidad de Dios?

El acto de adoración, dice Romano Guardini, tiene algo de infinitamente auténtico, bienhechor, constructivo. Tiene algo que da salud. «Nuestra adoración de Dios es la que garantiza la pureza del espíritu. Mientras el hombre adore a Dios, se incline ante Dios como ante el ser que es *digno de recibir la potencia, el honor y la soberanía*, porque es el verdadero y el Santo, queda al abrigo de la mentira. La pureza y la santidad del espíritu son las fuerzas más grandes del hombre, pero también son, teniendo en cuenta su pobre naturaleza, las fuerzas más vulnerables y más fáciles de seducir. Deben ser protegidas. Debe haber un medio para que el hombre pueda distinguir siempre lo verdadero de lo falso, lo puro de lo impuro. Que el hombre no haga el bien que ha reconocido como tal es grave y le hace *digno del juicio*. Pero lo que es mucho peor y terrible es la actitud torcida respecto de la verdad misma; esta actitud es la mentira que entenebrece la mirada, porque tiene su asiento en el espíritu. He aquí por qué debe haber un medio para renovar incesantemente en el corazón el amor a la verdad, para purificar el espíritu, aclarar la mirada, vigorizar el carácter. Este medio es la adoración. No hay nada más urgente para el hombre que aprender a inclinarse con todo su ser ante Dios, a abrirle un espacio en su interior, para

que Dios penetre y reine en él, porque Dios es el único digno de recibir el homenaje de la adoración y el único capaz de satisfacer plenamente el corazón del hombre. Pensar que Dios es digno de adoración, infinitamente digno, porque es Aquél que es, y adorarle interiormente es un acto grande y santo que cura completamente el espíritu».

«En estas meditaciones hemos hablado muy poco de conclusiones prácticas. Nuestra finalidad principal era comprender a Cristo. Pero aquí vamos a decir algo en este sentido, porque hemos rozado la raíz más profunda de nuestra vida interior. Deberíamos imponernos la práctica de la adoración. Hay dos horas del día particularmente indicadas para ello: la mañana y la noche. Nosotros, hombres modernos, no las sentimos ya, porque la aparición de la luz y la venida de la noche no nos impresionan tanto como a los hombres que vivían más íntimamente relacionados con la naturaleza. No obstante, también nosotros sentimos, tal vez inconscientemente, que el principio del día reproduce el de nuestra vida y que el fin del día es una anticipación de nuestra muerte. Estas son las horas apropiadas para la adoración. Hemos de practicarla en estos momentos. Practicarla, y no sólo entregarnos a ella cuando nos sentimos en buena disposición. La oración no es tan sólo la expresión de la vida interior del hombre, la cual quiere salir al exterior, sino también un acto voluntario del hombre que se educa a sí mismo. Adorar a Dios no nos resulta fácil por naturaleza, sino que hemos de aprender a realizar esta práctica y para ello hemos de ejercitarnos en ella: arrodillarnos y decirnos que Dios es y reina, es digno de poseer la soberanía sobre todas las cosas, que es digno de ser Dios... Acaso encontremos una gran dulzura en el pensamiento de que Dios es digno de ser Dios. Este pensamiento ha abrasado de amor a muchos santos»⁵.

La adoración a Dios es la verdad y la vida misma de nuestra eternidad, la apertura total de nuestro espíritu. *Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de todas naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie, delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con fuerte voz: La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero. Y todos los ángeles que estaban en pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro Seres se postraron delante del trono rostro en tierra, y adoraron a Dios diciendo: Amén. Alabanza, gloria, sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén (Ap 7, 9-12).*

La adoración es la reacción consciente y espontánea del hombre que se llega y se sabe ante Dios. Se le adora por su grandeza, por su bondad, por su verdad, por la revelación de su vida y de su amor, por su redención. Se le adora con el dolor y el arrepentimiento de nuestro pecado, con la gratitud de nuestro reconocimiento, con la acción de gracias de nuestro corazón, con la consagración de nuestra vida, con la alegría de nuestro espíritu por todo lo bueno que se nos ha dado, con el acatamiento amoroso, con el acto de fe, con la práctica de la soberana voluntad de Dios. *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo, el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su*

⁵ R. GUARDINI, *El Señor*, II, Madrid⁶ 1965, 347-349.

porte como hombre; y se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz (Fil 2, 5-8).

El que adora afirma con todo su ser que el Señor es Dios, por eso el que adora escucha la palabra de Dios y la pone en práctica. Sabe que sólo Cristo es la luz verdadera y que sólo habrá claridad en él cuando sea iluminado por esa luz. El que adora a Dios en la tierra, cree, espera y ama; los que adoran a Dios en el cielo, aman. El acto pleno de adoración es el acto pleno de amor. Toda nuestra oración y nuestra liturgia están penetrados de ello. «Te adoramos, te bendecimos, te glorificamos». Por las tendencias superficiales y tan dispersas de nuestra época es difícil para el hombre esta auténtica interioridad, le cuesta consolidar su núcleo más personal y establecer una postura sólida de reconocimiento y adoración que sólo se logra por la oración y relación personal con Dios. Hasta en lo humano el conocimiento de la verdad tiene una exigencia que se llama: silencio, reflexión, meditación. «Tu mejor servidor es el que no pretende tanto oír lo que quiere cuanto querer lo que oye de Ti»⁶. ¡Cuánto silencio y cuánta oración para ser buen servidor!

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA

La adoración junto con la fe es la actitud espiritual básica y fundamental que se impone en la Eucaristía. Para el hombre que tiene esta actitud ante el misterio eucarístico se abren las insondables riquezas del misterio de Cristo. Cuando hablo de adoración eucarística pienso en las diversas facetas que tiene esta adoración, consecuencia de su propia riqueza. Todo dimana de la misma fuente: Cristo, Camino, Verdad y Vida, ofrecido al Padre en sacrificio. Su presencia es, pues, presencia tangible de nuestra salvación y necesariamente no puede menos de estar manifestando el acontecimiento por el que participamos plenamente de la salvación. «Las generaciones que nos han precedido desconocieron, quizá ligeramente en beneficio de las devociones de segundo orden, el centro de toda la vida litúrgica y eclesial que es la participación en la Misa. Pero asegurémonos de que la piedad eucarística se encuentre hoy perfeccionada y equilibrada. No basta para ello el haber redescubierto el centro, el eje, la fuente y la culminación. Todas estas palabras están lejos de ser monopolizantes y exclusivistas. Buscan necesariamente un medio ambiente, una complementación y una apertura de horizontes; la piedad litúrgica no sería verdaderamente cristiana si su intención fuera la de tirar por tierra cada una de las formas de piedad-eucarística, sacramental, contemplativa, laudativa, que lejos de ser extrañas a la Misa, la proveen de su estructura, su subsuelo, su ambientación».

«Sin ello, la Eucaristía está llamada a convertirse en centro sin circunferencia, en fuente sin río, en culmen aislado sin laderas. La piedad eucarística debe mantener su riqueza en todas las dimensiones que la tradición cristiana ha ido desarrollando progresivamente bajo la acción del Espíritu Santo, si es que queremos que la participación de la liturgia no sea sólo activa e intelectual, sino también, como una vez más pide la constitución conciliar, *completa*, es decir,

⁶ SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, X, 26.

profunda, que abarque todo; y *fructífera*, o sea, santificante e irradiante»⁷. Cuanto más fuerte sea nuestra fe en el sacrificio redentor, en el Cristo que se ofrece en el altar, más fuerte será nuestra adoración y nuestro diálogo con Cristo Eucaristía, signo sacramental de la unidad de la Iglesia. «El Congreso Eucarístico, que atrae ante el Santísimo Sacramento a multitud de adoradores, es también un símbolo, y muy eficaz, de esta unidad eclesial interior y exterior. Sí, Cristo presente bajo las especies eucarísticas llama a sí a toda la Iglesia y la hace reflexionar sobre su vocación a la unidad y a la caridad; Cristo, solemne y públicamente adorado, conduce hoy a la comunidad cristiana a las fuentes primigenias de su vida, de su misma razón de ser»⁸.

¿Quién puede reducir la adoración a Cristo Eucaristía y quedarse satisfecho con los brevísimos momentos que tenemos durante la celebración del sacrificio? Hacer esto sería condenar nuestra oración a una práctica totalmente exterior y sin vida. Seamos consecuentes con lo que la misma vida nos grita. ¿El amor y la amistad, los sentimientos más nobles y grandes son fruto sólo de un momento, viven sólo de momentos cumbres o existen esos momentos «más cumbres» cuanto más rica sea, su continuidad? El hijo esperado, el matrimonio que se ama, la amistad fiel, ¿de cuántos días sencillos, de cuánta cotidianeidad, de cuánto trato, de cuántos mil detalles se alimentan? La adoración y devoción a Cristo en el sacramento no pueden entenderse de otra manera que como prolongación de la adoración y culto ofrecido en el sacrificio del altar. Se acabó por negar la presencia de Cristo a partir de posturas extremas en las que, acabada la celebración eucarística como banquete, ya no requería más tiempo la presencia de Cristo en el pan y en el vino. Y donde se minimiza la presencia real y sustancial de la Eucaristía, los demás sacramentos son poco más que sacramentales o simples prácticas eclesísticas. Se minimiza también lo esencial de la sucesión de los apóstoles y el ministerio sacerdotal, y la Iglesia queda reducida a la asamblea invisible de los elegidos.

DESESTIMACIÓN INJUSTIFICADA

Ciertamente, se ha producido una pérdida en lo que se refiere a la adoración eucarística. Podemos centrarlo, como dice Jean Galot, en dos puntos de carácter doctrinal: «Primero, la insistencia con que se ha recalcado la acción litúrgica y sacramental, en el sacrificio de la Misa, ha provocado en muchos una reacción en contra de la práctica de adorar al Santísimo fuera del tiempo del sacrificio. Sucede con frecuencia que el hecho de acentuar con mayor relieve uno de los valores de la Eucaristía, lleva a encerrar a los otros en la oscuridad. El sacramento de la Eucaristía es tan rico que la admiración experimentada por uno solo de los aspectos de su misterio puede ocasionar el menosprecio de la riqueza de su conjunto y, por tanto, el empobrecimiento de su totalidad. La segunda razón está en el hecho de que esta adoración eucarística es un fruto tardío de la Iglesia. En la Iglesia primitiva, la Eucaristía era públicamente adorada, pero

⁷ M. ROGUET, *Eucaristía y liturgia*, en: *La Eucaristía hoy*, Santander 1970, 130-131.

⁸ PABLO VI, *Discurso* al Comité Internacional para los Congresos Eucarísticos, 1 de marzo de 1972.

solamente durante el tiempo de la Misa y de la Comunión»⁹. Es verdad que no era una piedad eucarística recta la que se complacía demasiado en bendiciones y exposiciones, mientras se descuidaba la acción litúrgica y sacramental en el sacrificio de la Misa. Pero ¿no hemos ido demasiado lejos en esta supresión? «También aquí nos es fácil descubrir la paja en el ojo de nuestros predecesores, al mismo tiempo que nos exponemos a no notar siquiera la viga que se hunde en el nuestro. Ciertamente que podemos felicitarnos de que vuelva a descubrirse el sentido colectivo de la celebración eucarística, mientras se vuelve a concepciones del sacrificio eucarístico que implican nuestra participación. Pero es ya una muy mala señal que los valores de adoración y contemplación, concentrados ayer en una devoción eucarística ajena de hecho a la Eucaristía, no parezcan haber repercutido en nuestra celebración de ésta, sino que se hayan más bien volatilizado pura y simplemente con la desaparición progresiva de las prácticas en que se habían insertado: bendiciones del Santísimo Sacramento, visita al Santísimo, acción de gracias después de la comunión, etc. En estas condiciones, la celebración colectiva, que no está animada por la contemplación, y menos todavía por la adoración de Cristo presente en su misterio, corre gran peligro de degradarse para convertirse en una de esas manifestaciones de masas tan caras al paganismo contemporáneo, superficialmente nimbada por un aura de sentimientos cristianos. ¿No es así inevitable que nuestra unión con el sacrificio del Salvador mediante la Misa venga a confundirse con ella, como lo estamos ya viendo demasiado, con una simple adición al *opus redemptionis*, de nuestras obras completamente humanas, hasta que se acabe por sustituirlo pura y simplemente por éstas?»¹⁰.

El hecho de que, durante determinadas épocas de la Iglesia, y en concreto en la Iglesia primitiva, no se haya practicado la devoción eucarística fuera del sacrificio de la Misa no es causa que nos lleve a abandonarla. La piedad de la Iglesia evidentemente evoluciona y crece. Karl Rahner nos dice que si queremos volver a la antigüedad hemos de recorrer todo el camino de nuevo, hay que practicar sus severos ayunos, sus largas ceremonias, muchas veces nocturnas; sus tremendas y prolongadas penitencias públicas, o ¿es que sólo seleccionamos de la antigüedad lo que nos es cómodo, conveniente o fácil? «Lo que hay que recalcar es que el hecho de que durante largos períodos de la Iglesia no se haya conocido la devoción eucarística fuera del sacrificio de la Misa, no es un argumento válido contra la genuinidad cristiana de esta devoción. Un falso romanticismo con respecto a la Iglesia primitiva, que nos llevase a abandonar las devociones que se desarrollaron a lo largo de la historia, supondría una pérdida irreparable para la vida y devoción católicas. El cristianismo es historia. Una práctica con miles de años de historia detrás de sí, tiene sus derechos, incluso aun cuando estos milenios no sean los primeros. Aquellos que exaltan las primeras centurias como modelo absoluto, en materias de devoción, deberían hacerlo con todas sus consecuencias (o abandonar ese modelo como absoluto): lo cual significaría aplicarlo también a los ayunos, a la neta preferencia y preeminencia del estado de virginidad sobre el del matrimonio, a la duración de la liturgia, a la dura ascesis monástica y a muchas cosas más. Solamente el pensar de la Iglesia de todos los tiempos es lo que puede pronunciarse sobre las

⁹ JEAN GALOT. *Presencia eucarística y vida cristiana*, en: *La Eucaristía hoy*, Santander 1970. 91-92.

¹⁰ LOUIS BOUYER, *La Eucaristía*, Barcelona 1969, 24-25.

estructuras básicas del cristianismo, que en todo período de la Iglesia se ven desajustadas, pero que llevan históricamente, en teoría y en la práctica, a conclusiones que no siempre han estado explícitas, pero que una vez conseguidas se convierten en parte integrante de la autorrealización permanente de la Iglesia»¹¹.

LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA EN LA COMUNIDAD CRISTIANA

Solamente hay un sacerdote: Cristo. Solamente hay un sacerdocio: el de Cristo. Solamente hay una redención: la de Cristo. Solamente hay una comida y una bebida: el cuerpo y la sangre de Cristo. Solamente hay una oración: la que hagamos en unión con Cristo. *Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará* (Jn 16, 23). Él es la vid y nosotros los sarmientos; si permanecemos en Él daremos mucho fruto, separados de Él no podemos hacer nada (cf. Jn 15, 5). La invitación de Cristo a permanecer en Él y orar sin cesar nos exige que nos vayamos abriendo de una manera cada vez más rica, consciente y responsable, a su misterio de muerte y vida, que «es nuestra propia vida», porque nos ha dado el poder de llegar a ser hijos de Dios (cf. Jn 1, 12). La adoración eucarística de la comunidad cristiana tiene un centro de gravedad: el momento en que adora a Cristo que presenta al Padre su propio sacrificio. *Tomad, comed, esto es mi cuerpo. Tomó luego un cáliz y, dadas las gracias, se lo dio diciendo: Bebed de él todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados. Y os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre* (Mt 26, 26-29). Toda la vida de la Iglesia gravita en torno a ese «por Él, con Él y en Él es dado a Ti en unidad del Espíritu Santo todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos»; es la proclamación que le brota a la Iglesia después de esos momentos vitales que acaba de vivir. En cada celebración de la Eucaristía vivimos los misterios de Cristo bajo los signos sacramentales. Y esta misma celebración exige una continuidad, porque la Hostia que adoramos es el mismo Cristo, el *Cordero como degollado* (Ap 5, 6), que está siempre ante el trono de Dios intercediendo por los hombres, *porque fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un Reino de Sacerdotes, y reinan sobre la tierra* (Ap 5, 9-10). La Hostia que adoramos ha sido consagrada en la Santa Misa, está destinada a ser alimento de miembros de nuestra propia comunidad. La Hostia que adoramos de manera comunitaria o en privado, esas Formas que permanecen en el sagrario ¿no tendrían que estar totalmente impregnadas de adoración, de amor, de anhelos de purificación y conversión, de la alegría y el dolor de los cristianos, del ofrecimiento del trabajo diario?

Es cierto que poseemos otras presencias de Cristo. *Cristo vive en nuestros corazones por la fe* (Ef 3, 17). *Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos* (Mt 18, 20). Pero nuestra fe necesita de signos sensibles, el Señor lo sabía, necesita ser sostenida y vivificada por ellos. Cristo Eucaristía nos ayuda a conocer la cercanía de Dios; estableció su morada sensiblemente entre nosotros. La función de signo sensible en el orden sacramental es acercar

¹¹ K. RAHNER, *Sobre las visitas al Santísimo*, en la obra *La Eucaristía hoy*. Santander 1970, 157.

las realidades espirituales lo más posible a nuestra vida humana, introducirlas de forma más tangible y real para nosotros. Tenemos la gran riqueza y la gran dicha de saber y de poder encontrar a Dios en un lugar concreto. Quienes atacan esto parecen conocer muy poco nuestra naturaleza humana, tan ávida de tocar, palpar, poseer.

«La presencia real de Cristo es la prolongación de la liturgia sacrificial, hace presente la liturgia eterna del cielo (cfr. Hb 7, 25), en la espera del encuentro escatológico con Cristo, y aplica del modo más amplio los frutos de la santa comunión; pero además de estos fundamentos dogmáticos, la Eucaristía, y por consiguiente el culto eucarístico fuera de la Misa, tiene una importancia inigualable. Tanto desde el punto de vista cultural, como forma de adoración, de agradecimiento, de propiciación y de impetración, que comprende los mismos fines del sacrificio, cuanto desde el punto de vista ascético y místico, ya que sin una genuina piedad eucarística no se da verdadero alimento al apostolado, ni se asegura la fidelidad de las vocaciones eclesiásticas y del ministerio sacerdotal (cf. *Presbyterorum ordinis*, 4-5); desde el punto de vista eclesial-comunitario, porque la Eucaristía es conservada en los templos y en los oratorios como centro espiritual de la comunidad religiosa y parroquial, más aún, de la Iglesia universal y de toda la humanidad (Encíclica *Mysterium fidei*: AAS 47 [1965] 772); desde el punto de vista social y humano, como inspiradora de caridad y espíritu social; y, por último, también desde el punto de vista ecuménico, como fuente y alimento de unidad, según los principios que hemos expuesto en nuestra mencionada Encíclica *El culto de la Eucaristía en la vida de la Iglesia*»¹².

La gran realidad está en saber vivir participando, tanto en comunidad como en particular, de esa oración continua de Jesucristo Eucaristía. ¿A qué comunidad eclesial, a qué hombre la presencia sacramental de Cristo no exige una respuesta? La visita eucarística debería ser respuesta, como toda clase de culto y relación, que fundamente más las relaciones de amor entre Dios y los hombres. El amor a Dios sobre todas las cosas, el servicio, el adentramiento en el misterio cristiano deben llevar siempre a la intimidad de la adoración eucarística, a manifestaciones visibles, a signos materiales como pueden ser las variadas formas de culto eucarístico. El diálogo con Dios, tanto de forma personal como comunitaria, tiene que encontrar su energía en el misterio sacramental, ya que es el mismo Cristo el que ha querido comunicarse así con nosotros. La adoración eucarística es un tesoro que la Iglesia no abandonará. Cada monasterio, cada comunidad religiosa que se consagra a la adoración de Cristo en la Eucaristía es signo de la continuidad de la vida de oración de la Iglesia alrededor de su Cabeza, es luz y sal de la comunidad cristiana, a la que empapa de espiritualidad y de oración, de silencio, de recogimiento amoroso, de anhelos de unión y de caridad en torno a la máxima expresión de comunión. Es un ejemplo y una invitación constante para que todos los cristianos nos unamos también así a la oración de Cristo.

¹² PABLO VI, *Discurso* al Comité Internacional para los Congresos Eucarísticos, 1 de marzo de 1972.

SILENCIO DEL ALMA

La persona humana necesita de la entrega tranquila y silenciosa, la purificación del silencio de Dios y en el silencio de Dios. No existe adoración que no esté penetrada de silencio. Y ya hemos visto que no puede existir «comunidad», ni en sentido humano, si no hay «caridad y riqueza interior», lazos que unen, sentido que orienta, reflexión que cimienta y profundiza. Cualquier celebración litúrgica requiere el ejercicio de la adoración privada si quiere ver verdaderamente viva, religiosa y tener fuerza y dinamismo interior. Cuando hablamos del papel purificador, santificador de la adoración y de la intimidad personal con Cristo estamos estableciendo un hecho teológico. Son palabras del Papa Juan XXIII en su Encíclica *Sacerdotii nostri*. «La oración larga y continua del sacerdote ante el Santísimo Sacramento del altar tiene una eficacia que el sacerdote no podrá conseguir de ninguna otra manera. No existe un sustitutivo de tal oración. Cuando el sacerdote adora a Cristo, el Señor, y le da gracias, cuando ofrece satisfacción por sus propios pecados y por los pecados de los demás, o cuando ora ardientemente para encomendar a Dios los asuntos a él confiados, arde en un amor más profundo hacia el divino Redentor, al que él mismo ha prometido fidelidad, y hacia los hombres, en favor de los cuales ejerce su ministerio pastoral»¹³.

El silencio de Cristo en la Eucaristía, ¡qué gran fuente de fecundidad para nuestra agitada algarabía! ¿Quién sabe más del hombre que Dios mismo? El silencio..., pero si es esencial a la constitución propia del hombre, si es la base para ir a la ciencia, a la belleza, a la trascendencia. Desde él parte a todas las direcciones, mundo exterior, mundo del arte, mundo religioso. Sólo desde él puede conocer a Dios, a los hombres y al mundo. Es el signo de la cualidad y profundidad del espíritu. Él hace posible las más grandes verdades, es la puerta de entrada donde todo cobra su densidad original. Los hombres nos encontramos en el silencio, gozamos de la obra de arte teniendo ambos, objeto contemplado y hombre, como medida común el silencio. Se encuentra el hombre con la creación de su inteligencia y de sus manos en el silencio. La perfección, la belleza, se logran cuando la espontaneidad original del silencio de la naturaleza y la del espíritu se encuentran y unifican en la «creación». El silencio es fértil como el grano de trigo. Él informa la palabra, el gesto, la expresión; no es carencia, ni suspensión de la palabra. Es esencial a la vida interior, une y da consistencia a lo que hay en nuestra intimidad, callamos ante el descubrimiento, ante la creación, ante el amor. Ya no tienen sentido las preguntas; se siente, se vive inmerso en la plenitud; se ve como la totalidad, el gran contenido. El amor nace en el silencio.

La adoración pertenece al alma, al ser del hombre. Se puede actuar, hablar, pero no se puede adorar a Dios si no se le adora de verdad con el espíritu y con el corazón. La adoración supone dedicación, que se exterioriza y encuentra su suprema expresión en acciones y actitudes hermosas, que llevan a la necesidad de manifestar en común el amor, la acción de gracias, el reconocimiento de Cristo Eucaristía como el gran sacramento de la unión. Todo lo que nace del verdadero amor es amor.

¹³ JUAN XXIII, *Sacerdotii nostri primordia*, 46. Cf. *El sacerdocio hoy*, BAC minor 67, 1985, 166.

Por tanto, el Congreso es un acto de fe en la supremacía del amor de Cristo, que se irradia desde la presencia eucarística¹⁴; es un acto que confirma el culto eucarístico en toda su plenitud y complementariedad. Sabemos muy bien que el sacrificio de la Misa ocupa el primer puesto en la liturgia: todos los documentos del Magisterio, hasta los más recientes, lo afirman. Pero queremos también recordar a todos nuestros hermanos e hijos que, frente a algunos inconsiderados planteamientos teóricos o prácticos recientes, todas las formas de culto eucarístico conservan inalterable su validez, su función insustituible, su valor pedagógico y formativo de escuela de fe, de oración, de santidad. La Iglesia, desde los comienzos, siempre ha tenido el mayor respeto por las especies eucarísticas, los *caelestia membra*, como los llama la inscripción damasiana colocada en el sepulcro de San Tarsicio, que recuerda al niño mártir de la fe eucarística, dispuesto a morir antes que a dejar los miembros del Señor en manos de adversarios desencadenados¹⁵.

Si los miembros del Cuerpo Místico que formamos todos con Cristo estamos sostenidos por la presencia eucarística del Señor, ¿cómo no vamos necesariamente a adorar privada y comunitariamente este misterio de fe? La adoración eucarística es auténtica, rica y verdadera manifestación de fe en Cristo, adhesión a su misterio, expresión de amor que requiere presencia y firme esperanza de su promesa. Te adoro con fervor, deidad oculta; el corazón se rinde entero; se engaña la vista, el tacto, el gusto, pero tu palabra engendra fe rendida. No hay verdad cual la verdad divina. Por su Dios te aclama nuestra alma, que de tu sangre una gota salve al mundo de su pecado¹⁶.

CONCLUSIONES

Para terminar, quisiera resumir mi pensamiento en unas proposiciones breves y sencillas que ofrezco a continuación:

1ª. No concedemos a la adoración eucarística ni más ni menos importancia que la que le concede la Iglesia. La adoración a Dios por parte del hombre es una actitud religiosa esencial dentro de las relaciones del hombre con Dios. Tan esencial que está perfectamente justificada la expresión, aparentemente paradójica, de Gertrudis von Le Fort: «Adoro, luego existo», en lugar de «existo, luego adoro». Ahora bien, en la Eucaristía está presente Jesucristo, que es Dios: ante esta presencia, la actitud de adoración es fundamental e insoslayable.

2ª. Cuando adoramos a Cristo en la Eucaristía, hacemos lo mismo que hicieron los Magos, los cuales, *postrándose, le adoraron* (Mt 2, 11); lo mismo que el leproso, el cual, viniendo a Él, le adoraba diciendo: *Señor, si Tú quieres, puedes limpiarme* (Mt 8, 2); lo mismo que Pedro y los discípulos cuando, calmada la tempestad, *se acercaron a Él y le adoraron diciendo: Verdaderamente Tú eres el Hijo de Dios* (Mt 14, 33); lo mismo que los Apóstoles en el momento de la Ascensión, los cuales, al verle *le adoraron* (Mt 28, 17).

¹⁴ Cf. Pío XI, *Quas primas*: AAS 17 (1925) 606.

¹⁵ Véase el discurso de Pablo VI citado en la nota 12.

¹⁶ Himno eucarístico *Adoro te devote*, de Santo Tomás de Aquino.

3ª. El hecho de que en los primeros siglos de la Iglesia no se practicaran formas de adoración eucarística como las que hemos conocido más tarde, no obliga a modificar nuestros planteamientos actuales en cuanto a lo fundamental de la adoración a la Eucaristía. También, ahora como entonces, reservamos la Sagrada Eucaristía para poder llevarla a los enfermos; y, además, nos detenemos ante nuestros sagrarios para adorarla. También entonces como ahora la reservaban para llevarla a los enfermos, a los presos, a los expuestos al martirio; y al llevarla y al recibirla lo hacían con respeto, con gratitud, con fe, con amor, es decir, con adoración. ¿Qué más da adorar a Cristo, expuesto en el viril de una custodia, o ir adorándole por el camino en medio de un bosque de paganas indiferencias o de persecuciones hostiles?

4ª. Lo que importa es que la conciencia cristiana del que adora a la Eucaristía hunda sus raíces en el único subsuelo donde tiene derecho a crecer la planta de la adoración, para que no se transforme en un injerto híbrido del que solamente broten flores sin perfume. Esa tierra fértil está formada por las siguientes convicciones nacidas de la fe, entre otras:

1. a) que la permanencia de Cristo en el sagrario es también sacrificial, como prolongación del sacrificio de la cruz y del altar, y por consiguiente todo el que adora prolonga también su ofrecimiento en unión con Cristo y con toda la Iglesia;
2. b) que la adoración no es ningún espléndido ejercicio de egoísmo religioso, ni de contentamiento pseudo-místico;
3. c) que el acto de adorar aquí en la Eucaristía, no en otras adoraciones, comporta la obligación de asimilar, porque es una especie de comunión pre o post-sacramental, y participa de las mismas urgencias y se nutre de los mismos estímulos que la Sagrada Comunión; luego tiene que disponer a la práctica de las grandes virtudes cristianas, igual que ésta;
4. d) que el adorador de la Eucaristía, nunca olvidado de la comunidad grande o pequeña a la que pertenece, y teniendo presente siempre a la Iglesia y al mundo, es el más comprometido a vivir con su palabra, con su trabajo y con su ejemplo (comportamientos profético, apostólico y de testimonio) las exigencias evangélicas de la caridad y de la justicia como fermento transformador de la humanidad; a él, todavía con más razón que a otros, le son aplicables las palabras de Jesús: *En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros* (Jn 13, 35).

5ª. Con esto como base, lo que nos corresponde es estar agradecidos a la normal expansión de la vida de la Iglesia, que en un momento determinado de su historia llega a manifestar con más claridad que hasta entonces aspectos del culto eucarístico antes poco explicitados, como son éstos de la adoración en sus diversas formas: pública o privada, con más o menos solemnidad, con cantos y alabanzas, de noche o de día. Hagamos bien la adoración, pero hagámosla. Y bendita sea la hora en que la Iglesia, reflexionando sobre las riquezas que lleva dentro de sí misma, acierta a dar cauce de expresión a las adoraciones eucarísticas que antes existían como silenciosa posesión de la conciencia. Es como, cuando en una familia, la convivencia diaria permite en un determinado momento una más detenida contemplación de los lazos afectivos que unen a sus miembros. Si los Apóstoles, en lugar de haber convivido con Jesucristo sólo tres años, hubieran estado más tiempo y le hubieran visto y tratado más, estoy seguro

de que en las páginas del Evangelio hubieran aparecido mayores y más elocuentes manifestaciones de su amistad, de su amor, de su gratitud, de su servicio, de su compromiso; es decir, de su adoración a Él.

6ª Perfecciónense, cuanto sea posible, las formas y modalidades de la adoración eucarística, y esto podría ser uno de los frutos del actual Congreso de Valencia, pero que no se destruyan. Las visitas a Jesús Sacramentado, las bendiciones eucarísticas, las procesiones del Corpus, las vigili­as eucarísticas, las asociaciones como la Adoración Nocturna o la que ha nacido recientemente en Francia con el nombre de «Unión Eucarística pro mundi vita», siguen siendo tan válidas y tan estimables en la Iglesia de hoy como en la de ayer, hablando en términos generales. Estúdi­ese el perfeccionamiento de sus expresiones, y aquí es donde la iniciativa de nuestra fe y nuestro entusiasmo puede servir eficazmente para orientar mejor, no para olvidar. Es error pastoral de trágicas consecuencias que se pierda la piedad eucarística en torno al sacramento de la presencia real, en nuestras comunidades parroquiales o diocesanas, en nuestros seminarios o noviciados, en nuestras casas religiosas. La historia demuestra que cuando todo quiere reducirse a participar en el sacrificio despreciando lo demás, termina por desaparecer la fe en el sacrificio de Cristo, y el altar se convierte en nuevo rito mágico sin profundidad o en un pretexto para la teología política mal entendida. Error grave era olvidarnos del sacrificio y perdernos en el barroquismo de las adherencias ruidosas de un culto eucarístico sin sentido; pero no menos grave y funesto resulta impedir que se propague la onda vital del sacrificio que empezó por tener adoradores silenciosos a la Santísima Virgen María y al Apóstol San Juan junto al calvario. Una y otra cosa son compatibles. ¡Y cuidado con las ironías sobre el lenguaje! Es cierto que hay una literatura poco afortunada que gira en torno a esas frases como «el divino prisionero del tabernáculo», etcétera. Seamos más exactos, si es que debemos serlo. Pero sin extremar las cosas; porque luego resulta que los mismos Santos Padres hablan del Verbo Encarnado preso en el seno materno de María, o la misma liturgia oficial de la Iglesia llama al Espíritu Santo «dulce huésped de las almas» y habla del «suave rocío de su gracia». Sin extremarlas y sin incurrir en parecidas retóricas, como las de aquellos que, oponiéndose con razón a las deformaciones del estilo de antes, incurren ahora abusivamente en nuevos retoricismos, hablando sin cesar, venga o no a cuento, de los signos de los tiempos, del riesgo de la fe, de la libertad creadora, etcétera.

7ª. Ciertamente que estamos en una hora de cambios profundos en la vida de la sociedad civil y de la Iglesia. Cuantos más cristianos comprometidos logremos para transformar y mejorar las condiciones de la sociedad terrestre mejor serviremos al Evangelio. El se­glar tiene esa misión, ser un agente de elevación del mundo hacia metas cada vez más progresivas y más altas con sentido cristiano. La adoración eucarística no solamente no será un obstáculo para ello, sino, por el contrario, una ayuda espléndida y eficazísima, porque permite meditar y comprender mejor las exigencias del sacrificio de Cristo, porque invita al examen interior de sí mismo en la presencia del Dios vivo, porque favorece el silencio de la contemplación, sin la cual nuestro cristianismo se convierte fácilmente en una nueva ideología. Está la Iglesia más necesitada de silencio que de palabras, pero no de un silencio opaco y triste, sino de aquel otro sobre cuya atmósfera flotan los gérmenes de la vida divina que llaman, estimulan, nos fuerzan al amor y al perdón, nos libran de la aspereza de las acusaciones

mutuas, nos capacitan para la lucha diaria, nos proporcionan paz y consuelo. Esto hace la Eucaristía, creída, amada y adorada. *Si Tú hubieras estado aquí – le decían Marta y María al Señor– nuestro hermano no hubiera muerto.* Aludían, sin darse cuenta, a la necesidad que tiene el corazón humano, y aun la fe, de una presencia cercana de Cristo en nuestra vida para que no se nos mueran entre las manos tantas cosas como queremos que sigan viviendo para poder vivir nosotros.

La piedad eucarística, en sus diversas formas de adoración y de súplica, como la piedad y devoción de la Virgen María, no son devociones de burgueses, como se ha dicho, sino del pueblo de Dios sencillo y multiforme que sufre y que ama y sigue adelante sin desesperarse. Conocemos a muchos sacerdotes, y religiosos, y seglares, adoradores de la Eucaristía, que son desde la humildad de sus vidas y sus profesiones, auténticos sembradores de paz y de justicia en la sociedad en que viven. No necesitan escribir artículos en periódicos y revistas para ayudar al hombre de hoy en su trabajo. Lo hacen sin hablar, porque se sienten hermanos de todos. La Iglesia del futuro será lo que tenga que ser. No nos asusten las renovaciones legítimas que se hayan de introducir. Cambiarán muchas instituciones como cambian las culturas, y se acomodarán más a las diversas edades, costumbres, exigencias naturales, etc. Pero de una cosa podemos estar seguros: donde haya cristianos, hijos de la Iglesia Católica, habrá, en una forma u otra, adoradores de la Eucaristía que nos dejó el Señor como sacrificio y sacramento, como memorial de su pasión y como prenda de la gloria que nos espera.

LA FIESTA DEL CORPUS CHRISTI, ALEGRÍA DEL CRISTIANO REDIMIDO

Carta pastoral sobre la Procesión del Corpus en Toledo, mayo de 1977, Texto publicado en el Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo, junio 1977.

La festividad del Corpus Christi, que en Toledo tiene tan profunda tradición religiosa y popular, me mueve a escribiros esta Carta Pastoral, que ofrezco a vuestra meditación con el deseo de contribuir al perfeccionamiento de lo que tenemos, sin detenernos pasivamente en los aspectos meramente exteriores de una herencia gloriosa.

Hace falta, ante todo, **meditar, comprender y vivir**.

Podríamos decir que **el Corpus Christi es la fiesta de la alegría del cristiano**, porque es la celebración del misterio perenne de Cristo y, por tanto, también de la redención de toda criatura que ansia y anhela la vida de los hijos de Dios. El Señor, al que adoramos en la Eucaristía y paseamos con júbilo por nuestras calles, es el mismo que vivió en la tierra, murió, resucitó y vive en la eternidad; todo cuanto sucede está en Él. Todo se ha hecho por Él, y sin Él nada se hace de cuanto existe; en Él está la Vida y de su plenitud todos hemos recibido; la gracia y la verdad nos llegan por Él (cf. Jn 1, 3-4; 16-17). *El pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo... Yo soy el pan de la vida... Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne por la vida del mundo* (Jn 6, 33-34. 51).

La festividad del Corpus Christi conmemora solemnemente lo que todos los días celebramos en la sencilla paz de nuestras iglesias: el Misterio del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Lo ordena a una más grandiosa y espectacular adoración de lo que todos los días podemos adorar y recibir los cristianos: el Pan vivo bajado del cielo. Dios se nos ha dado como promesa y posesión en una comida sencilla y ordinaria, el pan y el vino. Bajo estos signos de terrena cotidianeidad, Dios mismo se nos da como alimento. Pero esta misma cotidianeidad puede hacernos olvidar la infinitud y grandeza de lo que celebramos, por lo cual necesitamos de un día especial que nos los ponga más de manifiesto.

Somos peregrinos en marcha hacia Dios, luchando por nuestra plena realización en Cristo Jesús. La adoración solemne de la Eucaristía, en las procesiones del Corpus Christi, nos hace girar en torno a la piedra angular y movernos hacia Dios en pos de Cristo. En nuestro caminar llevamos el Cuerpo que fue entregado por nosotros. Cristo en la Eucaristía, como Señor de la Historia, preside esta marcha y nos fortalece en el camino.

Es un día de alegría, porque toda criatura redimida presiente la plenitud de vida que tiene en Cristo. Si Cristo ha venido a salvarnos, sólo Él puede decirnos quién es Dios y quién es el hombre ante Él; sabemos que Dios quiere un hombre nuevo formado a imagen de Aquel que nos redimió. *Los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera el primogénito entre muchos hermanos* (Rm 8, 29). El día del Cuerpo de Cristo se pone de manifiesto cómo el hombre y toda

la creación será elevada de la esclavitud de la muerte a la plenitud de la vida. Cristo, en la Eucaristía, es el himno perenne, la realidad vital de la restauración de todas las cosas por el misterio de su Cuerpo y de su Sangre. Él vive para nuestra salvación, está resucitado de entre los muertos como hombre y ha asumido toda la creación en la gloria de Dios. El estar en Cristo es la nueva creación y este gozo irrumpe y estalla en la fiesta del Corpus Christi.

I. EL DOGMA EUCARÍSTICO

1. Un deber apremiante: poner el universo al servicio del amor y del bien

Sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto, y no sólo ella, también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior, anhelando el rescate de nuestro cuerpo (Rm 8, 22-23). El cristiano espera firmemente que su cuerpo, como su alma, sea liberado de la condición carnal y participe en la gloria del Cuerpo resucitado de Cristo. La fiesta del Cuerpo de Cristo nos invita a pensar en una verdad y en una exigencia: todo el universo está llamado a participar en la libertad propia de los hijos de Dios, y el cristiano tiene obligación de contribuir a esta liberación. San Pablo no ha visto en Cristo al Salvador y Redentor exclusivamente de las almas. La obra redentora de Cristo se extiende a todo; su cruz y resurrección lo han sellado todo. La Eucaristía, en su exaltación gloriosa de la materia transubstanciada, es como un símbolo de todas las transformaciones futuras.

El cristiano no puede desconocer la maravillosa grandeza de la creación salida de la libre generosidad del amor de Dios. No se evade de la situación real y conoce la importancia del instante presente, siente la responsabilidad que como hombre tiene en la construcción de un mundo cada vez mejor. Sería una aberración despreciar los valores de lo creado y mirar desdeñosamente la Historia con todas sus implicaciones. No, el cristiano tiene que trabajar con ardor por el pleno desarrollo de la nueva creación instaurada por Cristo Jesús y vivir el presente, devolviéndole su verdadero sentido, proyectándolo sobre el reino de Dios, que ya nos ha sido dado y que está en situación de desarrollo hasta su realización definitiva.

El vivir en cristiano equivale realmente «a crecer en resurrección», a vivir «como resucitados» a una nueva vida, que es concretamente la vida de libertad que proclama el Evangelio, porque donde está el Espíritu del Señor está la libertad (2Cor 4, 17), y nunca esta libertad puede ser tomada por el cristiano como pretexto para servir a la carne y al egoísmo, que destruyen la dignidad y grandeza humana. Es desde «arriba» desde donde hay que iluminar la tierra.

Nos gloriamos con razón, porque nuestra esperanza de la gloria de Dios no quedará confundida. Ella es la que nos mantiene en tensión fecunda entre los dolores y trabajos de este mundo y la redención ya iniciada. Los motivos de la esperanza cristiana son inquebrantables para San Pablo: promesas divinas, muerte y glorificación de Cristo en cuerpo y alma, don del Espíritu que intercede soberanamente por nosotros, pidiendo nuestra glorificación.

Esta manifestación del amor de Dios en la presencia real y perenne del Cuerpo de Cristo, vista con la luz de la esperanza, tiene que llenarnos de confianza y de ánimo, y debe ser para nosotros como una fuerza que nos sostiene y protege contra todos los obstáculos. El cristiano, en su pensar, sentir y actuar, tiene que ser un testimonio vivo de la fe y esperanza en Cristo Jesús, testimonio de su Evangelio y de su misterio redentor. Lo cual significa que hay que vivir lejos del pecado, que es mentira, egoísmo y esclavitud, e ir sumergiéndose cada vez más en el mundo de Dios. La existencia cristiana no puede concebirse más que como una ascensión en Cristo hacia el Padre en la virtud del Espíritu Santo, arrebatados por la fe en la fidelidad y misericordia de Aquel que no engaña.

2. La fiesta del Corpus y su fuerza apostólica

No puede hablarse de Eucaristía sin pensar en la totalidad del misterio redentor de Cristo, que en ella se perpetúa. Cristo, en la Eucaristía, cobija a los hombres, a las cosas y a la vida en general; el mundo entero se cobija en Cristo. Se percibe aquí el alcance supremo de la palabra de Jesús: *El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él* (Jn 6, 56). Los hombres, y con ellos el mundo, en toda su riquísima pluralidad, tienen que estar verdadera y realmente en Cristo, porque Él es quien lo abarca todo y Él es el Verbo de Dios hecho hombre. Cristo Eucaristía rebasa todos los límites, no existe para Él medida alguna, es Él mismo quien se constituye en medida.

Pentecostés es la consumación de la Pascua, cuyo más íntimo sentido es reconciliar la tierra y los hombres con Dios y entregar a Dios este mundo reconciliado. El Hijo ha tomado nuestra humanidad y la ha introducido en la vida del Padre y está en nuestro corazón por el Espíritu. Cuando a los pocos días de Pentecostés se celebra la fiesta del Corpus, la Iglesia trata de invitarnos a pensar que el misterio de las presencias se completa. No es sólo el Espíritu; es también Cristo con su Cuerpo y su Sangre. *Estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo* (Mt 28, 20). Cristo, el Señor en quien creemos, *el primero y el último, el viviente que fue muerto y ahora vive por los siglos de los siglos* (Ap 1, 9), y que hace sensible a los hombres su redención a través del misterio del altar. Desde esa sencillez del pan y del vino nos hace vivir en Él, desborda vida y la concede a quien lo come y se acerca a Él. Todos los días de la historia y en todos los lugares, la Eucaristía perpetúa el sacrificio del Señor, vencedor de las limitaciones del tiempo y del espacio.

Sacrificio, presencia real y Comunión son tres aspectos de esta maravilla que el poder, la sabiduría y el amor de Dios nos han dado.

La fiesta del Corpus celebra primariamente la presencia real; mas por la natural unión y concomitancia venera también el sacrificio y el convite.

Cristo está presente en la Eucaristía para ser ofrecido al Padre como víctima y como hostia; de ahí que a la Solemnísima Procesión preceda la Santa Misa.

Cristo está presente en la Eucaristía para ser nuestro alimento; de ahí que los fieles sean invitados a comulgar ese día con más agradecido fervor.

Cristo está presente en la Eucaristía para ser nuestro compañero y dulce amigo: de ahí que esté plenamente justificada la piedad eucarística en las diversas formas que aprueba la Iglesia.

La presencia de Cristo en la Eucaristía es, para el creyente, fuerte llamada a la santidad. «La santificación –dice Santo Tomás¹– tiene tres aspectos: su causa propia, que es la Pasión de Cristo; su forma, que consiste en la gracia y virtudes, y su último fin, que es la vida eterna». La presencia real recuerda la Pasión de Cristo (una de las razones de ser es la sacrificial); señala al Autor de la gracia, que concederá a quienes lo reciban digna y fructuosamente; anuncia la gloria futura en que Cristo será gozado sin los velos de accidentes de pan y vino. La presencia real de Cristo en la Eucaristía manifiesta el gran amor que Cristo nos tiene. El amor busca la presencia. Gozamos de la presencia de la verdad de Cristo en el Magisterio; de la voluntad de Cristo en el gobierno pastoral; de la gracia de Cristo en los medios de santificación; Cristo está presente en su palabra cuando se lee la Sagrada Escritura; Cristo está presente donde dos o tres se congregan en su nombre (Mt 18, 20); reside en las almas por la gracia, en las inteligencias por la fe, en las voluntades por la caridad. Pero en la Eucaristía está presente «Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo»².

Ya que en la Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, la Eucaristía es fuente de vida eclesial. «La Eucaristía es como la consumación de la vida espiritual y el fin de todos los sacramentos»³.

La presencia real de Cristo en la Eucaristía es un don ofrecido como llamada a la unión con Cristo y, por medio de Él, con la comunidad⁴. De ahí la exigencia de la caridad.

En la presencia real de Cristo bajo las especies de pan y vino, elementos de la naturaleza cultivados por el hombre, tenemos el culmen de la acción por la que Dios santifica al mundo en Cristo. Invita a la perfección de la actividad humana en el misterio pascual.

3. La Eucaristía es un misterio de reconciliación

El designio salvador de Dios es todo él un gran proyecto unificador, de reconciliación universal en Cristo... (cf. Ef 1, 2-14; Col 1, 13-20), cumplido de una vez para siempre, es decir, hasta el final de los tiempos, en el acontecimiento escatológico por excelencia: la Pascua de Jesús.

Ese misterio reconciliador se refiere a la participación de todos en una comunidad de vida, en una nueva fraternidad convocada por Dios: la Iglesia, la comunidad de los reconciliados, la comunidad de la vida nueva, la comunidad de los que creen y viven en Cristo, hecho por Dios, en la virtud de su Espíritu, Reconciliación y Paz.

¹ *Suma Teológica* III q.60 a.3.

² *Presbyterorum ordinis* 5.

³ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* III q.65 a.3; q.73 a.3 c.

⁴ *Lumen gentium* 3. 7. 11. 26.

Cristo hace presente al mundo una nueva fraternidad pascual y eucarística...

La Eucaristía, en cuanto *memorial* (presencializador) de la Pascua, vendrá a ser, pues, para esa misma comunidad y para el mundo entero, la presencia excelente de aquella reconciliación original, única para todos, verificada por Jesús y ofrecida a los hombres...

Por eso la Eucaristía «contiene todo el bien espiritual de la Iglesia»⁵.

Es el sacramento por excelencia de la reconciliación, ya que la presencia actuante de la Pascua, del Sacrificio, del Cuerpo, del Espíritu vivificante... de Jesús, le dan la virtud de purificar de todo pecado, de cuanto aleja de Cristo... Esto es tan cierto que todo el poder reconciliador reconocido a los signos litúrgicos procede de aquí. Sólo hay un «momento originario» en esa reconciliación: el de la Pascua, presente para nosotros en la Eucaristía; los demás sacramentos canalizan, concrecionan, expresan, para determinados momentos de la vida humana, esa virtud típica y originariamente eucarística. La Eucaristía es, por ello, fuente y término del organismo sacramentario⁶.

«Eucharistia dicitur sacramentum caritatis Christi expressivum et nostrae factivum»⁷.

4. La Eucaristía nos compromete en un programa reconciliador

La Eucaristía, en cuanto sacramento-signo de la obra de Jesús, presupone, al celebrarla, una reconciliación, una fraternidad.

La convocación, la concordia mutua, la unión en Cristo han de ser algo previo. No habría signo de la unión a Cristo si ésta no existiera. No habría culto a Dios sin una hermandad de partida (Mt 5, 23-24). No habría «presencia» de Cristo en medio de quienes «no están congregados en su nombre».

La Eucaristía debe expresar la convocación de todos a la fe-amor. A ello se ordena la escucha-respuesta de la Palabra de Dios.

La Eucaristía es el banquete de la fraternidad eclesial. Si ésta no se da, queda frustrada la realidad sacramental (cf. 1Cor 11, 17-29). No puede romperse la correlación necesaria entre el Cuerpo de Cristo, núcleo personalizante de la comunidad creyente, y el Cuerpo de Cristo entregado en alimento (cf. 1Cor 10, 16-17).

La Eucaristía, como presencia activa y comunicación de la Pascua reconciliadora de Jesús, engendra, desarrolla, dinamiza la verdadera reconciliación con Dios, con los hermanos, con el mundo entero.

La Eucaristía, memorial del sacrificio pascual del Señor, nos otorga, mediante el reencuentro con Cristo, el acceso libre, confiado a Dios (dimensión vertical de la Alianza nueva sellada en la Sangre de Jesús), y la unión mutua, fraternal, de

⁵ *Presbyterorum ordinis* 5, 2°. Cf. SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* III q.65 a.3.

⁶ Cf. *Sacrosanctum Concilium* 10; *Presbyterorum ordinis* 5, 2°.

⁷ SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* III q.65 a.3.

todos en Cristo, con el que, por la participación convival de su Cuerpo y Sangre, nos hacemos «concorporales y consanguíneos» (S. Cirilo de Jerusalén).

El fruto propio de este misterio es realizar la unidad del Cuerpo (eclesial de Cristo), significada en la unicidad del Pan de vida: *.Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan* (1Cor 10, 17).

La Eucaristía comunica, por vía de la entrega interpersonal (de Cristo a su Iglesia y viceversa), un espíritu unificador, que asimila al creyente con los sentimientos de Jesús; nace así un apremio y una tensión de permanente reconciliación: con Dios y con los hermanos, liberando de los egoísmos, de rigideces, intransigencias, autosuficiencias, sectarismos, marginaciones, etc.; con el mundo entero, instaurando un nuevo orden, recto, edificante; con todas las cosas de la creación, que, si han de ser remodeladas en Cristo, comienzan ya en la Eucaristía por ser simbólicamente transformadas, mediante los signos del pan y del vino, en «creatura nueva», cuya primicia es Cristo Resucitado.

Resulta inimaginable una Eucaristía cristiana que no lleve consigo un cambio de la vida, por la sencilla razón de que Jesús pacta y se da a los suyos a fin de que tengan vida, de que vivan en Él, de que sean uno con Él.

II. LA LITURGIA DEL CORPUS

1. La fiesta del Corpus en el corazón del pueblo

Cuando se piensa seriamente en la doctrina anteriormente expuesta, brevísimo compendio del dogma eucarístico, se comprende mejor el sentido profundo de la liturgia de este día, con su Misa del Corpus y su Procesión solemnísimas. El pueblo católico se ha incorporado a ella desde hace siglos, con los defectos propios de toda participación masiva, pero también con todas las virtudes y consecuencias religiosas de índole eminentemente positiva que encierra un hecho como éste.

En el fondo es siempre el misterio de la Cruz redentora, que atrae al hombre con su fuerza única y divina. *Yo, cuando sea exaltado sobre la tierra, todo lo atraeré hacia mí* (Jn 12, 32). Esa cruz, de la que brota la vida, la ve siempre el cristiano en cualquiera de los sacramentos que Cristo nos dejó. Particularmente, en el de la Eucaristía brilla con un fulgor singular, el que se desprende del Cuerpo y la Sangre de Cristo dados como alimento por amor: parece como si hubiera más cruz, más muerte, más resurrección, más misericordia y amor. El pueblo lo intuye y adora con gozo al Amor de los Amores. Si todos los sacramentos son «huellas del Verbo Encarnado», como los llamaron los Padres, el de la Eucaristía es el mismo Verbo Encarnado, que mora entre nosotros y llega en un día como éste a salir a nuestro encuentro en plazas y calles, como lo hizo durante los días de su existencia histórica entre los hombres. «Es Cristo que pasa», podríamos decir hoy, como le dijeron al ciego de nacimiento cuando preguntaba al oír el rumor de la gente.

Hoy la Iglesia lleva con santo temor y temblor el Sacramento de la Eucaristía por las calles en Procesión festiva. Lo adoramos, le ofrecemos incienso y flores, lo paseamos triunfalmente como lo que más queremos en el mundo: la dichosa

presencia del Señor. Hacemos como los habitantes de Jerusalén el Domingo de Ramos, cuando cantaron al Señor himnos de triunfo, le dieron vivas y hosannas y arrojaron sus vestidos en las calles por donde Él pasaba. Es toda la comunidad la que es invitada a participar, los sacerdotes y los fieles, juntos y unidos en la profesión de la fe y en la adoración, del mismo modo que el Jueves Santo es también la comunidad entera la que es llamada a tomar parte en la conmemoración viva del Sacrificio instituido. Todo lo que sea Eucaristía, o Sacrificio, o Sacramento, reclama, con la fuerza de su propio peso, comunidad actualizada y visible o intencional al menos. No hay soledad ni aislamiento egoísta en torno al Sacramento o al Sacrificio Eucarístico. No puede haberlo.

En la fiesta del Corpus y en su Procesión, la Iglesia subraya, para quien quiera entenderlo, que hay que poner a Cristo en el centro de todas las actividades humanas, como única perspectiva para la correcta intelección de la justicia, del progreso y de la armonía entre todos los pueblos; que al comer del mismo Pan no caben divisiones de razas, de sangre o de cultura, porque todos formamos un solo pueblo y una sola raza, «la de los hijos de Dios»; que las exigencias de verdad, de unidad y de paz sólo se verán satisfechas mediante la amistad y la unión con Jesús en la Palabra y en el Pan, en la oración y en la acción de gracias.

Cristo merece nuestro homenaje, y ello es suficiente para que nos apresuremos a rendírselo con fe, devoción y amor. Esa Procesión del Corpus nos está diciendo que la Eucaristía es un Sacramento permanente que debe ser mostrado y adorado, para que sea cada vez más deseado por el alma del hombre débil y enfermo que necesita alimento. Igual que el hombre hace con frecuencia, cuando envuelve y codicia con su mirada la comida, preparándose así para gustarla después, hoy la Iglesia, presentando por las calles el manjar divino, trata de suscitar en cuantos quieran contemplarlo anhelos y deseos de comer después lo que será fuerza para la fe, la pureza del corazón, la caridad cristiana.

Muchos no harán caso. Otros, como Zaqueo, sólo «desean ver». Pero Cristo es lo bastante bueno para llamarlos por su nombre y lograr su conversión.

También entre los cinco mil hombres que seguían a Cristo antes de la promesa de la Eucaristía habría «curiosos» y, sin duda, pecadores, que sabían muy poco sobre su persona, y, sin embargo, no dudó en hacer el milagro, que sería símbolo y punto de partida para la promesa y la institución posterior del «Pan vivo» bajado del cielo.

2. Precedentes históricos de la festividad del Corpus Christi y de la procesión

Los encontramos en la costumbre de exponer el Santísimo sobre el Altar para alimentar la devoción de los fieles y fomentar la adoración a Jesús Sacramentado.

Pero esto no bastaba para la exigencia de la piedad popular. Los siglos de fe se complacían en manifestaciones exteriores, con las que se conseguía la extensión del homenaje, a la vez que se multiplicaba el número de adoradores. Santo Tomás lo animó con aquellas palabras: «Alábale cuanto puedas, porque está sobre toda alabanza».

Ya en el siglo VII se descubren algunos vestigios de procesiones relacionadas con la del Santísimo Sacramento. Pero hemos de observar que, hasta la institución de la Fiesta del Corpus, en ninguna parte y por ninguna circunstancia se lleva visiblemente la Hostia Santa como en la actualidad. Se conducía la Sagrada Forma en tabernáculo cerrado y era, en realidad, la Procesión del Tabernáculo. Florecieron estas procesiones en Alemania, Inglaterra y Normandía. No se celebraba el día del Corpus, porque no existía la fiesta litúrgica, ni se intentaba directamente honrar el Cuerpo y Sangre de Cristo, contenidos en la Hostia.

Es en el siglo XIII cuando el Papa Urbano IV, en la famosa Bula «Transiturus», ordenó la celebración anual de la Fiesta del Corpus, para la que Santo Tomás compuso el Oficio del Santísimo Sacramento, monumento imperecedero de la liturgia católica. Hasta el siglo XIV, sin embargo, no se celebra con regularidad y extensión universal, merced a las nuevas determinaciones del Pontífice Juan XXII.

Establecida la fiesta surgió después la Procesión, primero en el interior de los templos y en seguida en la calle y las plazas públicas.

Los Cabildos de las Catedrales, las parroquias, las autoridades y el pueblo acogieron con cálido fervor la nueva institución, y por todas partes aparecieron demostraciones espléndidas del reconocimiento de la majestad de Dios y de su señorío sobre todas las cosas, del que la triunfal Procesión Eucarística quería ser un símbolo.

3. Corpus de Toledo

Muy pronto la nueva festividad litúrgica se extendió por toda España. Barcelona fue la ciudad en que se celebró por primera vez en 1319.

No sabemos cuándo empezó en Toledo, si bien podemos estar seguros de que no sería mucho tiempo después. Cuando en el siglo XV el Cardenal Cisneros encarga la construcción de la celeberrima Custodia, la tradición del culto al Sacramento en el Día del Señor era ya antigua y estaba plenamente arraigada.

Los Arzobispos y el Clero Catedralicio y la sensibilidad del pueblo toledano, que tiene alma de artista, hicieron posible uno de los logros más acabados en la expresión externa de la fe en la Eucaristía. No podemos mirar con indiferencia esta tradición, que puede seguir produciendo hoy frutos copiosos. A pesar de la desacralización del ambiente, muchas veces provocada o pasivamente consentida, todavía el Día del Señor, como se le llama en muchas comarcas de Castilla y en casi todos los pueblos de nuestra Archidiócesis, puede seguir siendo una fiesta de fe, de amor y de restauración de costumbres cristianas. Esta festividad, si es precedida de una catequesis adecuada, tiene una influencia poderosa para la renovación interior de las conciencias lo mismo en las ciudades grandes que en los pequeños pueblos, villas y aldeas.

Nada de cuanto la piedad y la fe de nuestros mayores pusieron al servicio del culto eucarístico debe ser despreciado. Podrá ser corregido o actualizado con formas de participación más propias del tiempo presente, cuando sea necesario. Pero ni el respeto a la cultura y sensibilidad de un pueblo, ni la conciencia

religiosa bien formada permitirán contemplar con frialdad o con desdén las elocuentes manifestaciones a que esa piedad ha dado lugar.

Las Hermandades Sacramentales –que han existido con una pujanza de fe sencilla y robusta sin par hasta hace menos de un lustro– desplegaban en nuestros pueblos de Toledo un derroche de luces, varales de palio y damascos, tisús, brocados o sedas, estandartes y cetros, medallas o escudos de plata, guantes blancos, trajes especiales, junto a una reverencia tan particular al paso del que solían llamar «SU DIVINA MAJESTAD», que no se ejercitaba tal en cualquier otro día del año.

Los pueblos –como tales– sacaban a las fachadas, balcones, corredores, ventanas y puertas las mejores colchas, sábanas bordadas, tapices populares, mantones de manila, etc., y adornaban las esquinas con arcos de romero o tomillo, mientras las calles se llenaban de juncia o espliego, cantueso y flores del río, y la iglesia se alfombraba de rosas, celindas o yerbabuena «de los pastores».

En Toledo la ciudad movilizaba todas sus energías en honor del Señor de la Custodia.

Ya el Arzobispo y Cabildo cubrían (materialmente) las fachadas enteras de la Catedral con los más ricos terciopelos, brocados, reposteros, tapices y ornamentos, cuando Calderón o Lope, Valdivieso o Medinilla representaban sus mejores obras ante la Puerta del Perdón como homenaje exclusivo para el Día del Señor. Más tarde fue el pueblo fiel el que copiara el ejemplo Capitular y recubriera sus fachadas con la ornamentación más rica que guardara en sus cofres, bargueños o arcones.

Participaban todas las clases sociales y gremios, cooperando con los medios característicos de la organización. Los toldos los colocaba el Gremio de Sederos y, al declinar el poder de éstos, el cuidado de los mismos pasó al Ayuntamiento de la ciudad.

Siempre fue tónica de la festividad del Corpus la participación masiva y activa del pueblo y la puesta en escena de Autos Sacramentales y piezas de menor importancia, pero todas en torno a la Eucaristía y muy aptas para instruir a los fieles sobre el Misterio de la presencia real de Jesús en la Hostia santa. Y el mismo Cabildo y el Cardenal lucían al sol –el que refulgía en la Custodia de Arfe más que sobre la Catedral– los ornamentos más ricos que guardarán en sus «cuadras», dotando a todos los clérigos toledanos de capas de seda y tisú de oro, mientras los incensarios de oro y plata hacían mezclarse el olor a incienso con el aroma y perfume del tomillo de los Montes de Toledo. Los sochantres con sus cetros de plata, los Capitulares Mayordomos con sus bastones, los niños primicomulgantes con sus cestillas de flores, los «pertigueros» con sus trajes inusitados, el «Guion» de Mendoza con su historia y su arte, la Hermandad de la Santa Paz y Caridad y la de Huertanos con sus «verdes» y sus primeros frutos... jamás constituyeron ningún triunfalismo, sino un derroche de devoción tradicional y sincera para hacer manifestación de que salía por las calles el Señor.

Las Cofradías de Monte Sion y del Valle, de la Paz, de la Guía o del Consuelo, de la Bastida y de la Estrella, de la Esperanza o de la Salud, de la Cabeza, de los Desamparados, del Buen Alumbramiento o del Sagrario, de la Inmaculada

(que no eran sólo los estandartes, como ahora, junto con dos o tres cofrades y unas niñas de primera comunión), además de las de San Sebastián, San Cipriano, San Antón, San Isidro y San Roque, el Santo Ángel, San Antonio o Santa Rita, más las «mangas» y cruces de Santo Tomé y Santa Leocadia, San Justo y la Magdalena, San Nicolás y del Arrabal, precedidas por la excepcional de la Iglesia Primada, no hacían más que congregar cofrades y feligreses, que rezaban y cantaban, ejercitaban la fe y la devoción sin pensar más que en la adoración del Santísimo Sacramento.

Después vinieron los Luises y los Kostkas, los Caballeros del Pilar y las Congregaciones Marianas, los Tarsicios, los Jueves Eucarísticos, el Apostolado de la Oración, los Discípulos de San Juan, la Acción Católica y la Adoración Nocturna. Delante de ellos, las interminables filas de seminaristas –con sotana, fajín rojo y sobrepelliz impoluta–, y los «seises», y *todos* los sacerdotes de la Ciudad, y los Párrocos con sus «mucetas», rezando, adorando, acompañando al Señor.

Más tarde se incorporaron los Caballeros del Santo Sepulcro, y los Infanzones de Illescas, y los Capitulares del Corpus Christi, y los Mozárabes, y siempre las Autoridades civiles y militares.

La Procesión venía a ser así, y en gran parte sigue siéndolo, una mezcla afortunada de lo sencillo y lo grandioso, de la fe del pueblo humilde y la expresión majestuosa del arte, la liturgia y la tradición. Sólo Dios mismo puede penetrar hasta el fondo secreto de las almas y valorar con su conocimiento justo las motivaciones íntimas del comportamiento de los hombres.

El Corpus de Toledo es una joya que hay que conservar y cuidar, una reliquia que ha de ser tratada con el mayor esmero, una acción litúrgica de la fe de la Iglesia y una explosión de la piedad del pueblo que no se pueden despreciar. Cualquier detalle que se suprima disminuiría su encanto, porque le quitaría tradición e historia. Toda innovación ha de ser muy estudiada. Pero, evidentemente, estamos también obligados, si queremos que se mantenga como algo vivo, a evitar que se fosilice o se convierta en un mero espectáculo de exhibición religiosa.

4. **Corregir sin cesar**

Existen también defectos y hemos de reconocerlos para tratar de conseguir una mayor perfección en todo:

1. **El rutinarismo de la Procesión.** Me refiero a la deformación de muchos fieles que, quizá sin haber participado en la Misa de ese día, contemplan la Procesión en sí misma, sin pensar que el Sacramento que se adora y el homenaje que se ofrece no tendrían ni existencia ni justificación si no fuera por el Sacrificio Eucarístico, de donde arranca todo.

Se necesita una predicación y catequesis muy intensas para evitar esto.

2. **Falta de compenetración religiosa.** Hablo de la gran masa que puede haber, y de hecho hay, de meros curiosos, no quizá por parte del pueblo toledano, sino de los miles de turistas que llegan de todas partes.

Frente a este hecho, inevitable, hemos de tener los demás un mayor afán de dar vivo ejemplo de piedad, recogimiento y unción religiosa.

3. **El canto y la oración.** Aunque es mucho lo que se ha conseguido, todavía nos queda un largo camino por recorrer hasta lograr una auténtica y continuada aclamación de todos al Señor Sacramentado, con nuevas formas de participación que han de ser bien preparadas. Oraciones cortas, actos de fe públicamente manifestados, acciones de gracias...
4. **Más caridad.** Muy necesario es también lograr que la fiesta del Corpus y cuanto en la misma se celebra sirva para adorar a Dios, desde luego, pero también para manifestar el amor a los hermanos, los hombres, sobre todo a los más pobres y necesitados.

La Iglesia española ha hecho coincidir con esta festividad el Día Nacional de Caridad. Debemos aspirar a que todos nuestros diocesanos reciban previamente las predicaciones y orientaciones adecuadas para avanzar cada vez más en la comunicación de bienes espirituales y temporales.

Los cristianos de hoy en Toledo somos depositarios de una historia y de una cultura que merecen estimación profunda. Pero debemos abrirnos a nuevas creaciones del amor, sin abandonar lo bueno que nuestros mayores nos legaron. Hay que plasmar en realidades de hoy lo que otros pensaron para el Corpus de ayer.

No basta que Toledo se enorgullezca de su custodia incomparable, o que Torrijos recuerde que allí vivió Teresa Enríquez, «la loca del Sacramento». Esas gloriosas locuras deben manifestarse en el culto a Dios y en el amor a nuestros hermanos.

5. El Cabildo de la Catedral

Corresponde al Excmo. Cabildo, con la ayuda del Colegio de Párrocos, tomar la iniciativa para estudiar y repensar, con el mayor esmero, todos los aspectos y detalles pertinentes al recorrido procesional.

Cuanto haya de superficialidad, exhibición mundana, pompa inútil, falta de fervor, etc., debe ser examinado y corregido. Porque todo es perfectible, y obra de todos ha de ser alcanzar el más alto nivel de perfección posible. La Procesión, en todos sus detalles, ha de ser:

5. homenaje de amor a Dios,
6. testimonio de caridad y anhelo de justicia,
7. señal de interioridad y profundidad religiosa,
8. gesto de participación comunitaria y activa,
9. oportunidad para recibir los beneficios del paso del Señor,
10. ocasión para que, más que la ciudad, sean la persona y la vida de cada uno las que se ofrezcan al Señor.

Nuestra Procesión significa una relación viva y fundamental entre la Eucaristía y los hombres, mucho más que con los rincones de las callejuelas, el arte de la ciudad o los cirios de las torres.

Sacerdotes, cofrades, caballeros y pueblo curioso debemos vivir más y mejor lo que la Procesión del Corpus significa. Hacen falta catequesis previas, adecuada ambientación del recorrido, moniciones, exhortaciones oportunas, cantos bien preparados y fáciles para que en ellos participe el pueblo.

Alabo el intento al que algunos se entregaron de lograr que la juventud tomase parte en las aclamaciones con cánticos litúrgicos y populares en diversos puntos o estaciones del recorrido procesional. Ignoro si el planteamiento y la forma de querer llevar a cabo determinadas modificaciones fueron en todo momento acertados. Pero el propósito de conseguir mayor participación es laudable si se realiza con el decoro conveniente en la forma exterior, en el uso de instrumentos musicales, en la letra de los cantos y con la actitud espiritual de alabanza y adoración que no pueden faltar.

Es necesario mantener nuestra Procesión como algo vivo que, en virtud de la vida misma, se ha de renovar constantemente; de lo contrario, podría convertirse en mero espectáculo para una exhibición exteriorista.

Ni acusaciones, infundadas, de triunfalismo, ni envejecidas y anquilosadas formas sin vida; devoción, fe viva, piedad litúrgica y cantos populares a la vez, que ayuden a los fines de adoración, y gloria, y amor a la Sagrada Eucaristía, esto es lo que hemos de lograr con mayor perfección cada año.

La Procesión misma, de por sí, ha de ser también una catequesis que mueva nuestras almas. Ese día del Corpus, con Dios vivo en medio de nosotros, somos más que nunca un pueblo y una Iglesia que camina comunitariamente unido hacia el Reino nuevo, bajo el signo de lo trascendente.

Los que hoy vivimos en Toledo y profesamos la fe en la Eucaristía somos agentes responsables de la historia, no sólo de la cultura. De la historia de la Iglesia viva, quiero decir. De una Iglesia que engendra sin cesar nuevos hijos, por cuyas venas corre la misma sangre que tuvieron los de ayer.

Seremos interpelados por las generaciones futuras. Os pido a todos un gran esfuerzo para suprimir los defectos que puedan existir en nuestra Procesión. Toda obra humana es limitada. De hecho, puede haber superficialidad, exhibición mundana, falta de fervor, de silencio, de recogimiento.

Haríamos bien los sacerdotes siguiendo el ejemplo de San Juan de Ávila, que, no contento con los tratados profundos que escribió sobre la Eucaristía, *predicó sermones* oportunísimos y luminosos para preparar a los fieles a la procesión del Corpus, señalando los defectos de la época y las posibles soluciones.

Que nuestra Procesión de Toledo resplandezca cada vez más como:

11. un tributo de adoración a Cristo Sacramentado;
12. una señal de interioridad religiosa que se hace visible para la gloria de Dios;
13. un gesto de participación comunitaria y activa en la confesión de nuestra fe;
14. una aceptación humilde de las exigencias de la caridad y la justicia;
15. una invitación al amor y la amistad entre los hombres;

16. una oportunidad para aprovechar el paso del Señor, siempre fecundo como en el Evangelio;
17. una ocasión de ofrecerle no sólo la ciudad, sino la persona y la vida, abriéndole las puertas del alma. Él paga bien el hospedaje.

6. Una herencia viva. –Conclusión

Herederos, pues, de una tradición que no es solamente recuerdo del pasado, sino también cauce y manifestación de vida religiosa en la actualidad, no quisiera nunca, por mi parte, contraer la más mínima responsabilidad ni por negligencia ni por menosprecio de todo cuanto encierra. También deseo evitar toda rutina o desviación de los motivos que pudieran adulterar la manifestación religiosa del Corpus, o mantenerla en una expresión petrificada y arcaica que la privase de su capacidad de confesión de la fe y de impulso para el perfeccionamiento de nuestra vida católica. Y empleo la palabra «católica» con toda deliberación, porque no me basta decir vida cristiana. He aquí algunos de los criterios que estimo necesario afirmar o recordar:

1. La procesión del Corpus debe seguir celebrándose con el máximo esplendor por las calles de nuestra ciudad y con la máxima participación posible de Sacerdotes, miembros de las Comunidades Religiosas y fieles. Sigue en vigor el canon 1.291. Deben acudir todos los que residen en la ciudad, debidamente revestidos, y que no tengan legítimo impedimento. Recomendamos a las Comunidades Religiosas de enseñanza o de otros apostolados activos, incluidas las femeninas, aunque ello suponga una novedad, que acudan en gran número con sus alumnos y alumnas y con las asociaciones que dirigen.
2. Frente a las tendencias secularistas exageradas que, no contentas con reconocer las innegables diferencias de situación que hoy se dan en nuestra sociedad, quisieran que desapareciera de nuestras calles todo signo sagrado y religioso, afirmo, por el contrario, la necesidad de que esos signos se hagan visibles, y permitan a los hombres de hoy, en la forma conveniente, el encuentro con lo que les habla de Dios y de Cristo, su Enviado, con su mensaje eterno de esperanza y de vida. Lo cual reclama que, donde haya tradiciones tan respetables y tan dignas como la nuestra, nos esforcemos por conservarlas y perfeccionarlas.
3. Pido a todos los Párrocos y Rectores de iglesias, y de manera particular a las Comunidades Religiosas, que procuren celebrar en sus templos un triduo previo a la fiesta del Smo. Corpus Christi, para preparar el alma de los fieles con instrucciones adecuadas sobre el Misterio de la Eucaristía, y exhortarles a la adoración al Señor Sacramentado, a la gratitud y a la purificación de su espíritu.
4. De manera especial, insistid en que la Procesión del Corpus sólo tiene sentido pleno cuando arranca de la misma celebración del Sacrificio de la Misa, y, por consiguiente, todos los fieles, que de algún modo participen en la Procesión, deben hacerlo antes en el Sacrificio Eucarístico.
5. Adórnense calles y plazas como homenaje visible al Amor de los Amores y como expresión de alegría social y colectiva de un pueblo que proclama su fe al paso de su Señor. Y si fuera conveniente, porque las circunstancias lo aconsejaran, redúzcase el recorrido procesional, para

lograr mayor fervor y evitar cansancios. Si el trayecto es más breve y se hace alguna «estación» ante un altar debidamente situado, y si además se hace alguna breve predicación, el acto de culto puede resultar mucho más perfecto.

6. En la predicación de ese día y en las catequesis previas debe exhortarse sin cesar a la participación ordenada de todos, al canto de adoración y de alabanza, a la gratitud a Dios y a la glorificación del Misterio que nos ha sido revelado. Igualmente, y con la misma intensidad, al ejercicio de la caridad fraterna, a la entrega de donativos y limosnas en favor de Cáritas Diocesana, a la atención hacia los más pobres y enfermos de la Parroquia, al empeño cristiano de encontrar entre todos cauces cada vez más adecuados para que en nuestra sociedad se vivan las exigencias de la justicia y la fraternidad evangélicas.

Que el Corpus de Toledo no sea únicamente una página gloriosa escrita ayer, sino más bien el pequeño breviario del amor a la Eucaristía y de la caridad fraterna que seguimos recitando hoy.

Toledo, mayo 1977.

LA EUCARISTÍA Y EL COMPROMISO DEL AMOR FRATERO

Conferencia pronunciada en la Catedral de Madrid, el 7 de octubre de 1977, al concluir el Triduo Eucarístico conmemorativo del Primer Centenario de la Adoración Nocturna Española. Texto publicado en el *Bolean Oficial del Arzobispado de Toledo*, noviembre 1977.

INTRODUCCIÓN

Para todo sacerdote es un gozo hablar de la Eucaristía. No sé qué tiene este gran misterio que, a pesar de la soberana grandeza del mismo, nos hace vibrar con el calor de vida que encierra. Celebramos el santo Sacrificio de la Misa o nos postramos para adorar el Santísimo Sacramento, y, a poco que se medite en el amor de Cristo, nos parece en seguida que tenía que ser así. No obstante lo incomprensible de la transustanciación, no obstante lo infinitamente grandioso de que el sacrificio del Señor se actualice constantemente en nuestros altares, junto a la Eucaristía, sacrificio o sacramento, uno se encuentra como en su casa, la casa de Jesús, la Iglesia, en que Él no puede faltar.

Estaba asegurada su presencia por medio de la Palabra, de otras acciones sacramentales y litúrgicas, de la Jerarquía, de la unidad en el amor de los cristianos reunidos en su nombre. Pero, aun así, podía haber otra presencia substancial y personalizada, con su cuerpo y su alma y su sangre y su divinidad. Y la hubo en la Eucaristía.

El cristiano de corazón sencillo y creyente, una vez que entiende algo de lo que la fe de la Iglesia le propone en este misterio, rompe la zona oscura que le envuelve y se coloca de un golpe junto al Corazón de Cristo, como Juan en la última cena. Y ya no le importan las oscuridades. Anhela esa presencia y se siente a gusto con ella. Todo el Evangelio se le echa encima con su carga amorosa, y recuerda que Cristo prometió su Carne y su Sangre como comida y bebida; que lo cumplió en la Pascua que celebró con los Apóstoles; que murió en la cruz por nosotros; que nos buscó con infinito amor, que quiso y quiere salvarnos con su misericordia, fortalecernos en nuestra miseria y ayudarnos a vencer la tentación para no caer en el pecado. Y al recordarlo todo, llega a parecerle lo más natural del mundo, aunque sea tan sobrenatural, que se haya quedado con nosotros como se quedó en la Eucaristía. A eso es a lo que llamo el calor de vida que encierra el misterio eucarístico.

Os felicito, adoradores. Si el hablar de la Eucaristía es ya en sí mismo un gozo para todo sacerdote, para mí lo es aún mayor en esta ocasión en que celebramos el Centenario de la Adoración Nocturna en España. Los hombres que sabéis adorar sois los que mejor comprendéis el sentido profundo de la vida religiosa, es decir, de la relación con Dios. *Vuestras rodillas son vuestras alas*, os diré con palabras de Gertrudis von Le Fort. Y, en ese vuelo tantas veces repetido, habéis sabido ascender hasta este Sacramento del Amor de los amores. Cien años ya

desde que la Adoración se constituyó oficialmente en España. ¿Quiénes fueron los primeros adoradores? ¿En qué ciudad y en qué templo empezaron su vida los primeros turnos? ¿Cómo fue creciendo la Obra año tras año? ¿Qué extensión alcanzó o qué paralizaciones ha sufrido después? Datos importantes todos éstos que son o pueden ser conocidos. Pero yo no me voy a entretener en ello. Se me ha pedido que os hable de *La Eucaristía y el compromiso del amor fraterno*. Intentaré hacerlo.

LA UNIDAD QUERIDA POR CRISTO

En la última cena, al instituir la Eucaristía, Jesús oró así: *¡Oh Padre Santo! Guarda en tu nombre a éstos que Tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa, así como nosotros lo somos... Pero no ruego solamente por éstos, sino también por aquéllos que han de creer en Mí por medio de su predicación; que todos sean una misma cosa. Como Tú, Padre, estás en mí, y yo en Ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros, para que crea el mundo que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean una misma cosa, como lo somos nosotros. Yo estoy con ellos y Tú estás en mí, a fin de que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que Tú me has enviado y los has amado a ellos como me has amado a Mí* (Jn 17, 11. 20-23).

En este sublime testamento de Cristo hay:

- 1º Una apelación a la unidad, como deseo ardiente de su Corazón y como fruto de su acción redentora, puesto que Él se sacrificaba para librarnos del pecado, causa única de nuestras divisiones.
- 2º De una unidad a lo divino, *que sean una misma cosa como lo somos nosotros*, lo cual es inalcanzable a no ser que se nos dé una fuerza también divina.
- 3º Esa unidad tiene, en la intención eficaz de Cristo, un doble fin: que los discípulos sean una misma cosa, como reflejo de la vida de la Trinidad Santísima, y que el mundo al verlo crea que *Tú me has enviado y les has amado a ellos como me amaste a Mí*.

Esta llamada de Cristo a la unidad, tan excepcional en todos los matices de su expresión, sólo puede entenderse a la luz de la institución de la Eucaristía. Ahí es donde está la fuerza divina para ser una misma cosa. *Quien come mi Carne y bebe mi Sangre* –había dicho Jesús– *permanece en Mí y Yo en él* (Jn 6, 57).

Así, permaneciendo Jesús en nosotros, podemos llegar a ser una misma cosa con Él y con el Padre, que nos lo ha dado para eso, y con el Espíritu, que es el Espíritu del mismo Cristo. Así se logra la unidad. Es lo que dice San Pablo en su primera Carta a los Corintios: *Ya que no hay más que un solo pan, somos nosotros, aunque seamos muchos, un solo cuerpo, pues todos comemos un solo pan* (1Cor 10, 17).

«El Concilio Ecuménico Vaticano II –nos dice ahora Pablo VI en la inolvidable homilía del Corpus de 1969– ha aclarado esta realidad profundamente cuando ha llamado a la Eucaristía *cena de la comunión fraterna* (GS 38); cuando ha dicho que los cristianos “confortados con el Cuerpo de Cristo en la sagrada liturgia eucarística, muestran de un modo concreto la unidad del pueblo de Dios,

significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo Sacramento” (LG 11)».

«Y es verdad que la Eucaristía intenta fundir en la unidad a los creyentes, los creyentes que somos nosotros, unidos a todos los hermanos del mundo. Se trata de otra caridad que arranca de Cristo y debe ser realizada por nosotros. La celebración de la Eucaristía siempre es principio de unión, principio de caridad, no sólo en el sentimiento, sino también en la práctica: *Amaos unos a otros como Yo os he amado* (Jn 13, 34).»

«Es el *mandamiento nuevo*, el que debe distinguir a los hijos de la Iglesia. Y éste encuentra su razón de ser, su futura dinámica, su resorte secreto, en la Comunión, en la Misa, que es la celebración de la comunidad cristiana, el alimento de la caridad. “En toda comunidad que participa en el altar –nos lo repite también el Concilio– se ofrece el símbolo de aquella caridad y unidad del Cuerpo Místico, sin la cual no puede haber salvación” (SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* III q.73 a.3). En estas comunidades, aunque sean frecuentemente pequeñas o vivan en la dispersión, está presente Cristo, por cuya virtud se congrega la Iglesia» (LG 26).

«Por eso, el amor que procede de la Eucaristía es un amor irradiante: tiene un reflejo en la fusión de los corazones, en la amistad, en la unión, en el perdón; nos da a entender que es preciso gastarse por las necesidades ajenas, por los pequeños, por los pobres, por los enfermos, por los prisioneros, por los exiliados, por los que sufren. Esta caridad se refiere también a los hermanos alejados; a los que la unión todavía no perfecta con la Iglesia Católica no les permite sentarse a la misma mesa que nosotros, y nos obliga a rezar para que se apresure este momento. Esta “comunión” tiene también un reflejo social, porque empuja a la verdadera solidaridad, a las obras de caridad, a la comprensión recíproca, al apostolado, tanto en la Iglesia, “cuyo bien común espiritual está sustancialmente contenido en el Sacramento de la Eucaristía” (SANTO TOMÁS, *Suma Teológica* III q.65 a.3 ad 1), como entre nosotros, que, participando juntos del Pan de la vida, nos convertimos en el Cuerpo de Cristo; no muchos, sino un solo cuerpo; y de este modo permanecemos unidos recíprocamente y con Cristo en el Sacramento, y obramos nuestro bien, que es “el afecto, el amor fraterno, el estar unidos y agrupados en una vida que transcurre en la paz y en la serenidad”»¹.

DE LA UNIDAD EN CRISTO AL COMPROMISO DEL AMOR FRATERO

Las últimas palabras del Papa, que acabo de leer, nos sitúan ya en la perspectiva del amor fraterno, como compromiso del que cree en Jesús y escucha su Palabra. Hay una relación irreprimible entre la unidad de los cristianos con Cristo y con el Padre y el Espíritu, y el amor a los hombres como hermanos.

¹ Pablo VI, Homilía en la festividad del Corpus Christi, 5 de junio de 1969. Cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Comentario a la 1 Cor.*, hom. 24, 17: PG 61, 200; *Comentario a Rom.*, 26, 17: PG 60, 638.

Supongamos que un cristiano, por su fe, por su oración, su vida de gracia, su participación en la Eucaristía, vive su unidad con Cristo. Todavía tendría que hacerse esta pregunta: y esto, ¿para qué? ¿Para gozar del contento purísimo que le produce esa realidad? Sería egoísta. ¿Para detenerse en la posesión tranquila y beatificante del don que se le ha dado? Sería forzada anticipación de la vida celeste, imposible de alcanzar en la tierra. ¿Para salvarse? Sería un absurdo, porque ¿cómo puede uno salvarse para la vida eterna si no se cumplen los mandamientos, el primero de los cuales es, sí, amar a Dios sobre todas las cosas, pero el segundo, semejante al primero, es amar al prójimo como a sí mismo?

¿Y qué fe, y qué vida de gracia, y qué participación en la Eucaristía puede haber si se olvida el mandamiento de Jesús? ¿Y cómo se puede lograr la unidad en Él, al recibir su Cuerpo y su Alma y su Sangre y su Divinidad, si nos olvidamos de los sentimientos y la intención con que nos entregó ese Cuerpo, esa Sangre y esa Alma con su Divinidad? *Habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que Cristo tuvo en el suyo*, dice San Pablo a los Filipenses (2, 5).

El amor a los hermanos que Cristo nos pide es universal, puro y limpio de todo egoísmo, por encima del tiempo, redentor y salvador del hombre, con aplicaciones a la vida terrestre y con esperanza de lograr la plenitud en la vida del más allá; realista, puesto que exige obras y no meras palabras; atento a la dimensión de la persona humana en el orden individual, familiar y social; sacrificado y constante por encima del dolor y de la muerte. Son tantas las exigencias de este amor que parece un desatino pedirnoslo si no se nos facilitara a la vez el motivo, la fuerza para vivirlo y el ejemplo, todo lo cual lo encontramos en el Sacrificio de Cristo y en la Comunión con su Cuerpo y su Sangre. En la Eucaristía celebramos la entrega del Señor por todos los hombres, el sacrificio hasta la muerte, el amor sin límites, la santidad infinita, el realismo más impresionante. La Eucaristía no es un juego. O se acepta como es, y entonces lo exige todo porque lo da todo, o se convierte en un ritualismo evanescente, apto para entretener nuestras falsas piedades o nuestros falsos y parciales compromisos.

UNA ACUSACIÓN

Frente a todo lo que estoy diciendo se levanta por parte de muchos una acusación que no es nueva: la de la ineficacia. ¿Por qué si la Eucaristía es una fuerza tan grande para el amor y el compromiso de la fraternidad, ha conseguido tan poco en un mundo siempre dividido, siempre desgarrado, siempre sumergido en las miserias de su egoísmo?

No nos precipitemos en acusar. Del Sacrificio de la Misa y del Sagrario ha brotado sin cesar una fuerza transformadora que ha ido a parar al corazón de millones y millones de seres humanos, sin los cuales el mundo no hubiera conocido las más hermosas páginas de la historia del amor y la abnegación. Lo mejor de la civilización cristiana no son su arte, sus monumentos literarios, sus catedrales, su teología, sus formas asociativas más visibles. Lo mejor está dentro del corazón de cada uno. En todos los lugares de la tierra donde se ha predicado el Evangelio, y los bautizados han acudido a la Mesa del Señor, ha

aparecido la constelación innumerable de las almas valientes y abnegadas que, atendiendo al mandamiento nuevo y en obsequio a la Sagrada Eucaristía que han recibido o adorado, dieron curso en su existencia al perdón, a la caridad fraterna, al sacrificio generoso en favor de los demás, a la paciencia de estilo evangélico, a la esperanza en medio de todas las tribulaciones. En la historia no todo son crímenes, ni guerras, ni egoísmos. Están también los niños puros, los jóvenes que se han dejado atraer por Jesucristo, las madres perseverantes hasta el agotamiento en su labor educadora, las familias convertidas en iglesias domésticas, los sacerdotes santos derramando a torrentes los bienes divinos entre los hombres; las Ordenes y Congregaciones Religiosas de todos los tiempos dedicadas a la contemplación, a la enseñanza de los pobres, a la beneficencia; los misioneros incansables que, a ejemplo del Verbo Encarnado, han plantado su tienda en los lugares más remotos y, sin otra compañía que la de Cristo Eucarístico, han sembrado el Evangelio hasta los últimos confines de la tierra. La cosecha de amor fraterno que de todo esto ha brotado ha sido incalculable. El mundo de las relaciones humanas, a pesar de todas las tragedias y los fallos, es distinto desde que en él hay cristianos que comen el Cuerpo y beben la Sangre del Señor.

DESDE DENTRO DEL MISTERIO

En los días que vivimos, testigos y protagonistas de nuestros dramas destructores y de nuestras construcciones falaces, lo que no podemos hacer los cristianos es abdicar de nuestra responsabilidad frente al mundo. Y se produce la abdicación cuando falla la fe o cuando la enturbiamos con nuestros racionalismos o nuestra soberbia interpretativa. Esto es lo que está en parte sucediendo durante los años que corren.

Para que la Eucaristía influya más y más en el compromiso del amor fraterno, el camino adecuado no está en alejarnos del centro del misterio, en dejar de adorar, en destruir el sentido del pecado y la obligatoriedad de la confesión y el arrepentimiento, en atropellar la liturgia, en convertir la celebración del Sacrificio en una mera asamblea de camaradas. Cuando se obra así, de momento se logran fugaces movilizaciones de energías que parecían dormidas; pero a la larga el compromiso se convierte en reivindicación clasista, en exigencia contra los demás y tolerancia propia, en asentimiento a lo que puede haber de justo en las proclamaciones externas y eliminación de todo lo que en la Eucaristía hay de purificación y ascética personal. El que recibe la Eucaristía es una persona, no una sociedad o un grupo. Es cada persona, y todos la recibimos para formar sociedad en el amor de Cristo, lo cual es distinto.

Esa atención al fondo del misterio es lo único que puede garantizar la permanencia durable del amor entre hermanos que Cristo inculcó.

Porque sólo así el amor fraterno es religioso, ya que está vinculado a Dios y a Jesucristo. Jesús no pidió un amor arreligioso. Sólo así el amor es puro, porque se ve en seguida la incompatibilidad entre pecado y Cuerpo Santísimo del Señor. Y si se vive en las sombras del pecado, el obstáculo al Evangelio es evidente. Sólo así el amor puede ser universal; la mera solidaridad de clase, de grupo, de

raza, podrá ser solidaridad para una empresa humana, pero no amor fraterno de signo evangélico.

Cuando el Concilio Vaticano II en su Constitución sobre la Sagrada Liturgia, y en tantos otros pasajes de sus documentos, y posteriormente la Santa Sede en las Instrucciones promulgadas, han presentado el misterio de la Eucaristía con tanta riqueza y tanta capacidad de estímulo para la vida cristiana, haciéndolo más asimilable para la comprensión individual y comunitaria de sus exigencias, es lamentable que se produzcan tan frecuentes manifestaciones de ligereza, de falta de respeto y meditación, o, lo que es peor, tantos intentos de convertir la Eucaristía en un pregón para los humanismos sociales exclusivamente orientados hacia la satisfacción de los deseos y las ambiciones del hombre en la tierra. La caridad cristiana, fruto de la Eucaristía y motor de evangelización, no es eso. Dice Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*:

«No hay por qué ocultar, en efecto, que muchos cristianos generosos, sensibles a las cuestiones dramáticas que lleva consigo el problema de la liberación, al querer comprometer a la Iglesia en el esfuerzo de liberación, han sentido con frecuencia la tentación de reducir su misión a las dimensiones de un proyecto puramente temporal; de reducir sus objetivos a una perspectiva antropocéntrica; la salvación, de la cual ella es mensajera y sacramento, a un bienestar material; su actividad –olvidando toda preocupación espiritual y religiosa– a iniciativas de orden político o social. Si esto fuera así, la Iglesia perdería su significación más profunda. Su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos políticos. No tendría autoridad para anunciar, de parte de Dios, la liberación. Por eso quisimos subrayar en la misma alocución de la apertura del Sínodo “la necesidad de reafirmar claramente la finalidad específicamente religiosa de la evangelización. Esta última perdería su razón de ser si se desviara del eje religioso que la dirige: ante todo el reino de Dios, en su sentido plenamente teológico...”».

«La Iglesia asocia, pero no identifica nunca, liberación humana y salvación en Jesucristo, porque sabe por revelación, por experiencia histórica y por reflexión de fe, que no toda noción de liberación es necesariamente coherente y compatible con una visión evangélica del hombre, de las cosas y de los acontecimientos; que no es suficiente instaurar la liberación, crear el bienestar y el desarrollo para que llegue el reino de Dios. Es más, la Iglesia está plenamente convencida de que toda liberación temporal, toda liberación política –por más que ésta se esfuerce en encontrar su justificación en tal o cual página del Antiguo o del Nuevo Testamento; por más que acuda, para sus postulados ideológicos y sus normas de acción, a la autoridad de los datos y conclusiones teológicas; por más que pretenda ser la teología de hoy– lleva dentro de sí misma el germen de su propia negación y decae del ideal que ella misma se propone, desde el momento en que sus motivaciones profundas no son las de la justicia en la caridad, la fuerza interior que la mueve no entraña una dimensión verdaderamente espiritual, y su objetivo final no es la salvación y la felicidad en Dios»².

² PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 32 y 35.

Por su parte, el Episcopado colombiano, en su Carta Pastoral Colectiva «Identidad cristiana en la acción por la justicia», publicada en 1976, decía así:

«Es doloroso ver, según lo decíamos al describir la situación, cómo algunos sacerdotes han llegado a proclamarse y a utilizar en la práctica la misma Eucaristía, raíz y quicio de toda la comunidad, vínculo de amor, fuente y causa de vida, de unidad, de reconciliación en la Iglesia, con propósitos eminentemente políticos, vaciándola de su profundo contenido religioso. Es profanar la Eucaristía poniéndola al servicio de la lucha de clases. Esta instrumentalización de la Eucaristía, sin embargo, contradice la afirmación frecuente entre ellos de que mientras persistan dos clases, la de explotadores y explotados en que estaría dividida la Iglesia, no será posible la celebración de la Cena del Señor. Sería la lucha de clases instalada en el corazón de la vida sacramental de la Iglesia. Esta forma de entender y tratar la Eucaristía está en absoluta contradicción con la doctrina católica. Porque la Eucaristía es causa de unión, de reconciliación y fuerza permanente, de reencuentro entre los hermanos, la celebramos con verdaderos sentimientos de conversión, con sentido profundo de fraternidad; es también compromiso de reconciliación, porque en ella aun los hombres que se enfrentan unos a otros pueden “afirmar juntos ante la faz del mundo, en un momento de fiesta, que llegará el término final en que los enemigos se volverán compañeros y los adversarios se reconocerán como hermanos”».

LOS ADORADORES HOY

En este momento me dirijo a vosotros, adoradores, pues sois los que con ocasión del Centenario de vuestra Obra, os habéis reunido para reflexionar sobre la misma y para proyectar su acción hacia el futuro.

El futuro es el nuevo siglo que comienza ahora para la Obra a la que pertenecéis. ¿Qué nos traerá? Sin duda, muchos cambios en el modo de vivir de los hombres y los pueblos.

Pero el hombre, estad seguros, no cambiará. Seguirá siendo una criatura desvalida con sed de absoluto. Seguirá teniendo necesidad de Dios, cada vez mayor. Y Dios se ha revelado en Jesucristo para todos los tiempos y todas las edades, con sus diversas culturas, sus avances y sus retrocesos. Y el compromiso del amor fraterno, nacido del corazón del Evangelio que es el de Cristo, seguirá teniendo vigencia. Y seguirá levantándose en nuestros altares una hostia blanca e inmaculada que nos pedirá perdonar, amar y servir a nuestros hermanos.

Como adoradores y, en general, como creyentes en la Eucaristía con todo su misterio de sacrificio para la redención y de presencia de amor, estimo que son necesarias determinadas actitudes que, para terminar, resumiría así:

1ª. Ante todo, adorar. No perder la identidad de la Obra a que pertenecéis. Nuestro mundo secularizado, que no quiere adorar a Dios, es un monstruo que engendra monstruos. Adorar a Dios es la actitud más civilizada, más culta, más profunda, más humana y más religiosa de la criatura en su relación con el Creador. Cuando no se adora y se contempla al Dios infinito,

nos volvemos locos, porque caemos inevitable y fatalmente en otras adoraciones que nos degradan.

- 2ª. La concreta adoración de la Eucaristía es connatural a la fe en la presencia del Señor en ese misterio. Si se cree de verdad en que Jesús quiso quedarse sacramentalmente con nosotros, es necesario detenerse para manifestar nuestra gratitud, para rendirle homenaje de culto y devoción, para obsequiarle con el tributo de las facultades del alma y de nuestro cuerpo, para meditar en lo que es y significa su presencia, para presentarle súplicas y ofrecerle alabanzas. Todo eso es adorar.
- 3ª. Porque se trata de la Eucaristía sería absurdo separar de lo que la Eucaristía es en sí el dinamismo interno de su contenido sobrenatural. Por voluntad de Cristo, la Eucaristía es donación de Sí para el sacrificio, muerte por los redimidos, ejemplo para entender el mandamiento nuevo *amaos los unos a los otros*. Todo esto es su dinamismo, y a esto se refería Jesús cuando dijo: *Haced esto en conmemoración mía*. Luego hay que revisarse constantemente para que lo que es impuro en nosotros sea puro; lo que es mezquino se torne generoso; lo cómodo y egoísta se transforme en abnegación y en servicio; lo que es humano llegue a ser divino.
- 4ª No es rebajando el misterio como se llega a hacerlo más provechoso para nuestra alma y nuestra convivencia de hermanos; sino al contrario, presentándolo en toda su integridad, en toda su trascendencia, en todo su «escándalo», si es lícito hablar así. Lo grande y lo hermoso de la Eucaristía es que podamos decir, porque así es, y así lo creemos, que comemos el Cuerpo del Señor y bebemos su Sangre, es decir, su vida. Perder la conciencia de esto en nuestras comunidades, es privar a la Iglesia Católica de uno de los más fuertes atractivos que tiene. Rebajar el tono de nuestras afirmaciones, reducir el misterio a conmemoraciones assemblearias, manipularlo a gusto del consumidor o de los reunidos, es deformar el misterio y hacer piruetas con él. De momento, todo se hace más accesible y cercano; más tarde, viene la desilusión y el hastío, y se llega a la convicción de que para eso no necesitamos invocar una presencia en la que no creemos. Se termina por escuchar exclusivamente la Palabra, como hacen los protestantes, o por sucumbir al agnosticismo o a un cristianismo meramente ético y acomodaticio.
- 5ª. Pero, eso sí: de la adoración a la Eucaristía y, en general, de la fe en el gran misterio por parte de quienes lo adoramos y lo recibimos, tiene que brotar incontenible, cada vez más abundante y más preciso, el compromiso del amor cristiano.

Ese compromiso, hoy se llama, por supuesto, caridad y beneficencia, porque siempre será necesario el beso al leproso, el aceite y el vino para el prójimo caído en el camino y la palabra consoladora al afligido.

Pero se llama también afán de justicia en todo, colaboración al perfeccionamiento del orden político y social, intervención activa en los asuntos públicos, aceptación de la austeridad necesaria, fidelidad en el pago de los tributos necesarios para una reforma fiscal justa.

Se llama cumplimiento de las obligaciones familiares, atención esmerada a las reclamaciones de la juventud, de las cuales muchas serán justificadas; defensa de la moralidad pública y no siempre lamentación. No habría tanta obscenidad en espectáculos y en publicaciones escritas si no hubiera tantos que, llamándose católicos y aun comulgando, acuden a ellos o las adquieren.

Se llama también colaboración y servicio a las grandes necesidades de la Iglesia. El amor fraterno nos exige hoy más que nunca ser catequistas de nuestra fe, consecuentes con lo que el Bautismo que nos hace hijos de Dios señala a los colaboradores del Reino. Se necesitan legiones de catequistas que, con el testimonio y la palabra, bien preparados, ayuden a conocer y vivir la fe en sus hogares, en sus puestos de trabajo. La sociedad moderna, para su desgracia, se ha secularizado hasta un grado increíble, y de lo que podía ser justa autonomía del orden temporal ha pasado al rechazo de Dios y a la negación de sus derechos. Tenemos que actuar otra vez como los primeros cristianos, siendo nosotros, con nuestro esfuerzo personal, portadores de la luz del Evangelio en medio de las sombras. El marxismo ateo y el liberalismo materialista son, sí, terribles desgracias para la sociedad de hoy. Pero en gran parte lo son porque nosotros los cristianos dejamos de ser consecuentes con nuestra fe.

Nada más, adoradores. Seguid cumpliendo vuestra misión. Orad y adorad. Dios quiera que muchos otros vengan a nutrir vuestras filas para contribuir, con el dinamismo de una fe cada vez más profunda y exigente, a difundir «la civilización del amor», a que se ha referido el Papa Pablo VI.

EUCARISTÍA Y RELIGIOSIDAD DEL PUEBLO CRISTIANO

Lección inaugural de la IV Semana de Teología Espiritual.
Toledo. 3 de julio de 1978. Texto publicado en el volumen
Eucaristía y vida cristiana, Madrid 1979. 15-32.

Celebrada ya la Santa Misa, en que hemos ofrecido al Señor los trabajos de esta IV Semana de Teología Espiritual, añado ahora a la expresión de la fraterna amistad con que me he dirigido a vosotros en la homilía, la del respeto que me merecéis como oyentes de esta primera lección de la semana. Es un tema hermoso y riquísimo el que voy a desarrollar: *la Eucaristía y la religiosidad del pueblo cristiano*. Ojalá la necesaria brevedad no impida captar la riqueza que encierra.

CRISTO QUISO CONSTITUIR UN PUEBLO CONGREGADO EN TORNO A ÉL Y BAJO ÉL COMO CABEZA: ES LA IGLESIA

El Padre infinito, ingénito, que es Amor, que engendra eternamente al Hijo y eternamente espira con Él al Espíritu Santo, decretó elevar a los hombres a la participación de su vida divina. Y así nos eligió antes de la constitución del mundo, para que seamos santos e inmaculados en su presencia por la caridad. Mas el amor de Dios, manifestado de modo operante en Jesucristo, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos comunica, no solamente nos mueve a amar a las Personas divinas, sino que nos impulsa al mutuo amor. Y tal amor nos induce a ser una sola cosa, como el Padre y el Hijo son un solo Dios con el Espíritu Santo. Unidad que, aunque habrá de consumarse en el cielo, va siendo construida en la tierra, formando la Iglesia fundada por el Señor. La Iglesia es, pues, «una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». Pues determinó convocar a los creyentes en Cristo en la Santa Iglesia, prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia de Israel y en el Antiguo Testamento, constituida en los últimos tiempos, manifestada por la efusión del Espíritu, y que se perfeccionará gloriosamente al fin de los tiempos¹.

Fundada por Jesucristo mismo, Él queda para siempre constituido como Cabeza del Cuerpo de la Iglesia, como quien es principio, el primogénito de entre los muertos, por medio del cual tuvo a bien Dios reconciliar todas las cosas consigo, de modo que a los que éramos extraños y enemigos, nos ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de la muerte, para presentarnos santos e inmaculados e irreprochables en su acatamiento. Pues en Cristo Jesús, los que estábamos lejos hemos sido aproximados por la sangre de Cristo, que es nuestra paz, que derriba la valla que separa a los hombres, para hacer en Sí mismo, de todos, un hombre nuevo, y reconciliarlos en un solo cuerpo con Dios, por medio de la cruz, matando en ella la enemistad y dándonos acceso en un mismo Espíritu al Padre.

¹ Cf. LG 2.

Así, la Iglesia, pueblo de Dios, familia de Dios, como formada por cuantos están visiblemente incorporados al Hijo, Jesucristo, no tiene otro principio de vida sino el amor del Padre que actúa en Jesús. Y Cristo ama a la Iglesia con tal caridad que dio su vida por ella.

No fue la muerte de Jesús fruto de un instante de amorosa pasión, por noble que la pensemos, sino resultado de un amor que orientó su vida entera en la tierra, que supera todo conocimiento humano, y alcanza los extremos en todos sentidos. Y si la muerte pasó para siempre, de modo que ya no tiene dominio ninguno sobre él, el amor que la produjo permanece invariable, eternamente fructuoso. Si llegó al extremo de la semejanza de la condición servil del pecador, hasta someterse a la muerte de modo superlativamente atormentado y humillante, no desea con menos ardor levantarnos al extremo en la semejanza de su condición divina, gloriosa.

El amor de Cristo a la Iglesia es el amor a cada una de sus ovejas, a quienes conoce, a quienes desea unir consigo eternamente, uniendo en consecuencia a cada una con todas las demás, en perfecta comunidad de vida divinizada. Por eso, ya en la tierra es Jesús mismo quien obra en la Iglesia, con más realidad que actúa nuestra cabeza respecto de los miembros de nuestro cuerpo. Con el amor personal del Esposo perfecto, con la unión real de quien ansia vivir una misma vida, y con la soberanía irrenunciable de quien en tal unidad no puede ser sino fuente y cabeza.

Todo intento de renovación de la Iglesia que no parta inmediatamente de este misterio del amor Personal de las tres Personas divinas a los hombres, amor realizado en Jesús, es irremediamente vano. Y no sólo vano, sino perverso y consiguientemente destructivo.

POR QUÉ, ADEMÁS DE LA ASISTENCIA DEL ESPÍRITU SANTO, CRISTO PROMETIÓ E INSTITUYÓ, COMO ALIMENTO PARA ESE PUEBLO, LA SAGRADA EUCARISTÍA

En los discursos de la cena –narra San Juan–, Jesús, sabiendo que había llegado su hora, habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin. Y como expresión de este amor les anuncia la pasión inmediata, la muerte y la gloria. Y les anuncia la dádiva suprema: el Espíritu Santo, como Persona que está ya para venir. Es, sin duda, el don más precioso de su amor. Hasta el punto que conviene que Él se vaya, para que venga este otro Paráclito.

Dice el Concilio: «Consumada, pues, la obra que el Padre confió al Hijo en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo en el día de Pentecostés para que santificara a la Iglesia, y de esta forma los que creen en Cristo pudieran acercarse al Padre en un mismo Espíritu»².

Mas podríamos malentender estas palabras, suponiendo un a modo de relevo. Como si hasta el momento hubiera actuado Jesús como revelador del Padre y

² LG 4.

ahora dejase de actuar y comenzase a hacerlo en su lugar el Espíritu Santo, perfeccionando la empresa iniciada por Él.

Basta pensar que tales anuncios se realizan en la última cena, en la misma noche en que se instituye la Eucaristía, en que se cumplen las promesas referidas por el mismo Juan acerca del Pan de Vida, para comprender que no puede ser tal el sentido de las palabras de Jesús, ni consiguientemente el texto del Concilio.

No se trata de un relevo, sino de una nueva presencia. De la manifestación de una nueva Persona que procede del mismo Verbo. No por anulación de la presencia de Jesús, sino como fruto de esa misma presencia, perfeccionada, llevada a la máxima altura posible en la tierra.

Hasta entonces Jesús había encerrado su presencia y su actividad en las fronteras de la situación del hombre pecador. Se ha sometido al espacio y al tiempo. Se ofrecía a los sentidos humanos, pero quedaba limitado por ellos. Ha tomado la condición carnal del hombre pecador –salvo el pecado– y ha permanecido sujeto a ella.

Ahora todo va a cambiar. La muerte voluntariamente acogida acabará con esa forma de vida para dar lugar a una nueva manera misteriosa para nosotros. La humanidad de Jesús va a ser espiritualizada, glorificada en todos sus aspectos, como corresponde a la humanidad del Hijo de Dios.

Recordemos la escena que Juan nos relata en su capítulo VII. Conmemoran los judíos las maravillas con que Dios ha saciado su sed. Al fondo está, en el recuerdo, el episodio del desierto: Moisés golpea la roca y brota el agua abundante para el pueblo que muere sediento. Y en tal ambiente clama Jesús: *Quien tenga sed venga a Mí, y beba el que cree en Mí. Como dice la Escritura: de su seno brotarán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu Santo que iban a recibir los que creyeran en Él. Porque todavía no había Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado* (Jn 7, 37-39).

Recordemos aún otra escena: Jesús en la cruz entrega su espíritu. Entrega su alma al Padre; entrega su Espíritu Santo a los hombres. Y todavía después, una lanzada hace brotar de su pecho sangre y agua.

Discutan los exégetas; pero sin duda en tales relatos tenemos sugestivamente expresada la realidad. Durante su vida terrena, desde el instante mismo de la concepción, estuvo Jesús movido por el Espíritu, que actuaba como una corriente poderosísima, pero subterránea, voluntariamente represada, oculta. Apenas algunos signos denuncian la presencia del agua viva en las acciones de Jesús. Mas un día el Espíritu mismo impulsa al hombre Cristo a entregarse a los hombres por los hombres. Y le horadan a golpes. Y brota el agua que salta hasta la vida eterna. Espiritualiza ante todo la humanidad misma de Jesús, su cuerpo mismo, que queda eternamente glorificado, y la constituye para siempre también única fuente del Espíritu.

Por ello, Cristo tenía que deponer su modo de presencia carnal para que viniera el Espíritu. Porque el Espíritu no puede comunicarse sino en Cristo, y éste no puede ser fuente del Espíritu sino espiritualizado en su carne misma, en plenitud,

glorioso. Fuera, por tanto, de la condición carnal. Exento de todas sus limitaciones.

Pero liberado de tales confinamientos, Jesús puede estar presente de nueva y más levantada manera. No menos, sino incomparablemente más real. Aunque al sentido nuestro, aún carnal, parezca lo contrario. Si su presencia es oculta, no es porque Él se limite, sino porque nosotros permanecemos aún en los límites superados por Él. Sólo cuando nosotros seamos a nuestra vez liberados de los actuales condicionamientos carnales, partícipes de su gloria, comprenderemos la maravillosa realidad que ha constituido la presencia eucarística. Pero entonces gozaremos ya de la última forma de presencia. La más sublime, la más real, porque será la presencia de Jesús victorioso, no sólo de su muerte, sino también de la nuestra.

Ello tendrá lugar en la Iglesia triunfante, al otro lado del reino de la muerte. Pero mientras permanezcamos en la tierra, la única fuente del Espíritu, mediata o inmediatamente, es la Eucaristía.

No son dádivas inconexas. Es realmente una sola dádiva: el Padre que nos entrega al Hijo como es, viviente, con su aliento personal, infinito, divino: el Espíritu Santo del Padre y del Hijo.

RELACIÓN ENTRE EL ESPÍRITU SANTO Y LA EUCARISTÍA

Ni podemos entender a Jesús sin su Espíritu, ni podemos recibir el Espíritu sino de Jesucristo. Después de todo, en su humana analogía, la realidad no es arcana. No podemos hablar con una persona que no alienta; no podemos recibir el aliento sin acercarnos a la persona. Pero el Aliento de Jesús es el Espíritu divino. Una Persona divina.

Y de ahí que no puede existir la Iglesia, una, santa, sin la Eucaristía. En la Iglesia, los hombres son conformados en una sola realidad mística, como el Padre y el Hijo son un solo Dios. Pero el Padre y el Hijo son uno porque tienen una misma vida –numéricamente una–; porque el Hijo recibe la misma vida del Padre, y espira con Él un solo Aliento. Así, los cristianos sólo podemos ser una sola cosa si recibimos la misma vida filial de Jesucristo, si inspiramos un mismo Espíritu. Y no podemos recibirlo sino de Jesús.

Somos el Cuerpo místico de Cristo. Pero el cuerpo de Cristo ha sido formado por el Espíritu, que le traspasa, y sólo comiendo el cuerpo de Cristo y bebiendo su sangre tenemos la misma vida de Jesús, recibimos su mismo Espíritu.

Somos un templo del Espíritu Santo, de la Trinidad. Pero el único Templo de la Trinidad es la humanidad de Jesucristo, y sólo cuando somos incorporados a ella –inicialmente por el bautismo, perfectamente por la Eucaristía– pasa la Iglesia entera y cada uno de los cristianos a ser templo de la Trinidad.

Así podemos decir sin exageración alguna que la Iglesia en la tierra depende totalmente de la Eucaristía, y consiguientemente que el progreso de la Iglesia es el progreso de su actitud ante la Eucaristía.

Grave advertencia para todos. Porque el Espíritu ha ido enseñando durante siglos a los hombres de la Iglesia. Ha ido matizando, perfeccionando, las ideas y los efectos respecto de este misterio central. Y no es raro que hoy intentemos retroceder, arrasando la obra del Espíritu. Problema teológico, espiritual y pastoral, en qué medida ciertas deficiencias de la Iglesia actual se deben a malentendidos respecto del misterio eucarístico.

Y basta tomar el Misal y leer las plegarias eucarísticas –vamos a tomar nuestras palabras de la cuarta– para captar la conciencia de la Iglesia acerca de cuanto hemos dicho.

Inmediatamente antes de la consagración, el sacerdote se dirige al Padre diciendo: «Y tanto amaste al mundo, Padre Santo, que... nos enviaste como salvador a tu único Hijo... El cual se encarnó por obra del Espíritu Santo... Para cumplir tus designios, Él mismo se entregó a la muerte... (y en la oración secreta antes de la comunión se señala la cooperación del Espíritu Santo en tal entrega) ... Y porque no vivamos ya para nosotros mismos, sino para Él, que por nosotros murió y resucitó, envió, Padre, desde tu seno, al Espíritu Santo... Que este mismo Espíritu santifique, Señor, estas ofrendas para que sean Cuerpo y Sangre de Jesucristo Nuestro Señor...».

Y antes de la comunión: «concede a cuantos compartimos este pan y este cáliz que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo, seamos en Cristo víctima viva para tu alabanza».

El Espíritu Santo opera en la consagración como en la Encarnación; y Jesucristo, lleno del Espíritu Santo, nos lo comunica a nosotros.

DESDE EL PRINCIPIO, LA EUCARISTÍA HA SIDO FUERZA Y ALIMENTO DEL PUEBLO CRISTIANO

A nuestra inteligencia del misterio ayudará la meditación acerca de las actitudes de las primeras comunidades cristianas. Podemos rastrearlas en los textos del Nuevo Testamento y de los Padres Apostólicos. Textos escasos en número, y a veces de no fácil interpretación. Los autores aluden a una realidad bien conocida y pacíficamente poseída. Nos aportan fórmulas tal vez un poco secas en su concisión, y por añadidura reseca bajo la tortura de los estudios filológicos e históricos a que inevitablemente han debido ser sometidas. Nos suponen, además, un cierto esfuerzo para salir de la asfixiante mentalidad moderna, que tenemos misión de convertir, pero que no deja de operar sobre nosotros mismos.

La comunidad cristiana se presenta desde el comienzo como el pueblo convocado por Dios en Cristo Jesús. La unión con Jesús, entregado a la muerte y resucitado por nosotros, es lo característico del cristiano: seguir a Jesús, creer en Él, entrar en comunión con Él, dar testimonio de Él, es lo propio del cristiano. Todo ello se realiza por la predicación, por la fe, por el bautismo, por la donación del Espíritu. Pero todo ello se funda en la presencia de Jesús mismo y en la celebración comunitaria de la Eucaristía. Acaso fuera importante el que los apóstoles participaron en la cena antes de recibir el Espíritu...

Habría que esforzarse por entrar en la mentalidad, en los sentimientos de aquellos hombres que habían conocido humana y sensiblemente a Jesús, que habían oído, visto, palpado al Verbo de la Vida. O al menos habían convivido con los testigos inmediatos. Comprender las resonancias intelectuales y afectivas que despertarían en ellos estas simples palabras: el cuerpo y la sangre de Jesús –entender lo que significaba para ellos una comida en comunidad, y, más aún, una comida con Jesús–. Recordar que fueron testigos de los sufrimientos de aquel hombre, que sintieron en sí mismos esos sufrimientos. Que le abandonaron, le negaron o le siguieron hasta la cruz. Nosotros, que no hemos conocido a Jesús corporalmente, ni hemos contemplado jamás una crucifixión, ni una resurrección, ni hemos podido tratar jamás con testigo alguno de nada de ello. Penetrar el hondísimo sentido que tenía para ellos la alianza y, en el caso de los grecorromanos, la comunión con la divinidad.

Sensibilizados a tal ambiente, podremos captar con mucha más penetración textos como el capítulo 6 de San Juan, o los párrafos de San Pablo en 1Cor 10, 14-22 y 11, 17-34. Los primeros cristianos *sienten* que Jesús les ha ofrecido en la Eucaristía la realidad de su presencia, incluso corporal, que se ha quedado con su cuerpo y su sangre llevando hasta el extremo el realismo de la promesa: *estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos*. Presencia de quien ha sido torturado por ellos y por todos, sin otra causa que el amor inmotivado. De quien ha permitido destrozarse su cuerpo y derramar su sangre. Ese Cuerpo y esa Sangre que el cristiano come y bebe ahora.

Y se lo ha dejado en una comida que contiene el cumplimiento de todas las expectativas del Antiguo Testamento. Es el ofrecimiento actual de la alianza escatológica, nueva y eterna, que realiza, rebasándolas con mucho, todas las promesas esperadas durante siglos por el Israel de Dios, que iba preparando el nuevo y verdadero Israel, que es la Iglesia.

Un banquete sacrificial en que está presente el Señor mismo sacrificado, resucitado ya, haciendo todo lo que Dios ha hecho y ha de hacer por los hombres en la larguísima historia de la salvación.

Y sienten que la celebración de la Eucaristía les pone en comunicación con las actitudes de sacerdote y víctima del Señor. Y sienten la seriedad tremenda del anuncio de su muerte. La necesidad absoluta de comer dignamente esta carne y beber dignamente esta sangre. Pues quien no come y no bebe no puede tener vida eterna, y quien come y bebe indignamente se come y bebe su propia condenación.

La experiencia eucarística les hace conscientes de la verdad de la mutua unión. Porque participan de un mismo pan, tienen una misma vida; porque comen el cuerpo de Jesús, quedan constituidos en cuerpo de Cristo, del que no pueden ya separarse sin gravísima culpa. Unión personal, total, permanente, eterna con Jesús, y en Él y con Él con todos los demás partícipes del banquete sacrificial. Como fruto del sacrificio. En la unión de una vid con sus sarmientos, en la unidad del cuerpo con su cabeza.

VALORACIÓN DE LA EUCARISTÍA HECHA POR EL VATICANO II EN RELACIÓN CON LA RELIGIOSIDAD DEL PUEBLO

Actualizadas estas ideas capitales sobre la Eucaristía, pensamos ahora en las circunstancias de nuestros tiempos en el ámbito del tema señalado. La relación del misterio eucarístico con la religiosidad del pueblo cristiano.

Nos dice el Concilio: «El ejercicio de la religión, por su propia índole, consiste, sobre todo, en los actos internos, voluntarios y libres, por los que el hombre se ordena directamente a Dios... Y la misma naturaleza social del hombre exige que éste manifieste externamente los actos internos de religión, que se comuniquen con otros en materia religiosa, que profese su religión de forma comunitaria»³.

Entendemos por religiosidad cristiana la actitud de quienes, confesando el credo, admiten, sean cualesquiera sus deficiencias originadas en la debilidad humana, que el único camino para unirse con las personas divinas en Cristo Salvador es el que la Iglesia les señala como manifestado por Jesucristo.

Sin duda, tal actitud incluye la tendencia al perfeccionamiento progresivo, a la caridad plena, a la santidad personal en la comunidad, aunque todo ello apenas llegue a hacerse consciente en muchos cristianos. Tarea pastoral es colaborar con Cristo al desenvolvimiento paulatino de dicha tendencia. Y la plenitud consiste en la adhesión total del hombre al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo que actúa en la Iglesia.

La religiosidad cristiana supone la conciencia, por débil que sea, de la infinita majestad y soberanía divina, de la acción salvífica de Dios en Cristo, de la posibilidad de salvación y condenación, del pecado como acto y como situación, de la operación redentora llevada a cabo en la Iglesia, una, santa, católica, apostólica.

Ahora bien, quienquiera que admita tales verdades percibe fácilmente:

- La necesidad de la presencia activa continua del Salvador en nuestra vida.
- La necesidad de adoración de las Personas divinas y, consiguientemente, de Jesucristo mismo, a quien confiesa por Hijo de Dios.
- La necesidad de alabanza y gratitud a Dios, fuente continua de beneficios, en todos los órdenes, orientados a la santificación.
- La necesidad de perdón, de expiación incesante, ya que se reconoce como pecador.
- La necesidad de petición, de una postura de reconocimiento de la propia indigencia humana y de esperanza en el amor omnipotente del Padre.

Y percibe igualmente la incapacidad absoluta del hombre como tal y, en un plano incomparablemente más hondo, del hombre pecador, para satisfacer tales indigencias.

¿Y quién podría negar que todas ellas, siempre reales objetivamente, progresivamente experimentadas según el hombre va haciéndose realmente

³ DH 3.

hombre bajo la acción de la gracia, sólo pueden encontrar satisfacción en todos esos aspectos de la Eucaristía que hemos hallado en las promesas del Señor y en la vivencia de los primeros cristianos? Tal es, ciertamente, la conciencia de la Iglesia de hoy, como ha sido, a lo largo de la historia de veinte siglos, con matices diversos, la conciencia de todos los santos. Por ello, el misterio de la Eucaristía, la presencia permanente de Jesús entre nosotros, a partir de la celebración de la Eucaristía, de la consagración y de la comunión sacramental, es la fuente inmediata de la religiosidad cristiana.

Y por lo mismo, la tarea pastoral principal es descubrir, conservar y desarrollar los diversos modos que en la época actual pueden ser válidos para establecer el contacto de los hombres con la Eucaristía. Sin olvidar que se trata del don de Jesús a su Iglesia, y sólo en ella se nos entrega a cada uno. A su Iglesia, tal como Él la ha establecido: una, jerárquica, guiada por su Espíritu.

Pues la maravillosa labor está, sin duda, expuesta a muy graves extravíos. No hemos de perder jamás de vista que el hombre comienza siendo carnal, humano, párvulo en la fe, y tiende inevitablemente a entender carnalmente las mismas realidades divinas, los divinos planes. Y no es ni la carne ni la sangre las que pueden llevarnos a Jesucristo.

El Vaticano II no ha intentado exponer sistemáticamente la doctrina sobre la Eucaristía como fuente de vida del pueblo cristiano. No obstante, tal sistematización sería hacedera entresacando de los diversos documentos conciliares los textos pertinentes. No vamos a ensayarla ahora; sólo queremos hacer notar que, partiendo de la presencia del Señor, el Concilio ve en la Eucaristía la fuente de toda la vida cristiana desde el comienzo en la tierra hasta la consumación gloriosa eterna, y eso no solamente respecto de la vida individual de cada cristiano, sino también respecto de la vida de la comunidad como tal.

Leemos solamente algunos textos particularmente expresivos a modo de ejemplo: «La celebración eucarística, fuente de la vida de la Iglesia y prenda de la futura gloria, por la cual los fieles, unidos con el obispo, al tener acceso a Dios Padre por medio del Hijo, el Verbo encarnado, en la efusión del Espíritu Santo, consiguen la comunión con la Santísima Trinidad, hechos “partícipes de la naturaleza divina”. Así pues, por la celebración de la Eucaristía del Señor en cada una de las Iglesias, se edifica y crece la Iglesia de Dios...»⁴.

«La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, por medio del cual “Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado”. Y al mismo tiempo, la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo, está representada y se realiza por el sacramento del Pan eucarístico»⁵.

Refiriéndose a los seglares: «Pues todas sus obras... si son hechas en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida, si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por

⁴ UR 15.

⁵ LG 3.

Jesucristo, que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del Cuerpo del Señor»⁶.

«Al celebrar el sacrificio eucarístico es cuando mejor nos unimos al culto celestial»⁷.

«De esta forma, la comunidad cristiana se hace signo de la presencia de Dios en el mundo, pues por el sacrificio eucarístico pasa con Cristo al Padre»⁸.

LA EUCARISTÍA COMO SACRIFICIO: AHÍ LA VERDADERA RELIGIOSIDAD. ADORACIÓN, ACCIÓN DE GRACIAS...

Ya hemos advertido que el Vaticano II no trató de exponer la doctrina sobre la Eucaristía. Sin embargo, ha dejado indicados los diversos aspectos que debemos considerar para penetrar más y más el misterio. Y Pablo VI ha cuidado incansablemente de seguir tales indicaciones completando, precisando y aplicando a la práctica cuanto parece más oportuno en nuestros días. Por lo demás, importa notar que, salvo ciertas adaptaciones de pormenores prácticos, no hay propiamente novedad alguna en tales enseñanzas.

Es claro que hoy como siempre los aspectos capitales del misterio eucarístico, supuesta como base la realidad de la presencia incluso corporal del Señor, son el sacrificio y la comunión de los cristianos en él.

El sacrificio: consideramos esencial la predicación insistente de esta realidad.

Sacrificio significa elevación más inmediata al nivel de lo sagrado, a la esfera divina. El hombre Jesús fue levantado a la diestra del Padre por el sacrificio, de donde el sacrificio de Cristo incluye la resurrección, más aún, consiste en ella, sobre todo. Mas partiendo de su condición semejante al hombre pecador, Jesús pasó de hecho por los tormentos de la pasión y por la muerte, y esto es esencial en su sacrificio, y, por tanto, lo es en el sacrificio de la Eucaristía. No puede restablecerse la unión con Dios del pecador sino por la adhesión al sacrificio del Señor, y esta unión no tiene otra realización que la Eucaristía. Todos los demás sacrificios del cristiano reciben su valor aquí.

No podemos adorar al Padre, ni rendirle el tributo conveniente, amoroso, de nuestra gratitud, ni pedirle el perdón necesario por nuestros pecados, ni impetrar las gracias necesarias para mantener y desarrollar nuestra vida divina, sino por el sacrificio de Jesús, hecho presente en la Misa.

Y creemos importante recordar una verdad, por lo demás obvia: la eficacia sacrificial de la Misa se extiende mucho más lejos que la comunión sacramental. Actualizando en la tierra sacramentalmente el sacrificio de nuestra Cabeza, recabamos gracias de perdón y de progreso sobre muchedumbres incontables que jamás tendrán acceso en la tierra, y muchísimas veces sin culpa alguna, a la comunión sacramental.

⁶ LG 34.

⁷ LG 50.

⁸ AG 15.

La Misa se ofrece por todos los vivos y todos los difuntos aún indigentes. De ahí la inadmisibles incongruencia de los que, por sistema, se abstienen de las celebraciones mal llamadas «privadas», pues la celebración de la Misa no es privada, por muy solo que se encuentre corporalmente el sacerdote que la celebra.

Y aún podríamos insistir en otra verdad. El sacrificio de la Eucaristía es el sacrificio que Jesús pone a disposición de su Iglesia. En la medida que el celebrante lo toma como propiedad suya, atreviéndose a variar las normas con que la Iglesia atiende a la celebración recta y fructuosa, el sacrificio va alejándose de su autenticidad. Es evidente que, si un sacerdote cambia a su arbitrio la materia o la forma de la consagración, no se realiza el sacrificio. Pero igualmente lo es que cuando altera el marco que la Iglesia dispone para la celebración de «su sacrificio, del sacrificio de su Cabeza», priva a los fieles, y se priva a sí mismo, de las gracias congruentes para la participación fructuosa en el sacrificio.

De modo que expresiva, aunque acaso no muy exactamente, podríamos decir que no es privada la celebración de un sacerdote solitario físicamente según las ordenaciones de la Iglesia, y sí va siéndolo la celebración del presbítero que sigue sus propias ordenaciones, aunque esté rodeado de una comunidad muy numerosa.

Y pensamos que el marco litúrgico puede llegarse a mudar de tal forma que ni siquiera se realice el sacrificio.

En cuanto a la comunión, deberíamos quizá insistir mucho más en que se trata, como ya hemos dicho, de la *comunión con Cristo sacrificado*. Comunión es comunicación; es recepción de la vida de Jesucristo que se nos comunica. Es comunicarnos con Él participando de su propia vida que nos ofrece. Y sólo en ella nos comunicamos mutuamente. Pero es antigua y exacta doctrina que la recepción de la vida del Señor depende no sólo de su voluntad de dárnosla, sino también de nuestra disposición para recibirla. Y así quien no se acerca a Jesús con un mínimo de actitud de sacrificio, no comulga en rigor. No parece exagerado pensar en la invalidez de muchas comuniones. Es cierto que la ordenación de la Misa tiende a crear esas disposiciones; mas desventuradamente muchas veces el cristiano atiende muy poco a las expresiones del misal.

Quien no llega a la Eucaristía con la conciencia de hombre pecador, indigente de la elevación que sólo produce Cristo, con el deseo de participar de su sacrificio, difícilmente recibirá vida divina, o apenas la recibirá. De ahí el escándalo –muy grave– de personas que «comulgan» y no progresan en sus actitudes cristianas.

Y, por otra parte, no debemos reducir esta comunión a un momento cimero. Es cierto que la comunión sacramental se realiza en plenitud cuando en el momento de la celebración misma nos acercamos a recibir como comida la hostia consagrada. Pero la comunión sacramental, si es, como hemos recordado, comunicación de la vida de Cristo en su sacrificio, se realiza siempre que hay una aproximación personal real a la Eucaristía. Siempre, por supuesto, que comulgamos en un momento en que no se está celebrando la Misa. A cualquier hora que recibamos al Señor, si lo recibimos bien, estamos comulgando en la

Misa. Que objetivamente sea preferible participar en ella con presencia física, no significa de ninguna manera que no participe quien no está presente corporalmente. Ni menos que no participe quien comulga en otro momento.

Más aún, no sólo entramos en comunión con la Misa recibiendo en nuestra boca la hostia santa. Todo el que se acerca al Sagrario, consciente de la presencia real corporal de Jesús sacrificado, comulga realmente. Es lo que llamamos la comunión espiritual. Pues si Jesús desea ciertamente que recibamos en la plenitud de signo el sacramento de su cuerpo y de su sangre, no está limitado por esa plenitud significativa. Y hay muchos motivos válidos que impiden al cristiano comulgar en la Misa, e incluso acercarse a comulgar. No debemos olvidar, aun desde este punto de vista, la eficacia de los actos de culto eucarístico. Una visita, una exposición del Santísimo Sacramento, deben ser una comunión, en este sentido secundario, pero real y que puede tener eficacia incalculable.

LA EUCARISTÍA COMO PRESENCIA SACRAMENTAL. VALOR EXTRAORDINARIO DE LAS DIVERSAS FORMAS DE CULTO EUCARÍSTICO

Y vamos a tocar concisamente un último punto fundamental: la realidad de la presencia corporal del Señor.

La magnitud del don amoroso consiste sobre todo en esto: que ha querido estar con nosotros aun corporalmente. Ciertamente, como víctima, como sacrificio, pero Él mismo. De hecho, la Misa es el sacrificio de Jesús, porque está presente Jesús mismo. No podemos pensar jamás en la Misa sin pensar en el sacrificio, pero tampoco podemos hacerlo sin ser conscientes de su presencia. De la presencia del Hijo de Dios y, consiguientemente, del Padre y del Espíritu Santo, quienes están en relación precisamente en Cristo. Y de ahí brota la necesidad y no sólo la licitud de las formas del culto eucarístico. La persona vale más que sus actos; y si el modo de estar condiciona la relación con la persona, ésta no deja por ello de ser lo capital. Si Jesús está presente en la hostia consagrada, se impone la adoración, el ejercicio despacioso de la fe en su presencia, de la esperanza en su amor, del amor a su Persona tal como es: el Verbo divino hecho carne.

En la medida que crezca, nuestra conciencia de su presencia personal divino-humana, crecerán nuestras disposiciones para recibir el fruto de su sacrificio, para recibir la comunicación de su vida.

Y no podemos actualizar la fe en su presencia sin que inmediatamente surja el acto de adoración, y de adoración del hombre pecador, y de gratitud porque es mi Salvador, y de deseo de unión con Él.

Si Él ha querido, en realización de un amor eterno aun humanamente, convivir con nosotros desde la tierra conjugando su modo de vida celestial con el nuestro todavía terreno, no puede haber otra respuesta que la convivencia a nuestro modo. A su presencia real en el Sagrario no hay otra respuesta que nuestra presencia real ante el Sagrario. Pueden mudarse accidentalmente las formas externas de esta comunicación; pero la sustancia, la adoración, la presencia, tienen que perseverar necesariamente mientras viva la fe. La Iglesia ha cuidado

siempre de ordenar también todas estas manifestaciones exteriores. Después del Concilio, y aparte de las ordenaciones expuestas en el Misal, nos han llegado de Roma no pocos documentos doctrinales o prácticos, acerca del culto eucarístico. Debemos, por supuesto, aceptarlos, conscientes –una vez más– de que la Eucaristía es el don de Jesús a su Iglesia. Pero debemos meditarlos, seguros de que el Espíritu que ha prometido su asistencia a la jerarquía para ordenar rectamente nuestra relación con el Señor, nos ha prometido igualmente su asistencia para obtener el fruto de tales ordenaciones.

Tema de alto bordo este de nuestras actitudes ante las normas jerárquicas. Se dice frecuentemente, y con verdad, que la historia es el lugar donde Dios se revela. Pero la revelación de Dios en las acciones del mundo no es fácilmente discernible; en cambio, sí lo es en las actividades de la Iglesia regida por el Espíritu Santo.

DESVIACIONES PRÁCTICAS DE HOY EN RELACIÓN CON LA EUCARISTÍA

Y ante estas visiones del amor de Dios, lleno de ternura, que nos rodea por todas partes de gracia, que nos entrega a su Hijo en medio de nuestra vida terrena, ¿qué pensar de tantas repulsas a su amor?

No vamos a entrar en un análisis de las actitudes teóricas o prácticas, con que a lo largo de los veinte siglos de historia de la Iglesia el hombre ha rechazado este divino amor. Ni siquiera nos vamos a detener a considerar todas las desviaciones de nuestra época. Pero en una Semana de Teología, que necesariamente ha de ser una contemplación de ese amor infinito, tal como se manifiesta en el misterio eucarístico, y un intento de ahondar más en él e incluso de considerar las formas de acogerlo más plenamente, no podemos prescindir de dirigir la mirada a los yerros humanos, que nos revelan mejor todavía la calidad de la caridad divina: su característica respecto a los hombres. Pues el amor de Dios a los hombres se realiza en continuo perdón. Jamás el hombre responde con plenitud total a la gracia. Salvo la Virgen María, todos somos pecadores... Y que Cristo mantenga sus dones, conociendo de antemano la mala acogida que van a recibir por parte de muchos, es soberanamente significativo. Tanto más cuanto que muchos de ellos acabarán, pese a todo, transformados por tal amor omnipotente.

Nos parece que si atendemos a las realizaciones actuales en relación con el misterio de la Eucaristía advertimos múltiples desviaciones, en cuyo fondo se oculta siempre el espíritu de autosuficiencia del hombre, tan agudizado hoy.

Y debido a tal espíritu de autosuficiencia se olvida (aunque no se niegue generalmente):

- Que la Eucaristía es un don de Dios.
- Que es una presencia personal de Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre.
- Que tal presencia se realiza en un sacrificio.
- Que es un don hecho a la Iglesia, y destinado a cada uno de los hombres que reciben la vida de Cristo y *por ello* quedan más estrechamente unidos entre sí.

Pensamos que lo radical en los extravíos que podemos advertir consiste en que la Eucaristía se considera como una propiedad del hombre como tal, que significa con ella su unidad con otros hombres.

De ahí la tendencia a las Misas de grupos, no como un paso acaso conveniente para llevarlos a la comunidad de la Iglesia total, sino como manifestación de la unidad que los miembros del grupo mantienen entre sí.

La tendencia a inventar los signos que se estiman oportunos según el propio juicio, con desprecio absoluto de las normas de la Iglesia.

La tendencia a multiplicar los signos del grupo humano y a limitar los signos de adoración, de conciencia de la presencia del Señor.

En consecuencia, la libertad para acercarse a la comunión con toda clase de pecados; sin atender a la pureza de conciencia que produce la confesión sacramental.

El uso de las celebraciones para afirmar la mera solidaridad natural humana, con ocasión de sucesos de nivel social, o viceversa, la supresión de las celebraciones por idénticos motivos.

La seguridad en el juicio propio, frente a las normas de la Iglesia, para juzgar de las disposiciones de los fieles a la hora de comulgar. Ello produce retraso en las primeras comuniones, omisiones en las comuniones de enfermos, multiplicación de comuniones fuera de las orientaciones de la jerarquía, comuniones en pecado, sin confesión ni aun propuesta...

Es expresivo el caso de las primeras comuniones. Un Papa santo señaló un avance notable en la inteligencia del amor divino a los hombres, impulsando a la comunión a los niños con un mínimo de discernimiento intelectual. Es, en suma, un caso del amor de Dios a los pobres, a los humildes y sencillos. Pero actualmente, en medio del clamor por los pobres, se abandona a los niños al despertar de sus pasiones, privándoles de la comunicación de la vida, que ciertamente no depende del grado de inteligencia humana.

Y es tanto más expresivo cuanto que los mismos que hacen esperar años enteros a un niño –que según ellos mismos ni siquiera puede cometer pecado mortal–, admiten a la comunión a un adulto en pecado, porque estiman severidad excesiva retrasarle el momento de la comunión hasta que pueda confesar.

¿CÓMO DEBERÍA SER HOY LA VIDA EUCARÍSTICA PARA LOGRAR AUTÉNTICA RELIGIOSIDAD?

No vamos a exponer circunstancialmente nuestro pensamiento acerca de lo que debería ser hoy una pastoral eucarística –que es lo mismo que una pastoral sin más en los diversos centros comunitarios: parroquias, colegios de la Iglesia, movimientos apostólicos, seminarios, comunidades religiosas... Pero sí señalaremos algunos puntos orientadores, que creemos aplicables, en su generalidad, a todos ellos.

En primer lugar, **la conciencia del pastor de la realidad total**, en todos sus aspectos, del misterio eucarístico. Sin una experiencia muy viva del trato con Cristo en la Eucaristía, es casi imposible colaborar con Él a conformar la vida cristiana de cualquier comunidad.

Un testimonio personal incisivo. El pastor debe *chocar*, en el ambiente actual, por su ternura y su eficacia en todo lo referente a la Eucaristía. No estimo exagerado pensar que se requieren largas horas ante el Sagrario, siempre que no sea imposible, para ejercer un apostolado eficiente. *Todos los santos lo han hecho así*, al menos a lo largo de los últimos siglos, desde que la conciencia de la Iglesia alcanzó un cierto nivel de comprensión de este misterio. Y no podemos dudar de ello: es el ejemplo de los santos el que se nos impone como norma de pensamiento y actuación. Cuando durante siglos enteros, tantos hombres diferentes en temperamento, sexo, edad, cultura, ambiente sociológico, han actuado y pensado de la misma manera, no cabe titubeo en admitir que lo han hecho movidos por el Espíritu Santo.

Una predicación abundante que muestre la Eucaristía como realización del amor divino y fuente inmediata de la caridad en nosotros. La consideración detenida de los textos litúrgicos, la preparación de las Misas en círculos reducidos, haciendo ver la relación fontal que tienen con la vida entera. Es inútil el esfuerzo de la Iglesia por poner a nuestro alcance los textos litúrgicos si no enseñamos al pueblo a meditarlos.

Un esmero especial en rodear el culto eucarístico de la dignidad debida. Más valiera pecar por el extremo de la exageración en esta materia. Si atendemos a los traídos y llevados signos de los tiempos, tendremos que admitir que una enfermedad del hombre actual es la ceguera para contemplar la grandeza divina. Y si no la contempla, difícilmente podrá amarla. Debemos, pues, acudir a sanarle, presentándole los signos que le choquen, que le hagan pensar. Aunque en un primer movimiento reaccione en contra. Todo hombre de buena voluntad acabará percibiendo la realidad altísima que Dios ciertamente quiere revelar. ¿Cómo podrá creer en la presencia del Hijo de Dios en la Forma consagrada, cuando nosotros hemos despojado el trato de la Sagrada Hostia de toda muestra de respeto?

Aun signos no obligatorios en las normas generales de la liturgia, pero tampoco prohibidos, deberían ser conservados o sustituidos, siempre que las circunstancias lo permitan.

Insistencia incansable en subrayar el carácter eclesial de la Eucaristía. Con la palabra y con los hechos. Eliminar toda expresión que pueda fomentar la conciencia de que un grupo posee en propiedad la celebración eucarística o el sagrario.

Y, finalmente, **una actitud de aliento** ante los imperfectos crecimientos de la fe en los individuos y en las comunidades. Señalando lo más perfecto, pero alentando a su realización paulatina, y, por tanto, facilitando realizaciones imperfectas, pero ya plausibles. Que los fieles puedan visitar el Sagrario, que puedan comulgar fuera de la Misa, que puedan confesar antes de acercarse a la Comunión. Que puedan participar en actos de culto eucarístico: exposiciones, bendiciones con el Santísimo Sacramento..., acompañados frecuentemente de

la palabra que explique su sentido total, su conexión con la Misa, con la vida de la comunidad.

Hace menos de un mes, el 15 de junio, Pablo VI habló sobre la Eucaristía a un grupo de obispos norteamericanos. Y terminó con estas palabras, que traemos aquí como perfectamente adaptadas a nuestras circunstancias: «Os exhortamos a que os mostréis firmes al proclamar el misterio de la vida en Cristo, y al conducir a vuestro pueblo, a la fuente de esta vida: la Eucaristía. Pedimos que vosotros alentéis por vuestra parte a los fieles en su vocación eucarística. Pedimos especialmente para que todos nuestros hijos en el sacerdocio sean sostenidos y apoyados en su inestimable cometido de edificar el pueblo de Dios por medio de la Eucaristía. En todos los sectores de la Iglesia pedimos se acerque una nueva etapa de piedad eucarística, generadora de confianza y de amor fraternal y creadora de justicia y de santidad de vida»⁹.

⁹ Discurso del 15 de junio de 1978, sobre el sacrificio eucarístico como centro de la unidad de la Iglesia, a los obispos de la IV y de la IX Región Pastoral de los Estados Unidos de América del Norte.

Parte Segunda

El Corazón de Jesús, arca de la Nueva Alianza

DIMENSIÓN SOCIAL DEL CULTO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Discurso pronunciado en el Palacio de la Música, de Barcelona, el 24 de octubre de 1961, dentro de las sesiones de estudio del I Congreso Internacional sobre el Culto al Sagrado Corazón de Jesús. Barcelona-Tibidabo, 21-29 de octubre de 1961.

Se ha iluminado la sagrada imagen del Tibidabo. Yo quisiera que esa luz se extendiera por toda España y llegara incluso a los últimos rincones del mundo. Y, más aún que esa luz material, sería de desear que llegase a todos los rincones del mundo también el significado de la misma.

Porque hay dentro de esa luz un aliento divino que el mundo de hoy necesita. Hacéis muy bien los católicos de Barcelona en presentar en lo más alto de vuestras montañas esa imagen del Corazón de Jesús, iluminada vivamente. Es necesario en este mundo de tinieblas hacer pensar a los hombres que, si de alguna parte puede venirnos la luz que necesitamos para disiparlas, es de Jesucristo, este Jesucristo con su Corazón abierto, derramando a los hombres los tesoros de gracia y de bondad que Él encierra. Necesitamos, en primer lugar, que por los sentidos entre a lo más hondo de nuestra conciencia la llamada urgente que nos está haciendo Dios Nuestro Señor.

Y vosotros, en este Congreso, habéis abierto las puertas para que la luz llegue, a través de esos sentidos, al interior de la conciencia.

Me parece que no os vais a detener aquí. Precisiones teológicas que eran necesarias, exactitudes de expresión igualmente urgentes van a ser también fruto de vuestra actividad intelectual y vais a prestar un servicio inmenso al mundo, de tal manera que yo pienso que, en efecto, este deseo que hoy sentimos todos va a verse convertido pronto en realidad.

Esa luz tiene que dar la vuelta al mundo y tiene que darla expresando con ella todo cuanto el tesoro de gracia y bondad de la doctrina y del culto al Sagrado Corazón de Jesús encierra. Por eso, frente a la luz material o junto a ella, con la cual ilumináis la estatua del Sagrado Corazón de Jesús, ofrecéis esta otra luz doctrinal más necesaria todavía, con el fin de que, de ahora en adelante,

caminemos con más certidumbre por un camino de devoción y de culto que la Iglesia ha consagrado solemne y definitivamente.

LOS MOTIVOS DE UNA OBJECCIÓN

Me habéis invitado a hablaros de este tema concreto: *Dimensión social del culto al Sagrado Corazón de Jesús*, y permitidme que, antes de desarrollar la idea con el orden lógico con que es necesario hacerlo, trate de responder a una objeción, que acaso podrían presentar, no los que están aquí, sino otros que están muy alejados de nosotros y que, acaso, podrían decirnos que abusamos demasiado del lenguaje.

En la era de lo social, nos dirían, sois capaces de hablar de proyección social, incluso cuando tocáis aspectos, según ellos, tan carentes de esa dimensión como el culto al Sagrado Corazón de Jesús. ¡Qué tiene que ver el culto al Sagrado Corazón con todo esto que queremos expresar hoy cuando hablamos del mundo de lo social! ¿Qué tiene que ver? Esta es una pregunta que se hacen muchos, o lo que es todavía más doloroso, ni siquiera se la hacen, de tan indiferentes como son a lo que nosotros queremos expresar y decir cuando hablamos del Corazón de Jesús. Y tenemos que reconocer, señoras y señores, que, en algún sentido, no les falta razón al presentar tales objeciones. La doctrina del culto al Sagrado Corazón de Jesús, en sus expresiones más al alcance del pueblo, ha tenido poca fortuna.

Yo recuerdo, y seguramente muchos de vosotros de los que estáis aquí podrías compartir conmigo también esta evocación, la primera vez que muy niño oí hablar del Corazón de Jesús o viví una escena del culto en relación con este objeto santo. Era en un pueblo de Castilla. Una procesión. A la caída de la tarde, cuando ya la inminencia del verano próximo nos hacía estar esperando la próxima cosecha. Tarde solemne de Castilla. Un grupo de mujeres a las cuales acompañaban algunos hombres recorriendo las calles de aquel pueblecito rústico y cantando esos motetes y plegarias que a todos los oídos españoles les suena a algo familiar:

*Corazón Santo, Tú reinarás,
Tú nuestro encanto siempre serás...*

Y estas frases, pronunciadas por un grupo de mujeres piadosas en torno a una imagen del Corazón de Jesús de colorido muy chillón, con unas medallas de cinta roja, pronunciándolas como quien pronuncia una letrilla a la que se ha acostumbrado rutinariamente, sin darse cuenta de su significado e insistiendo en lo del encanto mucho menos que en lo de Corazón Santo, pronunciando esta palabra sin darse cuenta de la exigencia que llevaba consigo, hacía que el resto de los hombres de aquel pueblo mirara con absoluta indiferencia una procesión en la cual ellos creían que la única ocasión y el único pretexto que ofrecía era, sencillamente, recitar plegarias y cantar cánticos religiosos a propósito para que el sentimentalismo piadoso de unas cuantas mujeres encontrara un cauce oportuno de expresión. Después entrábamos en las iglesias, igual que en aquel pueblo en otras muchas ciudades grandes o pequeñas, y aparecía por todas partes la misma imagen, los mismos cánticos, parecidos formularios, expresiones acarameladas, consagraciones hechas sin sentido, y venía a

resultar que la doctrina del culto al Sagrado Corazón de Jesús, síntesis del Evangelio y de la vida cristiana, se quedaba reducida, en virtud de la mala interpretación, en que por culpa de unos y de otros había ido cayendo, se quedaba reducida, digo, a una especie de evasión sentimental a propósito para ciertas fiestas del año o para ciertas procesiones callejeras. En realidad, no tendríamos que extrañarnos demasiado de que haya sucedido esto a la doctrina sobre el culto al Sagrado Corazón. En realidad, sea el egoísmo, o sea la indiferencia nuestra, es culpable también de idénticas mutilaciones en otros aspectos igualmente maravillosos de la doctrina cristiana.

Porque, tenemos que reconocerlo, cuando hablamos, por ejemplo, de Belén, somos capaces todos los hombres de componer un poema lleno de ternura en torno a los aspectos gratos que aparecen en la noche del nacimiento de Jesús y nos empeñamos en desconocer el inmenso fondo de seriedad, de gravedad que hay aquí en el hecho de la Encarnación del Hombre-Dios que viene a la tierra a redimirnos. Algo parecido a cuando comentamos las bienaventuranzas. Nos gusta a todos oír aquella que dice: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*, porque al pronunciarla parece que todos tenemos derecho a reclamar algo en esa justicia que queremos que se implante a nuestro favor. Y, sin embargo, nos olvidamos también de aquella otra que dice: *Bienaventurados los que lloran*, porque es una frase de Jesús, en la cual se nos está invitando a reconocer que también el sufrimiento tiene un valor. Somos nosotros los que, por la torpeza de nuestro egoísmo, mutilamos muchas veces el mensaje del Santo Evangelio.

¡Qué extraño es que después de esto hayan quedado mutiladas también formas prácticas, a través de las cuales, por virtud de un designio amorosísimo de Dios Nuestro Señor, se nos iba renovando el mismo Evangelio conforme las circunstancias del mundo lo reclamaban!

SÍNTESIS DEL EVANGELIO Y COMPENDIO DE LA REDENCIÓN

Porque esta es, en síntesis, también la doctrina del culto al Sagrado Corazón de Jesús. Una síntesis del Evangelio, de la vida cristiana. Y cuando uno se da cuenta de ello, ya no se extraña de que se pueda hablar, en un Congreso internacional del Culto al Sagrado Corazón de Jesús, de la dimensión social que esto tiene. No deberíamos extrañarnos nunca, si reparáramos sencillamente en este detalle, señores.

Los grandes pontífices que han escrito las encíclicas sociales son los mismos que han escrito también las encíclicas sobre el Corazón de Jesús. Ahora mismo, con ocasión de los comentarios que por todas partes se suscitan en relación con la *Mater et Magistra* y, apoyándonos precisamente en el recuerdo que el mismo Papa Juan XXIII hace de León XIII al abrir el camino a sus nuevas esperanzas, ahora mismo tenemos que reconocer que el Papa de la *Rerum Novarum* es el Papa de la encíclica *Annum Sacrum*.

Aquel mismo que, en el año 1899, al hacer la consagración del mundo al Corazón de Jesús en la Basílica del Vaticano, decía al Obispo de Lieja: «Este es el comienzo de las misericordias que esperamos». Y enlazaba su frase con las que había pronunciado y escrito en su encíclica: «El mundo necesita una luz, el

mundo se ha extraviado y tiene que encontrar un camino». La luz y el camino lo ha de encontrar en este Corazón de Cristo que se nos ofrece envuelto en llamas y con una cruz que está marcándonos el camino que tenemos que seguir. Sí, señoras y señores. La doctrina del Corazón de Jesús no es un puro sentimentalismo. Tiene, de hecho, lo que tiene que tener para satisfacer plenamente también la piedad de un hombre, rectamente entendida. Que Dios no ha despreciado nunca el sentimiento. Pero no es esto sólo. El Corazón de Jesús es como el compendio amoroso de todo lo que significa la redención.

Es la presentación visible que se hace a los hombres del sermón de la montaña. Es la repetición exacta, hecha por el mismo Jesús en revelaciones que la Iglesia ha aprobado, de aquel mandamiento del amor al que se refirió en el Evangelio como distintivo de su doctrina y de su misión en el mundo.

La devoción del culto al Sagrado Corazón de Jesús es la participación en la intimidad de Cristo que baja a la tierra a decir a los hombres hasta dónde ha llegado el grado de su amor.

La devoción y el culto al Sagrado Corazón de Jesús es lo más fuerte en la línea de exigencias cristianas, porque ¿hay algo más fuerte que los mandamientos? ¿Hay algo más fuerte que esa ley de Dios que nos marca un camino duro y austero?

Hay algo todavía más exigente, precisamente por ser más noble y más elevado. Es el regalo inmenso del amor de Dios. Cuando el hombre se encuentra con Dios que le ordena seguir un camino, es fácil que en el hombre, si tiene su inteligencia rectamente orientada, surja el sentimiento de la obediencia; porque, frente a Dios que manda, la criatura tiene que humillarse y obedecer. Pero cuando se encuentra con un Dios que no sólo impone y marca un mandamiento a la naturaleza humana, sino que baja a la tierra para ofrecerse Él y para presentarse, dando al hombre todo el amor que Él encierra, entonces la criatura tiene que sentirse anonadada ante esa expresión maravillosa de un Dios que, no contento con acercarse al hombre, quiere que el hombre se acerque a Él hasta sumergirse en su propia Divinidad.

Esto es tan solemne, tan respetable, tan maravilloso y tan digno que sólo en el cristianismo puede darse.

Es un misterio tan grande que la mente humana no hubiera sido capaz de discurrirlo. Se necesitaba para eso la Revelación y, con la Revelación, los detalles amorosos y casi maternos, delicados, tiernos, infinitamente delicados de un Dios que busca al ser humano para ofrecerle esos tesoros riquísimos de gracia y bondad que Él encierra.

LA NECESARIA REFORMA DEL CORAZÓN HUMANO

Estamos diciendo que, para encontrar un remedio a estos problemas sociales que en el mundo de hoy se debaten, se necesita una reforma de costumbres, se necesita una reforma del corazón humano.

En esto estamos ya de acuerdo todos, y los acontecimientos que estamos presenciando, y de los cuales diariamente se hace eco la prensa de todas las

naciones, son una confirmación clamorosa de esto que hasta ahora era el lenguaje casi exclusivamente nuestro.

Hoy ya no. Hoy podemos encontrarnos incluso con ese jefe del socialismo francés, el cual llegó a pronunciar esta frase: «Son los hombres los que necesitan ser reformados». El no era cristiano, pero venía a decir lo mismo que aquel rey de Bélgica, muerto trágicamente, en cuya mesa de despacho se le encontró un libro titulado *La revolución necesaria* y debajo de cuyo título él había escrito con su mano *revolución moral*. Este rey de Bélgica era un fervoroso católico. El francés era un socialista no creyente. Pero uno y otro coincidían en esta enseñanza que el mundo moderno nos está revelando a todos trágicamente: la necesidad de una reforma interior del corazón humano, si es que queremos de verdad llegar a aportar soluciones eficaces.

Pero vosotros sabéis que el corazón humano es difícil de reformar. Cada uno no necesita más que mirar al suyo, y al recorrer la propia historia de su vida, se da cuenta de qué esfuerzos más tremendos es necesario hacer para conseguir avanzar un poquito más en el camino del bien.

El exteriorismo, el someternos a una ley que nos marca el Estado so pena de la multa en que podemos incurrir, incluso el llegar a hacer algo por propia cuenta y espontáneamente, porque vemos que con ello se garantiza el orden público, es algo que sí que podemos hacer por nosotros mismos; para ello se encuentran fuerzas en nuestra naturaleza. Pero para conseguir una actitud constante, abnegada, universalista, capaz de vencer todas las dificultades que se pongan en frente en orden a buscar el bien común del prójimo, de ese hombre con que nos tropezamos en las calles de la vida o de la sociedad a que pertenecemos, para esta actitud constante de nuestro corazón no bastan las leyes, no bastan los recursos y apelación al orden público, porque todos saben que con tal de que el orden público no se altere para él, no le importa nada a ese hombre egoísta que el orden público se altere para otros.

Para esa reforma interior del corazón humano se necesita una fuerza más honda, más eficaz, mucho más seria, y ésta solamente puede dárnosla Dios. Se habla de que, y esta es una frase que, según dicen, ha pronunciado uno de los líderes de la revolución comunista que hoy se está operando en uno de los países americanos, se habla de que no es posible confiar en la evolución social que produciría la aplicación de las doctrinas cristianas, porque los hombres no están dispuestos a practicarlas.

Y hasta ha llegado a decir que él cree en el Evangelio, pero, como mientras el Evangelio no se imponga a cañonazos, no se ha de imponer, prefiere buscar otro camino que le lleve más rápidamente a la consecución de los objetivos que se ha propuesto. Y dice que este Evangelio es inoperante, y por lo mismo es inútil presentarlo como fórmula de salvación en esta crisis social, ésta a la que nosotros los católicos aludimos con tanta frecuencia y de la que nos permitimos hablar incluso aquí en un congreso internacional del Sagrado Corazón de Jesús.

Dicen eso y hay que desmentirlo. Y nosotros tenemos el deber, señoras y señores, como católicos conscientes, de no hacer el juego al enemigo, porque si incurrimos todos en estas frases estamos silenciando la gran revolución social que hace mucho tiempo que se ha operado. Es evidente que se necesita

concebir metas mucho más altas. Es cierto que en muchas estructuras sociales del mundo de hoy reina el egoísmo. Es completamente cierto que necesitamos vivir mucho más hondamente las exigencias de la justicia y la caridad; pero no tenemos derecho a olvidarnos de que, desde hace veinte siglos, el mundo viene viviendo en gran parte la doctrina social de la Iglesia. Y, gracias a ella, el mundo conoce lo que es el amor, la convivencia y el orden. Y precisamente esos buenos católicos que han existido siempre, esas familias santas y puras, esos religiosos y religiosas, esos sacerdotes que en todos los campos y en los sectores más diversos han predicado y han vivido la abnegación, el sacrificio, el desinterés, el amor al prójimo, han aprendido las fuerzas necesarias para poder vivir así en estas fuentes del Corazón de Cristo, de las cuales han estado bebiendo constantemente.

Es falso que en la tierra no haya habido amor y justicia. Tiene que haber más, mucho más, y estamos empeñados en una batalla para conseguirlo. Pero, de no haber existido este mensaje cristiano, gracias al cual existe una civilización de la que todos nos sentimos orgullosos, el mundo no hubiera sido más que un bosque de fieras en que los hombres se hubieran destrozado unos a otros.

Estamos viviendo ya desde hace mucho tiempo las consecuencias beneficiosas de esta doctrina social de la Iglesia.

Los que dicen con una sonrisa sarcástica que qué influencia puede tener el culto al Sagrado Corazón de Jesús para arreglar el problema social, deberán reflexionar en lo que significan estos miles y millones de almas consagradas a Dios en el mundo seglar o en el mundo sacerdotal y religioso, que, frente al enfermo y al desheredado, frente al hombre más humilde y abandonado de la sociedad, le han regalado amor, cultura, cariño maternal, sin pensar nunca jamás ni en razas, ni en diversidad política, ni cultural, ni geográfica, ni siquiera religiosa.

¿O es que tenía que esperar la Iglesia de Dios a que viniera Carlos Marx a predicarnos su mensaje social para enseñar a los hombres el camino del amor?

Éste está enseñado hace mucho tiempo y, en la proporción en que se ha vivido, con esa misma proporción existen en el mundo las bases necesarias para el mantenimiento de la paz.

DOS GRANDES AMORES: A DIOS Y AL PRÓJIMO

Esta doctrina del culto al Sagrado Corazón de Jesús, al católico fervoroso y consciente le habla de dos grandes amores: el amor a Dios y el amor al prójimo. Esta es la síntesis de Jesús en la tierra. Y si su Corazón es como una síntesis de su vida, en Él se encuentra lo mismo el amor al Padre que el amor a los hombres. El amor al Padre es lo que le hace venir al mundo para ofrecerle el homenaje de la Reparación infinita que Él solo podía ofrecer. El amor al hombre es lo que le hace ponerse en la cruz para ofrecerle un camino de reconciliación, de paz para con el Dios ofendido. El amor al Padre le hace salir de esta tierra diciendo: *Todo está cumplido, oh Padre*. El amor al hombre le hace decir: *Amaos los unos a los otros como Yo os he amado*.

Nos han quedado pocas frases de Jesucristo. Su doctrina está compendiada en un libro muy pequeño que se llama Evangelio. Ni siquiera tiene un orden completo de exposición. Parece como que los evangelistas se han propuesto únicamente ofrecernos una imagen casi desdibujada de su vida y como en torno a ella recordarnos algunas de las cosas que dijo. Y, sin embargo, ¿qué tendrá ese pequeño libro, con esas frases de Jesús, que no es posible leerlo, ni siquiera hoy, después de veinte siglos, sin que en el corazón humano se levante una emoción incontenible? Es la unción del Dios en la tierra. Es el Cristo que señala el camino.

Es que el hombre, al ponerse en contacto con el Evangelio de Jesús, percibe de verdad una luz que no es de este mundo. Por eso se levantan en su alma esas supremas emociones religiosas e incluso mentales, porque el Evangelio es también una idea ordenadora de la vida, ante la cual este hombre de hoy como el de ayer se encuentra rendido de admiración y de respeto. Es por ahí por donde tenemos que insistir. Al contemplar el Corazón de Jesús que se nos ofrece en su vida como un compendio de todo lo que Él viene a hacer, que es la redención del hombre, y que se nos ofrece en sus enseñanzas y sus frases con esa fuerza tan luminosa y tan viva, dejándonos siempre en el alma la semilla de una esperanza nunca frustrada.

Al ver ese Corazón de Jesús que, no contento con pronunciar las frases, llega a la última consecuencia del amor que es ponerse en la cruz para redimir a los hombres, el hombre de hoy como el de ayer, inquieto por las preocupaciones sociales de su tiempo, se ve obligado, a la vez que a desconfiar de los que se presentan como salvadores del hombre con criterios puramente mundanos, y que, mientras llega la hora de hablar, son capaces de cumplir perfectamente, pero cuando llega la hora de las consecuencias, es muy fácil que abandonen el camino del austero deber, el hombre, que cuando ve a estos reformadores mundanos, se encuentra tantas veces con una versión egoísta, interesada en sí, propia o en favor de su partido, este hombre frente a estos reformadores con criterios puramente humanos, cuando ve, por el contrario, a este Corazón de Jesús que llega hasta las últimas consecuencias, poniéndose en la cruz en lugar de pedir a los demás nada, ofreciéndose Él para demostrar que lo que ha predicado lo vive con ese sacrificio total, de entrega, con esa redención absoluta que quiere hacer del hombre, por el cual se sacrifica; cuando esto un cristiano fervoroso, un católico consciente lo ve, lo medita y lo asimila, entonces nos encontramos con que en un alma se han producido las bases necesarias para la reforma moral, de la cual pueden partir después las necesarias reformas sociales.

NO HAY REFORMA SOCIAL SIN SACRIFICIO E INMOLACIÓN

En esta doctrina del culto al Sagrado Corazón de Jesús se nos habla, digo, de ese amor a Dios y de ese amor al hombre. Pero se nos habla, además, de inmolación. El Corazón de Jesús se presenta como víctima ante los hombres. Y es aquí donde encontramos la fuerza definitiva para soportar después las pruebas que nos llegan en el momento en que la aplicación práctica de las doctrinas sociales de la Iglesia se hace difícil.

Porque hoy, por lo menos, tenemos ya una ventaja sobre los que nos han precedido en los años anteriores y es que en muchísimos y muy diversos sectores se encuentra la convicción arraigada de que la doctrina social de la Iglesia ofrece una solución. Pero desconfían de su aplicabilidad práctica, como decía antes. Y por eso no se deciden muchas veces a moverse dentro de estructuras que faciliten esa aplicación.

En este sentido hemos ganado algo con relación a lo que sucedía hace unos decenios. Entonces podía suceder que, incluso respecto a una exposición doctrinal de índole social que hiciera la Iglesia, se produjera el más absoluto silencio. Hoy ese silencio ya no existe. Pero falta este otro paso, el de confiar en la aplicabilidad práctica de la misma.

¿Sabéis por qué? Porque los que así desconfían examinan su propio corazón y lo encuentran poco dispuesto a las inmolaciones necesarias. Entonces, para responder a esas desconfianzas del hombre alejado del mensaje cristiano, nosotros los católicos tenemos que acudir a ese camino, dentro del cual, directa e inmediatamente, se ofrece la verdadera solución del problema, con tal de que nos dispongamos a esa práctica de inmolación y de sacrificio sin la cual la reforma social no puede producirse.

Y para encontrar nosotros una fuerza en la cual podamos ampararnos en orden a esas realizaciones, nos damos cuenta de ese fondo maravilloso de abnegación, de inmolación, de sacrificio que se encuentra en el Corazón de Cristo.

Cuando un patrono católico, cuando un empresario, cuando un dirigente político, cuando un obrero, cuando el que sea, pues todos formamos parte de ese complejo mundo social y cada uno tenemos que poner a contribución aquello que, según nuestro estado y condición, podemos poner para que en el conjunto del bien común se note nuestra influencia; cuando uno de estos hombres fervorosamente cristianos se da cuenta de hasta dónde llega el amor de Dios por los hombres y cómo ha atravesado esa barrera del sacrificio hasta llegar a la máxima inmolación, no obstante las ingratitudes humanas, ese hombre encuentra en su interior fortaleza necesaria para salir adelante, suceda lo que suceda.

Las invocaciones que solemos hacer y que son tan frecuentes y en las cuales pretende ampararse nuestro egoísmo: «Que otros no lo hacen así. Que si yo me comporto de esta manera tan generosa es posible que no pueda en mi economía soportar las pruebas y competencias que me hagan los demás. Que si sigo este camino tengo que renunciar a un confort que parece legítimo. Que si obro de este modo no podré satisfacer las aspiraciones nobles de mis hijos»; todos estos criterios que frustran tantas veces la aplicabilidad práctica de estas doctrinas sociales de la Iglesia, sólo pueden vencerse, señores, cuando en el alma del creyente hay una meditación constante y fervorosa de lo que significa el amor de Dios a los hombres. Con las leyes solas, no, porque, donde aparece la ley, aparece la burla de la misma, y todo hombre, frente al legislador humano, se sitúa en una actitud de desconfianza y recelo; se pone en guardia y busca la manera de encontrar la fórmula necesaria para salvaguardar lo que él llama sus intereses.

Pero desde el momento en que se sitúan sus reflexiones, no en el campo de lo que el legislador dice y la sociedad le reclama, no atendiendo sólo a estos aspectos políticos, sociales de la convivencia humana, sino en esa otra línea más pura, supra-mundana, que es la de la relación suya con el Dios en quien cree, en ese mismo instante este hombre siente que caen abajo todos sus egoísmos, y encuentra una disposición interior que le facilita mucho más la puesta en práctica de las soluciones que la Iglesia le viene predicando.

EFICACIA Y ACTUALIDAD DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA

Justicia y caridad, amor de Dios y amor al hombre. En estas cuatro expresiones sencillísimas se encuentra resumida la doctrina social de la Iglesia de todos los tiempos. Pretender que con la caridad sola podemos solucionar los problemas del mundo, es una ofensa al hombre. Es algo así como si primero hiciéramos que un hombre tuviera que quedarse cojo y después le ofreciéramos las muletas.

Lo primero de todo es la justicia; pero con la justicia sola tampoco podemos caminar. Es necesario que, junto a la justicia, exista la caridad. Porque, desde el momento en que se cumplan todos los deberes de justicia podría parecer que estaba todo resuelto y, sin embargo, como escribió uno de nuestros autores dramáticos más insignes: «Hay ocasiones en que lo único que puede salvar a un hombre es un beso en la frente». Nadie dirá que esté uno obligado a darle un beso en nombre de la justicia. Es sólo el amor el que puede dictar un gesto tan expresivo. Y en nombre de este amor y de esta caridad es en el que hay que adaptarse a la vida para poder cumplir con hechos parecidos.

Justicia sin caridad es dejar al mundo incompleto. Caridad sin justicia es traicionar las esencias más puras del hombre en sus derechos. Pero, para que la caridad sea universal y para que la justicia sea constante, no bastan las leyes. Vosotros tenéis experiencia y la tenemos todos. Yo creo que en este mundo moderno, en el cual las libertades democráticas nunca habían alcanzado una expresión tan absoluta, a la vez –terrible paradoja– las dictaduras férreas tampoco habían conseguido nunca determinaciones tan precisas y, sin embargo, ni en las democracias ni en las dictaduras nos hemos encontrado con los resortes necesarios para el hombre.

Estas dictaduras terribles, las cuales existieron y todavía existen en Europa, no nos han dado al hombre capaz de ofrecer a sus semejantes la solución de los problemas, en los cuales veníamos debatiéndonos. En las democracias tampoco. Si la dictadura aniquila, la pura democracia disgrega. Y en una parte y en otra nos encontramos con hombres perdidos en las tinieblas en que marchan o víctimas del terror o víctimas de su propio desenfreno, predicando con los hechos más que con las palabras, la necesidad de una orientación que los hombres no pueden dar. Esta orientación tiene que venir de Dios.

Y desde el momento en que un San Pablo puede decir: *Me siento en deuda con todo el mundo*, desde el momento en que en nombre del mensaje de Jesús puede escribirse esta frase, ya no hay necesidad de encontrar doctrinas que puedan ofrecernos un camino más eficaz y de más salvación. Todas las demás, frente a un Evangelio que hace decir al gran apóstol del mismo que se siente deudor de la humanidad entera, no podrán resistir nunca jamás la eficacia

bellísima de una formulación tan explícita y tan clara: el amor o es universal, o no es amor. Desde el momento en que un hombre empieza a limitar el alcance de su amor y piensa únicamente en el hombre de su partido, de su raza, de su religión, ya se busca a sí mismo; busca algo que está reflejado en aquel con el cual quiere convivir, ese hombre que comulga con sus ideas políticas, religiosas o que pertenece a su pueblo o a su país. Entonces ya no es amor, porque es egoísmo, desde el momento en que él va buscándose en el prójimo a sí mismo.

Esta universalidad del amor, esta abnegación necesaria, este referir el amor del hombre y unirlo con el amor a Dios, sin lo cual no es posible que exista con la permanencia necesaria para superar las dificultades, sólo puede encontrarse con el hombre en una auténtica vida cristiana. Ahora bien, cuando se nos habla de la devoción y del culto al Sagrado Corazón de Jesús, no se nos invita, señoras y señores, a que pensemos únicamente en esa medalla que podemos lucir en nuestro pecho en días de fiesta. No se nos invita únicamente a que cantemos en los templos: «Tú nuestro encanto siempre serás». Se nos invita, con fuerza inmensa, a que pensemos en el Cristo inmolado. En el Dios que se hace hombre y que nos regala, víctima del amor a los hombres, todos los tesoros infinitos de su bondad. Se nos invita a que pensemos en la Cruz del Calvario, a que pensemos en la Eucaristía, donde Jesús se nos da en alimento. Se nos invita a que nos demos cuenta, de una vez para siempre, de que, si queremos encontrar paz, convivencia entre nosotros, ha de ser a base de que nos demos unos a otros, no algo de nuestras cosas, sino a nosotros mismos.

Y esto ninguna doctrina social puramente humana, ninguna ley que venga en nombre de las autoridades de la tierra, ninguna disposición de índole puramente político-social, podrá producirlo. Para que esta abnegación, para que este universalismo, para que esta capacidad de superar todas las dificultades que puedan presentarse, exista en el hombre, es demasiado pequeño lo que el hombre puede ofrecer a sus semejantes para inclinarle a ello.

Se necesita, digo, que el hombre tenga ante sí la imagen viva del amor de Dios. Entonces, sí, cuando ese hombre la tiene y la vive dentro de su alma, ya no piensa en posibles disculpas, derivadas del comportamiento de los demás. Se da cuenta de que la víctima del amor divino, Jesucristo, el que vino al mundo para ofrecernos su Corazón en la Cruz, no pensó en las ingratitudes de los hombres: al contrario, aun conociendo que existían, desde la Cruz seguía diciendo: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.*

Este universalismo y esta abnegación práctica es lo que puede darnos una reforma social. Como esto no lo logremos, habremos fracasado una vez más. En la proporción en que sigamos manteniéndola en el mundo habrá amor, paz y convivencia, como la ha habido hasta aquí por parte de todos los que han sabido servir a Jesús. Esta doctrina social no es inoperante; no es estéril. Ha producido ya muchos frutos y, en nombre de esos frutos a que la historia se refiere, podemos los cristianos encaramos con el porvenir y ver con esperanza un futuro en el cual surgirán generaciones nuevas, las cuales entiendan de una vez para siempre lo que significa ser discípulo de Jesucristo.

Situarnos en la línea de su Corazón es un honor inmenso; pero, al mismo tiempo, es una obligación gravísima que nos induce a los mayores sacrificios. Así es de fuerte el cristianismo. No lo disimulemos, no nos contentemos únicamente con

una imagen del Corazón iluminada en el Tibidabo. Del Corazón de Cristo hace mucho tiempo que está brotando otra luz. A veces esa luz está ensangrentada; pero, a pesar de que tenga ese color de sangre, ilumina; precisamente por eso ilumina más; porque está enriquecida por una luz interior que es la de su sacrificio por los hombres.

LA ÚNICA LUZ PARA UN MUNDO MEJOR

Yo sé, excelentísimos señores, señoras y señores, que este lenguaje acaso no sea inteligible para todos los que hoy en las oficinas internacionales en que se debaten problemas de índole económico-laboral, trabajan por conseguir un mundo mejor. Acaso no sea inteligible. No lo es en su expresión externa. Quizá ellos ni hayan oído hablar de un mensaje de amor en que Jesús pide a los hombres que se consagren a Él, que reparen las injurias que su Corazón Divino recibe y que asimilen y vivan su doctrina de amor para propagarla. Quizá no hayan ni oído hablar de este mensaje. Quizá si nos oyeran, incluso a pesar de que no les falte respeto a nuestras instituciones, nos miraran con benévola sonrisa. Sin embargo, fuera de sus oficinas de trabajo, lejos de sus discusiones, en el lenguaje común que tienen, como padres de familia con su esposa y con sus hijos, tienen las mismas preocupaciones que nosotros.

Y esos hombres de Estados Unidos, de Alemania y de Francia o del continente africano, de la India, de donde sea, esos hombres con sus luchas lo único que están pidiendo es un mundo en el cual los hombres nos amemos. En realidad, a veces no saben ni siquiera a lo que aspiran. Luchan por destruir estructuras que creen injustas, señalan otras aspiraciones legítimas, en las cuales ellos creen que está la justicia. En el fondo de todos estos movimientos algo alienta su corazón; es la esperanza de un mundo en que los hombres nos demos la mano para caminar, con más paz y con mejores relaciones de unos con otros.

El odio por el odio no lo cultivan más que los anormales. El mundo no está poblado por locos. Puede haber en cada hombre o en determinados momentos históricos, en cada país, situaciones en las cuales se pierde la orientación, incluso casi colectivamente; pero estas situaciones no duran mucho. Siempre el hombre vuelve a su destino. Y encuentra, digo, un eco en su corazón de exigencias íntimas que en los momentos en que vuelca, libre de estas otras formulaciones exteriores, esos sentimientos, en el momento en que los expone en la intimidad de su hogar, frente al dolor que le amenaza, cuando ve, por ejemplo, el espectro de una guerra mundial, en la cual pueda desaparecer toda la cultura y civilización de los siglos, este hombre, atormentado dentro de sí mismo, aterrado ante el porvenir, interroga a los cielos, ya que no encuentra respuesta en la tierra para ver por dónde puede encontrarse un camino, en el cual pueda hallarse un poco de la paz que se necesita.

Se ha escrito que un alma que se eleva levanta al mundo. Calculad lo que nosotros podríamos levantar al mundo también, si en nuestra vida de cristianos lográramos la elevación que el culto al Sagrado Corazón de Jesús, bien entendido, exige de nosotros. Yo tengo confianza en que de este Congreso han de brotar resoluciones doctrinales de las que más tarde vendrán esas otras consecuencias prácticas, que llegan hasta el último rincón de la conciencia de

los creyentes, con las cuales nuestra orientación piadosa caminará por sendas plenamente exactas, en las que acertemos a dar, incluso a los hombres alejados de nosotros, una visión hermosa de lo que significa creer en el Corazón de Cristo y adorarlo. Y el día en que nosotros tengamos la seguridad de que, como consecuencia de nuestra conducta, hemos hecho posible que uno más en la vida adore al Corazón de Cristo, se consagre a Él y viva esa universalidad, esa abnegación y ese rendimiento absoluto, para que, de la misma manera que Dios nos ama, pueda disponerse también a amar a los demás; el día que consigamos cada uno de nosotros esto de otro de nuestros semejantes, podremos también considerarnos tranquilos y decir que gracias a nuestro esfuerzo, el mundo también se elevó.

No podemos remediarlo todo; pero, aun en la hipótesis que tuviéramos que asistir a una catástrofe, creo yo que entonces cabe una satisfacción para el que tenga la conciencia tranquila. Es algo así como si en un naufragio, ya que no podíamos salvar a todos aquellos a quienes veíamos ahogarse, pudiéramos, por lo menos, salvar a algunos. Y si ni siquiera esto nos fuera posible, tendríamos que sucumbir también, pero con la alegre conciencia de haber cumplido nuestro deber. Este es muy exigente, bendita exigencia de los deberes cristianos que nos marcan un camino que nos puede hacer cada vez más dignos. A nosotros mismos, ante Dios y ante esta sociedad que espera de nosotros, los cristianos, el que nos decidamos a vivir en la práctica de acuerdo con unas exigencias tan nobles como las que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, rectamente entendida, nos señala.

UN MONUMENTO AL CORAZÓN DE JESÚS EN LA CABRERA, TIERRA DE DOLOR Y DE ESPERANZA

Carta pastoral de junio de 1965. dirigida a los fieles de la diócesis de Astorga. y particularmente a los habitantes de la Cabrera Alta y Baja. Publicada en el *Boletín Oficial del Obispado de Astorga*, 1 julio 1965. 377-378.

Hace bastantes años, mucho antes de que yo viniera a la Diócesis, diversos sacerdotes y seglares de los pueblos de la Cabrera Alta pensaron levantar un monumento al Sagrado Corazón de Jesús, sobre un montículo que se conoce con el nombre de «El Castillo», para facilitar a los habitantes de todos los pueblos de la comarca la elevación de su mirada y su corazón a Nuestro Señor Jesucristo, Rey del cielo y de la tierra.

Más de una vez he contemplado en Truchas las piezas de ese monumento que esperaban allí la mano que las uniera y el esfuerzo que, una vez unidas y formando ya la noble y religiosa estatua, las hiciera subir hasta la cumbre y las colocase en el lugar que el celo y la piedad han sabido reservar para ellas.

LA LLAMADA DEL PAPA

Parece que ese momento ha llegado ya. El Santo Padre ha dirigido a todos los Obispos del mundo una Carta Apostólica –*Investigabiles Divitias Christi*– con motivo del segundo centenario de la fiesta en honor del Sagrado Corazón de Jesús, en la cual pide que se fomente y vigorice más y más esta devoción. «Ved, por tanto, nuestros deseos y nuestra voluntad: que, en esta ocasión, la institución de la fiesta del Sagrado Corazón, ilustrada convenientemente, sea celebrada con digno relieve por todos vosotros, venerables hermanos, Obispos de la Iglesia de Dios, y por las poblaciones a vosotros confiadas. Deseamos que sean explicados a todas las clases de fieles del modo más adecuado y completo los profundos y recónditos fundamentos doctrinales que ilustran los *infinitos tesoros de caridad del Corazón de Cristo*, y que se lleven a cabo especiales funciones sagradas, que enciendan cada vez más la devoción a este culto, digno de la más alta consideración, con el fin de obtener que todos los cristianos, animados por nuevas disposiciones de espíritu, presten el debido honor a ese Corazón Divino, reparen los innumerables pecados con protestas de amor más fervorosas, y conformen toda su vida a los preceptos de la verdadera caridad, que es *el cumplimiento de la ley* (cf. Rm 13, 10)»¹.

Por nuestra parte, queremos responder dócil y filialmente a esta llamada, y deseamos vivamente que en todas las parroquias, conventos, colegios y casas religiosas de la Diócesis, se celebre con más esplendor que nunca no sólo la fiesta, sino el mes entero del Sagrado Corazón de Jesús, con la triple intención que señala el Papa:

¹ *Ecclesia*, 20 de marzo de 1965. n. 1236, 5.

- a) tributarle el debido honor,
- b) reparar las ofensas y pecados que se cometen;
- c) y acomodar nuestra vida a las normas de la verdadera caridad.

Pero, aparte de esta respuesta de carácter general y diocesana, creemos oportunísimo acelerar todos los trámites pendientes para poder inaugurar el citado monumento en la Cabrera en el mismo día de la fiesta del Sagrado Corazón, si ello fuera posible, y, si no, en la fecha más inmediata en que pueda realizarse. Sería una demostración clara y elocuente de que amamos al Sagrado Corazón de Jesús, seguimos las normas que nos señala el Santo Padre y nos interesamos por el bien espiritual de los moradores de la comarca.

¿PARA QUÉ VA A SERVIR ESE MONUMENTO?

He aquí una pregunta a la que debo contestar, con el fin de que las ideas queden claras desde el primer momento. La respuesta podrían dárnosla los sacerdotes que concibieron el proyecto, la mayor parte de los cuales viven todavía, jubilados algunos, en distintos puestos y ministerios de la Diócesis otros, y algunos en los mismos pueblos cabreireses en que entonces estaban.

Ellos querían sencillamente honrar al Sagrado Corazón de Jesús, ofrecerle un testimonio público de fe y de adoración y cultivar el sentido religioso de sus feligreses, haciendo que desde cualquier lugar de la Cabrera Alta pudieran los habitantes de aquellos lugares contemplar el símbolo externo y material del amor de Dios a los hombres. No pretendían, ni se pretende ahora, una manifestación puramente exteriorista y carente de exigencias interiores de fe, de caridad y de esperanza cristiana.

Sabían muy bien que con sólo poner unas piedras esculpidas en lo alto de una montaña no se cumple con el deber de adoración a Dios y de observar su santa ley, ni se arreglan los problemas humanos. Pero se daban cuenta igualmente de que, cuando esas piedras las labra el amor y sirven para representar el Corazón de Cristo, pueden contribuir a que en una comarca entera se reafirme y vigorice el sentido de lo sobrenatural que, además de unir al hombre con Dios, tanto consuelo y fortaleza proporciona en la vida, y, como consecuencia, tanto contribuye a que aumente la paz social, se consoliden las buenas costumbres y se den nuevos y robustos fundamentos a la convivencia humana en la familia, el municipio y la región.

Ese monumento en la cumbre de la Cabrera Alta estaba, y está llamado a ser algo así como la Iglesia y el Templo de toda la zona, un Templo con las puertas abiertas a todos, una expresión también tanto de la piedad de las familias cristianas que allí viven como del amor maternal que la Iglesia ha sentido siempre hacia ellas.

1. LA ACCIÓN APOSTÓLICA DEL SACERDOTE EN LA CABRERA

Un poco de historia

Mucho antes de que el Estado y la provincia pudieran llevar hasta allí las ventajas mínimas de la civilización y del progreso, muchísimo antes, tanto que el recuerdo se pierde en la noche de los siglos que tiene de antigüedad el Obispado de Astorga, la Iglesia estuvo presente en la comarca, con sus templos y capillas, con sus cementerios y pilas bautismales, con sus cruces y sagrarios, con su catecismo y su moral, en una palabra, con sus sacerdotes.

Ellos fueron, durante centenares de años, los únicos hombres que, una vez terminados sus estudios en el Seminario de Astorga, fueron a la Cabrera para quedarse allí predicando la palabra de Dios, administrando los sacramentos de la gracia y formando el alma cristiana de los naturales del país.

Ellos fueron los que enseñaron las letras humanas, cuando no había maestros; ellos los que ayudaron a curar a los enfermos, cuando no había médicos ni medicinas; ellos los que infundieron el respeto a las leyes, cuando no había regidores ni jueces. Y, sobre todo, sembraron y difundieron la fe en Dios y en Jesucristo y el amor a la Santísima Virgen, lo cual al menos proporciona la mejor cultura del espíritu, cuando otros bienes no existen, y sin lo cual el más refinado confort material carece de luz y de esperanza.

Esos sacerdotes, de que hablo, allí vivieron, allí permanecieron y allí han muerto. A veces la rudeza del ambiente les hizo a ellos rudos también, porque es difícil hacer ostensibles los encantos artísticos e intelectuales que a la formación del hombre proporcionan el humanismo y la sagrada teología, cuando la miseria y la soledad, casi de destierro, oprimen el alma. Pero bajo la sotana de cada uno de ellos, descolorida por el sol y por la lluvia, deshinchada también por la rudeza de las piedras con que se roza para encontrar asiento, y por las zarzas del camino, existieron siempre tesoros de bondad y abnegación que la torpe máquina fotográfica de quien por allí pasa no sabe captar, porque falta a la máquina o al fotógrafo el espíritu necesario para descubrirlos.

El patronato de las Hurdes leonesas

Entrado ya el siglo XX, la Cabrera, Alta y Baja, continuó envuelta en sus leyendas y su realidad, a veces más penosa ésta que aquellas, no por los defectos de sus habitantes, sino por el abandono en que estaban sumidos.

Había ya maestros de enseñanza primaria, hombres y mujeres beneméritos, que enseñaban las primeras letras en las condiciones más inverosímiles, y algún que otro funcionario público en los dos o tres lugares más céntricos de la comarca. También se hacían presente la Administración del Estado y la provincia, si bien es cierto que era más para la exacción de los tributos que para el reparto de los beneficios que la justicia distributiva demandaba.

En los años de la República, el Gobierno creó el Patronato de las Hurdes Leonesas, y en las páginas de la Gaceta apareció un decreto que prometía la

redención de aquella zona². La Delegación Provincial de Sanidad y otros organismos de la provincia de León hicieron estudios e informes, algunos de los cuales he visto personalmente, y hubo periodistas que escribieron en sus diarios, como también lo han hecho ahora, tratando de llamar la atención de sus lectores sobre la oculta tragedia que se vivía en aquel rincón de España.

El citado Patronato no pudo ni tuvo tiempo de hacer nada. Su intención era laudable, y estimo de justicia reconocerlo así, por encima de lo que significan las fechas y los nombres.

Sacerdotes víctimas y apóstoles

Terminada nuestra guerra, pasaron todavía algunos años sin que pudiera brillar para la Cabrera la luz de la esperanza. A la desolación de siempre se unía el dolor sufrido ahora. Y, por si fuera poco, los ecos de la trágica contienda siguieron resonando en sus valles y montañas. Los «huidos», como así fueron llamados, buscaron refugio en aquellos abruptos parajes y con sus amenazas y sus actos lograron que el terror ahogase el alma de sus humildes moradores. Tres sacerdotes fueron asesinados salvajemente en estos años.

Y fue en 1952, muy poco después de cometidos estos crímenes, cuando otros tres sacerdotes jóvenes llegaron destinados a aquellos pueblos para sustituir a los que habían perecido. La fuerza de su juventud se uniría ahora a la experiencia de los que allí habían envejecido, cuya vida, tanto tiempo en peligro, había sido, sin embargo, respetada. Los que aún viven lo recuerdan muy bien.

Lucharon unidos para hacer el bien, y la misericordia de su celo sacerdotal se movió incansablemente incluso en el orden humano. En la Cabrera Alta, la única vía de comunicación era la carretera que llegaba hasta Truchas. No había luz eléctrica. Sólo algún que otro pueblo la tenía durante los meses de invierno, con servicio muy irregular y muy pobre.

Los sacerdotes, autoridades y pueblos se movilizaron cuanto pudieron y, gracias a la colaboración de todos, las cosas empezaron a cambiar. En León, las autoridades provinciales se interesaron vivamente. Se prolongó la carretera de Truchas hasta Iruela, y últimamente hasta Quintanilla de Ambasaguas; se hicieron caminos que unieron con ella a todos los pueblos, se instaló el servicio eléctrico, se construyeron varios puentes, se hicieron escuelas y viviendas para maestros...

¡Cuántos sacrificios y desvelos, cuántas visitas y gestiones, cuánta paciencia y fortaleza para conseguir estas tan pequeñas, pero tan grandes cosas! Sé de un sacerdote que por sus propios medios buscó, como pudo, la cantidad íntegra que había de aportar el pueblo entero para que la obra no dejara de hacerse.

En el orden espiritual, el trabajo de estos sacerdotes en equipo dio también frutos abundantes. Todos los trece pueblos de la Cabrera Alta recibieron en 1955 el beneficio inmenso de una Misión General predicada por la Hermandad Misionera de la Diócesis y en todos se administró el sacramento de la Confirmación, aprovechando la estancia de Monseñor Ángel Turrado, Obispo de Machiques.

² *La Gaceta de Madrid*, 6 de febrero de 1934.

Se hicieron obras de reparación en todas las iglesias. Se dio un impulso notable a la enseñanza del catecismo y se celebraron magnas concentraciones infantiles en diversos lugares, a muchas de las cuales asistió el ilustrísimo señor Vicario General, hoy Obispo Auxiliar de Tudela.

Cuando años más tarde el excelentísimo señor don José Castelltort realizó la Visita Pastoral a todos aquellos pueblos derramando en todas partes el bálsamo de su presencia bondadosa y confortadora, pudo comprobar de cerca que la piedad era seria y consciente, no supersticiosa.

Los sacerdotes se sentían felices de vivir con ellos entregados al gozo y a la cruz de su ministerio. En este armónico despertar a una vida de mayor progreso humano y religioso, sonó el acorde del entusiasmo: ¿por qué no coronar el alto del castillo de Cabrera con una imagen del Sagrado Corazón de Jesús? Afloró esta idea exactamente el día 26 de diciembre de 1954, al volver los sacerdotes de celebrar la fiesta de San Esteban en Villar del Monte. Y enseguida empezaron a actuar.

Gestiones que se hicieron

Por todos los pueblos pasaron algunos sacerdotes, a veces acompañados de seglares, para dar a conocer el proyecto y pedir colaboración. No fueron obstáculo las terribles nevadas del invierno. Todos lo recibían con entusiasmo y con amor.

Se constituyeron Juntas Locales, integradas por los sacerdotes y las autoridades más algunos funcionarios, las cuales continuaron durante el año 1955 propagando la idea. Se hicieron colectas en los trece pueblos de la Cabrera Alta y casi todas las familias aportaron sus donativos, desde el que ofrecía 2.000 pesetas hasta la pobre mujer que daba media docena de huevos o una cabra.

Algunos sacerdotes y seglares se trasladaron a Madrid y lograron reunir en la Casa de León a los cabreireses residentes en la capital de España para solicitar su donativo, que entregaron casi todos con ejemplar desprendimiento. También lo enviaron los que residían en Sevilla y otras provincias españolas. Hubo pueblos de la diócesis que, por pura solidaridad de fe y devoción cristianas, se unieron a los de la Cabrera y aportaron su ayuda; tales fueron Castrocontrigo, Torneros de la Valdería, Santiagomillas, Curillas, Castrillo de las Piedras, San Feliz de la Valdería y la parroquia de Nuestra Señora de la Encina, en Ponferrada. El Ayuntamiento de Astorga y la Diputación Provincial, principalmente, hicieron también su aportación amplia y generosa.

Evidentemente, el Sagrado Corazón de Jesús iba bendiciendo todos los pasos que se daban. Lo que al principio parecía un sueño se iba convirtiendo en realidad gozosa. La Junta General pro Monumento, compuesta por las autoridades religiosas y civiles y los funcionarios del distrito, encargó la obra al escultor bilbaíno Larrea, y en 1957 pudieron ser recibidas en Truchas las piezas de una espléndida imagen del Sagrado Corazón de siete metros de altura.

Entonces comenzó una nueva etapa. Realizada la obra artística, quedaban pendientes los trabajos materiales para abrir el camino de acceso a la cumbre y

los no menos costosos de colocación de la imagen. Todo se hace difícil en una región tan pobre, a la que no se podían pedir más sacrificios.

Trasladados, además, a otros puestos algunos de los sacerdotes que más se habían distinguido en promover y realizar la idea, agotados los recursos económicos, vino un largo paréntesis de espera, no de inactividad, durante el cual se siguió trabajando en el silencio de la plegaria y los nobles deseos.

Poco a poco fueron llegando nuevas aportaciones económicas y auxilios técnicos para hacer las obras necesarias, y gracias particularmente al actual párroco de Truchas, noblemente compenetrado con el propósito de sus compañeros anteriores, todos los obstáculos se han ido venciendo hasta el punto de poder dirigiros hoy esta Carta Pastoral que anuncia para fecha próxima la inauguración solemne del monumento.

Queremos vivir el Evangelio

Confiamos en que nuevamente los sacerdotes y autoridades civiles de la comarca, continuando con la misma dignidad que sus predecesores en el camino que ellos emprendieron, formen ahora la Junta general organizadora de los actos que se avecinan y se unan para honrar al Sagrado Corazón de Jesús, que quiere bendecir los pueblos a ellos confiados.

Confiamos, sobre todo, en que los habitantes de los trece pueblos de la Cabrera Alta se dispongan a ofrecer al Señor su mejor homenaje con una preparación espiritual adecuada y una participación masiva en los actos que tendrán lugar el día de la inauguración, conforme al programa que oportunamente se hará público. Los que estuvieron unidos, quizá como nunca lo habían estado, a la hora de la intención y del propósito, deben estarlo ahora también en el momento en que se hacen realidad sus aspiraciones tan hondamente sentidas.

Ha llegado, pues, el esperado día. Como Obispo de la Diócesis tengo sumo gozo, ya que carezca de todo mérito en esta obra, en anunciarlo y en ponerme a disposición de los sacerdotes que *tan sacerdotalmente* han trabajado durante estos años en una obra que la Iglesia desea, quiere y bendice. A ellos rindo también mi homenaje y me considero muy honrado de continuar, no interrumpir el camino que ellos trazaron, pues siempre he pensado que en la acción pastoral, cuando se trata de obras buenas, lo que debemos hacer es unirnos para emprenderlas, seguirnos para continuarlas y ayudarnos para completarlas.

Tengo vivísimos deseos de postrarme ante la adorable imagen del Corazón de Cristo Redentor con los sacerdotes y fieles de la comarca y –¡ojalá fuera posible!– con todos los sacerdotes y fieles de la diócesis, a todos los cuales invito desde ahora a tomar parte en la fiesta que vamos a celebrar. Personalmente, no puedo olvidar que mi vida de sacerdote, hasta que vine a Astorga, ha transcurrido en Valladolid, la ciudad del Santuario Nacional de la Gran Promesa, en que la perla del Corazón de Cristo no cabe allí, con ser tan rica y tan grandiosa la concha que le guarda, y por eso desea que sus fulgores brillen en todas las diócesis de España. ¿Cómo no he de querer, pues, que llegue esa luz hasta estas tierras de mi diócesis de Astorga, en las cuales se ama y se sufre conforme a lo que pide el Corazón de Cristo?

Se inaugura, además, este año el monumento restaurado del Cerro de los Ángeles, en el centro geográfico de España, y pienso que si un día fue destruido porque el odio nos dividía, la solución para evitar futuras destrucciones no está en no volver a poner la imagen sagrada, sino en poner las necesarias en la tierra y en el corazón de los españoles para que nos ayude a amarnos un poco más.

Esto buscamos en la Cabrera. De día y de noche, al ser vista la imagen, nos predicará a todos amor, justicia, paz y verdad. El Corazón de Jesús cumplirá su promesa de bendecir aquella región y ésta ensayará una manera fácil de alabar y bendecir a su Dios. No nos limitaremos a que se levante una estatua en lo alto de una montaña. Nos esforzaremos humildemente por vivir el santo Evangelio de Jesús. La cruz sin Cristo no es nada; pero para comprender y amar a Cristo, las cruces de los caminos nos ayudarán siempre.

2. LA CABRERA BAJA, TODAVÍA EN TINIEBLAS

Cuanto llevo dicho se refiere a una zona parcial y limitada de la comarca. Pero ella no es toda la Cabrera. Detrás del alto de Carbajal se abre el paisaje dolorido de otros varios pueblos situados en la Cabrera Baja. Ellos no podrán ver el monumento que ahora se inaugura. Se lo ocultan las simas y barrancos, en cuyo fondo se asientan. Y, sin embargo, la bendición de Cristo es también para ellos.

Los leoneses saben que estoy hablando de algo que llevamos clavado en la conciencia como una espina lacerante. Mi pluma de Obispo y Pastor de las almas no puede ser movida más que con paz y mansedumbre. Yo no me quejo de nada ni hablo contra nadie. Pero tengo el deber de pronunciar unas palabras graves, más que severas, y lo hago con humildad y con amor. También con esperanza. Porque confío en mi Patria y en los hombres que rigen sus destinos.

Desde que vine a la diócesis, he hecho innumerables gestiones, siempre en silencio y con respeto, unas veces a escala provincial y otras en el plano nacional, pidiendo que se adopten medidas para remediar la pavorosa situación de aquellas buenas gentes. Sé muy bien que al gobernante le es difícil llevar solución a todos los problemas, cuando son tantos y tan grandes los que existen, y estoy persuadido de que también a éste le hubiera llegado el remedio necesario, de no haberlo reclamado con más urgencia otras situaciones a las que había que prestar preferente atención.

Por otra parte, a los súbditos nos es muy fácil ante cualquier hecho necesitado de corrección apelar a la intervención y responsabilidad de los que gobiernan, sin pararnos a pensar en las causas que han dado lugar a tales hechos y en las posibilidades que hay de remediarlos.

Así pues, nadie vea en mis palabras censura ni recriminación alguna. Nadie vea tampoco una intromisión en campo ajeno. Soy el primero en reconocer, y lo proclamo muy gustoso, el inmenso progreso que en todos los campos ha experimentado nuestra Patria en veinticinco años de gobierno. Mas como Obispo de esta diócesis, tengo el deber de preocuparme por la situación espiritual, ante todo, de mis diocesanos. Y aún debo añadir que la caridad y la misericordia me obligaban también a fijarme en su situación humana, cuando ésta es tan grave

que dificulta la vida del espíritu o sencillamente comporta sufrimientos que superan lo normal de la vida, tanto individual como colectivamente considerada.

Y este es el caso de la Cabrera Baja. Sus habitantes son buenos, honrados, trabajadores. Pero no es digno de seres humanos el conjunto de condiciones en que se desenvuelve su vida. No me corresponde a mí describirlas, ni lo juzgo necesario. Los hechos están ahí, y son perfectamente conocidos de todas las personas conscientes de la provincia de León.

Se han hecho estudios y análisis de la zona por parte de la Delegación Provincial de Sindicatos. Se han vuelto a hacer, a requerimiento mío, por parte de equipos técnicos de la Cáritas Nacional y la Diocesana de Astorga. Se han hecho de nuevo, últimamente, de manera más completa y perfecta, por la Excm. Diputación Provincial. Pero hacer estudios no basta. Hasta allí han llegado alguna vez organismos oficiales del Estado o del Movimiento, como la Sección Femenina de Falange, tan digna de elogio en sus actuaciones, a realizar una determinada labor cultural. Pero no basta.

Ni es suficiente tampoco lo que hace la Iglesia, por medio de los sacerdotes que allí trabajan, o a través de la Cáritas Diocesana, o con el envío de instituciones, como la de las Misioneras de las Doctrinas Rurales, que desde hace algunos años pasan allí varios meses del año, incluso en el invierno.

Se necesita algo más. Se necesita la creación de ese Patronato que han anunciado las autoridades provinciales, perfectamente planeado y concebido, dotado de medios económicos, ágil para actuar, asistido de los organismos técnicos que sean necesarios. Y luego se necesita un pequeño grupo de personas, muy pocas, que obren como delegados de la autoridad, llenos de recta intención, de entusiasmo, de amor cristiano y anhelo de justicia, que sepan promover social y culturalmente a aquellas gentes, que les amparen, que les libren de la influencia nefasta de quienes tratan de explotar inicualemente su ignorancia y su pobreza.

Este Patronato que, como he dicho antes, fue creado hace años, pero no tuvo efectividad alguna, debe ser ahora constituido de nuevo para que haga sentir su acción protectora y transformadora en estas tierras con la misma eficacia con que tantas obras buenas se han hecho en España en los últimos tiempos.

Yo no sé qué solución es la más indicada, ni me corresponde a mí dictarla. Los técnicos nos dirán lo que conviene hacer. Quizá convenga abandonar algunos pueblos y concentrar otros, mejorar viviendas, cambiar cultivos, dedicar espacios a la repoblación forestal, hacer caminos, facilitar la salida de un determinado número de familias..., no lo sé.

Lo que sí digo y afirmo es que esta situación pide remedio urgente, más aún, inaplazable. Y la solución no es costosa. Bastará una pequeña cantidad anual puesta a disposición de ese Patronato y bien administrada, para con la prestación personal de los habitantes de la zona, que están muy acostumbrados a ofrecerla con impresionantes sacrificios, cambiar en pocos años la fisonomía exterior e interior de la comarca.

Si se me dice que estos planes parciales, por su pequeñez, estorban las líneas generales de un Plan Nacional, responderé que precisamente por su escaso volumen no producirán ninguna perturbación notable.

Si se me dice que no son rentables económicamente hablando, responderé que puede ser que sea así, pero que humanamente merecen la consideración más viva. Hace dos años, en el invierno de 1963, los vecinos de uno de esos pueblos de la Cabrera acudieron a este obispado para que, por medio de Cáritas Diocesana, se les facilitaran patatas, único alimento que pudieron tomar durante varios días. Cuando se llega a estas situaciones, hay que hacer lo que sea para remediarlas.

Si se me dice que un suelo tan pobre no merece ser cultivado y que es preciso abandonarlo, diré que quizá sea así. Pero que no basta decirlo, sino ver primero lo que se puede lograr, y facilitar los caminos que lleven a sus habitantes a lugares mejores.

Si se me dice que hay también otras zonas semejantes por su pobreza en el territorio nacional, responderé que, sin duda, hay algunas, no más pobres ciertamente que ésta, sí iguales, y por lo mismo en cada provincia donde existan hay que hacer lo posible para que dejen de existir en tan tristes condiciones.

Pido, pues, a todos ayuda, comprensión y decidida voluntad de poner manos a la obra. Se lo pido, en primer lugar, a los habitantes de la zona para que ofrezcan su cooperación cuando llegue el momento, y a las autoridades civiles locales para que busquen el bien auténtico de sus vecinos, y a los sacerdotes, maestros y funcionarios públicos para que, olvidados de sí mismos, sepan aconsejar, ayudar y cooperar.

En segundo lugar, lo pido a las autoridades provinciales, particularmente al Gobierno Civil y a la Diputación Provincial, cuya voluntad y decidido propósito de entregarse a resolver tan acuciante problema me consta de la manera más positiva y fehaciente. Si aquí me dirijo a ellos públicamente, no es porque yo trate de impulsar determinaciones que ellos por sí mismos han tomado y quieren realizar, sino para hacerles saber que con ellos está, en humilde pero eficaz actitud de colaboración, el Obispo y el Clero todo de esta Diócesis de Astorga.

Por último, lo pido a las autoridades nacionales, de cuya última decisión puede depender el que estos planes sean viables y dentro de la urgencia con que deben serlo.

Se lo pido a todos en nombre del dolor y el sufrimiento de los que allí han vivido, en nombre de la ilusión y la esperanza de una vida mejor por parte de los niños que allí viven, en nombre de todas las familias en cuyos hogares se ama a Dios y a la Patria, en nombre también de Jesucristo Redentor, a cuyo Corazón adorable levantamos ahora una estatua en la Cabrera Alta. Si por quedar tan lejos, esta imagen que se levanta ahora aquí no tuviera capacidad para mover el espíritu de aquellos a quienes me dirijo, apelo entonces a otra imagen más alta del mismo Corazón de Jesús que se va a erigir en el centro mismo de España: la del Cerro de los Ángeles. Queríamos y seguimos queriendo que Jesucristo reine en la sociedad española. Para ello es necesario que a cada rincón de cada provincia donde el dolor y la pobreza hacen la vida casi insoportable, llegue un poco más de amor y de justicia.

Entonces los monumentos tienen pleno sentido. Yo así concibo el que ahora vamos a levantar en la Cabrera Alta.

Que sea el comienzo de una etapa nueva en la vida de toda la región de la Cabrera. Que marque con signo cristiano la evolución económica que allí debe producirse.

Pienso que cuando este progreso esté logrado, o ya en vías de conseguirse, en lo más hondo de la Cabrera Baja podríamos erigir otro monumento a María, Madre de la Iglesia, que fuese a la vez capilla, escuela y centro social para toda la comarca. Así aparecería más claro que desde el principio al fin lo único que nos mueve es el amor a los que sufren, de todos los cuales María, la Virgen, es fortaleza y consuelo, y Jesús, su Hijo Divino, fortaleza y redención.

EL SAGRADO CORAZÓN Y EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Exhortación pastoral, de 1 de junio de 1967. Se reproduce el texto publicado por el Secretariado de Propaganda *Cor Jesu*, Madrid 1967.

Las tradicionales prácticas de devoción que, durante el mes de junio, y especialmente en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, tienen lugar en nuestros templos, me ofrecen agradable ocasión para dirigir mi palabra de alabanza y aliento a quienes las promuevan, no sin comentar las desviaciones que se han producido en algunos ambientes, a los cuales ya se refirió el Papa Pío XII (*Haurietis aquas*, 15 de mayo de 1956), y que ha lamentado no hace mucho el actual Pontífice Romano Pablo VI, felizmente reinante (*Investigabiles divitias*, 6 de febrero de 1965; cfr. Alocución a los Padres del Sagrado Corazón, 14 de junio de 1966).

Ciertamente son de evitar, en ésta como en toda devoción, las inoportunas manifestaciones y las expresiones exageradas, sensibleras, realmente anticuadas o inconsistentemente fundadas en la verdad católica. Eliminado, empero, cuanto de eso pudiera haber, no sólo las «devociones» ayudan a la auténtica *devoción*, o espíritu de entrega, la manifiestan y excitan, sino que, sobre todo, es algo esencial al cristianismo el reconocimiento y la correspondencia al amor con que Dios concibió el «designio eterno» (Ef 3, 11) o *Misterio de Cristo*, en orden a la salvación de los hombres; al amor con que ha ido y va realizándolo a lo largo de la *Historia de la salvación*; y al amor divino y humano con que Jesucristo llevó personalmente, y continúa llevando a efecto en su Iglesia la parte fundamental, a la que nos corresponde cooperar, de aquel amoroso designio.

EL AMOR CON QUE DIOS CONCIBIÓ EL «DESIGNIO ETERNO»

Y puesto que la devoción y culto al Sagrado Corazón de Jesús (por más que se dirija de modo inmediato a un órgano corporal –siempre nobilísimo, y más en el caso del Dios-Hombre–) se endereza en último término el *amor de caridad que por el Corazón se simboliza*, no sin razón la calificó León XIII de «preciadísima forma de culto religioso» (cfr. *Haurietis*). Justamente asentó Pío XI que «en esta devoción está encerrada la síntesis de toda la religión» (*Miserentissimus*, 8 de mayo de 1928). Exactamente escribió Pío XII que esta devoción «se puede considerar como la profesión más completa de la religión cristiana», «la escuela más eficaz de la caridad divina» y «la síntesis de todo el misterio de nuestra Redención» (*Haurietis*). Y no menos sabiamente pronunció Juan XXIII que «para iluminar y excitar a la adoración de Jesucristo, nada mejor que meditarlo e invocarlo bajo la triple luz de su Nombre, su Corazón y su Sangre» (discurso de clausura del Sínodo Romano, 31 de enero de 1960).

Siguiendo esas huellas de sus augustos predecesores, Pablo VI ha recordado que, «pues el Concilio Ecuménico (Vaticano II) exhorta en gran manera a los

ejercicios de piedad cristiana, particularmente si son practicados por recomendación de la Sede Apostólica (Const. *Sacrosanctum Concilium*, 13), parece que hay que inculcar éste por encima de cualquier otro, ya que esta devoción se dirige a adorar a Jesucristo y a ofrecerle reparación, y está fundada sobre todo en el augusto misterio de la Eucaristía, de la cual, como de toda acción litúrgica, se sigue la santificación de todos los hombres en Cristo y la glorificación de Dios, a la que tiende como a su fin toda la actividad de la Iglesia» (*Investigadles divitias*, 10).

Más aún: no sólo «en este santísimo Corazón de Jesús se encuentra –según otras palabras de Pablo VI– el origen y manantial de la sagrada liturgia, puesto que es el templo santo de Dios donde se ofrece el sacrificio de propiciación al eterno Padre», sino que «la Iglesia o reino de Cristo, presente ya como misterio, se desarrolla visiblemente en el mundo por la fuerza divina; y este nacimiento y desarrollo se significan por aquella sangre y agua que salieron del costado abierto de Jesús crucificado, porque, en realidad, de aquel Corazón herido nació la Iglesia y de él se alimenta».

ESTA DEVOCIÓN OBRA FUERZA DE NECESIDAD EN EL PERIODO POSCONCILIAR

De aquí que aún en nuestros días la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, lejos de haber perdido su razón de ser o su actualidad, ha venido a cobrar fuerza de necesidad en nuestro período posconciliar «porque, como todos saben –añade el Santo Padre– la meta principal del Concilio es la restauración de la disciplina pública y privada en todos los campos y ámbitos de la vida cristiana, de forma que resplandezca con nueva luz el misterio de la Iglesia. El cual no puede dignamente entenderse sin considerar atentamente el amor eterno del Verbo encarnado, cuyo expresivo símbolo es su mismo Corazón traspasado».

Quitarle al misterio de la Iglesia, o relegar a la penumbra su móvil, que es el amor de Dios, no sólo es despojarle de lo más excelente que en él hay, sino que equivale a dejarlo sin explicación. ¿Cuál puede ser –aparte la gloria de Dios, fin último de todo lo creado– el móvil de tan gran misterio sino el amor de Quien *tanto amó al mundo que le dio a su Hijo unigénito* (Jn 3, 16), de Quien «nos amó» a nosotros y envió al Hijo suyo, propiciación por nuestros pecados (Jn 4, 10), de Quien *me amó y se entregó por mí* (Gal 2, 20)?

En cambio, si reconocemos y agradecemos (como es de justicia) ese móvil amoroso y correspondemos a él cuanto nos es dable, estamos ya en *la esencia de la devoción al Corazón de Jesús*: ya no nos falta, para entrar de lleno en ella, sino –de acuerdo con el ejemplo de la Iglesia misma y de su liturgia– expresar mediante un *símbolo* material la realidad espiritual o invisible de ese amor. Este signo es el Corazón, símbolo y centro de la vida afectiva del amor. Por eso Pío XII, después de demostrar con abundantes argumentos que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús no se funda en revelaciones privadas (por más que éstas hayan sido la ocasión providencial para difundirla), sino en la palabra de Dios escrita y en la Sagrada Tradición, no vaciló en afirmar que «no se trata de una forma cualquiera de piedad que se pueda lícitamente posponer a las otras,

o estimar en menos, sino de un tributo de religión sumamente apto para conseguir la perfección cristiana» (*Haurietis*).

SOLUCIÓN Y REMEDIO A LOS MALES QUE NOS AFLIGEN

Paralelamente a la importancia para la propia perfección y a la poderosa ayuda para la comprensión del Misterio de la Iglesia, la devoción rectamente entendida y practicada al Sagrado Corazón de Jesús, aporta también resolución y remedio (no menos hoy que en tiempos de León XIII y Pío XII) a los males que nos afligen.

En nuestro anhelo de justicia, no hemos de olvidar nunca el Corazón manso, humilde, injuriado y traspasado del Redentor, que, *siendo ultrajado, no respondía con otros ultrajes; siendo maltratado no prorrumplía en amenazas* (1P 2, 23); y *siendo rico, se empobreció* (1Cor 8, 9) para que otros –nosotros– se enriqueciesen. En la defensa de la verdad y de la justicia y en la lucha contra la avara retención de lo poseído, o la codicia de lo que no se posee, ha de actuar siempre el amor de caridad de unos para con otros, porque *este mandamiento tenemos de él: que quien ame a Dios, ame también a su hermano* (1Jn 4, 21). Obrar así no quita fuerza al necesario empeño por un mundo mejor: lo sostiene y lo fecunda.

DIÁLOGO Y AUTORIDAD

Si hoy un deseo, y hasta derecho legítimo –aunque no raras veces desbordado– de expresar la propia opinión y de ser oídos, nos impele a proclamar la necesidad y el derecho al diálogo, y si las tensiones (sin duda mayores que en tiempos pasados) entre libertad y autoridad, ponen tropiezos a la equilibrada armonización entre derechos individuales y bien general, también el Corazón de Quien decía a sus discípulos *no os llamo siervos, sino amigos* (Jn 15, 15), y al que el Padre no libró, a pesar de la oración del huerto, de sorber el cáliz de la Pasión, nos enseñará que ni el diálogo es necesariamente satisfacción de nuestro propio criterio, ni la autoridad un usufructo personal, sino un servicio al bien general, dentro del cual todos hemos de oírnos, respetarnos y aceptar, llegado el caso, incluso lo que pueda desagradar, si ello constituye un mayor servicio al bien de todos.

Si hoy nos acongojan y apenan algunos peligros en materia de *unidad interna* de la Iglesia (por la que el Sumo Pontífice ha querido recientemente rogar en el mismo lugar geográfico donde la Madre de Dios recomendó la devoción y la consagración a su Corazón), aquel Corazón que, a pesar de tanto haber amado a los hombres, no recibe de ellos sino ingratitudes y menosprecios, alentará nuestra esperanza de conseguir lo que tan ardientemente deseó para sus discípulos (sean éstos los de dentro, sean los «separados»): *que todos sean uno* (Jn 17, 21).

EL CAMINO DE LA ORACIÓN Y EL SACRIFICIO

Si hoy la materialización de la vida, la amplitud de la descristianización, del indiferentismo y del ateísmo incluso (cfr. *Lumen gentium* 19, 21) dificultan y esterilizan nuestros esfuerzos apostólicos, también este Corazón, que nunca perdió su íntima unión con el Padre y que se entregó en sacrificio por los mismos que le perseguían, nos señalará el único camino para su apostolado eficaz y el único refugio de consuelo ante el aparente fracaso: la oración y el sacrificio.

Si hoy, finalmente, tantos corazones de cristianos que quieren permanecer fieles a su fe, se ven asaltados por los atractivos de la riqueza y del medro personal, y de la comodidad y el placer, incluso ilícitos e inmorales, este Corazón pobre y desnudo de todo interés de provecho propio, hasta darse enteramente, nos enseñará a poner nuestro ideal en la gloria y el servicio del Padre, «aunque sea para ello necesario sacrificar nuestros intereses y ventajas materiales», y a expresar con nuestra vida el *Misterio Pascual*, de suerte que *no vivamos ya para nosotros mismos, sino para Quien por nosotros murió y resucitó* (2Cor 5, 15).

DEL CORAZÓN DEL HOMBRE AL CORAZÓN DE CRISTO

Carta pastoral, del 22 de octubre de 1969, con motivo de la festividad de Cristo Rey, publicada en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona*, octubre 1969. Texto tomado del volumen *Creo en la Iglesia*, Madrid 1974, BAC 341, 127-144.

La proximidad de la fiesta litúrgica de Cristo Rey me ha movido a escribir esta carta pastoral, que os dirijo con honda fe en el Señor y con el deseo de que pueda servir para su gloria y para la paz de nuestras almas.

Cuando tantas cuestiones y problemas se agitan hoy en la vida de la Iglesia – también en nuestra Iglesia diocesana –, estimo que es necesario levantar nuestra mirada hacia horizontes más altos y señalar, por elevación, el lugar de encuentro y el punto de partida indispensable para nuestro trabajo apostólico.

Como los apóstoles en la noche de la última cena, hemos de volver a sentarnos en torno al Señor, dispuestos a reclinar nuestra cabeza junto a su Corazón, que sigue latiendo en la Iglesia. Obrando así, no tenemos nada que perder y sí mucho que ganar con respecto a las demás actividades, preocupaciones y tensiones de esta hora.

Mi reflexión se va a centrar exclusivamente en una idea: la de que el homenaje mejor que hoy podemos ofrecer a Jesucristo Rey es examinarnos todos sobre cómo vivimos el culto y la devoción al Corazón de Cristo. ¿Por qué no hablar de estos temas tan importantes para nuestra fe y nuestra piedad cristiana? ¿Por qué tantos y tan pesados silencios, que parecen fruto de una cobardía colectiva?

Deseoso, por mi parte, de no incurrir en ella, os ofrezco, queridos diocesanos, esta carta pastoral y os pido que la meditéis y la difundáis cuanto sea posible. *Del corazón del hombre al Corazón de Cristo*: así la he titulado, queriendo significar con ello que **el reinado de Jesucristo en el mundo y en la sociedad humana pasa por el corazón de cada uno de nosotros**. Hace años éramos más ampulosos al hablar de estas cuestiones. Se hablaba del reinado de Cristo en la sociedad, en el arte, en la ciencia y la cultura, en el progreso social, en la vida política de los pueblos... Y no es que faltasen argumentos serios, tomados de la revelación y del magisterio de los papas, para poder hablar así. Pero, sin querer, los mejores acentos se nos iban en proclamaciones innegables de los derechos de Cristo y en actos públicos exteriores y ruidosos, con los cuales nos contentábamos y a veces nos engañábamos.

Hoy, con lenguaje conciliar y más modesto, preferimos hablar de animación cristiana del orden temporal. En el fondo es lo mismo, porque no hay animación cristiana del mundo si Cristo no reina en él con su verdad y justicia, con su gracia, con su amor y su paz. No es que hayan de excluirse las proclamaciones públicas, que tienen su valor propio y su justificación merecida, sino que ellas solas, sin la íntima adhesión de cada uno, favorecerían un exteriorismo vacío y formulista. Cada cristiano debe entrar en el interior de su propio corazón, y ahí levantar al Señor un trono humilde y personal consistente en su propia conversión.

Entonces se facilitará el reinado de Cristo en la sociedad en la medida en que es posible lograrlo según el plan de Dios.

Se da también la circunstancia de que en este año que corre se ha conmemorado el cincuentenario de la consagración de España al Corazón de Jesús. Al discurrir sobre este hecho, descubriremos fácilmente las razones en que descansan las afirmaciones anteriores. Intentémoslo.

1. CONSAGRACIÓN DE ESPAÑA AL CORAZÓN DE CRISTO EN 1919 Y SU RENOVACIÓN ACTUAL

En mayo de este año, los obispos españoles hicimos pública una *Exhortación* colectiva en que, después de recordar la consagración de España al Corazón de Jesús en 1919, invitábamos a renovarla ahora, en la fecha en que se cumplía el cincuentenario de la misma. El documento del episcopado era un modelo de sobriedad y exactitud en la exposición de motivos doctrinales, en la referencia al pasado y en la declaración de propósitos respecto al presente.

Reflexionando sobre ese doble hecho, el de la consagración conmemorada y el de la renovación de la misma, brotan espontáneamente consideraciones muy aleccionadoras.

¿Qué ocurrió entonces en el Cerro de los Ángeles?

En 1919, la mayor parte de los españoles de hoy no habían nacido. El rey, jefe entonces del Estado, recitó la fórmula de la consagración. Allí estaban presentes los ministros de su Gobierno y muchos españoles que, físicamente asociados al acto o intencionalmente adheridos, confesaban su fe con gozo y esperanza. Pero ¿estaba España entera? No.

Faltaba una inmensa porción de la vida española, la que no quería ni podía consagrarse, o porque rechazaba expresa o tácitamente la significación del acto, o porque, aunque lo admitiera, vivía demasiado lejos de lo que significan el Corazón y el amor de Cristo para consagrarse a Él sinceramente. Muchos no querían consagrar su pensamiento, su voluntad, su esfuerzo, en el campo de las actividades políticas, sociales, profesionales, familiares o meramente personales, que preferían desarrollar al margen o en contra de lo que el acto significaba. Otros, aunque consintieran en la consagración, real y válidamente podían consagrar poco, porque no era «consagrable» un sentido cristiano de la vida polémico, excluyente, superficial, falto de justicia y de amor, incapaz de admitir lealmente las obligaciones de hermandad que habían de surgir entre los habitantes de un país que se consagra al Corazón de Cristo. Faltó, pues, aquel día una inmensa porción del pueblo español.

Pero estuvo presente otra, por lo menos tan grande como la anterior, que sí quería y podía consagrarse. Estaba compuesta por tantas y tantas personas humildes y honradas que, desde todos los rincones de la Península, sin necesidad de presencia física muchos de ellos, volvieron los ojos al Corazón de Jesús y quisieron consagrarle muchos amores y muchos sufrimientos, lo que más vale en la vida.

También estuvo presente la Iglesia de España. El cardenal primado, arzobispos y obispos, el nuncio apostólico de Su Santidad, sacerdotes, religiosos, religiosas y todos los españoles a cuya presencia de signo positivo me he referido antes, que eran miembros del Pueblo de Dios, aunque no se usaba entonces esta terminología. Pero ¿era la Iglesia entera de España? No. Faltaron también muchos católicos que no querían consagrarse porque, aunque habían recibido el bautismo y no habían renegado de la fe, vivían muy alejados o eran hostiles a aquel catolicismo, del que no acertaban a comprender lo que, según ellos, era una contradicción entre las hermosas fórmulas del amor proclamado y la triste realidad de las carencias y privaciones que ellos padecían. Esa parte de Iglesia estaba ausente aquel día.

Como también faltó la real y válida consagración de quienes, aun presentes físicamente o emocionalmente adheridos, consagraban sentimientos en lugar de decisiones, pasajeras vibraciones del espíritu en lugar de propósitos recios de vida cristiana más auténtica y profunda.

Aun así, al igual que he dicho al hablar de España como nación, también se consagró de verdad, en aquella fecha y en los años siguientes, una porción inmensa de la Iglesia española, compuesta por obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, familias católicas, jóvenes innumerables de colegios, escuelas y asociaciones, que, obedientes a lo que se les decía desde el púlpito o en el confesonario, consagraban su anhelo de vivir sin pecado, su esperanza en los misterios de la fe, sus costumbres, su lucha y su ejemplo bueno. Y entre ellos también los humildes y los pobres. ¡Cuántos miles de familias cristianas pobres y desvalidas, hijos de la Iglesia de España, han ido consagrando al Corazón de Jesús lo mejor que tenían, su fe, y lo único que les quedaba, su paciencia cristiana!

Apenas hubo un templo de ciudad o de aldea en que no apareciese un predicador de novenas o triduos en honor del Sagrado Corazón de Jesús, predicaciones que no se reducían en su eficacia a repartir detentes o a imponer escapularios de cinta roja.

Hubo muchísimos hogares consagrados al Corazón de Jesús en que no sólo había una estampa a la puerta o una imagen en la mejor habitación, sino madres de familia espléndidas, y padres y hermanos, que vivieron la devoción al Corazón de Jesús con una piedad conmovedora. Y hubo millares de sacerdotes beneméritos en todas las diócesis y en todos los seminarios y noviciados que, a pesar de las oraciones y plegarias llenas de dulcísimos superlativos, alimentaron la piedad y la fe de sus fieles orientándola hacia el Corazón de Cristo por los caminos de una ascética recia y exigente que florecía en espiritualidad muy viva.

Al recordar ese pasado, no es lícito despreciar nada ni a nadie. Merecen el mayor respeto los que nos precedieron en ese trabajo apostólico, que dio como frutos evidentes: amor a la vida de la gracia, práctica de las virtudes y esperanza de la vida eterna. Si no se prestó la debida atención a otros aspectos, lo vemos más claro ahora, no entonces. La culpa no fue de esas mujeres devotas o de esas familias cristianas, y ni siquiera de aquellos sacerdotes. Fue de todos a la vez; de toda la Iglesia, de toda la nación y de todo el ambiente de la época. De quien desde luego no fue, es del Corazón de Jesús.

Han pasado cincuenta años desde entonces. Mucha agua bajo los puentes, muchas lágrimas en los ojos, mucha sangre en las manos. Llegó un día en que la imagen del Corazón de Jesús del Cerro de los Ángeles fue fusilada y el monumento destrozado. Pienso que aquellas balas sacrílegas, disparadas por un odio inconsciente, intentaban fusilar, tanto o más que a una imagen y a lo que para ellos significaba, un modo de vivir y pensar en la Iglesia y la nación española que se había revelado incapaz de solucionar a tiempo el gravísimo problema que todos padecíamos. Fue, sin duda, horrible profanación y sacrilegio. Pero fue también triste reflejo de muchas otras profanaciones anteriores cometidas día tras día por quienes, como españoles o como católicos, pospusieron la ley del amor a la de sus egoísmos.

La consagración, renovada ahora

Cuando en mayo de este año, en un acto público de parecida solemnidad, aunque más discreto que el de entonces, se renovó la consagración de España al Corazón de Jesús, surgió inevitablemente la pregunta: ¿Por qué? ¿Qué valor puede tener esto? La respuesta es fácil.

Es cierto que ni España es hoy lo que era entonces, ni la Iglesia española es la misma de antaño. Podemos decir, en términos generales, que han cambiado muchas cosas en una evolución más favorable y positiva. No obstante, sigue pesando sobre nuestra conciencia el deber de procurar una mayor armonía entre la vida práctica de cada uno y la pública profesión de nuestra fe, entre el orden social existente y el sentido católico en que quiere inspirarse, entre el deseo de justicia y de paz y el aborrecimiento del pecado, que destruye toda paz y toda justicia auténticas.

La consagración ahora renovada no era un acto superfluo. Estaba justificada, porque quería ser, como escribíamos los obispos españoles en nuestra *Exhortación* colectiva, una pública profesión de fe, hoy más necesaria que nunca; un acto de adoración a Cristo Rey, triunfador de la muerte y del pecado; un testimonio visible de unidad fraternal; un anhelo de fidelidad al Señor, que busca el perfeccionamiento de nuestras vidas y nuestras costumbres; una reparación de nuestros pecados contra Dios y contra los hombres; una manifestación de gratitud a Dios, por parte de la comunidad española, por los beneficios que nos ha otorgado, tanto en las horas de prosperidad como en los tiempos de prueba.

No otra cosa se pretendía. Que ello se consiga o no, o que se logre en mayor o menor proporción, dependerá de la buena voluntad de todos, de la sinceridad en el deseo y el propósito de la voluntad seria de cooperar a las llamadas de la gracia de Dios. Las apelaciones a Dios y a Jesucristo, su enviado; los ofrecimientos y consagraciones, tanto en el ámbito privado de cada uno como en la vida pública de los pueblos, se quedan, por lo general, muy lejos de lo que el deseo proclama. Pero no por eso dejan de hacerse. También cuando rezamos el padrenuestro damos expresión a actitudes religiosas fundamentales con las que nuestra vida dista mucho de estar conforme; pero seguimos diciendo humildemente que sea santificado su nombre y que se haga su voluntad así en la tierra como en el cielo. Los pueblos, como tales, también deben rezar, manifestar su confianza en Dios, pedir perdón por sus pecados.

Y no es lícito despreciar tales manifestaciones por el hecho de que no se logren tan rápida e intensamente como quisiéramos las transformaciones colectivas deseadas. No exigimos tanto en ningún orden de cosas de la vida. Si el Señor fuera tan riguroso con cada uno de nosotros, difícilmente le quedaría a nadie el recurso de acudir a su bondad.

2. NUESTRA RESPUESTA EN BARCELONA

En nuestra diócesis hemos procurado responder a esta llamada del episcopado, que lógicamente había de encontrar eco en la ciudad del Tibidabo. Mi conciencia pastoral me hace pensar que, en esta hora de la Iglesia, necesitamos imperiosamente reavivar el culto al Sagrado Corazón de Jesús y no incurrir en cobardes silencios ni en abandonos nocivos al Pueblo de Dios que nos está encomendado. La Junta diocesana que se constituyó para promover en la diócesis las celebraciones del cincuentenario ha trabajado diligentemente. Recordamos los actos habidos en Santa María del Mar, en la santa iglesia catedral y en el mismo templo del Tibidabo como particularmente expresivos de una actitud religiosa que merece alabanza. ¿Podemos decir que con ellos hemos cumplido ya lo que se nos pedía? Ciertamente, no. Si a ello nos limitáramos, daríamos la impresión de que buscábamos más el acto público que la meditación provechosa, la solemnidad exterior más que la renovación interna, la actualización forzada por encima de la permanencia de lo profundo y lo sencillo.

Es muy de desear que, a partir de ahora hasta el próximo mes de junio de 1970, desarrollemos todos un programa ordenado de enseñanza doctrinal y de culto fervoroso al Sagrado Corazón de Jesús con la oportuna proclamación externa, para mejor estímulo de todos, y con el discreto silencio de la piedad sencilla, para que cale hondo en las almas el valor religioso de este culto, y el de la meditación sobre sus insondables riquezas para la vida cristiana.

La Junta promotora, constituida hace unos meses, debe reanudar sus trabajos y facilitar con sus orientaciones todo cuanto pueda contribuir al logro de los fines señalados. Debería dirigirse a los señores párrocos y rectores de iglesias, a los directores de escuelas y colegios, a las diversas asociaciones religiosas existentes, y de modo particular a los hospitales, clínicas y demás casas de sufrimiento y de dolor, ofreciéndoles iniciativas, ideas y ayudas para que puedan organizarse actos de culto, consagraciones personales y colectivas, triduos y semanas de oración y predicación que permitan recordar y exponer la doctrina de la Iglesia sobre el culto al Sagrado Corazón, su actualidad perenne, su fecundidad singularísima y su concreta oportunidad hoy para fortalecer los cimientos hondos de la paz y la convivencia religiosa de todos los que formamos parte de la familia cristiana.

Pido a dicha Junta que se esfuerce por realizar dicho trabajo de manera sencilla y realista, pero sólidamente doctrinal, poniendo a disposición de aquellas personas e instituciones a quienes haya de dirigirse, libros, folletos, hojas y guiones escritos que permitan comprender fácilmente las razones invariables que apoyan la necesidad de este trabajo apostólico. Nunca como ahora hemos hablado tanto de comunidad cristiana, y nunca han existido tantos gérmenes de división, tantas contradicciones y divergencias, tantos afanes personalistas de

marcar los rumbos de la piedad cristiana, olvidándonos de los demás y atentos únicamente al propio criterio. Algo está fallando en la Iglesia de hoy, y es la humilde conciencia de nuestros pecados de toda clase y la fe en el amor de Dios y de Cristo, «horno ardiente de caridad» en el que pueden y deben quemarse nuestras diferencias.

De manera sencilla y realista

¿Qué queremos decir al hacer esta precisión? Al menos, lo siguiente:

1º. Que, reconociendo que ha habido expresiones externas defectuosas en el culto y en las maneras de hablar sobre el Corazón de Jesús, se corrijan esos defectos, pero no se destruya el contenido sustancial que el culto y la doctrina encierran.

2º. Que se responda con aclaraciones serias, sin polémicas ni asperezas, a las dificultades que suelen oponerse, para lo cual tanto puede ayudar, aparte de otros documentos pontificios, la encíclica *Haurietis aquas*, de Pío XII, con los comentarios que a la misma han hecho diversos autores.

3º. Que se haga ver la relación estrechísima que tiene el culto al Corazón de Jesús con la sagrada Eucaristía, centro y quicio fundamental de la vida cristiana.

4º. Que se insista sin cesar en que el culto sincero al Sagrado Corazón de Jesús y nuestra consagración a Él exigen de nosotros un compromiso constante de velar por el cumplimiento de toda justicia en la vida personal, familiar y social.

5º. Que, no obstante esto, no se reduzca el horizonte del culto exclusivamente al afán de transformar las condiciones sociales de la vida de los hombres aquí abajo, porque atender solamente a esto sería desnaturalizar la doctrina de la Iglesia y caer en el extremo contrario.

6º. Que, por lo mismo, se haga ver qué es lo más característico de la devoción al Corazón de Jesús teológicamente hablando, y por ello lo que va a la raíz de la transformación de la persona, sin la cual no hay renovación de la sociedad. Precizando más, diremos que es esencial en el culto al Sagrado Corazón de Jesús:

- a) Reflexionar sobre el amor que Dios nos tiene.
- b) Corresponder con el nuestro al suyo, amándole a Él y a los hombres, incluso a nuestros enemigos, para cumplir cada vez mejor el mandato nuevo, y llegando hasta la consagración de nosotros mismos, en una entrega y donación total que nos haga vivir, a imitación de Cristo, el deseo de cumplir en todo momento la voluntad de Dios.
- c) Reparar por los pecados nuestros y de los demás, humildemente atentos a un deber de expiación que incumbe de manera particular a los cristianos, solidarios de Cristo, nuestro Pontífice santo, en sus dolores y en su sacrificio.
- d) No perderse en consideraciones poco indicadas cuando se habla al pueblo sencillo. Los fieles entienden de sobra que el que ama a Cristo amará a su Corazón, «símbolo de su inmensa caridad hacia los hombres», y no disocian ni separan el corazón de la persona de Cristo,

sino que comprenden que todo lo que se ofrece al Corazón divino se ofrece propia y verdaderamente al mismo Cristo, como afirma León XIII en la encíclica *Annum sacrum*.

7°. Que, con el fin de que el ideal de consagración y reparación no se reduzca a la mera recitación de fórmulas hechas, insistan los sacerdotes y los educadores de la fe en la necesidad de la oración, la caridad y la penitencia, actitudes que deben acompañar y brillar siempre con luz intensa en todo aquel que de verdad desee unirse con Cristo y vivir prendido de Él en la intimidad sagrada de su Corazón.

8°. Por último, que con humilde decisión y valentía, esto es, sin miedo alguno, hablemos todos, y prediquemos a los fieles, y les exhortemos a practicar la devoción y el culto al Sagrado Corazón de Jesús, tal como la Iglesia lo desea. Que sepamos seguir hablando, con justeza y exactitud, de los primeros viernes, de la comunión frecuente, de las vidas consagradas a Dios, del aborrecimiento del pecado, de la devoción al Corazón Inmaculado de María, del rezo del rosario, de las visitas a Jesús sacramentado; es decir, de todo aquello que hoy se está dejando en el olvido; en unos, por equivocación trágica; en otros, por miedo a parecer anticuados y no conciliares, como quieren decir algunos con expresión injusta y desdichada. La devoción profunda a la Eucaristía y a la Santísima Virgen María nos ayudará eficazísimamente a penetrar en el conocimiento y la estima del culto al Sagrado Corazón de Jesús, y a la vez se verá perfeccionada y fortalecida en nuestras almas por este mismo culto al Corazón de Cristo, porque cuanto más nos acerquemos a Él, mejor comprenderemos que son dones de su Corazón a los hombres la Eucaristía, la Virgen y la misma Iglesia, como afirmaba Pío XII en la encíclica *Haurietis aquas*.

3. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

No es ocioso, a los fines que me propongo en esta instrucción, añadir ahora una palabra sobre lo que la Iglesia, por boca de los papas, nos ha dicho y nos sigue diciendo sobre el culto al Corazón de Cristo. Es tan repetida la doctrina, tan insistente la exhortación, tan clara y vehemente la súplica, tan normal y continua la llamada de los romanos pontífices a practicar y vivir la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que ningún hijo de la Iglesia en cuya alma no haya desaparecido el respeto a lo que significan la voz y la guía espiritual del papa, podrá permanecer indiferente.

Prescindiendo de los papas anteriores, cuyos documentos sobre el tema son más conocidos de todos, fijémonos únicamente en Juan XXIII y en Pablo VI, los papas del concilio.

Juan XXIII habló de esta devoción, encareciéndola siempre, por lo menos en estas ocasiones:

- a) En la clausura del sínodo romano en 1960.
- b) En su carta apostólica *Inde a primis*, sobre el culto a la Preciosísima Sangre, junio de 1960.
- c) En su mensaje al Congreso Internacional del Sagrado Corazón, en Barcelona, en octubre de 1961.

- d) En su primera audiencia general, una vez comenzado el Concilio, octubre de 1962.

Y, aparte de estos documentos públicos, nos confió en el *Diario del alma* lo que él personalmente sentía, con estas palabras conmovedoras: «Para preservarme del pecado y no dejarme huir lejos de Él, Dios se sirvió de la devoción a la Eucaristía y a su Sagrado Corazón. Esta devoción deberá ser siempre el elemento más eficaz de mi progreso espiritual... Debo considerar que vivo tan sólo para el Sagrado Corazón». «La misma experiencia me ha confirmado la gran eficacia de este método (de apostolado), que asegura los verdaderos triunfos».

Y recién comenzado el Concilio, públicamente proclamaba en su alocución del 17 de octubre de 1962: «El culto del Sagrado Corazón es una luz nueva, una llama viva suscitada providencialmente para disipar la tibieza y demostrar el infinito amor de Cristo, como una nueva época de gozo. Esta devoción ha aportado incalculables beneficios a la Iglesia y a toda la humanidad».

De **Pablo VI** tenemos los siguientes documentos:

a) Su carta apostólica *Investigabiles divitias*, de febrero de 1965, en la cual escribe: «Las insondables riquezas de Cristo, que brotaron del costado abierto del divino Redentor en el momento en que, muriendo en la cruz, reconcilió al género humano con el Padre celestial, han brillado con luz tan clarísima en estos últimos tiempos gracias a los progresos del culto al Sagrado Corazón, que de ello se han seguido gozosos frutos para la Iglesia».

«Puesto que el Sagrado Corazón es horno de caridad ardiente, símbolo e imagen acabada de aquel eterno amor con el que tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único, estamos seguros que esta piadosa conmemoración (centenario de la fiesta del Corazón de Jesús) ha de ayudar a investigar y entender las riquezas de este divino amor; y confiamos también que de ahí han de sacar todos los fieles mayores fuerzas para conformar su vida a las enseñanzas del Evangelio, corregir sus costumbres y cumplir perfectamente toda la ley divina».

«Ante todo, deseamos que se rinda este culto al Sagrado Corazón por medio de una participación más intensa en el culto al Santísimo Sacramento, ya que el principal don de su amor fue la Eucaristía... Es preciso, pues, que nos lleguemos a este Corazón con deseo ardiente, para que su fuego queme nuestros pecados, ilumine nuestros corazones y de tal manera nos haga arder, que nos transformemos en Dios».

«Esta piedad (la devoción y culto al Corazón eucarístico de Jesús) la exige nuestro tiempo, conforme a las normas insistentes del Concilio Vaticano II, para con Cristo Jesús, Rey y centro de todos los corazones, que es cabeza del Cuerpo místico que es la Iglesia, el Principio, el Primogénito de todos; así Él tendrá siempre la primacía en todo».

«Puesto que el Concilio universal recomienda en gran manera los ejercicios de piedad cristiana, especialmente cuando son realizados por voluntad de la Sede Apostólica, parece que, ante todo, hay que inculcar éstos, puesto que todo este culto se dedica a adorar y a reparar a Jesucristo, y está fundado, sobre todo, en

el augusto misterio de la Eucaristía, de la cual, como de todas las acciones litúrgicas, se sigue la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios, a la que tiende toda la actividad de la Iglesia, como a su fin».

«Con esta mira de que los fieles todos, renovando el espíritu de esta devoción, procuren el debido honor al Sagrado Corazón, reparen con fervorosos obsequios todos los pecados y acomoden su vida a las normas de una genuina caridad, que es la plenitud de la ley».

b) En mayo del mismo año hizo pública otra carta, la *Diserti interpretes*, dirigida a los institutos religiosos especialmente vinculados al Sagrado Corazón de Jesús. A ella pertenecen los siguientes párrafos: «Deseando en gran manera que este culto al Sagrado Corazón florezca cada día con más vigor y sea estimado por todos como una insigne y segura forma de piedad, nos sirve de extraordinario gozo contemplar los grupos generosos y humildes de vuestros hijos que, fieles a su instituto, dan preclaro testimonio con su vida a los hombres de nuestro tiempo de cómo deben también ellos practicar esta excelente devoción, de la que saquen, como de su fuente, el esfuerzo necesario para conformar sus vidas al Evangelio, reformar valientemente sus costumbres y ajustarlas cada vez mejor a las normas de la ley divina».

«Este creemos que es vuestro deber y vuestro trabajo peculiar que difundáis cada vez con más ardor este amor al santísimo Corazón de Jesús y mostréis a todos que aquí es donde han de recibir la inspiración y la mayor eficacia, tanto para la deseada renovación interior y moral como para una mayor virtualidad de las instituciones de la Iglesia, como reclama el Concilio Vaticano II».

«Por esta razón es absolutamente necesario que los fieles rindan culto y veneración, ya con actos de íntima piedad, ya con públicos obsequios, a aquel Corazón *de cuya plenitud todos hemos recibido*, y aprendan de Él a ordenar su vida, de modo que responda exactamente a las exigencias de nuestro tiempo. En este santísimo Corazón de Jesús se encuentra el origen y manantial de la misma sagrada liturgia, puesto que *es el templo santo de Dios*, donde se ofrece el sacrificio de propiciación al Eterno Padre, *de modo que puede salvar perfectamente a cuantos por él se acercan a Dios*».

«De aquí (del santísimo Corazón de Jesús) recibe también la Iglesia el impulso para buscar y emplear todos los medios que sirvan para la unión plena con la sede de Pedro de todos aquellos hermanos que están separados de nosotros; más aún, para que también aquellos que todavía están al margen del nombre cristiano *conozcan con nosotros al único Dios y al que Él envió, Jesucristo*. Porque, en efecto, el ardor pastoral y misionero se inflama principalmente en los sacerdotes y en los fieles para trabajar por la gloria divina cuando, mirando el ejemplo de aquella divina caridad que nos mostró Cristo, consagran todos sus esfuerzos a comunicar a todos los inagotables tesoros de Cristo».

«A nadie se le oculta que tales son los principales objetivos que, por divina inspiración, recomienda y alienta en los fieles el sagrado Concilio; y, mientras nos esforzamos para traducir en realidad lo que la esperanza nos propone, hemos de pedir una y otra vez la luz y fuerza necesarias a aquel Salvador divino cuyo Corazón traspasado nos inspira tan ardientes deseos de lograrlo».

c) En junio de 1966, en la audiencia concedida a los Padres del Sagrado Corazón, dijo: «El amor y la reparación son dos características de todos los tiempos, y hoy, no dudamos en decirlo, son más actuales que nunca». «Hemos creído nuestro deber recordar (en varias ocasiones) la actualidad y urgencia de esta devoción en la Iglesia y la necesidad de no dejarla debilitar en el alma de los fieles».

d) En 17 de noviembre del mismo año, dirigiéndose a los PP. Jesuitas, les dijo: «El culto que promovéis del Sagrado Corazón, ¿no ha de ser todavía para vosotros el instrumento más eficaz para contribuir a la renovación de las almas y de las costumbres del mundo entero que el Concilio Vaticano II exige y para cumplir provechosamente la misión que os encargamos de contrarrestar el ateísmo actual?».

Ante estos testimonios tan reveladores, se comprenden las palabras del hoy cardenal Garrone cuando, todavía en su diócesis de Toulouse, en su carta pastoral de 1965, escribía: «El Papa nos exhorta en términos enérgicos a no resignarnos». «¿Por qué decae esta devoción? Porque, ante el desagrado de los que nos rodean, preferimos seguir la corriente a ir contra ella».

«La Iglesia no ha abandonado nunca esta devoción que muchos hoy desprecian». «Cuando se trata de una devoción que la Iglesia hace suya, el que la pone en litigio resulta sospechoso; y, si no la utiliza, se priva voluntariamente de un bien».

«Con razón, el Sumo Pontífice nos pide con empeño, a todos, una reacción eficaz».

Una reacción eficaz, sí. Esto es lo que hace falta hoy en la vida de la Iglesia. Pero entendámoslo bien. La reacción no ha de consistir en que unas voces se levanten contra otras, con el consiguiente endurecimiento de la polémica y la agravación de la discordia. No se trata de que los unos griten más porque los otros callan demasiado. O de que éstos prorrumpen en quejas y exaltaciones porque aquéllos han incurrido en el desprecio. Se trata de que unos y otros meditemos más en la doctrina perenne de la Iglesia, de que recemos y hagamos oración personal y silenciosa, nosotros los sacerdotes más que nadie, para pedir al Señor que vuelva a nuestras almas la serenidad que se ha perdido. Recobrada ésta, comprenderemos mejor que no hay razón ninguna para abandonar el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Cristo ni en nombre de la Sagrada Escritura y la teología católica, ni en nombre del Concilio Vaticano II y la piedad litúrgica, ni en nombre de un cristianismo de testimonio y preocupación social por los hombres, nuestros hermanos. Si en determinados aspectos de la expresión externa de este culto se han introducido, a lo largo del tiempo, formas menos adecuadas, corrijanse con celo y con prudencia, pero sálvese a la vez lo sustantivo y permanente del mismo con respeto y delicadeza.

No debemos dejar de predicar y ofrecer al mundo el amor de Cristo al mismo. Ahora bien, hablar y fomentar el culto al Sagrado Corazón de Jesús es traducir en una forma más concreta y muy querida por la Iglesia ese misterio del amor de Cristo. Si ha habido y hay sectores de cristianos a cuya mentalidad, psicología o talante religioso el culto al Corazón de Jesús les resulta menos atrayente, porque piensan más espontáneamente en otras formas y modos de vida

cristiana, nuestro deber es hacerles ver que no hay oposición alguna entre este culto rectamente entendido y su mayor preferencia por otras expresiones. Pero a la vez tenemos otro deber: el de ser conscientes de que hay también un sector inmenso de hombres y mujeres, que también son del mundo actual, que se esfuerzan y trabajan por el perfeccionamiento de la vida moderna en todos los campos –político, cultural, económico, social–, que tienen tantas preocupaciones como el que más por la necesaria reforma de las estructuras, y a la vez quieren y desean vivamente que se les hable y se les ayude a vivir la doctrina y el culto al Sagrado Corazón de Jesús. No tenemos derecho a traicionar esta esperanza y este legítimo deseo. Ellos, esta gran porción de cristianos, también son el mundo de hoy. Y este mundo necesita ser consagrado a Jesucristo.

CONSAGRACIÓN DEL MUNDO

Precisamente porque hoy damos menos importancia, en lo religioso, a los signos externos y a las proclamaciones públicas, aunque sigan siendo necesarias, el culto al Corazón de Jesús, bien entendido, facilita grandemente los caminos por donde se puede ir llegando a esa consagración en las actividades humanas y de todas las criaturas, con las cuales la actividad del hombre está en relación, tarea a la que no puede renunciar nadie que sienta las exigencias de su fe. Porque una cosa es la justa autonomía del orden terrestre y otra la orientación del mismo hacia Cristo, Dios y Señor de todo lo creado. Lo primero es un reconocimiento obligado que evita confusiones perjudiciales, tanto para la Iglesia como para el mundo; lo segundo es una consecuencia de la doctrina sobre la animación cristiana del orden temporal, tan repetida hoy después del Vaticano II y, por otra parte, tan antigua como la fe cristiana.

Vale la pena recordar lo que a este propósito precisaba el Papa Pablo VI en su alocución del 27 de abril de este año: «Por consagración entendemos no ya separar algo del mundo para reservarlo a Dios, sino establecer su relación con Dios conforme al orden de su naturaleza».

«La Iglesia ha adoptado una nueva actitud ante las realidades terrenas; pertenecen a un orden de creación que tiene en sí razón de fin (aunque esté subordinado al orden de la redención). El mundo, de suyo, es profano, no admite la concepción unitaria medieval, es soberano en su campo». «Entonces, si la Iglesia ha reconocido la autonomía del orden temporal, ¿cómo es posible esa consagración? ¿No será volver a una concepción sacral, clerical del mundo?»

«La Iglesia acepta reconocer al mundo tal como es: libre, autónomo, soberano en su campo, autosuficiente. No trata de instrumentalizarlo para sus fines religiosos, ni mucho menos para lograr un poder temporal. La Iglesia admite la emancipación libre y responsable de los seculares cuando actúan en el campo de las realidades temporales» (Pío XII llegó a hablar del legítimo laicismo del Estado). «Deben ser perfectos ciudadanos del mundo, elementos positivos y constructores, amantes de la sociedad» (cf. 1P y Rm 13).

«Pero, respetando esa profanidad, la *consecratio* es, como enseña el Concilio, la animación de las realidades terrestres mediante los principios cristianos (AA 7; GS 42), los cuales, si en su dimensión vertical, es decir, referidos al término supremo y último de la humanidad, son religiosos y sobrenaturales, en su

eficiencia que hoy se dice horizontal, es decir, terrena, son sumamente humanos; son la interpretación, la inagotable vitalidad, la sublimación de la vida humana en cuanto tal». «Así es como los católicos confieren al mundo una nueva consagración: cristianizándolo y siendo en todo momento testigos de Cristo (GS 43; AA 2); no introduciendo en él signos específicamente religiosos (lo cual en ciertas circunstancias estará bien), sino coordinando el mundo con el Reino de Dios mediante el ejercicio del apostolado en la fe, la esperanza y la caridad» (AA 3). «Esta es la vocación típica de nuestro tiempo, la vocación de todos nosotros: la santidad que se irradia sobre el mundo y en el mundo».

Pues bien, para que este tipo de cristiano exista y se multiplique en el mundo con capacidad constante de ser testigo de Cristo mediante el apostolado en la fe, la esperanza y la caridad, el culto y la devoción al Corazón de Jesús será siempre un medio efficacísimo, porque permite introducirse mejor en la intimidad del Evangelio, en la contemplación del misterio de amor que es la redención, en el deseo de vivir en la gracia y de la gracia, con el consiguiente propósito de luchar contra el pecado en todas sus formas, que es siempre la verdadera raíz del mal. La consagración del mundo no se logrará sólo recitando fórmulas en alta voz, por hermosas que sean –aun cuando sea conveniente recitarlas–, sino consagrando al Señor muchas vidas humanas, muchos corazones limpios, muchos pensamientos rectos, muchas decisiones humildes. De esas consagraciones brota después, inconteniblemente, una corriente de paz y de santificación activa, que es el alma del cristianismo en la sociedad. Este es el homenaje a Cristo Rey que yo os pido en el próximo día de su fiesta.

La Iglesia necesita, sí, muchas reformas, y en el intento de lograrlas está empeñada valerosamente, como lo prueba el hecho mismo del sínodo que en estos días se está celebrando en Roma.

Pero si olvidamos la interioridad, es decir, el silencio de la plegaria, el reconocimiento del misterio del amor de Cristo, el destino de cada una de nuestras vidas, que a Él deben ser consagradas, la necesidad permanente de luchar contra el pecado, contra todo pecado, no conseguiríamos más que sustituir un estructuralismo por otro.

Recitad, sí, el próximo domingo, en todas las iglesias de la diócesis, la fórmula de la consagración a Cristo Rey tal como está ordenado. Pero ofrezcamos, ante todo, el obsequio humilde de nuestro propio corazón.

EL SAGRADO CORAZÓN Y EL AÑO SANTO: «PAX ET RECONCILIATIO NOSTRA»

Discurso pronunciado el 17 de septiembre de 1974 con motivo del Congreso Sacerdotal Internacional, que conmemoró el III Centenario de las Apariciones y Revelaciones a Santa Margarita Mana Alacoque. Texto tomado del volumen *Il Cuore di Cristo e la Pastorale oggi*, Roma 1975, 311-344.

El próximo Año Santo producirá, sin duda, frutos notables en la Iglesia de Dios. Los está produciendo ya en las Iglesias locales en que viene celebrándose. En el alma de muchos sacerdotes se está despertando un vivo anhelo de volver a las fuentes, no en el sentido técnico en que se emplea esta expresión cuando hablamos de cuestiones teológicas o de estructuras de la Iglesia, sino en el de «retorno a la interioridad», «recuperación del núcleo vital de la fe y la unión con Dios». Perdido éste, todos nuestros esfuerzos de evangelización se quedan en la superficie y no logran transformar los corazones de los hombres mediante una conversión auténtica. Ahora bien, ¿a qué queda reducido el Reino de Dios en el mundo si esa conversión no se produce? (cf. Mt 3, 1-2; 4, 4-7; Me 1, 15).

En estos años posconciliares hemos perdido mucho tiempo y muchas energías, prendidos en la red de nuestras discusiones reformistas y obedientes más a nuestros criterios humanos, a veces tan viciados y torpes, que a las auténticas llamadas de Dios a través de su Espíritu y de la Iglesia. El Papa lo expresaba así en noviembre de 1973:

«No se prestó, y todavía no se presta, la suficiente atención a dos cosas. La primera: que la renovación, proceso vital y continuo de un organismo viviente como la Iglesia, no puede ser una metamorfosis, una transformación radical, una infidelidad a los elementos esenciales y perpetuos, cuya renovación no puede ser otra cosa que reforzamiento, no cambio. La otra: que la renovación deseada es la interior más que la exterior, como, con palabras siempre actuales, nos advierte San Pablo: *Renovaos en el espíritu de vuestra mente* (Ef 4, 23)». Y este punto lo explica así el Santo Padre: «Debéis habituaros a pensar según la fe; debéis modelar vuestro juicio especulativo y práctico de acuerdo con Jesucristo, de acuerdo con el Evangelio o, como se suele decir, de acuerdo con el análisis cristiano: tener una mentalidad cristiana, pensar según el concepto que del mundo, de la vida, de la sociedad, de los valores presentes y futuros recibimos de la palabra de Dios. No es fácil, pero esto es lo que hay que hacer. Esta reconstrucción de nuestro modo global de sentir, de conocer, de juzgar y, por tanto, de actuar es el programa permanente del cristiano fiel, individualmente considerado, y de la Iglesia en general».

Pues bien, este Congreso que nos congrega, en actitud de reflexión y de piedad en torno al Corazón de Cristo, puede ser una contribución eficaz a esa renovación interior que el Año Santo se propone conseguir. Con esta esperanza he escrito estas páginas, en las que me propongo hablar del Corazón de Jesús como «nuestra paz y reconciliación».

Todo nos ha sido dado en el Corazón de Cristo. Su amor redentor, el misterio de la vida trinitaria que en él se nos revela, su dinamismo inextinguible, lleno a la vez de mansedumbre y de exigencias transformadoras, su fuerza divina para situarnos amorosamente en el camino de la penitencia evangélica y la expiación de nuestros pecados, de toda clase de pecados, nos invitan a pensar que en la medida en que nos acerquemos al Corazón de Jesús, podremos lograr lo que el Santo Padre proclamaba como objetivo del Año Santo con estas palabras:

«Tenemos, en primer lugar, necesidad de restablecer relaciones auténticas, vitales y felices con Dios, de ser reconciliados, en la humildad y en el amor, con Él, a fin de que, de esta primera y constitucional armonía, todo el mundo de nuestra experiencia exprese una exigencia y adquiera una virtud de reconciliación, en la caridad y en la justicia, con los hombres, a los que inmediatamente reconocemos bajo el título reformador de hermanos. En una palabra, la reconciliación se lleva a cabo en otros planos amplísimos y altísimos: la misma comunidad eclesial, la sociedad, la política, el ecumenismo, la paz...»¹.

1. EL CORAZÓN DE JESÚS, REALIDAD EN LA QUE EL MISTERIO DEL AMOR DE DIOS ESTÁ PRESENTE

De todos es conocida la gran encíclica de Pío XII *Haurietis aquas*, sobre el culto y la devoción al Corazón de Jesús, que es, según él, compendio de espiritualidad, por los sólidos fundamentos en que se apoya: hablar del Corazón de Jesús es hablar de la misión salvadora del Redentor, y es la expresión sensible del inabarcable amor de Dios a los hombres. «Beberéis aguas con gozo en las fuentes del Salvador». En las páginas del Evangelio, principalmente, encontraremos la luz, con lo cual, iluminados y fortalecidos, podremos penetrar en el templo de este Divino Corazón y admirar con el Apóstol de las gentes las abundantes riquezas de la gracia en la bondad usada con nosotros por amor de Jesucristo.

El adorable Corazón de Jesucristo late con amor divino al mismo tiempo que humano, desde que la Virgen María pronunció su *fiat*, y el Verbo de Dios, como nota el Apóstol, al entrar en el mundo dijo: *Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito; holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: Heme aquí presente. En el principio del libro se habla de mí. Quiero hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad.* Por esta «voluntad» hemos sido santificados mediante la oblación del cuerpo de Jesucristo, que Él ha hecho de una vez para siempre (Hb 10, 5-7. 10). Con amor aún mayor latía el Corazón de Jesucristo cuando de su boca salían palabras inspiradas en el amor ardientísimo: *Jerusalén, Jerusalén que matas a los profetas y apedreas a los que a ti son enviados; ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos bajo las alas, y tú no lo has querido!* (Mc 23, 37). Pero particularmente se conmovió de amor y de temor su Corazón, cuando ante la hora ya inminente de los cruelísimos padecimientos y ante la natural repugnancia a los dolores y a la muerte exclamó: *Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz* (Mt 26, 39). Finalmente, colgado ya en la Cruz el Divino Redentor, es cuando siente cómo su

¹ PABLO VI, Discurso, anunciando el Año Santo de 1975, en la audiencia general del miércoles 9 de mayo de 1973.

Corazón se trueca en impetuoso torrente, desbordado en los más variados y vehementes sentimientos, esto es, de amor ardentísimo, de angustia, de misericordia, de encendido deseo, de serena tranquilidad, como se nos manifiesta claramente en aquellas palabras tan inolvidables como significativas: *Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen* (Lc 23, 24); *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Mt 27, 46). *En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 45). *Tengo sed* (Jn 19, 28). *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu* (Lc 23, 46)².

El Corazón de Jesús designa la realidad en la que el misterio de Dios está presente como cercanía que nos ama, se compadece de nosotros, expía nuestros pecados y se da a Sí mismo en sacrificio. En el Corazón de Cristo sabemos quién ha querido ser Dios para nosotros; en él, el enigma al que conduce toda la realidad y sabiduría del mundo se transforma en misterio de amor y de redención que nos salva y da la felicidad. Nuestro corazón descansa a la luz de su verdad y de su amor, y en él sabemos de la verdadera sabiduría y del verdadero amor, sin los que todo es pasajero, vano y fugaz.

«El Espíritu Santo tiene su celda preferida en el ser humano, el corazón (Rm 5, 5). ¿Qué significa la palabra corazón en el lenguaje bíblico? Sería muy largo de definir. Contentémonos ahora con calificar al corazón como el centro íntimo, libre, profundo, personal de nuestra vida interior»³. El corazón es como el símbolo central de la persona.

Existen palabras cumbres por su capacidad expresiva, tanto en teología como en filosofía, o en el sencillo pero intuitivo y penetrante lenguaje popular. La palabra Logos fue para San Juan una de esas expresiones portadoras de la interioridad de su teología. La historia en todos sus ámbitos forja palabras en las que parece como si quisiera asumir todas las cosas en su unidad. Esto ha ocurrido siempre con la palabra «corazón».

Cuando hablamos del «corazón», como ha dicho Hedwig Conrad-Martius en sus *Coloquios Metafísicos*, invocamos lo original del hombre, en el profundo y auténtico sentido de la palabra, en la que todo su ser resume. El corazón es el centro desde el que toda la vida se despliega para volver de nuevo a él; todos los caminos de la vida personal parten de él y vuelven a él. En el corazón aparece como anudada y atada toda la esencia del hombre que se desborda y manifiesta en el cuerpo y en el espíritu. Al decir «corazón» se invoca la unidad de la existencia, la totalidad que se sabe a sí misma, la interioridad secreta, la fuerza que imprime el dinamismo a toda manifestación de vida, lo originalmente personal, la intimidad profunda de donde, como dice el Señor, sale lo bueno y lo malo. *El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca lo bueno, y el malo, del malo saca lo malo, porque de la abundancia de su corazón habla su boca* (Lc 6, 45). Bienaventurados los pobres, los mansos, los misericordiosos, los que tienen hambre y sed de justicia, los que padecen persecución. Todos necesitamos vitalmente de Él para ir por el camino recto y sin desfallecer. *Venid a Mí todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga*

² Pío XII, *Haurietis aquas*, 17, 18-19.

³ PABLO VI, Discurso en la audiencia general del miércoles 6 de junio de 1973.

ligera (Mt 11, 28-30). Necesitamos de Él para estar en la verdad y cuando lleguemos a la bienaventuranza, en Él estará nuestra plenitud.

La reconciliación que el Señor nos ha merecido no consiste sólo en quitar el obstáculo que nos separa de Dios y hace posible la relación con él, sino que nos concede un nuevo corazón para amar, ya que es Cristo quien vive en nosotros. La existencia humana toma por Él una nueva orientación y se convierte en una existencia según los designios de su Corazón, en la que sólo falta la cooperación nuestra. Todo el que está unido a Cristo es nueva criatura, porque en el hombre reconciliado con Dios por la sangre del Señor ocurre un milagro: renace a una nueva vida que será su bienaventuranza eterna. *Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios* (1Jn 5, 1). Por eso el cristiano tiene que renunciar a encontrar su seguridad en él mismo, a gloriarse en su obra y propia realización, ya que todo lo que es proviene de Dios. Esta es la gran paradoja constante en la teología paulina: todo es nuevo, la nueva criatura, la nueva existencia, la nueva vida, el hombre nuevo, y todo se halla en devenir; en nosotros se siente constantemente la lucha entre lo viejo y lo nuevo, el pecado y la gracia. *Revestíos del hombre nuevo, creado según Dios, en la justicia y santidad de la verdad* (Ef 4, 24).

Nuestro propio existencialismo, el que sencilla y cotidianamente vivimos, nos lo grita: no estamos hechos de antemano; nos hemos de recobrar a nosotros mismos y sólo llegaremos a ser desde el corazón y el Espíritu de Dios que nos ama. El saber de Dios atraviesa toda relación, penetra hasta lo más íntimo y comprende todo hasta la última raíz. Dios nos sabe con saber de amor, aunque nuestro corazón nos acuse, como dice San Juan, Dios es mayor que nuestro corazón. Él tiene una idea de cada uno de los hombres, una imagen viva, concebida por Él, confirmada y querida. Detrás de la existencia de cada ser humano, por desgraciado, pobre y miserable que sea y se sienta, hay algo que es bueno ante Dios. En nuestra vida, a veces, tan desgarrada y tan torpe, hay algo muy fundamental querido por Dios; detrás de todo hay una imagen nuestra en el Corazón de Cristo, en la que está la verdad y la riqueza de nuestro ser. Y cuando los hombres luchamos con su gracia, llega un momento en que encontramos esa imagen nuestra y nos identificamos con ella. Por el amor de Dios nuestra historia es una historia de salvación.

«Si alguien nos preguntara: ¿Qué es seguro? ¿Tan seguro que podamos entregarnos a ello a ciegas? ¿Tan seguro que podamos enraizar en ello todas las cosas? Nuestra respuesta será: El amor de Jesucristo... La vida nos enseña que esta realidad suprema no son los hombres, ni aun los mejores ni los más amados; ni la ciencia, ni la filosofía, el arte o las otras manifestaciones del genio humano; ni la naturaleza, tan profundamente falaz, ni el tiempo, ni el destino... No es siquiera Dios sencillamente, puesto que nuestro pecado ha provocado su ira. ¿Cómo sabríamos, además, sin Jesucristo lo que hemos de esperar de Él? Sólo el amor de Jesucristo es seguro. No podemos decir siquiera: el amor de Dios, porque, a fin de cuentas, sólo por medio de Jesucristo sabemos que Dios nos ama. Y aunque lo supiéramos sin Cristo, de poco nos serviría, porque el amor puede ser también inexorable y más duro cuanto más noble. Sólo por Cristo sabemos a ciencia cierta que Dios nos ama y nos perdona. En verdad, sólo es seguro lo que se manifiesta en la cruz, la actitud que en ella alienta, la fuerza que palpita en aquel Corazón. Es muy, cierto lo que tantas veces se predica de

manera inadecuada: el Corazón de Jesús es el principio y el fin de todas las cosas. Todo lo restante que está firmemente asentado –cuando se trata de vida o muerte eterna– sólo lo está en función del Señor y gracias a Él»⁴.

Dios ha entrado en nuestra condición de modo tan real que se ha hecho hombre, uno de nosotros: *A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en Él* (2Cor 5, 21). ¿Quién es el hombre capaz de atisbar cómo carga Cristo sobre sus espaldas el destino del mundo? La seriedad y veracidad del amor se manifiesta cuando este amor se hace destino del que ama. El amor de Dios es algo ante lo cual el hombre necesita callar, arrodillarse y adorar. Al tomar Cristo como suya la existencia tal cual es, apuró el cáliz hasta las heces. Se sometió a todo por amor, con un corazón humano sensible, con pleno conocimiento. *He aquí que vengo a hacer tu voluntad* (Hb 10, 9), y entera libertad: *El Padre me ama porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente* (Jn 10, 17-18). Vivió tremendamente como ninguna persona humana puede vivir su existencia en este mundo que el engaño y la mentira habían robado a Dios, para desde ahí devolvérselo como una nueva criatura. *Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza* (Mt 8, 20). Su mensaje y su existencia no son comprendidos. Sabe de la traición, de la falsedad, de la soledad. Su palabra es mal entendida y mal interpretada, le deforman sus intenciones y acciones, muere en la cruz en la flor de la edad. Y todo ello envuelto en un sufrimiento del que no tenemos idea: la santidad, la verdad, la justicia, el amor viviendo y muriendo en el ámbito del pecado, de la mentira, de la injusticia y del odio.

Nuestra vida está sumergida en un nuevo principio: el amor redentor de Dios. La existencia humana, por esta restauración divina, alcanzó una profundidad vital: *Les dio poder de hacerse hijos de Dios* (Jn 1,12).

El amor de Dios es el puro abrirse de su corazón más allá de toda medida, necesidad y exigencia: *En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados* (1Jn 4, 10). Cristo ofrece al mundo abrasado en el odio y la mentira, el egoísmo y el orgullo, una corriente de agua viva cuya fuente está en el corazón de Dios: *El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en una fuente de agua que brota para la vida eterna* (Jn 4, 14).

Cristo ha visto el mundo desde dentro en función del corazón y del destino humano; es con toda verdad Señor de los corazones y sabedor de las intenciones. Él se ha conmovido ante el sufrimiento, ha vivido el dolor y la muerte en sí mismo y en los demás, sabe y conoce a los Zaqueos y a los adúlteros, a los publicanos, a los fariseos, a los que le niegan y abandonan, a los que se le acercan por interés. El corazón y la suerte de cada hombre es para Él realmente el centro de la creación, eso es lo que nos pone de manifiesto con sus milagros. Jesucristo se dirige a todos, porque todos necesitan de su redención. No va a favor de unos o de otros, de lo que el mundo llama poderosos o débiles, ricos o pobres; el Señor sale en busca del hombre, del hombre que para Él es siempre un necesitado, y lo coloca ante Dios. *No todo el que me diga: Señor, Señor,*

⁴ R. GUARDINI, *El Señor*, II, Madrid⁶ 1965, 175.

entrará en el Reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial (Mt 7, 21). No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt 9, 13). La salvación es para los que buscan primero, y por encima de todo, el reino de Dios. Cristo ha arrancado ya al mundo de la mentira y su sombría realidad, la vida está ahí para los que quieran vivirla: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierde su vida por Mí, ése la salvará (Lc 9, 23).

La verdad ha sido, por decirlo así, más que restablecida, porque ha sido realizada de nuevo en la caridad. El amor de Dios se convierte en amor de Padre al enviar a su Hijo para que entrara en la responsabilidad y fraternidad humana y así no sólo nos perdonó, sino que nos hizo hijos suyos y coherederos con Cristo, *pues no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor, antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abba! ¡Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con Él para ser también con Él glorificados (Rm 8, 15-17).*

La misericordia y la miseria, la gracia y el pecado están en la base del mensaje evangélico, dijo el Papa en su audiencia general del miércoles 20 de marzo: «Estos dos puntos constituyen la base del anuncio evangélico, del Kerigma cristiano, es decir, de nuestro catecismo; y creemos que encierran en sí la síntesis dramática de nuestra salvación. ¿Cuáles son? Una vez más, San Agustín nos proporciona la fórmula, no sólo verbal, sino real, humana y teológica, que se sintetiza en estas dos formidables palabras: miseria y misericordia (*En. in Ps. 32: PL, 36, 287*). Al decir miseria nos referimos al pecado, tragedia humana que toma cuerpo en la historia del mal, abismo oscuro que precipita en una espantosa ruina. El pecado: de él hemos hablado otras veces, y su inquietante presencia retorna continuamente en cada uno de nuestros discursos religiosos y humanos...».

«Hablamos del pecado llamado actual, es decir, del pecado que pone en juego nuestra libertad, nuestra responsabilidad, y que muy a menudo encuentra un acicate en las circunstancias ambientales, desfavorables a la rectitud de nuestro obrar. Ahora bien, precisamente porque somos seres dotados de inteligencia, libres y responsables, sucede que nuestras acciones tienen una repercusión que va más allá del círculo de nuestra experiencia personal y, se quiera o no, asumen una importancia positiva o negativa, en consonancia con su conformidad o disconformidad con las exigencias del querer divino, en el que nos hallamos sumergidos como el pez en el agua. La inmanencia de la ley moral da dramatismo a nuestra existencia, con la consecuencia de que la infracción grave de esa ley, a la vez que supone objetivamente una intolerable ofensa a Dios, se hace subjetivamente mortal para quien la comete, es decir, se convierte en una autolesión, en una mancha, de la que las opiniones naturalistas, en su intento de reducir el pecado a la dimensión de un simple hecho de ignorancia, de debilidad o de instinto irrefrenable, son incapaces de liberar...»

«Pero nos sale al paso otra verdad distinta; otra suerte le está reservada al hombre, la gracia, un gratuito, omnipotente e inefable designio de Dios: la misericordia. La misericordia divina viene en ayuda de la miseria del hombre. Y

ya conocéis con qué providencia: *Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* (Rm 5, 20). Y también lo sabéis, con un amor completamente inesperado: Cristo, el Verbo de Dios hecho hombre, ha asumido en sí mismo la misión redentora... Nunca exploraremos lo suficiente este plan redentor en el que se nos revela la infinita bondad de Dios, el amor incomparable de Cristo para con nosotros, la suerte inconmensurable ofrecida a nuestro destino eterno. Entrar dentro de este plan significa para nosotros hacer penitencia, es decir, conocer, aceptar y revivir esta economía de salvación. ¿Qué otra cosa puede haber más grande, más necesaria y, en el fondo, más bella, más hermosa y más feliz?»⁵.

2. «LA DESEADA RENOVACIÓN DE TODA LA IGLESIA DEPENDE EN GRAN PARTE DEL MINISTERIO DE LOS SACERDOTES»

El Concilio Vaticano II ha afirmado que la deseada renovación de toda la Iglesia depende en gran parte del ministerio de los sacerdotes⁶. Es que Cristo nos ha confiado a los sacerdotes el ministerio de la paz y de la reconciliación. *La paz con vosotros. Como el Padre me envió, Yo os envío. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedarán retenidos* (Jn 20, 21-23). *Todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el misterio de la reconciliación* (2Cor 5, 18). Somos ministros de los sacramentos, de la Eucaristía, rectores del pueblo de Dios, nuestra misión es clara: anunciar a todos la gran realidad de la reconciliación. *Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación* (Mc 16, 15). El Padre envió al Hijo no para condenar al mundo, sino para que por su medio se salvara. *Venid conmigo y os haré pescadores de hombres* (Mt 4, 19). El sacerdote es el enviado de Cristo para que hable al mundo la palabra de salvación y ofrezca el sacrificio redentor.

El sacerdote existe para el perdón de los pecados y, por tanto, para comunicar la gracia de Dios. Por supuesto, no somos los sacerdotes los que obramos la salvación, lo hacen los propios hombres y la gracia de Dios. Cristo descendió del cielo a causa de nuestra salvación, confesamos en el Credo; vino como Redentor que libra del pecado y arranca de raíz lo que mancha y perturba en el corazón del hombre, lo que impide el amor y la paz, lo que es causa de la injusticia y atropello, y esto es el pecado. Nosotros los sacerdotes de Cristo «en el seguimiento de Aquel que, como Cordero de Dios, en la cruz ha quitado los pecados del mundo, estamos destinados a ocuparnos temáticamente de algo que sería mejor pasar en silencio. Y hemos de hacerlo desde lo más íntimo de nuestra existencia. Existimos para el perdón de los pecados. Por esta sola razón deberíamos poseer un profundo conocimiento del pecado. Hoy corremos el peligro de desvirtuar la misión de la Iglesia y nuestro propio apostolado, como si estuviéramos aquí para decirles a los hombres: “Hijos, si obráis conforme a nuestras recetas, todo irá bien en el mundo”. Esto es verdad hasta cierto punto. Si los hombres nos hicieran caso, la vida sería ciertamente más soportable. Pero, a fin de cuentas, y a pesar de las cuestiones sociales y de la defensa contra el comunismo, nosotros estamos aquí, y para toda la eternidad, para que los

⁵ PABLO VI, Audiencia general del miércoles 20 de marzo de 1974.

⁶ Decreto *Optatam totius*, proemio.

hombres, por nuestro medio, encuentren su salvación en Dios. Y un “*ego te absolvo*” a un pecado que, desde el punto de vista sociológico, acaso no tiene gran trascendencia, es en realidad más importante que todo cuanto podamos hacer para mejorar la existencia de los hombres. Queda mucho trecho que recorrer hasta obtener este convencimiento, hasta que esta actitud se nos haga carne y sangre, de suerte que vivamos de ella; hasta que el confesonario, la cama del enfermo, la enseñanza de los niños, el servicio de los pobres, de los retrasados, los inadaptados, nos resulten tan importantes como la docta disertación, la solución de los problemas sociales, la política, el trato con los poderosos de la tierra»⁷.

El mundo sólo se transformará por la transformación de los hombres, y ésta solamente se consigue cuando cada hombre se renueva en su interior. La gracia de Dios no es una fuerza física que mueve cosas; se dirige a la persona en concreto, la llama, la despierta y hace que así llegue a ser auténticamente ella misma. Cuanto más crece la gracia en la persona, más libre se hace ésta y más se fortalece su vida propia de hombre con la dignidad que le corresponde. Todo hombre ha de enfrentarse con su propio corazón, con las raíces de bien y de mal que en él haya, con el sufrimiento y el dolor; no les escamoteemos la verdad. Cada uno tenemos que luchar para que las cosas mejoren, y esto es nuestro deber y nuestra responsabilidad; tenemos que vivir haciendo de esto nuestro medio de expiación. Pero recordemos siempre que lo primero es limpiar nuestro propio corazón. No hay reforma universal, la única reforma es la de cada persona. Por eso, la respuesta a la menesterosidad de la existencia no la puede dar el reformador social, ni el científico, ni el político, ni el filósofo; la respuesta la da la palabra de Dios en el corazón de cada hombre que hace entender el mal, el sufrimiento y la expiación desde la raíz. Y de aquí procede la paz, porque sólo puede venir del acuerdo con la verdad. Esta es la que da al hombre firmeza y solidez. Por esta verdad de su ser frente a Dios, por la que en sí mismo sabe de su propia maldad y de su propia bondad, cobra conciencia de su dignidad y libertad. La forma más horrible de violencia es aquella en la que se destroza en la persona su conciencia de verdad, porque sólo la verdad nos hace ser, y ser libres. Esta limpieza y verdad de corazón que Cristo pide, y a la que va enfocado su mensaje del Reino de los cielos, es aquella por la que el hombre «hace pie» en sí mismo, y llega a tener un carácter y un camino personal que recorrer.

Nuestra vida tiene que estar guiada por la fe en la palabra de Dios. Es fácil decirlo, ya lo sé. Lo difícil es hacerlo realidad. Es difícil obrar, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna y que nos da el Hijo del hombre (cf. Jn 6, 27). Al pasar la mirada por el mundo en general, siempre grita más el mal que el bien, el espectáculo no ofrece lugar a dudas: la historia a nivel general se mueve por la economía y valores puramente materialistas; a nivel personal cada uno busca su provecho. Se expresan ideas más o menos sistematizadas, que en algunos casos parecen querer poner de relieve una valía y una originalidad que ni siquiera es la que auténticamente escuchan y sienten en su interior los que las manifiestan. El afán de poder busca objetivos egoístas y propios y provoca orgullo, vanidad, odio. Hay una complacencia agria en lo que puede poner en ridículo a las personas, en propalar lo que les puede quitar la fama. Se subestima el valor de los otros por envidia y

⁷ K. RAHNER, *Meditaciones sobre los Ejercicios de San Ignacio*, Barcelona 1970. 34-35.

resentimiento, y se da a veces una alegría enfermiza ante el mal moral de los demás. Gran parte de la propaganda y de los «slogans» de la sociedad convierte en insensatas las exigencias cristianas o de una determinada forma de consagración a Dios; y los hombres se consideran como «sin sentido común» si siguen fieles a Dios. Están tan enredadas a veces las cosas que los que quieren vivir con fidelidad y honradez tienen la sensación de ser locos y estar alejados de la vida.

Pero a todos se nos dirigirá un día la misma pregunta: ¿Dónde está tu hermano? ¿Qué has provocado con tus actitudes, con tu vida? ¿Has llevado a los hombres a la verdad y a la libertad de su gran dignidad personal de hijos de Dios? La reconciliación, de la que Cristo nos habla y que nosotros tenemos que predicar, lleva a la audacia de vender todo para lograr la perla preciosa. *El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, lo vuelve a esconder y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel. También es semejante el Reino de los Cielos a un mercader que anda buscando perlas finas, y que al encontrar una de gran valor, va, vende lo que tiene y la compra* (Mt 14, 44-46).

No son compensaciones humanas lo que el sacerdote puede buscar en el cumplimiento de su misión, ni su prestigio, comodidad, miras o ventajas personales. Por ser otro Cristo, mediador entre Dios y los hombres, no puede aspirar a otra vida ni a otro trato mejor del que sufrió su Salvador. *No está el discípulo por encima de su maestro, ni el siervo por encima de su amo. Ya le basta al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su amo. Si al dueño de la casa le han llamado Belcebú, ¡cuánto más a sus domésticos!* (Mt 10, 24-25). *Acordaos de las palabras que os he dicho: El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi Palabra, también guardarán la vuestra* (Jn 15, 20). Se nos ha conferido una potestad espiritual que es ciertamente para la edificación del Reino de Dios entre los hombres; por ello tenemos que portarnos «no de acuerdo con los principios de los hombres, sino conforme a las exigencias de la doctrina y vida cristianas, enseñándoles y amonestándolos también como a hijos carísimos, según las palabras del Apóstol: *Insiste con ocasión y sin ella, reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina* (2Tim 4, 2)»⁸.

El sacerdocio no es una especie de emanación de los fieles o un poder conferido por la comunidad, es un poder recibido de Dios; el pueblo no puede conferir o delegar un poder que él no ha recibido. «Sólo a los Apóstoles y a los que, después de ellos, han recibido de sus sucesores la imposición de las manos, se ha conferido la potestad sacerdotal; y en virtud de ella, así como representan ante el pueblo a ellos confiado la persona de Jesucristo, así también representan al pueblo de Dios. Este sacerdocio no se transmite ni por herencia ni por descendencia carnal, ni nace de la comunidad cristiana, ni es delegación del pueblo. Antes de representar al pueblo ante Dios, el sacerdote tiene la representación del Divino Redentor, y, dado que Jesucristo es la Cabeza de aquel Cuerpo del que los cristianos son miembros, representa también a Dios ante su pueblo. Por consiguiente, la potestad que se le ha conferido nada tiene de humano en su naturaleza; es sobrenatural y viene de Dios: *Como mi Padre*

⁸ Decreto *Presbyterorum ordinis*, 6.

me envió, así os envió también a vosotros..., el que os escucha a vosotros, me escucha a mí..., id por todo el mundo: predicad el Evangelio a todas las criaturas; el que creyere y se bautizare, se salvará»⁹.

No es la comunidad quien debe dar instrucciones al sacerdote, ni éste decir las cosas que la comunidad desea o le gusta oír, porque el fin que «persigue con su ministerio y vida, es procurar la gloria de Dios en Cristo. Esta gloria consiste en que los hombres reciban consciente, libre y agradecidamente la obra de Dios, acabada en Cristo, y la manifiesten en su vida entera»¹⁰. «Los presbíteros del Nuevo Testamento, por su vocación y ordenación, son en realidad segregados, en cierto modo, en el seno del pueblo de Dios; pero no para estar separados ni del pueblo mismo ni de hombre alguno, sino para consagrarse totalmente a la obra para que el Señor los llama. No podrían ser ministros de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de una vida distinta de la terrena, ni podrían tampoco servir a los hombres si permanecieran ajenos a la vida y condiciones de los mismos. Su propio ministerio exige por título especial que no se configuren con este siglo; pero requiere al mismo tiempo que vivan en este siglo entre los hombres y, como buenos pastores, conozcan a sus ovejas y trabajen para atraer a las que no son de este aprisco, para que también ellas oigan la voz de Cristo, y se forme un solo aprisco y un solo pastor. Mucho contribuyen a lograr este fin las virtudes que con razón se estiman en el trato humano, como son la bondad de corazón, la sinceridad, la fortaleza de alma y la constancia, el continuo afán de justicia, la urbanidad y otras, que el apóstol encarece, diciendo: *Poned vuestro pensamiento en todo lo que es verdadero, en todo lo puro, en todo lo justo, en todo lo santo, en todo lo amable, en todo lo bien sonante, en cuanto sea virtud, en cuanto merezca alabanza* (Fil 4, 8)»¹¹.

No es el mundo quien debe conformar al sacerdote, es el sacerdote quien debe conformarlo según el espíritu del Evangelio. La figura del sacerdote siempre será molesta para todos aquellos que esperan construir su paraíso en la tierra o que quieren servir a dos señores. Realmente, no hay más que un problema: «el de saber si Jesucristo se presenta como un testigo de una autenticidad humana y divina tal que tengamos derecho (con una exigencia plenamente lúcida y rigurosa, y no en virtud de un golpe de desesperación o de una actitud de exaltación) a fundamentar nuestra vida y nuestro pensamiento sobre él»¹². Y no hay contradicción. Cristo ha venido a salvar a todos los hombres, como ha venido a asumir el hombre todo; no ha venido a sustituir al hombre por otro tipo de hombre, no a rechazar la riqueza humana, sino a integrarla y asumirla para purificarla, liberarla y transfigurarla.

Tened valor, nos dice el Señor, *Yo he vencido al mundo* (Jn 16, 33). Hay ya en el mundo una capacidad infinita de amor, de comprender, de expiar, de servir, de esperar. Ya hemos visto cómo se agolpó todo en torno a Cristo: asechanzas, odio, mentira, dolor, abandono, desamparo; y Él no lo esquivó. *Todo lo podemos en aquel que nos conforta* (Fil 4, 13), aunque llevemos nuestro tesoro en vasos de barro. Y esto no de un modo fantástico, sino real; en nuestro interior va creciendo el hombre nuevo, a pesar de los obstáculos y fracasos a que nos lleva

⁹ Pío XII. *Mediator Dei*, 13.

¹⁰ Decreto *Presbyterorum ordinis*, 2.

¹¹ *Ibid.*, 3.

¹² J. DANIELOU, *La fe de siempre y el hombre de hoy*, Madrid 1969, 93.

el hombre viejo. En nosotros está ya la auténtica esperanza que desea vivamente toda la revelación de los hijos de Dios.

No tengáis miedo, nos dice también el Santo Padre Pablo VI, no tengáis miedo a mantener la propia identidad sacerdotal; con la esperanza en Dios éste es un momento generador de toda la restante vitalidad eclesial. La acción salvadora de Dios actúa por medio de instrumentos humanos. «La desproporción entre las fuerzas humanas y la grandeza de la misión que os ha sido encomendada, justifica esta recomendación valedera para cualquiera de nosotros que haya recibido la investidura del sacerdocio ministerial. Hoy, además, ha llegado el momento de repetirla con la más cordial energía: ¡No temáis! Una tentación característica de nuestra época ha conseguido penetrar en el corazón del sacerdote: la tentación polimorfa del temor, de la incertidumbre, de la duda. De la duda sobre sí mismo, ¡parece extraño!, sobre la llamada identidad propia, manifestada en muchas cuestiones sutiles, que amenazan con abatir a la víctima que las ha aceptado como fundadas dentro de su propio espíritu, como si fuese infundado, anacrónico, superfluo, el sacerdocio católico, y sin objetivo, sin fortuna, su misión».

«Ciertamente, todos conocéis la insidiosa fenomenología de esta posible corrosión interior de la certeza sobrenatural, que el orden sagrado infunde en el ministro fiel: ¡Soy sacerdote de Cristo! Cristo me ha elegido y ha tomado posesión de mí para realizar por mi mediación su inefable misión de salvación, con su palabra, con su acción sacramental, con la santa misa especialmente y con la absolución de los pecados, con el ministerio pastoral y, aunque no fuese con otra cosa, con el sencillo y singular ejemplo de un estilo particular de vida, la vida pura, sacrificada y santa del sacerdote fiel»¹³.

Pero me pregunto cómo será posible conseguir este equilibrio interior y esta fuerza capaz de cumplir en el mundo con nuestra misión de salvación, llevando la reconciliación y la paz, si nosotros, sacerdotes, elegidos por Dios para tal ministerio, no nos sumergimos en las profundidades del Corazón de Cristo Redentor.

Esta es la época en que la Iglesia ha abierto su corazón al mundo más que nunca. La Constitución Pastoral *Gaudium et spes* es toda ella como un inmenso latido del corazón de una Iglesia que comprende, se sacrifica y ama. Pero ¿qué corazón puede tener la Iglesia si no es el Corazón de Jesús, de Cristo, nuestro Hermano y nuestro Dios?

Y aquí viene la paradoja: cuando más hablamos del amor de la Iglesia al mundo menos pensamos sobre el Corazón de Cristo, y menos predicamos sobre el culto y la devoción comprometida y sacrificada que debemos a ese símbolo adorable del amor que reconcilia y da paz.

No encuentro explicación adecuada para este triste y desconcertante fenómeno más que el naturalismo que invade, en gran parte, nuestra acción pastoral. El amor al mundo que nosotros los sacerdotes hemos de predicar y vivir es un amor redentor. Y no hay otra redención más que la de Cristo. En todas las épocas de la historia, nosotros, los ministros del Evangelio, hemos corrido el peligro de olvidarnos de la vida interior y de sucumbir a las mil tentaciones de la tierra: el

¹³ PABLO VI, Homilía en la misa de la festividad de la Epifanía, 6 de enero de 1973.

poder temporal, las riquezas, los honores que ciegan, la sensualidad, el orgullo institucional. Pero nunca como ahora se nos ha presentado con tanta apariencia de generosidad evangélica el olvido del misterio de Dios y de su vida trinitaria, tal como se nos revela en el Corazón de Cristo. De la secularidad legítima hemos pasado al secularismo, de la religión a la política, del amor al hombre al olvido del amor a Dios, de la afirmación de la dignidad personal a la autosuficiencia arrogante y soberbia. ¿Por qué estos excesos? Ni una sola palabra del Concilio autoriza tales desviaciones.

El Corazón de Jesús y el culto y la devoción al mismo, tal como el Magisterio de la Iglesia lo ha expuesto, nos apremian y nos llevan a un amor puro y sacrificado al mundo y a las necesidades de los hombres, y a la vez nos librarán a los sacerdotes, en nuestra acción pastoral, de todo desorden, por exceso o por defecto.

La Iglesia deberá empeñarse ciertamente en cuanto sea ayuda evangélica al hombre para liberarse de las esclavitudes que le oprimen, pero igualmente deberá ofrecerle la luz y la gracia para pedir perdón de sus miserias, para entender y recibir el sacramento de la penitencia, para no perder el sentido del pecado personal, para expiar sus faltas aceptando el misterio de la cruz, para no reducir el programa del Evangelio a la lucha contra las injusticias sociales. La consagración interior de la vida, según el estado de cada uno, al Corazón de Cristo, y la reparación y desagravio por nuestros pecados y por los de todo el mundo, son exigencias cristianas hoy como ayer, que aparecen constantemente en la teología de San Pablo. No podemos olvidar este mensaje, so pena de vaciar el cristianismo de su propia interioridad.

Recientemente, me escribía un ilustre catedrático de Historia de una universidad española: «Creo que, en otras épocas de la historia, la perversión moral, la degradación de las costumbres, el olvido de Dios, han podido darse con caracteres semejantes a los que ahora padecemos. Lo que resulta inédito, por desdicha, es que lo que siempre se consideró como lacra o como pecado, se eleve a categoría de liberación y de progreso. El hecho de que el hombre se sienta inerte y sin razones para encontrar el verdadero camino. Esa indefensión, esa inmersión en su propia materia, en el propio mundo de pasiones, como única realidad válida –algo que compruebo todos los días en torno a mí– nos produce y me produce a mí un inmenso pesimismo. Nos ha dejado Dios de la mano. Frente a cada razón expresada a favor de lo que parecía consustancial con el cristianismo, con el sentido cristiano de la vida, se alzan otras a millares para defender una presunta libertad o liberación del hombre. Sé que me comprende, pero basta leer un libro como el que usted me envía para corregir el mal. Me estremece la inmensa responsabilidad de cuantos entienden su ministerio sagrado como un estímulo o como una negación: un estímulo hacia la violencia o una negación del estímulo para la reforma interior. En la lucha por la redención social, en que todo parece justificado, se ha olvidado la clave esencial de toda actuación: la redención del propio espíritu».

3. LA IGLESIA DE CRISTO, SACRAMENTO DE CARIDAD Y ESPERANZA

Lo que se nos ofrece a nosotros, y lo que nosotros hemos de ofrecer al mundo es Cristo, nuestra esperanza como realización del amor y de la misericordia de Dios. Todos los encuentros de Cristo que nos narra el Evangelio son promesa de esperanza: Cristo dice a Nicodemo: *Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo Único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna* (Jn 3, 16). Y a Zaqueo: *Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del Hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido* (Lc 19, 9-10). Y a la adúltera: *Tampoco yo te condeno, vete y en adelante no peques más* (Jn 8, 11). Y a María, la hermana de Lázaro: *Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?* (Jn 11, 25-26); y así continuamente en su paso por nuestro mundo. Sólo Él nos da a comprender con toda verdad lo que son y tienen que ser el amor y la esperanza en nuestra vida. Si el combate es difícil, no es de ninguna manera porque el mal sea más fuerte que Dios o imposible de vencer, sino porque nuestro corazón humano no quiere dejarse aleccionar y no se arroja con fe a vivir de la palabra y de la vida de Cristo.

Cristo es mensajero del gozo: *Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado* (Jn 15, 11). Todo el Nuevo Testamento nos invita a este gozo que brota de la conciencia de saberse queridos, salvados, esperados para darnos una herencia que es nuestra felicidad segura. En las Bienaventuranzas, que encierran lo que ha de ser la vida del cristiano, irrumpe una realidad sagrada y sublime, estalla una gozosa plenitud. El hombre tiene que abrir su corazón y su mente, tiene que liberarse de lo que le ata a su egoísmo y exigencias puramente materialistas y terrenas. Lo que toca y palpa no es lo único y esencial; ni tampoco él se basta a sí mismo. Las Bienaventuranzas, «los que se escandalizan no son los únicos que las interpretan mal. Les acompañan los que reflexionan poco y, encontrándolas naturales, las aceptan sin vivirlas espiritualmente; los mediocres, que pretenden encubrir su propia debilidad subrayando las exigencias impuestas por las Bienaventuranzas; los mezquinos beatos, que, so pretexto de religiosidad, desprecian los valores del mundo. El único que interpreta rectamente estas palabras es aquel que conserva serenamente las ideas que se ha formado acerca de cuanto es grande en el mundo, pero que comprende, al mismo tiempo, que todo es pequeño, impuro y decadente ante todo lo que viene del cielo»¹⁴. Bienaventurados, bienaventurados... Cristo lo repite, porque Él sabe de verdad dónde está el gozo, la alegría y la bienaventuranza del ser humano: *Os dejo la paz, os doy mi paz; no os la doy como la da el mundo... ¡Ay de vosotros, los ricos!; porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!; porque tendréis hambre. ¡Ay de los que ahora reís!; porque tendréis aflicción y llanto. ¡Ay, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!; porque de ese modo trataron sus padres a los falsos profetas* (Lc 6, 24-26). Yo –repito las palabras del Señor–, *os dejo la paz, os doy mi paz, no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde* (Jn 14, 27). La paz y la bienaventuranza

¹⁴ R. GUARDINI, *El Señor*, I, Madrid⁶ 1965, 132-133.

de que Cristo nos habla son posteriores a la lucha. Él quiere que destruyamos la paz que emana de la conformidad del mundo consigo mismo, de los egoísmos satisfechos, de los corazones embotados. El mundo pretende bastarse a sí mismo y así nunca encontrará la paz. Dios es el Dios de la paz porque es el Dios de la verdadera liberación y de la bondad. *Dios no es un Dios de confusión, sino de paz* (1Cor 14, 33).

Cristo es la gran realidad de la vida y nuestra esperanza. Tenemos que vivir alegres con la alegría del Señor Resucitado. Su reino es reino de justicia, de verdad, de paz y de amor. *Soy el Primero y el Ultimo, el que vive; estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades* (Ap 1, 17-18). Ya vive en la eternidad, pero todo cuanto ha sucedido está en Él.

Parece como si los hombres pudieran hacer lo que es contrario a la voluntad de Dios, y que la historia obedece exclusivamente a su voluntad autónoma. Pero el Señor sigue siendo el Señor de la Historia y vela por ella. Nos sabe y nos conoce, su vara y su cayado nos confortan. Siempre es y será el Buen Pastor. ¡Qué grandeza la imagen del Señor muerto y resucitado que se nos da en el Apocalipsis! Cristo, que todo lo sostiene, lo gobierna, que abre lo secreto, que reconcilia todas las cosas en Dios, que manifiesta su potencia y serenidad. Todo sucede allí bajo la mirada de Dios. Sólo el Cordero puede abrir y cerrar el libro de la vida. Se palpa y respira la adoración de la humanidad abierta a Dios, reconociéndole como el Único que realmente existe. La figura del Señor es tan grande que rebasa todos los límites. Existe antes de todo y es anterior a todo; Primogénito antes de toda creación. Cristo es la mano creadora del Padre. Al leer el Apocalipsis parece que escuchamos la voz del Señor. *Ahora, Padre, glorifícame Tú, junto a Ti, con la gloria que tenía a tu lado antes que el mundo fuese. He manifestado tu Nombre a los que me has dado sacándolos del mundo. Tuyo eran y Tú me los has dado; han guardado tu Palabra. Ahora saben ya que todo lo que me has dado viene de Ti; porque yo les he comunicado lo que Tú me comunicaste* (Jn 17, 5). Cristo no nos ha enseñado una verdad, sino que Él es la verdad que atrae y cobija todo sobre sí. Es necesario orar, orar mucho, mucha oración personal que nos empapa en toda esta esperanza y en todo este amor de Dios. Ir haciendo nuestra esa riqueza inmensa del Nuevo Testamento, meditar y leer con los ojos puestos en Cristo toda la espera del Antiguo. Sólo la oración esponjará nuestra alma en el gozo y la alegría del Señor, en ella se recuperan las fuerzas, se tonifica el corazón. Adoremos al Señor. Un hombre adorando con todo su ser es la máxima expresión de grandeza humana, porque el hombre al inclinarse así ante Dios está en la verdad y en la libertad.

Cristo es nuestra paz, porque nos transmite su Espíritu, es nuestra paz porque es nuestra reconciliación, nuestro bien, nuestra plenitud. El cristiano es el hombre de la esperanza y del amor. Esto es una gran realidad y sólo en la medida en que vivamos de ello estaremos en la verdad. Y en la medida en que tengamos actitudes derrotistas, nos estamos haciendo incapaces de llevar a Dios a un mundo que le necesita y le busca mucho más de lo que pensamos. El cristiano es hombre de esperanza, porque su auténtica alegría no puede ser fruto de lo que hoy es y mañana desaparece. Su alegría nace del interior y no es consecuencia del éxito o del bienestar. Cuando el Evangelio nos narra las tentaciones de Cristo en el desierto nos está poniendo de manifiesto la total

carencia de importancia que tiene para Cristo el bienestar material, el éxito o el triunfo. Cristo transforma los corazones para que en su interior aniden la bondad y la verdad, no transforma las piedras en panes. ¡Qué poco sería el hombre si sólo *fuera* su éxito, su triunfo, su alegría externa, su satisfacción ante el bienestar! Somos mucho más que todo eso. Nuestro ser interior no tiene que estar a merced de circunstancias buenas o adversas, de las opiniones, de los juicios e interpretaciones. Nuestro ser está en la verdad interna de la vida, en ese «hacer pie» en nosotros mismos, que es la realidad de nuestra intimidad, verdad, libertad, responsabilidad, en nuestro ser de hijos de Dios.

Cuando miramos al Corazón de Jesús, dentro de todo este contexto del que venimos hablando, miramos el signo del misterio que rige y abarca nuestra vida: interioridad, unidad, expiación, salvación, misericordia, esperanza, amor. Él ha de *habitar por la fe en nuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podamos comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que nos vayamos llenando hasta la total plenitud de Dios* (Ef 3, 17-19). Este es el Hombre-Dios que de verdad nos ha amado, que no ha escamoteado dolor, sufrimiento ni muerte, *que todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta* (1Cor 13, 7).

La paz y la alegría que produce esta esperanza, encuentra su sentido exacto en la idea de Providencia: todo coopera al bien de los que sirven a Dios. La Providencia consiste en que Dios nos ama y nos salva y nosotros creemos y esperamos en ese amor y salvación buscándole en todo y por encima de todo. El Señor aceptó lo que le aconteció, con la conciencia de que todo estaba enviado por el Padre y Él quería cumplir su voluntad. Todo en su vida, muerte y resurrección se convirtió en medio y expresión de amor a Dios y a los hombres. Guardini insiste constantemente en sus libros en la idea de la Providencia, que él la hace arrancar de las palabras de Cristo: *Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura* (Mt 6, 33). Palabras que son la puesta en marcha de la acción. El Señor nos viene hablando en los versículos anteriores al citado, del amor y del cuidado que Dios tiene sobre nosotros; si a las aves del cielo y a las hierbas del campo así cuida, mucho más a nosotros que somos hijos suyos; ya sabe nuestro Padre todo lo que necesitamos. Y acaba con esas palabras: *Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura*. La Providencia tiene lugar en la medida en que el hombre busca el Reino de Dios, y precisamente antes que nada porque a esa luz lo verá todo. El hombre entra así en una nueva relación que le hace situarse en la perspectiva de la fe y de la esperanza.

Desde un punto de vista externo ocurren las mismas cosas en la vida de los hombres, están en parecidos ambientes y situaciones; pero no desde su interior y, por tanto, desde la respuesta que dan. Todo lo que nos sucede tiene su punto cumbre en el corazón del hombre, en su interioridad, como hemos venido diciendo. No perciben los mismos intereses, ni las mismas impresiones el sociólogo, el artista, el empresario, el contemplativo. La disposición de cada uno realiza una selección: unas se aceptan, de otras se prescinde, se determina cuáles son las más importantes ante las que hay que sacrificar lo que sea. También las dificultades, los contratiempos, los sufrimientos actúan de diferente forma en las personas. En fin, esto ocurre en todos los niveles; no tiene la misma

idea de la vida el que sólo anhela satisfacer sus intereses y miras personales que el que ha hecho de la suya una entrega y un servicio a los demás, no pueden ver la misma significación a lo que sucede, no pueden darle el mismo sentido, ni vivirlo de la misma forma. La vida no se configura desde fuera, sino que nos la configuramos cada uno de nosotros desde dentro; por eso sucede que, según sea nuestro interior, así vemos las cosas. Hacemos una estructura de la vida de índole tan peculiar y personal que es también la estructura de nuestro destino.

Así, la Providencia –dice Guardini– tiene lugar en la medida en que el hombre busca el Reino de Dios. Surge del corazón de Dios hacia el hombre que se abre a su promesa y cree en su palabra por encima de todo. Entra en un acuerdo con Dios, como Cristo hizo con la voluntad del Padre, hacia el que orienta su destino. La libertad del hombre se enlaza con lo que Dios quiere y surge un mundo nuevo (la criatura nueva, el hombre nuevo del que habla San Pablo), el Reino de Dios. Dios actúa en todas partes, pero de un modo creativo distinto a través de la libertad del hombre, de su corazón, de sus intenciones. Esta es la nueva creación, el acuerdo entre la voluntad de Dios y la libertad del hombre. Y realmente en torno a estas personas surge una nueva forma de vida, en ella no rige la violencia, ni el desconcierto, ni el egoísmo, ni la necesidad, ni cualquier otra cosa en la que podamos pensar, rige la Providencia, que es amor a la voluntad de Dios y esperanza firme en Cristo; se ha hecho el Reino de Dios.

La Iglesia, la de siempre, la de hoy y la de ayer, es el sacramento de Jesucristo, y por esto es sacramento de caridad y de esperanza. Amemos a la Iglesia como donación hecha por Cristo por el misterio divino que nos comunica el perdón que siempre nos ofrece, la vida interior que nos descubre. Ya sabemos, como dice el Concilio Vaticano II, que peregrina entre luces y sombras, pero estas sombras ¿no son precisamente las sombras de nuestro corazón, del corazón humano que lucha para que venga a él el Reino de Dios? Deseemos ardientemente, querámoslo y hagamos cada uno lo que esté de nuestra parte para que el ministerio sacerdotal sea realmente lo que Cristo y la Iglesia esperan de él; un misterio de salvación lleno de la fe y de la esperanza que alegran el corazón humano, y vivido en la más sincera caridad hacia Dios y hacia los hombres.

CONCLUSIÓN

Resumiría todo cuanto he dicho en las siguientes proposiciones:

1ª. El Año Santo se propone alcanzar un doble objetivo, que no es nuevo, sino permanente, ofrecido a todo el que cree en el Evangelio: renovación interior y reconciliación con Dios y con los hombres. Al fin y al cabo, éste ha sido también el programa del Concilio Vaticano II.

2ª. De esta renovación hasta las raíces y de esta reconciliación tan exigente, el hombre es incapaz si no tiene dentro de sí una fuerza que no es de este mundo. Pero precisamente es lo que tiene como cristiano, una fuerza, una vida nueva dada por el amor de Dios Padre, manifestada en el Hijo Encarnado, continuamente vivificada por el Espíritu Santo. El símbolo de esta acción trinitaria, que es fuerza y vida, está y reside en el Corazón de Cristo, que por lo mismo merece ser amado y adorado. La Iglesia, con su palabra, sus

sacramentos y su acción pastoral, no tiene otra misión más que facilitarnos la cercanía de Dios, dándonos la filiación divina por medio de Jesucristo.

3ª. Esta incorporación nuestra a la vida divina en el misterio de su amor nos ofrece, como dones del Espíritu Santo, el gozo y la esperanza, indispensables para vivir en la paz y para poder comunicarla a los hombres con fidelidad al Evangelio, puesto que no se trata de la paz que da el mundo, sino de la que Él, Jesús, nos ha dejado.

4ª. Siendo esta paz un don del Corazón de Cristo Redentor, y dado que nuestra misión es ofrecer al mundo esa paz como fruto de la vida divina, encontraremos nuestra identidad sacerdotal precisamente en su Corazón, por lo cual nuestra acción pastoral en el Año Santo y siempre no podrá prescindir del culto y la devoción, es decir, del amor al Sagrado Corazón de Jesús.

5ª. He ahí por qué el mensaje de Paray-le-Monial tiene renovada actualidad. Porque nunca se podrá amar dignamente al Corazón de Cristo sin encontrarnos dentro de Él con la imperiosa exigencia divina de amar a los hombres como hermanos. Toda la inspiración interna de la *Gadium et Spes* se nutre de un alimento único, amor al mundo para llevarle a su plenitud, la salvación en Cristo de las personas y las cosas creadas.

6ª. En esta acción pastoral de amor al mundo tenemos que ser humildes y pobres ofreciendo lo que cada uno podamos cada día con esperanza y con amor, empezando por amar a la propia Iglesia Santa de Cristo y a todo cuanto ella nos enseña, porque de lo contrario no habrá paz ni reconciliación interior en el seno de la Iglesia, y si no la hay en la Iglesia mal podremos conseguirla en el corazón del mundo. El mensaje de Paray-le-Monial nos habla de sacrificio personal, de vida individual comprometida, de reparación propia, de dedicación total de nuestros afectos, de oblación plena de cada uno de nosotros, sin lo cual la continua apelación a la reforma de las estructuras, las denuncias proféticas, las increpaciones contra las injusticias sociales, etcétera –siendo, como pueden ser, necesarias–, corren el riesgo de reducirse a reivindicaciones sin amor, a acusaciones demagógicas, o a un mero combate terrestre sin trascendencia evangélica.

7ª. Pueden cambiar el lenguaje y determinadas expresiones, pero no el contenido sustancial de un culto y una devoción que cuenta con tres siglos de existencia y ha sido mil veces bendecida por la Iglesia, porque sus raíces fundamentales pertenecen al mismo Evangelio. Depuradas las expresiones en lo que deben depurarse, pensemos que, si se ama a Cristo, en el amor se encontrará gozo y consuelo, y Cristo fue el primero que en su existencia terrestre ofreció su amistad y la dulce mansedumbre de su Corazón a lo largo de la Iglesia, en la que Él vive, y puede el Señor renovar sus dones para aliviar las almas fatigadas de los hombres. Serán la propia Iglesia con su Magisterio y la santidad ejemplar de los instrumentos elegidos quienes nos garanticen la fiabilidad de la promesa renovada.

8ª. Lo más triste que nos podría suceder es que en el Año Santo no nos atreviéramos a hablar de santidad, quiero decir: que por miedo o respeto humano ante la contestación, dejáramos que se pierda en la penumbra del olvido y las incomprensiones una devoción que el pueblo necesita. Necesita ésta y otras que

la Iglesia ha aprobado. La religión de Jesús no es sólo para pequeños grupos, es para el pueblo, para la masa inmensa de los creyentes o de los que a tientas buscan a Dios. Es la muchedumbre de los pobres que no tienen otro consuelo más que el de sentir confianza en un Dios que les ama. Somos nosotros los responsables de presentar debidamente y con toda dignidad los caracteres y exigencias de esta devoción. Y a lo que no tenemos derecho nunca es a privar al pueblo de algo que para el pueblo ha sido instituido o aprobado. Mal servicio prestaremos al ecumenismo si disimulamos o encubrimos de manera vergonzante nuestras propias creencias. Como igualmente dejaríamos de ayudar a la juventud si nos limitamos a decir que los jóvenes de hoy son así, de éste o de otro modo, en una simple constatación sociológica. Es necesario decirles también cómo deben ser, con paciencia, sin arrogancia, pero con la clara firmeza de quien ofrece convicciones que nacen del Evangelio del Señor. Así obró Jesús con los jóvenes y con los adultos. Unos y otros estaban entre los que le oyeron predicar las bienaventuranzas. Les pedía todo, y apenas exigía nada para dejarles acercarse a Él. A cada paso nos dice el Evangelio: “con ocasión de un gran concurso de gentes, habiéndose reunido una gran muchedumbre, etc.”. Él buscaba al pueblo y a todos predicaba, y después vendría la transformación de las conciencias que habían recibido la semilla en tierra buena. Era su Corazón redentor el que obraba así. Y lo mismo sigue obrando hoy el adorable y bendito Corazón de Jesús.

EL CORAZÓN DE CRISTO Y LA SANTIFICACIÓN DEL PUEBLO CRISTIANO

Ponencia leída en el acto de clausura de la Semana de Teología Pastoral, celebrada en Valladolid, septiembre-octubre de 1975. Texto publicado en el volumen *El Corazón de Cristo en el mundo de hoy*, Apostolado de la Oración. Madrid 1976.

Muy ocupado estos días con diversos trabajos, no podía negarme a vuestra invitación. ¿Cómo voy a decir que no a una cosa que se me pide desde Valladolid y que se relaciona tanto con el Santuario Nacional de la Gran Promesa? Y más si me lo piden el P. Mendizábal y nuestro don Emilio, el Rector del Santuario. Muy a gusto por encontrarme entre vosotros, aquí, una vez más; lo único que siento, os lo digo de verdad, es que mi permanencia sea tan corta, que me impide disfrutar más tiempo de vuestra amistad.

Antes de nada, voy a empezar recordando algunos datos, que me parecen interesantes, como punto de partida de mi reflexión.

HECHOS SIGNIFICATIVOS

1. El primero, seguramente, ha sido objeto de referencia estos días en que habéis estado reunidos aquí. Por ahora hace un año, poco más o menos, nos encontrábamos en Paray-le-Monial celebrando el tercer centenario de las apariciones a Santa Margarita María de Alacoque. Éramos unos cuatrocientos obispos, sacerdotes, religiosos y laicos de todo el mundo. Muy bien lo recordará nuestro muy querido P. Mendizábal, no solamente testigo, sino protagonista activo en gran parte de aquellas jornadas. Nunca olvidaré las sesiones de trabajo, las conferencias, los coloquios que celebrábamos, unas veces a campo abierto en aquellos jardines preciosos, otras en salas cerradas, y aún más que nada, las Horas Santas en la Capilla de las Apariciones; horas que se iban celebrando noche tras noche, según los diversos grupos lingüísticos. La noche, por ejemplo, en que nos reunimos españoles y americanos, la de los alemanes, la de los italianos, la de los asiáticos. Es el mejor recuerdo que guardo de aquellos días de convivencia espiritual tan intensa; y dato curioso: cuando hablábamos con los obispos, sacerdotes y seglares de todo el mundo, pudimos llegar a la conclusión de que únicamente en dos países europeos se había acentuado, a lo largo de estos últimos años, una cierta crisis en relación con el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús: Francia y España. En los demás de Europa, y no digamos nada de los países americanos y asiáticos, la crisis no se había dejado sentir, aunque habían llegado, como es natural, hasta ellos, y no sólo en estos últimos años, sino ya antes, los ecos de la discusión teológica en torno a lo que significa este culto, sus raíces, su mayor o menor oportunidad, etcétera.

Tenían conocimiento de ello en seminarios y facultades teológicas, pero ni la jerarquía ni el pueblo católico, en estos países, habían sufrido la más mínima

alteración. Recuerdo la conversación, por ejemplo, con el cardenal de Irlanda del Norte y con el obispo de Essen, en Alemania. Se extrañaban cuando oían referir, con cierto detalle, actitudes que habían aparecido tan profusamente en España y Francia. Es un dato digno de tenerse en cuenta.

2. En relación con esto mismo y dentro del matiz que estoy tratando de dar a mi observación, me sorprendió gozosamente, cuando estaba ya preparándose de manera inmediata la celebración del Año Santo en que estamos, el Año Santo Romano, la carta pastoral de los obispos alemanes, dirigida a todos sus fieles, invitándoles a una preparación, que había que ir logrando dentro del año santo diocesano, el pasado, como disposición de ánimo para el que había de venir. En este documento se decía, por ejemplo, lo siguiente: «Exhortamos a todos nuestros hermanos en el sacerdocio a que de nuevo sean conscientes de su misión de primeros adoradores en sus comunidades y para sus comunidades, a ir por delante con su buen ejemplo, a participar en los Ejercicios Espirituales durante el año 1974-75 y a recitar las oraciones del breviario con especial alegría y responsabilidad». «Exhortamos a los religiosos a que con seriedad sigan a Cristo en el espíritu de los consejos evangélicos y retomen con nuevo celo a las tradiciones espirituales específicas de sus comunidades religiosas». «Exhortamos a todos los fieles a aplicarse en la oración personal a Dios para recuperar la oración cotidiana en las familias que la hubieran abandonado, y, sobre todo, a participar nuevamente con fidelidad en la Santa Misa dominical, si la indiferencia hubiera ocupado su puesto. El *viernes, día del Sagrado Corazón de Jesús*, debería convertirse en la jornada del retiro espiritual mensual, de la oración y meditación; donde sea posible, será bueno celebrar una o dos horas de adoración, a ser posible, en un momento adecuado para que puedan participar también aquellos que están ocupados en su profesión». «Es decir, como preparación a este Año Santo ya de carácter universal», los obispos alemanes exhortaban a su pueblo a vivir con fervor el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Hago estas observaciones para ponderar el sentido de interioridad espiritual en que camina la Iglesia, y no dejamos impresionar por lo que puede suceder más o menos transitoriamente en determinadas zonas de la misma. Lo mismo podríamos decir en relación con el Año Santo.

3. El Papa se ha referido varias veces al gozo que le está produciendo, en su espíritu de pastor universal de la Iglesia, la presencia de tantos y tantos peregrinos del mundo entero que van a Roma a rezar. Con ocasión de su onomástico, al hablar a los Cardenales de Roma, ponderaba esto con particular énfasis y se refería a esas muchedumbres innumerables que vienen a Roma sin otro valor más que el de su trabajo y su familia y vienen a rezar, a ponerse en contacto con Dios, a buscar el sentido trascendente de su vida, que encuentran haciendo esas peregrinaciones, buscando el recuerdo que puede derivarse de los mártires, de los confesores de la fe, de la presencia misma del Vicario de Cristo.

4. En uno de los últimos números de *La Civiltà Cattolica* y en otra revista francesa se ha comentado, como un dato enormemente significativo, el de la encuesta que se ha hecho en Alemania a los seminaristas mayores de todos los seminarios germanos, y que vienen haciéndola todos los años al clero. Van estudiando respuestas, actitudes, etc. Han subrayado de manera particular,

como digno de tenerse en cuenta, que el setenta por ciento de los seminaristas mayores de Alemania al contestar a la pregunta: ¿Qué es lo que juzgan más necesario en la Iglesia de hoy para el sacerdocio y también, en general, para la vida de los fieles?, han contestado: «El retorno a una mayor vida de oración». Y no es que ellos renieguen de la sociedad en que viven; al contrario, la aman porque a ella pertenecen, pero es muy significativo que estos jóvenes, inmersos en todos los valores y contravalores de la cultura contemporánea, en un mundo súper desarrollado, bien conocedores de los problemas que en la Iglesia se han estado agitando a lo largo de estos años, contesten que la necesidad mayor que se experimenta en la Iglesia es ésta: retorno a una mayor vida de oración.

Todo este conjunto de datos que presento aquí es como un punto de partida, para la reflexión que inmediatamente voy a hacer sobre el tema de que me habéis pedido hablaros. Tenemos que seguir valorando y aplicando cada vez más cuanto el Concilio Vaticano II nos pide, pero no será lícito jamás querer hacer esas aplicaciones olvidándonos de actitudes fundamentales, como son las que aparecen en ese cuadro de observaciones coincidentes en la necesidad de proclamar la vida interior del cristiano, sin la cual es imposible evangelizar por mucho que invoquemos el Concilio.

UN DOCUMENTO CONCILIAR OLVIDADO

Paso a desarrollar el tema: el Corazón de Jesús y la santificación del pueblo cristiano.

Hay un capítulo en la Constitución *Lumen Gentium*, del Concilio Vaticano II, que es el más olvidado, el menos comentado y, sin duda ninguna, el más importante operativamente hablando, dentro de nuestras preocupaciones pastorales. Todos los demás capítulos de esa Constitución sobre la Iglesia y todos los demás documentos conciliares quedarán frenados en su eficacia renovadora, si no se atiende a este capítulo V, que nos habla de la vocación de todos los cristianos a la santidad.

En este Concilio eminentemente pastoral, es aquí donde se habla de los agentes de la pastoral, como ahora se dice, y donde se afirma clarísimamente la vocación de todos a la santidad. Tenéis que permitirme que lea esos párrafos, incluso para compensar otros tan frecuentemente repetidos y para que salgan del olvido en que están éstos de tan soberana importancia en orden a la vida de la Iglesia. Dice así el Concilio Vaticano II: «La Iglesia, cuyo misterio expone este sagrado Concilio, es indefectiblemente santa, ya que Cristo el Hijo de Dios, a quien con el Padre y el Espíritu Santo, llamamos el solo Santo, amó a la Iglesia como a su esposa, entregándose por ella para santificarla, la unió a sí mismo como a su propio cuerpo y la enriqueció con el don del Espíritu para gloria de Dios. Por eso todos en la Iglesia, ya pertenezcan a la jerarquía, ya pertenezcan a la grey, son llamados a la santidad, según aquello del Apóstol, porque ésta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (LG 39).

«Nuestro Señor Jesucristo predicó la santidad de vida, de la que Él es maestro y modelo, a todos y a cada uno de sus discípulos de cualquier condición que fuesen. *Sed, pues, vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.* Envío a todos el Espíritu Santo que los moviera interiormente, para que amasen

a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas sus fuerzas, y para que se amen unos a otros como Cristo los amó. Los seguidores de Cristo, llamados por Dios, no en virtud de sus méritos, sino por designio y gracia de Él, y justificados en Cristo, Nuestro Señor, en la fe del bautismo, han sido hechos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y por lo mismo santos. Conviene, por consiguiente, que esa santidad que recibieron sepan conservarla y perfeccionarla en su vida con la ayuda de Dios. Les amonesta el Apóstol a que vivan como conviene a los santos y que, como elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, de benignidad, humildad, modestia, paciencia y produzcan los frutos del Espíritu para su santificación. Pero como todos tropezamos en muchas cosas, tenemos continua necesidad de la misericordia de Dios y hemos de orar todos los días: perdónanos nuestras deudas» (LG 40). Y sigue después hablando de la santidad en los diversos estados.

AFIRMACIONES FUNDAMENTALES

Es decir, resumiendo las ideas claves de estos párrafos, aparecen las siguientes afirmaciones:

- 1º. Todos estamos llamados a la santidad.
- 2º. Porque la Iglesia, como cuerpo, está unida a Cristo y nosotros somos la Iglesia, al estar unidos con Él, tenemos que estar participando de lo que es Él, que es santo.
- 3º. El modelo también es Cristo, iniciador y consumidor de la santidad de vida.
- 4º. Hay una causa operante inmediata en la vida del cristiano, el Espíritu Santo.
- 5º. Hay un hecho real, ontológico que es la santidad que tenemos en virtud de la unción del bautismo, por el que hemos sido hechos partícipes de la vida divina.
- 6º. Una consecuencia: al estar unidos, como cuerpo que es la Iglesia, a Cristo, al tenerle a Él como modelo, al dejarnos guiar por el Espíritu Santo como causa santificadora inmediata, y al ser consagrados en una acción que nace de nuestra filiación divina, lograda en el bautismo, hemos de procurar la santidad moral como servicio a Dios. A esto se refiere el Concilio con estas frases tomadas de San Pablo: misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia, etc. Y como quiera que caemos en tantas faltas, tenemos que decir: «Padre, perdónanos nuestras deudas». Actitud de arrepentimiento, actitud de vuelta hacia nosotros mismos, para renovar continuamente el encuentro con Dios, Padre de misericordia y del perdón, para seguir logrando purificaciones sucesivas que impidan nuestra desviación de ese Cristo, iniciador y consumidor de la santidad con que hemos sido lavados ya desde el bautismo, y a la que debemos aspirar continuamente como exigencia normal de la vida cristiana. Esto es lo que el Concilio pide a todos.

LA IGLESIA QUE SIEMPRE AMA

Ahora es cuando yo me hago una nueva pregunta, y doy un paso más en mi reflexión. ¿Para alcanzar esta santidad nos puede ayudar el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús?

Permitidme que no dedique ni un minuto a rebatir afirmaciones que lo pongan en duda. Prefiero discurrir y avanzar por otro camino. Un poco de contemplación ahora sobre el misterio de la Iglesia, sin entrar en excesivos análisis de ese misterio que no corresponden al momento, pero, por supuesto, en un intento de captar algo de lo que es el misterio de esta Iglesia, precisamente en nuestro tiempo, porque ahora es cuando nosotros la estamos viviendo, mientras nuestra existencia se desarrolla en este mundo. Y nos ha tocado vivir años difíciles por muchos conceptos: hay una turbación grande en los espíritus, y muchas veces cuesta enorme trabajo ver cómo puede hacerse compatible una actitud de serena confianza en todo lo que el misterio de la Iglesia representa y la marcha de los pueblos y los hombres por los caminos de este mundo atormentado.

Y, sin embargo, tenemos que superar esa dificultad para conciliar las dos cosas; porque en medio de lo que aparece hoy en la Iglesia: turbaciones, confusión, agitaciones; más aún, a pesar de que los hombres de la Iglesia somos también los que estamos ofreciendo motivos para la vacilación y el desconcierto, esta madre nuestra es hermosa, es la Iglesia santa de Cristo. Y cuando alguien pueda juzgarla, ya desde una perspectiva más lejana, libre de las implicaciones del tiempo, tendrá que confesar que esta Iglesia de nuestro siglo, lo que hacía o quería hacer en todo momento era amar, como dijo Pablo VI en uno de sus más memorables discursos al terminar el Concilio, era una Iglesia que amaba. No sabemos, a veces, expresar bien nuestro amor, pero ella sí; siempre lo expresa, incluso a través de las dificultades que ponemos los hombres. Esforzaos por percibir siempre la vibración íntima y el latido de un corazón que no se apaga: el de la Iglesia santa de Cristo. Por ejemplo, en medio de las dos guerras mundiales de nuestro siglo, la Iglesia ha tenido Sumos Pontífices, como Pío XI y Pío XII, los cuales sostuvieron, a pesar de tanto dolor y tanta tragedia, la esperanza de los hombres.

Pío XI, poniendo en la Iglesia los cimientos para una expansión misionera y para un trabajo apostólico, que daría frutos muy pronto en el mundo entero. Pío XII, ante cuya muerte el presidente Eisenhower exclamó: «Desde hoy el mundo es más pobre». Y hablo de los Pontífices, porque son la encarnación más visible de todo lo que la Iglesia tiene de fuerza misteriosa, de magisterio, de gobierno y de poder de santificación; pero con ellos tendríamos que hablar de las órdenes religiosas, de los sacerdotes a millares, y de tantas y tantas familias que en esta época, a la que me estoy refiriendo, han sido testigos veraces del Evangelio, no obstante los fallos y debilidades que les hayan acompañado.

Después, al producirse las guerras de las explosiones nacionalistas, en los países antes sometidos a los imperios coloniales, y cuando todo cruje en esas iglesias de Asia, África, etc., ahí se mantiene la Iglesia también, porque ama; y podemos presenciar el caso de estas religiosas dominicas españolas, que son mártires de su fe en nuestro siglo en el Congo ex belga, o de esos sacerdotes,

como aquel grupo de recién ordenados de Astorga, a los cuales tuve yo el gozo de enviar a Catanga.

Cuando el padre de uno de ellos me visitó con lágrimas en los ojos, porque toda su ilusión de padre de familia se veía desvanecida al comprobar que su hijo, una vez que cantó misa, se marchaba a Misiones, al fin terminó por decirme: «Señor obispo, he sufrido estos días, pero ya estoy contento, porque pienso que este hijo mío no se ha ordenado sacerdote para que yo esté con él, sino para la Iglesia, y la Iglesia es así, y le voy a decir una cosa que él no ha sabido hasta ahora. Desde que entró en el seminario, todas las semanas he estado llevando a la parroquia el aceite para la lámpara del Santísimo, porque yo, un pobre labrador sin cultura, poco podría ayudar a mi hijo, pero me parecía que le ayudaba mejor así, haciendo que brillara la luz de la lámpara junto al Santísimo, para que se convirtiera en luz de los pasos que mi hijo tenía que dar».

Este era un cristiano sencillo y elemental, pero sentía la Iglesia misionera con la misma grandeza con que la podía sentir el Papa, un obispo o una comunidad que hubiera nacido con este fin expreso.

La Iglesia ha seguido amando, y la Iglesia ama aún en la época de la juventud de nuestros días, en la juventud de ese París de mayo del 68. Esa juventud que nos desorienta, en la que no se ve ni la lógica del amor, ni del raciocinio, casi ni siquiera la de la protesta organizada, porque todo está sometido a contradicciones. Si la Iglesia se queda de momento como desconcertada, es porque ama y no quiere apagar la mecha que aún humea, donde quiera haya un poco de luz y de calor. Y ve actitudes extrañas que le hacen como temblar en sus entrañas maternas, y espera, espera mientras pueda esperar y mientras no haya algo que con la máxima urgencia la obligue a la repulsa. Espera porque ama.

SUS ENSEÑANZAS SOBRE EL CORAZÓN DE JESÚS

Pues bien, esta Iglesia del amor y la esperanza nos ha dicho por boca de sus Pontífices palabras orientadoras sobre la devoción y el culto al Corazón de Jesús:

León XIII: «La espiritualidad más segura y útil para todos».

Pío XI: «La mejor norma de vida».

Pío XII: «La más excelente manera de practicar el cristianismo».

Pablo VI: «El medio más eficaz para la renovación que el Concilio Vaticano II nos exige».

Y por eso el Corazón de Cristo nos introduce con espontánea naturalidad en el corazón de la Iglesia y sus misterios. La Eucaristía está alimentando a la Iglesia. Y la Eucaristía es un don del Corazón de Jesús.

De ahí que, prescindiendo de lo que pueda haber de deformaciones en la expresión externa de los modos de esta devoción y este culto, la raíz interior es tan profunda, que al ponernos a adorar al Corazón de Cristo estamos adorando

todo el misterio de la redención, tal como se produjo y tal como se desarrolla, activa y continuamente, en la vida de la Iglesia que ama, y se nos pide que amemos todo lo que Cristo nos ha dado: sus palabras de vida eterna, el don de su redención, la Eucaristía, sus enseñanzas, sus ejemplos: *aprended de Mí, que soy manso y humilde de Corazón*. Todo esto es amor, el Corazón de Cristo encarnado.

Ningún cristiano puede decir que ama a la Iglesia si no mantiene vivos estos amores: si se ama a Cristo y a la Iglesia, en Él y por Él, se entra fácilmente, con docilidad, en los dones del Espíritu Santo, en la corriente de lo que pide el culto al Corazón de Jesús, que es: reparación, consagración, confianza, caridad teologal, amor fraterno, amor de apostolado, inspirado en Dios mismo y en los ejemplos del Señor. Y ésta es la santidad de que nos habla el Vaticano II, porque las notas que yo he querido resumir al principio, cuando os hablaba sobre ese capítulo de la Constitución sobre la Iglesia coinciden con éstas que estoy diciendo: se nos dice que somos cuerpo unido a Cristo y por eso mismo ya somos santos y partícipes de la vida divina; que tenemos que revestirnos de entrañas de benignidad, de misericordia, de humildad, de docilidad, es decir, de una santidad moral, y ser dóciles a ese motor de vida interna que es el Espíritu Santo. Todo esto es lo que un cristiano contempla y vive fuertemente cuando sabe vivir la devoción al Corazón de Cristo.

Expiación de los propios pecados y por los de los demás. Consagración, entrega de la vida, puesto que ya está marcada por el bautismo. Confianza en un Dios que nos ama, puesto que tenemos que pedir constantemente perdón: *Padre, perdónanos nuestras deudas*; éstos son datos fundamentales en la devoción al Corazón de Jesús. De manera que no es una devoción y un culto alienante, no es culto para la evasión piadosa, para el sentimentalismo fútil y pasajero. Es, por el contrario, un culto que compromete a mucho, y si no ha sido presentado así muchas veces, el remedio no está en quitar ese culto, sino en presentarlo como se debe, para que pueda surtir todos sus provechosos efectos en el alma cristiana.

Lleva tres siglos de existencia en su forma actual; que en la otra, en lo que podríamos llamar la esencia del culto fundado en la Biblia y en la teología, culto que es, a la vez, a la persona de Cristo en toda su integridad, y a su sabiduría y amor infinitos, eso pertenece al momento mismo en que Jesucristo consuma la redención. Desde entonces se empezó a amar al Corazón de Cristo y se le empezó a dar culto, privada o públicamente, aunque adopte expresiones litúrgicas más oficializadas y plenas en ciertos momentos históricos, cuya fecha puede comprobarse en un momento dado; pero no es lo sustancial ese dato, ni siquiera el de la aparición, aun cuando venga a confirmarlo. Lo más importante es esa entraña viva de lo que es el Corazón de Cristo, ofreciéndonos en todo momento los dones de la redención. El hecho de que en cierto momento de la historia pueda aparecer, aunque sea por medio de revelaciones privadas, confirmando algo que pertenece a la más viva entraña del Evangelio, no tiene nada de extraño; por el contrario, podría muy bien interpretarse, de la misma manera que lo hacemos, cuando hablamos del progreso doctrinal en la ponderación de las mismas verdades, sobre las cuales, permaneciendo sustancialmente idénticas, admitimos, como es lógico, un crecimiento que va

lográndose con el tiempo en su expresión y asimilación. Lo mismo podemos decir de los hechos en que se fundamenta la vida interior del cristiano.

VIDA CRISTIANA ASCENDENTE

San Pablo, en sus cartas, insiste en que la vida cristiana es crecimiento. Son los dones del Espíritu Santo los que piden, por su propia naturaleza, un desarrollo sin límites, que no podrá terminar en este mundo y dentro de esta comunidad que es la Iglesia. El Señor puede utilizar caminos, los que sean, con tal de que el Magisterio de la Iglesia nos garantice su fiabilidad, para hacernos reflexionar más sobre determinados aspectos que vendrían a ser como un desarrollo de los dones, del gozo y de la paz que da el Espíritu Santo a los creyentes.

El que un culto y una devoción, particularmente, sean urgidos a partir de cierto momento histórico, entra dentro del desarrollo armonioso de lo que es la vida de una Iglesia que ama y que es amada. Ella está siempre recibiendo el amor de Jesucristo, y nutre a sus hijos para que ellos (como miembros del mismo cuerpo al que pertenecen los demás: sea una religiosa, sea un sacerdote, o sea una familia cristiana) comuniquen a todos lo que ellos experimentan. La Iglesia, repito, nos dirá, y en este caso lo ha dicho en infinidad de documentos, si aquello es fiable y tiene todas las garantías para merecer la adhesión de los creyentes, aunque se trate de una revelación privada. Las burlas y ligerezas en la crítica eso sí que son evasiones condenables. No se nos oculta que ha habido expresiones de esta devoción al Corazón de Jesús difícilmente compatibles con el deseo de perfección litúrgica que hoy nos anima. Pero, por favor, que tampoco se pida al pueblo, en su totalidad, que actúe en estos casos con un purismo académico, como si fuera ese pueblo un profesor de estética. Dejadle como se le deja en otros muchos aspectos de la vida, incluso culturales, puesto que es cultura lo que aparece en esas formas folklóricas donde tantas veces se dan de mano el arte, la poesía, la vida familiar, el apego a la tradición, la intuición poética. Dejadle que se exprese también, como tiene derecho a expresarse, en sus devociones y ayudadle siempre para que sean lo más perfectas posibles.

Sería lamentable que, por buscar una mayor adaptación de la Iglesia a las necesidades del mundo actual, fuéramos poco a poco vaciándonos del rico contenido de la fe y perdiendo los cauces por donde ésta discurre normalmente en la vida de la comunidad cristiana. Nunca debemos olvidar los vínculos tan estrechos que hay entre el misterio del Corazón de Cristo y la Eucaristía. Toda delicadeza es poca cuando hablemos de estas materias. El Corazón de Cristo está ahí, en los sacramentos, que nos mantienen y nos dan la vida. El corazón es el símbolo de esos dones y de la misma redención. Desvirtuar este culto o profanarlo con nuestras ligerezas, olvidándonos del deber que tenemos de expiación y consagración, podría tener consecuencias fatales para la vida cristiana. Nos iríamos vaciando cada vez más de interioridad, y entonces, el obligado compromiso que como cristianos hemos de tener para amar con amor evangélico al mundo en que vivimos, perdería motivación y consistencia.

PÉRDIDA DE LA INTERIORIDAD

Escuchad esta página del célebre teólogo **Von Balthasar**, en su libro *Seriedad de las cosas*. Finge un diálogo entre un comisario de un país comunista y un cristiano.

*«El comisario bien intencionado: —*Camarada cristiano, puede decirme, de una vez por todas, la verdad sin rodeos: ¿quiénes son ustedes, los cristianos? ¿Qué pretenden aún en nuestro mundo? ¿Cuál es, según ustedes, la razón de ser de su existencia? ¿Cuál es su misión?

*El cristiano: —*Por de pronto somos hombres como los demás, que colaboramos en la construcción del futuro.

*El comisario: —*Lo primero lo creo y lo segundo lo quiero esperar.

*El cristiano: —*Sí, desde hace poco tiempo estamos “abiertos al mundo” e incluso algunos de nosotros seriamente se han “convertido al mundo”.

*El comisario: —*Eso me suena a palabrería de curas. Mucho mejor sería que ustedes, “hombres como los demás”, se convirtieran en serio a una existencia digna del hombre. ¡Vamos al grano! ¿Por qué son todavía cristianos?

*El cristiano: —*Hoy somos cristianos adultos; pensamos y obramos por propia responsabilidad moral.

*El comisario: —*Quisiera esperarlo, ya que se la dan de hombres. Pero, ¿creen todavía en algo especial?

*El cristiano: —*Eso tiene poca importancia. Lo que importa es la palabra de la época. El acento se pone hoy en el amor al prójimo. El que ama a su prójimo, ama a Dios.

*El comisario: —*Caso que existiera. Pero como no existe, no lo aman.

*El cristiano: —*Lo amamos implícitamente, de manera no objetiva.

El comisario: —¡Ah! ¡Ah!, por lo visto la fe de ustedes no tiene objeto. ¡Adelante! La cosa se va aclarando.

*El cristiano: —*No, no es tan sencillo, ¿eh? Nosotros creemos en Cristo.

*El comisario: —*Algo he oído hablar de Él. Pero parece que históricamente se sabe de Él terriblemente poco.

*El cristiano: —*Así es. Prácticamente, nada. Por eso nosotros creemos menos en el Jesús histórico que en el Cristo del Kerigma.

El comisario: —¿Qué palabra es ésa? ¿Chino?

*El cristiano: —*No, griego, Significa el anuncio del mensaje. Nos sentimos impactados por el acontecimiento verbal del mensaje de la fe.

El comisario: —¿Y qué hay, al fin y al cabo, en ese mensaje?

El cristiano: —Depende de la manera como a cada uno lo impacta. A uno le puede anunciar el perdón de los pecados. Tal fue, en todo caso, la experiencia de la Iglesia primitiva. A ello hubo de ser estimulada por los acontecimientos en torno al Jesús histórico, del cual, a la verdad, no sabemos lo suficiente como para estar ciertos de que...

El comisario: —¿Y a eso llaman ustedes conversión al mundo? ¡Son los mismos oscurantistas de siempre! ¿Y con esa palabrería difusa quieren colaborar en la construcción del mundo?

El cristiano (jugando su última carta): —¡Tenemos a Teilhard de Chardin! ¡En Polonia ejerce ya gran influencia!

El comisario: —También nosotros lo tenemos y no necesitamos recibirlo de ustedes. Pero es admirable que por fin hayan llegado hasta aquí. Quiden de en medio todo ese fárrago místico que nada tiene que ver con la ciencia, y entonces podremos dialogar sobre la evolución. En las otras historias no me meto. Si ustedes saben tan pocas cosas sobre ustedes mismos, ya no son peligrosos. Y nos ahorran una bala. Tenemos en Siberia campamentos muy útiles, allí podrán demostrar su amor a los hombres y trabajar activamente en pro de la evolución. Ello daría mejor fruto que sus cátedras alemanas.

El cristiano (algo desilusionado): —Usted subestima la dinámica escatológica del cristianismo. Nosotros preparamos el advenimiento del reino de Dios. Nosotros somos la verdadera revolución mundial. *Egalité, liberté, fraternité*: tal es el origen de nuestra causa.

El comisario: —Lástima que otros hayan tenido que librar la batalla por ustedes. Pasada la refriega, no es difícil patrocinar la causa. El cristianismo de ustedes no vale un tiro de fusil.

El cristiano: —¡Usted ya es de los nuestros! Sé quién es usted, usted obra de buena fe, usted es un cristiano anónimo.

El comisario: —Nada de insolencias, joven. Ahora ya sé lo suficiente. Se han liquidado a ustedes mismos y así nos ahorran la persecución. ¡Pueden retirarse!»¹.

CONCLUSIÓN

¡Impresionante! Quitad lo que hay aquí de caricatura, a lo que obliga el estilo adoptado, y comprenderéis lo que estoy diciendo.

Respetemos el Concilio Vaticano II y tratemos de llevar a la práctica cuanto nos ha pedido. Hemos de vivir un cristianismo que, en efecto, nunca sea evasivo, ni alienante, pero se nos tacha de evasivos y alienantes por el hecho de detenernos en nuestros templos a rezar en silencio, ante el Sagrario y ante el Corazón de Jesús, o para cantar juntos *Cor Jesu sacratissimum, adveniat regnum tuum, regnum veritatis et vitae...*, gozando con la expresión colectiva de nuestra fe, de

¹ HANS URS VON BALTHASAR, *Seriedad con las cosas*, Salamanca 1968, 121-124.

la cual tantos bienes pueden brotar en la vida social. Hemos de amar las fórmulas sencillas que la Madre Iglesia, Madre para sus hijos débiles, movida por el Espíritu Santo, nos da, como si fuera leche de sus entrañas. El pueblo necesita realidades y símbolos, como los de ese Corazón de Cristo que dice a los cristianos: *Venid a Mí todos los que estáis cansados, que Yo os aliviaré. Mi carga es suave y mi yugo ligero.* Es lo que ofreció el Señor desde el principio: amistad de amigo, redención de Redentor, amor del amor infinito, confianza para sentirse perdonado, gracia para seguir adelante haciendo el bien, a pesar de todos los pesares; fortalecimiento para seguir amando fraternalmente a los demás y no cansarse y colaborar en todas las empresas apostólicas que la Iglesia le señale y que el mundo de hoy necesita. El pueblo lo encuentra, no en vanas fraseologías, sino en ese Corazón de Cristo, ante el cual se rinde conmovido y gozoso, porque le ve como una expresión clara, pura, hermosa, limpia de todo lo que es Cristo redimiendo a los hombres.

No sé decirlo de otro modo. Entendida la devoción y el culto al Corazón de Cristo, en toda la profundidad que encierra, el cristiano verá en ella, como dijo Pío XII, una síntesis preciosa de lo más esencial del cristianismo; entonces, vivámoslo y hagamos conciliable todo lo que nos pide este culto y esa devoción con lo que exige la atención que hemos de prestar a los hombres de hoy.

LA REALEZA DE JESUCRISTO

Conferencia pronunciada en Valladolid, el 1 de junio de 1979, en el acto de clausura del Congreso Teológico-Pastoral sobre «El Corazón de Jesús, principio y signo de unidad». Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, noviembre de 1979.

EVOCACIÓN

Quiero comenzar esta conferencia, que cierra el magnífico Congreso Teológico-pastoral dedicado al Corazón de Jesús, en esta ciudad castellana, cuna de la devoción a ese Corazón del Redentor en España¹, tan vinculada a mi vida y a mis primeras actividades pastorales, con tres evocaciones de los últimos Papas:

Era el 11 de octubre de 1962, en la apertura del Concilio Vaticano II, el XXI de los Concilios Ecuménicos celebrados por la Iglesia Católica, en uno de los actos más solemnes y más católicos –permitidme la expresión– de este siglo, con la asistencia de 2.500 obispos de todo el mundo. La voz del venerado Papa Juan XXIII, que había convocado aquella asamblea universal y que presidía personalmente su reunión inaugural, pronunció las palabras más bellas y profundas que se escucharon, en el aula conciliar, a lo largo de los cuatro años de duración del Concilio: «El gran problema, planteado al mundo, queda en pie tras casi dos mil años; Cristo, radiante siempre en el centro de la historia y de la vida; los hombres o están con Él y con su Iglesia, y en tal caso gozan de la luz, de la bondad, del orden y de la paz, o bien están sin Él y contra Él, y deliberadamente contra su Iglesia, con la consiguiente confusión y aspereza en las relaciones humanas y con persistentes peligros de guerras fratricidas».

Era el 29 de septiembre de 1963, en la reunión inaugural de la II Sesión del Concilio, bajo la presidencia del nuevo Papa, Pablo VI –Juan XXIII había marchado ya a la Casa del Padre a recibir el premio de siervo bueno y fiel, el 3 de junio de 1963, llorado por la Iglesia y por todos los hombres buenos–, quien había decidido continuar hasta su conclusión la obra del Concilio; en este primer discurso dirigido a los Padres Conciliares, de carácter programático, –en un determinado momento–, elevó el tono de sus palabras y mucho más la sublimidad del contenido de sus expresiones, al evocar a Nuestro Señor Jesucristo:

«Diremos con la Sagrada Liturgia: *Sólo a Ti te conocemos, Cristo; –a Ti– con alma sencilla y pura –llorando y cantando rogamos–, atiende a nuestros sentimientos* (Breviario Romano, Himno de Laudes, feria IV). Y, al clamar así, parece que se presenta Él mismo a nuestros ojos, extasiados y atónitos, con la insigne majestad del Pantocrátor de vuestras basílicas. Venerables Hermanos de las Iglesias orientales, y también de las occidentales. Y nos parece representar la figura de nuestro predecesor Honorio III adorando a Cristo en el

¹ Véase el libro del P. JOSÉ EUGENIO DE URIARTE, S.J.: *Principios del Reinado del Corazón de Jesús en España*, Bilbao 1972, especialmente pp. 61 y 62.

artístico ábside de la Basílica de San Pablo extramuros. El Pontífice, pequeño y casi aniquilado en tierra, besa el pie de Cristo, quien, imponente en sus dimensiones, cual Maestro de majestad regia, preside y bendice a la multitud congregada en la basílica, es decir, a la Iglesia. Nos parece que la escena se repite aquí, pero no en imagen diseñada o pintada, sino realmente, en nuestra asamblea, que reconoce a Cristo como principio y fuente de donde dimanan la Redención y la Iglesia, y a la Iglesia como efluvio y continuación terrena y misteriosa del mismo Cristo, de tal manera que nos parece contemplar la visión que San Juan describe en el Apocalipsis: *y me mostró el río de agua viva, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero* (Ap 22, 1). Es justo que este Concilio arranque de tal visión, o mejor, de esta celebración mística. Porque esta celebración confiesa que Nuestro Señor Jesucristo es el Verbo Encarnado Hijo de Dios e Hijo del hombre, Redentor del mundo, la esperanza del género humano y su único y supremo Maestro, Pastor, Pan de vida, nuestro Pontífice y nuestra hostia, único Mediador entre Dios y los hombres, Salvador de la tierra, el que ha de venir Rey de la vida eterna».

La tercera evocación se refiere al Papa Juan Pablo II –nuestro querido y venerado Pontífice que, en tan pocos meses, ha sabido ganarse el corazón y el amor de sus hijos, después de la muerte inesperada del llorado Juan Pablo I–, en la homilía de la Misa solemne de inauguración de su Pontificado, el día 22 de octubre del año pasado.

Todos recordamos con emoción el impacto de sus palabras que resuenan todavía en nuestros oídos y en nuestros corazones: «¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce *lo que hay dentro del hombre*. ¡Sólo Él lo conoce!».

REALEZA DE JESUCRISTO. SU FUNDAMENTACIÓN TEOLÓGICA

Sí, Cristo es el centro de la historia y del mundo; Cristo, Verbo encarnado, Hijo de Dios e Hijo del hombre. Redentor del mundo, único y supremo Maestro, Salvador de los hombres, el Rey de cielos y tierra. ¡A Él debemos abrir de par en par las puertas de nuestra vida, de nuestros corazones, de nuestras familias, de nuestras sociedades, de nuestra cultura y de nuestra civilización! A Él solo le corresponde el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos (Ap 5, 1).

La Realeza de Jesucristo, en cuanto reconocimiento de la supremacía y del poder que le corresponde sobre todo el universo y sobre todas las criaturas, aparece claramente en la Revelación y ha sido reconocida desde los orígenes de la Iglesia. En la fórmula del Credo, llamado niceno-constantinopolitano, que se recita en la celebración eucarística los domingos, días de fiesta y en ciertas solemnidades, aparece la frase *cuius regni non erit finis*², introducida por el Concilio de Nicea (325 p. C.).

² Tomada del Evangelio de San Lucas, 1, 33.

El conocido teólogo protestante O. Cullman recuerda que las «Actas de los mártires» están fechadas «bajo el Reinado de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dada la gloria»³.

Pero ha sido uno de los grandes Papas de nuestro siglo XX, Pío XI, el que dio realce a esta verdad cristiana, al instaurar la festividad de Cristo Rey, mediante la Encíclica *Quas Primas*, de 11 de diciembre de 1925, como remedio a lo que él llamó «peste de nuestro tiempo»: el «laicismo», que tal vez hoy designaríamos como «secularismo».

La evolución siguiente del curso de nuestra civilización y el desarrollo de los acontecimientos sociales y políticos posteriores, así como el nacimiento de ciertas corrientes teológicas, incluso dentro de la Iglesia Católica⁴, hacen más actual que en 1925 la afirmación y la profundización de la Realeza de Jesucristo.

La Encíclica *Quas Primas* fundamenta la Realeza de Jesucristo en dos títulos:

- *En la unión hipostática.* – «Por el solo hecho de la unión hipostática, Cristo tiene potestad sobre todas las criaturas»⁵
- *En el derecho de conquista adquirido por la Redención.* – «¿Qué cosa habrá para nosotros más dulce y suave que el pensamiento de que Cristo impera sobre nosotros, no sólo por derecho de naturaleza, sino también por derecho de conquista adquirido a costa de la Redención?»⁶

Santo Tomás de Aquino, en la *Summa*, al tratar del poder judicial que corresponde a Cristo, como consecuencia de su dignidad real, aduce otro título, muy querido a la teología escolástica: *por la gracia capital que le corresponde como Cabeza de la Iglesia* (III q.59 a.2).

Son de todos conocidos los textos de la Santa Escritura, en los que el Papa Pío XI apoya la atribución a Jesucristo del poder supremo y absoluto sobre el mundo y todas las criaturas. Recogemos, a continuación, algunos de los principales:

«Promulgaré el decreto del Señor:
Me dijo el Señor:
'Mi Hijo eres Tú: Yo te he engendrado hoy.
Pídeme y te daré las gentes en herencia,
y en posesión tuya los límites de la tierra"» (Sal 2, 7-9).

«Tu trono, oh Dios, permanece por los siglos de los siglos;
el cetro de tu reino es cetro de rectitud» (Sal 44, 7).

«Porque un niño nos ha nacido,
un hijo se nos ha dado,
el cual lleva, sobre sus hombros el Principado
y se llamará

³ Véase O. CULLMAN, *Les premières confessions de foi chrétienne*, citado por el P. Y. M. CONGAR, O.P., en *Jesucristo*, Barcelona 1966, 145 (nota 1). Véase asimismo *Actas de los Mártires*, texto bilingüe, por D. Ruiz Bueno, BAC 75, Madrid 1968, 943.

⁴ Véase *Iglesia y Secularización*, por J. DANIELOU y C. POZO, BAC Minor 23, Madrid 1971; y *Los movimientos teológicos secularizantes*, por varios autores, BAC Minor 31, Madrid 1973.

⁵ Véase el texto de la encíclica, en su traducción al español, *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, Acción Católica Española, 4.a ed., Madrid 1955, 113, número 11.

⁶ *Ibid.*, núm. 12.

el Admirable, el Consejero,
Dios-Poderoso,
el Padre del siglo venidero,
el Príncipe de la Paz.
Grande es su imperio y la paz no tendrá fin.
Se sentará sobre el trono de David
y poseerá su Reino
para restaurarlo y consolidarlo
por la equidad y la justicia
desde ahora y para siempre» (Is 9, 5-6).

«He aquí que concebirás en tu seno
darás a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.
éste será grande, y será reconocido como Hijo del Altísimo,
le dará el Señor Dios el trono de David su padre,
reinará sobre la casa de Jacob eternamente
y su Reinado no tendrá fin» (Lc 1, 31-33).

«Entonces dirá el Rey a los de la derecha:
“Venid, vosotros, los benditos de mi Padre,
entrad en la posesión del Reino que os tengo
preparado desde la creación del mundo”» (Mt 25, 34).

«Respondió Jesús: Mi Reino no es de este mundo.
Si de este mundo fuese mi Reino,
mis ministros lucharían para que yo no fuera entregado a los judíos.
Mas ahora mi Reino no es de aquí.
Le dijo, pues, Pilatos: ¿Luego, Tú eres Rey?
Respondió Jesús: Tú dices que yo soy Rey» (Jn 18, 36-37).

«Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra.
Id, pues, y predicad a todas las gentes,
bautizándolas en el nombre del Padre
y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 18-19).

«En estos últimos tiempos (Dios)
nos ha hablado por medio del Hijo
a quien constituyó heredero de todas las cosas» (Hb 1,1)

«Porque es menester que Él reine,
hasta que haya puesto a todos sus enemigos
debajo de sus pies» (1Cor 15, 25).

«Y de parte de Jesucristo, el testigo fiel,
el primogénito de los muertos
y el príncipe de los Reyes de la tierra» (Ap 1, 5).

«Y sobre su manto y sobre su muslo lleva escrito un nombre:
Rey de reyes y Señor de señores» (Ap 19, 16).

Se podría pensar que, después del Concilio Vaticano II, con el reconocimiento de la justa autonomía de las realidades temporales⁷, con su proclamación de la

⁷ Véase la Const. pastoral *Gaudium et Spes*, 36.

libertad religiosa en la esfera civil⁸ y con la formulación de la teoría de la secularidad por los teólogos radicales⁹, habrían perdido actualidad las enseñanzas de la Iglesia sobre la Realeza de Jesucristo, como señorío total y absoluto sobre todo el universo.

Es evidente que una cosa es la proclamación de la Realeza de Jesucristo, en su ejercicio plenario y escatológico, y otra muy diferente en su ejercicio durante la etapa temporal que va desde su ascensión a los cielos hasta la segunda venida –régimen terrestre de la Redención–, durante la cual hay que admitir la dualidad Iglesia-Mundo y comprobar la resistencia de las potestades del infierno y de la carne –profetizada por Jesús– a aceptar el yugo, suave para los humildes, de su dominio absoluto. El Reino de Jesucristo –como más adelante tendremos ocasión de exponer– no se identifica con ninguna forma de «teocracia», ni tampoco de «hierocracia», sino que acepta la autonomía relativa de las realidades temporales con sus propias leyes y valores, pues como afirmó el Maestro ante Pilatos: *Mi Reino no es de este mundo* (Jn 18, 36), y como nos enseña la Iglesia: *No quita los reinos mortales el que da los reinos celestiales*¹⁰.

Su Reino es espiritual y, en el estado actual de la economía de la Redención, no se impone por la fuerza, sino que atrae por el amor, respetando la libertad de los hombres y de los pueblos; pero su dominio es *universal y absoluto*, y no sólo sobre los fieles católicos, sino, como afirmó León XIII en su Encíclica *Annum Sacrum*, por la que anunció su decisión de consagrar el mundo al Corazón de Jesús: «Se extiende no sólo sobre los pueblos católicos y sobre aquellos que, habiendo recibido el bautismo, pertenecen de derecho a la Iglesia, aunque el error los tenga extraviados o el cisma los separe de la caridad, sino que comprende también a cuantos no participan de la fe cristiana, de suerte que bajo la potestad de Jesús se halla todo el género humano».

El Concilio Vaticano II ha confirmado en numerosos textos de sus documentos este señorío universal y absoluto de Jesucristo, como verdad que pertenece a la Tradición de la Iglesia y recogida en la Escritura. Vamos a seleccionar algunos de los pasajes que consideramos más expresivos al respecto.

En la Constitución ***Lumen Gentium*** (núm. 36), que es documento central del Concilio, se afirma lo siguiente: «Cristo, habiéndose hecho obediente hasta la muerte y habiendo sido por ello exaltado por el Padre (cf. Fil 2, 8-9), entró en la gloria de su reino. A Él están sometidas todas las cosas, hasta que Él se someta a Sí mismo y todo lo creado al Padre, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas (cf. 1Cor 15, 27-28). Este poder lo comunicó a sus discípulos, para que también ellos queden constituidos en soberana libertad, y por su abnegación y santa vida venzan en sí mismos el reino del pecado (cf. Rm 6, 12). Más aún, para que, sirviendo a Cristo también en los demás, conduzcan en humildad y paciencia a sus hermanos al Rey, cuyo servicio equivale a reinar. También por

⁸ Véase la Decl. *Dignitatis humanae*, 1 y 2.

⁹ Véanse, entre otros. *Radical Theology and the Death of God*, de ALTIZER y HAMILTON, trad. española. Nopal 1966; *The secular city. Secularization and urbanization in theological perspective*, por HARVEY COX, New York, traducción española, Barcelona 1968; la conocida obra del Obispo anglicano ROBINSON; *Honest to God*, editada en español por Ariel, Barcelona 1969; *La muerte de Dios. La cultura de nuestra era poscristiana* por G. VAHANIAN, Barcelona 1968.

¹⁰ Véase el himno *Crudelis Herodes*, in off. Epiph., cit. por Pío XI en la Encl. *Quas Primas*, núm. 15.

medio de los fieles laicos el Señor desea dilatar su reino: "reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz" (*Misal Romano*, del Prefacio de la Fiesta de Cristo Rey). Un reino en el cual la misma creación será liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios (cf. Rm 8, 21)».

En la Constitución pastoral ***Gaudium et Spes*** se recogen las enseñanzas de la Tradición sobre el señorío de Cristo con estas palabras (núm. 45, 2): «El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, Hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: *Restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra* (Ef 1, 10)».

En el Decreto ***Apostolicam actuositatem***, sobre el apostolado de los seculares, se afirma lo siguiente: «La Iglesia ha nacido con este fin: propagar el Reino de Cristo en toda la tierra para gloria de Dios Padre y hacer así a todos los hombres partícipes de la Redención salvadora y, por medio de ellos, ordenar realmente todo el universo hacia Cristo» (número 2, 1).

Pudiera parecer, con una visión superficial, que el reconocimiento de la libertad religiosa en la sociedad civil, como un derecho de la persona humana, en el sentido reconocido por el Concilio Vaticano II en su Declaración *Dignitatis Humanae*, viene a suponer una limitación al señorío universal y absoluto de Jesucristo, como Rey del Universo. Y, sin embargo, si se estudian con serenidad y ponderación los términos de ese reconocimiento de la libertad religiosa por el Concilio, suponen una confirmación de la Realeza de Jesucristo.

La declaración *Dignitatis Humanae* delimita perfectamente el sentido de la libertad religiosa, al manifestar que «se refiere a la inmunidad de coacción en la sociedad civil» (núm. 1, 3), de tal manera que «todos los hombres deben estar inmunes de coacción, tanto de personas particulares como de grupos sociales y de cualquier potestad humana» (núm. 2,1), de forma «que en materia religiosa ni se obligue a nadie a obrar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella en privado o en público, solo o asociado con otros, dentro de los límites debidos» (ibíd.).

Se trata, por tanto, del reconocimiento práctico, en la vida social, del derecho de la persona humana al ejercicio de su libertad en materia religiosa, que afecta a la intimidad inviolable de su propia conciencia y a su responsabilidad moral intransferible en la búsqueda de la verdad, en una de las cuestiones más fundamentales de su existencia; así como del respeto a la naturaleza intrínseca del acto de fe, que es un obsequio racional y libre de cada hombre (núm. 10).

Pero este reconocimiento no disminuye un ápice la obligación de cada hombre de aceptar el señorío de Cristo y la verdad que viene de Él, en cuanto es o puede ser conocida por su recta conciencia. Por eso el Concilio deja a salvo –como no podía ser de otra manera– «la doctrina tradicional católica acerca del deber

moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo» (núm. 1, 3).

Más aún, después de haber reconocido el derecho no sólo de las personas individuales, sino también de las comunidades religiosas, en general, a la libertad religiosa, lo cual comprende no sólo la inmunidad de coacción en el ejercicio del culto privado, sino también del culto público –dentro de las justas exigencias del orden público– y en el ejercicio de la enseñanza y en la profesión, de palabra o por escrito, de su fe, así como la libertad de reunión y asociación¹¹; cuando hace referencia al derecho y a la libertad de la Iglesia Católica lo fundamenta en un mandato positivo de Dios (núm. 14): *Enseñad a todas las gentes* (Mt 28, 19); y reconoce explícitamente las exigencias del Reino de Cristo, aunque advierte que «no se defiende a golpes, sino que se establece dando testimonio de la verdad y prestándole oído, y crece por el amor con que Cristo, levantado en la cruz, atrae a los hombres a sí mismo» (ibíd., núm. 11, 1).

En resumen, el Concilio Vaticano II, lejos de suponer una rectificación de las enseñanzas de la Tradición sobre el Reino de Cristo, supone la más solemne y universal declaración de la Iglesia Católica sobre las exigencias de su poder y de su gloria y sobre la naturaleza de su Reinado, en todos los siglos de la historia, ya que como afirmó el propio Concilio: «La Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye, en la tierra, el germen y el principio de ese reino. Y, mientras ella paulatinamente va creciendo, anhela simultáneamente el reino consumado y con todas sus fuerzas espera y ansía unirse con su Rey en la gloria» (Const. *Lumen Gentium*, 5, 2).

LOS ESTADIOS DEL REINO DE JESUCRISTO

El Reino de Jesucristo en el mundo se inició con su primera venida al ser concebido, en cuanto hombre, el Verbo de Dios, en las entrañas de María (Lc 1, 26-38), aunque al día siguiente de la caída la promesa hecha por Dios de un Redentor (Gn 3,15) constituyó una anticipación de su Reino, inaugurándose lo que se ha llamado por algún teólogo como «la edad de la gracia del Cristo Redentor prometido»¹².

Pero fue, efectivamente, con la entrada del Verbo de Dios en el tiempo, al hacerse hombre y plantar su tienda entre nosotros (Jn 1,14) después de los siglos de espera, cuando se inauguró visiblemente su Reino Mesianico, según el anuncio del Ángel: *He aquí que tú concebirás un hijo y le darás el nombre de Jesús. El será grande y será llamado el Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre; Él reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su Reino no tendrá fin* (Lc 1, 32-33).

Y fue, después de la Pasión, Muerte, Resurrección, Ascensión a los cielos de Jesucristo y del envío del Espíritu Santo a sus discípulos, reunidos en el

¹¹ Véase la citada Declaración, núm. 4.

¹² Véase CARD. JOURNET, *L'Eglise du Verbe Incarné. Essai de Théologie de l'Histoire du Salut*, Ed. Desclée de Brouwer 1969, 264.

cenáculo, cuando implantó definitivamente, con el precio de su sangre, su Reino que no es de este mundo, pero que está en el mundo, aunque su consumación plena y gloriosa se realizará más allá del tiempo, al final de la historia, cuando todas las cosas sean recapituladas en Cristo (Ef 1, 10), y Dios sea todo en todas las cosas (1Cor 15, 28).

El Reino de Cristo tiene, por tanto, dos estadios:

Uno, el del Reino peregrinante y crucificado, desde la Ascensión hasta la segunda venida. El «ya sí, pero todavía no». Es la era del Espíritu Santo.

Y otro, el de la Consumación más allá del tiempo y de la historia (escatología)¹³.

No son dos Reinos, sino dos fases de un único Reino. Es el Reino inaugurado en la noche de la fe y que se manifestará plenamente el día de la visión (1Tim 6, 14-16). El Reino de Cristo está «en el mundo»; pero «no es del mundo» (Jn 15, 18-19. 36).

Es la gran paradoja del Reino de Cristo, y que constituyó el gran escándalo para los judíos de su tiempo, que esperaban a un Mesías vencedor de los romanos y liberador político de la tierra de Israel de la dominación extranjera; e incluso para sus propios discípulos hasta que fueron iluminados por el Espíritu Santo (Mt 16, 21-23; Mc 8, 31-33; Lc 24, 21-27).

Es cierto que la soberanía de Cristo es plena y total, desde el mismo instante de su encarnación, pero su ejercicio pleno y universal es escatológico.

Jesucristo, en su vida mortal, rehuyó toda apariencia de poder de tipo temporal (Mt 4, 8; 26, 52-55; Mc 10, 42; Lc 22, 25ss; Jn 13, 12ss); se retiraba de las muchedumbres cuando querían proclamarle Rey (Jn 6, 15) y como entonó San Pablo, en su himno en la Epístola a los Filipenses, se anonadó a sí mismo, tomando forma de esclavo (*semetipsum exinanivit formam servi accipiens*) (Fil 2, 7) y fuera de ciertos momentos excepcionales de su vida en los que manifestó su poder divino (Jn 2, 1-11) y el esplendor de su gloria (Mt 17, 1-9; Mc 9, 2-9; Lc 9, 28-36) para que creyeran en Él sus discípulos, y como testimonio de su misión mesiánica (Mt 13, 53-58; Mc 6, 1-6; Lc 4, 16-30), se hizo en todo semejante a los hombres, en su porte exterior y en su forma de vida. Merece también citarse como excepción, su entrada triunfal en Jerusalén, aunque su intención era presentarse con humildad y mansedumbre.

Sí, el Hijo de Dios vino a este mundo, pero no como el Rey-Mesías, victorioso y dominador, sino como Rey peregrino y crucificado¹⁴, como el Siervo de Yahvé, según la sublime profecía de Isaías (Is 42, 53), o como el Justo «abandonado» por su Dios (Sal 21), antes de ser para siempre Rey resucitado y glorificado, sentado a la diestra del Padre, Rey de reyes y Señor de señores (Ap 17, 14) y que volverá a la tierra, en el último día, sobre las nubes del cielo, con gran poder y majestad (Mt 24, 30-31; Mc 13, 26-27; Lc 21, 27), para juzgar a todos los

¹³ Véase la obra antes citada del CARDENAL JOURNET, p. 639s. Y también el libro antes citado del P. YVES M. CONGAR, O.P. *Jesucristo, Nuestro Mediador, Nuestro Señor*, 143s.

¹⁴ Merece destacarse la observación que hace un teólogo moderno de que «el título de Rey aparece en el Nuevo Testamento casi exclusivamente en el contexto de la pasión». MANUEL M. GONZÁLEZ GIL, *Cristo, el Misterio de Dios. Cristología y Soteriología*, BAC 381, Madrid 1976, vol. II, 448.

hombres y a todos los pueblos (Mt 25, 31-46). Y la Iglesia, su Esposa de sangre, no podía tener una condición distinta de su Divino Esposo, durante su peregrinación terrena.

El Concilio Vaticano II expone esta idea con frases bellísimas: «Pero como Cristo realizó la obra de la Redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está destinada a recorrer el mismo camino, a fin de comunicar los frutos de la salvación a los hombres. Cristo Jesús, *existiendo en la forma de Dios...*, se anonadó a Sí mismo, tomando la forma de siervo (Fil 2, 6-7), y por nosotros se hizo pobre, siendo rico (2Cor 8, 9), así también la Iglesia, aunque necesite medios humanos para cumplir su misión, no fue instituida para buscar la gloria terrena, sino para proclamar la humildad y la abnegación, también con su propio ejemplo. La Iglesia “va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios”¹⁵, anunciando la cruz del Señor hasta que venga (cf. 1Cor 11, 26). Está fortalecida con la virtud del Señor Resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos» (Const. *Lumen Gentium*, 8, 3).

La Iglesia, por tanto, «no alcanzará su consumada plenitud sino en la gloria celeste, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas (cf. Hch 3, 21) y cuando, junto con el género humano, también la creación entera, que está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin, será perfectamente renovada en Cristo (cf. Ef 1, 10; Col 1, 20; 2P 3, 10-13)»¹⁶.

La Iglesia es, por tanto, un Reino peregrinante y crucificado, antes de ser transfigurado y glorificado, con su Rey y Salvador, Cristo Jesús, al final de los tiempos.

El Reino ha comenzado ya; el Reino consumado no tendrá una diferencia de naturaleza, sino de grado. «La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, a nosotros (cf. 1Cor 10, 11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada, y en cierta manera se anticipa realmente en este siglo, pues la Iglesia, ya aquí en la tierra, está adornada de verdadera santidad, aunque todavía imperfecta. Pero mientras no lleguen los cielos nuevos y la tierra nueva, donde mora la justicia (cf. 2P 3, 13), la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, pertenecientes a este tiempo, la imagen de este siglo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas que gimen con dolores de parto al presente en espera de la manifestación de los hijos de Dios (cf. Rm 8, 19-22)»¹⁷.

LA DUALIDAD IGLESIA-MUNDO (LAS DOS CIUDADES)

El genio teológico de San Agustín supo expresar, en frases lapidarias, el misterio de la historia y la oposición irreductible entre el Reino de Cristo, en su fase peregrinante en la espera de su segunda venida, y el señorío del Príncipe de

¹⁵ SAN AGUSTÍN, *De Civ. Dei*, XVIII, 51,2: BAC 172, 529; PL 41, 614.

¹⁶ Const. *Lumen Gentium*, 48, 1.

¹⁷ *Ibíd.*, 48, 3.

este mundo: «Dos amores fundaron dos ciudades, a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial. La primera se gloria en sí misma, y la segunda en Dios, porque aquélla busca de los hombres la gloria; y ésta tiene por máxima gloria a Dios, testigo de su conciencia. Aquélla se engríe en su gloria y ésta dice a su Dios: *Tú eres mi gloria y el que me hace ir con la cabeza en alto*»¹⁸.

La noción agustiniana de las dos ciudades o de los dos reinos es completamente distinta de las nociones gnósticas y maniqueas que las consideraban como dos creaciones antagónicas de un Dios bueno y de un Dios malo, idénticos en poder y en fuerza. San Agustín se inspira, sobre todo, en el Evangelio de San Juan, en donde se opone el Verbo encarnado, Jesucristo, al Príncipe de este mundo, pero con la seguridad de la victoria final de Jesús, porque *contra Mí no tiene poder alguno* (Jn 14, 30), y, también, en el Apocalipsis, en la lucha del dragón contra la mujer y contra la descendencia de la mujer (12, 1-17); y el contraste entre Babilonia, *la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra* (Ap 17 y 18), y la nueva Jerusalén, la ciudad santa, descendida del cielo, junto a Dios (ibíd., 21, 1), la mansión de Dios con los hombres, la esposa del Cordero, iluminada por la gloria de Dios y cuya antorcha es el Cordero (ibíd., 21, 23).

Para San Agustín, «la Ciudad de Dios que peregrina en este mundo» es la Iglesia¹⁹, pero no llega a identificar sin más a la «ciudad impía», a la ciudad mala, en donde el diablo reina, con la ciudad meramente terrena, con los Estados temporales, con los reinos de este tiempo, con lo que posteriormente se ha venido a llamar «realidades temporales», o también «mundo», entendido, como nos indica el Concilio Vaticano II, como «la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades entre las que ésta vive; el mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias»²⁰.

Por esa razón se puede hablar de tres ciudades, como hace el Cardenal Journet, comentando a San Agustín²¹: la «Ciudad de Dios» y la «Ciudad del Diablo» – desde el punto de vista espiritual–, y la «Ciudad humana», desde el punto de vista de las realidades temporales, con fines intermedios y relativos.

Conviene tener en cuenta, siguiendo al Concilio Vaticano II y a una recta teología y filosofía de las realidades humanas, que esas realidades tienen una legítima autonomía, es decir, que gozan de sus propias leyes y valores, están dotadas por el Creador de consistencia, verdad y bondad propias²².

En el estadio actual del Reino de Cristo, éste no impone su Realeza sobre las criaturas mediante el ejercicio del poder, sino que respeta la libertad del hombre y la autonomía de la creación, cuyo campo de actuación es la historia. Por eso, aunque el señorío de Cristo es total y universal, en el régimen terrestre de la

¹⁸ Véase *Obras de San Agustín*, vol. XVII. *La Ciudad de Dios*, edición preparada por S. Santamarta y M. Fuertes, O.S.A., BAC 172, Madrid 1978, p. 137 (lib. XIV, capítulo 28).

¹⁹ Véase *La Ciudad de Dios*, ed. cit. vol. II, BAC 172, 216 (lib. XV, cap. 26).

²⁰ Const. past. *Gaudium et Spes*, 2, 1: Es evidente que la palabra «mundo», en la Sagrada Escritura y en la tradición cristiana, tiene también un sentido peyorativo, que se confunde con el dominio de Satanás. Así, en el Evangelio de San Juan 17, 14. 15 y 25; en la primera Epístola de San Juan 2, 15-17; 4, 5; 5, 19.

²¹ Véase obra citada en la nota 12, p. 70 s.

²² Véase *Gaudium et Spes*, 36.

Redención –como ya hemos indicado– antes de su segunda venida, admite la dualidad de la Iglesia y del mundo (como conjunto de realidades temporales autónomas). La Iglesia y el mundo están sometidos de derecho a Jesucristo, pero de distinta manera.

Las relaciones entre la Iglesia y el mundo, entre la Iglesia y la sociedad temporal, deben ser de distinción de esferas, de respeto de sus ámbitos propios de actuación, de independencia, cada una en su propio terreno; pero, al mismo tiempo, de legítima cooperación, puesto que ambas están al servicio de la vocación personal y social del hombre, en su vocación integral, aunque, por distinto título, y la persona humana, a la cual deben servir, es un sujeto único, en su esencia ontológica y en su vida existencial, abierta a la trascendencia.

Por eso la palabra «separación» –dejando a un lado el sentido peyorativo de recuerdos de luchas y controversias pasadas– no refleja el esquema ideal de las relaciones entre la Iglesia y la comunidad civil y política.

La recapitulación de todas las realidades temporales, de la creación y de la historia, en todo lo que tiene de bueno y de positivo, se realizará en Cristo, que ejercerá escatológicamente su soberanía universal²³.

Pero la Iglesia no ha recibido la Realeza universal y cósmica de Cristo, aunque participe de ella en cierto grado. La Iglesia sólo puede actuar en el cosmos a través del hombre, salvo en el misterio de la «transubstanciación» eucarística, en que el pan y el vino –elementos naturales, representativos de la creación, aunque elaborados por el hombre– se convierten en el cuerpo y sangre de Cristo, como un anuncio de la recapitulación de todas las cosas en Él²⁴.

El Papa Pío XII, en dos discursos muy importantes de su magisterio, expuso con profundidad doctrinal y aguda comprensión de la historia de la Iglesia y de la sensibilidad de nuestra época, cuál era la acción de la Iglesia en la formación del hombre completo y su influencia en la construcción de la convivencia humana²⁵.

El Concilio Vaticano II ha dedicado a este tema uno de sus documentos más importantes, la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, sobre «la Iglesia en el mundo actual».

Es evidente que la Iglesia –dejando a un lado intervenciones históricas, en el ámbito de la sociedad civil, que sólo pudieron justificarse por razones de suplicia, o que, en determinados casos, respondían a concepciones equivocadas sobre su misión en la esfera temporal– no tiene una misión de orden político, económico o social²⁶.

Toda asimilación de la Iglesia a una fuerza u organización política, social o sindical, cualquiera que sea la concepción teológica en que pretenda inspirarse, falsea su naturaleza específica y altera la misión que Dios le señaló. Pero esto

²³ Véase Y. M. CONGAR, obra citada en la nota 13, p. 174.

²⁴ *Ibid.*, p. 174, nota 61.

²⁵ Véase el discurso de 20 de febrero de 1946, a los nuevos Cardenales; y el discurso de 7 de septiembre de 1955, al X Congreso Internacional de Ciencias Históricas, en *Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios*, 7ª ed., Acción Católica Española, Madrid 1967, tomo I, 220-227 y 528-535, respectivamente.

²⁶ Véase Const. pastoral *Gaudium et Spes*, 42, 2.

no quiere decir, ni mucho menos, que del cumplimiento de su misión religiosa no se deriven «funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana, según la ley divina»²⁷. Más aún, como afirmó el propio Concilio en otro documento²⁸: «La obra redentora de Cristo, aunque de suyo se refiere a la salvación de los hombres, se propone también la restauración de todo el orden temporal. Por ello, la misión de la Iglesia no es sólo ofrecer a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, sino también el impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico»²⁹.

El Papa Juan Pablo II, en su primera Encíclica *Redemptor Hominis*, después de haber expuesto el Misterio de la Redención en su *dimensión divina* –«la Redención del mundo, ese misterio tremendo del amor, en el que la creación es renovada, es, en su raíz más profunda, la plenitud de la justicia en un corazón humano: el Corazón del Hijo Primogénito, para que pueda hacerse justicia de los corazones de muchos hombres, los cuales, precisamente en el Hijo Primogénito, han sido predestinados desde la eternidad a ser hijos de Dios y llamados a la gracia, llamados al amor» (núm. 9, 1)– y en su *dimensión humana* –«el hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra en el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente. Por esto precisamente, Cristo Redentor... revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es, si se puede expresar así, la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión, el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad» (número 10, 1)–, *considera la actitud y la actuación de la Iglesia en relación al hombre «real», «concreto», «histórico» y su situación en el mundo contemporáneo*, partiendo de la afirmación del Concilio de que «mediante la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre» (Const. past. *Gaudium et Spes*, 22).

Es impresionante la fuerza y la reiteración de la solicitud del Papa Juan Pablo II por el hombre –«este hombre es el camino de la Iglesia...»–, siguiendo la más genuina tradición de la Iglesia, renovada por el Concilio Vaticano II y por los últimos Papas.

Se trata de un «humanismo cristocéntrico», que parte de Cristo para llegar al hombre y hacer extensivos a todos los hombres los frutos de la Redención de Cristo, no sólo en su proyección sobrenatural y trascendente, sino también, aunque no esencialmente, en su proyección humana y temporal, porque la Iglesia es y «debe ser consciente también de todo lo que se opone al esfuerzo para que la vida humana sea cada vez más humana, para que todo lo que compone esta vida responda a la verdadera dignidad del hombre» (Encl. *Redemptor Hominis*, núm. 14, 3).

La Iglesia ejerce de esta forma su participación en la Realeza de Cristo, que no vino a ser servido, sino a servir (Mt 20, 24-28), y cuya soberanía no se manifiesta, en este mundo, como la de los reyes y jefes de la tierra, que hacen sentir su

²⁷ *Ibíd.*

²⁸ *Ibíd.*

²⁹ Véase Decreto *Apostolicam Actuositatem*, 5.

dominación, sino como la de un servidor humilde, que se pone a los pies de todos en actitud de servicio (Lc 22, 24-27).

La Iglesia, siguiendo el ejemplo de su Señor Crucificado, no pretende dominar por la fuerza, ni por el prestigio humano, sino por el amor y el servicio a los hombres, a todos los hombres y a todo el hombre; y así también los hombres llegarán a participar del *munus regale* de Cristo mismo, ejerciendo su «dominio» sobre el mundo visible, liberados de todas las servidumbres, cuya fuente y origen es el pecado³⁰, extendiendo el Reino de Cristo –a quien servir es reinar–, *Reino de verdad y de vida. Reino de santidad y de gracia. Reino de justicia, de amor y de paz*³¹.

REINO DE CRISTO Y «LIBERACIÓN HUMANA».

LA TENTACIÓN DEL SECULARISMO

Este servicio de la Iglesia al hombre, este ejercicio del poder real, transmitido a la Iglesia por el mismo Jesucristo –su Fundador, su Cabeza, su Sustentador, su Redentor³²–, que se proyecta sobre todas las realidades humanas, porque aunque no debe identificarse el progreso temporal con el desarrollo del Reino de Cristo, sin embargo –como nos enseña el Concilio–, «el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al Reino de Dios»³³, debe partir de una auténtica evangelización, es decir, del anuncio del nombre, de la vida, de las promesas, del Reino, del misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios³⁴.

En este sentido se deben entender las palabras de Pío XI: «La Iglesia no evangeliza civilizando, sino que civiliza evangelizando»³⁵.

La Iglesia no podrá prestar su servicio propio y específico al hombre y a la humanidad, no podrá ayudar eficazmente a la liberación de todas las formas de servidumbre que encadenan a millones de seres humanos en nuestro tiempo si reduce su misión a las dimensiones de un proyecto puramente temporal –económico, social, político, cultural– con perspectivas exclusivamente antropocéntricas, sino que debe presentarse como «sujeto social de la responsabilidad de la verdad divina» (Encíclica *Redemptor Hominis*, 19, 1), considerando que «el sentido de responsabilidad por la verdad es uno de los puntos fundamentales del encuentro de la Iglesia con cada hombre, y es igualmente una de las exigencias fundamentales que determinan la vocación del hombre en la comunidad de la Iglesia»³⁶.

³⁰ Const. pastoral *Gaudium et Spes*, 13.

³¹ Véanse Const. *Lumen Gentium*, 36; Prefacio de la Misa de Cristo Rey, y Encíclica *Redemptor Hominis*, 16.

³² Véase Encl. *Mystici Corporis Christi*, de S.S. Pío XII, de 29 de junio de 1943.

³³ Const. past. *Gaudium et Spes*, 39.

³⁴ Véanse *Evangelii nuntiandi* (núm. 22), de PABLO VI, 8 diciembre 1975, y discurso de JUAN PABLO II, en la inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 28 enero 1979 (1, 2).

³⁵ Palabras cit. por Y. M. CONGAR, O.P. en la obra. *Jesucristo*, 161. Véase nota 13.

³⁶ Encl. *Redemptor Hominis*, núm. 19, 6.

«La Iglesia de nuestros tiempos –como nos exhorta Su Santidad Juan Pablo II– guiada por el sentido de responsabilidad por la verdad, debe perseverar en la fidelidad a su propia naturaleza, a la cual toca la misión profética que procede de Cristo mismo: *Como me envió mi Padre, así os envío yo... Recibid el Espíritu Santo* (Jn 20, 21 ss)»³⁷.

Hay un equívoco entre la *legítima secularidad*, tal como la proclamó el Concilio Vaticano II³⁸, y el *secularismo radical* de ciertas tendencias culturales, sociales y políticas de nuestro tiempo, que incluso ha penetrado con ciertas matizaciones y adaptaciones en teólogos y pensadores de confesiones cristianas, no católicas, y también en algunos teólogos y pastoralistas católicos³⁹.

El tema es profundo y complejo y no podemos abordarlo en estos momentos en toda su dimensión; pero sí quisiéramos destacar que el «secularismo», en el fondo, constituye una negación, más o menos radical, del Reino de Cristo, y constituye uno de los intentos con que, a lo largo de la historia del mundo, los hombres han pretendido construir la ciudad terrestre frente a la Ciudad de Dios.

Hoy estamos asistiendo al intento consciente y sistemático de sustraer todas las esferas de la vida humana, hasta el núcleo más íntimo de la conciencia personal, de la influencia de Dios, de tal forma que la existencia del hombre sobre la tierra se desarrollase como si Dios no existiera.

Es cierto que algunas formas de secularismo actual son reformulaciones del liberalismo decimonónico, presentadas con argumentos más sutiles y sofisticados, que sólo pretenden eliminar la influencia de la religión y de la Iglesia de esferas políticas, sociales y culturales públicas, pero no tratan directamente de eliminar el influjo religioso de la esfera personal, familiar y privada, como opción individual y libre, aunque confunden el aspecto formal y jurídico de la «confesionalidad» del Estado con la presencia de la Iglesia y de la religión en la vida social y cultural.

Esta tendencia trata de separar la influencia de la fe del ámbito de la civilización, y rechaza el concepto de «civilización cristiana» y de «pueblo cristiano», porque parte de la concepción de una autonomía total de las realidades temporales respecto de la Iglesia. Lo más grave de esta tendencia es que es compartida por eclesiásticos y seculares católicos y que sirve de criterio de orientación pastoral en ciertos sectores eclesiales.

Para los partidarios de esta separación no tiene sentido que los Pastores de la Iglesia se pronuncien sobre los problemas morales y religiosos que implican las opciones sociales y políticas, sosteniendo que se trata de cuestiones ajenas a la

³⁷ *Ibíd.*, núm. 19, 7.

³⁸ Const. past. *Gaudium et Spes*, 36.

³⁹ Existen libros publicados en español o traducidos de idiomas extranjeros en donde se recogen con claridad y abundante información los movimientos secularizantes o secularizadores. Véanse, entre otros: *Iglesia y Secularización*, DANÉLOU, POZO y varios autores, BAC Minor 23, 1971; *Los movimientos teológicos secularizantes*, por ALDAMA y varios, BAC Minor 31, Madrid 1973; *La aventura de la teología progresista*, por CORNELIO FABRO, Ed. EUNSA, Pamplona 1976; *Lecciones sobre ateísmo contemporáneo*, por MONS. JOSÉ GUERRA CAMPOS, Ed. «Fe Católica», Madrid 1978. Algunos teólogos de la «teología de la liberación» incurren también en formas secularistas en sus planteamientos doctrinales y pastorales.

competencia de la Iglesia y que es a la conciencia de los ciudadanos a la que corresponde la decisión exclusiva.

Esta reacción la pude experimentar hace pocos meses –permitidme esta referencia personal– con motivo de la nota pastoral que publiqué «Ante el Referéndum de la Constitución», el 28 de noviembre del año pasado, tratando de dar cumplimiento a mi deber de obispo de la Iglesia de Dios de responder a las consultas de mis fieles diocesanos, desde una perspectiva puramente moral y religiosa (*N. del E.* Véase el documento en el volumen *El valor de lo Sagrado*, volumen 1 de las *Obras del Cardenal Marcelo González Martín*, Toledo 1986).

La Iglesia, ciertamente, en cuanto comunidad de fieles en comunión con sus Pastores, no debe hacer política en sentido técnico, sino que debe mantenerse por encima de las ideologías, de los sistemas, de las opiniones, de los partidos y de las opciones temporales, pero no puede ni debe –salvo criterios de prudencia pastoral– dejar de predicar y de enseñar –principalmente a través de sus obispos– al pueblo que le ha sido encomendado, la fe que ha de ser creída y la moral que ha de ser practicada, no sólo en pura doctrina, sino también en sus aplicaciones a circunstancias concretas.

La libertad de los fieles católicos se refiere a cuestiones opinables en doctrina o en problemas prácticos, en sus soluciones concretas, cuando pueden admitirse diversas opciones; pero, en ningún caso, les es lícito prescindir de la doctrina cierta del Magisterio de la Iglesia⁴⁰.

Algunos opinan –y especialmente en España– que, teniendo en cuenta la libertad religiosa y el pluralismo de la sociedad moderna, las iglesias y confesiones religiosas y, sobre todo, la Iglesia Católica, no tienen que tratar de exponer públicamente criterios sobre los problemas sociales.

Y precisamente la propia declaración conciliar *Dignitatis Humanae* sobre la libertad religiosa, enseña que forma parte de la misma «el que no se prohíba a las comunidades religiosas manifestar libremente el valor de su doctrina, *para la ordenación de la sociedad* y para la vitalización de toda la actividad humana»⁴¹.

La misión de la Iglesia, en el campo del Magisterio, no se reduce exclusivamente al ámbito de las verdades de la fe y a las normas morales conocidas por la Revelación, sino, como se ha repetido tantas veces en los documentos de dicho Magisterio, en los tiempos modernos, y como se ha venido aceptando en la praxis pastoral de la Iglesia, desde sus orígenes, «Jesucristo, al comunicar a Pedro y a los apóstoles su autoridad divina y al enviarlos a enseñar a todas las gentes sus mandamientos, los constituían en custodios y en intérpretes de toda la moral, es decir, no sólo de la ley evangélica, sino también de la natural, expresión de la voluntad de Dios, cuyo cumplimiento fiel es igualmente necesario para salvarse»⁴².

La vida social y política, y la vida humana en general, presentan problemas y cuestiones que atañen al orden moral, al orden de la rectitud de las actuaciones

⁴⁰ Véanse Const. *Lumen Gentium*, 25; 37, 2; Decl. *Apostolicam Actuositatem*, 24, 7; 31, b; y Const. past. *Gaudium et Spes*, 42 y 43.

⁴¹ Decl. *Dignitatis Humanae*, 4, 5.

⁴² Encl. *Humanae Vitae*, 4, 2.

libres de los hombres en relación con la Ley divina –con independencia del credo religioso que profesan los ciudadanos–, y esas cuestiones entran dentro de la misión de la Iglesia: derechos humanos, fundamento del poder, límites de su ejercicio, familia y matrimonio, riqueza y pobreza, etcétera.

La autonomía e independencia del Estado y de la sociedad civil respecto de la Iglesia no es, ni puede ser, independencia respecto de Dios, como sostuvo el liberalismo doctrinal del siglo pasado –inspirado en la filosofía de la Ilustración– y sostiene el secularismo de nuestro tiempo.

Es cierto que la Iglesia no tiene autoridad directa sobre la sociedad política, ni sobre los ciudadanos que no aceptan la fe católica, pero tiene autoridad sobre sus propios fieles y tiene la misión recibida de Dios y, por consiguiente, la obligación de proclamar el Evangelio y la ley moral a todas las gentes, y, por tanto, puede y debe hablar sobre todas las cuestiones que afectan a la verdad y al bien.

Además, su sabiduría, acumulada en siglos de historia, hace a la Iglesia «experta en humanidad», como afirmó Su Santidad Pablo VI ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, y le dan autoridad moral para dirigirse a todos los hombres de buena voluntad para promover la paz, los derechos de la persona humana, la estabilidad de las familias, la justa distribución de la riqueza, etcétera.

El hecho de que algunos principios o normas de la ley natural hayan sido confirmados por la Revelación no los convierte, como ahora se afirma, en principios o normas de «moral confesional», y que, por tanto, no pueden ser urgidos en su cumplimiento por las leyes civiles y promovidos por los ciudadanos o por los legisladores católicos, ajustándose a los procedimientos de un Estado democrático, y que los Pastores de la Iglesia no pueden enseñarlos públicamente y –salvo razones de prudencia pastoral– denunciar y señalar las infracciones.

La sociedad civil, para su pacífica convivencia, necesita tener como fundamento un núcleo de verdades y de principios de ley natural aceptados, básicamente, por todos los ciudadanos.

Ni la «coexistencia en el error», ni la mera «coexistencia en el temor» pueden constituir un fundamento sólido para la convivencia social pacífica y para el desarrollo de un Estado, ni de una comunidad de Estados.

Un pluralismo radical de opiniones sobre los principios básicos de la vida social constituye un elemento decisivo de desintegración y de descomposición social.

La sociedad secularista de nuestro tiempo que concibe la voluntad de la mayoría del pueblo soberano como criterio supremo y absoluto del bien y del mal, que puede desvincular las leyes positivas del orden jurídico natural, atenta directamente contra la soberanía de Dios y constituye una amenaza a los derechos inviolables de la persona humana, sustituyendo la fuerza vinculante del derecho, que tiene su fundamento en Dios, Legislador Supremo, por el derecho de la fuerza del número o de las minorías más poderosas. «El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano»⁴³. La Iglesia «debe ser consciente... de

⁴³ Véase Const. past. *Gaudium et Spes*, 76, 4.

todo lo que se opone al esfuerzo para que la vida humana sea cada vez más humana, para que todo lo que compone esta vida responda a la verdadera dignidad del hombre»⁴⁴.

La Iglesia, en sus pronunciamientos y actuaciones en el orden social y político, se ve sometida a una acción y reacción de signo contradictorio:

Por un lado, un sector de católicos y de la propia sociedad quiere que se pronuncie *opportune et importune* en defensa de los pobres, de los oprimidos, de los trabajadores y de los marginados, y que denuncie todas las infracciones que los Estados y los grupos poderosos cometen contra esas clases o grupos más débiles, y esa actuación creen que forma parte integrante, y aun esencial, de la misión de la Iglesia, y que constituye un testimonio evangélico; y otro sector de católicos, o de la propia sociedad, consideran que esas intervenciones son injerencias de la Iglesia en ámbitos que no le corresponden, y para los cuales no tiene misión, ni competencia; y que se convierte en instrumento de la subversión revolucionaria, perdiendo contenido sobrenatural y deslizándose hacia una actuación temporalista y politizada.

Por otro lado, ciertos sectores católicos le piden a la Iglesia que hable y actúe en defensa de los grandes valores morales de la familia, que denuncie la pornografía y el rebajamiento moral de los espectáculos, que se oponga a las leyes divorcistas, a la legalización permisiva del aborto, a la difusión de la droga, a la degradación moral de la juventud, a la laicización de la enseñanza, etcétera; y frente a esta tendencia, otros sectores católicos consideran que la Iglesia debe permanecer neutral frente a esas luchas ideológicas, sin tratar de promover lo que ellos llaman «fuerza religiosa», limitándose a la formación de la conciencia de los fieles, sin pretender invadir el ámbito de la sociedad civil, con actuaciones propias de épocas sacrales, inadaptadas a la cultura secularizada de nuestro tiempo y que configuran a la Iglesia como un poder enfrente o por encima del Estado, sin el sentido de humanidad y pobreza de que nos dio ejemplo Jesús en el Evangelio.

La solución de esta aparente antinomia nos la dan los Papas y el propio Concilio Vaticano II.

Los dos aspectos forman parte integrante del Mensaje del Evangelio, siempre que la Iglesia y los hombres de Iglesia cuando actúen en nombre de ella, «utilicen los caminos y medios propios del Evangelio, los cuales se diferencian en muchas cosas de los medios que la ciudad terrena utiliza»⁴⁵.

No se trata de que la Iglesia ponga su esperanza «en privilegios dados por el poder civil; más aún, renunciará al ejercicio de ciertos derechos legítimamente adquiridos tan pronto como conste que su uso puede empeñar la pureza de su testimonio, o las nuevas condiciones de vida exijan otra disposición», nos enseña el Concilio⁴⁶. Pero añade a continuación: «Es de justicia que pueda la Iglesia en todo momento y en todas partes predicar la fe con auténtica libertad, enseñar su doctrina social, ejercer su misión entre los hombres sin traba alguna y *dar su juicio moral*, incluso sobre materias referentes al orden político, *cuando*

⁴⁴ Encl. *Redemptor Hominis*, 14,3.

⁴⁵ Véase Const. past. *Gaudium et Spes*, 76, 4.

⁴⁶ *Ibíd.*

lo exijan los derechos fundamentales de la persona o la salvación de las almas, utilizando todos y sólo aquellos medios que sean conformes al Evangelio y al bien de todos, según la diversidad de tiempos y de situaciones»⁴⁷.

Hemos de aceptar que, en otras épocas, no siempre se formuló la doctrina de la distinción de esferas y de la legítima autonomía de lo temporal con suficiente precisión, y que se dieron situaciones confusas que no soslayaron el peligro de la «hierocracia» o «eclesiocracia»; pero como afirma el P. Congar, O.P., «los historiadores más recientes han demostrado (se refiere a la reforma gregoriana del siglo XI, en que culminó la lucha entre el Pontificado y el Imperio) que esta ambición no era una ambición temporal de “dominio mundial” (Weltherrschaft), sino una ambición sacerdotal y espiritual de realizar en grado sumo la sujeción de toda la vida al reino de Dios»⁴⁸.

En este orden de cosas creemos que se deben evitar tres clases de errores o desviaciones:

- **La espiritualidad desencarnada** que trata de restringir los efectos de la Redención y la Soberanía de Cristo al ámbito invisible de las almas, y que se desentiende de los problemas del orden temporal, bajo el pretexto de que van a pasar *como la figura de este mundo* (1Cor 7, 31).
- **El secularismo radical** –de que ya hemos hablado–, que exagera la autonomía de lo temporal hasta el punto de considerar que «la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador» (*Gaudium et Spes*, 36, 3).
- **La negación de la autonomía relativa de las realidades temporales**, considerándolas exclusivamente como medios e instrumentos para el desarrollo de la vida sobrenatural hasta el punto de identificar plenamente el mundo con el Reino de Dios (Maritain llama a este error «teocratismo clerical» o «hierocratismo», en su conocido libro *Humanismo integral*)⁴⁹.

El Papa Juan Pablo II –siguiendo al Concilio Vaticano II y a Pablo VI– nos está dando un magnífico testimonio de equilibrio e integración de posturas en la proclamación del Mensaje de Salvación de Jesucristo y su proyección sobre las realidades temporales, evitando tanto la «espiritualidad desencarnada», como el «secularismo radical» y la «negación de la autonomía relativa de las realidades temporales».

Queremos llamar especialmente la atención sobre el discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, el 28 de enero pasado, y su primera Encíclica *Redemptor Hominis*, en donde la *proclamación de la «Buena Nueva»* de Jesucristo y el anuncio de su reino para los hombres de nuestro tiempo se expresan con fórmulas profundas y equilibradas difícilmente superables, no sólo en su expresión verbal, sino en la actitud que reflejan de fidelidad a la fe de la Iglesia, de sensibilidad sobrenatural y humana ante los problemas del hombre de hoy, de fortaleza cristiana en las denuncias de las

⁴⁷ Cf. Const. past. *Gaudium et Spes*, 76, 5.

⁴⁸ Cf. la obra cit. del P. CONGAR, *Jesucristo*, 184.

⁴⁹ Véase sobre este tema la Ponencia presentada en la III Semana de Teología Espiritual de Toledo, *La espiritualidad del laico en un mundo secularizado y la reforma de la Iglesia*, 202ss., en *Espiritualidad para un tiempo de renovación*, Centro de Teología Espiritual, Madrid 1978.

injusticias, y de caridad evangélica hacia todas las clases, las razas y los pueblos de la tierra.

El sentido de la fe del pueblo cristiano ha intuido rápida y certeramente la profundidad de la actitud pastoral del nuevo Papa y ha reaccionado más allá de las expectativas de los más optimistas. El pueblo de Dios escucha a los pastores y a los profetas auténticos que le hablan en nombre del Señor y le conducen y guían hacia Jesucristo.

LA REALEZA DE JESUCRISTO Y LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

En la teología católica, la devoción al Corazón de Jesús se ha presentado unida a la Realeza de Cristo.

En el Congreso teológico-pastoral sobre el Corazón de Jesús, no podemos dejar de decir unas palabras sobre la vinculación estrecha entre ambos conceptos.

El Papa León XIII, que, en las postrimerías del siglo pasado, hace ochenta años, ordenó la consagración del mundo al Corazón de Jesús, en su magnífica Encíclica *Annum Sacrum*, de 20 de mayo de 1899, al exponer la fundamentación teológica de dicha consagración, empleó los mismos argumentos que posteriormente desarrolló Pío XI, al establecer la Fiesta de Cristo Rey, en la Encíclica varias veces citada *Quas Primas*⁵⁰.

Además, la fórmula de la Consagración al Sagrado Corazón de Jesús, publicada a continuación de la *Encíclica Annum Sacrum*, es una invocación a Cristo Rey. Y Pío XI, al instituir la Fiesta de Cristo Rey en 1925, ordenó que al celebrar esta fiesta todos los años en el último domingo de octubre, se renovase esta consagración al Sagrado Corazón de Jesús, que San Pío X había ordenado que se recitase en la Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús (22-VIII-1906), y en el mismo texto de la Encíclica relacionó la consagración de las familias, de las ciudades y de los reinos al Corazón de Jesús, e incluso del mismo género humano realizada bajo la inspiración de León XIII, con la Realeza de Cristo⁵¹, y Pío XII, en su primera Encíclica, *Summi Pontificatus*, de 20 de octubre de 1939, después de evocar la consagración del mundo al Corazón de Jesús, cuyo cuarenta aniversario se celebraba aquel año, y que, en su celebración, coincidió con su primer año de sacerdocio, añadió estas palabras: «De la difusión y del arraigo del culto al Divino Corazón del Redentor, que encontró su espléndida corona no sólo en la consagración del género humano al declinar del pasado siglo, sino aun en la introducción de la fiesta de la Realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor de feliz memoria, han brotado inefables bienes para un sinnúmero de almas: *un impetuoso río alegra la ciudad de Dios* (Sal 45, 5)».

Y en su Encíclica *Haurietis Aquas*, de 15 de mayo de 1956, que fue como el testamento espiritual de este gran Pontífice, dedicada a la devoción al Corazón

⁵⁰ Véase el texto en español de ambas Encíclicas, con introducciones y comentarios, en *Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón*. Documentos Pontificios, por el P. H. MARÍN, S.J., Publicaciones Cristiandad, Barcelona 1949, 33-58 y 138-171.

⁵¹ Véase el texto en español de la Encíclica en la ed. citada en la nota anterior.

de Jesús, manifestó lo siguiente: «Deseamos también vivamente que cuantos se glorían del nombre de cristianos y combaten activamente por establecer el Reino de Jesucristo en el mundo, consideren la devoción al Corazón de Jesús como bandera y manantial de unidad, de salvación y de paz»⁵².

Si el Reino de Jesucristo es un Reino de amor, que sólo quiere hombres y pueblos que acepten su soberanía como un vasallaje de gratitud y de correspondencia de amor a su Redentor, se comprende fácilmente su interna vinculación con una devoción que consiste en «el culto al amor con que Dios nos amó por medio de Jesucristo», y en cuyo Corazón «podemos considerar no sólo un símbolo, sino también como un compendio de todo el misterio de nuestra redención»⁵³.

La Conferencia Episcopal de la Iglesia de España, con motivo de la celebración del cincuentenario de la consagración de España al Corazón de Jesús –mayo 1969–, publicó una exhortación colectiva, explicando el sentido teológico de la consagración pública de los pueblos al Corazón de Cristo, e invitando a los fieles católicos a Su renovación. En este magnífico documento, promulgado después del Concilio Vaticano II, y que conserva, en nuestros días, toda su actualidad, se relaciona dicha consagración al Corazón de Jesucristo con su Realeza, en los siguientes términos: «La consagración es un acto de fe en la soberanía de Jesucristo, de aceptación de la misma y de confianza en su amor. Cristo, sentado a la derecha del Padre, triunfador del pecado y de la muerte, ha sido constituido Señor del Universo (Ef 1, 22). Los hombres y los pueblos le debemos adoración, como criaturas de Dios y como redimidos por la Sangre del Cordero (Ap 1, 5). Preciso es que Él reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies; el último enemigo destruido será la muerte (1Cor 15, 26). Sometiéndonos a Él contribuimos a que se extienda su Reino, es decir, a que resplandezca su amor sobre los hombres, para que viendo nuestras obras, glorifiquen al Padre. Le suplicamos que todos los hombres reconozcan su señorío, para que venga a nuestro mundo su Reino de amor, de justicia y de paz»⁵⁴.

En el Santuario de la Gran Promesa del Corazón de Jesús de esta ciudad de Valladolid, se puede ver una plasmación monumental y artística de esta relación íntima entre la Realeza de Cristo y el Corazón de Jesús: una de las capillas laterales está dedicada a Cristo Rey, cuya imagen, con expresión de serena y humilde majestad, aparece sentado en su trono, respaldado por la cruz, signo de nuestra Redención, con su mano izquierda sujetando el volumen como Legislador, y con la derecha bendiciendo con amor.

El Corazón de Jesucristo –según la bella expresión del P. Mateo Crawley, Apóstol de la Consagración de las Familias–, es un «Rey de Amor».

⁵² Cf. texto en español de la Encíclica en la edición de «El Mensajero del Corazón de Jesús», Bilbao 1956, 82.

⁵³ *Ibid.*, 72 y 58.

⁵⁴ Cf. *Documentos colectivos del Episcopado español: 1870-1974*, edición preparada por JESUS IRIBARREN, BAC 355, Madrid 1974, 439-440.

PROYECCIÓN DEL REINO DE CRISTO SOBRE LA REALIDAD DE NUESTRA PATRIA

No puedo terminar este discurso, ya bastante prolongado, aun a riesgo de abusar más de vuestra atención, sin hacer algunas consideraciones sobre la realidad actual de nuestra patria, en relación con el Reino de Cristo, para ser fiel a la orientación de este Congreso, que estamos clausurando en su proyección teológico-pastoral.

Considero que el proceso de «secularismo» –que ataca directamente a la Realeza de Cristo– y al que he aludido repetidas veces a lo largo de mi exposición, presenta en nuestra patria caracteres graves que urge analizar, adquirir conciencia de ellos y situarlos en una visión de conjunto, con sentido dinámico y prospectivo, antes de proponer las medidas pastorales adecuadas para su remedio y solución.

Habría que partir de la constatación del ritmo *acelerado y repentino* –por lo menos en sus manifestaciones más visibles– con que se ha presentado entre nosotros dicho proceso de secularización.

Parece que en un decenio escaso ha cambiado radicalmente la fisonomía del catolicismo español. No pretendo afirmar que todos los cambios hayan sido negativos, ni mucho menos; hay muchos valores y realidades que permanecen ocultos y muchas reservas morales y espirituales en nuestro pueblo cristiano, como he tenido ocasión de señalar recientemente. Podríamos afirmar de la Iglesia en España –con las salvedades necesarias– lo que Juan Pablo II dice en su primera Encíclica *Redemptor Hominis*, refiriéndose a la Iglesia universal en la etapa posconciliar: «No está ciertamente exenta de dificultades y de tensiones internas. Pero, al mismo tiempo, se siente interiormente más inmunizada contra los excesos del autocriticismo: se podría decir que es más crítica frente a las diversas críticas desconsideradas, que es más resistente respecto a las variadas “novedades”, más madura en el espíritu de discernimiento, más idónea para extraer de su perenne tesoro *cosas nuevas y cosas viejas* (Mt 13, 52), más centrada en el propio misterio y, gracias a todo esto, más disponible para la misión de salvación de todos: *Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad* (Tim 2, 4)» (Encl. *Redemptor Hominis*, núm. 4, 2).

Pero, con todo, hemos de reconocer también los estragos que han producido en nuestro pueblo, de fe sencilla y tradicional, ciertos radicalismos pastorales y ciertos permisivismos morales; así como la difusión imprudente e inconsiderada de nuevos planteamientos teológicos –no siempre fieles a la Tradición y al Magisterio de la Iglesia–, bajo el pretexto de adaptación de las verdades de la fe católica al lenguaje y a la mentalidad de nuestro tiempo.

Como ha advertido enérgicamente Juan Pablo II, dirigiéndose a los Obispos del continente latinoamericano, reunidos en Puebla, en su III Conferencia General, «¿cómo podría haber una auténtica evangelización si faltase un acatamiento pronto y sincero al sagrado Magisterio con la clara conciencia de que, sometiénose a él, el Pueblo de Dios no acepta una palabra de hombres, sino la verdadera Palabra de Dios? (cf. 1Ts 2, 13; *Lumen Gentium*, 12). Hay que tener

en cuenta la importancia “objetiva” de este Magisterio y también defenderlo de las insidias que, en estos tiempos, aquí y allá, se tienen contra algunas verdades firmes de nuestra fe católica»⁵⁵.

Nada valen, por tanto, los fáciles recursos de escudarse en interpretaciones unilaterales, cuando no desviadas, de los documentos del Concilio Vaticano II, o en las exigencias del *aggiornamento* pastoral para cambiar el contenido esencial de las verdades de la fe. Las enseñanzas del Concilio Vaticano II tienen que ser interpretadas a la luz de la Tradición de la Iglesia y de las fórmulas dogmáticas de los Concilios anteriores –en especial del Concilio Vaticano I–, como afirmó Juan Pablo II, en su primer Mensaje al Mundo, el 17 de octubre pasado.

El Papa Pablo VI –como tuve ocasión de recordar en mi discurso de clausura de la V Semana de Estudios y Coloquios sobre problemas teológicos actuales, celebrada en Toledo, del 28 de agosto al 2 de septiembre de 1972, llamó la atención repetidas veces a los Pastores y a los fieles sobre los peligros de una falsa renovación. Valga una cita por todas: «Hay muchas cosas que pueden ser corregidas o modificadas en la vida católica, muchas doctrinas en las que puede profundizarse integradas y expuestas en términos más comprensibles, muchas normas que pueden ser simplificadas y mejor adaptadas a las necesidades de nuestro tiempo; pero dos cosas no pueden ser sometidas a discusión: las verdades de la fe, autorizadamente sancionadas por la Tradición y por el Magisterio eclesiástico, y las leyes constitucionales de la Iglesia, con la consiguiente obediencia al ministerio del gobierno pastoral que Cristo ha establecido, y que la sabiduría de la Iglesia ha desarrollado y extendido en los diversos miembros del Cuerpo místico y visible de la Iglesia misma para guía y robustecimiento de la multiforme trabazón del Pueblo de Dios. Por ello, renovación, sí; cambio arbitrario, no; historia siempre viva y siempre nueva de la Iglesia, sí; historicismo disolvente del compromiso dogmático tradicional, no; integración teológica según las enseñanzas del Concilio, sí; teología conforme a libres teorías subjetivas, a menudo tomadas de fuentes adversarias, no; Iglesia abierta a la caridad ecuménica, al diálogo responsable y al reconocimiento de los valores cristianos entre los hermanos separados, sí; irenismo renunciante a los valores de la fe o bien proclive a identificarse con ciertos principios negativos que han favorecido el distanciamiento de hermanos cristianos del centro de la unidad de la comunidad católica, no; libertad religiosa para todos en el ámbito de la sociedad civil, sí; como también libertad de adhesión personal a la religión según la elección meditada de la propia conciencia, sí; libertad de conciencia como criterio de verdad religiosa no corroborada por la autenticidad de una enseñanza seria y autorizada, no»⁵⁶.

Parece que se ha difundido en ciertos medios eclesiales una especie –permitidme la expresión– «de alergia» contra todo lo que significa «pueblo católico», catolicismo de masas, piedad popular, tradición católica de nuestra historia y de nuestra cultura.

Se ha sido muy eficaz en destruir y demoler rápidamente ciertas formas de piedad popular, ciertas costumbres de nuestro pueblo, sin tener en cuenta que

⁵⁵ JUAN PABLO II, *Mensaje a la Iglesia y al mundo*, 17 de octubre de 1978, en *Mensaje a la Iglesia de Latinoamérica*, Madrid 1979, BAC Minor 52, 81-114.

⁵⁶ PABLO VI, *Homilía* del 25 de abril de 1968.

dejábamos indefensos a nuestros fieles sencillos, frente a las nuevas tendencias secularistas y frente al vacío de Dios, desolador y helador, de determinadas corrientes de la cultura moderna.

Así han desaparecido en muchas partes la devoción de los primeros viernes, el rezo colectivo del Santo Rosario, la celebración de las Flores de Mayo, las romerías y peregrinaciones tradicionales a santuarios, las misiones populares, la procesión del Corpus, etcétera.

Es cierto que algunas formas de religiosidad popular tienen sus límites y están expuestas a deformaciones; pero, precisamente, la labor de los Pastores consiste en orientarlas rectamente mediante una pedagogía de evangelización. La exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, de Pablo VI –a la que se ha referido con tanto elogio y en repetidas ocasiones Juan Pablo II– contiene oportunas consideraciones pastorales sobre la piedad popular, recogiendo los criterios expuestos en el Sínodo de 1974 sobre la evangelización.

La más elemental experiencia pastoral pone de relieve que no basta –y la Iglesia en su acción evangelizadora lo demuestra– la conversión interior de las conciencias, sino que hace falta, además, para asegurar la perseverancia de esa conversión personal, no sólo la implantación de la Iglesia como sociedad visible, con su sacerdocio, sus sacramentos, sus instituciones, sino que es preciso evangelizar también las culturas de los pueblos, insertar los valores cristianos en el seno de las civilizaciones, o, como nos dice el Concilio Vaticano II, «impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico» o «...llenar de espíritu cristiano el pensamiento y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad...»⁵⁷.

El Cardenal Daniélou distinguió muy bien entre la noción de «Pueblo de Dios», que es una noción teológica, hasta el punto de que, aun cuando no existiesen en el mundo más que algunos centenares de fieles, el «Pueblo de Dios» seguiría existiendo; y la noción de «pueblo cristiano», nosotros diríamos «pueblo o nación católica», en cuanto que el conjunto –o la mayor parte– de los ciudadanos de una nación fuesen fieles bautizados en el seno de la Iglesia, y en cuanto que el catolicismo hubiese penetrado en sus tradiciones, en sus instituciones, en su cultura, en sus costumbres, etc. Se trata, por tanto, en este último caso, de una noción socio-histórica, socio-cultural. Es decir, de una cuestión de hecho.

Se exalta hoy mucho el «pluralismo», casi como un ideal, sin distinguir entre el *respeto a la libertad religiosa* y de conciencia, que puede ser compatible con la unidad religiosa de un pueblo –aunque en las circunstancias históricas actuales sea muy difícil por la comunicación e intercambio de culturas entre las diversas naciones– y un *pluralismo radical*, incluso conscientemente promovido, que se manifiesta aun en los criterios fundamentales de la convivencia social, que hace muy difícil la paz ciudadana y la armonía en la sociedad.

El pluralismo sobre cuestiones fundamentales no favorece la vida social y es una consecuencia del pecado y de la imperfección humana. Y, en este sentido, siempre será un ideal –aunque pueda ser inasequible en las circunstancias actuales– la libre aceptación por la mayoría de un pueblo –como recoge el Concilio Vaticano II en su Decl. *Dignitatis Humanae*– del «deber moral de los

⁵⁷ Cf. *Apostolicam Actuositatem*, 5 y 13, 1.

hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo»⁵⁸. Por esta razón, Pablo VI, en su discurso al Colegio Español, en vísperas de la clausura del Concilio, en presencia de todo el Episcopado de nuestra patria, nos exhortaba a encauzar nuestra unidad religiosa «hacia un *dinamismo más profundo*, para convertirla en un foco más luminoso de irradiación evangélica»⁵⁹.

El Episcopado español, en su Declaración Colectiva al final del Concilio, afirmó que la libertad religiosa «no se opone... a la unidad religiosa de la nación» y que los dos Papas del Concilio –Juan XXIII y Pablo VI «nos han recordado a nosotros, los españoles, que la unidad católica es un tesoro que hemos de conservar con amor»⁶⁰.

La Iglesia en Polonia, que, por razón de la elevación al supremo pontificado de uno de sus más preclaros hijos –Juan Pablo II–, se presenta en estos momentos como la ciudad «levantada sobre el monte», nos pone de relieve la importancia de la conservación de la «unidad católica», incluso para la supervivencia en la historia como tal nación.

Es una utopía pretender que si la cultura, las instituciones y la política se secularizan radicalmente, se podrá mantener viva la fe de la mayoría del pueblo. Es muy fácil teorizar sobre la desmitificación, sobre la purificación de la fe, y sobre los defectos del llamado «catolicismo sociológico», sobre los aspectos positivos del fenómeno de la secularización, sobre las virtudes de los cristianos de «élite»; pero en la práctica el peligro que se nos presenta es el de una civilización en la que Dios esté ausente, cerrada totalmente en la inmanencia de valores puramente humanos, que haría muy difícil el desarrollo de la vida religiosa de los fieles sencillos.

Hemos pasado del «triumfalismo» de otros tiempos al derrotismo y al abandono de los que aceptan, sin reacción, que la cultura culmine su giro antropocéntrico hacia un humanismo ateo, ya explícitamente –como el ateísmo marxista–, ya prácticamente como se presenta en ciertas formas de la sociedad occidental posindustrial.

«En el fondo –como afirmó certeramente el Cardenal Daniélou– el gran problema de la Iglesia es hoy –como fue el gran problema del Concilio– el que, sin destruir nada de lo que constituye los valores de la tradición cristiana, la Iglesia sepa adaptarse a condiciones nuevas de vida, de modo que pueda continuar desarrollándose. Y esto no es, en modo alguno, imposible. Una vez más, sería una solución demasiado fácil decir: es inevitable que mañana la masa de los hombres se vuelva atea y que no haya ya pueblo cristiano; y como consecuencia de esa afirmación cruzarse de brazos. Quizá llegue una situación en que no haya pueblos cristianos; pero es posible, si ello llega, que sea porque nosotros no

⁵⁸ Cf. Decl. *Dignitatis Humanae*, 1 y 3.

⁵⁹ Cit. en la *Declaración Colectiva del Episcopado Español*, fechada en Roma el 8-XII-1965, sobre el Concilio Vaticano II, y publicada en *Documentos Colectivos del Episcopado Español, 1870-1974*, ed. cit. 369, núm. 29.

⁶⁰ *Ibíd.*, 366, núm. 22.

hayamos cumplido con nuestro deber y luchado por mantener y desarrollar esos pueblos cristianos que hemos heredado»⁶¹.

Pero no podemos permanecer inertes, y mucho menos dedicarnos a lamentaciones estériles por un pasado que ya no está en nuestras manos. Urge ponernos a la acción con la seguridad de la esperanza cristiana, con el impulso del amor, con la confianza en las promesas de Jesucristo que atraviesan los siglos de la historia: *tened confianza, Yo he vencido al mundo* (Jn 16, 33).

Hay que empezar de nuevo, sobre la base de una intensa labor de evangelización y de catequesis –en todos los niveles–, siguiendo las líneas pastorales señaladas por Juan Pablo II; urge desarrollar una labor profunda de pastoral familiar y social, y de promoción de vocaciones consagradas; hace falta renovar y restaurar las asociaciones de apostolado seglar, con nuevas formas, pero adaptando los métodos siempre válidos a las nuevas circunstancias; es indispensable, sobre todo, que los fieles vivan en comunión con sus Pastores, en especial con el Vicario de Cristo, en testimonio de caridad fraterna, con todos y hacia todos, presentando al mundo el signo de unidad, según el deseo supremo del Testamento de Jesús (Jn 17, 21)⁶².

Las circunstancias actuales nos exigen a los fieles católicos una entrega completa a Dios, elegido como «lo único» de nuestra vida, y a nuestros hermanos por amor a Él. El Concilio –como afirmó el Padre Lombardi– exige una «movilización de santos».

El Papa Juan Pablo II, en su Encíclica *Redemptor Hominis*, se plantea la cuestión de qué hay que hacer, en las proximidades del final del segundo milenio de la era cristiana. Y contesta a su pregunta con estas sublimes palabras, que son el resumen de lo que he pretendido exponer a lo largo de este discurso de clausura del Congreso Teológico–Pastoral sobre el Corazón de Jesús: «Se impone una respuesta fundamental y esencial, es decir, la única orientación del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésa: hacia Cristo, Redentor nuestro, hacia Cristo Redentor del hombre. Queremos mirarle a Él, porque sólo en Él, Hijo de Dios, está la salvación, renovando la confesión de Pedro: *Señor, ¿a Quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna*»⁶³.

Pidamos a la Santísima Virgen, Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, que nos introduzca en el Misterio del Corazón de Jesucristo. Y terminemos con aquella invocación tan querida de la Iglesia primitiva –y con la que el Apóstol Juan terminó el libro del Apocalipsis–, como una súplica ardiente por la venida de su Reino entre nosotros:

Maranathá. ¡Ven, Señor Jesús! (Ap 22, 20).

⁶¹ Véase la obra citada en la nota 39, *Iglesia y secularización*, 41.

⁶² Cf. Const. past. *Gaudium et Spes*, 21, 5.

⁶³ *Redemptor Hominis*, 7, 1.

LA CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS EN LA FAMILIA INVITA A LA REPARACIÓN

Ponencia leída en el III Congreso Sacerdotal Internacional, celebrado en Fátima, 20 de septiembre de 1980. Publicada en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, diciembre de 1980.

Mis primeras palabras quiero que sean de agradecimiento a los organizadores por el tema escogido para el Congreso: *El Sagrado Corazón y la familia. Reflexiones pastorales sobre la familia*. Este agradecimiento surge en mi interior, como hijo de la Iglesia de Cristo y como sacerdote suyo, al ver la necesidad que en todas partes tenemos de un fortalecimiento de la familia cristiana. Me agrada profundamente participar en este Congreso Sacerdotal Internacional, que quiere ser una contribución eficaz a la renovación de la familia cristiana. Es la llamada constante del Papa. Recientemente, en la homilía de la misa que celebró la tarde del domingo, 7 de septiembre, ante la catedral de Velletri, señaló que «la familia es el primer ambiente vital que el hombre encuentra al venir al mundo, y su experiencia resulta decisiva. Por eso es muy importante atenderla y protegerla, para que pueda cumplir adecuadamente los deberes que la naturaleza y la revelación cristiana le han confiado. Es el lugar del amor y de la vida, el lugar donde el amor genera la vida»¹.

Muchas de mis reflexiones pastorales, de estos últimos años sobre todo, han ido orientadas en esta dirección, aunque ciertamente ha sido una preocupación constante en toda mi vida sacerdotal. El bienestar de la persona y de toda la sociedad y la concepción cristiana de la vida están profundamente ligados a la situación de la familia. ¿Y desde qué mejor punto de vista pueden hacerse estas reflexiones pastorales sobre la familia –lugar de amor y de vida– que el del amor de Dios expresado en el Corazón de Jesucristo? Porque *Dios tuvo a bien hacer residir en Él toda la plenitud y reconciliar por Él y para Él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos* (Col 1, 19-20).

RECONCILIAR POR ÉL Y PARA ÉL TODAS LAS COSAS

«Corazón de Jesús»: la Iglesia ama entrañablemente esta expresión. Con ella invoca el amor de Dios hecho realidad en el Verbo encarnado. *En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que envió a su Hijo único para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados* (1Jn 4, 9-10). Esa expresión pone de relieve el centro desde el que toda la vida se despliega para volver de nuevo a él.

¹ Véase la edición en lengua española de *L'Osservatore Romano*, 14 de septiembre de 1980, p. 1.

Al decir «Corazón de Jesús» nombramos al Verbo de Dios encarnado, al Dios con nosotros, al amor que en Él palpita y que da sentido a la misión de Cristo en el mundo, a su cruz, a su resurrección, a la Iglesia, a la Eucaristía. En un mundo que siempre tiene que aprender a amar, el Corazón de Jesús, a través de nuestra íntima convivencia con Él, enseña a amar. *Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera* (Mt 11,28-30).

Es un error ver en el Corazón de Cristo una barrera que impide el contacto con el Cristo del Evangelio. *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros. Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros* (Jn 13, 34). Para interpretar el mundo y la humanidad, la actitud cristiana es la de Cristo y su Corazón pleno de amor que redime y que salva. Porque eso es todo amor verdadero: redención. El amor auténtico es transformante en su naturaleza y en sus efectos. Despierta una nueva vida y hace surgir todas las posibilidades. San Juan dice que el amor es «luz»: *Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos* (1Jn 2, 9-10).

Reconciliar por Él y para Él todas las cosas (Col 1, 20). El Corazón de Cristo es el signo de la gratuidad de la salvación. Nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto: el amor de Jesucristo que se entrega hasta la muerte para redimir a los hombres de toda esclavitud y de todo dolor. El amor de Cristo, muerto y resucitado, es la explicación última de cuanto existe y sucede. En su Corazón la historia recibe su sentido definitivo: es la historia de la infinita misericordia de Dios que ama al hombre y, por ese amor vivido en este mundo a través del Corazón de Cristo, le brinda una plenitud tal de vida que rebasa y trasciende cuanto anhelo de verdad, libertad y amor hay en el ser humano. El Corazón de Cristo, como símbolo y realidad de la persona del Verbo, es quien se presenta al hombre en el amor que triunfa de la muerte y quiere recapitular todas las cosas en sí mismo para devolverlas purificadas al Padre. Si se silencia esta encarnación histórica del amor de Dios en Jesús, aunque utilicemos expresiones referentes al «amor de Dios» estamos lejos de captar su amor. Nadie va a Dios si no es a través del amor redentor de Cristo. Y este misterio de amor del Dios hecho hombre, del amor de Dios que late en un corazón humano, es el que invita al seguimiento de Cristo y lo hace posible, el que anima a tomar la cruz de la vida diaria, y por el que es suave el yugo y la carga ligera. Todo lo que se diga y se piense sobre Dios que no pase por Cristo son especulaciones más o menos aproximadas, porque *todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar* (Mt 11, 27).

Es evidente que la familia cristiana, nacida de su amor y de su gracia —el Sacramento del matrimonio— tiene que vivir del amor de Cristo, nacer y fortalecerse al calor de su Corazón. El amor es lo más íntimo y radical de la realidad personal, y es también lo más íntimo y radical en la experiencia del Corazón de Jesús: *Mira este Corazón que tanto ha amado a los hombres*. El amor de Cristo alimenta la vida de la familia «para que los esposos, con su entrega mutua, se amen con perpetua fidelidad, como Él mismo amó a la Iglesia

y se entregó por ella. El genuino amor conyugal es asumido en el amor divino, y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia, para conducir eficazmente a los cónyuges a Dios y ayudarlos y fortalecerlos en la sublime misión de la paternidad y maternidad. Por ello, los esposos cristianos, para cumplir dignamente sus deberes de estado, están fortificados y como consagrados por un sacramento especial; con cuya virtud, al cumplir su misión conyugal y familiar, imbuidos del espíritu de Cristo, que satura toda su vida de fe, esperanza y caridad, llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios» (GS 48).

LA SOCIEDAD DE HOY NECESITA EL TESTIMONIO DE LA FAMILIA COMO IGLESIA DOMÉSTICA CONSAGRADA AL CORAZÓN DE JESÚS

La familia es la «semilla irremplazable del cuerpo social», como la llamó repetidas veces Pío XII, y la célula primera del pueblo de Dios, la Iglesia siempre renovada, «la Iglesia en pequeño», según San Juan Crisóstomo². En la familia, de una manera única, se acrisola y vigoriza la vida religiosa, social y nacional. La familia ha sido siempre uno de los objetivos de los esfuerzos pastorales de la Iglesia. En ella se despierta y se crece al amor, a la responsabilidad, a todo lo que comporta la vida. Si queremos que los hombres sean forjadores de paz, de bienestar, de unión, de valores nobles, son necesarias familias donde florezca la auténtica vida cristiana. «La familia es escuela del más rico humanismo» (GS 52). Cristo consagró la familia con un sacramento, e hizo de ella una *iglesia doméstica* dentro del Cuerpo Místico de su Iglesia. La familia es, en especial, donde debe vivirse y ejercitarse el gran precepto de la caridad, pues sólo la caridad mutua permite vivir a la familia. Y si el fin de la caridad es santificar y profundizar todo rico y sano amor natural, en ningún lugar puede esto realizarse mejor que dentro de la familia, porque es en ella donde la naturaleza despierta y mantiene el amor más fuerte y más delicado. La familia es el lugar apropiado para impulsar a vivir el gran mandamiento nuevo. Aunque hablara todas las lenguas, si no tengo caridad...; aunque tuviera el don de profecía y *conociera toda la ciencia, si no tengo caridad...; aunque repartiera todos mis bienes, si no tengo caridad, nada soy y nada me aprovecha. La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; no es descortés; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra con la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta* (1Cor 13, 4-7). Una familia en la que se lucha por vivir en este amor todo lo vuelve valioso y espléndido.

A la luz de lo que significa el Corazón de Jesús y la familia cristiana, se comprende la petición insistente hecha por Cristo, a través de sus revelaciones y de los documentos pontificios, de que las familias se consagren a su Corazón. La sociedad de hoy necesita el testimonio de la familia como iglesia doméstica consagrada al Corazón de Jesús. ¿Tan sensibilizados como estamos hoy a los carismas institucionales y personales, vamos a ser insensibles contra el carisma del amor, de la confianza, de la fidelidad? Nacido el matrimonio cristiano del amor

² Comentario a la carta a los Efesios, 5 hom. 20: PG 62, 143.

de Cristo, tiene que vivir también de las palpitaciones de su Corazón, responder a sus aspiraciones y realizar sus planes de amor con respecto a la humanidad. El culto al Corazón de Jesús, como dice Pío XII en su Encíclica *Haurietis aquas* (núm. 57), no debe su origen a revelaciones privadas, ni apareció de repente en la Iglesia, sino que es una floración espontánea de la fe viva en el Redentor.

Vivir la consagración al Corazón de Jesús implica vivir del misterio de su amor, que nos reconcilia con Dios; arraigarse y cimentarse en su amor para comprender con toda la Iglesia de Cristo cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento. La familia que se consagra al Corazón de Cristo vive sabiendo de quién se ha fiado, y hace suyas las palabras de San Pablo: *¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Como dice la Escritura: por tu causa somos muertos todo el día; tratados como ovejas destinadas al matadero. Pero en todo esto salimos vencedores gracias a aquél que nos amó. Pues estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro* (Rm 8, 35-39). La consagración al Corazón de Cristo implica, pues, una adhesión y una conformación total. Y tiene dos aspectos: Cristo que llama e invita y la respuesta por parte del hombre al amor que amó primero.

La familia, tan expuesta hoy a todos los peligros de infidelidad, ligereza, materialismo, dispersión, ausencia de sacrificio, irresponsabilidad, afán de poder, falsa libertad, placer que destroza la genuina manera de ser del hombre, necesita del calor y de la luz del Corazón de Cristo para tocar y sentir dónde está la verdadera felicidad y paz que tanto hambrea y tan mal encuentra. Mediante una invitación llena de amor quiere Jesucristo introducir a los hombres en el mundo de su vida y de su obra. El yugo insoportable, penoso y molesto, del que libra Jesús, es la esclavitud del pecado. Porque todo pecado es esclavitud, y toda esclavitud impide la realización del hombre. El cristianismo contiene las más fuertes paradojas. Proclama que el hombre debe renunciar para enriquecerse, humillarse para ser ensalzado, negarse para hallarse a sí mismo, hacerse niño para obtener la verdadera maduración, morir para dar fruto, perder la vida para ganarla.

Todo esto exige que el hombre «renazca de nuevo» a un amor que no tiene su origen en el hombre, sino en Dios. La familia cristiana supone una lenta transformación de sus miembros, operada al contacto de la experiencia cristiana diaria, vivida en común; supone compartir unos miembros con otros las alegrías y las penas, al igual que las grandes vivencias de la vida; supone vivir juntos en Cristo, por Cristo y con Cristo. Si esto es así, se produce algo muy grande y real, fruto de sacrificios y renunciaciones. En la familia hacen falta muchas energías, mucho sacrificio de unos por otros, fidelidad profunda, corazón animoso para no ser víctima de tantas influencias perjudiciales y de tantos falsos cantos de sirena como hay en el ambiente.

Nuestra sociedad tiene el corazón enfermo: la familia. Y esto es algo profundamente serio, doloroso, tanto a nivel individual como a nivel social. Como en el corazón, todos los caminos de la vida parten de ella y vuelven a ella; y como el corazón, la familia imprime internamente el dinamismo de la sociedad.

Si falla el corazón, falla la vida. Si falla la familia, falla la sociedad. La familia necesita aprender en el Corazón de Cristo. Hay una verdadera teología existencial en la consagración a este Corazón, que ha amado de una forma tan concreta a los hombres. A quien está dispuesto a ver las leyes básicas de la existencia. Cristo le abre los ojos. *Habéis oído que se dijo, pero Yo os digo...* La familia tiene que leer junta todo el Nuevo Testamento, tiene que orar, tiene que plantearse las exigencias que nacen del amor cristiano, de la fidelidad a las enseñanzas de Cristo. Tiene que escuchar de Cristo las Bienaventuranzas; las Bienaventuranzas de Cristo, y no las de una sociedad que le ofrece el consumismo, el placer como fin y sentido de todo, el dominio y el poder, caiga quien caiga, y caiga «lo que caiga».

¿Qué ofrece a la sociedad la familia consagrada al Corazón de Jesús, esta iglesia doméstica que es también «sacramento de Jesucristo»? Desde luego, hace presente a Cristo en el amor de los padres y de los hijos. *Donde haya dos o más congregados en mi nombre allí estoy Yo en medio de ellos.* Lo muestra y lo da a los demás en la vida diaria, en la responsabilidad ante sus deberes, en el sentido de la vida que tiene ante el éxito y el fracaso, ante las alegrías y las penas, ante la salud y la enfermedad, ante el agravio y el bien recibido; en los valores que vive, en la hospitalidad que ofrece, en los bienes de toda índole que comparte. Vive el gran mandamiento nuevo, como lo explicita San Pablo en la Carta a los Corintios, que anteriormente hemos comentado.

¿Se puede decir con verdad que la familia cristiana, la pequeña iglesia, anuncia a Jesucristo con el dinamismo de su vida? Esto no debe plantearse como una exhortación, sino como una reflexión hecha por cada familia. Cada familia cristiana «es» iglesia. Y por medio de cada familia, la Iglesia tiene también que anunciar el Evangelio a toda criatura. El Evangelio se anuncia sobre todo por la vida. Viviendo el sentido sagrado del amor y de la vida; viviendo con el esposo, con la esposa, con los hijos, con los ancianos, con los enfermos, el mandamiento nuevo. Viviendo del amor y en el amor que late en el Corazón de Cristo, la iglesia doméstica muestra a Cristo y expande la fuerza y la riqueza de la familia cristiana como un perfume que todo lo penetra con su aroma. Desbordando los límites de la familia, el amor se expande hacia fuera. Tiende los brazos hacia los que la necesitan, sale al encuentro de los que piden su ayuda, esparce por el mundo su alegría, su respeto, su fidelidad. Sirve de luz y de faro para los que vacilan. Sobre el semblante de la familia consagrada a Cristo, Él pone un reflejo de su propia vida y amor. En esto consiste la gran fuerza que tiene el testimonio de «esta pequeña iglesia». El amor que brota del Corazón de Cristo es como un río viviente, que viene de Dios y vuelve a Él, después de haber pasado por los hombres.

LA FAMILIA QUE SE CONSAGRA AL CORAZÓN DE JESÚS VIVE CON SENTIDO DE REDENCIÓN

Aspectos fundamentales del culto al Corazón de Jesús son *la Consagración*, de la que acabo de hablar, y *la Reparación*. Se trata, por tanto, de impulsar a vivir ambos aspectos en familia.

Hablo ahora del culto, no con formulaciones teológicas, sino en el sentido en que se refiere a ello Xavier Zubiri, cuando lo analiza filosóficamente en su libro *Naturaleza, Historia y Dios*, al tratar ese tema tan querido por él y tan maravilloso de la «religación». El hombre es, para él, constitutivamente un ser religado. Por eso «la religión *no es una propiedad, ni una necesidad; es algo distinto y superior: una dimensión formal del «ser» personal humano.* Religión, en cuanto tal, no es ni un simple sentimiento, ni un nudo conocimiento, ni un acto de obediencia, ni un incremento para la acción, sino *actualización del ser religado del hombre.* En la religión no sentimos previamente una ayuda para obrar, sino *un fundamento para ser.* Por esto, su «ultimación» o expresión suprema es el «culto», en el más amplio e integral sentido del vocablo, *no como conjunto de ritos, sino como actualización de aquel «reconocer» o acatar a que antes aludía*³. Este último punto es el que me interesa: «el culto como actualización de aquel reconocer o acatar...». El culto al Corazón de Jesús es la actualización del reconocer, aceptar y responder a su amor. Y por eso son aspectos esenciales: la consagración –adhesión y conformación total– y la reparación.

La reparación es el único modo de vivir nuestra incorporación a Cristo. Cristo ama al hombre y hace suyo lo que era del hombre: el pecado; y hace del hombre lo que era suyo: la vida divina. Somos cristianos en virtud de la Redención que eleva el todo de la existencia a un nuevo comienzo. «El pecado ha arrancado al hombre –y con él al mundo– del orden en Dios, precipitando la existencia entera en la desdicha. La redención no es, por eso, una corrección tan sólo de ciertas transgresiones por la doctrina y el ejemplo, o una alta realización religiosa que repara lo hasta entonces perturbado, sino un proceso del rango de la creación»⁴. La angustia de Getsemaní y del Calvario llega hasta lo más profundo –*Padre, si es posible pase de mí este cáliz. Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has abandonado?* –, porque repara desde la raíz el mal. Jesús lleva sobre sí como propia la culpa de los hombres. Siente toda su amplitud y se estremece ante la «reparación» que esta culpa exige. No hay nada humano que lo pueda medir. De esta conciencia surge su actitud durante la pasión. Todo el carácter del proceso de la encarnación, vida, muerte y resurrección del Señor está determinado por ese «por vosotros». *Este es mi cuerpo, que va a ser entregado por vosotros... Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre, que va a ser derramada por vosotros* (Lc 22, 19-20).

Creer y ser bautizado significa incluirse en esta acción redentora y reparadora de Cristo. El ser y el obrar cristiano es realización, constantemente renovada, de la acción redentora, un constante despojarse del hombre viejo y convertirse en hombre nuevo. Así surge la relación de «nosotros en Cristo» y «Cristo en nosotros». *Con Cristo estoy crucificado y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gal 2, 19-20). Este es el sentido de toda la vida cristiana: completar en nosotros lo que falta a la pasión de Cristo. Siendo cuerpo de Cristo, animado por su Corazón, el destino de la Iglesia es ser el instrumento de la obra redentora del mundo. La acción instrumental de la Iglesia tiene que tener una función de autopurificación por su participación en el sacrificio de Cristo, y de transformación del mundo. Todos los

³ X. ZUBIRI, *Naturaleza, Historia y Dios*, Madrid 1955, 320.

⁴ R. GUARDINI, *La esencia del cristianismo*, Madrid² 1964, 66.

cristianos, llamados con razón por el Príncipe de los Apóstoles *linaje escogido, sacerdocio real*, deben ofrecer sacrificio por los pecados, por sí mismos, y por todo el género humano, casi de la misma manera que todo sacerdote y *Pontífice, tomado de entre los hombres, en favor de los hombres, es instituido para las cosas que miran a Dios* (Hb 5,1).

«Y cuanto más perfectamente respondan al Sacrificio del Señor nuestra oblación y sacrificio, esto es, cuanto más perfectamente inmolemos nuestro amor propio y nuestras concupiscencias y crucifiquemos nuestra carne, con aquella crucifixión mística de que habla el Apóstol, tantos más abundantes frutos de propiciación y de expiación percibiremos para nosotros y para los demás»⁵.

La doctrina paulina del Cuerpo de Cristo evoca con absoluta precisión esta exigencia de la vida cristiana: *Me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia* (Col 1, 24). En la progresiva reparación está la progresiva vivificación, *hasta ver a Cristo formado en vosotros* (Gal 4, 19). Todo en la Iglesia de Cristo inculca al cristiano esta vida de reparación por sí mismo y por los demás.

La familia que se consagra al Corazón de Jesús vive con sentido de Redención. «La familia cristiana, cuyo origen está en el matrimonio, que es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia, manifestará a todos la presencia viva del Salvador en el mundo y la auténtica naturaleza de la Iglesia, ya por el amor, la generosa fecundidad, la unidad y fidelidad de los esposos, ya por la cooperación amorosa de todos sus miembros» (GS 48). La familia cristiana tiene que ser instrumento reconciliador del amor de Cristo. Cuando se funda una familia cristiana tiene que levantarse la bandera de un amor inseparable que ondea por encima de las tornadizas inclinaciones del corazón. Y este amor de los unos por los otros sólo es fuerte y constante cuando se funda en el amor redentor de Cristo. Allí se da la gracia, la vida; en la familia cristiana se inicia un nuevo movimiento que puede llevar a lo más hondo de la vida cristiana. Brota un amor lleno de dulce delicadeza y fuerte fidelidad que une en el sacrificio, en la entrega mutua, en el caminar a través de todas las dificultades. «Al unir en santa solemnidad, ante el altar de Dios, la celebración de esa alianza matrimonial y el rito de la más alta acción del amor sacrificado de Cristo a su Iglesia, lo que celebramos es entonces, de suyo, la oración y la abertura del corazón a ese amor»⁶.

Es la iglesia doméstica el terreno más apropiado para abrirse y vivir tanto la consagración como la reparación. Los primeros cristianos vivían como una gran familia. Ese debería ser hoy nuestro objetivo: que las familias cristianas sean «pequeñas iglesias domésticas», en las que se viva la adhesión y conformación con Cristo, que lleva a un gran amor redentor. He oído decir ya a muchos matrimonios que al Papa Juan Pablo II se le va a llamar «el Papa de la familia cristiana». Está tocando el corazón del mundo porque ha tocado el corazón de la sociedad: la familia. «Para que el matrimonio cristiano favorezca el bien total y desarrollo de los cónyuges, debe inspirarse en el Evangelio y abrirse así a la

⁵ Pío XI, *Miserentissimus Redemptor*, 33-34. Cf. Pío XII, Discurso a los recién casados, 26 de junio de 1940.

⁶ K. Rahner, *Fieles a la tierra*, Barcelona 1971, 179.

nueva vida, una nueva vida dada y aceptada generosamente. Los cónyuges están llamados también a crear una atmósfera de familia en la que los hijos sean felices y vivan en plenitud y con dignidad una vida humana y cristiana. Para poder vivir una vida gozosa de familia se requieren sacrificios, tanto por parte de los padres como de los hijos. Cada miembro de la familia debe convertirse, de modo especial, en siervo de los otros, compartiendo sus cargas. Es necesario que cada uno sea solícito no sólo por la propia vida, sino también por la de los otros miembros de la familia»⁷.

LA FAMILIA CRISTIANA, COMO VERDADERA IGLESIA DOMÉSTICA, ES MENSAJERA Y ARTÍFICE DE LA REPARACIÓN, DE LA UNIDAD Y DE LA PAZ

La existencia es cristiana en tanto que la fuerza que la impulsa a desarrollarse está determinada por Cristo. Una familia es cristiana cuando todo el dinamismo de su vida está determinado por Él. *Jesús exige que la familia, como tal, se «pronuncie» por Él: en la relación mutua entre sí de los esposos, de los hijos, en la educación de éstos, en la posesión de los bienes y en su utilización, en los deberes profesionales, en la participación en toda la vida de la Iglesia. No se puede servir a dos señores: al dinero, al placer, a las imposiciones de una sociedad materialista y consumista, por un lado, y a Jesucristo por otro. La familia que realmente le ama, guarda su palabra, y Él permanece en ella. Muchas veces tendrá que elegir entre el Reino de Cristo y los obstáculos terrenales: ventajas, relaciones humanas, posibilidades de poder y placer, y tendrá que mantenerse cumpliendo la voluntad de Dios: «Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad así en nuestra familia como en el cielo». Hay un hermoso símbolo en el Evangelio sobre el Reino de los cielos: el Reino es como un grano de mostaza, diminuto, pero lleno de fuerza vital. Se siembra y crece, se forma una familia, que va desarrollándose constantemente y en silencio. Si la familia permanece en fidelidad, ningún poder terrenal puede contener la fuerza del grano de mostaza. El Reino de Dios no viene de modo que se pueda decir: míralo ahí. Está dentro de vosotros, en vosotros (Lc 17, 20-21). Las cosas del Reino de Dios no son determinadas exteriormente; son fuerza interior, vital, que operan por el amor y la verdad.*

Las bienaventuranzas son para vivirlas en la familia cristiana, en esa iglesia doméstica, célula viva y clave de la Iglesia de Cristo. Es bienaventurada la familia que soporta con confianza en Dios la necesidad, la privación y el dolor, la familia cuya actitud no es de debilidad, sino de fuerza suavizada, capaz de dominar por la sola verdad; la que llora todo alejamiento de Dios –perdónanos nuestras deudas–; la que es bondadosa y no ejerce el poder como dominio, sino como servicio; la que tiene entrañas de compasión eficaz; la que vive la limpieza de corazón como revelación de sus costumbres cristianas; la que da paz por su cercanía con Cristo; la que es perseguida por causa de la justicia; la que es insultada por el nombre y la palabra de Cristo. Si realmente la familia viviera consagrada a Dios en el Corazón de Cristo, viviría con anhelos de reparación y

⁷ JUAN PABLO II, Homilía en la misa celebrada en el *Capitol Mall*, de Washington, 7 de octubre de 1979.

tendría exigencias muy fuertes para permanecer unida y convertirse en una iglesia doméstica que sería, no ya como un grano de mostaza, sino como un árbol en el que los pájaros –símbolo de otras personas y familias– podrían vivir y habitar. La fuerza de una familia cristiana penetra hondamente en la sociedad.

Si en las familias la persona de Cristo no se hace presente en el pensamiento, en el sentimiento, en la actuación, y su cercanía no se hace cada vez más entrañable y fuerte, la Iglesia no tendrá vigor en sus miembros. La familia cristiana significa que Dios rige su voluntad no al modo de una policía invisible, o visible a través de los preceptos de la Iglesia, que desde fuera hace entrar Su palabra en su cotidiano quehacer, sino como un acuerdo interior. Su acción tiene que partir de su adhesión a Cristo en todo cuanto constituye la vida humana. Si no actúa así, buscará la religión, pero no encontrará en ella más que problemas más o menos teóricos que solucionar. La familia cristiana que pertenece en cuerpo y alma a Cristo, no considera la Iglesia como algo distinto de sí, externa a ella misma. No descarga su exigencia interior, radical, de vivir «en familia» las relaciones con Cristo; no puede ser algo que cada uno «hace por su cuenta». Si la familia vive esclava del trabajo, de las ocupaciones, el dinero, la política, y Cristo es «un además», todo será vacío. Si en la familia no hay vida cristiana ¿qué habrá en la sociedad? Si no hay amor, fidelidad, sacrificio, renuncia generosa, entrega, unidad, paz, reparación, satisfacción de unos por otros, la sociedad se sentirá enferma de egoísmo.

Las familias cristianas «muestran a todos el ejemplo de su amor incansable y generoso, construyen la fraternidad de la caridad y se convierten en testigos y cooperadores de la fecundidad de la Iglesia Madre, como símbolo y al mismo tiempo participación de aquel amor con que Cristo amó a su Esposa y se entregó a sí mismo por ella» (LG 41). La Redención no es ninguna leyenda; por eso no ha suprimido ni el dolor, ni el mal, ni la realidad del esfuerzo y respuesta personal del hombre. Tampoco promete que en el porvenir va a suprimirse y sigue siendo tarea humana trabajar en ello.

Pero ha ocurrido algo radical: un nuevo devenir. Creer significa entrar en él. Cristo ha tomado nuestra existencia en su Corazón. La ha vivido y la ha padecido hasta su extremo y en ello ha encontrado expiación la culpa. Cristo es el comienzo de la nueva creación. La familia tiene que vivir, unida, de esa nueva creación con la gravedad con que sabe que se trata del destino eterno. Tiene que conocer en qué consiste la expiación y cumplirla en la realidad de su vida diaria. La privación y el sufrimiento han recibido otro carácter por la Redención. Han quedado asumidos en el dolor de Cristo y en él se convierten en expiación por la culpa propia y de los demás; como se convierten, para quien vive la Redención, en purificación y crecimiento del hombre nuevo.

Esto hay que vivirlo en familia. Y aún más: la familia que se configura así con Cristo encuentra impulso, sentido y fuerza también para su trabajo en el mundo, y se le hacen posibles muchas cosas que no lo serían por sus meras fuerzas naturales. La iglesia doméstica tiene que conocer hasta dónde está llamada: tiene que asumir la responsabilidad de ser fermento de la sociedad, de reparar el mal que se hace, de ser como el médico que contribuye con su propia vida a curar el mal. Es una tarea difícil, y muchas veces puede dar la impresión de que no tiene sentido o de que no se hace nada. Pero ese servicio es ya una verdadera expiación.

Lo que hicisteis a uno de mis hermanos, por uno de mis hermanos más pequeños, a Mí y por Mí lo hicisteis. Con este juicio del Señor sobre nuestras acciones se introduce en ellas algo que ya no es humano y terreno, sino acontecimiento de gracia de la Redención, esto es, la relación con el Hijo de Dios, que se hizo hombre y hermano de todos nosotros y expió nuestra culpa. En cada vida humana se vuelve a decidir el sentido de la Redención en cuanto en cada hombre esta venida de Cristo, vida y muerte, halla su pleno cumplimiento o no. Y siendo como somos solidarios unos de otros en virtud del Cuerpo Místico de Cristo; ¿hay lugar más indicado que la familia para abrirse, crecer y vivir de esta profunda realidad?

CONCLUSIÓN

Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él (Jn 3, 16-17). Este amor que llega de Dios ha de echar su raíz en nosotros y ha de pasar a los demás: *Amaos los unos a los otros. Pues el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios* (1Jn 4, 7). La familia que quiere ser cristiana entra en este proceso de amor y de reparación que Cristo vivió. Vivir del amor de Cristo es el «instrumento» más eficaz para infundir y renovar la vida de los individuos, de la familia y de la sociedad.

La Iglesia no se limita a asegurar el amor, la paz y la unidad; es su mensajera y artífice. Pero las familias cristianas no pueden olvidar que la Iglesia es en sus miembros como lo fue en su Cabeza: solamente es redentora con Él en la cruz, solamente fue redimida por Él en la cruz. La Iglesia está en medio del mundo, como la familia, es decir, en medio de todos los combates. Continúa su marcha envuelta en sufrimientos y oprobios, y ni la prosperidad –siempre precaria– la engríe, ni la adversidad la abate. No puede ser infiel a su Fundador y Cabeza: *No he venido a traer la paz, sino la espada*, la espada de la predicación cristiana. Para preparar el Evangelio de la paz, San Pablo nos dice: es necesario que cada uno *se revista de la armadura de Dios* (1Tes 5, 9). Cristo, que *ha pacificado con su sangre en la cruz todas las cosas* (Col 1, 20), quiere que los suyos ejerzan siempre una acción pacificadora. Pero tenemos que arrancarnos de esa falsa paz que tenía el mundo antes de Cristo y en la que siempre nos instalamos de nuevo. El fin de la Iglesia es mostrarnos a Cristo, llevarnos a Él, comunicarnos su vida, es decir, ponernos en comunicación con Él. La iglesia doméstica tiene que responder a esta exigencia. El mundo creerá en Cristo y que Cristo resucitado vive siempre en su Iglesia, si probamos que Él verdaderamente es nuestra plenitud, que Él va echando de nosotros el viejo fermento y nos sacia *con los panes sin levadura de la pureza y de la verdad* (1Cor 5, 7-8).

Para terminar, nada mejor que releer atentamente, con veneración y agradecimiento, unas preciosas palabras de exhortación que el inolvidable Sumo Pontífice Pío XII dirigía a los recién casados, en aquel su famoso discurso del 26 de junio de 1940, que ya antes hemos citado:

«Para volver a encontrar la paz hace falta que los hombres hagan lo que desde hace siglos les predicán Jesucristo y su Iglesia: sacrifiquen sus propias

aspiraciones y sus propios deseos, en cuanto aparezcan incompatibles con los derechos ajenos y con el interés colectivo. A este fin les encamina por una vía dulce y segura la devoción al Sagrado Corazón. Porque, en primer lugar, la imagen del Divino Corazón, rodeado de llamas, coronado de espinas, abierto por la lanza, recuerda hasta qué punto amó Jesús a los hombres y se sacrificó por ellos, es decir, según sus propias palabras, "hasta agotarse y consumirse". Además, el lamento del Salvador por la infidelidad y las ingratitudes de los hombres imprime a esta devoción un carácter esencial de penitencia expiatoria. Nuestro gran predecesor Pío XI lo aclaró admirablemente en su encíclica *Miserentissimus Redemptor*, y en la oración litúrgica de la fiesta del Sagrado Corazón, donde se dice que al devoto obsequio de nuestra piedad (*devotum pietatis nostrae obsequium*) debe añadirse una digna satisfacción por nuestros pecados (*dignae satisfactionis officium*). Estos dos elementos hacen a la devoción del Sagrado Corazón eminentemente apta para preparar y promover el orden quebrantado y con esto para preparar y promover el retorno de la paz. La grande obra de Cristo, o, para hablar con San Pablo (2Cor 5, 19), la obra que Dios hizo en él, era reconciliar consigo al mundo (*Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi*), y la sangre, cuyas últimas gotas brotaron del Corazón de Jesús sobre la cruz, es el sello de la nueva Alianza (cf. Jn 19, 34; Mt 26, 28) que reanuda los vínculos de amor entre Dios y el hombre, rotos por el pecado original. Haced, pues, de este Corazón el rey de vuestra casa, y estableceréis en ella la paz. Tanto más cuanto que Él mismo, renovando y determinando las bendiciones de su Padre celestial hacia las familias fieles, prometió hacer reinar la paz en aquellas que le fueran consagradas».

EL CORAZÓN DE CRISTO, PASTOR

Conferencia en la clausura de la Semana organizada por la Facultad Teológica de Burgos sobre «El Corazón de Cristo y el sacerdote», 16 de julio de 1982. Publicada en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, octubre 1982.

Una de las imágenes más bellas, más poéticas y sugestivas con que diversas literaturas, y de manera especial los Libros Sagrados, nos presentan las relaciones entre los hombres y sus guías o gobernantes es la del pastor y su rebaño. Ya Homero llama al rey Agamenón «Pastor de pueblos». Los patriarcas bíblicos, Abel, Abraham, Jacob y el rey David, eran pastores. Así era obvia esta imagen aplicada a las relaciones entre los pueblos y sus jefes, más aún, entre Dios y los hombres.

Efectivamente, el amor de Dios a los hombres, su providencia sobre ellos, su plan de reunirlos en instituciones de salvación creadas por Él, la solicitud con que quiere que sus ministros en la tierra atiendan a las almas, la defensa contra los enemigos espirituales, la abundancia de gracias con que los alimenta, la alegría de recuperarlos cuando se han extraviado, la felicidad de reunirlos a todos en el Reino eterno, éstas y otras realidades sobrenaturales vienen hermosa y plásticamente configuradas en la alegoría del rebaño y Dios, su Pastor.

De amplio uso y aplicación en el Antiguo Testamento, la alegoría sigue usándose en el Nuevo, llegando a su plenitud humano-divina en la parábola de Cristo, que se llama a Sí mismo «el Buen Pastor».

Es evidente que el amor de Jesús por los hombres, su amor divino y humano, es el que se manifiesta en la alegoría del Buen Pastor. Y ese amor lo simboliza el corazón. Por eso, hablamos del *Corazón de Cristo, Pastor*.

1. LA IMAGEN DEL PASTOR EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Yahveh, Pastor de Israel

Ya el buen gobierno del pueblo de Dios por el rey David se expresa en la Sagrada Escritura bajo el simbolismo del pastor. David, pastor en su juventud, es elegido por Dios para ser el pastor de su pueblo, como dice el Salmo 78, 70-72: *Y eligió a David, su servidor, le sacó de los apriscos del rebaño, le trajo de detrás de las ovejas, para pastorear a su pueblo Jacob, y a Israel, su heredad. Él los pastoreaba con corazón perfecto, y con mano diestra los guiaba.*

David, hombre según el corazón de Dios y figura profética del Mesías, da origen en los escritos sagrados a la presentación del amor y del gobierno de Dios y de su Cristo bajo el símbolo del pastoreo. *Como pastor pastorea su rebaño, recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva, y trata con cuidado las paridas* (Is 40, 11).

Por eso, el pueblo pide la protección de Dios-Pastor: *Pastor de Israel, escucha; Tú que guías a José como un rebaño..., ven en nuestro auxilio* (Sal 80, 2-3). Y se siente seguro y feliz, guiado por Dios, su Pastor. *Yahveh es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta. Hacia las aguas de reposo me conduce, y conforta mi alma; me guía por senderos de justicia, en gracia de su nombre. Aunque pase por valle tenebroso, ningún mal temeré, porque Tú vas conmigo, tu vara y tu cayado me sosiegan* (Sal 23, 1-4).

Los pastores humanos, delegados

Pero en la economía de la providencia divina cuadra que el gobierno de los hombres por Dios sea ejercido por otros hombres, como ministros y representantes suyos. En Israel, estos pastores eran los guías políticos y religiosos del pueblo. Frecuentemente, no estuvieron a la altura de su misión y extraviaron al pueblo: *Los sacerdotes no decían ¿dónde está Yahveh?, ni los peritos de la ley me conocían, y los pastores se rebelaron contra Mí, y los profetas profetizaban por Baal y en pos de los Inútiles (los ídolos) andaban* (Jr 2, 8). *Es que han sido torpes los pastores, y no han buscado a Yahveh; así no obraron cuerdate, y toda su grey fue dispersada* (Jr 10, 21).

Sobre todo, el profeta Ezequiel, capítulo 34, estigmatiza amplia y duramente la mala conducta de los pastores de Israel. Se apacentaban a sí mismos y no al pueblo, lo explotaban, lo dominaban y lo abandonaban: *¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No deben los pastores apacentar al rebaño? Vosotros os habéis tomado la leche, os habéis vestido con la lana, habéis sacrificado las ovejas más pingües, no habéis apacentado el rebaño. No habéis fortalecido a las ovejas débiles, no habéis cuidado a la enferma ni curado a la que estaba herida, ni habéis tomado a la descarriada ni buscado a la perdida; sino que las habéis dominado con violencia y dureza. Y ellas se han dispersado por falta de pastor, y se han convertido en presa de todas las fieras del campo; andan dispersas. Mi rebaño anda errante por todos los montes y altos collados (idolatría); mi rebaño anda errante por toda la superficie de la tierra, sin que nadie se ocupe de él ni salga en su busca* (Ez 34, 2-6). El profeta lamenta que, como consecuencia del mal pastoreo, las ovejas de Israel se dispersaron: moralmente, sucumbiendo a la tentación idolátrica, y físicamente, por las deportaciones.

Dios los sustituye por un Pastor-Rey

Por eso el Señor arrancará las ovejas de la boca de los malos pastores y Él mismo será el Pastor y cuidará de las ovejas: *Las sacaré de en medio de los pueblos, las reuniré de los países y las llevaré de nuevo a su suelo. Las pastorearé por los montes de Israel, por los barrancos y por todos los poblados de esta tierra. Las apacentaré en buenos pastos y su majada estará en los montes de la excelsa Israel... Yo mismo apacentaré mis ovejas y yo las llevaré a reposar... Buscaré a la oveja perdida, tornaré a la descarriada, curaré a la herida, confortaré a la enferma* (Ez 34, 13-16). *Vosotras, ovejas mías, sois el rebaño humano que Yo apaciento, y Yo soy vuestro Dios* (Ib. 31).

En profecía mesiánica. Dios dará a sus ovejas nuevos pastores: *Os pondré pastores según mi corazón, que os den pasto de conocimiento y de prudencia*

(Jr 3, 15). *Pastores que apacienten las ovejas, de manera que nunca más estarán medrosas y asustadas, ni faltará ninguna* (Jr 23, 4).

Y, sobre todo, anuncia un pastor, Príncipe y Rey: *Mirad que vienen días... en que suscitaré a David un germen justo: reinará un rey prudente, practicará el derecho y la justicia. En sus días estará a salvo Judá e Israel vivirá seguro* (Jr 23, 5-6).

Ese Rey Pastor es claro que es el Mesías, Jesús. El mismo lo declaró: *Yo soy el Buen Pastor*. En Él se cumplen las profecías consoladoras de Ezequiel y Jeremías.

2. EN EL NUEVO TESTAMENTO

Cristo se proclama el «Buen Pastor» (Jn 10)

Cristo amorosamente se detiene, según el evangelista San Juan, capítulo 10, en describir su rebaño, su redil y los cuidados que presta a sus ovejas.

Cristo tiene un redil, sólo uno.

El redil tiene una puerta, como es lógico. Y la puerta del redil es el mismo Jesús. Solamente se puede acceder al rebaño por la puerta del redil. Porque las ovejas, las almas, son de Jesús, y nadie puede influenciarlas sin su autorización y los planes de Jesús sobre ellas. Quien pretenda entrar, no por la puerta, sino saltando las vallas, es claro que no es el pastor de las ovejas; es un salteador, que no pretende nada bueno para ellas, sino al revés, robarlas y matarlas.

Era el caso de los pastores de Israel en tiempos de Jesús. Ellos no habían entrado por la puerta, Jesús: no lo aceptaban a Él, ni su doctrina, ni su mesianismo. Imbuidos en las ideas de un mesianismo temporalista, puramente nacional y político, de grandeza y riqueza terrenal, eso es lo que fomentaban en el pueblo, y les repugnaba un mesianismo, tan distinto y tan distante, como el que veían que representaba Jesús: *En verdad, en verdad os digo: Yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido delante de Mí son ladrones y salteadores; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta* (Jn 10, 7-8). Las ovejas no seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños (Ib. 5).

Estos no son los dueños de las ovejas, no son pastores, sino asalariados. Por eso, ante el peligro, al ver venir al lobo, abandonan las ovejas y huyen; no les importan las ovejas. Entonces el lobo hace presa en ellas y las dispersa.

Jesús, al contrario, es el legítimo Pastor, el Buen Pastor. Él conoce a sus ovejas y las ovejas lo conocen a Él: no con un frío conocimiento intelectual, sino con conocimiento experimental y de presencia, que acaba confundándose con el amor.

Y su amor a las ovejas es el máximo: porque Él da la vida por las ovejas, y nadie tiene amor más grande que el que da la vida por el amado. Como el pastor hace frente al lobo, aunque se exponga a sus mordeduras, y al fin tal vez perezca entre sus garras, Jesús se enfrenta con el diablo, Príncipe de este mundo. Como era hombre, su humanidad pereció a manos de los hijos del diablo: *Vosotros sois*

de vuestro padre, el diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Este era homicida desde el principio (Jn 8, 44). Pero Él era más fuerte y echó fuera al Príncipe de este mundo (Jn 12, 31).

El Padre amó tanto al mundo que le envía su Hijo unigénito para que lo salve (Jn 3, 16); y cumpliendo el Hijo libre y generosamente la voluntad del Padre, merece doblemente su amor. *Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; Yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo (Jn 10, 17-18).*

El conocimiento y amor entre Cristo y las ovejas reproduce el conocimiento-amor que se da entre el Padre y el Hijo: *Conozco mis ovejas y las mías me conocen a Mí, como me conoce el Padre y Yo conozco a mi Padre (Jn 10, 14-15).*

Cristo da la vida por sus ovejas para que tengan vida, la sobrenatural, la eterna, y para que la tengan en abundancia. No como la vida y prosperidad terrena, que los dirigentes buscaban para su pueblo, y que la mayoría no podía alcanzar.

La idea cerradamente nacionalista de los dirigentes de Israel restringía las ovejas de Dios al pueblo de Israel; pero no, todos los hombres son ovejas de Cristo. Aún no están todas en su redil; pero *también a éstas las tengo que conducir y escucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo Pastor (Jn 10, 16).*

Jesús habla también de otros pastores, pastores humanos, pero esta vez buenos, que entrarán por la puerta debida. Cristo. Así resulta Él, el Príncipe de los pastores, el Mayoral (1P 5, 4). A su mandato y servicio hay otros pastores. A éstos, que entran en el redil por la puerta, no les pasará como a los falsos pastores. También ellos, como el mayoral, conocerán y amarán las ovejas, las defenderán de los lobos, y aun estarán dispuestos a dar su vida en su defensa. A su vez, las ovejas escucharán su voz, cuando un tal pastor las llame una por una. Él las sacará fuera para darles pastos y abrevarlas. Y cuando las ha sacado todas, él va delante de ellas, y las ovejas le siguen porque conocen su voz. Es el fruto de los apóstoles de Cristo que siegan las mieses ya amarillas y abundantes, pero que no sembraron ellos, sino Cristo. Estos pastores *apacientan la grey de Dios, que les está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que les ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey; para que cuando aparezca el Mayoral, reciban la corona de gloria que no se marchita (1P 5, 2-4).*

Hechos de su vida de Buen Pastor

La vida de Jesús está llena de las obras de amor, que brotaron del Corazón del Buen Pastor.

Él es el samaritano compasivo, que cura a la humanidad, asaltada por el enemigo; el pastor que deja las noventa y nueve ovejas en el redil para buscar a la oveja perdida hasta encontrarla; y cuando la encuentra, se la echa gozoso a los hombros, la vuelve al redil, y pide parabienes porque la ha encontrado. Él es el padre de los hijos pródigos, cuya vuelta espera con ilusión y celebra con gozo.

La mujer samaritana era una oveja descarriada. El Buen Pastor va en su busca haciendo el viaje de Judea a Galilea, no por la orilla del Jordán, como se solía hacer para huir de la hostilidad de los samaritanos, sino por la mitad del país de éstos. Aguantando la sed y el calor, Jesús va por el camino central, que conduce a Siquem, hasta llegar al pozo de Jacob, sentándose en su umbral para descansar, porque allí va a ejercer su oficio de Buen Pastor y a recuperar una oveja perdida. Recordemos la sabia pedagogía, la delicadeza y el amor con que Jesús transforma aquella alma, pecadora, olvidada de Dios; se revela a ella como Mesías; y la convierte en apóstol de su mesianidad entre sus paisanos. Es que *el Hijo del hombre ha venido a salvar lo que estaba perdido* (Mt 18, 11). *Todos los publicanos y pecadores se acercaban a Él para oírle. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: Este acoge a los pecadores y come con ellos. Entonces les dijo esta parábola: ¿Quién de vosotros, que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas no deja las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que perdió hasta que la encuentre? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros, y llegando a casa convoca a los amigos y vecinos y les dice: Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido. Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de penitencia* (Lc 15, 1-7).

La mujer pecadora de Lc 7, 36; la mujer adúltera, el publicano Zaqueo, son ejemplos conmovedores del amor y misericordia que llena el Corazón del Buen Pastor. La pecadora y Zaqueo ya buscan a Jesús, dan muestras de arrepentimiento, que Jesús acepta enseguida; pero la mujer adúltera no tiene más en su defensa que el miedo a ser apedreada, como mandaba la ley. Esto le basta al Buen Pastor, el ver a aquel corazón afligido, para compadecerse y encontrar una solución ingeniosa y divina. Es que *no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno solo de estos pequeños* (Mt 18, 14).

El «pusillus grex» de los Apóstoles

El Buen Pastor tenía su *pusillus grex*, el de sus apóstoles, llenos de admiración y amor a Él. Pero estaba escrito: *heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas* (Zc 13, 7). Sucedió así a la letra en la Pasión de Jesús. Judas se extravió de manera absurda e incomprensible; nueve apóstoles desaparecieron a la hora de la Pasión; dos no dejan al Pastor, pero uno, apretado por las circunstancias, se sale fuera del redil, dice que no conoce al Pastor ni nunca lo ha conocido, y confirma su dicho con un perjurio. Sólo Juan, el discípulo amado, aparece intachable, fiel al Pastor hasta el fin a los pies del Crucificado.

Pero el buen Corazón del Gran Pastor de las ovejas (Hb 13, 20) lo tenía todo previsto, y previamente había concedido el perdón y abierto de nuevo a todos los apóstoles las puertas del redil, menos a Judas, que se autoexcluyó: *Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo. Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos* (Lc 22, 31-32).

Jesús se aparece a los apóstoles, reagrupa sus ovejas, confirma su fe, les abre la inteligencia para que comprendan las Escrituras y el plan divino respecto de los sufrimientos del Mesías. Y los envía al mundo para que sean sus testigos.

Les dijo: *Estas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de Mí. Y entonces abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Así está escrito: que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día, y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas (Lc 24, 44-48). Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra (Hch 1, 8).*

Sobre todo, y de manera sublime, aparece el Corazón del Buen Pastor en el comportamiento de Jesús con el apóstol Pedro. Se le aparece individualmente a él (Lc 24, 34), y antes que a los doce (1Cor 15, 5). Mas ¿quién podrá penetrar en el corazón de Pedro para comprender sus sentimientos de vergüenza y de dolor ante Jesús resucitado? Y, sobre todo, ¿quién podrá penetrar en el Corazón de Jesús para comprender su misericordia y su gozo al recuperar a su primer apóstol? Los pecados de los hombres no trastornan los planes de Dios. Él es inmutable y sus dones y vocación son sin arrepentimiento, irrevocables (Rm 11, 29). Por eso, la promesa hecha a Pedro se va a cumplir, no obstante su gran pecado. Jesús había dicho: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y Yo, a mi vez, te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y lo que ates en la tierra, quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en los cielos (Mt 16, 17-19).* Los futuros de esa promesa, «edificaré», «te daré», se convierten ahora en los presentes: *apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.* Dice Jesús a Pedro: *Simón, de Juan, ¿me amas más que éstos? Le dice él: Sí, Señor, Tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis corderos. Vuelve a decirle por segunda vez: Simón, de Juan, ¿me amas? Le dice él: Sí, Señor, Tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis ovejas. Le dice por tercera vez: Simón, de Juan, ¿me quieres? Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: me ¿quieres?, y le dijo: Señor, Tú lo sabes; Tú sabes que te quiero. Le dice Jesús: Apacienta mis ovejas (Jn 21, 15-17).*

Jesús se reafirma otra vez aquí como el Príncipe de los pastores, el Mayoral, que tiene pastores a su mando, para que gobiernen en su nombre a las ovejas. Y éstas no serán ya solamente las que habían perecido de la casa de Israel (Mt 15, 24), sino la humanidad entera.

Los Apóstoles constituidos «Pastores»

Pedro y sus compañeros son constituidos pastores delegados. Es que Jesús ve a la humanidad entera lo mismo que las multitudes de su vida mortal, *vejadas y abatidas, como ovejas que no tienen pastor (Mt 9, 36)*, y les quiere dar no ya el ser material, sino el de su doctrina, de su Cuerpo y de su amor.

Todos los corderos, todas las ovejas de Cristo, es decir, todos los discípulos de Jesús –y todos los humanos deben serlo– han de ser apacentados por Pedro y por sus compañeros de apostolado. Porque también sus compañeros recibieron

el poder de atar y desatar, como recuerda el Concilio Vaticano II (LG 22). A todos ellos les dijo Jesús: *Yo os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra quedará desatado en el cielo* (Mt 18, 18). Y para todos fue la misión apostólica a que los envió Jesús: *Los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verle le adoraron... Jesús se acercó a ellos y les habló así: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que Yo os he mandado. Y he aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo* (Mt 28, 16-20).

La Iglesia los continúa a través de los tiempos

Por la acción de los pastores constituidos por Cristo, sucederá que los hombres, que *eran como ovejas descarriadas, vuelvan al Pastor y Guardián de sus almas* (1P 2, 25).

Así se perpetúa en la Iglesia de Cristo la misión y la figura del Buen Pastor. El apostolado, los poderes de enseñar, santificar y gobernar son «la Pastoral» de la Iglesia, es decir, la acción del Buen Pastor, por medio de sus ministros.

San Pablo dice a los Obispos de Asia: *Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual os ha puesto el Espíritu Santo como vigilantes para pastorear la Iglesia de Dios, que Él se adquirió con la sangre de su propio Hijo* (Hch 20, 28). Y lo mismo dice San Pedro en el pasaje ya citado (1P 5, 2-3).

Particularmente, las Epístolas de San Pablo, llamadas precisamente «pastorales», son el monumento más insigne del amor del Corazón del Buen Pastor por las almas; de la confianza que Él pone en los pastores que Él mismo elige; de la responsabilidad de éstos ante el Mayoral o Príncipe de los Pastores, Cristo Jesús.

Esta concepción «pastoral» viene expresada por uno de los escritos cristianos más antiguos: *El Pastor*, de Hermas.

En las catacumbas se encuentran pinturas del Buen Pastor: así consolaba Cristo a sus ovejas maltratadas en las persecuciones.

A través de los siglos, la Iglesia profesa su pertenencia a Cristo bajo esta bella imagen del redil y su Pastor. Últimamente lo ha expresado el Concilio Vaticano II, hablando de las diversas imágenes de la Iglesia: «La Iglesia es un redil cuya única y obligada puerta es Cristo. Es también una grey, de la que el mismo Dios se profetizó Pastor (Is 40,11; Ez 34, 11ss.), y cuyas ovejas, aunque conducidas ciertamente por pastores humanos, son, no obstante, guiadas y alimentadas continuamente por el mismo Cristo, Buen Pastor y Príncipe de los pastores, que dio su vida por las ovejas» (LG 6).

3. LA REALIDAD DEL SÍMBOLO

Si pretendemos ahora atisbar algo de las espléndidas realidades que en el Corazón de Jesús entraña el simbolismo del Buen Pastor, podemos reflexionar

brevemente sobre algunos de sus aspectos: Cristo amó a los suyos hasta dar la vida por ellos; los alimenta espiritualmente; los defiende; los cura de sus males espirituales; los mantiene unidos en la Iglesia; triunfa y reina con ellos en el cielo.

El amor supremo

La caridad de las tres Divinas Personas es la que decreta la Redención del género humano. Así dice San Juan, apropiando esa caridad al Padre: *De tal manera amó Dios al mundo, que le dio su Hijo único* (Jn 3, 16).

El Hijo de Dios, en su voluntad humana, en su Corazón, acepta el sacrificio que a su inocente y santa humanidad imponía la voluntad del Padre: *Al entrar en este mundo, dice: Sacrificio y oblación no quisiste; pero me has formado un cuerpo. Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo –pues de Mí está escrito en el rollo del libro– a hacer, oh Dios, tu voluntad* (Hb 10, 5-7).

Cristo amó a su Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño de agua, en virtud de la palabra (Ef 5, 25-26).

Habiendo amado a los suyos... los amó hasta el fin (Jn 13, 1), es decir, hasta la aceptación del sacrificio del Calvario y de la Eucaristía. Y esto, libremente; porque *nadie me quita la vida. Yo la doy voluntariamente* (Jn 10, 18). Y esto, en último término, por amor y obediencia al Padre: porque *ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado* (Jn 14, 31).

De esa manera, *Cristo, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente ser igual a Dios, sino que se despojó de Sí mismo, tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a Sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz* (Fil 2, 6-8). Así fue de inmenso el amor del Buen Pastor por sus ovejas.

Cristo alimenta a sus fieles con su Palabra, con su Eucaristía

La vida de la Iglesia, y de los fieles en particular, se nutre con la Palabra de Cristo y con el Cuerpo de Cristo.

La palabra de Cristo resuena inmortal en los Santos Evangelios y en los demás escritos sagrados del Nuevo Testamento. Porque es claro que la voz de los evangelistas y la voz de Pablo y demás escritores sagrados no era su propia voz. Aquellas mentes, de suyo ineptas y aun contrarias, fueron totalmente transformadas por la acción del Espíritu de Cristo, para que comprendieran la doctrina de Jesús y se convirtieran en portadores y pregoneros de ella. Por ello, sigue Jesús, el Buen Pastor, alimentando a su Iglesia, iluminándola también a ella, abriendo su inteligencia: no sólo la de los pastores, sino aun la de los simples fieles, como dice el Concilio Vaticano II: «La tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo; es decir, crece la comprensión de las palabras e instituciones transmitidas, cuando los fieles las contemplan y estudian, repasándolas en su corazón, cuando comprenden internamente los misterios que viven, cuando las proclaman los Obispos, sucesores de los Apóstoles, en el carisma de la verdad. La Iglesia camina a

través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente las palabras de Dios» (DV 8).

Cristo defiende a su Iglesia y nos defiende a cada uno de los que creemos en Él. Él es el «más fuerte», que vence el poder del enemigo fuerte: *Cuando uno fuerte y bien armado custodia su palacio, sus bienes están seguros; pero si llega uno más fuerte que él y le vence, le quita las armas en las que estaba confiado y reparte sus despojos* (Lc 11, 21-22). *Ahora es el juicio de este mundo: ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera, y Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia Mí* (Jn 16, 11-12).

Tampoco tiene que temer la Iglesia las persecuciones del mundo. Jesús no oculta este cuadro sombrío de la vida de la Iglesia: *Os expulsarán de las sinagogas. E incluso llegará la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios. Y esto lo harán porque no han conocido al Padre ni a Mí. Os he dicho esto para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho* (Jn 16, 2-4). Pero nos asegura: *Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en Mí. En el mundo tendréis tribulación; pero, ¡ánimo! Yo he vencido al mundo* (Jn 16, 33. Cf. Lc 12, 4-5).

Ni siquiera hemos de temer las fuerzas del mal, internas a nuestra propia naturaleza. Nos lo enseña Cristo por San Pablo. Hablando éste, o en nombre propio, o del hombre en general, nos descubre la batalla angustiosa que traban en el interior del hombre las fuerzas del bien y del mal: *Descubro, pues, esta ley: aun queriendo hacer el bien, es el mal el que se me presenta. Pues me complazco en la ley de Dios, según el hombre interior; pero advierto otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado, que está en mis miembros* (Rm 7, 21-23). Llega Pablo hasta pedirle a Dios que lo libere de esta lucha: *Tres veces rogué al Señor que se alejase de mí; pero Él me dijo: Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza* (2Cor 12, 8-9). Si Pablo dice: *¡Pobre de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo, que me lleva a la muerte?*, añade enseguida: *¡Gracias sean dadas a Dios, por Jesucristo nuestro Señor!* (Rm 7, 24-25).

Cura las enfermedades de las almas

Las ovejas de Cristo, a pesar de todo, enferman y pueden morir espiritualmente. Pero nuestro Buen Pastor es al mismo tiempo médico y medicina de nuestras almas, capaz no sólo de sanar, sino aun de resucitar y devolver la vida. Lo hace principalmente en el sacramento de la Penitencia, verdadero monumento admirable de la misericordia y poder de Dios. Ni la cantidad de los pecados, ni su gravedad o malicia son barrera suficiente para la misericordia de Dios. Hasta las reliquias del pecado y sus consecuencias penales las elimina Cristo con otro sacramento admirable: la Unción de enfermos, y con el tesoro infinito de los méritos de Cristo, que nos aplica con las indulgencias.

Las defiende de enemigos exteriores e interiores

A través de los siglos, el redil de Cristo ha sufrido asaltos de sus enemigos. Y lo peor es que, a veces, en el interior mismo del redil han surgido «*schismata*»,

divisiones, doctrinas diferentes, terminando no pocas veces con la dispersión del rebaño, con rebeldías contra los pastores y alejamiento del redil y de las demás ovejas. Ya sabemos con qué energía San Pablo, sobre todo en la Epístola a los Gálatas, reaccionó contra las divisiones internas de la Iglesia y contra la falsificación de la única liberación de Cristo. Y lo mismo, con dureza, el dulcísimo San Juan, en sus breves epístolas.

Reúne las ovejas dispersas

El Buen Pastor no ha dejado de proteger su redil y ha tratado de reunir las ovejas dispersas. En las grandes crisis del cristianismo ha enviado santos y sabios pastores para conseguirlo: a veces, individualidades poderosas, como los Padres apologetas y los grandes doctores de la Iglesia oriental y occidental: un San Atanasio, un San Agustín, etcétera. Otras veces han sido instituciones enteras, como las grandes órdenes medievales y modernas, diques poderosos contra las herejías.

Cuando Europa entera se desgarró y se dividió en dos, es el mismo Buen Pastor el que, usando una vez más sus métodos propios, los desproporcionados, para que brille sólo el Poder divino, interviene recordando al mundo el amor de su Corazón y revelando la devoción al Corazón de Jesús por medio de una humilde religiosa.

Hagamos, por fin, brevemente mención de los esfuerzos ecuménicos de los últimos tiempos, con los que la Iglesia llama amorosamente a los cristianos separados para que vuelvan al redil. El decreto de Ecumenismo del Concilio Vaticano II, los escritos de eminentes teólogos, las múltiples reuniones de las diversas confesiones cristianas, el cambio de una mentalidad de rechazo por otra de acogida fraternal y brazos abiertos, las visitas de los mismos Vicarios de Cristo: estas y otras muchas expresiones del dolor por la separación y del esfuerzo por restaurar la unidad de la Iglesia han dado preciosos frutos, si no totales aún, sí muy esperanzadores. Es el mismo Jefe de la Iglesia anglicana el que no ha tenido reparo en proclamar que no está lejos el tiempo de la vuelta a Roma y de la unión bajo la mirada y el pastoreo del Romano Pontífice, Vicario de Cristo.

¿Qué oración puede hacer la Iglesia y todos sus hijos que sea más grata a Cristo que la de que se cumpla su deseo de unión de todos los que creen en Él?

Jesús y su rebaño en los cielos nuevos y en la tierra nueva

Por fin, acabada la figura de este mundo, en los cielos nuevos y la tierra nueva. Cristo, Pastor y Cordero, que está en medio del trono del Altísimo, apacentará sus ovejas y las guiará al manantial de las aguas de la vida eterna, donde Dios enjugará las lágrimas de sus ojos y las apacentará con la visión y amor de la Divinidad (Ap 7, 17).

Nada mejor para describir esta felicidad de Cristo con su rebaño, y nada mejor para concluir estas reflexiones sobre el Corazón de Cristo, Pastor, que reproducir la oda quizá más bella del príncipe de los líricos españoles, Fray Luis de León.

No me privo del placer de transcribirla, seguro de que os agradará volver a saborear tanta belleza:

*Alma región luciente,
Prado de bienandanza, que ni al hielo
Ni con el rayo ardiente
Fallece, fértil suelo.
Productor eterno de consuelo.*

*De púrpura y de nieve,
Florida la cabeza, coronado,
A dulces pastos mueve
Sin honda ni cayado,
El Buen Pastor en ti su hato amado.*

*El va, y en pos, dichosas
Le siguen sus ovejas, do las pace
Con inmortales rosas,
Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza, más renace.*

*Ya dentro, a la montaña
Del alto bien las guía; ya en la vena
Del gozo fiel las baña,
Y les da mesa llena.
Pastor y pasto Él solo y suerte buena.*

*Y de su esfera, cuando
La cumbre toca altísimo subido
El sol, El, sesteando,
De su hato ceñido
Con dulce son deleita el santo oído.*

*Toca el rabel sonoro
Y el inmortal dulzor al alma pasa,
Con que envilece el oro,
Y ardiendo se traspasa
Y lanza en aquel bien, libre de tasa.*

*¡Oh son!, ¡Oh voz! ¡Siquiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido, y fuera
De sí la alma pusiese,
Y toda en Ti, ¡oh amor!, la convirtiese.*

*Conocería dónde
Sesteas, dulce Esposo; y desatada
De esta prisión, adonde
Padece, a tu manada
Junta, no ya andará perdida, errada.*

Parte Tercera

María, Madre de la Iglesia

MARÍA EN NUESTRA VIDA CRISTIANA

Exhortación pastoral, abril de 1967. Publicada en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona*, mayo 1967.

Al acercarse el mes de mayo, tradicionalmente dedicado a honrar a la Virgen María con cultos especiales, me siento en la obligación pastoral de recordaros algunos puntos doctrinales y algunas normas prácticas que sirvan de orientación para vuestra piedad, tanto en sus manifestaciones públicas como en las familiares y privadas.

DOCTRINA DEL CONCILIO

En primer lugar, juzgo necesario recordar algunas de las luminosas verdades que el Concilio Ecuménico Vaticano II, sobre todo en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, formuló acerca de la doctrina católica sobre la Virgen María. Ellas constituyen la expresión más autorizada de la mentalidad del Magisterio eclesiástico sobre un punto tan importante de la doctrina y de la vida de los cristianos. Todos nos acordamos de que, durante las discusiones conciliares sobre el capítulo dedicado a la Virgen, algunos fieles se escandalizaron al ver que los obispos discutían, a veces vehementemente, sobre aspectos de la doctrina mariana. Algunos católicos llegaron a dividir de modo simplista a los padres conciliares en dos categorías, los que querían a la Virgen y los que no la querían.

Cualquier persona en su cabal juicio sabe que dicha clasificación, además de simple, es injusta, puesto que no existe ningún obispo católico que no ame a la Virgen. Los diferentes puntos de vista se debían a un mismo deseo de dejar muy clara la doctrina católica sobre la Madre de Jesús, con el fin de evitar toda confusión que pudiera resultar nociva a la recta piedad y al diálogo con los hermanos cristianos separados. Después de las discusiones prevaleció el criterio de tratar la doctrina mariana, no en un esquema aparte, sino en un capítulo integrado en la Constitución de la Iglesia. El título es muy significativo: «La Santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia». La verdad profunda oculta detrás de ese hecho y de ese título es que la función de María en la economía de la salvación –y, por tanto, su grandeza– no se puede desligar de la función de Cristo y de la Iglesia.

Los que, llevados por un deseo de exaltación de prerrogativas de María, subrayan con exceso su singularidad y preeminencia, corren el peligro de separarla de Cristo y de la Iglesia, y al mismo tiempo de quitarle su razón de ser y su auténtica dignidad. En cambio, insistir en la vinculación de María con Cristo y con los cristianos es reconocer la mayor grandeza de María. Madre de Dios y madre nuestra: «Redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo, y unida a Él con un vínculo estrecho e indisoluble, está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo... Pero a la vez está unida, en la estirpe de Adán, con todos los hombres que necesitan de la salvación; y no sólo eso, sino que es verdadera Madre de los miembros de Cristo» (LG 53).

UNIÓN E INTIMIDAD ENTRE MARÍA Y JESÚS

La doctrina conciliar expone, en primer lugar, las relaciones de María con Cristo. «La unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte» (ibíd. 37). La anunciación, la visitación, el nacimiento, la presentación, la pérdida y hallazgo en el templo: toda la historia de la infancia de Jesús está formada por momentos de unión e intimidad entre María y Jesús. «En la vida pública de Jesús aparece reveladoramente su Madre ya desde el principio... Así avanzó también la Santísima Virgen María en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida, asociándose al sacrificio de su Unigénito» (ibíd. 58). Finalmente, después de la Ascensión, María continúa vinculada a la obra de su Hijo; los apóstoles, antes del día de Pentecostés *perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste* (Hch 1, 14).

En segundo lugar, la Constitución de la Iglesia expone las relaciones de María con los hombres. La afirmación más importante, apta para disipar cualquier confusión, es la siguiente: «La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno la mediación única de Cristo...; se apoya en la mediación de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta» (LG 60). Y más adelante, al comentar el título de Mediadora dado a la Virgen, afirma lo siguiente: «Lo cual ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada nada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador. Jamás podrá compararse criatura alguna con el Verbo encarnado y Redentor, pero así como el sacerdocio de Cristo es participado tanto por los ministros sagrados cuanto por el pueblo fiel de formas diversas, y como la bondad de Dios se difunde de distintas maneras sobre las criaturas, así también la mediación única del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación participada de la única fuente» (ibíd. 62).

PRÁCTICA DEL CULTO MARIANO

Las verdades doctrinales que os acabo de recordar se reflejan en el modo como la Iglesia desea venerar a la Virgen, tanto en el marco de las celebraciones

litúrgicas como en las manifestaciones populares de piedad. «Las diversas formas de piedad hacia la Madre de Dios que la Iglesia ha venido aprobando dentro de los límites de la doctrina sana y ortodoxa, de acuerdo con las condiciones de tiempos y lugares y teniendo en cuenta el temperamento y manera de ser de los fieles, hacen que, al ser honrada la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas y en el que plugo al Padre eterno que habitase toda la plenitud, sea mejor conocido, amado, glorificado, y que, a la vez, sean mejor cumplidos sus mandamientos» (LG 66).

En el campo litúrgico, baste recordar las palabras de la Constitución sobre la Liturgia, primer documento promulgado por el Concilio. «En la celebración del círculo anual de los misterios de Cristo, la Santa Iglesia venera con amor especial a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo; en ella, la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención y la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser» (SC 103).

De este modo, la celebración de las fiestas litúrgicas de la Virgen queda situada en íntima conexión con la celebración de los misterios de Cristo. La Iglesia celebra los privilegios de María, porque ve en ellos la realización más completa de la obra redentora de Cristo, y al mismo tiempo en ellos contempla la promesa de su perfección final. No es que exista algo así como dos años litúrgicos independientes: el ciclo de los misterios de Cristo y el ciclo de las fiestas de la Virgen. Existe un solo año litúrgico que contiene una liturgia, la cual, si quiere ser cristiana, tiene que referirse constantemente a Cristo. Podríamos decir que la presencia de María en la Liturgia es la propia de una madre: constante, pero discreta y oculta. De modo que, propiamente hablando, no existe un tiempo más dedicado a la Virgen que otro, sino que, a lo largo de todo el año, el recuerdo de María está presente de manera viva como lo está en toda celebración de la Misa.

ACTOS LITÚRGICOS Y DEVOCIONES POPULARES

Es evidente que la piedad del pueblo no puede quedar limitada a los actos estrictamente litúrgicos. Parece existir una necesidad psicológica de manifestar de muchos otros modos la devoción a la Virgen, tanto de los individuos como de las comunidades. Por eso la Constitución de Liturgia «recomienda encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano» (SC 13). Ahora bien, ha existido, y existe todavía, en la Iglesia una tendencia a subrayar tanto la importancia de las devociones populares que prácticamente olvida la primacía de la oración litúrgica. Así como existe la tendencia contraria, la cual, al mismo tiempo que exalta la liturgia, no quiere saber nada del papel necesario de los ejercicios de piedad del pueblo. La actitud justa es la de aquellos que se esfuerzan por unificar profundamente la vida cristiana de los fieles, sin divisiones antinaturales. Ello sólo es posible a través de una subordinación de las devociones populares a los actos litúrgicos y de su mutua coordinación. Es la postura propugnada por el Concilio: «Es preciso que los ejercicios piadosos se organicen teniendo en cuenta los tiempos litúrgicos, de modo que vayan de acuerdo con la sagrada Liturgia, en cierto modo deriven de ella y a ella conduzcan al pueblo, ya que la Liturgia, por su naturaleza, está muy por encima de ellos» (ibíd.).

En el caso concreto de las devociones populares marianas, todos, pastores y fieles, tendremos que hacer un esfuerzo por colocarnos en la línea marcada por el Concilio. En primer lugar, deberemos intensificar nuestra participación activa, consciente y fructuosa en las celebraciones litúrgicas, sabiendo que en todas ellas está presente María, la cual se alegra sobre todo viendo que nuestra vida cristiana se alimenta en las fuentes genuinas del espíritu cristiano. En segundo lugar, deberemos abandonar toda actitud crítica o dictatorial para con los demás, pretendiendo juzgar severamente determinadas formas de piedad o imponer a rajatabla nuestras preferencias personales. Dentro de la más exacta aplicación, caben muchas formas diversas, favorecidas por el clima de libertad y pluralismo que va penetrando en la Iglesia. Y, por último, todos intentaremos purificar y rectificar nuestras propias formas de piedad para con la Virgen, procurando que estén penetradas de espíritu litúrgico, lo cual, en concreto, quiere decir que estén en íntimo contacto con la Palabra de Dios y que posean siempre una dimensión comunitaria.

FIDELIDAD AL LENGUAJE Y DIRECTRICES DEL CONCILIO

Ni excesos del sentimiento que ahoguen entre sus frondas la limpidez del tallo de María, siempre y en todo subordinado a Jesucristo, ni reticencias que al mismo Cristo hieren si ofenden a su Madre. El lenguaje del Concilio, lleno a la vez de rigor teológico y de ternura para con la Madre de Dios, es el que debe ser reverentemente escuchado, y sus directrices puestas en práctica.

Si el pueblo cristiano, rectamente educado en su fe por las enseñanzas multiseculares de la Iglesia, reiteradas nuevamente por los Papas del Concilio – Juan XXIII y Pablo VI– reza, por ejemplo, el Rosario a María, y de manera particular en determinadas épocas del año, nadie tiene derecho a destruir tal devoción, o a despreciarla o silenciarla, en nombre del Concilio o de la piedad litúrgica. Si en la práctica se dan rutinarismos molestos, corrijanse por quien corresponde. Pero si las oraciones del Rosario permiten ponernos en comunicación con la Palabra de Dios y son aptísimas –como lo son de hecho– para sentirnos incorporados a la vida de la Iglesia, pues las dirigimos a la que es Madre de la misma, ¿por qué no recitarlas?

Basta de exageraciones, queridos sacerdotes y seglares. Al escuchar determinados juicios y expresiones contra el rezo del Rosario y otros ejercicios de piedad en honor de la Santísima Virgen María, un dolor inevitable aflige el espíritu. Parece como si inconscientemente estuviéramos haciendo pagar las culpas de nuestro mal humor religioso al ser más humilde e inocente, a María, la más merecedora, después de Cristo, del obsequio de nuestros finos sentimientos. Como si Ella, que tanto calló y sufrió en su vida, tuviera también que callar ahora puesta en un silencioso rincón del templo y preguntarse sorprendida: ¿Por qué? ¿Qué necesidad había de esto?

MARÍA ES INSEPARABLE DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

Mal remedio es para curar un extremismo incurrir en otro. No, queridos hijos de María, Madre de la Iglesia, no. Injusto sería decir que con el rezo del Rosario

está solucionado todo o que no se puede ser buen cristiano si no se practica esta devoción diariamente o con esta o aquella frecuencia. Pero desde luego, si encontramos cristianos que lo rezan, o solos, o en familia, o en el templo con los demás, no apaguemos el delicado rumor de sus plegarias con el áspero rumor de nuestras intemperancias. Procuremos que lo recen bien. Y si encontramos quienes no lo rezan, procuremos que alguna devoción tengan a la Santísima Virgen, sea ésta o sea otra. Esto es lo que expresamente quiere la Iglesia. «No debe pasar nunca un día sin que todos los fieles –dice Pablo VI– dirijamos un saludo, un pensamiento a la Virgen para conseguir de esta forma un rayo de luz sobre nuestras almas»¹.

Y es muy de temer que algunos de los que tan apresuradamente y con tanta descortesía espiritual han hablado contra el Rosario y contra otros ejercicios tradicionales de devoción mariana apenas hayan hecho nada para sustituirlos por otros más perfectos.

María es inseparable de Cristo y de la Iglesia. Esta es la gran lección que nos ha impartido el Concilio y que deberíamos aprovechar para dotar a nuestra devoción mariana de riqueza y profundidad. Nuestra actitud debe ir más allá del simple extasiarse ante la excelsa dignidad de María. En Ella debemos ver, por un lado, el triunfo total de la redención de Cristo, y, por otro, la vocación a que la Iglesia entera ha sido llamada.

María es la primera redimida y el miembro más noble de la Iglesia. Si nos esforzamos por ver siempre a la Madre de Dios en una perspectiva cristiana y eclesial, si no la separamos de la unidad de la Iglesia, Ella será de verdad para nosotros el modelo y el ejemplo, la educadora de nuestra fe, la Madre espiritual que nos conducirá hacia el Reino de su Hijo.

¹ Homilía en la festividad de la Asunción, 15 de julio de 1964.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED, AYER Y HOY

Exhortación pastoral, mayo de 1968. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona*, junio de 1968.

Si siempre me es grato comunicarme con vosotros de palabra o por escrito, el motivo que hoy me impulsa a dirigiros la presente exhortación inunda mi espíritu de serena alegría, ya que me permite al mismo tiempo cumplir mi deber de pastor, que enseña y exhorta, y presentar a María la ofrenda de mi piedad filial.

Se cumple, en efecto, en este año, el primer centenario de la declaración confirmatoria por Pío IX, el 27 de febrero de 1868, de la Virgen de la Merced como Patrona del Obispado de Barcelona. Se celebra asimismo el 750 aniversario de la fundación de la Orden Mercedaria. Son fechas históricas para nuestra Iglesia diocesana que nos invitan a celebrar con sobria solemnidad la próxima festividad de la Virgen de la Merced, tanto para manifestar a María la gratitud por su intercesión maternal como para reafirmar y acomodar a nuestra época lo perenne del espíritu mercedario.

Celebrar comunitariamente estos acontecimientos quedará plenamente justificado, si unimos a la sobriedad externa la profundidad del fervor filial y la madura reflexión contemplativa.

PIEDAD MARIANA Y SENTIDO SOCIAL: ACTUALIZACIÓN DE UN MENSAJE

El culto de especial veneración que tributamos a María es siempre relativo a Jesucristo, porque «en cuanto es Madre de Dios, que intervino en los misterios de Cristo», «las diversas formas de piedad hacia la Madre de Dios, hacen que, mientras se honra a la Madre, el Hijo, por razón del cual son todas las cosas y en quien tuvo a bien el Padre que morase toda la plenitud, sea mejor conocido, sea amado, sea glorificado y sean cumplidos sus mandamientos... Y si desde los tiempos más antiguos la bienaventurada Virgen es honrada con el título de Madre de Dios, a cuyo amparo los fieles en todos sus peligros y necesidades acuden con sus súplicas»¹, nada más natural que la Iglesia diocesana de Barcelona, que la invoca por Patrona bajo la advocación de la Merced, acuda en tan solemne ocasión a rendirle su homenaje de gratitud por los dones del pasado y a implorar su maternal protección en esta hora de esperanza para la Iglesia y de angustia en la humanidad.

Para dar profundidad teológica y pastoral a la conmemoración centenaria, tendrán lugar, durante el octavario de la festividad de Nuestra Señora de la Merced, la Semana Mariológica Española, que estudiará la doctrina y las perspectivas mariológicas de la *Lumen Gentium*, y la Semana Mercedaria, que tratará de los valores humanos y cristianos del mensaje mercedario.

¹ LG 66.

Con el vehemente deseo y la esperanza cierta de que dichas solemnidades darán fruto espiritual en las personas y en la comunidad, me permito ofreceros, amados sacerdotes y fieles, autoridades y ciudadanos, algunos pensamientos que sirvan de orientación para los preparativos y de sugerencia a la hora de tomar resoluciones prácticas. Para ello será conveniente recordar la etnicidad y sobrenaturalidad de la obra mercedaria, establecer su fundamentación teológica y hacer algunas indicaciones sobre la hora presente.

I

«La esclavitud de los cristianos en poder de los sarracenos –como escribía el canónigo Cardó– ofrecía, en el siglo XIII, todos los aspectos de lo que hoy llamaríamos un problema social. La esclavitud constituía una verdadera institución entre los musulmanes»². Sin respeto a la persona humana, el cautivo era objeto de ira por pertenecer a un pueblo enemigo y a una religión cordialmente odiada, o una ocasión de lucro. La situación del cautivo era dura, porque su *señor* podía descargar en él el azote de la venganza étnica, persiguiendo sus creencias religiosas o forzándole a la apostasía de su fe en lóbregas cárceles, con torturas y trabajos. Pero el mismo afán de lucro ofrecía una posibilidad de rescate.

Ante un trato tan indigno de la persona humana, la angustia interior llevaba a la pérdida de la fe o a la desesperación. Unos morían corporalmente, en otros se extinguía la fe, al menos en su profesión externa.

Era un problema social y religioso a la vez que afectaba no sólo a los prisioneros, sino también a los familiares y conciudadanos; y en su solución estaban interesadas la Iglesia y la Ciudad. El resquicio de esperanza que dejaba abierto el afán de lucro de los sarracenos movía a los familiares a pagar el rescate por medio de los únicos que en aquellos tiempos eran respetados en los dos campos beligerantes: los comerciantes, los «exeas». Aun siendo laudable la acción de los «exeas» en general, sólo familias acomodadas podían ofrecer la suma estipulada y la paga a los comerciantes intermediarios.

De ahí que surgieran iniciativas particulares y corporativas de redención que destinaban una parte menor o mayor de sus bienes a hacer «obra de merced» o misericordia: la Orden Militar de Santiago, la Orden Religiosa del Redentor y los Trinitarios surgieron en esta época.

La Providencia Divina, que solamente permite el mal para suscitar un bien mayor, hizo surgir en el ánimo generoso de Pedro Nolasco –oriundo de Barcelona, como indican recientes estudios– el ideal de una gran empresa. Desde 1203 a 1218 gastó sus bienes en rescates, vivió en pobreza con algunos compañeros en el hospital de Santa Eulalia y emprendió viajes de redención a Valencia y Mallorca, mereciendo el calificativo de *piadoso mercader*.

Dolorido por la experiencia del sufrimiento del prójimo, angustiado por el peligro de la pérdida de la fe, forjado en la austeridad y en la oración, e inflamado por la caridad, fue sobrenatural y maternalmente iluminado y movido –*caelesti lumine*

² C. CARDÓ, *L'obra de la Mercé*, en *Libre de la Mare de Déu*, Barcelona 1928, 55ss.

interius permotus— a constituir una nueva Orden religiosa para la redención de los cristianos cautivos. Pocos días después, el 10 de agosto de 1218, en la Seo románica de Barcelona, con la bendición del Obispo Berenguer de Palou, el apoyo del rey Jaime I, y con la sabia guía de San Raimundo de Peñafort, nació una nueva Orden Militar de caballeros que añadieron a los tres votos de pobreza, castidad y obediencia el voto de caridad, por el que se comprometían a sustituir como rehenes del rescate a los cautivos cuya fe peligrara.

La nueva Orden nació ungida de piedad mariana, sellada con las armas reales, coronadas con la cruz de la Catedral. Los nuevos *caballeros* eran la plasmación étnico-espiritual del sentido práctico de lo concreto y de la grandeza del ideal humano y religioso del pueblo catalán. Los nuevos caballeros eran el resultado de la armonía sin confusión de la Iglesia y la Ciudad.

Porque, si es históricamente cierto lo que afirmaba el venerable Siervo de Dios, Torras y Bages: «Crist, restaurador de la naturalesa, és el cor de la nació catalana, i al suau i ordenat ritme de sa sabiduría i amor es movien els fundadors i pares del nostre poblé»³, nada tiene de particular que en una ciudad cristiana surgieran unos mercaderes tan noblemente inspirados dentro del animado cuadro de la vida mercantil y próspera de la Cataluña de aquel tiempo. De ellos escribe el mismo Obispo de Vich: «Els redemptors de captius foren uns corredors d'homes impelits per la caritat; compraven esclaus per a fer-los lliures, obraven una noble transacció entre l'islamisme i el cristianisme, aquest donava el diner i aquell els homes; i aquesta institució piadosa és el complement de les institucions mercantils catalanes... La fe i la caritat cristianes que informaven a la nostra gent, treballadora i atrevida, debien produir, baix el potent influx sobrenatural de Sant Ramon, l'admirable expansió de l'Ordre de la Mercè, símbol d'un poblé mercantil i creient, d'esperit pràctic i misericordiós»⁴.

El nuevo instituto de Santa María de la Misericordia o *de la Mercè*, sólo podía expansionarse en un pueblo pletórico de fe y de caridad, que providencialmente atravesaba unos decenios de prosperidad económica. Su ideal de salvaguardar la fe de los cautivos cristianos se vio alentado por la caridad de los fieles en diversas poblaciones. Después de unos años de permanencia en el Hospital de Santa Eulalia, contiguo a la Catedral, por generosa donación de Ramón de Plegamans, en 1232 pudieron trasladarse junto al puerto, en el lugar de la actual Basílica, donde instalaron un hospital y se inició el culto público a la Virgen María, bajo la advocación de «la Mare de Déu de la Mercè».

El árbol de la Merced pronto dio sazonados frutos. Los cautivos que volvían a la Patria, a sus hogares, con la alegría de la esperanza hecha realidad, despertaban aún más la caridad en el pueblo cristiano que aprendía a valorar el don inapreciable y sobrenatural de la fe, germen de la libertad. Laicos y clérigos pedían ser admitidos en la Orden redentora, y se establecían cofradías de la Merced o de redención para colaborar con la oración y la limosna al rescate y a la fundación de nuevos hospitales.

³ J. TORRAS Y BAGES, *La tradició catalana*, Barcelona 1924, 29.

⁴ *Ibíd.*, 188.

La influencia del ejemplo y de la predicación era cada vez mayor. La llegada de nuevos libertos era ocasión de grandes procesiones, desde el puerto hasta el altar de María, para darle gracias por el retorno a la Patria.

Mas la alegría del retorno no era el término de la labor mercedaria. Algunos volvían enfermos y requerían cuidados, que les eran prodigados en los hospitales. El sufrimiento y la soledad habían debilitado en otros su espíritu de fe o su vida moral, y era necesaria una rehabilitación de su alma. Los religiosos de la Merced continuaban su obra con el trato amable, la predicación y el ejemplo de su vida; su espíritu de fe y la delicadeza maternal que les inspiraba su arraigado fervor mariano era bálsamo suave que restañaba las heridas del espíritu. Inocencio IV resume su labor con estas palabras: «Son ricos para los pobres y pobres para sí mismos. Dan de comer a los hambrientos, de beber a los sedientos, acogen a los huéspedes, visten a los desnudos, y no sólo visitan a los enfermos, sino que toman sobre sí las enfermedades de ellos».

Las obras de misericordia y la devoción a la Virgen de la Merced se expansionaron al unísono. Y cuando en los siglos posteriores disminuyó el problema del cautiverio y aumentaron los clérigos en la Orden, la milicia religiosa se transformó en Orden mendicante. Mas no se extinguió ni la fe del pueblo barcelonés, que acudía a María en sus necesidades, ni desapareció la obra mercedaria de rescatar a los esclavos de otras servidumbres. La predicación de la fe en gran parte de América y la difusión de la devoción a la Virgen de la Merced en aquellas latitudes, se debe a la presencia y a la actividad de los religiosos mercedarios. Ellos, asimismo, atendieron y atienden a los encarcelados y a otros necesitados, porque el voto de caridad, fundamento y característica de su institución, permite las acomodaciones más urgentes y actuales.

También en nuestra Diócesis, en el transcurso del tiempo, con los inevitables claroscuros de lo humano, se han dado acomodaciones de lo perenne del espíritu mercedario, de raíz tan profundamente popular y cristiana, en un conjunto espléndido de obras sociales de las diversas épocas, particulares o ciudadanas. Y es que, en definitiva, la Madre de Dios, que siempre fue el alma de la obra de la Merced, ha dejado sentir permanentemente los efluvios de su inagotable misericordia para con sus hijos desde su iglesia del Arenal.

En todas las desgracias de la naturaleza y de los hombres que asolaron Barcelona en los tiempos de decadencia, la imagen de Santa María de la Merced fue la esperanza de los ciudadanos. Cuando las pestes la consternaban (1571, 1817, 1821), o la sequía de los campos devastaba su llanura (1680), o los asedios crueles la oprimían duramente (1697-1714), o las invasiones la expoliaban (1814), siempre la Madre de Dios fue su protectora y la veneración de su imagen el más suave consuelo y la más sentida preocupación ciudadana.

Conviene señalar especialmente la cruel devastación que sufrió la ciudad y Cataluña entera con la plaga de la langosta de 1687. Fue uno de los más terribles y persistentes azotes de nuestra tierra; pero también fue singular la protección de María. Tan sensible sería el prodigio que muchas tierras de España, afligidas igualmente, se acogieron a Nuestra Señora de la Merced en esta necesidad. Con tal ocasión, el Consejo de Ciento, además de comprometerse a cumplir el voto de la ciudad, declaraba a la Virgen de la Merced *Patrona y Protectora* de

Barcelona. La proclamación posterior de Pío IX, referida al obispado, confirmaba la espiritual concordancia de la Virgen de la Merced y Barcelona.

Para poder deducir de esta concordancia espiritual consecuencias prácticas para la vida eclesial y ciudadana de hoy, profundicemos antes el fundamento teológico de la obra y piedad mercedarias.

II

Jesucristo, el Hijo de Dios, quedó constituido en su Encarnación el Mediador entre Dios y los hombres, cuyo oficio primordial fue «restablecer entre los hombres y su Creador aquel orden que el pecado había perturbado y volver a conducir al Padre Celestial, primer principio y último fin, la desgraciada descendencia de Adán, manchada por el pecado original»⁵.

Así lo enseña San Pablo al escribir a Timoteo: *Esto es bueno y grato ante Dios, nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque uno es Dios, uno también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a Sí mismo para redención de todos (1Tim 2, 3-6)*. Y la eficacia de su redención es superior a la de las anteriores alianzas selladas por la sangre de víctimas simbólicas: *Porque si la sangre de los machos cabríos y de los toros, y la aspersion de la ceniza de la vaca, santifica a los inmundos y les da la limpieza de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno a Sí mismo se ofreció inmaculado a Dios, limpiará nuestra conciencia de las obras muertas, para servir al Dios vivo? (Hb 9, 13-15)*. San Agustín escribe emocionado: «Entre la Trinidad y la debilidad del hombre y su iniquidad, fue hecho mediador un hombre, no inicuo, sino débil, para que por la parte que no era inicuo te uniera a Dios y por la parte que era débil se acercara a ti; y así, para ser mediador entre el hombre y Dios, el Verbo se hizo carne, es decir, el Verbo fue hecho hombre»⁶.

La mediación redentiva de Cristo presupone la elevación gratuita del hombre al orden sobrenatural; la pérdida del don de la gracia y de los derechos inherentes de la misma, debida al pecado original; y la realidad del pecado como ofensa grave inferida a Dios por un acto voluntario de desprecio a su Majestad divina, y no por una simple situación psicológica de culpabilidad irreal o de la experiencia de la propia limitación. El pecado constituía al hombre en enemigo de Dios y deudor de Él, cuya deuda, mientras no se resolviera, le cerraba el camino de la salvación, siendo todos *hijos de ira* (Ef 2, 3). El valor infinito de la redención presupone asimismo, en primer lugar, como verdad de fe inconcusa, la divinidad de Jesucristo, que unió en la persona del Verbo la naturaleza divina y su santísima humanidad, sin confusión ni separación; y, en segundo lugar, que la redención es obra de misericordia. *En eso está la caridad, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo, víctima expiatoria de nuestros pecados (1Jn 4, 10; cf. Jn 3, 16-17)*.

⁵ Pío XII, *Mediator Dei*, n. 1, introducción.

⁶ *Enarrat. in psalmos*: PL 36, 216.

La redención, hasta tal punto es obra de plena misericordia, que habiendo bastado cualquier acto de Cristo para obrarla perfectamente, fue voluntad del Padre la oblación redentora del sacrificio de la Cruz (cfr. Fil 2, 5-8).

Ahora bien, siendo la redención obrada por Cristo una realidad única e indivisible, con todo, se pueden señalar aspectos distintos y convergentes de la misma. Siguiendo la pauta de Santo Tomás de Aquino y de la tradición teológica católica, voy a indicar brevemente estos aspectos.

La Pasión y Muerte de Jesucristo, en cuanto constituyen un acto sublime de amor a Dios, son agradables al Padre, por lo que el sacrificio de Cristo, que *murió por nosotros* (Rm 5, 8), nos devolvió los vínculos de amistad y filiación rotos por el pecado, reconciliándonos con el Padre. Por esto señala San Pablo: *Plugo al Padre que en él habitase toda la plenitud y por Él reconciliar consigo, pacificando por la sangre de su cruz todas las cosas, así de la tierra como del cielo* (Col 1, 19-20); *y no sólo reconciliados, sino que nos gloriamos en Dios por Nuestro Señor Jesucristo por quien recibimos ahora la reconciliación* (Rm 5, 8-11). La misma idea expresa San Pedro al decir: *Porque también Cristo murió una vez por los pecados, el Justo por los injustos para llevarnos a Dios* (1P 3, 18).

El sacrificio de Cristo en la cruz es un acto supremo y oneroso de amor y obediencia al Padre y de caridad para con nosotros, es un acto de infinito valor moral por proceder de la persona del Verbo encarnado, que agradó más a Dios que le había desagradado el pecado del hombre. Por lo mismo, podía escribir San Pablo: *Ahora por Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo; pues Él es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de la separación, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos formulada en decretos, para hacer en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, y estableciendo la paz, y reconciliándolos a ambos en un solo cuerpo con Dios por la cruz, dando muerte en sí mismo a la enemistad* (Ef 2, 13-16).

En cuanto Jesucristo experimentó en su carne humana y sufrió los dolores de la pasión y muerte de cruz, su acto redentor reviste el carácter de *satisfacción* de la deuda contraída por el pecado del hombre, cuya representación para redimirnos de aquél había tomado sobre Sí mismo, como ya anunciaba el profeta Isaías: *Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre Él, y en sus llagas hemos sido curados... Y fue en la muerte igualado a los malhechores, a pesar de no haber en Él maldad ni haber mentira en su boca* (Is 53, 4ss.). Profecía que señala cumplida San Pedro al decirnos: *Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia, y por sus heridas habéis sido curados* (1P 2, 24).

La plenitud y la universalidad de la satisfacción de Cristo la expone sucintamente Santo Tomás en los siguientes términos: «Cristo, padeciendo por caridad y obediencia, prestó a Dios un servicio mayor que el exigido por la compensación de todas las ofensas del género humano: por la grandeza de la caridad con que padecía; por la dignidad de la vida, que en satisfacción entregaba, que era la vida del Dios hombre; por la generosidad de la pasión y la grandeza del dolor que sufrió. De manera que la pasión de Cristo no sólo fue suficiente, más sobreabundante satisfacción por los pecados del género humano. *Él es la*

propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo»⁷.

Por el pecado habíamos quedado todos deudores de Dios, y el sacrificio redentor de Jesucristo satisfizo por todos esa deuda, y nos mereció la vida eterna.

Mérito que, como su mediación, es universal y sobreabundante: *Pues como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado..., mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por obra de uno solo, Jesucristo... Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, para que, como reinó el pecado por la muerte, así también reine la gracia por la justicia para la vida eterna por Jesucristo Nuestro Señor (Rm 5, 12-21; cf. Ef 1, 3-8).*

Finalmente, el sacrificio de la Cruz nos redime de la esclavitud del pecado, porque lo destruye con su muerte, pues satisfaciendo por él y mereciendo la gracia nos libera de la servidumbre de aquél al adquirimos con su sangre como nuevo pueblo de Dios, destinado a vivir la libertad de los hijos de la luz (cf. Ef 1, 14). *Habéis sido rescatados de vuestro vano vivir según la tradición de vuestros padres, no con plata y oro, corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de cordero sin defecto ni mancha (1P 1, 18-19).*

Y al adquirir un nuevo pueblo y pactar con el refrendo indeleble de su sangre una nueva y eterna Alianza, nos liberaba de la Ley, introduciéndonos en la adopción (cf. Gal 3, 13; 4, 4-5), y nos daba el mandamiento nuevo de la caridad. Los así redimidos por la sangre de Cristo son *linaje escogido, sacerdocio real, pueblo de adquisición... pueblo de Dios (1P 2, 9-10).*

El distintivo de este pueblo de adquisición es la dignidad y libertad de los hijos de Dios. Siervo, en el contexto bíblico, es el que trabaja en provecho de otro. Hijo es el que trabaja en beneficio propio, aunque esté bajo la patria potestad, puesto que el hijo es el heredero. Los que creen en Jesucristo ya no son siervos, sino hijos y coherederos con Él.

La necesaria y natural tendencia a la perfección personal, la tendencia a la felicidad, no es opuesta a la libertad, sino que la constituye. Por ello San Agustín sitúa la libertad en la carencia de toda necesidad odiosa, que sería servidumbre⁸. Tender a la propia perfección comporta la aceptación de la verdad y la asimilación de la bondad, que es Dios. Jesucristo, al mitigar con la revelación y la gracia las heridas del pecado, nos libera de la esclavitud, del error y de la concupiscencia que impiden el dinamismo natural y sobrenatural teocéntrico del hombre.

La limitación de la libertad no proviene en el hombre de su ordenación a Dios, sino de su limitación, de su potencialidad, ya que la dependencia de un querer respecto de una voluntad superior de la que recibe su ley no es limitativa de la libertad, sino constitutiva y fundante.

⁷ *Summa Theol.* III q.48 a.2.

⁸ Cf. *De lib. arbit.*, 111. 3. 7-8: PL 32, 1274.

La redención de los hombres como acto meritorio de Jesucristo sacerdote y mediador principal –la redención objetiva, en la terminología teológica– se consumó con el sacrificio de la cruz. Sin embargo, la aplicación a los hombres –la redención subjetiva– no ha tenido aún pleno cumplimiento y deberá continuar hasta la consumación de los tiempos. El mismo Padre ha querido asociar a la permanente acción del divino Redentor a todos los miembros del pueblo de Dios, la Iglesia, para que, impulsada por el Espíritu Santo, «cumpla efectivamente el plan de Dios, que puso a Cristo como principio de salvación para todo el mundo. Predicando el Evangelio mueve a los oyentes a la fe y a la confesión de la fe, los dispone para el bautismo, los arranca de la servidumbre del error y de la idolatría y los incorpora a Cristo, para que crezcan hasta la plenitud por la caridad hacia Él»⁹. Y si son colaboradores todos sus miembros, obispos, sacerdotes, religiosos y laicos, ¿cómo no ha de tener un lugar preeminente de colaboración María, la Madre de Dios y de la Iglesia?

El Concilio Vaticano II enseña la doble relación de maternidad de María al escribir: «La Virgen María, que según el anuncio del ángel recibió el Verbo de Dios en su corazón y en su cuerpo y entregó la Vida al mundo, es conocida y honrada como verdadera Madre de Dios Redentor. Redimida de un modo eminente, en atención a los futuros méritos de su Hijo, y a Él unida con estrecho e indisoluble vínculo, está enriquecida con esta suma prerrogativa y dignidad: ser la Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo... Al mismo tiempo, Ella está unida en la estirpe de Adán con todos los hombres que han de ser salvados; más aún, es verdaderamente madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles...»¹⁰.

La Virgen María, vinculada a la Persona y a la obra de su divino Hijo, de una manera activa, con su fe y obediencia, «avanzó y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz, en donde, no sin designio divino, se mantuvo de pie, se condolió vehemente con su Unigénito y se asoció con corazón maternal a su sacrificio, consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma, y por fin fue dada como Madre al discípulo por el mismo Cristo Jesús moribundo en la cruz»¹¹.

Por lo mismo, María es nuestra corredentora. Si con el consentimiento a la encarnación del Verbo consentía amorosamente en nuestra salvación, en el Calvario dolorosamente la completaba. Es al pie de la cruz donde se nos muestra Madre nuestra. Jesús consumaba voluntariamente su sacrificio, por el que nos reconciliaba con el Padre, satisfaciendo por nuestras culpas y rescatándonos del pecado al devolvernos la libertad de los hijos de Dios. También María, por su inmensa compasión, que unía su corazón a la oblación de su Hijo, consumaba la oblación redentora y la ofrecía por su parte como fruto de su maternidad divina y humana.

Si al lograrse la redención, Ella cooperó física y moralmente, al aplicarse a los hombres, sus hijos de adquisición, continúa interviniendo, sin detrimento de la mediación singular y capital de Jesucristo, pues «la misión maternal de María

⁹ LG 17.

¹⁰ *Ibid.*, 53.

¹¹ *Ibid.*, 58.

hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia. Porque todo el influjo salvífico de la Bienaventurada Virgen en favor de los hombres no es exigido por ninguna ley, sino que nace del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud; y lejos de impedir la, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo»¹².

Por lo mismo, la maternidad espiritual de María sobre la Iglesia y los hombres «perdura sin cesar en la economía de la gracia...; una vez recibida en los cielos, no dejó su oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos por su múltiple intercesión, los dones de eterna salvación. Por su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados hasta la patria feliz»¹³.

María es ciertamente corredentora, pero es al mismo tiempo el prototipo de los redimidos. Redimida preventivamente en atención a los méritos de Cristo, no solamente nunca estuvo bajo la servidumbre del pecado, sino que por su fe y caridad, por su perfecta unión a Cristo y en el cumplimiento amoroso de la voluntad divina, vivió en su consciente e intensa ordenación a Dios la plena libertad de los hijos de Dios. Glorificada definitivamente por la ascensión de su alma y de su cuerpo al cielo es un estímulo de esperanza para todos los fieles que se esfuerzan en crecer en la santidad¹⁴.

La misma glorificación de María en su cuerpo y en su alma, si por una parte nos recuerda que sólo escatológicamente la redención alcanzará su plenitud, también nos advierte que Cristo no sólo redime las almas, sino al hombre íntegro; y no sólo a los individuos, sino también a la sociedad. Por lo mismo, los frutos de la redención deben hacerse visibles en el tiempo presente. A esto se refiere el Concilio Vaticano II cuando afirma en la Constitución *Gaudium et Spes*: «A la conciencia bien formada del seglar toca lograr que la ley divina quede grabada en la ciudad terrena»¹⁵.

Esta sana doctrina teológica ha inspirado y movido a la diócesis y a la ciudad, de Barcelona en el decurso del tiempo. Al venerar a la Santísima Virgen con el título tan profundamente teológico de *Mare de Déu de la Mercè*, nuestros antepasados no incurrieron en ninguna exageración pietista y sentimental. Sencillamente, proclamaron la fe de la Iglesia.

III

La celebración del Centenario debe ser, ante todo, una ocasión para acrecentar nuestra filial devoción a María, Madre de Dios y de la Iglesia, que tan bellamente resume la advocación mercedaria, y cuya imagen ha sido objeto de constante veneración ciudadana. Siendo cierto lo que escribía el Cardenal Newman, que «los pueblos que han perdido la fe en la divinidad de Jesucristo, son

¹² *Ibíd.*, 60.

¹³ *Ibíd.*, 62.

¹⁴ *Ibíd.*, 65.

¹⁵ GS 43.

precisamente aquellos que han abandonado la devoción a María»; como obispo responsable de la conservación de vuestra fe, yo os invito, amados sacerdotes y fieles, a cultivar «generosamente el culto, sobre todo litúrgico, hacia la Bienaventurada Virgen», y «las prácticas y ejercicios de piedad hacia Ella, recomendados en el curso de los siglos por el Magisterio».

La verdadera piedad mariana es operante y difusiva del bien, pues la fe, la caridad y la generosidad de María se encarnan en los cristianos que la invocan como Madre. Ya que la que por obra del Espíritu Santo formó en su seno la humanidad del Hijo de Dios, Ella también, bajo la acción del mismo Espíritu, estampa en cada cristiano la fisonomía de hijos de adopción.

San Pedro Nolasco y sus compañeros mercedarios, forjados en la escuela de la generosidad mariana, fueron defensores intrépidos de la fe con las armas de su entrega y su heroísmo, en favor de los cristianos cautivos. Otras formas de esclavitud amenazan hoy la fe del pueblo de Dios. Herederos del espíritu cristiano y mercedario de nuestros mayores debemos aprestarnos, con entrega generosa, para romper los vínculos de nuevas servidumbres, quizá más terribles que las antiguas, porque se presentan con apariencia de libertad.

La fe de nuestro pueblo se ve amenazada por servidumbres de orden intelectual:

- Cuando se quiere someter la interpretación del dogma y la moral a la dialéctica de un historicismo que pretende relativizar la verdad revelada a los diversos puntos de vista de cada época o situación.
- Cuando en nombre de la razón o de la ciencia experimental, con evidente contradicción, se aboga por el agnosticismo de lo divino en el orden del pensamiento y por la indiferencia religiosa en la vida práctica.
- Cuando pretextando la supremacía del sentimiento, se pretende suprimir toda formulación objetiva de las verdades reveladas y acerca de Dios trascendente, a quien se quiere identificar con el fondo mismo del ser creado.
- Cuando se niega la existencia misma de Dios, presentando la creencia como una alienante esclavitud intelectual y práctica, que impide al hombre desarrollarse plenamente en este mundo.
- Cuando se niegan los derechos de la verdad, invocando que es la persona el sujeto del derecho, como si Cristo no fuera Personalmente la Verdad.

Ante estas y otras manifestaciones de un falso humanismo, son dignas de meditación las palabras de Pablo VI: «Es un humanismo pleno el que hay que promover. ¿Qué quiere decir esto sino el desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres? Un humanismo cerrado, impenetrable a los valores del espíritu y a Dios, que es la fuente de ellos, podría aparentemente triunfar. Ciertamente, el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano. No hay, pues, más que un humanismo verdadero que se abre al Absoluto, en el reconocimiento de una vocación, que da la idea verdadera de la vida humana. Lejos de ser la norma última de los valores, el hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose»¹⁶.

¹⁶ *Populorum progressio*, 42. Cf. LG 67.

La fe de nuestro pueblo se ve asimismo amenazada por servidumbres de orden moral:

- Por el contraste irritante entre la opulencia y la miseria, entre el lujo y la carencia de lo indispensable, entre cómodas e injustificables ganancias y la dureza del trabajo, entre el poder de los influyentes y la impotencia de los pobres.
- Por el ambiente erótico de espectáculos y publicaciones, por el desenfado de ciertos comportamientos, por la fácil ridiculización de la paternidad responsable numerosa.
- Por la soledad familiar y social de gran número de inmigrantes que vienen a nuestra ciudad en busca de trabajo y se ven abocados fácilmente a la pérdida del pudor, de la rectitud y de la vida religiosa.
- Por la creciente difusión del alcoholismo y de las drogas entre nuestros jóvenes.

La fe es don de Dios y, como tal, entraña una fuerza para confesarla y vivirla. Pero no es menos cierto que sus actos, siendo al mismo tiempo sobrenaturales y humanos, se hallan condicionados en su libertad por circunstancias personales y ambientales. Los mercedarios conocían ambos extremos, y por ello, apoyados en la gracia y en la protección maternal de María, emprendieron la redención de los cautivos cristianos, incluso con el voto de sangre o caridad, por el que se quedaban como rehenes cuando peligraba la fe de los prisioneros. Y es que la fe necesita una doble protección: la de la gracia y la del ambiente. La primera la da Dios en la medida de su beneplácito y de conformidad con los méritos personales o de la Iglesia. La segunda, siendo también fruto de la gracia, es, asimismo, consecuencia de la acción del cristianismo.

La predicación de la palabra de Dios, apoyada en la Sagrada Escritura y guiada por el Magisterio jerárquico, cuando se expone con sencillez llena de unción y con profundidad teológica, constituye el fundamento de la preservación de la fe.

El mensaje evangélico debe inculcarse a los niños desde temprana edad, como un tesoro que se les transmite; por lo cual toda catequesis debe ir acompañada, en las familias y en las escuelas, de vivencias religiosas, so pena de afirmar de palabra la unidad de la vida cristiana y negarla después en la práctica.

La formación religiosa debe incrementarse después en la juventud, en el orden intelectual y vivencial, para lograr la debida proporción entre sus creencias y su cultura humana.

Por desgracia, el nivel de formación religiosa de muchos cristianos no ha crecido, ni madurado con su vida. Por ello nunca dejará de ser útil para fortalecer la fe de los fieles, además de las homilias dominicales, el iluminar sus mentes con predicaciones diversas, retiros, conferencias o cursillos de sana teología.

Con frecuencia se habla de nuestros hermanos cristianos separados. Todo cuanto se haga para encontrarnos en Cristo en perfecta concordia será bueno y meritorio. Pero no hemos de olvidar a nuestros hermanos débiles en la fe que, habiendo recibido el bautismo, viven apartados de la práctica religiosa o sólo lánguidamente manifiestan sus creencias de hijos de la Iglesia Católica. No debemos abandonarles nunca, sino ayudarles a vigorizar su fe y su vida cristiana. Nadie tiene derecho a apagar la mecha que todavía humea.

Una de las maneras de predicar persuasivamente la fe es la práctica de la caridad. *En esto se conocen los hijos de Dios y los hijos del diablo. El que no practica la justicia, no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano. Porque éste es el mensaje que desde el principio habéis oído, que nos amemos los unos a los otros* (1Jn 3, 10-11).

Y es que la fe no es una mera aceptación fría de la verdad revelada, sino la adhesión a la Verdad, que lleva consigo un cambio de actitud y de valoración de la realidad. Las obras son la vida de la fe (St 2, 26).

La práctica de la caridad, como resumen y cima de todas las virtudes cristianas, es la profesión de fe con la vida de fe. «Esta evangelización, es decir, el mensaje de Cristo pregonado con el testimonio de la vida y de la palabra, adquiere una nota específica y una peculiar eficacia por el hecho de que se realiza dentro de las comunes condiciones de la vida en el mundo»¹⁷. La peculiar eficacia del testimonio de vida cristiana radica en la convicción profunda con que se realiza y la suavidad amable con que la misma conducta personal transmite un mensaje trascendente de esperanza. La suave fortaleza de la perseverancia confirma a los débiles y atrae la simpatía de los alejados, sin ejercer sobre ellos ninguna presión ofensiva. ¿Quién puede dudar que la generosidad de los mercedarios fortaleció la fe de Cataluña?

El convencimiento de la verdad debe inducirnos a que este testimonio de la vida y de la palabra deje sentir su influencia en la vida cotidiana, familiar y social, para reconstruir una ciudad cristiana. Así lo enseña el Vaticano II: «Que no escondan esta esperanza (de la gloria futura) en la interioridad del alma, sino manifiéstela en diálogo continuo y en un forcejeo *con los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos* (Ef 6, 12), incluso a través de las estructuras de la vida secular»¹⁸.

Por ello no puedo menos de alentar a las personas e instituciones que se esfuerzan por conservar, perfeccionar o crear un ambiente y unas estructuras en que los niños y los jóvenes, los individuos y las familias puedan vivir la maduración activa y pacífica de su personalidad.

Mas, dada la fragilidad de la condición humana, se hace indispensable la labor de obras rehabilitadoras de quienes, más por debilidad que por malicia, se han disociado con su conducta de la normal convivencia humana o sufren las consecuencias de una desorientada vida familiar.

Por lo cual quiero dirigir una palabra de aliento agradecido a cuantos trabajan por reintegrar a la vida social y cristiana a los que son víctimas de estas situaciones, para que se vean libres de los perniciosos hábitos adquiridos en su soledad física o moral. Vosotros sois auténticos herederos del espíritu mercedario. Que la Virgen de la Merced bendiga vuestra labor. Yo, en nombre vuestro, extendiendo la mano y pido para vuestras obras la simpatía de todos los diocesanos y la generosidad caritativa que os facilite los medios precisos para llevar a cabo vuestra labor. Particularmente, alabo y hago mío el proyecto que me ha sido presentado por la Junta directiva de la Hermandad de Nuestra Señora de la Merced, consistente en la creación de residencias adecuadas, en las cuales

¹⁷ LG 35.

¹⁸ *Ibíd.*, 35.

podieran encontrar asistencia y formación los que, después de cumplir sus penas en los diversos centros penitenciarios, recobran la libertad y no tienen quien les ayude en sus buenos propósitos.

En nuestra Diócesis hay ya algunos sacerdotes que están trabajando en este campo con ejemplar abnegación, e incluso han extendido su acción apostólica a otros lugares de España. Están también los Padres Mercedarios y algunos seglares, para quienes estos trabajos no son desconocidos y que ahora, según me han manifestado, desean colaborar más estrechamente. Unos y otros me han hablado, invocando precedentes alentadores, de la buenísima labor que en su día realizó un sacerdote insigne por su caridad, el Rvdo. Mosén Pedregosa, con sus Casas de Familia.

¿Por qué, pues, no unir los esfuerzos de todos, bajo el impulso de la Hermandad citada y lograr en este año los cimientos de una obra de redención social, que sería el fruto más espléndido de las conmemoraciones mercedarias?

Diversos cautiverios que hacen gemir a muchos hombres de hoy, el de la soledad, el del ocio incontrolado y la inadaptación social, el del estigma de un pasado delictivo, el del alcoholismo y la toxicomanía que lleva a sus víctimas al borde de la delincuencia, esperan de nosotros una acción generosa que debería emprenderse decididamente en este año.

Queridos hijos: el espíritu de la Merced, que ha dado fisonomía característica a la Iglesia local de Barcelona, no debe extinguirse, aunque las realizaciones llevadas a cabo con su impulso sean distintas de las primitivas.

Para conservarlo, invito a los Rectores del Municipio y a todos los fieles diocesanos, sacerdotes, religiosos y seglares, a rendir público homenaje de pleitesía a la Santísima Madre de Dios, Patrona Nuestra, en su advocación de la Merced. Homenaje sincero y profundo, de gratitud y de súplica, personal y colectivo, eclesial y ciudadano. Homenaje sobrio en lo exterior y magnánimo en los propósitos internos.

De este modo lograremos que las conmemoraciones mercedarias, por su piedad mariana y su sentido social, sean la culminación peculiar de la Iglesia barcelonesa en el Año de la Fe.

*Patrona excelsa d'una terra noble,
dels vostres filis oiu piadosa el crit:
sia per Vós, Senyora, el vostre poblé
lliure de mans i lliure d'esperit.*

MARÍA EN LA VIDA DEL ENFERMO

Alocución al final de los ejercicios espirituales radiados para enfermos, organizados por los Padres Dominicos en su misión del «Rosario radiado», el Sábado Santo, S de abril de 1969. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona*, mayo de 1969.

A vosotros me dirijo hoy, queridos enfermos, en este día del Sábado Santo cuando está a punto de terminar la gran Semana, a lo largo de la cual hemos venido conmemorando los misterios de la redención de Jesucristo.

Unas horas más y pronto nos situaremos al pie del sepulcro para contemplar gozosos su Resurrección. Entonces es cuando ya de una manera plena podremos decir que hemos recibido los frutos de la vida.

Pero todavía faltan esas horas. Y en este Sábado Santo hay una figura en la vida de la Iglesia que pide nuestra atención, y es la Santísima Virgen, la Reina de la soledad y del dolor. Yo no la contemplo a Ella solamente. Porque Ella es Madre nuestra, y no quiere que nos dirijamos a Ella como si estuviese aislada y separada de los hombres. Ella tiene también su compañía. Y la tiene hoy particularmente; y se la ofrecéis vosotros, los enfermos. Ninguno con más título que vosotros para poder uniros con Ella. Yo, como obispo de la diócesis de Barcelona, al pronunciar estas palabras en este Sábado Santo, os veo juntos: a Ella, la Reina del dolor, y a vosotros, sus hijos, para los cuales reserva Ella lo mejor de su corazón.

ELOGIO DEL «ROSARIO RADIADO» Y DE RADIO BARCELONA

Con la mejor satisfacción de mi espíritu me dirijo a todos vosotros. A lo largo de la Cuaresma he predicado en la catedral y en diversas iglesias y he orientado mis palabras a todos los fieles del Pueblo de Dios.

Pero me faltaba precisamente este grupo, esta porción del Pueblo de Dios particularmente escogida: la constituida por vosotros, los enfermos. Y por eso tengo que alabar, y lo hago de todo corazón, esta iniciativa: la de los Padres Dominicos, que a lo largo del año dirigen esta emisión del Rosario Radiado; y de Radio Barcelona, que presta una colaboración tan espléndida para que la voz del Señor, por medio de nosotros, sus ministros, llegue hasta vosotros, los que sufrís y padecéis. Alabo la iniciativa, sin reserva ninguna, y me uno de esta manera también a cuantos trabajan en este apostolado para hacerme presente junto a vosotros, para saludaros, para enviaros mis palabras de bendición y de hondo afecto espiritual y religioso. A todos os tengo presentes: a los de los hospitales y clínicas, a los de los asilos, a los que os encontráis enfermos en vuestros hogares, ricos o pobres, en Barcelona o en cualquier otro lugar de España, asistidos por el amor y la solicitud cariñosa de vuestros propios familiares.

LOS ENFERMOS, COMPAÑEROS DE LA SOLEDAD DE MARÍA

Lo primero que os pido, hijos, es que renovéis con un esfuerzo de vuestra vida íntima, con vuestra reflexión interior y con vuestra plegaria, si es preciso, que renovéis el recuerdo de esta Virgen Santísima, Madre de todos los dolores. Y que lo renovéis hoy precisamente, en que la Iglesia dedica un recuerdo muy particular lleno de la mejor emoción y del mejor sentido religioso al conmemorar los dolores que Ella padeció. En este Sábado Santo, como os decía al principio, pensamos fácilmente en la soledad y en el desamparo sumos en que quedó María después de haber perdido a su Hijo. Pero no se trata únicamente del Sábado Santo. Podríamos decir que la vida entera de la Santísima Virgen fue una vida de padecimiento silencioso, de dolor íntimo y fecundo, de sufrimiento hondísimo, que nunca provocó en Ella la más mínima queja. Ella sufría unida siempre con Dios.

Poco tiempo después de nacer su Hijo, cuando lo presentó en el templo, ya se le acercó un anciano para decirle que una espada atravesaría su corazón. Por eso no es nada extraño que en muchas imágenes de la Pasión se represente a María con su corazón atravesado por una espada. Responde así a aquella profecía que le hicieron. Y ¡cómo se cumplió a lo largo de toda su vida!

Durante los años que precedieron a la vida pública de Jesús, María tuvo que preguntarse con frecuencia en medio de aquel silencio desconcertante que la acompañaba día y noche, cuando era simplemente la humilde mujer del carpintero, cuáles eran los planes que Dios tenía sobre Ella y sobre su Hijo. Apareció Éste después predicando el Evangelio, a lo largo de aquellos tres años de su vida pública. Y María pudo contemplar también las reacciones tan diversas de los hombres, y cómo, poco a poco, en el corazón de muchos de ellos iba sedimentándose una actitud de odio hacia quien únicamente tenía amor para todos. Y Ella sufría en silencio.

Y llegó el drama de la Pasión. Una madre no se desentiende nunca de su hijo. Aun cuando los Evangelios sean tan parcos y tan poco expresivos en relación con las actividades externas de María Santísima, podemos estar seguros, plenamente seguros, de que Ella siguió a Cristo en todos sus pasos dolorosos. ¡Cómo seguía, minuto a minuto, lo que iba sucediendo en el huerto de los olivos, primero, y después en aquella noche interminable de traiciones, de negaciones, de escarnios, de befas, de toda clase de violencias, contra el que era la imagen de la paz y de la dulzura! Y luego el Viernes Santo, la consumación del proceso, la condenación a muerte, el terrible viacrucis hasta el Calvario, su crucifixión, las reacciones tristes de aquel pueblo, que pocos días antes le había aclamado, el abandono de todos. Ella estaba junto a la cruz, viendo morir a su Hijo. Dios no la dispensó de ningún dolor. En el cortejo de los que sufrían íntimamente con Jesucristo, la primera de todos fue María Santísima, su Madre. Le vio morir y no pudo cerrar sus ojos, escuchó sus últimas palabras y las guardó en su corazón, como las había guardado todas. Por fin, ya no le quedaba más que un sepulcro y una esperanza.

LA PASIÓN. VIVENCIA DE CADA ENFERMO

Vosotros, queridos enfermos, también tenéis que recorrer vuestro viacrucis. Cada uno de vosotros conoce cuándo empezó vuestra enfermedad, cuál ha sido su origen, cuál es el proceso de la misma. Día tras día vais recorriendo también, clavados en el lecho del dolor, ese calvario en el que estáis sumidos. Y todas las fases dolorosas os acompañan. A veces también la soledad, no sólo el dolor físico. A veces también el dolor moral de veros privados de la más dulce compañía que podíais apetecer. Tenéis también, como si fuera un sepulcro que tenéis que cuidar, vuestro propio cuerpo, debilitado, maltrecho, llagado, roto. Pero también tenéis una esperanza: la de vuestra curación, queréis sanar, queréis volver a vivir como antes, queréis caminar por los caminos de la vida, gozando de la amistad, realizando vuestro trabajo, disfrutando del sol, hablando con los hombres, comunicando vuestros buenos sentimientos, recibiendo el testimonio y el ejemplo de tantos amigos y tantas personas buenas con las cuales habéis tratado a lo largo de la vida.

VALOR DEL DOLOR, UNIDO AL DE CRISTO Y MARÍA

¿Cuál es vuestra situación espiritual en este momento, hijos? ¿Acaso alguna vez os asalta el tormento de la impaciencia y de la desesperación? Si así fuera, aquí está mi voz de hermano y padre vuestro para pedir os que hagáis todo lo posible para libraros de esa tentación. Daos cuenta de la riqueza inmensa que hay en vuestra vida. Ofrecedlo todo a Dios, en unión con Jesucristo y con María Santísima, la Reina del dolor.

La religión cristiana nos abre los caminos de la luz para todos los aspectos de la vida. Pero hay un aspecto concreto, sobre el cual ella es la única que puede orientarnos y descubrirnos el sentido íntimo de algo para lo cual los hombres no tenemos explicaciones. Es esto precisamente: **el sentido del dolor**. En el cristianismo, el dolor tiene un valor inmenso. Y prescindiendo de otras consideraciones, solamente os hago ésta: el valor inmenso del dolor aparece precisamente en el hecho de que Jesucristo sea el que más ha sufrido. Con Él, su Madre Santísima nos invita a que incorporem nuestros dolores a los suyos. El dolor de los enfermos no es agua que se pierde en un camino seco y desierto. Es corriente viva que se incorpora al río de los merecimientos de Jesucristo. Si alguien tiene que ayudaros a recoger con sus manos benditas esa corriente de agua dolorosa que brota de vuestras vidas, es María Santísima. Invocadla desde el silencio de vuestras penas y veréis cómo Ella acude siempre, como enfermera santa, junto al lecho donde padecéis y os brinda la sonrisa de su rostro dolorido para ofreceros la posibilidad de unir vuestro dolor con el dolor de su Hijo.

HUMILDAD Y PUREZA, FRUTO DEL DOLOR CRISTIANO

No dejéis perder esta ocasión que tenéis ahora en vuestra vida paciente, de ejercer la virtud de la *humildad*. No se salva nadie si no es por el camino de la humildad. Y todo hombre que quiera ponerse en contacto con Dios Nuestro Señor ha de hacerse como un niño pequeño e impotente que no cuenta con

ningún recurso propio y que solamente confía en la omnipotencia del amor que Dios tiene hacia él. Esta actitud humilde, paciente, resignada, que no es debilidad rechazada, sino profunda sabiduría religiosa, es la que nos salva. Os lo repito, nadie puede salvarse si no es por el camino de la humildad. Y hay una fase normal en la vida de los hombres, por la que de un modo o de otro pasamos todos, que es la de la enfermedad, en la que Dios está como esperando el ejercicio de nuestra actitud humilde.

Sirva también vuestra enfermedad, hijos, para *purificar* vuestra alma de pecados y desórdenes pasados. También a esto nos invita María Santísima, la Reina de la pureza sin límites, la que quiere mostrarnos a su Hijo, el Dios de la limpieza interior, limpios también y purificados, como corresponde a quienes tenemos que llevar en nuestras propias venas esa sangre de familia. Somos cristianos, redimidos por Cristo, hijos de María. Y tiene que estar dentro de nosotros, recibiendo la asistencia y el propósito firme con nuestra conducta, recibiendo de nosotros, digo, el afán interior de acomodarnos todo lo posible a la vida santa y pura de Cristo y de María.

EL DOLOR, PATRIMONIO DE TODOS LOS MORTALES

Vivid también la idea de que esta enfermedad que ahora padecéis es una fase en la existencia humana, por la que los hombres todos tenemos que pasar. Sucede que cuando estamos sanos y caminamos por la vida llenos de salud, con esa fuerza exultante que nos dan nuestras energías físicas, contemplamos a los enfermos como si fueran algo extraño, puramente accidental, víctimas de una enfermedad que, a nosotros, los que nos llamamos sanos, no nos va a atacar nunca. Nosotros, al discurrir así, padecemos una ilusión engañosa. Vosotros, al padecer ahora, estáis en lo cierto. Por ahí tenemos que pasar todos, de un modo o de otro. Y Dios nos espera en esa fase de nuestra vida, no sólo para el ejercicio de la humildad, que os decía, y de la purificación de nosotros mismos, sino también para que se consume en la tierra el misterio de nuestra vida cristiana. Debilitadas nuestras fuerzas físicas, sólo queda el recurso del alma, del corazón, para dirigirnos a Dios con nuestras plegarias y confiar en su Providencia. Entonces deja uno de confiar en los medios humanos, no porque no nos puedan servir –¡ojalá os sirvieran, a todos los que padecéis, los medios de la ciencia para curar vuestras enfermedades!–, sino porque, más tarde o más pronto, estos medios humanos desaparecen, quedan frustrados y el hombre se encuentra completamente solo, con su propia debilidad y su miseria frente a la omnipotencia misericordiosa de Dios.

EL DOLOR, FUERZA DE LA IGLESIA

Contempladlo todo con ojos de fe, como María Santísima en su dolor. Ella estaba junto a la cruz. No protestó, no se quejó de nadie, ni siquiera de aquellos que lanzaban al Crucificado sus gritos de desprecio, de enojo y de ira, Ella tuvo miradas de misericordia para los dos ladrones también, para el que se salvó, recibiendo el beneficio de su Hijo, y para el que, estando a su lado, no quiso beber de las fuentes de la vida. Pero no sería porque le faltasen los ojos dulces

de María Santísima, que estaba también allí, junto a los dos como estaba junto a su Hijo.

Ofreced todo por la Iglesia, por los hombres, por vuestros hijos, por vuestros padres y hermanos. ¿Todavía tenéis hijos, todavía tenéis padres, tenéis hermanos? ¿Os acompañan, van a veros, acarician vuestra frente, cogen vuestras manos sudorosas, ponen un beso de amor sobre vuestro rostro fatigado? Recibid esas pruebas de cariño, los que podéis tenerlas, y ojalá aquellos a quienes faltan los familiares que podían ofrecéros las, recibáis la prueba afectuosa de otras manos y de otros ojos que velan vuestra enfermedad en nombre de la caridad cristiana y en nombre de un sentido de fraternidad humana que nace de lo mejor de su corazón. Yo no puedo llegar a todos vosotros. Alguna vez voy a hospitales y clínicas, y pongo también mis manos sobre la frente de los enfermos y trazo una cruz y hago, si puedo, una caricia, y les doy mi bendición, la misma que quisiera daros a todos vosotros. Pero ya que no puedo llegar yo, pido a la Santísima Virgen que sea Ella la que llegue junto al lecho en que estáis padeciendo. Y que a través de estas palabras o de otras que puedan pronunciar junto a vosotros personas que os quieren, sintáis hoy la compañía de la Virgen de la Soledad, que busca la soledad vuestra para unirla con la suya y caminar así juntos, esperando la Resurrección de Jesucristo.

Decimos que el Sábado Santo es el día de la soledad: yo mismo he estado diciéndolo en estas palabras que os dirijo. Pero no, no es cierto. María no está sola, está acompañada por todos vosotros, por los que sufrís y padecéis. Este es el silencioso y gran cortejo de todos los dolores invisibles del mundo. Ella es vuestra Reina y desfila hoy por los pasillos y por las habitaciones de vuestras casas, ricas o pobres, de las clínicas o de los hospitales, unida con vosotros. Ella también lleva una cruz. Vosotros la ayudáis a llevarla, y Ella os ayuda a llevarla a vosotros. Vosotros, con Ella, engrandecéis a los demás, porque en medio de estas penas y de esta soledad nos dais un ejemplo como buenos cristianos, como hijos de Cristo y de María. Con esa dignidad con que sabéis sufrir, nos dais un ejemplo de lo que debe ser la actitud del hombre ante el misterio del dolor y de todo sufrimiento.

BENDICIÓN Y ESPERANZA

Yo os bendigo, hijos, y pido de nuevo a la Santísima Virgen que llegue hasta vosotros, que recibáis el consuelo que Ella quiere brindaros y que unidas vuestras manos con las suyas, veáis ese propio sepulcro vuestro, el de vuestro cuerpo enfermo, del cual queremos y esperamos que se remueva la piedra que lo oculta para que brote otra vez la salud en vuestro organismo, para que recobréis vuestras fuerzas, para que sigáis viviendo con la alegría y la paz que Dios quiere conceder a sus hijos y para que, si esto no fuera posible, no os falte nunca la sonrisa de María, Madre de todos los dolores, que os acompañará siempre, hasta que venga la definitiva resurrección de todos: la vuestra, la mía, la de todos los cristianos, sanos o enfermos, la de todos cuantos caminamos por la vida invocando al Señor, acogiéndonos a la protección de su Madre, creyendo y amando, ejercitando la paciencia y la humildad, purificándonos, dando un testimonio de lo que puede la fe cuando brota, en esas horas serias y comprometidas, de una existencia debilitada.

Tenéis más mérito que nosotros. Creer, esperar y amar cuando la enfermedad nos ha abatido, es mucho más meritorio. Eso es lo que estáis haciendo vosotros, y eso es lo que hizo la Santísima Virgen. ¡Vedla! ¡Vedla que llega hasta vosotros! Y con su sonrisa de madre os dice: ¡Hijos, no os desesperéis! Yo invoco también, con mis penas, las vuestras y quiero que de esto salga, igual que sale todos los días el rosario de vuestro dolor, el rosario de la paz, de la esperanza y del amor, que quiero que brote del cielo hacia vuestra alma, aquí en la tierra, ya ahora y siempre, y que vosotros y vuestros familiares y vuestras enfermeras y las religiosas y los médicos, todos cuantos se mueven en vuestro mundo, sepáis levantar los ojos al cielo, y al encontraros conmigo en el camino de la cruz, os encontréis también con Jesucristo, el Cristo que resucita, que nos da la vida siempre, que nos da la paz y que nos da la fortaleza para saber sufrir y esperar. Esas son las palabras que podría deciros la Santísima Virgen. Yo no os digo más. Solamente esto: os bendigo, queridos enfermos. Os bendigo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

EL ROSARIO EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Alocución en el acto de presentación de los discos del Rosario, Barcelona, 23 de diciembre de 1970.

Queridos padres dominicos, claretianos, sacerdotes, religiosos, seculares, amigos del Rosario y componentes del Orfeón Santa Tecla: Os felicito cordialmente por esta iniciativa que habéis tenido tan hermosa, tan justa, tan seria y profunda.

INICIATIVA HERMOSA Y JUSTA

Hermosa, porque, fuera de Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen María es lo más bello que ha habido y que habrá mientras exista el mundo. Y el Rosario es una de las formas más eficaces de establecer con Ella una relación espiritual y amorosa, tal como Ella lo desea. Por lo mismo, el Rosario nos sirve para percibir mejor y asimilar en nuestra vida espiritual la inmensa hermosura de la Santísima Virgen. El que hayáis tenido la iniciativa de grabar el Rosario en discos va a facilitar el que muchas personas se ayuden con este bello instrumento a vivir mejor y percibir esa inefable hermosura espiritual de María Santísima.

Justa. La iniciativa es justa también, porque es de justicia corresponder a los deseos proclamados por la Santísima Virgen. Y Ella es quien ha manifestado el deseo de que se rece el Rosario en nuestro tiempo, en la época que vivimos. Por tanto, seamos justos. Si tenemos fe en lo que es nuestra religión santa y en lo que significa dentro de ella la Madre de Dios, que Él mismo escogió para un plan especialísimo dentro de la historia de la salvación; si tenemos fe en Ella y nos consta que Ella ha manifestado en Lourdes y en Fátima su deseo de que se rece el Rosario, hoy, en nuestro tiempo, cumplamos este deber de justicia piadosa.

INICIATIVA SERIA Y PROFUNDA

Y vuestra iniciativa es, además, *seria y profunda*. Porque la oración del Rosario, cuando se hace bien, sirve para fomentar la fe; para desarrollar la piedad, sin la cual la fe se extingue; para hacer vivir la caridad fraterna; para despertar la esperanza de la eternidad; para volcarnos en el servicio a nuestros hermanos; para comprender el sentido del dolor; para purificar nuestras alegrías; para perseverar en nuestro trabajo diario; para caminar con sencillez, valor desconocido hoy en la vida y que, precisamente porque está ausente de muchas posturas, hace que los seres nos volvamos tan complicados.

El Rosario es fuente de paz, pero no de evasión; es fuente de fortaleza serena, no de inquietud tumultuosa; es origen y fundamento de actitudes nobles, tranquilizadoras, expansivas, cordiales, en la relación de los hombres dentro de los supuestos cristianos en que nos movemos los que tenemos fe. El rezo del Rosario nunca es una altisonante manifestación de sentimientos subjetivos. Es

una postura humilde, un colocarse en disposición de repetir lo que nos han enseñado los ángeles del cielo, la santa Madre Iglesia, la tradición cristiana y los evangelios. No inventamos nada. Recogemos las palabras evangélicas, completadas por la enseñanza de la Iglesia y meditamos verdades que vamos intercalando en los misterios de la salvación. Y todo esto nos libera, a nosotros también, del egoísmo en que podemos caer cuando colocamos en primer término nuestros propios pensamientos y nuestras reflexiones, olvidándonos de lo que es norma y guía en el pensamiento y en la conciencia cristiana.

Por todas estas razones, es una iniciativa *seria y profunda*. Más seria y profunda de lo que creen muchos que viven muy en la superficie de la vida religiosa. Todo lo que ayuda a fomentar rectamente la oración del rezo del Rosario nos hace penetrar suavemente en lo más profundo del cristianismo, en la contemplación, que es algo más que la simple oración y mucho más que la acción, ya que sin una contemplación adecuada, la oración se convertiría en un vocalismo inútil, y la acción, en un activismo que no conduce a nada.

DIMENSIÓN SOCIAL DEL ROSARIO

El Santo Padre, en el mensaje que ha publicado para celebrar la Jornada Mundial de la Paz, dice que, después de la guerra mundial última, parece que sacudió el espíritu de muchos hombres una ráfaga de conciencia y les hizo pensar en la creación de instituciones que pudieran servir para construir de nuevo este mundo alterado por la catástrofe sufrida¹. Si hubiera muchas «ráfagas de conciencia» y apareciese en el corazón de los hombres algo que fuese como un soplo tranquilo y suave que invita a reflexionar, a amar y a pensar, inmediatamente se sentiría con más fuerza la influencia social de la postura cristiana que nacería de una conciencia, inquietada suavemente por el amor y por la belleza de Dios y de la Virgen María. El Rosario puede servir para eso, queridos hijos, si se reza bien. Está sirviendo ya ahora a muchas almas que lo rezan diariamente, sin hacer alardes de ningún género, y encuentran así la fuerza necesaria para su comportamiento cristiano.

ROSARIO Y VIDA SACERDOTAL

La iniciativa, queridos padres dominicos y claretianos, la tomáis con ocasión del octavo centenario de Santo Domingo de Guzmán y del primer centenario de la muerte de San Antonio María Claret. El uno de Caleruega, el otro de Sallent; muerto el uno en Bolonia, los restos del otro en Vich; los dos, auténticos gigantes del espíritu, modelos de amor a la Iglesia. Y vosotros, religiosos de la Orden de los padres dominicos y de la Congregación del Inmaculado Corazón de María, sabéis muy bien que a lo largo de esta historia gloriosa vuestra –ocho veces centenaria la de los unos, secular ya la de los otros– en vuestras congregaciones ha habido teólogos insignes, pastores de almas insuperables, confesores,

¹ PABLO VI, Mensaje para la IV Jomada Mundial de la Paz, 10 de diciembre de 1970. en: *Enseñanzas al Pueblo de Dios*. 1970. Città del Vaticano. 402-407.

mártires, testigos de la fe, orientadores de las conciencias, que han servido a la Iglesia y al mundo con una profundidad insuperable.

Yo pregunto: ¿a estos teólogos y a estos pastores de almas y a estos mártires y confesores, todos ellos servidores de Dios y de la Iglesia, les estorbó alguna vez el rezo del Rosario? ¿O no sería precisamente esta devoción a la Santísima Virgen María una de las fuentes principales de energía espiritual que tuvieron para mantenerse y comportarse a lo largo de la vida como se han comportado? ¿Es que esos hombres en su época no fueron actuales? ¿Es que dejan de ser actuales hoy los que, metidos hasta las cejas en los problemas del mundo en que vivimos, siguen siendo teólogos y conductores de conciencias por un camino exacto y siguen rezando el Rosario, hoy igual que ayer? ¿En qué tienen que ceder estos hombres que rezan el Rosario y saben teología o predicán la palabra de Dios o trabajan con pobres o con ricos, con jóvenes o con adultos? ¿En qué tienen que ceder a los demás, que dicen que es una oración que ya no sirve, que ya no es actual? En nada. Por el contrario, gracias a esta oración y al conjunto de fuerzas de su vida espiritual bien mantenida, para lo cual les ayuda tanto esta devoción a la Santísima Virgen, se muestran equilibrados, pacientes, serenos, luminosos, fuertes, capaces de dar a las almas que lleguen hasta ellos palabras de paz, abriéndoles al mensaje de lo eterno, a la vez que les hacen ver las obligaciones que tienen que cumplir mientras estamos en el mundo.

ROSARIO Y JUVENTUD

¿Es que a estos jóvenes que están aquí les impide ser jóvenes de hoy, como tienen que serlo, el hecho de que canten con arte y con devoción a la Santísima Virgen, como acaban de cantar? ¿Es que éstos no son tan jóvenes del mundo de hoy, trabajando como trabajan en sus fábricas, en sus oficinas, o en sus estudios, donde sea, exactamente igual que los demás y haciendo una labor, acaso más silenciosa, pero más profunda, en sus hogares, con sus amistades, en sus ambientes de trabajo, siendo testigos y agentes transformadores, en lo que cabe, de cada hombre, de la situación en que vive la sociedad, para hacerla siempre mejor? ¿En qué tienen que ceder estos jóvenes a otros? ¿Y por qué el cantar a la Santísima Virgen María, así como la cantan ellos, o rezar el Rosario como pueden rezarlo, les va a impedir ser tan jóvenes como los demás? ¡Cuántos tristes confusionismos estamos viviendo en nuestra época, simplemente porque no somos capaces de retirarnos un poco a ese desierto del silencio interior, en el que de cuando en cuando tendríamos que recogernos para encontrarnos a nosotros mismos!

ROSARIO Y VIDA CRISTIANA

Por consiguiente, deseo que esta iniciativa que habéis tomado tenga mucho éxito. Y ojalá cuantos estamos aquí nos convirtamos en propagandistas de estos discos al servicio de la devoción al santo Rosario. En cualquier lugar del mundo –que ya es decir– podríamos encontrar un joven, una mujer atribulada, un enfermo, una familia en su hogar, un grupo de fieles en su iglesia, que rezan el Rosario a la Virgen María en todas las lenguas.

¡Y no son rutinas, rezos inconsistentes y medio inconscientes, no! ¡Que se repite el avemaría! Pero decidme: cuando os encontráis con las personas a las que amáis de verdad, ¿no repetís muchas veces en la conversación casi las mismas cosas? Y si se trata, por ejemplo, del cariño a la madre, en los días en que la festejáis de una manera especial, o en el desarrollo natural y espontáneo de los afectos familiares de los hijos para la madre, ¿es que inventáis algo nuevo? ¡Si no hacéis más que repetir lo mismo!

Entonces, ¿por qué vamos a decir que es una oración molesta a la conciencia vigilante del espíritu y a la lucidez de la reflexión, el estar repitiendo una y otra vez las mismas palabras que dijo el Ángel a la Virgen? El rezo del Rosario es como la exhalación fragante, que se multiplica, de un perfume espiritual que uno lleva dentro y lo manifiesta a través de esas diez avemarías, de ese padrenuestro, en que, con amor a la Madre, le dice lo que le dijo el ángel y trata de hacerlo conscientemente, aunque acaso se distrae. Y el Señor y la Santísima Virgen se complacen incluso en nuestras distracciones, cuando no son voluntariamente buscadas ni consentidas, porque ven en nuestra plegaria una manifestación de cariño y afecto de sus hijos.

Y ese buen cristiano que podemos encontrar en cualquier parte del mundo, ese joven, ese matrimonio, esa enferma, ese hombre adulto, todos los que están en nuestros hospitales y rezan el Rosario, a veces porque las religiosas que están allí se lo facilitan, al rezar oyen la frase reveladora de Jesús con la cruz a cuestas, la coronación de espinas, la voz del ángel del Señor que anuncia a María, la visitación, la venida del Espíritu Santo, y encuentran el consuelo que necesitan.

Y no se trata únicamente de consuelo. Se trata de fe, de piedad, de renovación del propósito para ser cada vez mejores; de procurar, en la casa donde uno está, en los jóvenes con quienes trata, en el ambiente en que vive, difundir pureza frente a esta desenfundada libertad de costumbres, difundir mansedumbre frente a tanta violencia, ofrecer siempre testimonio de esperanza y de paz. Todo esto es capaz de hacerlo el cristiano que sabe rezar bien el Rosario.

VOTOS POR EL ÉXITO DE LOS DISCOS Y EL TRIUNFO DEL ROSARIO

Por eso os digo que muy sinceramente os felicito y deseo, querido padre Martínez Puche, que usted y sus colaboradores, los Amigos del Rosario, se vean correspondidos y apoyados en esta iniciativa.

Que vuelva otra vez a vivirse en nuestros hogares y en nuestros templos, y en las reuniones de grupos de jóvenes, la devoción del Rosario. Y que vosotras, muchachas, no os avergoncéis nunca de llevar en vuestra carterita y en vuestro bolso de calle otra carterita más pequeña con el Rosario, como lo llevaron vuestras madres. También vosotros, los jóvenes, tened la valentía de hablar del Rosario a vuestros compañeros y amigos.

Hoy, que tanto se reúnen grupos cristianos, comunidades cristianas para examinar todos los problemas habidos y por haber, que se reúnan alguna vez sencillamente para algo tan humilde y tan sobrio, tan puro y tan expresivo de la fe y de la piedad como esto: ante una imagen de la Virgen, rezarle las avemarías del Rosario, pidiéndole a Ella su protección y su fuerza para seguir los ejemplos

que nos dio. Estoy seguro de que, si esto se hiciera hoy, muchos de los problemas que estamos viviendo y padeciendo, sobre todo en el interior de la Iglesia, podrían enfocarse de otra manera y hallarían mejor solución.

Pero parece que nos hemos empeñado en suprimir todo lo que podía fomentar amor fraterno. Todo es agrio, crispado, molesto, queja, acusación, «crítica corrosiva» –acaba de decir el Papa en su discurso de ayer a los cardenales–, «crítica corrosiva a la Iglesia»². Y todo esto va minando el terreno y va deshaciendo la confianza. Y, claro está, el problema grave es que quien empieza por perder la fe en la Iglesia termina por perder la fe en Jesucristo, y luego termina por perder la fe en Dios. Fatalmente se llega ahí.

En fin, queridos hijos, en las vísperas de Navidad pido a Dios Nuestro Señor que se acerque a vosotros y que la Virgen María facilite el camino para que entre en vuestras almas.

Y que estos discos del santo Rosario se difundan mucho y haya cada vez más personas, en toda España y en todo el mundo, que en sus hogares sepan encontrar un ratito para ponerlos y para acompañarse, acaso en su soledad, con esta dulce compañía de las voces que aquí han quedado grabadas como fruto de vuestra iniciativa en honor a nuestra Madre del cielo.

² PABLO VI, Discurso al colegio cardenalicio, 22 de diciembre de 1970, en: *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1970, Città del Vaticano, 451-460.

¿HA PASADO DE MODA EL ROSARIO?

Instrucción pastoral, de mayo de 1971, publicada en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Barcelona*, 15 de mayo de 1971.

Una vez más deseo aprovechar la oportunidad que me brinda el mes de mayo para hacer una profesión de fe y de piedad en el misterio de la Santísima Virgen María. Y para invitaros a todos, sacerdotes, comunidades religiosas y fieles seculares, a hacer lo mismo. No nos es lícito despreciar estas costumbres piadosas –las de ofrecer cultos especiales a la Virgen María durante el mes de mayo y en octubre– bajo el pretexto de que no son expresiones litúrgicas. Hemos de defender la piedad del pueblo, la piedad sencilla y fervorosa, que es expresión de vida y de amor. Así lo hicieron los grandes poetas cristianos como Verdaguer. Los grandes obispos, tan sabios como santos, entre los cuales el nombre de Torras y Bages cobra particular relieve. Así lo han hecho y siguen haciéndolo los grandes Papas, como Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI.

El mes de mayo en nuestro calendario suele coincidir siempre con esta época que va de la Pascua de Resurrección a la de Pentecostés. La Iglesia contempla durante este tiempo el nacimiento de la comunidad cristiana, tal como nos lo permite entrever el libro de los Hechos de los Apóstoles, escrito por San Lucas. Y en esa comunidad naciente, formada por los apóstoles y los discípulos creyentes, estaba María, ocupando el lugar de presidencia que desde el principio le fue reservado por un designio divino. ¿De qué hablaban los Apóstoles y la Virgen Madre? ¿Cuáles serían sus conversaciones durante este tiempo en que esperaban?

Preguntas como éstas han podido ser objeto de muchas meditaciones por parte de las almas piadosas. Los exégetas no pueden decirnos nada, porque las narraciones de la Escritura son extremadamente sobrias. Pero nadie podrá desautorizar al que piense que en esos días primaverales de la Iglesia que empezaba a germinar, María Santísima, la Madre del Resucitado que iba a subir a los cielos o que había subido ya, hablaría –y no poco– de lo que hablan las madres sobre el hijo que ha muerto y que sigue siendo amado.

En este caso, además, el que murió estaba vivo, y los atemorizados Apóstoles de unas semanas antes se habían acogido a la intimidad del cenáculo en espera de las grandes cosas que iban a suceder. La que más recuerdos tenía, la que más podía hablar revelando el secreto de sus silencios pasados, la que más humanidad podía poner en la sobrecogedora grandeza de lo que se estaba viviendo, era Ella, María. Ella tuvo que ser la que más habló y la que más fue preguntada.

O sea, que en el primer año de la historia del cristianismo hubo ya una especie de mes de mayo en que la Santísima Virgen invitaba a meditar en los «hechos», acogía súplicas y ruegos, y ponía un poco de claridad en las cosas. Lo que ha hecho siempre.

EL CONCILIO Y EL PUEBLO

Defendamos, sí, la piedad del pueblo. Del pueblo sencillo, fervoroso, que siglo tras siglo forma no una masa amorfa e indiscriminada, sino una muchedumbre innumerable, compacta, ordenada, solidísima, en el testimonio de su piedad y su alabanza a la Madre de Jesús. Este pueblo es una familia, la familia de Dios, y ha de respirar la atmósfera familiar que Dios quiere que respiren sus hijos.

Pues bien, he aquí lo que, según dice el Concilio Vaticano II, ha querido el Señor. «Uno solo es nuestro Mediador, según las palabras del Apóstol: *Porque uno es Dios, y uno también Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó a sí mismo para redención de todos* (1Tim 2, 5-6). Sin embargo, la misión maternal de María para con los hombres no oscurece, ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien, sirve para demostrar su poder. Pues todo el influjo salvífico de la Santísima Virgen sobre los hombres no dimana de una necesidad ineludible, *sino del divino beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo*; se apoya en la mediación de Éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta».

«La Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios, juntamente con la encarnación del Verbo, por disposición de la Divina Providencia, fue en la tierra la Madre excelsa del divino Redentor, compañera singularmente generosa entre todas las demás criaturas y humilde esclava del Señor. Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad, con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia».

«Esta maternidad de María en la economía de la gracia *perdura sin cesar* desde el momento del asentimiento que prestó fielmente a la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión *continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligro y ansiedad* hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada» (LG 60.62).

Y así es como el pueblo cristiano ama y entiende la misión de la Virgen María en la gran familia a que pertenece. Por eso la honra, la alaba, la bendice y se confía a Ella con la esperanza de lograr su intercesión maternal.

Por eso mismo todos cuantos tenemos la responsabilidad pastoral de conducirle hacia Dios, hemos de esforzarnos por mantener encendida y viva la llama de la piedad mariana, y no podemos permitir que se extingan, por nuestra desidia o nuestro equivocado modo de pensar, santas y respetables tradiciones como ésta de los actos especiales de devoción en el mes de mayo o en ocasiones parecidas.

Culto litúrgico, lo primero; pero también piedad sencilla y popular. Sentimentalismos vanos, no; pero justa expresión de los sentimientos del amor, sí. Supersticiones y credulidades fantásticas, nunca; pero ternura y confianza que se manifiesta en cantos, rezos, alabanzas, tal como la Iglesia lo ha querido siempre, ¿por qué no?

La piedad y devoción a la Virgen María sirve para llevarnos más fácilmente a Cristo, para fortalecer nuestra fe, para vencer las tentaciones, en una palabra, para ayudarnos a una vida más auténticamente cristiana.

«El santo Concilio enseña de propósito esta doctrina católica y amonesta a la vez a todos los hijos de la Iglesia que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, particularmente el litúrgico; que estimen en mucho las prácticas y los ejercicios de piedad hacia Ella recomendados por el Magisterio en el curso de los siglos, y que observen escrupulosamente cuanto en los tiempos pasados fue decretado acerca del culto a las imágenes de Cristo, de la Santísima Virgen y de los santos. Y exhorta encarecidamente a los teólogos y a los predicadores de la palabra divina que se abstengan con cuidado tanto de toda falsa exageración cuanto de una excesiva mezquindad de alma al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios. Cultivando el estudio de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y Doctores y de las liturgias de la Iglesia bajo la dirección del Magisterio, expliquen rectamente los oficios y los privilegios de la Santísima Virgen, que siempre tienen por fin a Cristo, origen de toda verdad, santidad y piedad. En las expresiones o en las palabras eviten cuidadosamente todo aquello que pueda inducir a error a los hermanos separados o a cualesquiera otras personas acerca de la verdadera doctrina de la Iglesia. Recuerden, finalmente, los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes» (LG 67).

II

CONSIDERACIÓN ESPECIAL SOBRE EL ROSARIO

Mi atención se vuelve ahora a una práctica piadosa que tiene a su favor el respeto de los siglos y la adhesión sincera de innumerables hijos de la Iglesia, santos, sabios, hombres, mujeres, eclesiásticos, laicos, en una palabra, de toda la comunidad social y visible de la Iglesia Católica entendida como pueblo creyente y fiel al Magisterio que le guía en su fe, que ha hecho del rezo del Rosario una decisión responsable y consciente en el ámbito de su libertad y personalidad religiosa. Cuando una práctica de piedad llega a calar tan honda y universalmente y durante tanto tiempo en el pueblo cristiano, se puede afirmar sin exageración que el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, la está sosteniendo como una manifestación práctica del sentido de la fe del pueblo. Por eso es incomprensible decir que el Rosario ha pasado de moda, que no es oración para nuestro tiempo, que al espíritu del hombre de hoy le resulta inasimilable. Una vez más la repetición continua de frases desdichadas, unida a nuestra pereza para orar, puede hacer desaparecer una santa costumbre, no porque hoy sea

menos apta, sino porque se nos antoja decirlo así, en lugar de reflexionar seriamente sobre el valor que encierra y tratar de mantenerla.

El Rosario y la Pastoral

Reflexionemos ahora brevemente sobre el valor del Rosario en la acción pastoral del sacerdote.

Entendemos por pastoral la acción de la Iglesia dirigida a la edificación del Cuerpo de Cristo, al servicio de la fe, si bien más propiamente significa la relación existente entre los que están encargados por Dios de propagar su palabra, sus misterios, sus sacramentos, su gracia, y aquellos que por el bautismo han sido llamados a recibir tan altos dones y hacerlos fructificar. La pastoral, estrictamente hablando, es la tarea de los pastores del pueblo de Dios.

Una acción pastoral que quiera cumplir con su cometido deberá interesarse necesariamente por todos aquellos medios que contribuyen eficazmente a la propagación, a la conservación y a la fructificación de la fe en las almas. Y surge ahora la pregunta: ¿qué puede aportar el rezo del Rosario a la acción pastoral? Tres fases podemos distinguir, más teórica que prácticamente, en la acción pastoral: evangelización, catequización y liturgia o sacramentalización.

A) Evangelización y Rosario

Evangelizar es proclamar la palabra de Dios, anunciar el mensaje cristiano, el Reino de Dios, y si fuera fácil hacer esas distinciones que establecemos de una manera teórica, diríamos que la evangelización es un ministerio dirigido más bien a los que aún no han aceptado que Dios interviene en su vida y nos habla por medio de Jesucristo para pedirnos un compromiso serio de continua conversión.

En esta fase de la evangelización se encuentran y se encontrarán muchos cristianos toda su vida, porque siempre necesitan ser llamados, aunque ocasionalmente, con mayor o menor perseverancia, participen de la riqueza de los sacramentos.

Pues bien, el rezo del Rosario coloca a aquellos a quienes se trata de evangelizar en una actitud de reconocimiento de su ser de criatura ante Dios, principio de todo, de quien toda persona depende, y a quien se debe alabanza, adoración y gloria.

El que empieza a rezar el Rosario reconoce que Dios no solamente le ha creado, sino que interviene en su vida para salvarle por medio de su Hijo, el cual se encarna en una mujer de nuestra raza y toma nuestra propia humanidad, semejante a nosotros menos en el pecado, fiador ante el Padre, ofreciendo para redimirnos la vida entera, triunfando de la muerte y resucitando para subir al cielo después de pasar por los misterios de gozo y de dolor.

La sustancia del mensaje evangélico, hecho vida y sensiblemente jalonado, aparece en todos los cuadros que pasan por la mente del que reza el Rosario, suscitando en él, si es sincero, una mayor aceptación y conversión cada día. El Hijo que se hace hombre, que ama a la humanidad, que sufre y se entrega a la muerte, no puede dejar de promover y arrancar del alma una transformación de

sentimientos y actitudes cada día más conformes con el misterio, función esencial de esta fase de la pastoral. A todos se debe hacer esta proclamación, y para todos resulta asequible por medio del Rosario bien rezado.

El Rosario, con su gran pedagogía –que es la del Evangelio–, hace desfilar ante nuestra consideración todos esos cuadros, escenas, sucesos, episodios vivos, enmarcados en una concreción y ropaje sensibles, lleva a todos fácilmente al conocimiento de la vida de Jesús y de María y a la comprensión de las más altas verdades de nuestra religión: la Encarnación del Señor, su Redención, la vida cristiana presente y futura, que mueven al alma a adoptar una actitud auténtica ante la historia de la salvación.

La renovación de la vida cristiana comporta una imitación cada vez más profunda de Cristo, regla, camino y vida. Con el Rosario meditamos en cada misterio algún acontecimiento de la vida del Señor y nos ponemos en comunicación vital con los hechos de nuestra salvación. A la vista de Cristo, nadie puede quedar indiferente, sin resolverse a ir ajustando su vida a lo que esa contemplación le ofrece.

Más aún. El Rosario se proyecta inevitablemente sobre la vida familiar, por los ejemplos de la familia de Nazaret que trae a la memoria, y educa y desarrolla el sentido comunitario de Iglesia en las personas que lo rezan. Contemplamos a través de la vida de Cristo, de su pasión y resurrección, el nacimiento y organización de la misma; vemos en Pentecostés su plenitud y consumación en la tierra; y en la Asunción y Coronación de María como reina de todo lo creado, se nos manifiesta la más espléndida realización salvífica de Cristo, que completa la singular merced que hizo en Ella al preservarla, por sus méritos de Redentor, de toda mancha en su alma, y librarla de toda corrupción corporal.

El Rosario, breviario y síntesis del Evangelio, hará descubrir al que lo reza la actitud que debe tomar ante el gozo y el dolor, el triunfo o la humillación, pues no son lecciones abstractas las que ofrece, sino trozos palpitantes de una historia real y viva.

B) Rosario y catequización

Entendemos por catequización la acción pastoral que, lenta y continuamente, trata de iluminar y robustecer nuestra fe en Cristo, para llevar a una más consciente participación de su misterio y alentar a los creyentes a una acción apostólica y militante.

Esta profundización del acontecimiento salvador, objeto de nuestra fe y, por tanto, común a todo el que cree, deberá necesariamente partir de los datos de la revelación. Ahora bien, siendo el Rosario una contemplación de los misterios revelados será un medio maravilloso de catequización para todos. Porque es como un catecismo dinámico y reposado de las verdades fundamentales de la fe. Es un acto de fe viva en el misterio de Cristo que, por la virtud de la religión, favorece el desarrollo de las virtudes teologales, y da origen a la devoción: esa raíz de todo el culto litúrgico que hace que nos demos a Dios con dedicación total, y así obtengamos las gracias de la santificación.

El Rosario nos hace vivir el misterio de Cristo desde el alma de María, en la perspectiva en que Ella se situó, y por su intercesión esperamos conseguir una mayor profundización intelectual y afectiva de la fe, al meditarlo y rezarlo con sus sentimientos y por su mediación amorosa y maternal.

Pío XII, en su Encíclica *Ingruentium malorum*, escribió que «con la frecuente meditación de los misterios, el espíritu, poco a poco y sin dificultad, absorbe y se asimila la virtud de ellos encerrada, se anima de modo admirable a esperar los bienes inmortales y se siente inclinada, fuerte y suavemente, a seguir las huellas de Cristo y de su Madre»¹.

Juan XXIII escribió con gran unción: «La verdadera sustancia del Rosario, bien meditado, está constituida por un triple elemento: contemplación mística, reflexión íntima y reflexión piadosa. De la contemplación de los misterios debe derivarse la reflexión para sacar las enseñanzas oportunas y buenas para el alma en orden a su propia santificación y a las condiciones en que vive bajo la continua iluminación del Espíritu Santo»².

C) Rosario y liturgia

Es bien sabido que, para algunos liturgistas, y no tales, el Rosario ha pasado a la historia, y ha perdido su razón de ser, una vez que el pueblo empieza a comprender la verdadera liturgia de un modo consciente y activo. Creemos sinceramente que esta opinión revela falta de conceptos exactos y claros sobre la relación entre liturgia y Rosario. No es justo rechazar el Rosario, ni siquiera concediéndole un benévolo reconocimiento por los servicios prestados. Ni el Rosario puede sustituir a la liturgia, ni la liturgia al Rosario. No es medida acertada la de sustitución, sino la de coordinación y complementación.

La liturgia, culto público y oficial de la Iglesia, se realiza en la aplicación sacramental (sobre todo eucarística) de los misterios redentores y en la conmemoración a lo largo del año de estos mismos misterios para que puedan los fieles beneficiarse de las riquezas del poder santificador de los méritos de Cristo, y llenarse de la gracia de salvación.

El Rosario coincide con la liturgia en ser una conmemoración compendiosa de los grandes misterios de la Redención; pero mientras en las principales acciones litúrgicas la aplicación del fruto de los misterios es sacramental y eficaz por sí misma, en el Rosario esta revivencia, y su fruto y beneficio, es solamente moral, condicionada por el espíritu y disposición del creyente.

Reconocida esta principalidad y estas ventajas sustanciales de la liturgia sobre el Rosario, ¿qué puede aportar la práctica del Rosario al culto litúrgico?

La vida litúrgica exige un clima, un ambiente. Si la vida o celebración litúrgica no se prepara y caldea con la oración personal o con el compromiso y empeño moral que exige la recepción de los sacramentos, la actividad litúrgica se desvirtúa y desnaturaliza hasta degenerar en mero ritualismo.

¹ Pío XII, Carta encíclica de 15 de septiembre de 1951, núm. 6: *Discorsi e radiomessaggi di S.S. Pío XII*, XIII, Città del Vaticano 1952, 541.

² Carta sobre el Rosario, del 10 de febrero de 1962.

Por tanto, cuanto contribuye a la mejor comprensión y estimación de los misterios redentores, contribuye también a la fructuosidad santificadora de los sacramentos. He aquí, pues, una preciosa aportación del Rosario a la piedad litúrgica: como aleccionamiento cotidiano de los fieles a los misterios de la fe, como empeño afectuoso del alma en revivir y apropiarse a Cristo, haciendo suyo el fruto y la divina fecundidad de su acción redentora, prepara admirablemente a una mayor inteligencia de la liturgia de la Iglesia y contribuye muy beneficiosamente a la educación litúrgica del pueblo.

La grandeza del Rosario estriba en esa actualización viva y compendiada del año litúrgico. De este modo la renovación litúrgica no debe anular el Rosario, sino considerarlo como un medio óptimo de preparación, ampliación y vitalización del culto litúrgico, fuente y cumbre de la acción salvadora de la Iglesia.

No perdamos de vista el valor de universalidad del Rosario, esto es, su aptitud para poner al alcance de las almas la doctrina, el ejemplo y el valimiento de Jesús y de María, y el hecho de que ha sido y es todavía la devoción mariana más querida y practicada del pueblo cristiano: la expresión constante de su fe, de su esperanza y de su amor.

Por eso Juan XXIII, en una hora muy oportuna, cuando comenzaban a asomar los exclusivismos liturgistas, tuvo especial interés en recomendar el Rosario y señalar con sumo cuidado el lugar que le corresponde. Dijo así: «El Rosario, como ejercicio de cristiana devoción entre los fieles..., tiene su puesto después de la Santa Misa y del breviario para los eclesiásticos y después de los sacramentos para los seglares»³.

Hacemos nuestras estas ponderadas reflexiones del P. Spiazzi: «Habida cuenta de la insistencia con que ha sido recomendada por los Papas y por los Obispos a los fieles de acuerdo con los repetidos mensajes de las apariciones marianas, el Rosario tiene un cierto valor oficial en la Iglesia, muy bien expresado en la denominación que desde antiguo le designa: “salterio de los fieles”. Se puede decir que es el breviario del pueblo cristiano, que como el de los sacerdotes, comprende oración, profesión de fe, contemplación, alabanza, normas y ejemplos de acción, y todo ello centrado en el misterio de Cristo y de María..., y por medio de esta meditación sube hasta la Trinidad, que es el último término de la oración y de la glorificación de la Iglesia...»⁴.

III

UNA APLICACIÓN PRÁCTICA: LOS EQUIPOS DEL ROSARIO

Podríamos resumir las anteriores reflexiones en las afirmaciones siguientes:

El Rosario debe seguir siendo estimado y reconocido como práctica de oración y de piedad del pueblo cristiano. Es un instrumento eficaz de acción pastoral, entendida ésta en sus diversas fases y en su específico carácter de ministerio

³ JUAN XXIII, Carta *Il sacro convegno*, en: *Colección de encíclicas y documentos pontificios*, Madrid 1968, 2432.

⁴ R. SPIAZZI, *El Rosario y la misión de María en el misterio de la salvación*, Cádiz 1967.

que trata de facilitar la relación que ha de existir entre el hombre y Dios. No se opone en nada, antes bien favorece y ayuda a un mejor entendimiento y vivencia del culto litúrgico. Logra dar cauce de manera difícilmente superable a una exigencia fundamental de la religión cristiana, la del culto a la Virgen María, de conformidad con el puesto singular que ocupa en la redención y el reconocimiento que merece. Es, por fin, una práctica generalmente usada por el pueblo cristiano, que cuenta también con la adhesión de innumerables personas cultas y responsables de su fe: teólogos, sacerdotes, seglares, padres y madres de familia, obispos, religiosos, papas. Si se abandona, es porque se cede a las dificultades que siempre, no sólo ahora, han sido presentadas contra la misma (monotonía, rutina, etcétera), dificultades, por otra parte, vencibles, a poco que nos esforcemos por desvanecerlas mediante una catequesis adecuada.

Debo reconocer, sin embargo, que hoy, tanto en la piedad personal de algunos, como en determinadas manifestaciones comunitarias, van apareciendo prácticas de oración y de piedad que antes no se hacían. Si dentro de estas actitudes piadosas se reserva a la Virgen María el lugar que la Iglesia ha señalado, se la alaba y glorifica, se solicita su intercesión, y se procura imitarla, se trataría de sustituciones que para algunos pueden ser más conformes y provechosas.

Lo que no es lícito, pastoralmente hablando, es suprimir el Rosario, declarándolo sin más pasado de moda y anacrónico; prescindir de fomentar debidamente la oración y la confianza en la Santísima Virgen María; y, *sobre todo*: privar a la gran masa del pueblo cristiano de medios de relación con Dios, tan eficaces, tan serios y tan consoladores como éste, sin ofrecerles otros, o presentándoles los que sólo serán aptos para algunas minorías.

Ningún sacerdote con cargo pastoral perderá nada, antes al contrario, ganará mucho en su acción sobre las almas si fomenta el rezo del Rosario en el templo, en los hogares cristianos y en las costumbres y hábitos piadosos de cada uno. ¡Cuántos hombres hay que no practican y que, sin embargo, llevan un Rosario en su bolsillo, y lo rezan en ocasiones especiales y se encomiendan a la Virgen, con la confianza de obtener a través de Ella el auxilio divino que en su indigencia necesitan!

Pero quiero referirme ahora a una modalidad especial que ha surgido en Francia como fruto de esa noble actitud de estar a la escucha de las llamadas del mundo de hoy y del deseo de ofrecer caminos que pueden conducir a los hombres a la fe de Jesucristo. Son los llamados "Equipos del Rosario", movimiento de espiritualidad aprobado por el Episcopado francés en 1967, que cuenta ya con más de 60.000 adheridos. Su fundador y hoy Consiliario Nacional es el dominico P. Eyquem. Con posterioridad, en la Asamblea Plenaria que el mismo Episcopado celebró en octubre de 1970 en Lourdes para estudiar el tema «Los caminos de la fe y el crecimiento de la Iglesia en las realidades humanas», fue expuesto por el Responsable Nacional un resumen sobre el Movimiento de los Equipos del Rosario y los caminos de la fe en estos pequeños grupos, exposición que tuvo una gran aceptación y resonancia.

He aquí cómo narra el origen de la obra su propio fundador:

«¿Cómo han nacido los Equipos del Rosario? De una fidelidad a la Iglesia. A la Iglesia amada, a pesar de todas las apariencias en contra, como fuente

de vida. Era en 1951. En la Iglesia de Francia la fermentación era grande. Resolví unirme al Padre Loew en Marsella y formar parte del equipo de sacerdotes obreros que él había fundado..., mas no era suficiente ser aceptado por el equipo. Religioso dominico, yo dependía de mis superiores. Logré la conformidad de mi Provincial. Pero en aquella época el movimiento de los sacerdotes obreros tropezaba con las más graves dificultades. Era necesaria la autorización del Maestro General de los dominicos. La solicité, y me fue negada categóricamente y sin apelación».

«Dos años más tarde, mi Provincial me pidió que volviera a tomar la dirección del Rosario en Toulouse. Era un ministerio poco solicitado. La estima mediocre en que había caído, contrastaba enormemente con lo que la Iglesia continuaba diciendo de él. Fui sensible a la vez a esta voz y a este abandono. Aceptaba, pues, la proposición de mi Provincial, pero tomando la firme resolución de llevar a este ministerio las preocupaciones que me habían conducido hacia aquellos a los que de hecho no había sido llevado el Evangelio o se les había llevado demasiado poco».

«Quizá me engaño, pero creo sinceramente que los Equipos del Rosario han nacido de una cierta inteligencia de la bienaventuranza de los pobres, de una fe firme en la bendición que les acompaña. Únicamente hay que ver bien que el “pobre” no es necesariamente el que pasa por tal, sobre todo si de hecho, por estar bien encuadrado en la sociedad, llega a ser una potencia. El pobre es aquel en el que nadie piensa sino Cristo, porque no representa nada. No cuenta. No interesa a nadie. Es el que, al no ser tenido en cuenta por nadie, llega a ser precioso a los ojos de Dios. Pienso que sólo unos ojos iluminados por una luz de lo alto pueden ellos también verlo así. Resulta de esta convicción una actitud que está en los antípodas de todo paternalismo. No se enriquece al pobre. Es él quien nos enriquece. No se va hacia él para llevarle la vida, sino para recibirla. Porque Dios está con él. Reanudar sin cesar el contacto con el pobre es para la Iglesia, y para todo lo que es de la Iglesia, una exigencia vital. Cuando la Iglesia se separa del pobre, muere. Desaparecería totalmente si, en la Iglesia, el Espíritu Santo no mantuviera siempre aquí y allá el contacto. Al escoger la infamia de la Cruz, el Hijo único de Dios ha hecho saber, de una vez para siempre el lugar donde permanece».

«¿Cómo aplicar este principio al Rosario? Es el problema que me he planteado entonces. Atento a la voz de la Iglesia, he tomado una conciencia más viva de que el Rosario era, más bien que “una oración más”, “un alimento de la fe”, y de que estaba destinado a todo el pueblo. Si esto era verdad –y yo no dudaba de ello– entonces había que poner este alimento al alcance de todos, particularmente de los que están más desprovistos de fe. Serviría para reanimar “mechas que aún humean”, pero que ya no iluminan. Sería necesario, pues, sin vacilar, salir de las Iglesias y del medio *practicante* para avanzar a ese destierro en donde cantidad de bautizados acaban de perder lo poco que tienen. Sería necesario también consentir en no pedir nada a esta multitud que no puede dar: ni práctica sacramental, ni compromiso de ninguna clase. No porque haya que pensar que una vida cristiana desarrollada pueda prescindir de los sacramentos o de un compromiso de Iglesia, sino porque esto debe brotar de la vida, de una

santidad reencontrada. No sirve para nada tirar del trigo verde para que crezca más de prisa. Hay impaciencias que son fatales para el desarrollo de la vida».

«De hecho, ha parecido que lo que más convenía con frecuencia era un rosario concebido como una liturgia, “una liturgia de umbral” (de entrada). Una pequeña comunidad en oración que busca un contacto con Cristo. Es en este momento cuando he conocido la obra de Paulina Jaricot, en el siglo XIX: esta mujer notable, que fundó el Rosario Viviente y la Propagación de la Fe, y que no temió en su época comprometer toda su fortuna (y perderla) en la creación de una fábrica en donde el hombre conservara su calidad de hombre. Tuve también la suerte inestimable, en el momento en que todo no estaba más que en germen, de ser comprendido y sostenido por el arzobispo de Toulouse, Mons. Garrone».

«La orientación misionera de los Equipos del Rosario explica muchas disposiciones concretas que conciernen a los medios puestos en obra. Ha sido necesario constantemente y lo es aún resistir a la tentación de lo mejor y lo más, si no se quiere pasar por encima de la cabeza del pobre. Una tal orientación debía conducir necesariamente a construir un movimiento de laicos. Porque son laicos los que viven cotidianamente en contacto con la multitud... Pero eso es abordar otra etapa de la historia de los Equipos del Rosario. La que vosotros conocéis y habéis realizado»⁵.

He tenido interés en transcribir esta larga cita, porque nos revela la profundidad de pensamiento de un sacerdote de Cristo, a quien no son extrañas las preocupaciones apostólicas de la Iglesia de hoy. Su profundidad la veo en este tránsito que hace de su propósito de ser sacerdote obrero al nuevo trabajo que se le encomienda. No considera en ningún momento que sus afanes de evangelización de un mundo alejado de la Iglesia vayan a ser irrealizables dedicándose a un apostolado de muy «mediocre estimación». Antes al contrario, persuadido de que el rezar y el ponerse en contacto con Dios es necesario al hombre de hoy, igual que al de todos los tiempos, aunque se trate de hombres que pertenecen a ambientes sociales de país de misión –las masas obreras de los barrios de Marsella–, emprende decididamente su campaña y pronto ve que Dios la bendice. Por este camino trata de llevar el Evangelio y la Iglesia al corazón del mundo alejado, y al de los pobres que creen, pero que no practican. Y establece pequeñas comunidades, de las que tanto se habla ahora, los Equipos del Rosario.

Se dirige este apostolado a tantas personas aisladas, aplastadas por el peso de la soledad, por el sufrimiento, enfermos, sobre todo enfermos graves, que se sienten inútiles por estar privados de las actividades de los sanos; inmigrantes que llegan al vecindario y no son acogidos; gentes que viven al lado los unos de los otros, pero sin conocerse ni decirse los buenos días, necesitados, sin embargo, de encontrarse en pequeños grupos fraternos, acogedores y humanos.

Se dirige a la gran masa de bautizados no practicantes que no saben orar o no tienen tiempo para ello. Con deseos de rezar, pero que, encontrándose aislados,

⁵ *Le Rosaire dans la Pastorale*, enero 1971, 5-6.

no intentan siquiera expresar este deseo, este ideal, y viven una vida sin relación con Dios.

Ante este desierto espiritual que se extiende alrededor de la Iglesia, de tantas almas carentes de un ideal superior, necesitadas de fe, de esperanza, de amor, a las cuales no puede llegar la acción del sacerdote, los Equipos del Rosario han tomado conciencia de lo que pueden y deben hacer como miembros vivos del pueblo de Dios e intentan convertirse en testigos e instrumentos operantes de la Iglesia y de su misión salvadora.

La ingeniosa manera en que están concebidos y se organizan estos equipos y la forma en que comparten las preocupaciones de la Iglesia han movido a los Comités Superiores del Apostolado Seglar de varios países a incorporarlos a la «familia» de sus Movimientos de espiritualidad y de acción apostólica.

Porque la vida de estas pequeñas comunidades de oración las confirma como un eficaz y poderoso instrumento de animación espiritual en los vecindarios: un grupo de quince seglares, cada día separadamente y una vez al mes reunidos a domicilio, para la «Oración en Común», se sitúa frente a las verdades fundamentales de su fe, por la meditación de los misterios del Rosario, en unión con la Virgen y con la perspectiva en que Ella vivió esos misterios salvadores.

Porque con su dinamismo apostólico y misionero estos grupos acogen a todos los que lo desean, practicantes y no practicantes, sin distinción de edad, cultura o nivel social y religioso, y les ayudan a vivir el gran principio de la unidad y amor evangélico con las relaciones humanas y fraternas que entre ellos se establecen gracias al clima de oración que es característica y fundamento de estos pequeños grupos.

Porque además, los Equipos del Rosario responden a una necesidad profunda de catequesis popular, colaborando en la misión pastoral de iluminar y robustecer la fe en las almas, llevándolas a una mejor participación, más consciente y responsable, en la vida de la Iglesia.

Ahora bien, el medio de que se valen los Equipos del Rosario para lograr tan positivos y tan espléndidos fines, su lazo de unión espiritual, su secreto y su consigna, es el Rosario.

«El Rosario..., “devoción de la Iglesia” que, por su carácter popular, su espíritu cristocéntrico y por la filial devoción que inspira, puede reanimar la fe y la piedad en los más diferentes medios de acción pastoral»⁶.

Es el Rosario, «salterio de los fieles», compendio de la plegaria, de la contemplación y de la revisión de vida, centrado en el misterio de Cristo y en la devoción a María.

Es el Rosario el que los Equipos han tomado como escuela de fe, de plegaria y de acción, aptísima para poner al alcance de sus miembros la doctrina, el ejemplo y el valimiento de Jesús y de María, y para proyectar sobre sus vidas la

⁶ PABLO VI, Alocución a los participantes en el III Congreso Internacional dominicano del Rosario, 13 de julio de 1963, día en que se tuvo la primera audiencia general del nuevo Papa.

luz de los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos que dan razón y sentido a sus ideales y esperanzas, a sus luchas y amarguras, a sus triunfos y derrotas.

Es «la oración del Rosario que, cuando se hace bien, sirve para fomentar la fe, para desarrollar la piedad, sin la cual la fe se extingue; para hacer vivir la caridad fraterna; para despertar la esperanza de la eternidad; para volcarnos en el servicio a nuestros hermanos; para comprender el sentido del dolor, para purificar nuestras alegrías; para perseverar en nuestro trabajo diario; para caminar con sencillez, valor desconocido hoy en la vida y que, precisamente porque está ausente de muchas posturas, hace que los seres nos volvamos tan complicados»⁷.

Porque ha sido el Rosario, y porque lo es todavía, la devoción mariana más querida y practicada del pueblo cristiano, expresión constante de su fe, de su esperanza, de su amor, y como plegaria eminentemente comunitaria, es un instrumento perfectamente adecuado para crear y dar vida a esas pequeñas comunidades de oración y de comunión fraterna, que son los Equipos del Rosario.

IV

TAMBIÉN EN NUESTRA DIÓCESIS

En Barcelona existen ya algunos de estos equipos. Pero se nos había pedido una palabra de reconocimiento y de apoyo, y a esto obedece esta Instrucción Pastoral, que he querido escribir con ocasión del mes de mayo como obsequio a la Santísima Virgen María.

Aplaudo de todo corazón y bendigo la iniciativa de organizar y extender ampliamente los Equipos del Rosario. Y me atrevo a pedir a la Comunidad de Padres Dominicos de Barcelona que fomenten esta práctica con todos los medios a su alcance. Pido también a los sacerdotes y comunidades religiosas que colaboren a su mayor difusión. Lo repetiré una vez más. El Rosario sigue siendo una plegaria válida para los hombres de nuestro tiempo. Donde exista la costumbre hermosa de rezarlo en familia, procuremos que no se pierda. Que no desaparezca tampoco de los templos y capillas donde siempre se ha rezado.

La particular modalidad de los Equipos no se nos presenta para que deje de rezarse el Rosario en la forma que lo rezan los que siempre lo han rezado, sino para poder introducir la riqueza espiritual y religiosa que esta plegaria encierra, en ambientes donde no haya entrado hasta ahora y *sobre todo* para establecer lazos comunitarios de fe y de esperanza entre personas víctimas de la soledad de su espíritu y, sin embargo, necesitadas. No hay nadie que no necesite rezar. Esforcémonos por edificar entre todos una Iglesia que reza.

No se trata tampoco de desestimar otras formas de oración que están surgiendo, y que deseamos vivamente se extiendan cada vez más también entre los seglares, como, por ejemplo, la Liturgia de las Horas, sobre la cual la Comisión Interdiocesana de Liturgia de la Provincia Eclesiástica Tarraconense acaba de

⁷ M. GONZÁLEZ MARTÍN, Alocución en el acto de presentación de los discos del Rosario, Barcelona, 23 de diciembre de 1970. Véase el texto en la p. 269ss., del presente volumen.

publicar una nota de orientación, cuyas afirmaciones recomendamos con el mayor interés.

No se opone una cosa a la otra. Lo que deseamos es que no se pierda lo que la Iglesia ama como forma especial de oración y de plegaria a la Virgen María, el Rosario tradicional siempre que sea posible, o con esta modalidad donde sea aconsejable.

Recuperemos la alegría de volver a alabar a la Santísima Virgen con nuestro corazón y con nuestra voz, eco de las de toda la Iglesia. Al alabarla a Ella, damos gloria a Dios que es quien lo ha querido así. Es incomprensible que después de un concilio que ha proclamado la grandeza singular de María como ningún otro lo había hecho, pueda darse el fenómeno de una disminución de la piedad y la devoción marianas. Los excesos de otro tiempo, si los hubo, no justifican los silencios y las resistencias de ahora.

Cuanto más digno lugar ocupe la Virgen María en nuestros templos, en nuestros hogares y en nuestro corazón, más alto y a la vez más próximo estará su Hijo divino, Jesucristo Redentor y Salvador. María es Madre de virtudes, es Madre de la Iglesia, es Madre del pueblo sencillo y pobre, pobre incluso en la expresión de su fe, pero muchas veces ejemplarmente rico en su esperanza.

Este pueblo de España o de Francia, de Polonia o de Norteamérica, ama a la Virgen María hoy igual que la ha amado siempre y encuentra en la recitación de sus plegarias y en la celebración de los cultos que la Iglesia propone en formas sencillas y populares, pero igualmente dignas y merecedoras del máximo respeto, un cauce sanísimo para su vitalidad religiosa por donde ésta corre y a la vez se alimenta.

LA VIRGEN MARÍA Y LA IGLESIA DE HOY

Conferencia leída en el acto de clausura de la XXXI Asamblea de Estudios Mariológicos, celebrado en Zaragoza (16-21 de octubre de 1972). Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, noviembre 1972.

MARÍA Y EL HUMANISMO CRISTIANO

Hace poco más de un mes, afirmaba muy acertadamente el P. J. A. de Aldama en una de sus conferencias pronunciadas en la V Semana de Cuestiones Teológicas de Toledo, que si prestamos atención al Concilio Vaticano II, al Magisterio posterior de la Iglesia por parte de los obispos y sobre todo del Romano Pontífice y a las manifestaciones del pueblo católico, no se puede hablar de crisis de la Mariología, ni de disminución o menor aprecio del culto y la piedad hacia la Santísima Virgen María. Es evidente.

Sin embargo, hay una zona intermedia, no pequeña, en la Iglesia de hoy, formada por personas responsables de la educación y mantenimiento de la fe del pueblo, en la que sí aparece esta crisis, la cual, se manifiesta en silencios, displicencias, reproches indiscriminados a lo que ellos llaman excesos o deformaciones de la piedad mariana; abandono de prácticas tradicionales, y a veces, en menor escala por supuesto, ataques velados o abiertos a ciertos dogmas y formulaciones de la doctrina católica relativa a la Virgen María. Artículos en revistas y periódicos, exposiciones de cátedra, predicaciones en algunos templos o ausencia de las mismas, determinadas orientaciones que se dan en algunos colegios de la Iglesia, repulsa o al menos falta de participación en actos externos y colectivos que hasta hace poco se consideraban normal expresión de una fe y de unos sentimientos dignos de ser respetados, aparecen aquí y allá en número suficiente como para poder decir que en esa zona amplia a que me refiero, existe una crisis en la Mariología y en el culto mariano que forma parte de la crisis general que padece la Iglesia en cuanto a la transmisión de su doctrina y la incorporación de la misma a la vida de culto y la piedad. No es sólo mera desorientación, sino auténtica crisis.

Como causas desencadenantes de este fenómeno, creo que pueden señalarse estas tres:

- a) Una influencia de la teología protestante, al menos en el sentido de querer atenuar los obstáculos que de parte católica, según los que así piensan y obran, se oponen al progreso de la causa ecuménica.
- b) Una absorbente y polémica entrega por parte de muchos a lo que podríamos llamar cristianismo periférico, denominación en la cual incluyo tantos y tantos esfuerzos como se hacen en orden a revisión de estructuras, cuadros organizativos, conceptos de Iglesia, comunidades, pedagogía de la fe, búsqueda de la autenticidad, etcétera, todo lo cual quema energías, produce irritaciones y descontentos, fomenta esperanzas, fundadas unas veces y vanas muchas otras, y aparta la

atención de algo que por su naturaleza, como es el misterio de la Virgen María, requiere, para ser contemplado, mucha sencillez de alma, mucho silencio, amor manso y tranquilo, y, sobre todo, paz.

- c) Una exaltación exagerada, que quiere ser religiosa, de los valores del humanismo, que, prescindiendo de casos extremos ya incompatibles con la doctrina católica, se manifiesta en una cristología que acentúa lo humano de Cristo, en una teología de la liberación de las miserias terrestres, en una oposición a hablar del pecado actual u original, en una valoración desmedida de la libertad, en relación con todo lo cual, la figura de la Virgen María, tan humilde, tan esclava del Señor, tan sin pecado, tan llena de silencio y de gracia sobrenatural, parece a los cantores de este humanismo una abstracción idealizada e inactual.

Merecería la pena estudiar la figura de María y el culto a su persona santísima en relación con cada una de estas tres causas que influyen en la crisis de que hablo. No puedo hacerlo. Limitaré mi examen solamente a esta última y, en síntesis, la afirmación fundamental que va a presidir mi exposición es ésta: que precisamente en la Virgen María encontramos uno de los más excelsos motivos para un humanismo cristiano y que sólo la falta de reflexión sobre lo que significa María en la historia de la salvación del hombre puede inducir a algunos a olvidarla, cuando se proclaman estos entusiasmos humanistas que, por otra parte, suelen terminar en trágicas desilusiones.

LA CONDICIÓN HUMANA DE MARÍA

Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatara los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva (Gál 4, 4-5). La realidad de todo el misterio de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y de los hombres, está enraizada en lo más profundo de la condición humana: ningún hombre puede nacer sin madre. El Verbo participó de nuestra condición asumiendo la naturaleza humana en el seno de una mujer virgen que concibió por obra del Espíritu Santo. Cristo, como todos los que creen en su nombre y son por adopción hijos de Dios, *no nació de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios (Jn 1, 13).*

María es de nuestro linaje, tiene nuestra propia condición humana, pertenece a la gran familia de los redimidos y toda su grandeza le viene, como a todo hombre, de la redención de Cristo, su Hijo, nacido de su mismo ser. No podemos olvidar la *Persona*, la *Mujer* que es María y que no puede ser un simple instrumento impersonal, con lo que se disminuiría la misma realidad de la encarnación divina al hacer de ella una «aparición de Dios en el mundo» y no su encarnación humana: Cristo, verdadero hombre y verdadero Dios, del mismo linaje de Adán, Primogénito de la gran familia, único que por sí mismo adora al Padre en espíritu y en verdad, el Hombre que mostró a todos cómo en la obediencia absoluta al Padre está la libertad, el Verbo que se hizo hermano nuestro para hacernos hijos del mismo Padre y de la misma Madre, el Salvador que murió para que resucitáramos.

Nacido de mujer. María es una persona humana. La vida terrena de Cristo es descendimiento de una persona eterna en el tiempo. La de María es como la nuestra: ascensión progresiva desde el tiempo a la eternidad. Es la Madre y Esposa en la historia de la salvación, no un simple instrumento. La condición verdaderamente humana de su persona es riqueza nuestra de la que parte nuestra dignificación; la plenitud de la gracia de Dios en esa misma condición humana nos engrandece también a nosotros. *Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada* (Lc 1, 48). Existe una persona totalmente humana que creyó, esperó y amó a Jesucristo con toda la fuerza de su ser: la Virgen María, una criatura sujeta a las limitaciones de nuestra propia condición, a las circunstancias históricas de su patria y de su raza, al momento presente, sin conocimiento del futuro y que, por tanto, supo de la incertidumbre, de la inquietud, de la angustia. Conoció el dolor, el desprendimiento, el trabajo, la separación y muerte de los seres queridos. Sintió el peso de la contradicción. Cumplió fielmente las exigencias de mujer, madre y esposa «cristiana», girando, eso sí, dentro de un misterio que confería a estas misiones humanas una plenitud y singularidad que la hacen distinta, pero no extraña a nadie.

Dios quiere el amor libre del hombre y su mirada inteligente. *Ninguna condenación pesa, pues, sobre los que están en Cristo Jesús* (Rm 8, 1). Para la libertad nos liberó Cristo (Gál 5, 1). Dios es Dios de vida, de verdad, de inteligencia, de libertad y de voluntad, y si nunca convertirá a los hombres en puros instrumentos, porque les negaría lo mismo que les ha dado, su imagen y semejanza, ¿cómo iba a hacerlo con la que iba a ser Madre del Redentor? *En donde está el Espíritu del Señor, está la libertad* (2Cor 3, 17). *Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo... El Espíritu Santo vendrá sobre ti* (Lc 1, 28 y 35). María vivió su vida con toda la fuerza de su condición humana de mujer, y con la plenitud de la gracia en Ella, puesta totalmente al servicio de Dios: *He aquí la esclava del Señor* (Lc 1, 30). Las gracias, prerrogativas y privilegios que parecen separarla de nuestra condición humana, manifiestan en Ella la realidad de la salvación de nuestro linaje y la gloria de nuestra resurrección. *Hemos sido salvados, pero en esperanza* (Rm 8, 24).

SACRIFICIO Y DOCILIDAD, OLVIDADOS EN EL HUMANISMO ACTUAL

María es nuestra madre, presente y activa en el nacimiento del Primogénito de los hijos de Dios, en su vida pública, en su muerte, resurrección y ascensión, en el nacimiento de la Iglesia. Su presencia es siempre fe, abnegación, entrega: *Hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38). A ella hemos sido confiados todos: *Mujer, ahí tienes a tu hijo*. Luego dice al discípulo: *Ahí tienes a tu madre* (Jn 19, 26-27). Es fácil decir así con una sola frase lo que fue su vida: aceptar y vivir desde su condición humana la vida de Dios en Ella. ¿Es que acaso no se nos pide a nosotros lo mismo? ¿Es que no aceptó Ella ser madre y ayudarnos? ¿Es que la plenitud de gracia y vida de la madre no es para el bien de los nuevos hijos? *Si el grano de trigo no muere, queda infecundo* (Jn 12, 24). El humanismo actual está olvidando la noción de sacrificio, porque los hombres de todos los estamentos y ambientes rompen sus lazos más sagrados y sus fidelidades más caras. ¿Y qué humanismo es entonces? Ahí está la raíz de esa «deshumanización» de nuestro humanismo.

El humanismo actual comprueba las contradicciones del hombre en su zona más personal; sabe de su dominio, de su lucha, de su poder, de su angustia, de su inquietud y de su dolor; sabe de su optimismo y de su depresión, de su éxito y de su fracaso, de sus complejos y de sus evasiones. No en balde las ciencias del espíritu humano avanzan penetrando en el mundo inmenso de la persona. Tenemos el sentimiento de estar viviendo un cambio sin precedentes; no hay aspecto de la realidad al que esta mutación no afecte. Hemos visto cambiar en nuestra propia vida humana la realidad histórica, diferentes sistemas, diferentes políticas, planes que se suceden unos a otros. Con mucho fundamento se habla al tratar de la educación de nuestros niños y de nuestros jóvenes de una «pedagogía para el cambio». Vivimos una gran época científica y de una técnica aplastante. El pensamiento contemporáneo es el reflejo de un mundo en crisis. Todo contribuye a hacer del hombre un ser inquieto y preocupado por su futuro, inquieto y preocupado por su propia imagen. Un humanismo serio y profundo sabe que el hombre que trabaja sólo por los bienes materiales construye su propia prisión. Los hombres tienen siempre necesidad de «algo» más que la dicha sensible que se deshace entre las manos. ¿Dónde encontrar este «algo» más? Sólo es dado en la fe.

Nuestros sabios y científicos no están seguros de que la línea de la ciencia y del progreso sea paralela de hecho a la línea de la felicidad y del bienestar humanos. La auténtica felicidad brota del espíritu; hay que sacrificar todas las apariencias de felicidad que no son más que simples goces. Todos nos preguntamos cómo esa fuerza y esa energía natural conquistadas, ese progreso y avance logrados no se insertan en la vida de la humanidad para mejorarla en todo su crecimiento y despliegue. Pero en cada uno de nosotros tenemos la contestación: egoísmo, ambición y orgullo. La gran labor de una época no está en que sus hombres logren sólo un progreso y un bienestar material, un dominio de la naturaleza cada vez mayor, sino en lograr una forma de vida humana cada vez más digna y más rica. El humanismo de una época como la nuestra, con unas realidades ya efectivas y con unas posibilidades todavía mayores, tendría que tener una ética humana, unas costumbres, una vida interior a la misma altura por lo menos que su propio avance material y científico; pues ¿para qué sirve todo si el hombre no es cada vez más rico en su propia sustancia y cualidad, cada vez más grande en su libertad? El poder en sí no es ningún valor. Tiene que ser poder «para algo». Y ahora, la pregunta a nuestra época: «el poder ¿para qué?». «En la vida del hombre actual –especialmente de aquel que tiene la responsabilidad y ejerce la decisión– debe insertarse algo que puede ser descrito del siguiente modo: en él debe formarse una auténtica interioridad, que pueda oponerse a las tendencias superficializadoras y dispersoras de la época. El núcleo personal debe experimentar una consolidación que, partiendo en cada caso de la conciencia de verdad, le haga capaz de establecer una posición más fuerte que las consignas y la propaganda... El futuro del hombre descansa realmente en que alcance la capacidad de sujetar la tendencia al poder y a la ganancia, mediante la superación de sí mismo»¹.

Los médicos y los educadores ponen constantemente de manifiesto, aunque parezca paradójico y contradictorio, que el hombre está cada vez más solo y aislado. Hay muchas «masas», muchas reuniones, muchas asambleas, pero hay

¹ R. GUARDINI, *La preocupación por el hombre*, Madrid 1965, 45, 76.

poca «comunidad». Aun sin saberlo, y de una forma inconsciente, parece que en el momento actual vuelve a levantarse el criterio de la Gaya Ciencia de Nietzsche: el hombre es un *sí* y un *no*, idea o realidad que no tiene nada que ver con el Evangelio: si el grano de trigo no muere queda infecundo, el que quiera salvar su vida la perderá. Aquella, la de Nietzsche, es una ética de la voluntad de poder, de las fuerzas irracionales del alma, y concretamente del instinto natural de vida y felicidad. Una ética que hace desaparecer los valores evangélicos, porque disminuyen la virilidad del hombre y lo esclavizan. Desde luego que no es lo mismo que el hombre sea a imagen y semejanza de Dios, o que él cree continuamente su propio ideal. No es lo mismo que el hombre se realice según Dios, o que él trate de ponerse en su sitio y suplantarle.

EL HUMANISMO ACTUAL NECESITA DE LA MÁS PERFECTA ENCARNACIÓN DEL SACRIFICIO Y FIDELIDAD: MARÍA, LA VIRGEN FIEL

He dicho que sacrificio y fidelidad están olvidados o son despreciados en el humanismo de hoy y que aquí está la raíz de nuestros procesos. La verdadera transformación se ha de producir en el interior de la persona. A pesar del afán de sensacionalismo, de figurar, de triunfar, de la inundación de palabras e imágenes de la publicidad, y de la agitación a la que todos contribuimos, sentimos desconfianza y amargura por todo ello; nos produce malestar quizá porque en nuestros momentos de sinceridad y lealtad vemos la inanidad de este esfuerzo. Los hombres de hoy sabemos muy bien, aunque no lo vivamos, que nuestra grandeza no es nada cuantitativo y externo, es cuestión de vida interior, de riqueza y honradez, de cualidad y nobleza humana. De ahí vienen tantos fallos en la vida familiar y matrimonial, en comunidades religiosas, en sacerdotes, en el trabajo... ¡Cuántas veces he oído esta expresión dolorida en los más diferentes ambientes!: «¡Es cuestión de “personas”!».

Se necesitan santos de lo ordinario, de lo cotidiano; se necesita la más difícil honradez, «la de todos los días», y la más difícil grandeza, la de ser «persona». Se necesita un humanismo cristiano sencillo, real y práctico: el del sacrificio y la fidelidad, el de la responsabilidad personal en el oficio, trabajo y misión de cada uno, y el de la «responsabilidad de la fe». No está el mal, lo hemos oído muchas veces, en la incredulidad, sino en la falta de responsabilidad de la fe en los que, creyendo, no realizan su vida y acciones a partir de esta responsabilidad de la fe, sino por ventajas personales, por buscar lo fácil, o por otras miras por el estilo. La más perfecta encarnación de este humanismo siempre nuevo es María, la Virgen fiel. Ella es su realización concreta y clara. Un humanismo así transforma todo, porque transforma la raíz de lo que se ha de transformar el corazón y el espíritu del hombre que de este modo se pone a disposición de Dios. Las posibilidades realmente salvadoras y liberadoras residen en el interior, en la conciencia del hombre ligado a Dios.

María significa el humanismo opuesto al orgullo, a la altivez, a la afirmación y apoyo de sí mismo, que en último término lleva a la desesperación. Su vida fue todo lo contrario a la ambición, egoísmo y voluntad de poder. Su responsabilidad se concretó y actualizó en cada momento de su vida y se hizo sensible en las

obligaciones que se impuso; la vivió a través del sacrificio, del despojamiento y del don, es decir, de la entrega de todo su ser a la tarea que Dios le confió. La fidelidad, fruto de su amor a Dios, fue su ley y su guía. ¡Ah! esa Virgen María de la historia real y vivida, del momento presente, de Nazaret, de Belén, de Egipto, de la vida monótona y cotidiana, de la vida pública de Cristo, de las bodas de Caná, de las bienaventuranzas, esa Virgen que ha reflexionado en su corazón ¡cómo tiene que iluminar nuestra vida!

María es la afirmación de la gracia de Dios, de su eficacia y realidad en un mundo en el que, según la afirmación de Camus, «el problema que domina es cómo vivir sin gracia»². Su grandeza es una realidad viva frente a todas las filosofías y posturas que sólo creen en el hombre y en el esfuerzo del hombre. ¿Somos los cristianos capaces de admirar, creer y vivir de la gran lección de María: entregarse a la gracia de Dios y proclamar siempre su humanidad resplandeciente de vida divina? **El amor es más fuerte que el poder, y el verdadero señorío no es el de la violencia, sino el de la verdad.** Tengamos muchos ratos de reflexión junto a María, nuestra Madre, para que se disuelva la opresión sorda y pesada que nos agobia, consecuencia de nuestra falta de sacrificio e infidelidad y Ella hará que nuestro corazón se penetre de cómo son las cosas de verdad a la luz de la fe.

LA VIDA DE MARÍA, PREDICACIÓN VIVA DE LA FE EN DIOS

El hombre de fe espera contra toda esperanza, contra todas las señales externas que parecen estar en contradicción con su fe, no aguardando pasivamente, pero sí aceptando que la luz plena esté actualmente escondida. No, la fe no es pasiva ni inerte. Lejos de cruzarse de brazos, el hombre que cree siente la urgencia de su responsabilidad y de todo su esfuerzo, pero está pronto a aceptar que las cosas no se le arreglen a su gusto y que los sufrimientos le hieran. *Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción, ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!* (Lc 2, 34-35). Todos sentimos enfrentarse las realidades de la fe y de la vida, las promesas de esperanza y los bienes materiales. Esperar en medio de los sufrimientos no es una pobre resignación que hace perder la grandeza humana, por el contrario, es abandonar el orgullo que nos enajena y volver a tener un corazón puro.

La certeza de la fe se sitúa más allá de la oscuridad, de la angustia y de la duda, más allá de la noche de los sentidos y del espíritu, porque viene de Dios. *Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena... Cuando Jesús tomó el vinagre dijo: Todo está cumplido. Inclino la cabeza y entregó el espíritu* (Jn 19, 25 y 30). Como para María, para el cristiano la fe es la única llave del universo, el significado de toda la existencia humana, la respuesta a todas las preguntas: el camino, la verdad y la vida. Todo cristiano sabrá lo que es el sacrificio de un hijo, una familia, una esposa, una buena posición, un nombre, una realidad, un proyecto, porque Dios se lo pide, y sólo conocerá la alegría de la esperanza cuando se haya echado en los brazos de Dios. La que se hizo esclava del Señor nos dice: *Haced lo que Él os diga* (Jn 2, 5). La fe en Dios ahonda más y más en la grandeza interior del

² CAMUS, *L'homme révolté*, en Obras Completas, Méjico 1971, 178.

hombre, porque la fe impide dormirse en las provisiones hechas y le hace ir viendo siempre más y más la capacidad de su ser. *Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava..., porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen* (Lc 1, 46-50).

Todos los autores que han escrito sobre la Virgen hacen esta afirmación: **la maternidad de María es fruto de la fe**. «María –dice San Agustín– fue más dichosa recibiendo la fe en Cristo que concibiendo la carne de Cristo... El vínculo materno de nada hubiera servido a María si no hubiese sido más feliz al llevar a Cristo en su corazón que llevándole en su carne»³. María afirmó con todo su ser que Jesús era la verdad; su vida fue una completa sumisión en la fe a todo el misterio de Cristo; orientó su pensamiento, su corazón y su sentido en la misma dirección que la enseñanza del Maestro. *Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron. Pero él dijo: Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan* (Lc 11, 27-28). La fe de María estaba en las fuerzas vivas de su corazón y de su espíritu. *El que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre* (Mt 12, 50).

Si hay algo que revela la grandeza de María es la exclamación de su prima Isabel: *Dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor* (Lc 1, 45) Estas palabras incluyen las otras: *Ellos no entendieron lo que les decía. Y su madre conservaba todo esto en su corazón* (Lc 2, 50-51). María tiene fe, y su fe va creciendo y fortaleciéndose y es más honda que la de cualquier otro ser humano. Abraham es grande y sublime por la firmeza de su fe. Pero a María se le exigió más que a Abraham, porque se le pidió que no dudara de «lo santo» a quien había dado vida y que iba creciendo y separándose de Ella al sumergirse en la lejanía. Y se le pedía que, como mujer, no se desorientase ante la grandeza de Aquel a quien Ella había dado a luz y criado y visto en el desamparo de la niñez, y que tampoco se desorientara en su amor, al ver que se sustraía de su protección, y creer que todo estaba bien y que en ello se cumplía la voluntad de Dios, y, con todo, no cejar ni empequeñecerse, sino perseverar y seguir la ruta incomprensible, trazada por su Hijo, alentada por la fuerza de la fe.

He aquí su grandeza.

«La Virgen dio con su fe los mismos pasos que el Señor iba dando para llegar a su destino divino. La fe de María no se vio transformada en comprensión hasta el día de Pentecostés. Entonces entendió cuanto había guardado en su corazón mediante la fe. Por esta fe se encuentra más cerca de Jesús y de su obra redentora que por todos los milagros presentados por la leyenda»⁴.

No sólo en el caso de María la fe es decisiva en la historia; ciertamente en ella significa el acontecimiento central de la historia de la salvación. Pero la historia la vamos haciendo hombres y mujeres concretos y la fe de cada uno de nosotros tiñe esa historia y la orienta. Cada uno de nosotros tiene un radio de influencia;

³ SAN AGUSTÍN, *Sobre la santa virginidad*, III, 3: PL 40, 397; BAC 121, Madrid 1973, 125-126.

⁴ R. GUARDINI, *El Señor*, Madrid⁶ 1965, 33.

nuestra fe tiene que iluminar de tal manera que a la luz de ella los pensamientos queden mejor orientados y las acciones sean más rectas.

El hombre que cree es fuerte, porque radicado en la realidad de Cristo y fortalecido con su gracia, lleva, sabiendo a dónde camina, todo el peso que la vida tiene. *Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Y lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe* (1Jn 5, 4). El creer es ya realmente una victoria sobre todo lo que se opone a Dios y a su revelación. Creer es admitir una realidad más grande que todo lo que nos rodea, vivir sabiéndose hijos de Dios y con una tarea entre las manos de la que se nos pedirá cuenta. *En Él tenemos, por medio de su sangre, la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra* (Ef 1, 7-10). Esto es decisivo en la historia porque se traduce en el actuar y se vive tomando las cosas como realmente son, y no embriagados, sumergidos o hastiados de ellas.

El hombre que cree tiene mucho más abiertas todas las posibilidades de la historia, de la ciencia, de la investigación, del arte, porque su ámbito no se limita a lo que toca y palpa ahora, en este momento o en aquel. El hombre que cree siente la responsabilidad más fuerte que puede sentirse en la historia: su propia salvación y la de los demás hombres. *Él es Imagen del Dios invisible. Primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas... Él es también la cabeza del cuerpo de la Iglesia: Él es el principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea Él el primero en todo, pues el Padre tuvo a bien que en Él habitase toda plenitud y reconciliar consigo y por Él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz lo que hay en la tierra y en los cielos* (Col 1, 15-20). El hombre que cree sabe que hay una vida más plena, más rica, más noble que la que siente, y esto le estimula. Puede caminar, no es un horizonte cerrado: la Vida, el Amor, la Verdad, la Belleza es la verdadera realidad, la existencia plena porque DIOS ES. Y he dicho la Vida, el Amor, la Verdad, la Belleza ES, así, en singular, porque todo es lo mismo en la posesión de Dios.

Ciertamente la fe es factor decisivo en la historia, porque el hombre que cree sabe que «el mundo», el momento histórico que le toca vivir, es su tarea. *Estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestaren nosotros: pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto* (Rm 8, 18-22).

En María se hizo vida que Dios es el Señor de la historia. Ella es la realidad concreta de cómo ha de vivirse la fe, la esperanza y la caridad; es modelo perfecto de la Iglesia y es personalmente lo que la Iglesia ha de ser. «Entre la una y la otra no hay solamente mera semejanza. Es debido a una razón de conexión íntima, objetiva, que todo lo que conviene a la Iglesia, madre del Cristo

colectivo, se haya realizado primeramente en la existencia personal de María»⁵. Están tan unidas María y la Iglesia que una es figura de la otra. Hay un libro que ha tenido mucha divulgación en España desde que se tradujo y publicó en 1966, cuyo título es ya muy significativo, seguramente muchos de vosotros lo habéis leído: *María, madre del Señor, figura de la Iglesia*. Es de Max Thurian, teólogo protestante que no tiene ninguna intención polémica. «De una a otra página – como advierte don Casimiro Morcillo en la presentación del libro– la lectura nos va convenciendo de que el diálogo ecuménico, llevado como lo lleva Max Thurian, es posible, es útil, es constructivo y puede, bajo la acción del Espíritu Santo, conducirnos a resultados ardientemente deseados por los mejores». «María, madre de los creyentes, es figura de la Iglesia, muestra a ésta el camino de la fe, fruto de la gracia recibida en la pobreza, expresándose en un acto de ofrenda, de obediencia y de confianza en Dios».

«La Iglesia sólo puede vivir de la fe y por la fe, y en caso contrario aparece como una sociedad religiosa con más o menos poder temporal para apoyar sus pretensiones de dominio. Y esta fe de la Iglesia es, como la de María, ofrenda, obediencia y confianza. La fe de la Iglesia se expresa en su ofrenda litúrgica y diaconal, es Esposa de Cristo, al que adora en su culto en espíritu y en verdad: es la sierva de los hombres, a los que ama en su caridad y compasión. La fe de la Iglesia es obediencia a Dios, no a los hombres; respecto a filosofías y poderes humanos, la Iglesia es libre; sólo es sierva de la verdad revelada en Jesucristo, del amor y justicia manifestados en Él; no acepta trabas de ninguna clase, ni del espíritu ni de la carne, que le impedirán proclamar el Evangelio o defender la fraternidad y la justicia entre los hombres. La Iglesia defiende la integridad de la palabra de Dios al mismo tiempo que la libertad y felicidad de todos los hombres. La fe de la Iglesia es confianza en la palabra y promesa de Dios. Sabe que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; es el Cuerpo de Cristo, lleva en sí misma la Palabra divina, los sacramentos de su presencia, particularmente el Cuerpo y Sangre del Resucitado, para darlo como alimento a los creyentes. En su humana pobreza, es rica de Dios, y puede caminar con toda confianza entre los obstáculos históricos, traiciones, infidelidades, persecuciones»⁶.

LA VIRGEN MARÍA Y LA IGLESIA HOY

En todas las consideraciones anteriores tenía presente ésta en que ahora me centro: la Virgen María y la Iglesia hoy. Ciertamente, al hablar de la condición humana de María, de la gracia de Dios en Ella, de la necesidad que el humanismo actual tiene de su vivencia del sacrificio y de la fidelidad, de su vida como predicación viva de la fe en Cristo, pensaba en la Iglesia de hoy, y en nosotros, los hijos de esta Iglesia. Pensaba en todo lo que podemos esperar de ella, en lo que tenemos que exigirnos y en lo que tenemos que darle. «La fe católica en la Santísima Virgen resumen simbólicamente, en su caso privilegiado, la doctrina de la cooperación humana a la Redención, ofreciendo de

⁵ Cf. HENRI DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao 1958, 79, quien cita expresamente la obra de CLEMENTE DILLENCHNEIDER, *Le mystère de la Corédemption mariale*.

⁶ MAX THURIAN, *María, madre del Señor, figura de la Iglesia*, Madrid 1966, 95-96.

esta suerte como la síntesis o la idea madre del dogma de la Iglesia»⁷. «Todo se sostiene con la lógica más sólida en el sistema romano. La Iglesia de Roma, por una profunda necesidad interna, es toda en una pieza la Iglesia de la cooperación humana a la Redención; la Iglesia de los méritos, la Iglesia dispensadora de la salud y la Iglesia de María»⁸. Por eso se ha podido incluso afirmar que ambas tienen que sostenerse o hundirse juntas. No hay, pues, por qué extrañarse de que la historia nos las muestre constantemente asociadas, y que los desenvolvimientos que ellas adquieren en la conciencia común vayan frecuentemente a la par. Nuestra época nos ofrece un nuevo ejemplo de ello. Pero no se llega a discernir toda la razón de esto, mientras no se haga otra cosa que constatar entre la una y la otra una analogía de funciones más o menos exterior. Los lazos que existen entre la Iglesia y la Virgen María no son solamente numerosos y estrechos, sino también esenciales. Están íntimamente entretejidos. Estos dos misterios de nuestra fe son más que solidarios: se ha podido decir que son «un solo único misterio». Digamos al menos que es tal la relación que entre ambos existe, que ganan mucho cuando el uno es ilustrado por el otro; y aún más, que para poder entender uno de ellos es indispensable contemplar el otro. Y es el Vaticano II el que nos habla de esa unión íntima de María y la Iglesia: «La Virgen Santísima, por el don y la prerrogativa de la maternidad divina, está también íntimamente unida con la Iglesia. Como ya enseñó San Ambrosio, la Madre de Dios es tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo. Pues en el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo, tanto de la virgen como de la madre... La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios. Y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera» (LG 63-64).

La Iglesia, hoy, siglo de la gran época científica, del avance gigantesco de la técnica, de las más diversas cosmovisiones y concepciones antropológicas, de las grandes y nobles inquietudes sociales, presenta a María, en quien la Iglesia ha llegado ya a la perfección y está limpia de cualquier limitación, mancha o arruga, como faro que guía y luz que ilumina. **Todos los hombres tienen que elevar sus ojos a María:** los que luchan por un mundo mejor y por crecer en santidad venciendo el pecado, los que sufren por dolores físicos o morales, los que vacilan y dudan en su fe, los que sienten dificultades en su vida familiar o matrimonial, los que consagrados a Dios sienten su yugo. María resplandece para todos llena de ese humanismo sencillo basado en la fidelidad y en el sacrificio, y llena de la gracia de Dios que a nadie falta. «La Iglesia, a su vez, glorificando a Cristo, se hace más semejante a su excelso Modelo, progresando continuamente en la fe, en la esperanza y en la caridad y buscando y

⁷ HENRI DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid 1980, 248-249. Cf. J. HAMER, *Mariologie et théologie protestante*, en *Divus Thomas*, septiembre de 1952, 359.

⁸ P. MAURY, *La Vierge Marie, dans le catholicisme contemporain*, en su obra *Le protestantisme et le Vierge Marie*, 47.

obedeciendo en todo, la voluntad divina. Por eso también la Iglesia en su labor apostólica, se fija con razón en aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres» (LG 65).

Al acabar este texto del Vaticano II, permitidme una digresión seguramente un poco salida de tono, pero que me ha venido al pensamiento al contemplar a María, como faro y luz de nuestro momento actual, llena en su misión de ese amor maternal del que es necesario que esté animada toda la misión apostólica de la Iglesia. Paul Valéry en 1919, frente a la sociedad que intentaba encontrar de nuevo el optimismo desaparecido por la guerra, señalaba con fuerza los hechos que eran claros y despiadados: miles de hombres muertos; pérdida la ilusión de una cultura europea; la ciencia alcanzada mortalmente en sus ambiciones morales y deshonrada por la crueldad de sus aplicaciones; un idealismo difícilmente vencedor, casi marchito, responsable de sus sueños; un realismo engañado, abrumado de crímenes y faltas; las creencias confundidas, cruz contra cruz y creyente contra creyente. Los hombres con un esfuerzo siempre creciente luchaban por encontrar un sentido a la existencia. Después vino la segunda guerra mundial. Un autor, también francés, no cristiano, ante tal panorama quería «hacer llover sobre los hombres y la tierra algo semejante a un canto gregoriano» (era Saint-Exupéry, el autor de *Terre del hommes* y *Le Petit Prince*). «Hacer llover sobre los hombres y la tierra algo semejante a un canto gregoriano» ... esta es la expresión causa de mi digresión. **Hacer llover sobre los hombres y la tierra tan reseca por el orgullo y por el egoísmo la caridad de María, su humildad, su sacrificio y su fidelidad.**

Sí, y es una afirmación taxativa por todos ratificada; la historia nos muestra a María y a la Iglesia constantemente asociadas, y el despertar y desenvolvimiento de ambas en la conciencia común van a la par. Guardini, hace unos cuarenta años, dijo que la Iglesia se había despertado en las almas y que su realidad se iba haciendo más íntima en la conciencia cristiana. Pío XII publica en 1945 la *Mystici Corporis*, encíclica valorada, como dijo en 1946 C. Lialine, como una nueva etapa en la eclesiología católica. El Vaticano II ha sido un concilio centrado en el misterio de la Iglesia. «Esperamos que la doctrina sobre el misterio de la Iglesia, ilustrada y proclamada por este Concilio, tendrá desde ahora feliz repercusión en el corazón, ante todo, de los católicos... Quisiéramos... que la doctrina de la Iglesia irradiara también, con algún reflejo de atracción, al mundo profano en el que vive y del que está rodeada; la Iglesia debe ser el signo alzado en medio de los pueblos para ofrecer a todos la orientación de su camino hacia la verdad y la vida... Es la primera vez –y decirlo nos llena el corazón de profunda emoción– que un Concilio ecuménico presenta una síntesis tan extensa de la doctrina católica sobre el puesto que María Santísima ocupa en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Esto corresponde a la meta que este Concilio se ha prefijado: manifestar el rostro de la Santa Iglesia, a la que María está íntimamente unida, y de la cual, como egregiamente se ha afirmado, es “la parte mayor, la parte mejor, la parte principal y más selecta”».

«En verdad, la realidad de la Iglesia no se agota en su estructura jerárquica, en su liturgia, en sus sacramentos ni en sus ordenanzas jurídicas. Su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santificadora, ha de buscarse en su mística unión con Cristo; unión que no podemos pensarla separada de aquella que es la Madre del Verbo encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a sí para nuestra salvación. Así ha de encuadrarse en la visión de la Iglesia la contemplación amorosa de las maravillas que Dios ha obrado en su Santa Madre. Y el conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la llave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia»⁹.

AMOR Y PEQUEÑEZ HUMANA ANTE EL MISTERIO DE MARÍA Y DE LA IGLESIA

Por poco inteligentes que seamos, somos conscientes de la limitación, pequeñez y deficiencia propia en nuestro mismo campo de trabajo humano, en la tarea que realizamos, en el mundo que construimos y habitamos, en las circunstancias concretas que vivimos. Y es la gran paradoja, como ocurre en todo el maravilloso misterio del ser del hombre, que experimentamos más esta pequeñez y limitación en lo más grande que vivimos y precisamente cuando más plenamente lo vivimos: amistad, amor, contemplación, investigación de la verdad, creación de belleza, lucha y esfuerzo por lo bueno y lo justo. Por eso, lo más grande que vive el hombre le hace humilde y le da un conocimiento más diáfano de la realidad. Al sentirnos inmersos en la grandeza que experimentamos, quisiéramos como desbordar lo que en ese momento sentimos como límite o pequeñez de nuestra capacidad para dar más, para ser más, para hacerlo mejor, para expresarlo más claro. Y esto no es de ninguna manera orgullo, todo lo contrario, ya he dicho que nos hace humildes y sencillos; ni produce amargura o insatisfacción, es estímulo, es visión fecundísima de nuestra propia realidad.

¿Somos conscientes de nuestra limitación y pequeñez, de la nuestra propia y personal, en nuestro servicio a la Iglesia y consecuentes con ello, o estamos constantemente viendo la limitación y pequeñez en el otro, la paja en el ojo ajeno? ¿Somos capaces de vivir todo eso de que hemos hablado en el plano humano en nuestro servicio a la Iglesia? El Espíritu de Cristo es el alma de la Iglesia, los miembros somos los hombres, y ya sabemos que nunca estamos a la altura de la misión divina que nos ha sido confiada. Somos la Iglesia peregrina que camina hacia el cielo por la tierra. «La Iglesia, a la que todos estamos llamados en Cristo Jesús y en la cual conseguimos la santidad por la gracia de Dios, no alcanzará su consumada plenitud sino en la gloria celeste, cuando llegue el tiempo de la restauración de todas las cosas (Hch 3, 21) y cuando, junto con el género humano, también la creación entera, que está íntimamente unida con el hombre y por él alcanza su fin, será perfectamente renovada en Cristo» (LG 48).

De esa mezcla de amor y pequeñez humana están entrelazados nuestro comportamiento y nuestra actitud ante el misterio de María y de la Iglesia. Pero esforcémonos para que no se vuelva contra la Iglesia o contra María, en sus

⁹ PABLO VI, *María, Madre de la Iglesia*, discurso en la sesión de clausura de la tercera etapa conciliar, 21 de noviembre de 1964, núm. 12, 16, 21, 22 y 23.

hijos, lo que es pequeñez nuestra o lo que, a pesar de nuestra deficiencia, se hace con la buena intención de servir mejor. No identifiquemos por pequeñez de miras nuestras causas, nuestras visiones e interpretaciones particulares con la causa de María y de la Iglesia. Ni ante la Madre, ni ante el mundo al que hemos de dar testimonio de amor: *en eso conocerán todos que sois discípulos míos, si os tenéis amor los unos a los otros* (Jn 13, 35), vivamos ridiculizándonos y buscando las interpretaciones más peyorativas e irónicas; dejemos de convertir todo, por un extremo o por otro, en materia de denigración y caricatura. María nos ve y nos siente hijos, ¿por qué hemos de enfrentarnos los hermanos teniendo todo en común y sólo separándonos las pequeñeces y limitaciones propias?

En el famoso libro *Meditación sobre la Iglesia*, de Henri de Lubac, hay dos capítulos que merecen toda la atención: «Nuestras tentaciones sobre la Iglesia» y «La Iglesia y la Virgen María»¹⁰. Es pequeñez y limitación humana hacer de la Iglesia un determinado orden de cosas en las que uno se instala, vive familiarmente y cuanto «le» perturba, perturba a «su» Iglesia, es contra la institución divina. **Pequeñez** confundir la fidelidad con una adhesión mezquina al pasado, y si a título de intransigencia y firmeza en la fe queremos imponer nuestras ideas y gustos o nuestra propia visión de Iglesia. Ella no es esclava de nadie, ni de épocas, ni de civilizaciones, ni de situaciones sociales. Está fundada sobre la fe de Pedro en Jesucristo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*. Tomando entonces la palabra, Jesús le respondió: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos* (Mt 16, 16-20). Es **amor** no dejarse contaminar por espíritus e ideologías ajenos al Espíritu del Evangelio; es amor no dejar reducir el misterio de la Iglesia a una mera sociología o a una ética natural. Es amor no quebrantar los fundamentos tradicionales, porque el Espíritu es siempre nuevo y siempre igual a Sí mismo.

Es **pequeñez** no discernir lo que debe conservarse y lo que debe cambiar, la vana agitación, la falta de competencia, la poca oportunidad en las soluciones tomadas, la falta de confianza en la Iglesia. Es pequeñez, por un entusiasmo ciego, juzgar las cosas con criterios superficialmente modernos, el deslumbrarse ante valores profanos y dejarse arrastrar con un pobre complejo de inferioridad ante los representantes de esos valores. Es pequeñez cuando la plegaria se convierte en recriminación humana. Es amor un esfuerzo personal de realismo en la acción, la decisión de renunciar a cuanto uno no puede justificar como auténtico, el examen humilde impulsado por la inquietud apostólica y la exigencia espiritual siempre en guardia. Es **amor** la insatisfacción ante lo hecho, el deseo de superación, la independencia en la voluntad para romper con lo injusto y con los abusos. Es amor no cerrar los ojos a las insuficiencias y a los fallos y luchar por superarlos. Es amor servir a la Iglesia procurando que su acción se adapte a las necesidades de los hombres, reflexionando serenamente para lograr una

¹⁰ Véase la obra citada en la nota 7, 221ss.

intuición justa de las necesidades. Es amor emplear todos los medios, manteniéndose siempre en su puesto de servicio al Espíritu de Dios.

Pido ardientemente a María, Madre de la Iglesia, que nos amemos de verdad unos a otros, que reconozcamos en los demás el amor con el que la sirven y quitemos de cada uno de nosotros, en la medida de nuestras fuerzas, lo que hay de pequeñez y deficiencia en nuestro trabajo por la Iglesia. Fe y confianza en la Iglesia que «va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz del Señor hasta que venga (cf. 1Cor 11, 26). Está fortalecida, con la virtud del Señor resucitado, para triunfar con paciencia y caridad de sus aflicciones y dificultades, tanto internas como externas, y revelar al mundo fielmente su misterio, aunque sea entre penumbras, hasta que se manifieste en todo el esplendor al final de los tiempos» (LG 8).

REFLEXIÓN FINAL

Con mucha frecuencia oímos decir hoy que en la presentación del misterio de María a la piedad del pueblo e incluso en los estudios mariológicos hemos insistido demasiado en la exaltación de los privilegios que la acompañan, contribuyendo así a una «celestización» deshumanizadora de la figura de la Santísima Virgen. Tanto ha sido el honor tributado a su grandeza singular, que la hemos alejado de nosotros, convirtiéndola en un símbolo y desfigurando su realidad. Así se dice. Y se invoca el Concilio Vaticano II, en el que la tensión que surgió entre las dos conocidas tendencias se resolvió por el camino de una mayor integración del misterio de María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Se logra así –dicen– una mayor exactitud en el encuadramiento de María dentro del Pueblo de Dios, al que pertenece como la primera redimida, con redención ciertamente única. Esto –se añade– es también más conforme con la mentalidad moderna, en cuanto a la pedagogía de la fe, mentalidad a la que resulta menos grato ponderar privilegios que comprobar proximidades. La misión de la madre y de la esposa, los valores de la mujer, incluidos los del sexo, el trabajo, la responsabilidad consciente, los esfuerzos de la fe laboriosa y de la esperanza militante y luchadora, encuentran en María una expresión cabal y sublime que, sin merma de las riquezas con que fue adornada, la hacen más real y la sitúan más cerca de nosotros.

De aquí el nuevo enfoque que debe tener la piedad mariana y el discreto abandono de las exuberancias de otro tiempo. Más sobriedad, más geometría, más exactitud, más humanismo y habremos logrado una nivelación mayor sin fisuras ni rompimientos en lo que debe ser mantenido, pero también sin montañas inaccesibles, coronadas de flores, las flores y las glorias de María.

Parecería que dentro del campo de mi reflexión en esta conferencia –María y el humanismo cristiano– yo habría de considerar preferible esta nueva pedagogía que se nos quiere ofrecer. Pero no me es posible hacerlo, porque creo que es incurrir en una simplificación abusiva.

1º. No hay humanismo cristiano sin que brille la luz de la gracia. Cuando ésta se extingue, el humanismo ya no es cristiano. Si la gracia y las gracias son singulares, lo humano no deja de estimarse al reconocer estos favores, sino que aparece más encendido de fulgores divinos. Los dones de María son

inabdicables, porque se los ha ofrecido Dios por ser madre suya. Su condición humana es real, pero igualmente lo es su «status» privilegiado en la historia de la salvación. Hay que unir las dos realidades, no separarlas.

2º. Indudablemente, hemos de insistir cuando eduquemos al pueblo en la piedad mariana, en la proximidad de María a nosotros como mujer, como hermana, como madre de familia, llena de fe, de esperanza, de caridad y de afán de servicio a la Iglesia y a los hombres; pero haciendo ver también que estos ejemplos que nos da, a los que acompaña siempre el mérito de una libertad personal en sus respuestas generosas, están indefectiblemente unidos con una elección por parte de Dios para hacerla madre de su Hijo y con una consiguiente exaltación que invade todo su ser y la hace inmaculada, llena de gracia, virgen perpetua, libre de todo pecado, misericordiosa, intercesora, cooperadora singular de la Redención.

3º. El Concilio Vaticano II se mueve en esta línea pedagógica cuando en la Constitución dogmática *Lumen Gentium* dedica a la Virgen María su famoso capítulo octavo. Aceptemos con gozo, puesto que ha sido decisión de la Iglesia, que el misterio de María haya sido expuesto así, integrado en el gran misterio de amor que es la misma Iglesia, y no en un documento aparte, como otros muchos reclamaban, anhelosos de reconocer también por este procedimiento la singularidad de María. Pero aceptémoslo completo, en todas las afirmaciones, las que señalan la integración de María y las que indican la justicia con que es acreedora a alabanzas incomparables. Está dentro de la Iglesia, pero está con gloria propia, reflejo intransferible de la de Cristo, Hijo suyo. Así es el magisterio del Concilio. Y así viene siéndolo el del Papa Pablo VI desde aquellos mismos días conciliares hasta hoy, sin interrupción alguna.

4º. El pueblo creyente, el que ha honrado siempre a María en las innumerables manifestaciones de su fe y de su piedad, no la ha sentido lejana al ponderar sus privilegios y grandezas. Cuanto más la ha exaltado, más confianza ha tenido en ella. Y nunca le ha faltado docilidad, en medio de cualquier posible exceso, para admitir, a la más mínima advertencia educadora, que el único Mediador es Jesucristo, seguro también de que Ella, la Virgen, ayuda a encontrar al Señor. Más aún, si hemos de hablar de pedagogía de la fe, dudo mucho que las grandes comunidades populares pudieran ser capaces de captar el mérito profundo de los ejemplos de fe, de esperanza y de caridad que María nos da —a lo cual se refiere el Concilio reiteradamente—, si a la vez la Virgen no hubiera aparecido ante él adornada con tan relevantes riquezas. Han sido precisamente éstas las que, al ser conocidas y meditadas por el pueblo sencillo, tal como se las ha propuesto la Iglesia, han sacudido la conciencia popular y han facilitado y abierto el camino a la comprensión de los demás aspectos que en la vida de María se encierran. Un solo privilegio, por ejemplo, el de su concepción inmaculada, ha servido como estímulo poderoso, con fuerza infinitamente superior a todas nuestras pedagogías, para despertar y sugerir en millones y millones de almas creyentes anhelos de pureza, de elevación sobre el desorden moral, de retorno al camino de la virtud; todo lo cual es fe, esperanza y caridad con Dios y con los hombres, como es restauración de la persona, defensa de la familia, purificación del orden social, es decir, humanismo auténtico de signo cristiano.

5º. Por último me pregunto hasta qué punto es lícito entre nosotros, educadores de la fe, condescender tanto en nuestros planteamientos con estas afirmaciones

que tanto se repiten: la mentalidad moderna, lo que piensan los jóvenes de hoy, la sensibilidad espiritual y religiosa de nuestro tiempo, etc. No ha sido éste el modo de proceder de Dios en la encarnación de su Hijo, la cual supone una irrupción violenta, con la violencia de su amor, en la mentalidad moderna de los hombres de entonces y de siempre. Los jóvenes de hoy, como los de ayer, aceptarán el mensaje de la fe, si son creyentes, tal como lo presenten la revelación y el magisterio de la Iglesia. A nosotros nos toca no incurrir en infantilismos ni en perniciosas efusiones sentimentales, que tampoco favorecen el verdadero sentimiento de la piedad. Pero igualmente tenemos la obligación de ser justos y equilibrados sin caer en parcialismos ni en silencios deformantes.

La fe de María mereció este elogio de su prima Isabel: *Bienaventurada tú que has creído* (Lc 1, 41). Pero la misma Virgen Santísima pronunció aquellas palabras que los hijos de la Iglesia repetimos sin cesar: *Todas las generaciones me llamarán bienaventurada porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso* (Lc 1, 48). Y entre ellas están todas las que la Iglesia proclama en coherencia con la que es fundamental, haber sido elegida para Madre de Dios. En suma, la piedad mariana de hoy habrá de esforzarse por descubrir y vivir dentro del misterio de Cristo y de la Iglesia cuanto hay en María de próximo y cercano a nosotros y, en la medida en que lo haga, más fácilmente comprobará que lo que llamamos sus privilegios sirven precisamente para que nosotros tratemos de acercarnos a Ella por el camino de la imitación, de la intercesión y la súplica, o el de la alabanza. Cada cristiano, en su intimidad personal, y cada pueblo, en su expresión colectiva, tiene el deber y el derecho de proclamarlo así. Y no será nunca la Iglesia de Cristo la que se lo arrebathe. Por el contrario, le ayudará siempre para que encuentre en María ejemplos de fe y de esperanza, de fidelidad y abnegación, paz y consuelo, belleza singular, estímulo para la vida de gracia, fortaleza, amor, sentido humano, sentido religioso, sentido sagrado, todo lo cual forma parte del humanismo cristiano.

EXCELENCIA Y ACTUALIDAD DEL ROSARIO MARIANO

Instrucción pastoral, abril de 1974. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, junio de 1974.

A nadie se le oculta que, en estos últimos tiempos, sobre todo después de la celebración del gran Concilio Vaticano II, han sido llamadas a revisión gran número de prácticas piadosas que el pueblo cristiano venía celebrando con fervor y entusiasmo desde hace siglos. De esta revisión –realizada muchas veces principalmente y en contra de las orientaciones del Magisterio oficial de la Iglesia– no ha escapado la devoción mariana por excelencia que es, sin discusión posible, el santísimo Rosario, llamado con singular acierto el «salterio de María». En torno a esta piadosísima devoción, que ha sufrido los embates de una crítica desprovista de todo fundamento serio, quisiéramos decir unas palabras de orientación y estímulo del pueblo cristiano, como corresponde a la altísima responsabilidad de nuestro misterio pastoral.

El Rosario es, repetimos, la primera y más excelente de todas las devociones marianas. Consta expresamente por el testimonio de la misma Virgen María (en Lourdes y Fátima, a San Antonio María Claret, etc.), por la recomendación explícita y ferviente del Magisterio de la Iglesia, desde San Pío V a Pablo VI, y por su misma estructura y contenido teológico verdaderamente espléndido.

La Iglesia, como es sabido, declaró dignas de crédito las apariciones marianas en Lourdes y Fátima. Y en las dos aparece la Virgen con el Rosario en la mano y la misma consigna en los labios: «¡Haced penitencia! ¡Rezad el Rosario!» Y a San Antonio María Claret, afligido por los males que amenazaban a España, le dijo la Virgen María en una de sus frecuentes apariciones: «En el Rosario está cifrada la salvación de España».

El Magisterio oficial de la Iglesia es constante o ininterrumpido desde los albores del siglo XV hasta hoy. Para no citar sino a los Papas del siglo XX, el inmortal Pontífice **León XIII** dedicó la tercera parte de sus magistrales encíclicas a ponderar las glorias y excelencias del santísimo Rosario. **San Pío X** hablaba continuamente de él y regalaba profusamente rosarios a los peregrinos que acudían a la Ciudad Eterna. **Benedicto XV** dijo del Rosario que era «una de las más sublimes flores de la piedad cristiana, uno de los más fecundos manantiales de gracias celestiales»¹. **Pío XI** escribió: «Ningún cristiano ignora que entre las diversas y muy útiles plegarias que dirigimos a la Madre de Dios, obtiene *especial y principalísimo lugar* el Santo Rosario, que algunos llaman Salterio de la Virgen»². **Pío XII** afirma terminantemente: «Nos es bien conocida la poderosa eficacia del Rosario para obtener la ayuda maternal de la Virgen; la cual, aunque pueda conseguirse con diversas maneras de orar, sin embargo, estimamos que el Santo Rosario es el *medio más conveniente y eficaz*, como lo recomiendan su origen, más celestial que humano, y su misma naturaleza»³. **Juan XXIII**,

¹ Carta del 18 de septiembre de 1915.

² Encíclica *Ingravescentibus malis*, 29 de septiembre de 1937: en *Doctrina Pontificia. Documentos marianos*, BAC 128, Madrid 1954, núm. 657.

³ Encíclica *Ingruentium malorum*, 15 de septiembre de 1951: BAC 128, Madrid 1954, núm. 827.

devotísimo del Rosario, cuyos quince misterios rezaba íntegramente todos los días, escribió sin vacilar: «El Rosario...tiene su puesto después de la Santa Misa y del Breviario, para los eclesiásticos y después de la participación de los sacramentos, para los seglares. Es siempre forma devota de unión con Dios y de alta elevación espiritual»⁴. Y el Pontífice, felizmente reinante, **Pablo VI** –que reza también diariamente las tres partes del Santo Rosario– ha dedicado innumerables documentos y alocuciones a ponderar las excelencias del Santo Rosario, culminando en el extenso y cálido elogio a él dedicado en su última exhortación apostólica que lleva como título *Marialis cultus*, en la que recomienda especialísimamente las dos principales devociones marianas: el *Angelus* y el *Santo Rosario*⁵. Y el propio Pablo VI declaró que «el Concilio Vaticano II, aun cuando no con expresas palabras, pero sí *con toda certeza, inculcó en los ánimos de todos los hijos de la Iglesia, estas preces del Rosario* en estos términos: Estimen en mucho las prácticas y los ejercicios de piedad hacia Ella (María) recomendados por el Magisterio en el curso de los siglos»⁶. Si se nos pregunta por qué no aludió expresamente al Rosario el Concilio Vaticano II en el texto aludido, la contestación es muy sencilla: para mantener *todas* las devociones marianas sin excluir ninguna, cosa que hubiera podido discutirse si hubiera citado tan sólo alguna de ellas en particular sin mencionar las otras.

El testimonio explícito de la Virgen María y la enseñanza oficial y constante del Magisterio de la Iglesia en torno a la excelencia y eficacia soberana del Santísimo Rosario deberían bastar a todos los católicos para estimarlo en lo que merece y recitarlo todos los días –al menos una tercera parte– con gran fervor y alegría de espíritu. Recordemos, además, que el rezo del Rosario en familia o en una iglesia u oratorio público está enriquecido con *indulgencia plenaria*, de acuerdo con las últimas disposiciones eclesiásticas que restringieron muchísimo la concesión de indulgencias plenas⁷.

A nadie puede extrañar este singular aprecio del Magisterio de la Iglesia, si tenemos en cuenta la estructura íntima de esta admirable devoción del Santo Rosario. Los teólogos que la han examinado cuidadosamente han distinguido siempre en él una especie de organismo sobrenatural formado por la unión íntima de un *cuerpo* y un *alma*. El cuerpo del Rosario está formado por las tres oraciones más bellas y fundamentales del cristianismo: el *Padrenuestro*, la sublime oración enseñada por el mismo Cristo en la que, como demuestra admirablemente Santo Tomás de Aquino, se contiene todo cuanto hemos de pedir a Dios y por el orden mismo con que hemos de pedirlo⁸. Imposible pedir algo bueno y conveniente a Dios que no esté fundamentalmente contenido en el *Padrenuestro*. La segunda oración del Rosario es el *Avemaría* repetida profusamente como guirnalda de rosas, perfumadas de amor que colocamos a los pies de la Virgen nuestra Madre. A pesar de su repetición, nunca cansa ni abruma, como nunca nos cansamos de manifestar nuestro amor a los seres que de verdad amamos. Cada *Avemaría* es un nuevo suspiro de amor que brota del corazón enamorado de María sin perder jamás su fresca primavera. Como dijo

⁴ Epístola *Il religioso convegno*, 29 de septiembre de 1961: AAS 53 (1951) 643.

⁵ Exhortación apostólica *Marialis cultus*, del 2 de febrero de 1974, núm. 40-55.

⁶ Encíclica *Christi Matris Rosarii*, del 15 de septiembre de 1966: AAS 58 (1966) 748. Cf. etiam *Lumen gentium*, 67.

⁷ Sagrada Penitenciaría, *Enchiridion indulgentiarum*, del 29 de junio de 1968.

⁸ *Suma Teológica* 2-2 q.83 a.9.

bellísimamente Lacordaire, «el amor no tiene más que una sola palabra; y diciéndola siempre, no la repite jamás». Finalmente, la tercera oración que constituye el cuerpo del Rosario es la bellísima doxología *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*, que constituye el cántico eterno de adoración de la Iglesia bienaventurada ante el trono de la Trinidad Beatísima. Imposible soñar en algo más sublime y perfecto.

Pero si es sublime el cuerpo del Rosario, no lo es menos lo que constituye su *alma*: la devota meditación de los principales misterios de la vida de Jesús y María, desde la Encarnación del Verbo en las purísimas entrañas de María hasta su gloriosa coronación en el cielo por Reina y Señora de todo lo creado, pasando por las escenas de la infancia de Jesús, su dolorosísima pasión y su glorioso triunfo sobre la muerte con su resurrección y ascensión al cielo. Estos grandes misterios, plétóricos de enseñanzas para nuestra vida cristiana, han de ir inseparablemente unidos al cuerpo del Rosario para que éste exista de hecho. Quien se limitare a rezar los padrenuestros y avemarías, pero sin meditar los misterios correspondientes, haría, sin duda, una excelente *oración* vocal, pero no rezaría el *Rosario*; y el que meditara atentamente los misterios, pero sin rezar los padrenuestros y avemarías, haría una excelente *meditación*, pero es claro que tampoco habría *rezado el Rosario*. Para que exista el Rosario es preciso, imprescindiblemente, juntar las dos cosas: *rezo* de las oraciones y *meditación* de los misterios. Como es difícil simultanear ambas cosas a la vez, es suficiente atender, dentro de un mismo misterio, ora a las oraciones que se recitan, ora a los misterios que se conmemoran. En la práctica resulta muy fácil, con tal de esforzarse en rechazar las distracciones que puedan asaltarnos.

El rezo del Santo Rosario en las condiciones que acabamos de indicar constituye una de las más grandes y claras señales de predestinación que podemos alcanzar en este mundo, al reunir la *eficacia infalible* de la oración impetratoria («pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá») y la *poterosísima intercesión de María* como Mediadora universal de todas las gracias. Es *moralmente imposible* que deje de obtener de Dios, por intercesión de María, el gran don de la perseverancia final todo aquel que rece diaria y piadosamente el Santo Rosario con esta finalidad y dispuesto, en cuanto esté de su parte, a vivir cristianamente todos los días de su vida. La promesa de Cristo vinculada a la perseverancia en la oración y la intercesión de María como Mediadora de todas las gracias, de ninguna manera puede fallar.

En vista de estas excelencias y sublimes ventajas, ¿quién no se animará a perseverar en el rezo devoto del Santo Rosario, o a empezar desde ahora su rezo diario si no lo habíamos hecho todavía hasta hoy?

No nos dejemos impresionar por falsos *aggiornamentos* que pretenden suprimir el rezo del Santo Rosario del seno de nuestras familias e incluso de nuestras iglesias. Esas falsas reformas y pretendidas «adaptaciones» a las exigencias de la vida moderna son totalmente contrarias al común sentir de los verdaderos cristianos y no pueden compaginarse con el Magisterio oficial de la Iglesia, que proclama hoy como ayer –y acaso con más insistencia que nunca– la necesidad de seguir rezando el Rosario de María para atraer sobre la Iglesia y el mundo entero el auxilio del cielo, del que tan necesitado están en los tiempos que corremos. El mundo, cada vez más materializado y egoísta, y el «humo de Satanás» tratando de infiltrarse en la misma Iglesia (como advertía no hace

mucho el Papa Pablo VI), hacen hoy más necesaria que nunca la intercesión de María, Madre de la Iglesia, para alcanzarnos de la misericordia infinita de Dios el remedio de tantos males. Los que conscientes de su propia responsabilidad por el bien de la Iglesia y del mundo entero aporten todos los días con filial devoción su granito de arena a la gran empresa de la recristianización del mundo, sepan que, además de practicar para consigo mismo un gran acto de caridad al impetrar para sí la gracia soberana de la perseverancia final, habrán realizado una de las más grandes y eficaces obras de apostolado que nos es dado practicar.

LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA Y EL AÑO SANTO

Instrucción pastoral, de abril de 1974, publicada en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, mayo 1974.

Queridos diocesanos: De nuevo me dirijo a todos vosotros para continuar las reflexiones iniciadas hace algún tiempo al anunciar la programación del Año Santo en nuestra Archidiócesis de Toledo. Porque no se trata únicamente de la celebración de determinados actos, sino de meditar en el interior del espíritu de cada uno sobre la profunda y trascendente finalidad asignada por el Santo Padre a este singular acontecimiento de la vida de la Iglesia. Los propósitos de renovación y reconciliación con Dios y con los hombres, tan constantemente repetidos, deben apoyarse, para ser eficaces y sinceros, en la contemplación de Dios y los misterios revelados. Quisiera insistir en esto, invitándoos una vez más a meditar en la acción del Espíritu Santo en nuestras almas para poder conseguir la obra de renovación interior. Quisiera también, como os lo prometí anteriormente, ponderar con más detenimiento el significado y la misión de la Santísima Virgen María como auxilio efficacísimo en nuestra acción religiosa renovadora. A su intercesión ha confiado el Papa el éxito espiritual del Año Santo¹.

Cuando esta instrucción llegue a vuestras manos, estará ya próximo el mes de mayo, época propicia para que empiecen a hacerse peregrinaciones, de las parroquias y demás instituciones, a los lugares señalados en la Diócesis para ganar las gracias del Jubileo. Debemos aprovechar también ese mes, que la piedad cristiana ha ofrecido siempre a María, para honrarla y seguir su ejemplo, seguros de que Ella nos facilitará el encuentro con Dios y nos alcanzará las gracias para amarnos más unos a otros.

LA «RENOVACIÓN» QUE TRAE EL ESPÍRITU

En Pentecostés –«que podemos definir como la natividad histórica de la Iglesia»–², se renovaba la creación entera. El Espíritu de Dios, *incubando en las aguas* (Gn 1, 2) –nos lo recuerda la liturgia de la Vigilia Pascual–, era el origen de la vida que ponía orden en el caos primitivo. El Padre por el Verbo y para el Verbo (Col 1, 6) creaba todas las cosas, y remataba su acción creadora con el hombre, *la obra de sus manos* (Job 14, 15), sobre la que el Creador insufló el aliento de su propio espíritu (Gn 2, 7). Así, el hombre, «centro y cima de todas las cosas» (GS 12), fue creado a imagen y semejanza de Dios.

En Pentecostés, el mismo Espíritu de Dios *renovaba la faz de la tierra* (Sal 103, 30), comenzando por *renovar* las almas de los Apóstoles, desde donde la semilla del Hijo de Dios, muerto y resucitado, comenzaba a ser el germen de la renovación del mundo todo. Renovación de la creación, una auténtica *re-creación*, que llegará a su culminación cuando Cristo, quien «sigue creando todas las cosas» (Canon Romano), lograda su meta de reordenarlas según su

¹ PABLO VI, Audiencia general del miércoles 30 de mayo de 1973, sobre la devoción a la Virgen.

² PABLO VI, Audiencia general del miércoles 6 de junio de 1973.

destinación original (Ef 1, 10), las ponga en manos del Padre, *sometiéndose Él mismo a quien todo se lo sometió a Él mismo, para que Dios sea todo en todas las cosas* (1Cor 15, 28).

Pero esta renovación, que comenzaba espectacular y milagrosamente en la Pentecostés primera de la historia, había sido precedida, y era su natural consecuencia, de una *reconciliación* de la creación con el Creador. La que hizo el Redentor, Jesús, en la Cruz.

A Él, el Padre lo hizo «fundamento de todo, y de su plenitud quiso que participáramos todos. Siendo Él de condición divina, se despojó de su rango; y por su sangre derramada en la Cruz puso en paz todas las cosas» (prefacio común del *Misal Romano*).

Efectivamente, la creación, que había salido buena de las manos de su Hacedor (Gn 1, 31), fue inmediatamente afeada por el pecado, siendo violentamente distorsionada de la orientación que le era originaria. El hombre había sido creado para que, siendo dueño de todas las cosas a su servicio, sirviera él mismo a Dios en esta vida y luego gozara de Él en la eterna. Pero el hombre, cima y resumen de toda la creación, sintió con el pecado la lucha del desgarramiento interior, y con él todos los seres comenzaron a sentir la violencia de este sometimiento contra naturaleza, del que habla San Pablo (Rm 8, 20), y que está en la base de ese desequilibrio y malestar, cuyo origen y existencia misteriosa no acierta a descubrir el hombre moderno si no se acerca a la luz de Cristo (cf. GS 3-8).

Y de esta distorsión cósmica el exponente máximo es el desgarramiento que experimenta, no sólo el *hombre* de San Pablo (cf. Rm 7, 13-24), sino el hombre de todos los tiempos, que sufre dentro de sí mismo la dispersión íntima y antagónica que, en fuerza de su cansancio, le hace anhelar por la *pacificación interior*, la reconciliación de sus tensiones en perpetuo luchar, por esa unidad de vida interior que sólo a costa de dolorosos esfuerzos y con la ayuda de Dios logra conseguir como meta final de su vida (cf. GS 37).

Realidad terrible que comprueba experimentalmente uno de los puntos de la doctrina católica: ese *pecado original*, cuyas funestas raíces actúan, aun en el hombre liberado por la gracia de Cristo, y cuyas consecuencias dejará de sentir solamente a la hora de la liberación total, en la muerte entre las manos de Dios. Situación que, si ahora la sentimos tan pesadamente, antes de la redención de Cristo revestía caracteres de angustiosa tragedia.

Toda la humanidad, solidaria del primer hombre pecador, había perdido la paz; cada hombre era incapaz de recobrar la paz interior y la pacífica relación filial con Dios, que a pesar de todo seguía en su voluntad de manifestarse, como lo era siempre y totalmente, Padre.

Pues el hombre, al enfrentarse rebelde con el Creador en la dura batalla del poder de las tinieblas que, iniciada al comienzo durará hasta el final (cf. GS 37), se había aliado a la «Serpiente antigua» contra el Germen de Dios, de que nos habla el Génesis. Y sólo ese Germen de Dios, sembrado en la raza de los hombres, podría lograr, con la victoria, la *reconciliación* de la humanidad con Dios, distanciados en un abismo humanamente insalvable.

De ahí la necesidad de que el Verbo, hecho hombre y cabeza de la humanidad renovada, muriera en expiación de los pecados del mundo, *borrando el acta de los decretos que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz* (Col 2, 14), *pacificando por la sangre de su cruz todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo* (Col 1, 2).

PRESENCIA DE LA MUJER

Y es precisamente en estos dos momentos cruciales –Calvario y Pentecostés– cuando encontramos significativamente presente a la *Mujer*. A raíz justo de la primera prevaricación, se escuchan los términos de la promesa: *Pondré enemistades entre ti y la Mujer, su descendencia y la tuya; ella aplastará tu cabeza* (Gn 3,15). El hombre había caído, a instigación y al lado de la mujer. Pues ya –comenta San Bernardo– no se levantará sino por medio de la mujer. Así, a la hora cumbre de esta *reconciliación* de la humanidad con Dios, en el Calvario, al lado de Jesucristo, que moría como hombre e hijo de María, y nos salvaba como Dios-hombre en una sola persona, *estaba María*, su Madre.

Y «no sin un designio divino» (LG 58). Gracias a su fe, en uso de su plena libertad, de su obediencia al designio salvífico de Dios, y a su encendida caridad (cf. LG 53. 56. 61), el Verbo se había hecho hombre, «uniéndose en cierto modo con cada hombre» (GS 22). Y esta es la razón profunda de que María pertenece a esta *nueva* humanidad, el «hombre total» de que habla San Agustín, Cristo, Hijo del Padre celeste y de María nuestra «hermana», en cuya persona divina se habían reconciliado definitivamente, hasta hermanarse de modo indisoluble, la divinidad y la humanidad. Y en esta humanidad renovada en Jesús, María es nada menos que el instrumento, libre y consciente, de todo el misterio de la reconciliación: la Madre de esa nueva humanidad.

Por eso María está ligada «con estrechos e indisolubles vínculos» (LG 53) a la historia de nuestro destino, a la historia de la salvación. Por eso estaba en el Calvario, no en una mera actitud de pasiva Dolorosa, sino de paciente y amorosa cooperadora, asociada a la persona y obra de Cristo (LG 56. 58). Era nuestra Corredentora.

Pues el «desquite» de Dios había escogido *este plan* salvador: si la separación original se había realizado por un hombre, con la intervención de la mujer, la reconciliación de todos *en un solo cuerpo con Dios* (Ef 2, 16) se haría de un modo similarmente inverso: por medio de una mujer, *haciendo en sí mismo de los separados un hombre nuevo* (Ef 2, 15). Por eso mismo, la Madre que introdujo a Dios entre los hombres, y que a la hora suprema de la reconciliación universal estaba a su lado cooperando maternalmente, a la hora de la *renovación*, ya en el tiempo de esa humanidad *reconciliada*, tenía que estar presente la Madre de Jesús (Hch 1, 14).

Lo relatan los Hechos de los Apóstoles y lo recalca el Vaticano II, haciéndonos caer en la cuenta de la íntima relación existente entre estas dos presencias *renovadoras* del Espíritu Santo: «En Pentecostés comenzaron los hechos de los Apóstoles, como al sobrevenir el Espíritu Santo sobre la Virgen María se había obrado la concepción de Jesús» (AG 4; cf. LG 59). «Envía, Señor, tu Espíritu, y serán creadas las cosas, y renovarás la faz de la tierra» (Antífona de

Pentecostés). Algo así sería la plegaria de los Apóstoles, tan empapados en Sagrada Escritura; plegaria que repite la Iglesia en su liturgia, que aprendió de los Padres de la fe, quienes, unánimes, unían su fervor a la «omnipotencia suplicante» de la Madre de Jesús.

AÑO SANTO, RENOVACIÓN Y RECONCILIACIÓN

Doble finalidad, o mejor, dos son los aspectos de la finalidad que al Año Santo ha propuesto, desde su anuncio, Pablo VI: *renovación y reconciliación*.

Por descartado, que la apelación a esta finalidad religiosa ha de desarrollarse – insiste en ello el Papa– en dos *campos*, que se sitúan concéntricamente, el uno en la órbita del otro. «El primer campo es el corazón del hombre», «centro íntimo, libre, profundo, personal, de nuestra vida interior». Este hondón de la personalidad humana, donde a partir de nuestro bautismo, si no lo rechazamos por el pecado mortal, habita el «dulce huésped del alma». Pero la acción de este Espíritu de Cristo, normalmente, sólo se realiza dentro del único organismo divino-humano, el «Cuerpo místico», que, por la misma ley de vida divina –lo mismo Jesús, nacido de Santa María Virgen– en todo y por todo *se mueve por el Espíritu Santo* (Rm 8, 14). Y es aquí donde hemos de situar precisamente el único punto de mira de la solemne apelación a la *renovación conciliar* de este Año Santo. Sin caer en un espiritualismo descarnado, tenemos que admitir que toda la obra de Cristo se hace en, por y con el Espíritu Santo. Y así, sólo dejándose llevar de ese Espíritu, podemos llamarnos cristianos. *Si alguien – afirmaba San Pablo– no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de Cristo* (Rm 8, 9).

Es, pues, evidente que, a la *renovación de mentalidad* a que constantemente nos invita el Vaticano II, ha de preceder lógicamente una *reconciliación* con Dios en el Espíritu. *Dejando, pues, vuestra antigua conducta, despojaos del hombre viejo, viciado por la corrupción del error; renovaos en vuestro espíritu y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdaderas* (Ef 4, 22-24). *Estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, pues el Espíritu de aquel que resucitó de entre los muertos habita en vosotros* (Rm 6, 11; 8, 11).

No se puede ser miembro vivo de Cristo sin vivir su vida en el organismo vital de su Iglesia. Ella es el «sacramento de nuestra unión con Dios y con todos los miembros del género humano» (LG 1). Comenzando con Dios.

Por ello, supuesta la reconciliación liminar del bautismo, hemos de mantener –o recuperar– esa unión con Dios por la *vida sacramental* (Penitencia, Eucaristía, raíz y meta de nuestra permanencia en Cristo) activa a lo largo de toda nuestra existencia con el desarrollo de toda esa actividad religiosa que llamamos *vida interior*, o vivencia personal, renovada conscientemente, del trato con la Santísima Trinidad, en quien vivimos.

Y ahí, como primer objetivo, nos lleva la acción sacramental de la Iglesia, campo éste más amplio, que señala el Papa, donde ha de realizarse el programa del Año Santo.

Pero, naturalmente, y como refluencia de nuestra unión con Dios, viene la reconciliación con nuestros hermanos, los hombres, si es que hay algo que nos distancia de la «comunidad de los santos», que es la Iglesia, o de la solidaridad más amplia de la humanidad entera. La paz entre los hombres, que no es sólo la mera ausencia de la guerra, es el fruto del respeto a los demás, de la justicia y, sobre todo, del amor (GS 78). Y la reconciliación universal, a la que aspiramos, base de esa paz que parece cada vez más lejana, ha de eliminar las causas de esa perpetua discordia –distancia de corazones–, que son, en definitiva, todas las formas de egoísmo o negación del amor (cf. GS 83).

Y si esto es absolutamente cierto a escala internacional, es más que evidente en el campo de los corazones de quienes forman la Iglesia del Espíritu. No se puede ser miembro vivo de Cristo sin ser miembro vivo de los otros miembros. La indiferencia, el desprecio, el odio, la falta positiva de amor efectivo a los «hermanos», segrega automáticamente de la «comunidad con Cristo». *Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos... Conocemos que amamos a los hijos de Dios en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos* (1Jn 3, 14; 5, 2).

Dios es caridad (1Jn 4, 16) y la derrama, mediante su Espíritu, en los corazones de quienes se incorporan al Verbo encarnado (Rm 5, 5). Y sin la caridad o amor cristiano, ni la justicia, ni la promoción humana, en todo el abanico de sus amplias posibilidades –cultura, bienestar, convivencia y corresponsabilidad ciudadana y política–, valen algo de cara a Dios. Recordemos las rotundas afirmaciones de San Pablo (1Cor 13). Amputada conscientemente de esta inserción en Dios, nuestra actividad no es capaz de trascender el nivel de la pura dimensión humana. En cambio, un auténtico amor a Dios jamás nos esteriliza encerrándonos en un aislacionismo egoísta; el amor a Dios de verdad nos empuja a desvivirnos en un real y efectivo servicio a los hombres: *la caridad de Dios nos urge* (2Cor 5, 14). En favor, primero, de *los hermanos en la fe* (Gal 6, 10). En favor, después, y al mismo tiempo, de todos los «otros» cristianos, de todos los creyentes, de todos, en fin, con quienes nos sentimos solidarios por saberlos hechura de Dios, nuestro Padre, y rescate de la sangre redentora de Cristo nuestro hermano.

Y es a partir del amor a Dios cuando la *renovación*, iniciada en el bautismo, irá desplegando todas sus posibilidades, en nosotros y respecto a los demás, dependientemente de nuestra docilidad a ese Espíritu que nos inhabita y que derrama en nosotros la caridad divina, siempre operante. En un proceso que, por su dinámica interna, nos lleva a la plenitud de esa *nueva creatura* (Gal 6, 15), de ese *hombre nuevo* que cada día hay que ir construyendo en nosotros (2Cor 4, 16), y que viene a resultar la imagen del cristiano que ha trazado el Vaticano II.

LA NOVEDAD QUE ILUMINA LA IMAGEN DE MARÍA

Este hombre –que quiere realizarse no para sí mismo, sino consciente de que no «puede encontrar su propia plenitud sino en la entrega a los demás» (GS 24)– lejos de menospreciar los valores humanos, «ama apasionadamente el mundo», porque se sabe colaborador con Dios en la tarea de devolver a la actividad

humana la dimensión divina que tuviera originariamente, y que, radicalmente, se le ha restituido en la reconciliación de Cristo.

«Él, *que es imagen de Dios invisible* (Col 1,5), es al mismo tiempo el hombre perfecto, que ha restituido a los hijos de Adán su imagen divina, ya desde el principio deformada por el pecado. Pues si en Él la naturaleza humana fue, no suprimida, sino asumida, por ello mismo también en nosotros ha sido elevada a una dignidad sublime. Pues Él, Hijo de Dios, en su encarnación, se unió en cierta manera a cada uno de los hombres. Trabajó con manos de hombre, pensó con mentalidad humana, actuó con voluntad humana, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante a nosotros en todo, menos en el pecado» (GS 22).

Y entonces, desde Cristo, la vida humana adquiere un *nuevo sentido* (*ibíd.*), esa *novedad* que se presenta como programática en el Apocalipsis (21, 5), y que determina una constante *renovación* como exigencia de la acción del Espíritu de Cristo. Y este hombre nuevo que propone el Vaticano II es el que sabe redescubrir en una normal unidad de vida (GS 43; AA 7) –a imagen de Cristo, hombre y Dios en unidad de persona– la inseparabilidad de su propia vocación, divina y a la par humana (GS 22), y que no es otra que el llamamiento a la santidad.

«Todos los fieles de cualquier estado o condición –cada uno por su camino (LG 11)– están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, santidad que, aun en la sociedad terrena, promueve un modo más humano de vivir» (LG 40). En cualquier circunstancia, oficio o condición de vida. Y es precisamente esa circunstancia, oficio, condición, el medio que Dios pone en manos del hombre para que pueda llegar a la perfección que el Dios perfecto le señala como ideal (LG 41, 10). La competencia profesional, el trabajo bien rematado, el encargo escrupulosamente cumplido, la atención amable a la clientela, en una palabra, el exacto cumplimiento de las obligaciones en cada estado y situación, será el medio de santificarse, y con ello, no sólo de cooperar al mayor bienestar común, sino de acercarse cristianamente a los que con nosotros conviven y trabajan, para dar razón de nuestro comportamiento y de nuestra esperanza (1P 3, 15; cf. LG 10, 33-36; AA 2, 7).

Con ello los cristianos tratan de llevar todas las cosas al ámbito de la reconciliación de Cristo y se esfuerzan por sembrar la paz y la alegría cristiana en el medio donde viven y actúan. Como exigencia normal del bautismo recibido, que siembra en el cristiano el germen de la renovación universal a que conduce la acción escatológica de Cristo en su Iglesia.

Por eso, un cristiano, *ese hombre nuevo*, es automáticamente *apóstol*; un llamado por Cristo a anunciar su paz a los de lejos y a los de cerca, pues por Él tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en mismo Espíritu (Ef 2, 17-18). *Cada uno por su camino*. Cada uno desde su sitio.

Y el modelo acabado de esta actitud fundamental es María, *la Reina de la paz*, Madre de la Iglesia, y por ello su modelo e imagen, en donde todos pueden mirarse a la hora de vivir y actuar en cristiano. Lo afirma expresamente el Vaticano II, a renglón seguido de haber expuesto la pauta de una espiritualidad auténticamente secular: «El modelo perfecto de esta vida espiritual y apostólica

es la bienaventurada Virgen María, Reina de los Apóstoles, la cual, viviendo en la tierra una vida igual a los demás, entregada plenamente a las ocupaciones y trabajos de su familia, estaba siempre en su interior íntimamente unida a su Hijo, cooperando de una manera totalmente singular a la obra del Salvador» (AA 4).

LAS DIFICULTADES DE LA RECONCILIACIÓN

«Dios no está de moda», reconoce el mismo Pablo VI³. Y, considerando la situación real que vivimos y de la que tenemos noticias alarmantes casi a diario, podría venirnos la tentación de pensar que la convocatoria del Año Santo se reducirá a un gesto hermoso e ineficaz, de antemano condenado al fracaso. Dios no está de moda: «Dios ha muerto». Porque, no sólo lo matamos en el Calvario, sino que lo estamos eliminando de la vida, de la ciencia, de la cultura. La creciente *secularización* o arrinconamiento de toda forma religiosa se inserta en esa creciente marea negra que nuestra sociedad «permisiva» proclama como meta parcial conseguida hacia la consecución de la meta final, la *liberación* total de cuanto venía *alienando* al hombre e impidiendo su plena realización humana. Ya no sólo es pragmatismo arreligioso el que empapa la vida personal y de relación a nivel de conciudadanos del mundo y fabricantes de un porvenir de justicia. Es que ese arrinconamiento hasta del mismo nombre de Dios trae como consecuencia una exaltación del hombre, que por la lógica del orden existencial, lleva al autoaniquilamiento. «La creatura –dice el Vaticano II– sin el Creador se esfuma» (GS 36).

Y de hecho la identidad del hombre ha entrado en esa tremenda crisis a que el Papa alude al decir que «el hombre está narcotizado por dudas de todo orden»⁴. Dudas de su propia eficacia. Dudas de sus propios recursos espirituales. Dudas incluso del sentido de su propia existencia.

«Desde el final de los años sesenta –escribe un filósofo alemán– la experiencia de la crisis ha alcanzado a la gran mayoría de los estratos sociales. Ha penetrado en la conciencia de todos una especie de realidad monstruosa: el hecho de que estamos estrangulados por nuestra propia técnica, nuestra propia ciencia y nuestra propia organización; el hecho de que nos amenazamos a nosotros mismos de mil maneras distintas, porque el saber y el poder humanos se han desarrollado de tal modo que desbordan por completo la medida humana»⁵.

Es, en definitiva, una como desesperanza total, que se manifiesta a veces violentamente, en esa situación de protesta general contra todo. Y que no es otra cosa que la proyección hacia el exterior de la duda interna del hombre, que ha perdido todo apoyo al querer montar su seguridad sobre sí mismo, ignorando o queriendo ignorar su radical contingencia, la necesidad insoslayable del asidero original, que es Dios. Hasta a la «fe» cristiana se la ha querido convertir en una vivencia de oscuras inseguridades.

³ PABLO VI, Audiencia general del miércoles 23 de mayo de 1973, homilía sobre la devoción al Espíritu Santo.

⁴ PABLO VI, Audiencia General del miércoles 23 de mayo de 1973.

⁵ BALDUIN SCHWARTE, en el *Rheinischer Merkur*, Köln, 23 de febrero de 1973.

Sin ese Dios, Creador y Padre providente, el hombre quiere erigirse en centro de convergencia del universo entero, y cada uno pretende utilizar a los demás para su propio servicio. Y, cuando más se airean los estereotipos que suenan tanto y tan halagüeñamente, como «solidaridad humana universal», «cooperación supranacional hacia la liberación y el progreso de los pueblos», más se recrudece el egoísmo, tanto personal como nacionalista, que arroja como saldo esta grave situación que vivimos, y que no hace mucho impulsaba a decir a Pablo VI: «Nos sentimos humillados y empavorecidos. Es posible que sea éste un mal incurable de la humanidad. En este caso, debemos observar la desproporción congénita de la humanidad entre su capacidad idealística y su actitud moral a mantenerse fiel y coherente a sus programas de progreso civil»⁶.

Y es que, marginando a Dios, cerramos la puerta a la auténtica pacificación. *Cristo es nuestra paz* (Ef 2, 14). Y toda la buena voluntad humana es incapaz, sin Cristo, de extirpar del corazón de los hombres los gérmenes de la guerra o de la violencia, «envidia, desconfianza, soberbia y toda forma de egoísmo» (GS 83).

«La paz sobre la tierra, nacida del amor al prójimo, es imagen y efecto de la paz de Cristo, que procede de Dios Padre. En efecto, el propio Hijo encarnado, Príncipe de la paz, reconcilió con Dios a todos los hombres por medio de la cruz, y, reconstituyendo la unidad de todos en un solo pueblo y en un solo cuerpo, en su propia carne dio muerte al odio, y, exaltado en su resurrección, derramó en el corazón de los hombres el Espíritu de caridad» (GS 78). Es cuestión, pues, a la hora de un decisivo esfuerzo por la reconciliación universal, de abrirse a esa acción del Espíritu de Cristo.

«LA TIERRA NUEVA Y LOS CIELOS NUEVOS»

Por eso mismo, y en medio de tan estremecedoras perspectivas, Pablo VI apoya su esperanza para los frutos del Año Santo en la acción del Espíritu. Y al mostrarnos el campo de su esperanzadora panorámica, nos demuestra, como lo debemos tener todos los cristianos, un corazón universal dilatado (2Cor 6, 11-13).

Se trata de conseguir «la reconciliación a todos los niveles: de la vida *familiar*; la vida *comunitaria*; la vida nacional, eclesiástica, ecuménica, e incluso social»⁷.

Nosotros hemos de compartir, activamente, sus esperanzas. La hermosa y estimulante virtud de la esperanza, que es como el sistema vertebral de nuestra actividad estrictamente cristiana. Es la que sostiene la fe y hace que no desfallezca la caridad en la tarea de santificar toda la actividad humana con la mirada hacia el cielo, al tiempo que esa actividad se vierte en lograr, con el esfuerzo propio, un mundo cada vez más humano, una tierra renovada con la renovación de los espíritus en busca siempre del Paraíso perdido.

Naturalmente, entendido en sentido cristiano. Sentido que ha impulsado e impulsa a la Iglesia, a partir de Pentecostés, a trabajar sobre la tierra en la

⁶ PABLO VI, Audiencia general del miércoles 17 de octubre de 1973.

⁷ *Ibíd.*

realización consumada de ese Reino que inauguró Cristo (LG 5), y que en la literatura profética se dibuja como un *Paraíso*: una situación terminal donde la paz, asentada en la más conseguida justicia, será el clima de serenidad imperturbable, que con imágenes poéticas describen los profetas para la edad mesiánica, para decirnos que «su bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano» (GS 39).

Es cierto que siempre hay que distinguir con cuidado exquisito, para jamás equipararlos, crecimiento del reino de Cristo y progreso temporal (GS 39); y todavía más cuidado hemos de poner para no ilusionarnos jamás con una utópica consecución de una sociedad perfecta, que podría llamarse reino de Dios. No obstante, la Sagrada Escritura nos asegura que la redención total de Cristo no sólo afectará a nuestras personas, almas y cuerpos resucitados, sino a toda la creación, sometida a una violenta servidumbre por el pecado del hombre. Será el momento de la reconciliación definitiva y total, de la renovación universal con que se cierra el anuncio del Apocalipsis (21, 5).

Pero, queridos, contra toda tentación de utopía terrestre, Cristo mismo con su enseñanza, y sobre todo con su muerte, resurrección y ascensión a los cielos – de donde volverá a la hora de establecer definitivamente su reino que no tendrá fin–, nos señala la meta y el lugar definitivo de la plenitud de la renovación, que aquí en la tierra vamos consiguiendo, en dramáticas alternativas, con éxitos a veces deslumbradores y a veces en oscuridad casi desesperante.

EL ÉXITO DEPENDERÁ DE LA AYUDA SINGULAR DE LA VIRGEN

Se ve, entonces, claro que una meta tan alta y tan maravillosa, pero tan ardua de alcanzar, dada la triste comprobación de nuestra actitud y las realidades que vivimos, sólo puede ser el resultado de un poder que está por encima de los simples esfuerzos humanos.

Y ésta es la razón, volviendo a lo que señalábamos al principio, de que Pablo VI haya colocado el comienzo del Año Santo en la fiesta de Pentecostés. «El ejecutor principal de los frutos, que el Papa espera, es, sin duda, el Espíritu Santo»⁸.

Pero es claro también, para quien vive la fe, que nada puede el Espíritu, habida cuenta del «respeto que Dios tiene a nuestra libertad», sin «el juego mismo de nuestra cooperación, aun cuando no sea otra cosa que condición de la acción divina en nosotros»⁹.

Ahora bien, esta misma libre cooperación nuestra es otro fruto del Dador de todos los demás. Y que, dentro del conjunto de la economía concreta de nuestra salvación, ha dispuesto Dios no concedérselo sino por mediación de Santa María, la hija predilecta del Padre, Sagrario y Esposa de ese mismo Espíritu divino, singular cooperadora a la obra salvífica del Redentor, que perpetúa a través de los tiempos la Iglesia, de quien la Virgen es Madre.

⁸ PABLO VI, Audiencia general del miércoles 6 de junio de 1972.

⁹ *Ibíd.*

«María Santísima –nos recuerda el Papa– ha sido constituida administradora y dispensadora generosa de los tesoros de su misericordia» (*Mense maio*). De aquí que el poner en manos de Nuestra Señora y Abogada el éxito de cualquier empresa religiosa sea la actitud normal de una lógica vivencia del Misterio de Cristo, en el cual la Virgen ocupa un puesto central y en cierto modo indispensable.

En efecto, Cristo, el nuevo Adán, y que, a partir de su resurrección, ha sido constituido *espíritu vivificante* (1Cor 15, 45), principio constantemente renovador de su Iglesia –madre siempre joven y fecunda–, realiza su obra de reconciliación «en» y «con» su Madre. Ya se entiende que jamás en plano de igualdad. María –la «obra maestra» de la Santísima Trinidad–, preservada del pecado original y llena de gracia en el primer instante de su ser original, en virtud de la redención anticipada de Cristo «único mediador», esta Mujer excelsa, la que ha recibido más gracia de Dios que todas las creaturas, no pasa jamás la linde de ser una pura creatura.

Pero, creatura perfecta y toda santa, por la acción divina y su absoluta y perfecta correspondencia, «nueva Eva y madre de los vivientes» (LG 56), fue asociada «íntima e indisolublemente» a la persona y obra de su Hijo, el Redentor (LG 53. 56), en la tarea de la total reconciliación y renovación de la humanidad.

Permitidme insistir en este punto, medular en el misterio de la Iglesia. Esta asociación de María a la obra redentora, que depende de la total iniciativa de Dios, supone una colaboración libre y consciente por parte de la Virgen, a la que de ninguna manera podemos imaginar instrumento ciego o pasivo de su responsabilidad en la misión a Ella confiada. Por ello es el modelo más eficaz de nuestra cooperación, ya que la suya «ha sido elegida en la historia de nuestros destinos cristianos, primera por su función, dignidad, eficacia, no puramente instrumental y física, sino como factor predestinado, pero libre y perfectamente dócil»¹⁰.

La *Encarnación* fue el momento histórico, decisivo y cardinal, de esa reconciliación del hombre con Dios –distanciados por el pecado–, que se reencontraban nada menos que en el Hijo de María, *perfectus Deus, perfectus homo*, subsistentes la divinidad y la humanidad en la única persona de Jesús, y que venía a ser, Verbo encamado, el abrazo de la definitiva reconciliación del Padre y del «hijo pródigo».

Pero esta reconciliación no se hizo sin que «el Padre de las misericordias pidiera su libre aceptación a la que había sido predestinada como Madre de Jesús» (LG 56).

Cierto que el momento cumbre –la «hora» a que citaré a su Madre en las bodas de Caná– se sitúa en el Calvario: donde el Mediador, con su propia muerte, consumaría el sacrificio sacerdotal, en el cual su propia sangre aplacarí­a la «ira justa del Creador». Y en ese momento «por designio divino, al pie de la cruz, estaba su Madre, asociándose con corazón maternal a los dolores y el sacrificio de su Hijo» (LG 58). En ese momento cimero, radicalmente, la reconciliación de la humanidad con Dios se había realizado de una vez para siempre (Hb 9, 10).

¹⁰ PABLO VI, Audiencia general del miércoles 30 de mayo de 1973, sobre la devoción a la Virgen.

Pero a esta reconciliación le faltaba aún la manifestación solemne. La venida sobre la humanidad rescatada –Iglesia ya y Esposa resplandeciente de Cristo– del *Espíritu que renueva la faz de la tierra*. Y en este momento, en medio de la comunidad eclesial, «implorando con sus ruegos el don del Espíritu Santo» (LG 59), estaba la Madre de la Iglesia.

Pues bien, esta renovación o re-creación, que en Pentecostés tuvo su consagración solemne con la bajada visible del Espíritu Santo, la sigue realizando ese mismo Espíritu por *mediación* de la que sigue siendo Madre de esa humanidad, que en la de Cristo encontró la reconciliación fontal.

María es totalmente madre, y sólo por su función maternal tiene su razón de ser en los planes de Dios y en su paso por la historia. «Esta maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar, desde que prestó fielmente su asentimiento en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilación al pie de la cruz, hasta que se realice la perfecta consumación de los elegidos todos» (LG 62).

Nacimos en Cristo a la vida de Dios, y nacemos, uno a uno por ese «influjó salvífico» (LG 60) que sigue ejerciendo dentro de la Iglesia, donde vivimos –desarrollando esa vida o recuperándola– gracias también a la «caridad o amor de Madre», que contribuye al desarrollo del Cristo místico (LG 62. 63. 65).

Por ello fue asunta en cuerpo y alma a los cielos: siempre asociada a su Hijo, ahora vencedor del pecado y de la muerte. Reina del Universo (LG 59), «se preocupa de los hermanos de su Hijo que peregrinan aún y se debaten entre peligros y angustias hasta que sean llevados a la felicidad de la patria» (LG 62). Y allí interpone a favor nuestro su «múltiple intercesión» (ibíd.).

Como la de Cristo, su misión es la de *interceder* por nosotros (es la palabra precisa que usa la liturgia), hijos suyos, pero pecadores que necesitamos constantemente la misericordia del Padre, a quien seguimos ofendiendo con nuestras flaquezas y pecados. *Abogada* con el Abogado, potencia con sus méritos la intercesión de todos los santos (LG 49. 69), interponiendo ante la justicia del Dios ofendido su dignidad de Madre de Dios junto con los merecimientos de una vida en entrega total al servicio de la salvación y reconciliación de los hombres. Cristo presenta al Padre las cicatrices que conserva eternamente en su cuerpo glorioso. María, Madre y Abogada –comentan los escritores cristianos desde muy remota antigüedad–, muestra al Padre esos pechos que la Iglesia, con las palabras de la mujer del Evangelio, proclama bienaventurados por haber amamantado al Redentor del mundo.

Y otros autores, para ilustrar el modo y la eficacia de esa «omnipotencia suplicante», acuden al ejemplo de aquella hábil mujer que ante David se presentó para interceder por la vida de Absalón. Tenía la mujer dos hijos: uno de ellos habría muerto a manos del otro, y la justicia del clan familiar exigía, en justo castigo, la muerte del superviviente. *Ellos –decía la mujer– quieren matar la brasa que resta a mi esperanza de descendencia... Que el vengador no aumente mi ruina y acabe con la vida del hijo que me queda* (2Sam 14, 4-11).

Tal sería la función de medianera celeste que ejerce la Virgen ante el Rey de la gloria: apaciguar, pacificar, conseguir que llegue a su coronamiento feliz la reconciliación que Cristo, a quien se asoció su Madre dolorosa, había ganado para todos los hombres.

«Por eso la Bienaventurada Virgen en la Iglesia es invocada con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Ayudadora y Medianera» (LG 62). De aquí que toda empresa cristiana dependa, si bien *mediatamente*, de la intercesión y valimiento de la Madre de misericordia, cuya protección maternal la Iglesia proclama solemnemente experimentar de continuo en su vida toda (LG 5). Y a esta seguridad recurre la piedad de Pablo VI al «recordar y afirmar que el *éxito renovador del Año Santo dependerá de la ayuda superlativa de la Virgen*»¹¹.

MARÍA, AYUDA Y TIPO DE RENOVACIÓN PROGRAMADA

«Tenemos necesidad de su asistencia, de su intercesión», afirma en consecuencia el Papa. Y, si bien es cierto que, aun antes de que nosotros lo hagamos, Ella intercede por nosotros, sin embargo, es de justicia y agradamos en ello a quien nos la ha dado como Madre y Abogada, que seamos conscientes de la necesidad de recurrir a su mediación. Y, aparte el culto particular que se programe oficialmente, cada uno por su parte ya debe comenzar a rezarle por los frutos del Año Santo.

«Debemos reverdecir nuestra devoción a la Virgen», insiste el Papa. Y sabemos que la devoción implica no sólo la invocación y el culto, sino el amor también, que, normalmente, busca tenerla contenta, tratando de imitarla. «Si tuviéramos la mirada fija en María podríamos reconstruir en nosotros la línea y la estructura de la Iglesia renovadora»¹².

Pues Santa María, por Madre de la Iglesia, es un modelo viviente, *molde* diríamos, donde el Espíritu Santo nos va modelando a imagen del hombre nuevo, el hombre celestial, Jesucristo. Y es entonces no sólo su intercesión celeste la que garantiza el éxito del Año Santo, tanto a nivel personal como a nivel eclesial. Es que, además, todo programa de acción que se señale, que proceda del impulso del Espíritu, lo podemos ver *realizado* ya de antemano en nuestra Madre y Maestra.

«El Año Santo –asegura Pablo VI– tiene exclusivamente una *finalidad religiosa*»¹³. Lo primero, pues, que se impone es reencontrar a ese Dios con quien estamos en dependencia, seamos o no conscientes, lo aceptemos o rechacemos: reencontrarle a cada momento, máxime si lo hemos perdido o arrinconado. Hemos de encontrarlo, o mejor dejarnos encontrar, y entrar en un vivo y personal coloquio con Él. *Rezar*, en una palabra. Y preguntarle con toda sinceridad qué nos pide como acción urgente que realizar.

Como Santa María, cuya actitud fundamental fue la de *esclava*, la que en todo momento, y en las opciones fundamentales de su vida, fue un absoluto *hágase en mí según tu palabra*. Oró siempre por conocer la voluntad de Dios, y, una vez que la descubría, fue siempre la *Virgen fiel* que escuchaba la palabra de Dios y la ponía en práctica (LG 58). «No tienen vino», fue la oración lacónica y desinteresada, esperando contra toda esperanza. Y Jesús, a su ruego, hizo el primer milagro, «signo» que despertó la fe de sus discípulos. Oraba la Virgen,

¹¹ *Ibíd.*

¹² *Ibíd.*

¹³ PABLO VI, Audiencia general del miércoles 13 de junio de 1973.

presidiendo el colegio apostólico, y descendió sobre la Iglesia la plenitud del Espíritu septiforme, comenzando con su impulso «los hechos de los Apóstoles».

MARÍA, MAESTRA DE ORACIÓN

«¿Sabemos rezar?», se pregunta el Papa. Pues en la Virgen y de la Virgen encontramos la norma y los cauces para esta primordial obligación de un cristiano, la oración, y de la cual el Papa dice: «Es una flor que germina sobre una doble raíz, viva y profunda: el sentido religioso (raíz natural) y la gracia del Espíritu (raíz sobrenatural), que anima en nosotros le plegaria»¹⁴. Y en esa oración, o encuentro con Dios facilitado por su Madre, iremos descubriendo, y estimando, cada vez más, el valor de nuestra vida cristiana: vida de amistad con Dios o gracia santificante, pues es la que, en su normal desarrollo, nos lleva a la plenitud de la caridad (LG 40).

María Inmaculada y Purísima, la «sin pecado» y toda santa, nos inducirá, con su ayuda y con su ejemplo, a valorar esa limpieza inicial que Ella tuvo en su primer instante y nosotros adquirimos en el bautismo: limpieza a la que sigue la inhabitación de la Santísima Trinidad, que nos hace participantes de su vida, y, si la perdemos, los méritos de la Virgen Santísima, unidos a la Pasión de su Hijo, nos llevarán, en el sacramento de la misericordia, a la reconciliación con el Padre, que siempre perdona.

Y asociada como está íntima e indisolublemente a la obra de su Hijo, que se renueva en la Santa Misa (SC 2), no sólo nos alimentamos de la Carne que el Espíritu Santo formó en sus purísimas entrañas, sino que compartimos, y avivamos, esa caridad que Ella comparte con su Hijo, en el cual coincidimos todos los hijos de Dios –y los que están llamados a serlo–, pues la Eucaristía, «fruto del vientre generoso», es el sacramento, y, por tanto, la realización anticipadamente perfecta de la unidad del Pueblo de Dios y de todos los hombres en Dios (LG 11; UR 2). Porque, en definitiva, la Eucaristía es la fuente de que brota la unión íntima con Dios y la unidad de todo el género humano, de que es instrumento la Iglesia (LG 1), sobre todo cuando se congrega en comunión jubilosa, «en primer lugar con la gloriosa siempre Virgen María» (LG 50), para celebrar el Santo Sacrificio, en que «con el Cuerpo y la Sangre del Señor se refuerza la unión de toda la fraternidad del Cuerpo» (LG 26).

María está presente a toda la vida sacramental de la Iglesia, de la cual Ella sigue siendo Madre con todo ese «influjo salvífico», cuyos efectos reconoce la Iglesia, que, antes que nada, es comunidad de orantes, convencidos de que sin Dios todos nuestros esfuerzos son puro fracaso, y con esa energía, que nos viene de la unión con Dios en Cristo, todo lo podemos en la fe (Mc 9, 22; Fil 4, 13). Por eso, sin olvidar todo lo que nos compromete hacia la acción en el mundo por nuestro bautismo –vocación de santificarnos santificando todas las cosas en Cristo–; para comenzar, continuar y llevar a buen término cualquier programa válidamente efectivo –no nos cansamos de repetirlo– hay que volver a dar a nuestra vida cristiana la importancia y el lugar que han de ocupar el tiempo y el

¹⁴ PABLO VI, Audiencia general del miércoles 22 de agosto de 1973.

espíritu de oración. El cristiano que se une a Cristo, en auténtico espíritu de oración, se hace con Él y por Él omnipotente.

EL SANTO ROSARIO

No queremos terminar esta instrucción sin recordaros que, después de la primera y gran oración, que es la liturgia de la Eucaristía y demás sacramentos y el rezo de las Horas, el Santo Rosario –lo repiten insistentemente los Papas– es la fórmula oracional que más eficacia ha demostrado tener, sobre todo en momentos difíciles, y por ello se recomienda a través de los siglos y en el mismo Concilio Vaticano II¹⁵.

Meditad estas hermosas palabras de Pablo VI: «Debemos nosotros, también hoy, ser amigos del Rosario: para venerar a la Madre de Dios y para colocarnos nosotros mismos en la mejor perspectiva de la profesión de nuestro auténtico sentido religioso *en espíritu y en verdad* (Jn 4, 24); para modelar la vida viviéndola sobre las huellas humanísimas y sublimes de María; y para implorar de Ella la asistencia celeste, tanto en nuestras cotidianas y particulares necesidades como en las grandes necesidades del drama histórico en que nos vemos envueltos. El plan de la Providencia, es decir, de la intervención de la acción divina en los acontecimientos humanos, se vale grandemente, en su favorable ejecución, de la plegaria; y mucho más cuando a nuestra plegaria se une la más válida intercesión, la de María, Madre de nuestro Salvador»¹⁶.

En este próximo mes de mayo debemos esforzarnos para que en todas las parroquias y lugares religiosos de la Diócesis se rece el Rosario y se hable insistentemente a las familias católicas para que esta práctica tan hermosa vuelva a merecer en los hogares cristianos la atención que siempre tuvo. Que se rece el Rosario en familia, sí. Que padres e hijos juntos, no obstante las dificultades que nacen del modo de vivir en nuestros días, vuelvan a alabar y suplicar a la Reina del Cielo en las casas en que viven, aman, gozan y sufren. Será un medio sumamente eficaz de conseguir silenciosamente los fines del Año Santo en muchas conciencias que, ante el ejemplo de la Virgen María, se dispondrán mejor a la renovación y reconciliación con Dios y con los hombres.

EL ÚLTIMO DOCUMENTO DEL PAPA

Cuando este escrito mío estaba a punto de ser entregado a la imprenta, el Magisterio del Papa Pablo VI acaba de ofrecer a toda la Iglesia la espléndida Exhortación Apostólica para la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen María. Nuestra reciente estancia en Roma nos ha permitido conocer muy detalladamente las razones originarias y los propósitos que han movido al Sumo Pontífice a escribir este precioso documento. No puedo comentarlo ahora. Os ruego que lo leáis y estudiéis detenidamente. Una vez más se comprueba que sólo bajo la guía sapientísima del Magisterio se puede lograr la síntesis de lo antiguo y lo nuevo con perfecto equilibrio.

¹⁵ Cf. LG 67; PABLO VI, *Christi Matri*: AAS 48 (1966) 748.

¹⁶ PABLO VI, Alocución en el Ángelus del domingo 1 de octubre de 1972.

Nadie que lea esta exhortación pontificia, con el reverente obsequio que merece y con la suficiente cultura teológica que debe suponerse, dejará de ponderar las valiosísimas razones que da el Papa para situar el culto a la Virgen María en el lugar exacto en que debe estar dentro de la liturgia de la Iglesia. Nadie, tampoco, dejará de lamentar la insoportable vacuidad y ligereza con que muchos han hablado y actuado estos últimos años con relación al culto mariano y con las formas de piedad y devoción que son patrimonio irrenunciable del pueblo cristiano. Por nuestra parte, queremos rendir público testimonio de gratitud y alabanza a todos aquellos párrocos y comunidades religiosas, y especialmente a las familias católicas, que han seguido honrando a la Santísima Virgen María como la Iglesia lo ha pedido siempre.

Y exhortamos nuevamente a los sacerdotes responsables de la Delegación para la Doctrina de la Fe y de los Secretariados de Liturgia, Catequesis y Enseñanza, a que sigan con empeño renovado el trabajo que les hemos encomendado de revisar y ordenar en los debidos términos todo lo referente a las cofradías de fieles esparcidas por toda la Diócesis, entre las cuales ocupan lugar tan destacado las que tienen como finalidad dar culto a nuestra Madre del Cielo.

Ponemos fin a nuestra exhortación, puesto que del Año Santo hemos querido hablaros, con las siguientes palabras del Papa Pablo VI:

«¿Cuál puede ser el auxilio que nos capacita para atrevernos, para esperar las finalidades del Año Santo? ¿Quién puede obtenernos el éxito prodigioso que, siguiendo las exigencias lógicas del Concilio, nos hemos propuesto? La Virgen, hijos queridísimos, María Santísima, la Madre de Cristo Salvador, la Madre de la Iglesia, nuestra humilde y gloriosa Reina. Se abre ante nosotros aquí un inmenso panorama teológico, propio de la doctrina católica, en el que vemos cómo el designio divino de la salvación ofrecida al mundo por el único mediador, eficaz por virtud propia, entre Dios y los hombres, que es Cristo Jesús, se realiza con la cooperación humana, maravillosamente asociada a la obra divina. ¿Y qué cooperación humana ha sido elegida en la historia de nuestros destinos cristianos, primera por su función, dignidad, eficacia, no puramente instrumental y física, sino como factor predestinado, pero libre y perfectamente dócil, si no es la de María?»¹⁷.

EL ÉXITO DEPENDE DE LA VIRGEN

Aquí el discurso sobre la Virgen no terminaría jamás. Pero ahora, para nosotros, tras habernos basado en la doctrina que la sitúa en el centro del plan redentor como primera y, en cierto sentido, indispensable al lado de Cristo nuestro Salvador, bastará recordar y afirmar que el éxito renovador del Año Santo dependerá de la ayuda singular de la Virgen.

Tenemos necesidad de su asistencia, de su intercesión. Debemos programar un culto particular a la Virgen María si queremos que el acontecimiento histórico-espiritual, para el que nos preparamos, alcance sus verdaderos objetivos.

¹⁷ PABLO VI, Audiencia general del miércoles 30 de mayo de 1973.

Nos limitamos ahora a condensar en una doble recomendación el favor de este culto mariano, al que confiamos tantas esperanzas nuestras. La primera recomendación es capital: debemos **conocer mejor a la Virgen como el modelo auténtico e ideal de la humanidad redimida**. Estudiemos a esta criatura limpiísima, a esta Eva sin pecado alguno, esta hija de Dios, en la cual el pensamiento creador primitivo, inmaculado de Dios, se refleja en su inocente y estupenda perfección.

María es la belleza humana no sólo estética, sino esencial, ontológica, en la síntesis con el amor adivino, con la bondad y con la humildad, con la espiritualidad y con la clarividencia del «Magnificat»; es la Virgen, es la Madre en la expresión pura y más auténtica; es la Señora vestida de sol, ante cuya visión se deben deslumbrar nuestros ojos, con tanta frecuencia ofendidos y cegados por las imágenes profanas y profanadoras del ambiente pagano y licencioso del que estamos rodeados y casi atacados.

La Virgen es el «tipo» sublime no solamente de la criatura redimida por los méritos de Cristo, sino el «tipo» igualmente de la humanidad peregrinante en la fe; es la figura de la Iglesia, como la llama San Ambrosio, y como la presenta San Agustín a los catecúmenos: «Demuestra en sí la figura de la Santa Iglesia». Si tuviéramos la mirada fija en María podríamos reconstruir en nosotros la línea y la estructura de la Iglesia renovada.

Y la segunda recomendación no es menos importante: debemos **tener confianza en el recurso de la Virgen**. Debemos rezarle, invocarla. Ella es admirable para nosotros, es amable para nosotros. Ella, como en el Evangelio, interviene ante el Hijo Divino y nos obtiene, de Él, milagros que la marcha normal de las cosas no admitiría de suyo. Es buena, es poderosa. Conoce las necesidades y los dolores humanos.

Debemos reverdecer nuestra devoción a la Virgen si queremos conseguir el Espíritu Santo y ser discípulos sinceros de Cristo Jesús. Que su fe nos conduzca a la realidad del Evangelio y nos ayude a celebrar bien el Año Santo que se aproxima.

LA VIRGEN MARÍA Y LA JUVENTUD.

CARTA A LOS JÓVENES

Carta a los jóvenes, mayo de 1975. Publicada primero en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, junio-agosto 1975, y posteriormente por la Editorial Balmes, Barcelona 1975, 72 páginas.

Os escribo esta carta con el propósito de invitaros a meditar y a actuar. No es un grito ni un discurso, es simplemente una llamada y una conversación sobre uno de los más bellos misterios de nuestra religión cristiana: la Virgen María.

Trato de acercarme a vosotros con vuestro estilo y vuestras preocupaciones, o mejor, teniendo presentes los autores que leéis, las ideologías que pugnan por apoderarse de vosotros, los anhelos y la fuerza que os animan.

1. LA GRANDEZA DEL DESTINO HUMANO EXPRESADA EN MARÍA

Creéis y esperáis mucho de la vida. Os dais cuenta de vuestras capacidades y presentís la potencia que encierran. El mundo os parece infinitamente abierto y tenéis confianza en que se pueden realizar cosas grandes. Todo en vosotros está a punto para entender y saborear el canto de aquella joven nazarena, modelo y figura de la humanidad: *Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador..., porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso; Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón. Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes. A los hambrientos los colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada* (Lc 1, 46-53).

Realización personal

María expresa como nadie la grandeza del ser humano. Toda la fuerza de la dignidad humana, de la «vocación» humana, se manifiesta en su actuación: **HÁGASE**. Apertura total y disponibilidad al único y verdadero plan de liberación y de justicia: cristianización de la persona. **SER** a la luz de las exigencias de Cristo, vivificados por su misma vida, y actuar en consecuencia. **Del ser de la persona depende todo lo demás**: estructuras, instituciones, línea de acción, programas sociales. Las palabras del Señor son claras; sólo hace falta escucharlas y convertirlas en ley de vida: *por sus frutos los conoceréis* (Mt 7, 20); *de la abundancia del corazón habla la boca* (Mt 12, 34); *lo que mancha, lo que perturba, lo que hay de injusticia es efecto de lo que hay en el interior del hombre* (Mt 15, 20).

Conquistar la libertad

Cristo es Dios, pero María es de nuestra raza, de nuestra misma condición; por eso en Ella se pone de relieve lo que es la salvación para el hombre. El cristianismo nos ha revelado lo que nosotros no sabíamos que éramos: hombres que han de conquistar la libertad que les ha sido conseguida por Cristo, hombres que en Cristo han sido hechos hijos de Dios y, por tanto, coherederos con Él, hombres que han sido redimidos para el amor y que ya «aquí y ahora» han de vivir en el amor de unos con otros. **Sólo el cristianismo es la verdad última y la respuesta al destino del hombre**, eso es lo que nos dice la vida de María. *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 38). *Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros* (Jn 1, 14).

La fe que cambia al hombre

La fe, más que creer que hay un Dios, es creer, como María, que Dios ha intervenido en la existencia humana de tal manera que nos sentimos llamados a cambiar el rumbo de nuestra vida; creer que ha hablado y se ha encarnado en el seno de una mujer de nuestra condición; que ha resucitado de entre los muertos la humanidad con la que se había unido, y se halla presente en medio de nosotros en la Eucaristía para transformarnos hasta que nos vayamos haciendo semejantes a Él y nuestro vivir sea como el suyo.

Ser cristianos es creer, como María, que el Poderoso ha hecho maravillas, porque en nosotros se realiza la obra de la salvación. Y ésta no es algo abstracto, que no se ve ni se palpa. Todo lo contrario. Es lo más grande que hay en el mundo y lo más real y tangible. Mirad a los que ahora y a lo largo de la historia no simplemente se «llaman» cristianos, sino son y actúan como tales. Ahondad en las palabras de Jesucristo en el Evangelio, vividlas, y veréis lo que tienen de reales, de eficaces y transformadoras.

María y el destino del hombre

Hablaros de María como de la **MADRE** que nos ha sido dada por Dios, como de la **MUJER** que dio el cuerpo a Cristo, es hablaros de la historia santa, en la que de hecho, y a pesar de todas las apariencias, vivimos. Es hablaros de vida, de esperanza, de los grandes dones de Dios, de la colaboración de los hombres en la obra de la liberación, de la alegría del mundo, de la esperanza en Jesús, de la firmeza de las promesas de su salvación. Decid a los positivistas, a los marxistas y a todas las ideologías que os presenten programas alejados del Evangelio, que dejan de percibir la dimensión más profunda de la existencia: la que Dios realiza en el hombre. Decidles que minimizan al ser humano, que coartan y ahogan su liberación, que le niegan el amor, la fraternidad y la filiación más radical y constitutiva de su ser. Decidles que con sus teorías no responden a los grandes interrogantes que oís en vuestro interior, ni os ayudan a realizar los anhelos de verdad, justicia y amor que lleváis dentro.

Pensad en la realidad de esa joven de Nazaret que, llena de una nueva vida, proclama al mundo de hoy la irrupción divina en la existencia de los hombres. Es el hecho que proclama con gozo la primera cristiana. El canto de la libertad de

los hijos de Dios es el Magnificat en boca de María. Fuera de Jesucristo, ¿qué es la muerte y la vida?

Pensando en los jóvenes

Leed los libros tan conocidos de Charles Moeller. Son, para nuestras circunstancias concretas, verdaderos testimonios de la fe, la esperanza y el amor cristiano; me refiero a sus escritos sobre *Literatura del siglo XX y cristianismo*.

«He abandonado las riberas de los autores antiguos para arriesgarme al diálogo con los hijos de mi tiempo. Ojalá pueda, dando este rodeo, llegar a la antigua y siempre nueva verdad de Dios, “joven a la vez que eterno”».

«Pienso en alguno de mis alumnos, de mis estudiantes, cuya profunda vida cristiana he podido conocer. Tengo miedo a ese mundo que les aguarda; es tanta su maldad, que Greene decía: “¿Qué mundo es el nuestro para que tantas cualidades se pierdan en él?”. Lo que me inquieta no es el número “Mozarts asesinados”, sino la multitud de hijos de Dios expuestos a la desgracia de la incredulidad. Este libro quisiera ser para ellos fraternal, lleno del testimonio de hombres que no son diferentes de ellos».

«Que estos cristianos que conozco, y los que no conozco, pero adivino a imagen de éstos, sepan que su testimonio vivido es necesario para los hermanos mayores. Sepan que siguen siendo verdad las palabras de Péguy: “no se haría nada si no fuera por los hijos”. Porque la infancia y la juventud es Dios, que es más joven, más tierno, más fuerte, más actual que el más actual de los periódicos de esta mañana. Y, por lo demás, es la luz que triunfa, porque no es el hombre el que salva al hombre, sino Dios mismo en Jesucristo»¹.

2. SÓLO EL CRISTIANISMO LLEGA A LO MÁS RADICAL DEL HOMBRE

No acuséis al cristianismo de ineficacia en lo que se refiere a la transformación concreta de la existencia humana. Persigue la injusticia y la maldad hasta lo más profundo del corazón del hombre. *La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo está malo, todo tu cuerpo estará a oscuras. Y si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡qué oscuridad habrá!* (Mt 6,22-23).

¡Ay de vosotros, los fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de toda legumbre, y dejáis a un lado la justicia y el amor a Dios! Esto es lo que había que practicar, aunque sin omitir aquello. ¡Ay de vosotros, los fariseos, que amáis el primer asiento en la sinagoga y que se os salude en las plazas! ¡Ay de vosotros, que sois como sepulcros que no se ven, sobre los que andan los hombres sin saberlo! (Lc 11, 42-44).

El cristianismo ofrece la justicia que salva al mundo: la ley de la caridad que hace prevalecer la verdadera justicia y le confiere su plenitud. *Yo os digo a los que me escucháis, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os maltratan. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la*

¹ Ch. MOELLER, *Literatura del siglo XX y cristianismo*, I, Madrid⁶ 1966, 20-21.

otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. A todo el que te pida, da, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames. Y lo que queráis que os hagan los hombres, hacédselo vosotros igualmente. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis?... Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida hasta rebasar, pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque con la misma medida con que midáis se os medirá a vosotros (Lc 6, 27-32. 36-38).

Superior a toda ética

En el cristianismo se llega a lo más radical del hombre, su conversión y liberación, centrada en el amor a Dios y en el amor a los hermanos, como Él nos amó. Exige una purificación del corazón hasta el punto que el respeto a la dignidad de la persona domine los deseos naturales desde sus primeras manifestaciones. Exigencias cristianas tan vitales y transformadoras que únicamente son posibles gracias a la liberación y salvación conseguidas por Cristo. A medida que los hombres realicemos este ideal, que excede a toda ética, surge la nueva vida, la nueva fraternidad y la nueva filiación de que habla el Señor. Amad, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial (cf. Mt 5, 45). El cristianismo no os quiere hacer pasar ideas muertas por realidades vivas, ni desviaros la atención hacia mitos estériles. No es dimisión, ni pecado contra la vida.

El mundo que ofrecemos

La fascinación ante lo sensible es una de las notas características del espíritu contemporáneo; pero vosotros mismos sois los mejores testimonios de que el hombre tiene necesidad de bastante más que de dicha sensible. La ausencia de interiorización, de concentración, está ocasionando grandes males y perturbaciones, y no me refiero sólo a las de carácter material, sino a las de índole psicológica y moral. Los hombres parecen buscar sólo añadiduras y débiles hilachas: restos de un festín que nunca satisface. Os estamos ofreciendo un mundo en que el progreso y la evolución, en lugar de servir al bien, van corrompiendo parte de nuestro ser. Estamos perdiendo de vista las medidas, según las cuales hay que juzgar las cosas y de las que dependen la existencia, la convivencia y la verdadera libertad. Nos invade el desenfreno del consumo y del placer y nos domina la dictadura de la ambición y el afán de ganancia.

El hombre de hoy y de mañana ha de hacer frente a fuerzas desencadenadas que le exponen a riesgos increíbles que llegan hasta el fondo de su alma. Si sólo mantiene el rigor para los problemas científicos y técnicos, y en cambio se muestra blando y tolerante para las exigencias de la ética, caerá en un relativismo que le impedirá distinguir entre razón y sinrazón, entre la utilidad y el respeto, entre lo esencial y lo casual; y así sucesivamente. El hombre quedará inerme ante las tendencias del acontecer cultural y ocultará su debilidad tras la idea de la inevitabilidad de los procesos.

Es necesario volver a establecer posiciones absolutas: hacerse otra vez capaz de formar un auténtico juicio en las cosas de la vida cultural, y mantenerlo en pie; adoptar una actitud y hacerla prevalecer luchando².

3. TESTIMONIO DE MARÍA: PRESENCIA VITAL Y SIEMPRE JOVEN

Observad el testimonio de María. Ella es presencia vital y siempre joven en el mundo. A través de su donación a Dios percibimos la fe vigorosa y la esperanza firme de su «ser siempre» y «ser en Dios», que dan como resultado esa conciencia de su misión. Vuestra juventud tiene que estar alimentada por una fe y una esperanza así. Esto es ser fiel. Ahondad en ello, porque la fidelidad, de la que tan necesitada está la sociedad de hoy, es base esencial en la estructura de la persona.

Fidelidad

María es la mujer fiel que permanece firme en su responsabilidad, en el mantenimiento de la palabra dada, a pesar de los momentos difíciles (Belén, Egipto, Crucifixión en el Calvario), que parecen no encajar con la idea de la Providencia de Dios. Su fe y esperanza en la palabra de Dios le dan la convicción de que sólo de Él viene la fidelidad al mundo, porque Cristo tomó sobre Sí la responsabilidad por la culpa del hombre y permaneció fiel en ella hasta su muerte y resurrección. Sólo la fidelidad que supera el tiempo fugitivo tiene verdadero sentido y fuerza de exigencia para superar los motivos que palidecen y se muestran inseguros.

Compromiso activo y generoso

Pablo VI, en la *Marialis cultus*, expone con claridad este testimonio de María. Aunque está a vuestro alcance, os lo voy a presentar. No es que lo dirija especialmente a vosotros, los jóvenes, pero debéis acogerlo como si así fuera.

Pide la lectura de las Sagradas Escrituras, que, hecha bajo el influjo del Espíritu Santo y teniendo presentes las adquisiciones de las ciencias humanas y las variadas situaciones del mundo contemporáneo, llevará a descubrir cómo María puede ser tomada como espejo de vuestras esperanzas. Los jóvenes, anhelosos de participar con poder de decisión en las elecciones de la comunidad, contemplaréis con íntima alegría a María que, puesta en diálogo con Dios, da su consentimiento activo y responsable, no a la solución de un problema contingente, sino a la obra de los siglos, como ha sido llamada justamente la encarnación del Verbo.

Os daréis cuenta de que la opción del estado virginal por parte de María, que en el designio de Dios la disponía al misterio de la Encarnación, no significó rechazo de otros valores, sino que constituyó una opción valiente, llevada a cabo para consagrarse al amor de Dios.

² Cf. R. GUARDINI, *La preocupación por el hombre*, Madrid 1965, 48.

Comprobaréis con gozosa sorpresa que María de Nazaret, aun habiéndose abandonado a la voluntad del Señor, fue algo del todo distinto a una mujer pasivamente resignada a una religiosidad alienante, antes bien no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos, y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo.

Reconoceréis en María, que sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio. Todas estas situaciones no pueden escapar a vuestra atención, ya que queréis secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad.

María no se os presenta como una madre celosamente replegada sobre su propio Hijo divino, sino como mujer, que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo y cuya función maternal se dilató, asumiendo sobre el Calvario dimensiones universales. Su ánimo de vivir está unido a la confianza en la guía de Dios.

En el Evangelio aparece claro cómo la figura de la Virgen no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece el modelo perfecto del discípulo del Señor:

- *Artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia lo celeste y eterno.*
- *Promotor de la justicia que libera al oprimido y da la caridad que socorre al necesitado.*
- *Sobre todo, testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones³.*

4. LA ACTUACIÓN DEL CRISTIANO NO SE EVADE DE LA CONDICIÓN HUMANA, NI DEJA DE ASUMIR SU PROPIA RESPONSABILIDAD

María no escamotea la vida, no se evade de la condición humana, ni deja de asumir sus propias responsabilidades, como acabamos de ver. El cristiano no puede salvar su alma sin procurar salvar la tierra en que vive, llamada a ser una tierra nueva.

El hombre no es sólo alma. Todo cuanto tienda ilegítimamente a oscurecer el dato fundamental humano, es impropio e incluso ofensivo para Cristo, que ha restaurado la naturaleza humana, la ha asumido, la ha amado y la ha enriquecido con dones sobrenaturales. El cristianismo no contempla únicamente el alma, sino la total realidad humana.

San Pablo habla del hombre carnal al que hay que convertir en hombre espiritual, de las obras de la carne y de las obras del espíritu, del hombre viejo y del hombre nuevo, pero es «todo» el hombre el que ha renacido a la vida de Dios y todo gime dolores de parto por su liberación. Esta es vuestra tarea, jóvenes, porque sois fuertes. Trabajar es colaborar con Dios: únicamente mediante el trabajo de

³ PABLO VI, *Marialis cultus*, 37.

todos, entretejido con las aportaciones personales de cada uno, vamos haciendo un mundo mejor y progresando en la fraternidad.

«Uno de los rasgos del retorno primaveral de la religión es que el sentimiento religioso brota hoy del corazón de lo humano; nos habíamos extralimitado en hacer de la religión algo separado; me horroriza concebir la religión como asunto privado. Bien lo saben los Estados totalitarios, que se aseguran siempre, como primera posición, el hacer entrar el dominio religioso en el puro ejercicio del culto y de separar de él todos los dominios de la vida intelectual, de la vida social, de la vida política; y esto, al fin, destruye la religión, cortándole su honda raigambre humana. Ahora bien, hoy sucede precisamente lo contrario; la religión brota del fondo mismo de las actividades humanas, como una dimensión de la existencia humana; brota en el interior de la ciudad, en la medida en que la adoración o la presencia de Dios aparece hoy como una sustancia tan necesaria a la ciudad como la vida económica, como el desarrollo científico»⁴.

Ayuda a los demás

Los cristianos, en virtud del mandamiento principal de nuestra religión, no podemos dejar a los hombres en el infierno de la miseria, de tantas clases de miseria como hay en nuestra sociedad. Tenemos obligación de ayudar a los que lo necesitan, en la medida de nuestras posibilidades, a franquear el umbral que les separa de los demás; el de la pobreza religiosa, moral, social, intelectual, económica. *Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme... En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a Mí me lo hicisteis* (Mt 25, 35-37. 40).

Plenitud de redención

Pero no nos quedemos en una incompleta e insuficiente redención, puramente humana y material. El amor y la justicia de Dios manifestados en Cristo significan que Él cumple sus promesas hechas a los hombres. Nuestra justicia y amor significan que hemos de buscar ante todo el Reino de Dios para anteponerlo a todo lo demás. Los hombres que así vivan llegarán a la plenitud de redención, en que todo será nuevo. *Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya. Y vi la ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo. Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos, y ellos serán su pueblo y Él, Dios con ellos, será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni habrá llanto, ni gritos, ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado* (Ap 21, 1-4).

⁴ J. DANIELOU, *El escándalo de la verdad*, Madrid 1962, 181-182.

5. SABER AMAR ES CUMPLIR TODA JUSTICIA

María es bienaventurada porque creyó en el amor de Dios, y al creer supo que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor. Escuchó su palabra, la guardó en su corazón, y esta palabra fue la luz que iluminó su existencia. Su vida está en función de la redención, es decir, del servicio de la humanidad; por eso su amor supo, por gracia de su Hijo Jesucristo, cumplir toda justicia. María era buena porque, como dice Guardini al referirse a la bondad, tenía buena intención respecto a la vida, de raíz.

«La bondad renuncia, porque es generosa y concede libremente a los demás; porque tiene confianza y deja que la vida vuelva a empezar otra vez constantemente... En la bondad también hay fuerza. Cuanto más pura es, más fuerza, y la bondad más perfecta es inagotable. La vida está llena de dolor, si uno tiene buena intención respecto a la vida, cuando viene el dolor y es sentido, ello, pese a todo, lo fortalece... La verdadera bondad no habla mucho, no se adelanta, no hace ruido con organizaciones y estadísticas: no fotografía y no analiza. Cuanto más profunda es, más silenciosa se vuelve. Es el pan cotidiano de que se nutre la vida. Donde desaparece, por mucha ciencia que haya, y política y bienestar, en el fondo todo sigue frío»⁵.

Valor del arrepentimiento

El que dice que ama a Dios y no ama a su prójimo, es un mentiroso (1Jn 4, 20). El que dice que ama y lucha por la verdad, la justicia y la paz, y no lucha contra su propio egoísmo, contra su propio anhelo de dominio y posesión, es un farsante. Mengua la fidelidad en el mundo, porque mengua la fidelidad a uno mismo, a la radicalidad en el propio reconocimiento para corregir nuestras faltas. El arrepentimiento toca el núcleo central de nuestro ser, es una de las más poderosas formas de la manifestación de nuestra libertad, porque nos enjuiciamos a nosotros mismos y nos ponemos contra nosotros al lado del bien. Nadie da lo que no tiene; lo que tengamos en nuestro interior, eso es lo que daremos y lo que proyectaremos a nuestro alrededor.

La claridad para examinarse y aceptarse uno a sí mismo y la valentía para tomar medidas concretas, constituyen el fundamento de toda existencia. Es el primer paso que hay que dar para ir a los demás y construir en el mundo el reino de Dios, que es reino de verdad, de justicia, de amor y de paz. Y como todo estriba, en última instancia, en los pecados personales, en las miserias de cada individuo, en la mentira y falsedad de cada hombre, el cristiano sabe hasta qué punto él es responsable de los males que aquejan al mundo. Antes de tirar la primera piedra empieza a exigir de sí mismo con honradez su renovación, y arranca con entereza de su interior la injusticia y la mentira. Somos cada uno de nosotros los que hacemos que la vida sea mala, y somos cada uno de nosotros los que hemos de hacer que sea mejor. El cristianismo es lo contrario a un «sí» condicional: «si los demás no aman», «si los demás no son justos», «si los demás no son honrados», «si el otro no da el primer paso» ... No existe ninguna condición para vivir en la verdad, realizar la justicia, amar y sacrificarse por los

⁵ R. GUARDINI, *Meditaciones teológicas*, Madrid 1965, 724-726.

demás. La única condición que existe es para una mayor exigencia: *si tu ojo te da ocasión de pecado, arráncalo; si tu mano es ocasión de pecado, córtatela* (Mt 5, 29-30).

La luz del cristianismo

El cristianismo está presente en todos los esfuerzos de la ciudad temporal, porque tiene su cita aquí en la tierra, donde tiene que practicar el amor. Materialmente, los gestos, las actuaciones de los cristianos pueden ser los mismos que muchos de los no cristianos, pero la luz que los ilumina es sobrenatural, la fe, victoria que ha vencido el mundo. Dan testimonio de la primacía de Jesucristo en la propia vida y en las propias obras. Luchan como si todo dependiera de ellos, pero se ponen de rodillas como si todo dependiera de Dios.

Vosotros sabéis que no tenemos que esperar a que todos los hombres hayan pasado de la miseria o la pobreza, para predicar el Evangelio, porque entonces el mensaje de salvación no se hubiera predicado nunca. No compliquemos las cosas, no puede separarse nada. Vivamos siendo cristianos, mejor dicho, vivamos intentando *ir siendo* cristianos. La Iglesia es también humana, porque la salvación ha sido puesta en manos de hombres que tienen necesidad de ser cotidianamente rescatados de sus pecados. No juzguéis al mundo que os parece abandonado de Dios. Cuanto más se profundiza en lo que parece ausencia de Dios, más se descubre en la fe su presencia y acción. Somos cristianos en la medida en que vivimos del perdón divino.

«Que el mundo no destruya en nosotros lo que en nosotros hay de valioso... Al oscurecer he vuelto a casa y he leído la Biblia para tratar de hacer brillar la luz en mi noche. Hay minutos en que uno no puede evitar el inspirarse horror a sí mismo, minutos en que se está de acuerdo con aquellos que nos condenarían si pudieran. Pero lo que menos sabe el mundo es lo que pasa en un alma, y creo que si yo debiera ser juzgado por el mundo, en lugar de ser juzgado por Dios, sería condenado. He releído cuatro o cinco veces el poema de Herbert, de que he hablado a Gide:

*Pero mientras yo tronaba, más feroz y con cólera,
en cada una de mis palabras.
Creí oír una voz que decía: "Hijo";
y respondí: "Señor"»⁶.*

6. EL FUTURO DEFINITIVO HA COMENZADO YA. PRONUNCIAD EL FIAT

A pesar de todas las apariencias negativas, la humanidad ha sido salvada ya por Dios en Jesucristo. Podéis decirle a Dios: *PADRE*, porque sois verdaderamente hijos. «Lo contrario de un pueblo cristiano es un pueblo triste, un pueblo de viejos», dice Bernanos en *Diario de un cura rural*. Pero la alegría no es una realidad que se tiene sin más. Proviene, aunque parezca una paradoja, de la

⁶ JULIEN GREEN, *Testigo de lo invisible*, en CHARLES MOELLER *Literatura del siglo XX y cristianismo*, I Madrid⁶ 1966, 424.

cruz de Cristo. Dios se sirvió de ella para salvar al mundo. El cristiano tiene que ser otro Cristo, y la Pascua no la viviremos plenamente más que en la gloria del Reino. No creáis inutilizado a Cristo en sus instituciones, en la aparente ineficacia de los sacramentos, de la lectura de la Palabra, de las celebraciones de la Eucaristía. El poder y la gloria de Dios están presentes en este mundo nuestro, que a veces tanto nos duele y otras nos enajena.

Volved la mirada a la Virgen de Nazaret que pronuncia para toda su vida el *FIAT* de la redención. Contempladla en el Calvario al pie de su Hijo ajusticiado, sin desconcertarse en ninguna situación. Reflexionad en la misteriosa solidaridad de María con el sufrimiento y miserias de todos los hombres. Su dolor, la espada que la atraviesa, es testimonio de Cristo. El reino de los cielos padece violencia, y sólo los que se la hacen lo logran. Dios nos ha confiado una tarea que no hará sin nosotros, y también cada uno de nosotros tiene que pronunciar su *FIAT*. Tengamos confianza en Jesucristo que nos busca antes de que le busquemos nosotros. No podemos crear en nosotros la fe, como María no puede crear en ella a Cristo, pero tenemos que dar nuestro consentimiento. Nada se hace sin esfuerzo.

Liberación del pecado

Por la resurrección de Cristo, nuestro futuro definitivo ha comenzado ya. Esta es la verdadera causa de nuestra alegría, de nuestra salvación en Cristo Jesús. Estad seguros de que «Cristo es el único camino al Padre. Cristo es el modelo supremo, al que el discípulo debe conformar la propia conducta, hasta lograr tener sus mismos sentimientos, vivir de su vida y poseer su Espíritu: esto es lo que la Iglesia ha enseñado en todo tiempo, y nada en la acción pastoral debe oscurecer esta doctrina... La misión maternal de la Virgen empuja al Pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a Aquella que está siempre dispuesta a acogerlo con afecto de madre y con eficaz ayuda de auxiliadora; por eso el Pueblo de Dios la invoca como consoladora de los afligidos, salud de los enfermos, refugio de los pecadores, para obtener consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad, fuerza liberadora en el pecado; porque Ella, la libre de todo pecado, conduce a sus hijos a esto: a vencer con enérgica determinación al pecado. Y, hay que afirmarlo nuevamente, dicha liberación del pecado es la condición necesaria para toda renovación de las costumbres cristianas»⁷.

Primacía de la fe

No queramos arreglar primero las cosas y luego mirar a Dios. Hay que mirar a Dios, convertirse de corazón, y después empezar a enderezar en esta línea nuestra existencia. No podemos hacer de nuestro cristianismo la forma religiosa de nuestro amor propio personal, de nuestra propia afirmación. Nunca la fe es una forma de propiedad, es un punto de partida, de camino, de confianza, de esperanza, de súplica, de desarrollo de la nueva vida que nos va «haciendo cristianos».

⁷ PABLO VI, *Marialis cultus*, 57.

Jóvenes, asumid la responsabilidad de vuestra tarea a la luz de la actuación de esa joven mujer que aceptó que Dios rigiera su voluntad. En esto consiste el Reino de Dios, en que Él rija nuestro corazón. No podemos aceptar determinados aspectos del Evangelio y rechazar otros; de nada sirve fijarse sólo en detalles. La fe penetra todas las energías y fuerzas vivas de nuestro ser. Sólo una cosa importa, si Él, Cristo, es la verdad: poner, como María, nuestra vida rumbo a Dios. Chesterton dijo en cierta ocasión que los dogmas, la revelación, son como el sol: no los podemos mirar, pero a su luz vemos todas las cosas. Que nadie se engañe con ideologías y sistemas más o menos gratos a la naturaleza, más o menos eficaces para determinadas situaciones. No os dejéis prender por ellas. Sólo en Cristo habita y está la plenitud. Si le seguís, no perderéis la vida. La ganaréis para vosotros y para otros muchos. Vendréis a ser semilla fecunda que dé el treinta, el sesenta y el ciento por uno.

Intercesión y ayuda

La ayuda de María a los hombres perdura sin cesar desde el consentimiento que dio fielmente en la Anunciación y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta el fin de los tiempos. Siempre está intercediendo por nosotros y nunca abandona su misión de madre. Este amor la lleva a preocuparse de los hermanos de su Hijo que aún peregrinan y se debaten entre peligros y angustias. Su fidelidad es y seguirá siendo fecunda en toda la historia de la humanidad⁸. Ella contribuye a la verdadera causa de la justicia y de la verdad: la salvación. Imitadla con todas vuestras jóvenes y fuertes energías. Cristo resucitó y nos reveló que por su muerte la vida, la justicia, la libertad, la felicidad y el amor quedan eternamente encarnadas en el corazón de la tierra: *Él es el principio, el primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas* (Col 1, 18). A vosotros os corresponde dar el paso y seguir siendo fieles.

7. NO ESPERÉIS EN RAZONES HUMANAS PARA SER OPTIMISTAS. CREER, COMO MARÍA, EN CRISTO, ES LO QUE OS SOSTENDRÁ

Creed en la gracia de Dios, creed firmemente en la obra de Dios. Creed en su amor. Creed en Jesucristo, que todo es lo mismo. Urge que la fe de los jóvenes aparezca como una certidumbre sobrenatural que se sabe sostenida por el amor de Dios. Yo estoy seguro de que si la juventud leyera mucho el Evangelio y las cartas de los Apóstoles tendría más alegría, más optimismo, más confianza, y sería mucho más rico su compromiso con la tierra que habita y más valiente y esforzada su lucha. La apostasía de ciertos grupos sociales, fruto del materialismo, de la sociedad de consumo, ha de compensarse con el vigor de la fe de grupos jóvenes. El mundo necesita el milagro de vuestra fe. No es poesía, sino una gran realidad decir que sois la primavera de la Iglesia. Preparad el futuro sin alharacas, como se han hecho y se hacen siempre las grandes obras. Luchad por la vuelta a una interioridad fecunda, que germinará en toda clase de frutos ricos y eficaces.

⁸ Cf. LG 62.

Ya sé que pido de vosotros lo que teníamos que exigirnos a nosotros mismos, un mundo con profundo calado cristiano. Si el mundo viera que el amor de los cristianos, su fe, su sacrificio, su entrega por los hombres salva y libera de verdad, se volvería hacia las fuentes cristianas. No busquemos los testigos a nuestro alrededor, no nos tiremos piedras unos a otros, seamos testimonio de Cristo. Unamos nuestros esfuerzos; cada edad tiene unos deberes y unas exigencias: en ninguna existen solamente derechos.

El ánimo de vivir

Lo importante es que cada uno descubra el papel positivo que tiene en la historia de la salvación. La fe significa comprender nuestra propia finitud desde la instancia suprema de la voluntad y del amor de Dios. *Alégrate llena de gracia, el Señor está contigo... No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios... Ninguna cosa es imposible para Dios. Dijo María: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* (Lc 1, 28-30. 37-38). Llena de confianza, afirmó después: *Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava* (Lc 1, 48). Este es el punto clave de nuestro vivir aquí y ahora, en las circunstancias concretas en que estamos: sabernos en Dios y desde Dios. De su mano hemos de acoger nuestra existencia y vivirla animosos, conscientes, responsables del amor que nos ha manifestado. Esto es lo básico y esencial hoy, cuando se habla tanto de traumas, angustias, destrucción, miedo, desconfianza, náusea, absurdo. Nuestro futuro no es algo hostil. Está ordenado para nosotros por Dios. De nosotros depende que todo contribuya al bien. Nuestro ánimo de vivir va unido a la confianza y seguridad en el amor del ser que amamos. Así comprendemos claramente cómo va unido a la confianza la Redención de Cristo.

Leed completa la primera carta de San Juan. Se nos dice que caminemos en la luz y vivamos seguros del amor de Dios como hijos suyos entrañablemente queridos. Leedla a solas, despacio. Comentadla. Confortaos con ella y ofrecedla, hecha vida en vosotros, a los que os son cercanos. El hecho de que Cristo os sostiene es indestructible, aunque os encontréis en las más duras circunstancias. Él también conoció lo que es el desprecio, el abandono, el sufrimiento. Desde Getsemaní hasta el momento de su muerte en la cruz presentimos algo de lo que todo eso significó. Es la valentía, el ánimo de Dios en Cristo ofrecido a los hombres. Él fue redención, «ocurrió por nosotros. Ocurrió para que conquistemos la valentía de ser “cristianos” en el mundo en el que Él, Dios, fue Cristo. Él ha luchado antes que nosotros, haciendo así posible la superación»⁹.

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! ...; en caso de que nos condene nuestra conciencia, Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo... Dios es amor (1Jn 3, 1.20; 4, 8). Si ponéis la confianza en vosotros mismos y buscáis el sentido del destino humano en el puro juego del libre arbitrio, si queréis seguir un camino de evasión en los placeres de la tierra, rechazando toda fe y toda ayuda trascendente, si queréis vivir sin la confianza en la redención de Cristo, acabaréis en la desesperación, en la náusea y en el absurdo.

⁹ R. GUARDINI, *Meditaciones teológicas*, Madrid 1965, 720.

De la indigencia a la plenitud

No os dejéis impresionar por el falso prestigio de sistemas de hoy, cuyo humo os oculta el brillo de la eterna Verdad. Sopesad con reflexión y con honradez la indigencia de esas teorías que parecen mensajeras de justicia, y son después una terrible opresión y un auténtico ataque a la dignidad de ser hombres. Desconfiad también de la libertad que muchos gritan y que no es más que la máscara de la defensa de privilegios. Dejad que el Espíritu de Cristo hable en vuestro interior; sólo así encontraréis la verdadera libertad.

Cristo vino para decirnos quién es Dios y quién es el hombre ante Él. Sólo el conocimiento de Cristo nos abre la puerta de la conversión y nos da fuerza para transformarnos. No esperéis en razones humanas para ser optimistas. Creer en la gracia de Dios es lo que os sostendrá. Tened seguridad en la libertad que os promete Cristo. Pero, cuidado, que el Cristo que sólo se entiende según categorías puramente humanas, como genio religioso, fundador de una religión, amigo de la humanidad, no es el Cristo manifestación de Dios, no es el auténtico; sería una invención del hombre.

Jesucristo no puede ser atravesado por una mirada humana, es el Verbo de Dios, su manifestación, la luz bajo la que hemos de mirar todas las cosas. La figura de Cristo es tan grande que rebasa los límites. En ella reside una potencia creadora universal. *Mirad que nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo. Porque en Él reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y vosotros alcanzáis la plenitud en Él, que es la cabeza de todo principado y de toda potestad* (Col 2, 8-10).

8. CRISTO DA A LOS HOMBRES LA OPCIÓN DE SU AUTÉNTICA LIBERTAD. NO LOS MANIPULA

Leed el pasaje evangélico de la Anunciación (Lc 1, 26-38 y Mt 1, 18-28) y el del joven al que llama Jesús (Lc 18, 18-23; Mt 19, 16-22; Mc 10, 17-22) u otros en que se nos presentan invitaciones de Cristo a su seguimiento. Cristo no manipula. Propone un programa lleno de exigencias claramente presentadas y respeta. Dios ha creado al hombre como ser libre y noblemente orientado para la tarea de la salvación. Esa falsa humildad que rebaja al hombre para honrar a Dios no es humildad evangélica y, por consiguiente, no es cristiana. El entender su finitud desde Dios es una línea dinámica de exigencia de perfección: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48). Dios quiere al hombre a su imagen y semejanza, conociendo, amando y siendo capaz de responsabilizarse. Ciertamente, sólo en Dios está la libertad y el bien, y el hombre sólo es libre cuando se determina por la voluntad de Dios, que ha querido haga esta opción consciente y responsablemente. Este es el juicio, testimonio de honor para nosotros, ya que nos pone bajo la medida de nuestra propia responsabilidad.

Precisamente por esto, la Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de todos los hombres: acogió la palabra de Dios y con plena conciencia la puso en práctica. No es por el tipo concreto de vida que lleva,

ambiente sociocultural en que vive, hoy superado en casi todas partes, «sino porque en sus condiciones concretas de vida, Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios; porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio; porque, en resumen, fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo: lo cual tiene valor universal y permanente»¹⁰.

No os dejéis corromper

Corréis peligro de caer en las redes y quedar seducidos por los que encauzan para sus fines egoístas el impulso y la apertura de vuestra vida joven. Basta echar una mirada por el mundo para ver cómo esa mala utilización de vuestra vida se convierte, con frío cálculo, en un método. Valores centrales de la persona, como son honradez, sinceridad, valentía, fidelidad y firmeza, se van a pique al ser manipulados y llevados por cauces que destrozan y corrompen el ser del hombre. No hay derecho, ni es posible vivir en un mundo en el que se reduce y empobrece la dignidad humana hasta encenagarla. La paz sólo puede provenir del acuerdo con la verdad. La paz del hombre sólo puede provenir del acuerdo con la verdad de su ser. No se puede pensar en reformas ni en revoluciones que no arranquen desde el corazón del hombre. Por esto dice Cristo: *Tened valor. Yo he vencido al mundo* (Jn 16-33), porque ha vencido la mala conducta del hombre. Él tomó sobre Sí el sufrimiento que procedía de nuestra maldad para hacer surgir una existencia nueva, la única que de verdad es expresión de libertad. Estad seguros, radicalmente seguros, estáis aquí en el mundo, no «arrojados en el vacío y en el absurdo», sino para realizar en vosotros lo que falta en la redención de Cristo: vuestra única y exclusiva tarea. Por nadie será hecho lo que vosotros dejéis de hacer, cada uno tiene su propia responsabilidad. Tened enraizada, hasta lo más hondo de vuestro ser, lo que fue fuerza vital en San Pablo: *todo lo puedo en Aquél que me conforta* (Fil 4, 13).

No podemos, como piensan tantos hombres de hoy, hacer del hombre lo que queremos. El hombre no es creación del hombre, como piensan Marx y Sartre; no tenemos que inventar un tipo de humanidad; ésta nos es dada y sólo nos corresponde ayudarle a lograr su plenitud. En Cristo nos es revelado el fondo último de nuestro destino, que no es simplemente un destino terreno. El Verbo de Dios mismo vino a tomar nuestras frágiles humanidades para levantarlas hasta el Padre y sumergirlas en los abismos de su misma vida. Pascal decía: «Y es verdad que solamente en Jesucristo se nos revela plenamente el misterio mismo de lo que nosotros somos»¹¹.

El Evangelio es siempre joven

Hay jóvenes que no se paran a preguntarse cuál es el sentido de su vida. Dormitan amodorrados y sumidos en el embotamiento, ciegos ante el resplandor de la verdad. Parece como si ninguna sacudida inesperada de la vida fuera capaz de despertarlos. La diversión, o la evasión de la clase que sea, les tranquiliza. Un medio ambiente en el que parece como si fuera Dios quien tuviese

¹⁰ PABLO VI, *Marialis cultus*, 35.

¹¹ Cf. J. DANIÉLOU, *El escándalo de la verdad*, Madrid 1962, 215.

que justificar su existencia. Pues bien, a esos compañeros vuestros, tan faltos de libertad ya, tan manipulados por la sociedad que les esclaviza, tiene que despertarles la vivencia cristiana de otras vidas jóvenes. Necesitan que una luz fuerte ilumine su situación y que la palabra divina, clara y desnuda, penetre hasta las junturas de su espíritu.

Creo que es vital esa idea que tanto penetró en Péguy, Marcel y Bernanos: el Evangelio es siempre joven, vosotros sois los viejos: «He sido bautizado esta mañana, en una disposición interior que apenas osaba esperar: ninguna exaltación, sino un sentimiento de paz, de equilibrio, de esperanza y de fe... Vertiginosa proximidad de Dios. Retorno al aquí, al ahora, que recobran un valor, una dignidad sin par. El milagro cristiano se presenta actualmente como punto de rejuvenecimiento absoluto. Y acaso como fuente eterna o permanente de todo rejuvenecimiento posible»¹². La vida del cristiano es una vida nueva a la que se renace y en la que uno va experimentando la libertad de los hijos de Dios, tan distinta de tantas otras libertades que se proclaman a gritos, porque ellas en sí mismas no tienen ninguna fuerza.

«Sartre da testimonio también, con plena razón, de la importancia de la libertad para bastarse a sí misma. Pero su error reside en creer que ella sólo puede escapar a su impotencia renegando de sí misma. El problema es saber si hay un orden donde la libertad puede inscribirse sin enajenarse. Ahora bien, ese orden existe. Ahí está, en primer lugar, el orden de la reciprocidad de personas. Porque admitir que mi libertad quede limitada por la libertad de otro no es renunciar a ella, sino reconocer que debo querer la realización de la otra con la misma razón que la mía, es decir, pasar del plano del tener al plano del ser. Pero, de un modo más especial, ese orden en que mi libertad se realiza, es el plano de Dios, que no corresponde a una ley impersonal y extrínseca, sino al reconocimiento de una libertad personal infinitamente santa y que, por otra parte, está inscrita en las implicaciones mismas de mi existencia espiritual, de suerte que obedecer a ella es al mismo tiempo alcanzar mi plenitud. En esta verdad es donde únicamente se realiza la libertad»¹³.

9. CRISIS DEL SENTIDO DE LA VERDAD

Daniélou, en este mismo libro que os acabo de citar, analiza el por qué de la reacción de defensa de muchos hombres de nuestro tiempo cuando se habla de la VERDAD. El origen de esta reacción la sitúa en varias causas.

La ciencia

Una es la evolución del espíritu científico. Muchos ponen una desenfadada confianza en la ciencia y en su capacidad para resolver los últimos secretos del destino del hombre y para librarle de sus últimas servidumbres. Y no es precisamente en los sabios donde se da este cientificismo dogmático, pues, por

¹² G. MARCEL, *Être et avoir*, París 1935, 30-31.

¹³ J. DANIELOU, *El escándalo de la verdad*, Madrid 1962, 58.

el contrario, es rechazado por la mayoría de ellos en todos los campos: matemático, físico, médico, etcétera.

El sabio de hoy tiene conciencia del carácter provisional de sus hipótesis de trabajo, siempre sometidas a revisión por el descubrimiento de hechos nuevos. Y precisamente por aquí surge el peligro de la transposición que invita a considerar este tipo de saber como «el tipo de saber», a pensar que los dogmatismos han desaparecido y que el sentido de lo relativo es una de las adquisiciones del espíritu moderno. A consecuencia de lo cual se aplica sin rigor y sin fundamento el relativismo a campos que no lo admiten y se sustituye la noción de certeza por la de aproximación, el sentido de la verdad por el de búsqueda.

La palabra

La segunda causa la ve en lo que es uno de los rasgos más característicos de nuestra época: la desconfianza frente a la palabra por su desvalorización. A fuerza de ser engañados, los hombres se han hecho recelosos, y toda afirmación los pone en guardia. Los jóvenes os interesáis por las realidades concretas de la vida, de los hechos sociales, de la preparación científica y de la vida económica más que por las palabras y los discursos grandilocuentes. También aquí se ha producido la transposición que ha llevado la desconfianza al dominio propio de la verdad: el de los valores supremos de la existencia y revelación del Dios vivo. Existe el temor de entregarse, porque se tiene miedo de ser engañados. Pero la actitud de «rechazar esa confianza, cuando está justificada, es tan poco razonable como rechazar la evidencia cuando se presenta con todo su esplendor. Muchas mentiras no hacen que no haya verdad»¹⁴.

La sinceridad

La tercera causa de esta crisis del sentido de la verdad obedece a una inversión de perspectivas: el punto de vista objetivo de la verdad ha sido sustituido por el punto de vista subjetivo de la sinceridad. Y quisiera que fuerais muy honrados en el examen de esta tercera causa, porque la juventud está muy sensibilizada a su favor, precisamente como consecuencia del punto anterior: la desconfianza frente a la palabra. Queréis hechos de vida, en el fondo todos los queremos, pero esta riqueza de lo vivencial no debe llevarnos a perder el camino y desenfocar las cuestiones, porque acabaríamos matando la misma vivencia y honradez que atrae nuestro interés. Quiero citaros las palabras textuales de Daniélou: «Se da más importancia a la sinceridad con que un hombre vive su fe que al valor objetivo de esa fe. No quiere decir esto que se haya de negar el respeto a todo hombre sincero. Pero la sinceridad con que es vivida una causa, de ningún modo es argumento en favor suyo. Las peores causas han conocido fanáticos de cuya sinceridad nada nos permite dudar. Se puede respetar a un hombre y detestar las ideas que representa. No porque existan comunistas sinceros queda justificado el comunismo. Y a menudo eso es lo que sucede hoy».

¹⁴ *Ibid.*, 24.

«Podrían aducirse ejemplos a este respecto en multitud de campos. La idea de una moral objetiva, que es conformidad de obras con la voluntad de Dios, resulta suplantada por una ética individual que es conformidad de las obras con la propia visión de las cosas. Esta es la característica de los escritores contemporáneos, trátese de Malraux o de Montherland, de Camus o de Sartre. Tal era ya la ética de Gide. El único deber es llegar hasta lo más hondo de sí mismo, sea en el afán de poder, en el acto revolucionario, o en la noche de la contemplación. Una novela como *La condition humaine* es característica en este sentido. Cada uno se da sus propias normas y sólo se le exige que se ajuste a ellas».

«Lo mismo sucede en el plano religioso. Se concede más importancia a la autenticidad del sentimiento religioso que al contenido de la fe a la que se presta adhesión. Poco importa, se dice, que seas budista, musulmán o cristiano: lo importante es serlo sinceramente. Y también aquí el argumento encierra una parte de verdad; es cierto que los hombres de buena fe serán juzgados según las luces que hayan recibido. Pero no es menos cierto que se puede estar de buena fe en el error, y que el hecho de que en todas las religiones haya hombres religiosos no hace que todas las religiones sean iguales. Y la consideración subjetiva de la calidad del sentimiento religioso nunca podrá ganar la precedencia a la importancia primera de la verdad de aquella a la que el espíritu se adhiere»¹⁵.

Inmediatismo

La última causa señalada es la sustitución del criterio de verdad por el de eficacia. El hombre de nuestra época es eminentemente práctico y juzga sobre los resultados inmediatos más que sobre los principios de acción. Esto, aunque se justifique en ciertos aspectos, tiene el peligro de dar primacía a la acción sobre la doctrina. Lo justo y lo exacto es que la acción sea efecto de la fecundidad de la verdad. La verdad nunca está falta de eficacia, sino la forma de vivirla y realizarla. Tangiblemente vemos en el terreno de la vida cotidiana que toda buena práctica es hija de una buena teoría.

No es posible lanzarse a la acción sin ver el fundamento y la causa que la motiva y las consecuencias de ella. Esta ligereza en el actuar lleva a aceptar tesis falsas y a convertirse en presa fácil de la última que de momento parece eficaz. Si los cristianos no hemos actuado sobre el mundo como hubiéramos debido, como estamos debiendo hacerlo, no es por causa del cristianismo, cuyas exigencias implacables de caridad son evidentes, sino por causa de nuestro modo deficiente de vivirlo. Es intrínseca a la verdad la realidad, la eficacia y la fuerza, y todo esto se da gracias a la verdad que se capta. San Pablo presentaba el Evangelio como fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree: *el justo vivirá por la fuerza de esta verdad* (Rm 1, 16).

Los pensadores y los psicólogos que estudian los condicionamientos de las distintas edades ven en la juventud la afirmación fuerte y rica de la personalidad que se va abriendo paso. Tenéis el ánimo orientado hacia lo grande y lo justo. No queréis transacciones. Pensáis que las ideas verdaderas y justas tienen realización inmediata, que se pueden cambiar las condiciones de la realidad y

¹⁵ *Ibid.*, 24-25.

darles forma óptima. Confundís la grandeza de los proyectos con la posibilidad de realizarlos. Por eso es grande el peligro de dejarse engañar.

Os falta la paciencia, actitud poco grata para quien no quiere esperar, pero esencial para cualquier logro. Os falta experiencia de la realidad. Y experiencia de la realidad no quiere decir aquí saber con pesimismo con qué frecuencia fracasa el bien y se hace el mal, sino saberlo de modo justo. Quiere decir conocimiento de lo que realmente puede uno mismo y pueden los demás, de las circunstancias que rodean a cada persona y a cada hecho, del conjunto del acontecer histórico, de los elementos sencillos, aunque poderosamente influyentes, como son lo cotidiano y lo mediocre.

Esta falta de paciencia y experiencia, así concebidas, unidas al maravilloso empuje y vitalidad propios de vuestra edad, a ese sentimiento de lo absoluto, es lo que os hace, como decía anteriormente, campo propicio para las manipulaciones de los demás sobre vosotros. La verdad nunca debe ser oída con escepticismo. No la rechacéis, ni admitáis otros criterios de sustitución. Las técnicas de propaganda de las ideologías son muy eficaces, aunque en muchos casos ya empiezan a adivinarse sus manejos. La verdad no es aquí la ideología. Esta puede transformar en dogmatismos incluso lo que es puramente contingente. La verdad de todas las épocas, la verdad de siempre y que siempre permanece es Dios, manifestado en Jesucristo. Él es el camino, la verdad y la vida. El sentido de verdad, la única Verdad, de la que todas cobran su ser, no puede estar nunca en crisis.

10. VUESTROS DEBERES Y DERECHOS

Devolved a nuestra época el pleno sentido de la verdad, y con ello volverá el sentido de lo sobrenatural. El valor de orden natural, de la ciencia que lee sus leyes, de lo válido y eficaz, este valor, cuya importancia redescubrimos cada vez más, representa la expresión del pensamiento de Dios. Pero también hay ya para siempre ALGO nuevo, lo sobrenatural, que es el don de Cristo, su gracia, la vida divina. Continudad la construcción de la ciudad terrestre; tenéis obligación de hacerla tan fraternal como os sea posible, pero tened bien claro que sólo esto, ni basta ni es posible. No basta porque el hombre anhela a Dios; no es posible porque sobre la historia gravita ya para siempre la salvación obrada en Cristo.

Escuchad el canto de un hombre, peregrino de esta tierra, que gritó unas veces su fe y otras su escepticismo; unas su indignación y otras su generosidad. Son unos versos de León Felipe en su poema *Oración*.

«Más sencilla... más sencilla.
Sin barroquismo,
sin añadidos ni ornamentos.
Que se vean desnudos los maderos, desnudos
y decididamente rectos.
Los brazos en abrazo hacia la tierra,
el astil disparándose a los cielos...

Más sencilla... más sencilla...
haz una cruz sencilla, carpintero»¹⁶.

Para llegar a abrazar la tierra se necesita el amor de Cristo; no se puede ver con claridad sin tener la vista en el cielo. Podéis amar porque Cristo os amó. Tenéis una tarea llena de amor que realizar y un camino que recorrer. En esos versos volvemos a encontrar el acento cristiano de los primeros cantos de su peregrinaje, *Versos y oraciones del caminante*:

«Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino
que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios»¹⁷.

Todo está hecho para conducirnos a Dios, aunque muchas cosas os aparten de Él. Este es el problema. Por el mal uso se transforma en obstáculo lo que tenía que ser camino. Las actividades terrestres, temporales, las circunstancias concretas y personales son la materia, los medios para ir a Dios. Esta es la responsabilidad personal de cada uno en su camino hacia Dios, camino virgen no recorrido por nadie, en el que tenéis que recuperar la unidad de vuestra vida: en eso consiste vuestra verdad. Depende de vosotros el transfigurar, por la realidad de la continua conversión, la vida cotidiana llena de dificultades. Tenéis que encontraros con Cristo en vuestra vida tal cual es.

Respuesta libre y responsable

Dios no pide que vayamos a Él prescindiendo de las actitudes terrestres: la creación sería absurda y estaría hecha al revés. No, la dualidad la hacemos nosotros al apartarnos de Dios; *todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios* (1Cor 3, 22-23). Es la grande y fecunda teología paulina.

Mujer, ahí tienes a tu hijo, dijo Cristo a su Madre desde la Cruz (Jn 19, 26). Todo es consecuencia del camino que empezó a recorrer en la juventud, allá en su casa de Nazaret. María sabe y vive las exigencias del nuevo amor que Cristo vino a traer a la tierra. Desde que fue Madre de Cristo lo fue de los hombres. Nos concibe al acceder libremente a la llamada a ser Madre del Redentor que da la vida a todos. Nos da a luz en el Calvario, cuando Cristo está muriendo y sintiendo el misterio de su desamparo, cargado con todas las consecuencias del mal del mundo. Ella ha presenciado los tormentos de su Hijo, las afrentas, las burlas y el incomprensible abandono de Dios. También en María, en su condición humana, el dolor rebasa lo que podemos pensar e imaginar. Está viendo a Cristo, el Camino, la Verdad y la Vida, y Ella, la primera cristiana, le imita, acepta y repite el *FIAT*. ¿Qué dolor hay entre los nuestros comparable a su dolor? Es la madre

¹⁶ LEÓN FELIPE, *Obras completas*, Buenos Aires 1963, 82.

¹⁷ *Ibid.*, 35.

que sabe el nombre de cada uno, su vida, sus fallos, sus gustos, sus éxitos, sus fracasos, sus debilidades, y que, sin embargo, nos ama y coopera a nuestra redención.

Derechos y deberes

Sed conscientes de vuestros deberes. Sabed que no existe un derecho que no tenga junto a sí la exigencia de un deber. Tenéis el derecho a la libertad, porque tenéis el deber de la dignidad humana. Los jóvenes actuales dais muchas veces la impresión de hombres desequilibrados, como dice Marañón, por la hipertrofia del sentimiento del derecho sobre el sentimiento del deber. Leed a este respecto los dos ensayos sobre *El deber de las edades* y *Los deberes olvidados*. En el primero analiza los deberes que impone la edad al individuo humano: la obediencia en la niñez, la rebeldía en la juventud, la austeridad en la madurez y la adaptación en la vejez. En el segundo, la pérdida de aquellos puntos de referencia éticos que nos sirven para orientar nuestra conducta, los deberes que olvidamos y los derechos que exigimos.

Me fijo en lo que os atañe:

«El joven debe ser rebelde, sin rebeldía roja ni negra, sino vital, entusiasta, desinteresada, ante el espectáculo de la sociedad en perpetua evolución. ¿Y quien que haya vivido con gente joven podrá dudar de que tengo razón? Y si la tengo, ¿podrá ser peligroso –como algunos me objetan– el que digo la verdad, que es siempre sagrada y eficaz? ...»

«Mi tesis de la rebeldía juvenil no puede interpretarse como escandalosa desde el momento en que he hablado del DEBER de la rebeldía; del deber, y no del DERECHO a ser rebelde. Ningún deber es ni ha sido jamás subversivo ni peligroso...»

«El derecho a la rebeldía es una fuerza disolutiva y ciega que nadie puede atribuirse, cualquiera que sea su condición y edad. El deber de la rebeldía es, por ser deber, ante todo una disciplina. Disciplina para no acomodarse a la arbitrariedad de los demás, que es la verdadera indisciplina, aun cuando muchas veces tenga el marchamo de la legalidad. Y esta disciplina de no someterse ante la injusticia, en la niñez constituye una quimera, porque el niño es débil, y en la plenitud es un heroísmo excepcional, porque el hombre maduro suele estar paralizado por la responsabilidad. Queda, pues, como deber, reservada a la juventud. Y sin ella la humanidad se convertiría en unos cuantos años en un rebaño de corderos manejados por gañanes ignorantes y viles».

«Cuando he dicho a los jóvenes: “Sed, por deber, rebeldes”, he añadido siempre: “rebeldes, no con rebeldía sistemática y ciega, sino contra lo que no sea justo, y ante todo contra vuestra propia juventud, que está indefectiblemente ribeteada de arbitrariedad”. Se dice que hay que domar los instintos juveniles, pero domarlos no es aplastarlos, sino vencerlos, rebelándose contra ellos... El joven de hoy, a la inversa de San Bruno, da uno a los demás por cada ciento que exige y toma para sí. Y es urgente que invierta esta fórmula, para que florezca en sus manos el porvenir, cuya responsabilidad se le acerca a pasos de gigante... Su misión en el futuro será, ante todo, restablecer la disciplina del deber: hacer de

la vida un sacrificio del individuo por el bien de los demás, al contrario de lo que ejercen ahora»¹⁸.

11. TESTIGOS DE LA RESURRECCIÓN

Os digo como San Pablo a los corintios: *manteneos firmes en la fe. Sed hombres, sed fuertes, haced todo con amor* (1Cor 16, 13). En Jesucristo no se enajena la dignidad humana. Por el contrario, Él nos introduce en lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, en una verdad trascendente: la verdad de Jesús, que os dice que hay que tomar a Dios, por Él revelado, como centro, y no al hombre.

¿Creéis que es posible la realidad de que luchando desaparezcan todas las barreras que separan a los hombres; barreras de odio, de venganza, de clases, de naciones, de razas? Es un mito. Una imagen laica, falsa, de la Jerusalén celestial. Leed los Hechos de los Apóstoles, veréis qué palpar de auténtica fraternidad y filiación. Reflexionad sobre las exigencias del cuerpo místico de Cristo, mirad la vida que implica la comunión de los santos, dejad sentir en vosotros lo que es vivir en un mismo Espíritu. Esta es la única y verdadera revolución y renovación. Ved las vidas de los santos cristianos, tan humanas, tan como vosotros, con tanta confianza y fe en Jesucristo que los llevó a amar, como Él amó. Esto es eficacia.

Y sed honrados también en vuestros juicios y análisis. Aunque estemos en una Iglesia peregrina entre luces y sombras, en una Iglesia pecadora, *porque nosotros lo somos*, ved también la multitud de obras y nobles testimonios a lo largo de la historia y en todos los campos. Somos nosotros los hombres de todas las épocas, los que la manchamos, y luego decimos que tiene manchas. Somos nosotros los que no vivimos su verdad y luego le negamos la eficacia. A pesar de eso, hay hombres y mujeres, ancianos, jóvenes y niños que al vivir el mandamiento cristiano van llevando al mundo entero a su plenitud. Bernanos conoció nuestras alegrías y tristezas, pero amó a la tierra como obra del Creador. Por eso dijo: «Cuando me muera, decid al dulce reino de la Tierra que yo la amaba más de lo que nunca he osado confesar»¹⁹.

Reina de la paz y la alegría

La vida es milicia (Job 7, 1). *El que no está conmigo, está contra Mí* (Lc 11, 23). A María la invocamos como Reina de la paz. Es que la paz de Cristo es posterior a la guerra que el hombre ha de hacer consigo mismo. La paz es consecuencia de la bondad, del orden, de la justicia, del restablecimiento de las cosas en su verdad.

Ser testigos de la Resurrección de Cristo; esto es ser cristianos.

Los hombres tenemos vocación para la alegría, no para el sufrimiento. Toda nuestra vida es un prólogo para la Pascua. Fijaos en la alegría de la Virgen; a Ella la llamamos Causa de nuestra alegría, porque es el tipo real y originario que la Iglesia nos da. María encarna nuestra esperanza, porque llevó en su seno la

¹⁸ GREGORIO MARAÑÓN, *Los deberes olvidados*, en *Obras completas*, IX, 28-30.

¹⁹ G. Bernanos, *Diario de un cura rural*, Barcelona 1961, 5.

resurrección del mundo, Jesucristo. Creyó que el Reino de Dios vino a su pobre condición. Su verdad estaba en saberse amada de Dios y salvada por Él. Esta era la fuente de su fidelidad, de su espera y de su confianza.

Tenedla también vosotros en Cristo Resucitado. Él permanece, va con vosotros, ha muerto la muerte de cada hombre que cree en Él y le resucitará en el último día.

Cristo llevará a todo hombre que lo quiera a su plenitud y a la libertad de su ser. A todo lo oprimido, lo estropeado, lo corrompido, se dirige la nueva vida de su Resurrección. Nuestra tristeza tiene que convertirse en alegría, pero en una alegría indestructible que nadie nos podrá quitar. El hombre que cree en la Resurrección de Cristo tiene que plantear su vida desde el Sí a la acción renovadora. El mundo está deformado por nuestra culpa, pero Cristo nos lo ha vuelto a poner en las manos para que vuelva a hacerse bueno y justo. Y esto no con un entusiasmo enajenante o con programas perfeccionistas, sino con la gracia y la fidelidad a través del sufrimiento que es redentor.

El misterio del amor

Cuando hablamos del amor de Dios, hablamos del misterio que es la raíz de la que brotan todos los demás. En realidad, sólo hay un único misterio: Dios, que es amor. Por ese amor, Dios ha decidido que el hombre y su tierra son tan importantes para Él que sobre esa base ha querido nuestra transformación en hijos suyos llamándonos a ser hermanos en Jesucristo. Cristo resucitado es nuestra alegría; si la escuchamos, nuestro corazón se llenará de gozo. Para ser sus testigos sólo hay un camino: amarnos como Él nos amó, hasta el punto de estar dispuestos a dar la vida por los hermanos. Este amor no puede ser *de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad* (1Jn 3, 18). Al amor de Dios ya no se puede renunciar, está en nuestra vida. «Quien ha conocido a Cristo no puede ya ser cristiano, sino cristiano o anticristiano». Esto es verdad para la conducta personal y para el pensamiento colectivo.

Cristo resucitado es el pan vivo bajado del cielo; si uno come ese pan, vivirá para siempre. La plenitud del sacrificio de Cristo se nos da en la Eucaristía. Tenéis necesidad vital de comer de ese pan para que Cristo vaya transformando toda vuestra mentalidad y vuestro vivir en el suyo. Acudid a Él, escuchad y acoged su palabra, ofrecedos con Cristo, participad en su sacrificio. Sólo así podréis realizar la justicia y la paz.

Repetid las palabras ungidas y certeras del poeta:

«Transfigúrame.
Señor, transfigúrame.
Traspásame tu rayo rosa y blanco.
Quiero ser tu vidriera,
tu alta vidriera azul, morada y amarilla,
en tu más alta catedral.

Quiero ser mi figura, sí, mi historia,
pero de Ti en tu gloria traspasado...

Pues figura me hiciste y me parezco
a mí mismo en mi vitral naturaleza,
¡oh, mi hermano en María!, transfigúrame.
Pero a mí solo no...

Si acaso no te saben o te dudan
o te blasfeman, límpiales piadoso
como a Ti la Verónica, su frente,
descórreles las densas cataratas de sus ojos,
que te vean. Señor, y te conozcan,
espéjate en su río subterráneo,
dibújate en su alma
sin quitarles la santa libertad
de ser uno por uno tan suyos, tan distintos.

Mira, Jesús, la adúltera, no aquella
de tus palabras con el dedo en tierra,
ésta de hoy aún es más desdichada
y no piedras la arrojan, sino aplausos y flores,
y la niega el esposo y vive de ella.
Hazla también mirarse en aguas vivas
y cumplirse en sí misma,
de su virtualidad ascender a virtud,
realidad de figura bañada en paz de gracia,
dispuesta a un recrear transverberado.

Y al violento homicida
y al mal ladrón y al rebelde soberbio
y a la horrenda –¡piedad!– madre desnaturada
y al teólogo necio que pretende
apresarte en su malla farisea
y al avaro de oídos tupidos y tapiados
y al sacrificador de rebaños humanos.

Y, sobre todo, no abandones
al más abyecto, al repugnante
–perdón ahora para mí, no puedo
remediarlo, pero por él te pido–,
al desagradecido...
Allégatele bien, que sienta
su corazón cobarde contra el tuyo,
coincidentes los dos en sólo un ritmo,
un ritmo y del envés ya a flor de flor,
su figura, su rostro limpidísimo»²⁰.

²⁰ GERARDO DIEGO, *Salmo de la transfiguración*, en *Segunda antología de sus versos*, Madrid 1976, 102-105.

12. RETORNO A UN IDEAL PARA NUESTRO TIEMPO: LA VIRGEN MARÍA

Lo que os digo en esta carta, jóvenes, sobre la fuerza del cristianismo, el testimonio cristiano, las exigencias de la fe, el gozo y la alegría en Cristo resucitado, puede quedarse en simple y vano lenguaje, en pura retórica religiosa. Es menester dar un paso más, y, puesto que ahí está la verdad en que creemos, contemplarla con amor y hacerla vida. La juventud de hoy necesita tener un ideal grande y generoso. Queréis estar presentes en todas las causas y movimientos que buscan la transformación del mundo tratando de crear situaciones más justas en todos los campos. Lo peor es el desencanto que sufrís al ver cómo una vez tras otra se desvanecen vuestras ilusiones, porque terminan dominándolo todo la mentira y el egoísmo. Ni vosotros mismos, los jóvenes acusadores, escapáis a este dominio, y con frecuencia advertís en vuestras propias vidas que también vosotros sois mentirosos y egoístas, no sólo la sociedad contra la que queréis luchar.

¿Qué hacer entonces? ¿Sucumbir a la desesperación y el hastío y seguir arrastrándose por la vida pendientes de satisfacer el apetito de hoy para volver a tener hambre mañana?

Esto no es cristiano, ni siquiera humano. Es necesario que vuelva a oírse la voz de los que tienen fe y son capaces de *orar, esperar siempre, a pesar de los pesares, y trabajar con amor* por la redención de cada uno y la del mundo al que se pertenece. Esto no es posible sin una fuerte dosis de virtudes cristianas.

Y aquí es donde surge la misión providencial de María Santísima. Ella ha suscitado en cada época de la historia el deseo de alcanzar lo mejor, es decir, el ideal de la verdadera grandeza. Necesitamos que los jóvenes de hoy vuelvan a encontrarse con Ella y aprender de su magnífica humildad creadora los caminos que conducen a la plenitud anhelada. En este sentido, la Virgen María facilita, mejor que nadie, el alcance y la posesión del ideal supremo: Cristo.

De hecho, Su Santidad Pablo VI, buen conocedor de las necesidades del mundo moderno, escribe estas palabras como si quisiera indicar que la nueva primavera de la Iglesia ha de venir por medio de María:

«La Iglesia católica, basándose en su experiencia secular, reconoce en la devoción a la Virgen una poderosa ayuda para el hombre hacia la conquista de su plenitud. Ella, la *Mujer nueva*, está junto a Cristo, el *Hombre nuevo*, en cuyo misterio solamente encuentra verdadera luz el misterio del hombre, como prenda y garantía de que en una simple creatura —es decir, en Ella— se ha realizado ya el proyecto de Dios en Cristo para la salvación de todo hombre. Al hombre contemporáneo, frecuentemente atormentado entre la angustia y la esperanza, postrado por la sensación de su limitación y asaltado por aspiraciones sin límite, turbado en el ánimo y dividido en el corazón, la mente suspendida por el enigma de la muerte, oprimido por la soledad mientras tiende hacia la comunión, presa de sentimientos, de náuseas y hastío, la Virgen, contemplada en su vicisitud evangélica y en la realidad ya conseguida en la Ciudad de Dios, ofrece una visión serena y una palabra tranquilizadora: la victoria de la esperanza sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de la

alegría y de la belleza sobre el tedio y la náusea, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte»²¹.

²¹ PABLO VI, *Marialis cultus*, 57.

LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA

Homilía pronunciada en la Catedral Primada, Toledo, el 23 de enero de 1978. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, febrero de 1978.

Celebramos con gozo la solemnidad del gran San Ildefonso, uno de los más egregios Padres de la Iglesia toledana.

Me complace ver cómo aumenta la concurrencia de fieles a esta festividad que antaño no contaba con tanta participación, por aquella costumbre que tienen los toledanos de celebrar hoy esta fiesta, pero desplazándose a Madrid. Y los que aquí se quedaban, tampoco sentían demasiado el estímulo de venir a ofrecer el homenaje de su piedad a este Santo insigne, no sólo de Toledo, sino de la Iglesia universal. Va aumentando, poco a poco, el culto a su santidad; y cada año lograremos, si Dios quiere, una mayor y más fervorosa asistencia, porque San Ildefonso merece el tributo de nuestro recuerdo y nuestros homenajes de una manera especialísima. A mí, además, como obispo de la diócesis, me resulta particularmente emotivo el celebrar la fiesta de San Ildefonso en esta querida Catedral. Como ha recordado el sacerdote monitor, hace hoy seis años que yo entraba en esta diócesis de Toledo. En una mañana fría, en la que también, como hoy, brillaba el sol esplendoroso. Seis años ya, y todavía son insuficientes para poder conocer, con el gozoso detenimiento con que hay que hacerlo, la historia de la Iglesia de Toledo.

LA FIGURA DE SAN ILDEFONSO

En realidad, no hay ninguna diócesis, de las que tienen vieja historia, en que el obispo no se sienta sucesor de hombres preclaros por su santidad y por sus servicios a la Iglesia de Cristo. En ésta particularmente de Toledo, yo me siento abrumado con frecuencia, cuando contemplo las lecciones que nacen de la historia de esta Iglesia; y, en mi humildad, me gozo en buscar el patrocinio de estos santos insignes, como San Eugenio, y particularmente San Ildefonso. Le recordamos como niño en Toledo, la vieja y antiquísima ciudad, hijo de nobles visigodos; como estudiante, en Sevilla, al lado de San Isidoro, que a medida que fue conociéndole fue aumentando en su alma el deseo de que con él se quedara perpetuamente; como monje, aquí, en el monasterio agaliense, siempre piadoso, lleno de unción, hombre de sólida doctrina, de muy rica humanidad.

San Ildefonso, por lo que nos cuenta la historia, fue uno de esos personajes sobresalientes en los que parece que Dios se ha complacido en derramar sus dones: una simpatía innata, una elocuencia caudalosa, un conocimiento serio y profundo de las cuestiones teológicas y aun políticas de aquel tiempo. Y, lo que vale más que nada, una actitud dulcemente encantadora: la del hombre sencillo en su fe, que adora a Dios Padre, que vive unido con Cristo y que canta sin cesar en los jardines de su alma la mejor poesía que brotaba de su amor delicado a la Santísima Virgen María.

Nos imaginamos cómo podrían ser aquellas escenas que la tradición ha hecho llegar hasta nosotros. Sobre todo, aquella de la víspera del 18 de diciembre, cuando viene a la Basílica que entonces existía, con el clero de la Catedral; viene también el rey Recesvinto. Entran en la Basílica y todos caen desfavoridos, menos él, impresionados por un fenómeno extrañísimo. Ardía como un sol vivo la noche de aquella Basílica. Todos huyeron menos él, que tenía el presentimiento de que algo extraordinario y sobrenatural iba a suceder. Y avanzó. Él solo, impertérrito, nada desafiante, confiado, avanzó hacia aquella luminaria que brotaba del altar mayor. De nuevo intentaron entrar los que le seguían, y tampoco se atrevieron; hasta que por tercera vez pudieron vencer sus miedos y ser testigos lejanos de lo que estaba sucediendo allí. Era la Santísima Virgen, rodeada de ángeles del cielo, la que se hacía visible al gran cantor de su virginidad, y le ofrecía un ornamento litúrgico, esa casulla venida del cielo, con la cual siempre aparece San Ildefonso en la iconografía tan multiplicada por todo el mundo, que expresa este episodio de su vida.

Nos gozamos, digo, como niños pequeños en la fe, en recordar todo esto, junto a los otros aspectos más rigurosamente históricos de su vida. Y no lo calificamos como una leyenda despreciable; es, por el contrario, una leyenda de oro: y, al decir leyenda, no digo que vaya contra la historia, digo que es de oro, y el oro está por encima de todos los metales. Es una leyenda áurea que brota de la santidad reconocida de un hombre insigne. Pudo muy bien suceder todo aquello, y de hecho es muy poco verosímil que esta tradición fuera extendiéndose así, desde entonces y con tanto detalle, si no hubiera habido un hecho sobrenatural, cuyo núcleo verdadero diera pie a las expresiones que después han ido precisando más las maravillas de aquella noche. Así pues, lo comprendemos y admitimos como algo muy en coherencia con la ejemplar santidad de San Ildefonso, caballero de la Virgen María.

En aquella época incierta todavía por lo que se refiere a muchos aspectos de la vida social, en aquella España visigótica, que muy pronto iba a sucumbir bajo la invasión musulmana, tenían que darse hechos de éstos que fortalecieran la fe de las comunidades e hicieran posible que sus Pastores, sobre todo cuando estaban adornados por una santidad tan extraordinaria, adquirieran ante ellos el prestigio y la fuerza conductores que Dios quería hacer visibles a través de hechos de esta índole. Más tarde vendrían los terribles peligros para la fe de aquellos cristianos. Y Toledo sabe algo de esto por la historia de los mozárabes. Cuando esos peligros se presentaron, los hechos que venían transmitiéndose servían para aumentar la fe y cumplían históricamente lo que en los planes de Dios había sido previsto en favor de un pueblo que le amaba con sencillez.

Veneremos, pues, la memoria de San Ildefonso. Y hagamos votos todos para que pueda seguir aumentando, como digo, la devoción práctica y señalada del pueblo de Toledo y de toda la Iglesia española a estos varones insignes, padres de nuestra fe.

VALOR DE LAS FIESTAS DE LOS SANTOS

Además, está ese otro aspecto, no exclusivo de la festividad que hoy nos congrega, sino común a todas las fiestas de los Santos. ¡Pobres los pueblos que

se olvidan de celebrar estas fiestas de homenaje a la santidad de sus hijos! **Las fiestas de los Santos son ejemplo y estímulo para el creyente; son alegría y esperanza en el camino de la vida; nos congregan por encima de otros motivos de discordia; nos presentan imágenes llenas de hermosura que nos liberan de ese secularismo desértico en que va cayendo la vida moderna.** Y con la realidad histórica de sus vidas y sus virtudes, y con las adherencias que en torno a ellos se han producido, como una exigencia insoslayable de la devoción, **ponen en el corazón del hombre luces, esperanzas vivas, y le hacen sentir que su destino está más allá de este mundo.** Ellos, los Santos, son los héroes en el seguimiento de Cristo; los cantores de la vida eterna a la que se aspira ya desde este mundo; el reflejo de la grandeza de Dios. Y aunque todo hombre pecador puede sentirse pequeño frente a los ejemplos gloriosos que ellos nos dan, la pequeñez sentida no es obstáculo para que nazca dentro de nuestras almas un deseo de imitarles y de seguir su camino.

Es muy triste ver que nuestra sociedad vaya caminando hacia un olvido cada vez mayor de todas estas marcas de santidad, que aparecieron como fruto de la santidad de Cristo en la Iglesia, y que han sido florón y corona de los pueblos cristianos. Hoy ya, casi entre sacerdotes también es raro que se conozca el santoral como antes se conocía. ¡Cuántos bienes produjo a las familias cristianas, en diversas regiones de España, aquella tradición de leer la vida de los Santos en casa! Padres e hijos, reunidos, leían y meditaban la vida del Santo que se celebraba al día siguiente. Y así todo se impregnaba de un sentido de esperanza en medio del pecado; de fe en la misericordia, a pesar de la dureza de los odios y las guerras; todo se hacía camino seguro para la orientación que necesitaban las sociedades que se habían perdido.

Concretamente, en lo que se refiere a San Ildefonso, nos gusta recordar sus detalles, y desearíamos que algo de lo mucho que se ha escrito sobre él, quizá una pequeña biografía acomodada al uso normal de las gentes, pudiera de nuevo editarse y distribuirse masivamente entre todos nuestros diocesanos, para que sea cada vez más conocida y amada aquella excelsa figura.

ACTUALIDAD DE SAN ILDEFONSO COMO DEFENSOR DE LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA

Es célebre San Ildefonso por sus escritos teológicos, particularmente por un tratado que escribió sobre la Perpetua Virginitad de María Santísima. Y debo decir una palabra precisa, en relación con esto, urgido por una circunstancia del momento que está reclamando de los Pastores de la Iglesia orientaciones clarificadoras. Cobra, pues, actualidad la conmemoración de San Ildefonso hoy, si tenemos en cuenta que es universalmente conocido por sus enseñanzas sobre la Virginitad de María. Al escribir sobre este misterio hermoso, tan coherente con el de la Maternidad divina, también de María, enseñó y creyó lo que la Iglesia enseñaba y creía. Y acertó a expresarlo con la unción y el fervor propio de los Santos que, al exponer la teología católica, lo hacen de rodillas y en oración, es decir, con la misma fe que se debe a la fe que proclaman. Cuando se lee su tratado, el alma del cristiano queda fortalecida en su fidelidad a la Iglesia, y no encuentra dificultad en admitir las manifestaciones sobrenaturales de una

especial intervención de Dios en un hecho tan singular como la concepción y el nacimiento de su Hijo Divino del seno de una mujer, cuyos privilegios empiezan con el de haber sido elegida para ser la Madre del Redentor.

Recientemente, en una revista religiosa que fue fundada para orientación doctrinal y pastoral del clero español, ha aparecido un artículo titulado *La vieja Navidad perdida*, escrito por un religioso. En este artículo hace el autor un esfuerzo para deslindar la verdadera y rigurosa enseñanza bíblica de lo que podría ser, según él, una ampliación ornamental del hecho revelado, construida por narradores piadosos.

Lamentamos profundamente que se acuda a este recurso para explicar la Virginitad de María. Afirmaciones tan graves no deben hacerse mientras no exista absoluta certeza en cuanto a los argumentos en que puedan apoyarse. No bastan las deducciones, ni la invocación de ciertos silencios de la Sagrada Escritura, ni el reconocimiento en que todos coincidimos de que, hablando en términos absolutos, ni la filiación divina de Jesús, ni la misma santidad de María, sufrirían menoscabo, aunque todo hubiera tenido lugar de forma ordinaria.

La fe de la Iglesia es clara y explícita en el misterio de la Virginitad de María. Y no hace falta que esa fe se exprese siempre en definiciones prototípicas y solemnes, aunque también existen respecto a este dogma. Son los Símbolos, los Credos, los que nos señalan lo que la Iglesia cree y lo que debemos creer, y en ellos, desde el comienzo, aparece unánimemente la confesión de la concepción virginal de Cristo, en el sentido que hoy se ha dado en llamar biológico, como afirma el teólogo Monseñor Ratzinger, hoy Cardenal Arzobispo de Múnich.

Los estudios bíblicos tienen sus propias exigencias, es cierto. Pero cuando la fe de la Iglesia se ha manifestado teniendo en cuenta también las afirmaciones de la Biblia, no es lo más científico recurrir a una desmitologización que genera incertidumbres mayores que las que se trata de disipar.

Por lo demás, ciertos intentos de desmitologización abusiva no son nuevos. Los racionalistas del siglo pasado y del actual, y el propio Catecismo Holandés, que la Santa Sede hubo de corregir, intentaron dar explicaciones más fáciles para la razón humana. Pero el problema no está en que sean fáciles, sino en que sean verdaderas. He aquí la cuestión. Todo se puede hacer fácil, comprensible, grato a nivel humano. Todo puede ser manipulado por un excesivo humanismo... ¡Y se terminará, por ese camino de deducciones, negando la misma divinidad de Jesucristo o explicándola de un modo tal que sea incompatible con la fe de la Iglesia!

Afirmemos, una vez más, con el Papa Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Marialis cultus*: «María es también la Virgen Madre: es decir, aquella que por su fe y obediencia engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, sin contacto con hombre, sino cubierta por la sombra del Espíritu Santo» (n. 19). Y en el *Credo del Pueblo de Dios*: «Creemos que la Bienaventurada Virgen María, que permaneció siempre Virgen, fue la Madre del Verbo encarnado, Dios y Salvador nuestro, Jesucristo» (n. 14).

CONCLUSIÓN

Doy gracias a San Ildefonso por haberme brindado la ocasión de rendir el tributo de mi devoción y de mi fe a la Santísima Virgen María, a la cual él cantó de manera insuperable. Y pienso poder también decir que recojo el sentimiento y la plegaria, la fe y la devoción de todos vosotros a la misma Virgen María, de la que juntos damos testimonio hoy, a la vez que honramos la memoria de nuestro Santo Patrono.

MARÍA, MADRE DEL PUEBLO CRISTIANO

Carta pastoral, mayo de 1978, publicada en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, mayo de 1978.

Deseo hablaros una vez más de la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra. Deseo pedirnos que le ofrezcamos con renovado fervor el testimonio de nuestra piedad y devoción, que nacen de la fe en el misterio de María, tal como nos lo propone la Iglesia. La ocasión es propicia.

De todos es conocida la piadosa vinculación del mes de mayo con la Santísima Virgen. Aunque en nuestros días –tal vez– hayan decaído un poco estos actos marianos, no quedan tan lejanas las fechas en que parroquias y colegios fomentaban cuidadosamente el «ejercicio del mes de mayo».

Para los niños constituían esos «ejercicios» una gozosa catequización mariana, impregnada de amor y poesía, en el marco primaveral de la luz y las flores. Los jóvenes hallaban, en su encuentro con la «Virgen de Mayo», fuertes estímulos para el combate por la pureza y la noble idealización de la mujer, además de la seguridad de una materna comprensión y ternura en medio de sus luchas. Y las jóvenes se acercaban, con el «mes de mayo», a María, como a Madre amorosa y modelo altísimo de pureza, piedad y entrega. Mas también los mayores podían encontrar en la Virgen luminosa de mayo consuelo seguro, refugio acogedor y poderoso aliento para afrontar las dificultades de la vida en la fidelidad a Cristo.

Cierto, no han faltado quienes acusaran de «alienantes» y «poco comprometidas» esas prácticas marianas del mes de mayo, enjuiciándolas desde una óptica y contexto actuales, y no –como sería correcto– en el contexto de su época. Y han estimado corregir sus supuestos fallos y sombras eliminando simplemente esas tradicionales devociones, cuando lo lógico y pastoral hubiera sido adaptarlas, según la mentalidad y cuadro de valores de nuestro tiempo, para hacerlas más eficaces, como han hecho y hacen otros.

No sabemos cuándo y cómo apareció en la Iglesia esta especie de consagración del «mes de las flores» a la que es Flor del Universo. Pero es cierto que nació del alma del pueblo, a impulsos del Espíritu. Ya en el siglo XIII hallamos indicios populares de las celebraciones marianas de mayo. Quizá el eco más antiguo se encuentre en España, en una Cantiga de Alfonso el Sabio, que reza así:

Benn vennas, Mayo,
et con alegría
porem roguemos a Sancta María.

Benn vennas, Mayo, con boos maniares
e nos roguemos en nossos cantares
a Santa Virgin, ant'os seus altares
que nos defenda de grandes pesares.

En el siglo XIV, el B. Susón –discípulo del Maestro Eckart y condiscípulo del místico Taulero– cuenta de sí mismo que, en su juventud, tenía por costumbre que, «cuando llegaba la bella primavera y brotaban delicadas y graciosas flores,

se abstenía de cogerlas y no osaba siquiera tocarlas antes que juzgase llegado el momento de honrar con ellas a su Amor espiritual, la rosada y florida Llama, la Madre de Dios. Cuando creía llegada esa hora propicia, cortaba las flores con sentimientos de amor, las llevaba a su celda y confeccionaba una guirnalda, que llevaba al coro o al altar de la Virgen, donde, arrodillado humildemente, coronaba la imagen, convencido de que Ella, la delicia y más bella flor de su corazón, no desdeñaría aquel florido homenaje de su siervo». Y cuenta que en cierta ocasión escuchó una celeste música y canto que piropeaba a la Virgen: «O vernalia rosula», «¡Oh pequeña rosa primaveral!».

En 1549 se editaba en Baviera el primer «Mayo espiritual», que puede considerarse, de alguna forma, precursor de los posteriores «ejercicios del mes de mayo».

De los siglos XVI al XVIII siguió desarrollándose y popularizándose esta devoción; pero fue en el siglo XIX cuando adquirió un espléndido desarrollo y difusión por toda la Europa católica, América y las nuevas cristiandades de otros continentes, singularmente en China, resultando imposible reseñar aquí los nombres de publicaciones, autores e instituciones que contribuyeron a esta expansión.

No es improbable que el «ejercicio del mes de las flores» naciera en la Baja Edad Media como reacción cristiana contra ciertas celebraciones paganizantes e impúdicas, arraigadas en Europa, y que eran eco remoto de las fiestas romanas a la diosa Flora, descritas y condenadas por Lactancio¹. Hacia el año 1244, el obispo de Lincoln, el célebre Roberto Grosseteste, condena severamente las licenciosas fiestas de mayo; y en pleno siglo XVI, San Carlos Borromeo tuvo que combatir todavía las orgías que se organizaban al inicio de este mes. Es probable asimismo que tuviera el mismo origen la popular celebración de la «cruz de mayo». Sabemos, con todo, que en la Iglesia ortodoxa copta la consagración del «mes florido» –que no coincide con nuestro mayo– a la Santísima Virgen, es mucho más antigua, remontándola algunos incluso a la época de San Cirilo de Alejandría.

ACTUALIDAD DE MARÍA EN LA VIDA DE LA IGLESIA

De la Madre de Cristo puede asegurarse lo que del mismo Cristo afirma San Pablo: *Jesucristo ayer, el mismo es hoy y también por todos los siglos* (Hb 13, 8). Igualmente, María siempre fue, es y será de plena actualidad.

No obstante esto, consideramos muy significativa la extraordinaria presencia de la Virgen en la vida de la Iglesia (liturgia, teología, devoción popular, espiritualidad) a lo largo de los siglos XIX y XX, precisamente cuando están llegando a su acmé (apogeo) los movimientos secularizantes –iniciados con el Renacimiento– que han ido arrinconando a Dios, y, a la postre, deshumanizando al hombre. Dos dogmas marianos definidos, repetición de mariofanías y mensajes dignos de crédito, desarrollo extraordinario de la teología mariana, multiplicación de institutos y congregaciones religiosas bajo advocación mariana, nuevas asociaciones de fieles con título mariano, proliferación de publicaciones

¹ Cf. *Divinae institutiones*, I, 20.

marianas a todos los niveles (de investigación, divulgación y pastoral), el fecundo magisterio sobre la Virgen de los Papas de este período y, por último, la magnífica síntesis mariológica del Vaticano II.

Sorprende ciertamente, en época de real o aparente descristianización, este florecimiento mariano, desconocido en tiempos de más religiosidad social. Y, si muchos constatan a partir del Concilio un cierto declive de esta «presencia mariana» –que todavía en los años del Concilio algún teólogo estimaba excesiva–, parece que se trata de un fenómeno transitorio, que sólo afecta a ciertos sectores limitados, aunque influyentes, de la Iglesia actual. Y podemos esperar que, finalmente, esta crisis tendrá efectos positivos en la renovación del pueblo cristiano. Porque la Señora sigue entronizada en el corazón de la cristiandad y nadie podrá destronarla jamás.

MARÍA, MADRE DE LOS CRISTIANOS Y DE LA IGLESIA

Más que entronizada en el corazón de la comunidad, es Ella, de alguna forma, el corazón mismo de la Iglesia, como Cristo es su Cabeza. Las relaciones inefables y vitales entre la Madre del Señor y la Iglesia y sus miembros se han concretado en la relación materno-filial: María, Madre de los cristianos y de la Iglesia.

Sin duda, el capítulo VIII de la *Lumen Gentium* y la solemne declaración de Pablo VI en la clausura de la 3ª Sesión conciliar² constituyen la más alta y actual expresión de esta fe de la Iglesia en el doble aspecto de la maternidad de María sobre los hombres. Fe ésta que distingue notablemente la Mariología católica de la protestante.

No es el reconocimiento de ciertos privilegios personales en la Madre del Señor –que comparten con nosotros no pocos teólogos protestantes y el pueblo fiel– lo que distancia a ambas Mariologías, sino el papel soteriológico que nosotros atribuimos a María, junto a Cristo, y que ellos no alcanzan a ver: el hecho simple y profundo de afirmar que Ella ejerce sobre nosotros una maternidad real en el orden de la gracia. Maternidad que, por vez primera en la historia de los Concilios, ha sido como el «alma» de toda la Mariología del Vaticano II. Recordemos sus principales afirmaciones:

LG 52: «Al querer llevar a término la redención del mundo..., Dios envió a su Hijo hecho de mujer... *para que recibiésemos la adopción de hijos* (Gal 4, 4-5)».

LG 53: «Es verdadera madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza»³. «A Ella la Iglesia Católica, adoctrinada por el Espíritu Santo, sigue como a Madre amantísima con afecto de piedad filial».

² Discurso, del 21 de noviembre de 1964, sobre María, Madre de la Iglesia. Véase *Concilio Vaticano II. Constituciones, decretos, declaraciones*, BAC 252, Madrid⁸ 1975, 1071s.

³ SAN AGUSTÍN, *Sobre la sagrada virginidad*, 6 en: *Obras completas*, vol. 12, Madrid² 1973, BAC 121, 128.

LG 54: Afirma el Concilio que trata de «aclarar cuidadosamente» tanto la misión de la Santísima Virgen en el misterio del Verbo encarnado como «los deberes de los hombres redimidos hacia la Madre de Dios, Madre de Cristo y Madre de los hombres, sobre todo, de los fieles».

LG 56: Recordando la antítesis patrística Eva-María, afirma la cooperación activa de María a la obra de la salvación, con la que, «obedeciendo, fue causa de salvación para sí y para todo el género humano» (San Ireneo). Ve, pues, razonable el Concilio que los Padres hayan llamado a María, en este contexto de la nueva Eva, «la Madre de los vivientes» (San Epifanio), y que digan que «la muerte vino por Eva, por María la vida» (San Jerónimo).

LG 57-58: Se subraya que «la unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte..., consintiendo con amor en la inmolación de la víctima engendrada por Ella misma. Y, finalmente, fue dada por el mismo Cristo Jesús moribundo en la cruz al discípulo, como madre, con estas palabras: Mujer, he ahí a tu hijo».

LG 60: «La misión maternal de María hacia los hombres, de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su fuerza».

LG 61-62: «Concibiendo a Cristo, generándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre y padeciendo con su Hijo mientras moría en la cruz, cooperó de forma totalmente singular, con su obediencia, fe, esperanza y ardiente amor, a restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por lo cual vino a ser nuestra madre en el orden de la gracia. Y esta maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin cesar, desde el asentimiento que prestó fielmente en la Anunciación y que mantuvo sin vacilar bajo la Cruz hasta la consumación definitiva de todos los elegidos... Con su amor materno cuida de los hermanos de su Hijo, que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz... La Iglesia no duda en atribuir a María un tal oficio subordinado, lo experimenta continuamente y lo recomienda al corazón de los fieles, para que, apoyándose en esta maternal protección, se unan más íntimamente al Mediador y Salvador».

LG 63-65: María es tipo de la Iglesia, y su maternidad modelo de la de ésta.

LG 67: «Recuerden los fieles que la verdadera devoción no consiste ni en afecto estéril y transitorio, ni en vana credulidad, sino que procede de la verdadera fe, por la que somos llevados a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, y movidos a un amor filial hacia nuestra Madre, así como a la imitación de sus virtudes».

LG 69: «Ofrezcan todos los fieles súplicas insistentes a la Madre de Dios y Madre de los hombres».

No le faltan a esta fe, tan espléndidamente profesada, sólidos fundamentos bíblicos y patrísticos. Alude el Concilio a la escena del Calvario (Jn 19, 26-27),

en la que Cristo propiamente no nos dio a su Madre, sino proclamó solemnemente que ya lo era.

Hermosamente lo comenta Orígenes a mediados del siglo III: «En efecto, si siguiendo el parecer de los que piensan de Ella rectamente, María no ha tenido más hijos que Jesús, y Jesús dice a su madre: “He ahí a tu hijo”, y no “he ahí otro hijo”, entonces es como si Él dijera: “Aquí tienes a Jesús, a quien tú has dado la vida”. Pues cualquiera que se ha consumado (en Cristo), no vive ya más, sino Cristo vive en él (Gal 2, 20), y puesto que en él vive Cristo, de él dice Jesús a María: “He ahí a tu hijo: Cristo”»⁴.

Esta maternidad espiritual de María sobre los hombres es coetánea de su maternidad divina sobre Jesús y está implicada en ella. Por eso no sorprende que en pleno siglo II San Ireneo nos hable del «seno de María que regenera a los hombres para Dios»⁵, y que, a principios del siglo V, proclame San Agustín: «Ella es madre espiritual no del Salvador, sino de los miembros del Salvador, que somos nosotros, porque ha cooperado con su amor al nacimiento de los fieles de la Iglesia»⁶.

No podemos eludir la impresión de que el culto litúrgico y popular tributado a María por la Iglesia de Occidente y Oriente en el mundo antiguo, medieval y moderno va impregnado de piedad filial, aunque no abunden los textos litúrgicos y del Magisterio, que lo expliciten durante estos largos siglos. Quisiéramos, con todo, dejar constancia de dos bellos y antiguos testimonios de nuestra venerable liturgia mozárabe. Leemos:

«¡Oh Dios, creador del universo mundo..., que permaneciste incluso corporalmente en tu Madre para hacerla así Madre de todos los creyentes...»⁷.

«¡Oh sacrosanta sierva y madre del Verbo..., acoge en el ancho regazo de tu piedad al pueblo que acude a ti, apacienta tú con generosas entrañas de misericordia la grey, que el Hijo nacido de ti compró con su sangre; tú, que amamantaste al Creador, da tus pechos a los que deben ser criados...»⁸.

Fue, sin duda, la creencia en la maternidad espiritual de la Madre del Señor una fe pacíficamente poseída y vivenciada por el pueblo cristiano durante más de un milenio, sólo tardíamente reflejada en documentos del supremo Magisterio. Tal vez sea Benedicto XIV el primero que la expresó con estas concisas palabras, recogidas casi literalmente por el Concilio Vaticano II: «La Iglesia Católica, adoctrinada por el magisterio del Espíritu Santo, ha procurado honrarla con innumerables obsequios, como a Madre de su Señor y Redentor y como a Reina de cielos y tierra. Se ha desvivido para amarla con afecto de piedad filial, como a Madre propia amantísima, recibida como tal de los labios de su Esposo moribundo»⁹.

⁴ *Comentarios a San Juan*, 1, 6: PG 14, 32.

⁵ *Adversus Haereses*, 4, 33, 11: PG 7, 1080.

⁶ *Sobre la sagrada virginidad*, 6: PL 40, 339. Véase la nota 3.

⁷ *Ad pacem*, en la Misa de la Asunción de la Virgen, en: FEROTIN, LS, 594.

⁸ *Completoria*, en *Oracional Visigótico*, Madrid 1956, 223.

⁹ Bula *Gloriosae Dominae*, 27 de septiembre de 1748.

Últimamente, la reflexión teológica y, sobre todo, el importantísimo magisterio mariano de los Papas de los siglos XIX y XX han venido explicando todo el rico contenido de esta maternidad espiritual.

CÓMO ES MARÍA, NUESTRA MADRE

El hecho de la maternidad espiritual, incuestionable para un católico, ha recibido múltiples interpretaciones, no todas aceptables. Por supuesto, toda reducción del hecho a una relación entre Ella y nosotros meramente simbólica, nominal, jurídica, atributiva, es radicalmente falsa. No llamamos Madre a María solamente porque nos ama y protege como si fuera nuestra Madre, o porque posee una bondad típicamente materna, o por acogemos como hijos en una especie de adopción jurídica.

La llamamos Madre sencillamente porque lo es; porque desempeña, en verdad, la función estrictamente materna de engendrar, alumbrar y educar a los hermanos de Cristo, *Primogénito entre muchos hermanos* (Rm 8, 29) en su vida sobrenatural. Lo que ha realizado y realiza por su cooperación activa y materna a la adquisición de la gracia en la llamada redención objetiva y a la omnimoda comunicación de esa gracia en la llamada redención subjetiva. Acontece que, en la actual economía o historia de la salvación, como toda gracia sobrenatural es «cristiana», en cuanto procede de Jesucristo, así también es «mariana» en cuanto procede, subordinadamente, de María, y se nos da, subordinadamente, por medio de Ella.

La salvación, santificación, cristificación de cada hombre es un proceso de divinización del mismo (la *theopoiesis* de la patrística griega), y tiene lugar mediante una verdadera «generación» o «regeneración» sobrenatural, en la que se nos comunica la vida divina, que nos convierte en verdaderos hijos de Dios. Es un proceso que lleva a término la Trinidad (aunque atribuido al Espíritu Santo), pero cuya causa instrumental es la humanidad de Jesús, que nos merece y comunica esa vida, con la activa y maternal cooperación de su Madre. No es necesario ser conscientes de este proceso para beneficiarnos de él, como tampoco se requiere el asentimiento del hijo para ser su padre o su madre. Se trata de hechos que nos vienen dados en el orden de la naturaleza o en el orden de la gracia. Lo cierto es que, en la actual economía, todo el que se salva, aunque ignore o niegue a Cristo, se salva por Él; y, aunque ignore o niegue a María, de Ella también recibe la Vida, es hijo suyo.

Los teólogos tratarán de concretar y desentrañar todo el rico contenido de este proceso misterioso. En conjunto, podemos pensar que, así como Cristo, *lleno de gracia y de verdad*, regenera y diviniza a los miembros de su Cuerpo, en cuanto Cabeza del mismo, haciendo refluir sobre ellos su gracia capital, también María, *llena de gracia* maternal, recibida de Cristo, nos la comunica y regenera en íntima asociación con su Hijo. No se trata, naturalmente, de dos acciones paralelas sobre cada hombre y la comunidad eclesial; pues así como Cristo redimió primero (*in signo rationis*) a María, y, después, con María, a todos, así también llena a su Madre de gracia, y a través de su Madre nos la comunica a todos, haciéndonos a la vez «cristianos» y «marianos», hermanos del único Hijo de Dios y de María, y en Él, hijos también de Dios y de María. Se comprenden así

las hermosas palabras del Papa: «Si queremos ser cristianos, debemos ser marianos; esto es, debemos reconocer la relación esencial, vital, providencial que une la Virgen a Jesús y que nos abre el camino que conduce a Él»¹⁰.

Es el Espíritu de Dios el agente poderoso que, después de fecundar virginalmente el seno de María, haciéndola Madre de Cristo Cabeza, fuente de la gracia, lo sigue fecundando con esa gracia de Cristo para engendrar, con Ella, dentro de la Iglesia, a los miembros de Cristo, haciéndola así Madre del Cristo Total –Cabeza y miembros–, o sea, de la Iglesia. Maternidad invisible, amorosa y personal de María, que tiene una concreción histórica, sensible, sacramental en la maternidad de la Iglesia. No se trata de dos madres de la vida sobrenatural de nuestra alma, sino de dos expresiones de una misma dimensión o función materna, aunque con matices lógicamente distintos.

NUESTRA RESPUESTA FILIAL: TRES FORMAS TRADICIONALES

El cristiano consciente de esta inefable, íntima y personal relación con la Madre de Dios no podrá menos de dar una respuesta adecuada, la misma que nos inculca el Concilio. El cual «exhorta a todos los hijos de la Iglesia a que cultiven generosamente el culto, sobre todo, litúrgico, hacia la Santísima Virgen, como también estimen mucho las prácticas y ejercicios de piedad hacia Ella, recomendados en el curso de los siglos por el Magisterio» (LG 67).

Es también la misma respuesta que nos pide Pablo VI con piadosa insistencia en sus luminosas exhortaciones. Baste recordar sus deseos de que «las Conferencias episcopales, las Iglesia locales, las familias religiosas y las comunidades de fieles favorezcan una genuina actividad creadora y, al mismo tiempo, procedan a una diligente renovación de los ejercicios de piedad a la Virgen; revisión que querríamos fuese respetuosa para con la sana tradición, y estuviese abierta a recoger las legítimas aspiraciones de los hombres de nuestro tiempo»¹¹. Y, a fe, que el pueblo sencillo, que no ha visto sofisticada su vivencia cristiana por desviaciones, se muestra propicio a una sana catequización de sus pastores para orientar su piedad mariana.

También quisiéramos nosotros, con el Papa, que la devoción de los toledanos a la Virgen expresara su índole trinitaria, cristológica y eclesial, y se viera enriquecida con datos bíblicos, litúrgicos, ecuménicos y antropológicos.

He aquí un importante quehacer pastoral para nuestros queridos sacerdotes. Por mi parte, deseo exhortar a todos para este mes de mayo al aprecio, adopción y difusión de tres tradicionales formas de honrar a la Señora, que hacen en las almas un bien incalculable.

1ª El Santo Rosario

Esta «biblia de los pobres» (Juan XXIII) tiene una historia y una prehistoria. Su historia se inicia cuando Sixto V (1585-1590) da la primera solemne aprobación

¹⁰ PABLO VI, Homilía al pueblo de Cerdeña, congregado en el Santuario de Nuestra Señora de Bonaria, 24 de abril de 1970.

¹¹ Exhortación apostólica *Marialis cultus*, 2 de febrero de 1974, n. 24.

pontificia al rezo del Rosario, tal como lo conocemos. Antes San Pío V (1566-1572) lo había fomentado y había establecido la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias el 7 de octubre, en agradecimiento por la victoria de Lepanto; y Gregorio XIII (1572-1585) había concedido a esta misma fiesta el título de Nuestra Señora del Rosario. Desde entonces se cuentan por centenares las bulas y documentos pontificios recomendando y enriqueciendo con indulgencias la práctica de esta reina de las devociones marianas.

Su prehistoria es más antigua. Incluso en religiones no cristianas –antes y después de nuestra era– se conoce la utilización de ciertos instrumentos para «contar» el número de oraciones, como hacemos con el Rosario.

De algunos eremitas del desierto –como Pablo, siglo IV– se narra que utilizaban piedrecitas para esto mismo. Y algo semejante se cuenta de Santa Clara de Asís. Pero pronto fueron sustituidos por un sencillo cordón con nudos, que recibía el nombre de *paternoster*, pues servía para contar los Padrenuestros que se rezaban. Es sabido que antes del siglo XII no se había aún popularizado el rezo del Avemaría y sí el del Padrenuestro, que se remonta a la época apostólica.

Aunque conocemos ejemplos esporádicos del uso del Avemaría, como oración, en la Alta Edad Media, ensamblando el saludo del Ángel y el de Isabel, esta plegaria no se generalizó en el pueblo fiel hasta bien entrado el siglo XII; y, por cierto, que fue acogida con tal entusiasmo que muchos cristianos acostumbraban repetirla incansablemente (otra prueba más del matiz filial en la relación de los cristianos con María). Incluso la expresión *Avemaría* se convirtió en un saludo habitual, conservado hasta nuestros días.

Pronto intervino la autoridad eclesiástica promoviendo esta práctica. El año 1196, Odón, obispo de París, pide a los presbíteros que «exhorten siempre al pueblo a rezar la oración dominical, el credo y la salutación a la Santísima Virgen»¹², y el año 1227 se repite este mandato en el Sínodo de Durham (Inglaterra)¹³. Desde entonces, y a lo largo de todo el siglo XIII, son muchos los sínodos y obispos que inculcan el rezo del Avemaría. Es sabido que la segunda parte de esa plegaria, el *Santa María, Madre de Dios...*, se fue generalizando a partir del siglo XIV.

En la prehistoria de la formación del Rosario, propiamente dicho, encontramos, durante el siglo XII, la «corona cisterciense» o *crinale*, compuesto de 50 «rosas espirituales», es decir, 50 bellas estrofas, que empiezan con el saludo «ave» (Ave María, Ave Mater, Ave Virgo, Ave Domina...); y ya en el siglo XIII con un esbozo del Rosario actual, propuesto por el abad cisterciense de Sallai (Inglaterra), conteniendo quince meditaciones de los principales misterios de la vida de Jesús, intercalándose un Avemaría glosada. Con todo, fueron los dominicos (Santo Domingo de Guzmán, el B. Alano delle Roche y San Pío V) quienes, respectivamente, en los siglos XIII, XV y XVI, contribuyeron más a la difusión y arraigo del Rosario, en su forma actual.

El nombre «rosario» se adoptó en el siglo XVI. Antes era conocido acertadamente como *Salterio de la Virgen*, porque –nos recuerda Pablo VI– «la

¹² MANSI, *Coll. Concil.* XXII, 881.

¹³ *Ibíd.*, 1108.

serie continuada de las Avemarías... y su número en la forma típica y plenaria de 150 presenta cierta analogía con el *Salterio*»¹⁴.

Serían interminables las citas de Romanos Pontífices, santos y personalidades diversas laudatorias del Rosario. Para Pablo VI, «el Rosario es ponderado e implorante en la oración dominical, lírico y laudatorio en el calmo pasar de las Avemarías, contemplativo en la atenta reflexión sobre los misterios, adorante en la doxología», y le considera «una de las más excelentes y eficaces oraciones comunes que la familia cristiana está invitada a rezar»¹⁵. Para Pío IX y Pío X, es «de todas las oraciones la más bella, la más rica en gracias y la más agradable a la Santísima Virgen», llamándole Pío IX «el mismo Evangelio compendiado».

Los Santos de los últimos cinco siglos no se cansan de encomiar el Rosario; pero sabemos que Tomás de Aquino rezaba ya el incipiente rosario de su época. Suárez llegó a decir que consideraba divinamente inspirada la composición de esta plegaria. Pero no son menos interesantes los elogios de hombres de Estado, como Carlos V, Felipe II, García Moreno, O'Connell; de artistas, como Miguel Ángel o Haydn; de científicos, como Pasteur, de pensadores, como Unamuno. He aquí una significativa página del *Diario íntimo* de don Miguel: «Perdí la fe, pensando mucho en el Credo y tratando de racionalizar los misterios...; hoy, a medida que más pienso, más claros se me aparecen los dogmas y su armonía... La oración es la posible fuente de la comprensión del Misterio. ¡El Rosario! ¡Admirable creación! ¡Rezar meditando los misterios...! Meditarlos de rodillas y rezando: éste es el camino».

Y este camino lo han ignorado todos los que han combatido y combaten el Rosario. Lutero luchó para desarraigar el rezo del Rosario y el Avemaría en el pueblo alemán, porque constituía un auténtico valladar al avance de la Reforma. Los jansenistas, en los siglos XVII y XVIII, y con resonancias en el XIX, combatieron sutil o descaradamente la devoción a la Virgen y singularmente el Rosario dentro de la Iglesia católica. No se piensen los actuales debeladores de la devoción mariana que son originales; podríamos citar testimonios –incluso de Pastores de la Iglesia– de esos siglos más estridentes aún que los que ellos suelen patrocinar. Hace más de cuatro siglos que el infierno lucha contra el Rosario. Las especiosas razones de entonces suelen ser las mismas que las de hoy: en definitiva, se trata de una teología o de una pastoral que racionaliza el Misterio.

El cristianismo no es un sistema de verdades abstractas, susceptibles de malabarismos hermenéuticos intelectuales o ensayos sociológicos. Es más bien la vida resultante del gozoso encuentro del amor creador y del amor creado, que se abrazan libremente. Un misterio que sólo se comprende rezando.

De todas las aprobaciones del Rosario, la más significativa es la de la Virgen misma: Lourdes (1858), Portmain (1871), y, sobre todo, Fátima (1917), donde la aparición se autointituló «Nuestra Señora del Rosario». Y dos cosas, sobre todo, ha recomendado: luchar contra el pecado y rezar... el Rosario.

Recemos nosotros, queridos sacerdotes, y exhortemos a nuestros fieles a rezar el Rosario, sobre todo, en familia. Se acercan días, si no han llegado ya, en que

¹⁴ *Marialis cultus*, n. 49, c.

¹⁵ *Ibíd.*, 50 y 54.

se multiplicarán los factores desintegrantes de la familia. El conocido slogan «familia que reza unida permanecerá unida» resulta más actual que nunca.

2ª El Ángelus

Sobre el *Ángelus* (o el *Regina coeli*) nos hace el Papa una «simple, pero viva exhortación a mantener su rezo acostumbrado donde y cuando sea posible»¹⁶.

Hay datos de que en el siglo XIII el pueblo fiel de algunas regiones de Europa acostumbraba a saludar a María cuando escuchaba el toque vespertino de las campanas. Así, en 1263, el Capítulo General de los Franciscanos, celebrado en Pisa, bajo el generalato de San Buenaventura, dispone que «los hermanos exhorten al pueblo a recitar la salutación angélica al toque de la campana después de completas, porque se piensa que en esta hora fue saludada María por el Arcángel»¹⁷.

La primera intervención pontificia en favor del *Ángelus* vespertino se debe a Juan XXII, en una carta del 4 de octubre de 1318.

En cuanto al *Ángelus* de la mañana, el testimonio más antiguo es de 1317: En la *Chronica Parmensis* se narra que en la ciudad de Parma el obispo exhortaba a todos a rezar tres Padrenuestros y Avemarías al toque matutino, que la autoridad civil consideraba como inicio oficial de los trabajos.

Todavía es más tardío el origen del *Ángelus* del mediodía. Parece que comenzó en Francia a mediados del siglo XV. Consta de un legado de 1460, fundado en Le Puy «*ut ter in die pulsaretur maior campana, ad cuius sonitum salutatio angelica recitaretur; quae consuetudo nondum forte alibi erat recepta*»: «que se tocara tres veces al día la campana, a cuyo toque se rezara la salutación angélica; costumbre ésta quizá no generalizada en otras partes».

Lentamente, a través del tiempo, la piedad filial de los cristianos ha ido suscitando estas prácticas como medios para hacer presente en nuestras vidas, trabajos y fatigas diarias a la Madre del Cielo. Sólo la insensatez o la impiedad puede manifestar desprecio por estos frutos del alma popular y del Espíritu de Dios.

Hoy vivimos tiempos de *secularización*. Hay una secularización razonable, que es el justo reconocimiento de la autonomía de las realidades terrenas, puesto de relieve por el Concilio: y otra irrazonable que consiste en el olvido de Dios y su ley, en desconocer la «religación» profunda que las mismas realidades autónomas terrenas mantienen con Dios y su Cristo.

Pues bien, qué duda cabe que el rezo del *Ángelus* o del *Regina coeli*, que cualquiera puede aprender, en esas tres horas del día, viene a ser una especie de consagración de fatigas y trabajos a la Reina del Universo volviendo a «religar» lo que la impiedad desliga. Lo que puede realizarse en cualquier sitio: en el coche, el tren o el avión, en la oficina o el taller, en la calle o el bar. Basta

¹⁶ *Marialis cultus*, n. 41.

¹⁷ *Chronica XXIV Gener.*, en *Analecta Franciscana*, 3, 329.

un minuto de silencio y reflexión. Todavía impresiona, en su sencilla solemnidad, la escena de los campesinos orantes del famoso lienzo *El Ángelus*, de Millet.

3ª La práctica de las tres Avemarías

Al conceder en 1975, con mi bendición, el Imprimatur del libro *Los asombrosos frutos de una sencilla devoción*, que el Secretariado Nacional de la «Cruzada de las Tres Avemarías» pone a disposición de cuantos lo soliciten, escribía que, en él, «junto a una sana doctrina mariana..., se registran una serie de hechos maravillosos y recientes, todos fidedignos, que prueban la eficacia de esta ya antigua devoción en honor a la Santísima Virgen y de la Augusta Trinidad».

Así es, y así lo comprobará quien lo lea y quien se decida a probar en sí y en los demás esta fácil y eficaz práctica mariana.

Tal vez haya sido el capuchino de Blois, P. Juan Bautista, el apóstol más señalado de esta devoción en nuestro siglo. Al exponerla el año 1900 en el Congreso Mariano de Lyon, pudo comprobarse que no era demasiado conocida por el pueblo. Sin embargo, sólo tres años más tarde en el Congreso de Friburgo, pudo constatarse su amplia difusión por Francia, Canadá, Bélgica, España, Alemania, Italia, Suiza. ¿A qué se debía ese éxito?

Quizá la explicación la dio el benemérito capuchino en el Congreso Mariano de Einsiedeln el año 1906, cuando se hacía eco de la gran acogida que había dado el pueblo a sus campañas de difusión; que, «si a ciertos intelectuales puede parecerles desproporcionado este medio tan fácil con el fin que se pretende con él alcanzar, tendrán que habérselas con la Santísima Virgen, que ha querido enriquecerlo con sus promesas, o mejor aún, con el mismo Dios, que le ha otorgado tal poder. Y, por otra parte, ¿no parece ser ya una constante del Señor el obrar las más grandes maravillas con medios que nos parecen los más simples y desproporcionados?»

La costumbre de rezar tres Avemarías diariamente a la Virgen para conservar la pureza de la mente, del corazón y del cuerpo arranca tal vez de San Antonio de Padua (1195-1231), quien, aparte de su actividad misionera, fue uno de los más notables mariólogos del siglo XIII. Poco después, Santa Matilde (1241-1281) tenía una aparición, en la que la Señora le inculcaba el rezo diario de tres Avemarías, «dando gracias en la primera al Padre por el Poder que me otorgó, en la segunda al Hijo por la Sabiduría que me comunicó y en la tercera al Espíritu Santo por el Amor con que me colmó», prometiendo a quien lo hiciere la gracia de una buena muerte.

Apóstoles insignes de esta práctica mariana fueron el célebre misionero San Leonardo de Porto Mauricio (1675-1751) y el teólogo mariólogo y fundador de los Redentoristas, San Alfonso María de Liguori, cuyo conocido libro *Las Glorias de María* ha tenido más de 900 ediciones, con centenares de miles de ejemplares.

Se diría hoy que esta práctica ha sido pensada para nuestro tiempo de agitación y prisa. Muchas y agobiantes pueden ser las ocupaciones de una persona, pero, aun así, ¿quién no puede dedicar, de los 1.440 minutos que tiene el día, menos de uno a honrar a la Virgen en su relación con la Trinidad, sabiendo que Ella «es

tan generosa y magnífica que acostumbra a recompensar con grandes favores los más pequeños servicios»? (San Andrés Cretense).

¡Cuánto bien harían los padres y educadores si enseñaran a los niños, ya desde la cuna, a rezar las tres Avemarías cada noche, y los confesores, si tomaran la costumbre de recomendar esa práctica a sus penitentes!

REFLEXIÓN FINAL

Siempre ha sido propicio el mes de mayo para hacer una revisión de nuestro espíritu mariano: del puesto que ocupa la Virgen en nuestra espiritualidad sacerdotal y en nuestra actividad pastoral.

Me he referido concretamente a tres formas devocionales, aparte del ejercicio del mes de mayo. Podría sugerir también otras: los primeros sábados del mes, el Escapulario o Medalla, la actualización con sano criterio pastoral de Novenas, Cofradías y Asociaciones marianas y, singularmente, para nosotros sacerdotes, la profundización por el estudio y la oración de todo el misterio mariano, que podrá ayudarnos a vivir en gozosa plenitud nuestro sacerdocio.

Nuestra pastoral debe encaminarse a crear cristianos comprometidos, fieles a Cristo y a su época, de fe firme y lúcida, que arrimen el hombro con sus hermanos los hombres, creyentes o no, en la construcción de un mundo más justo y mejor, sin dejar de ser siempre «testigos de Cristo Resucitado» ante los hombres de hoy. Pero a la hora de formar los cristianos «de vanguardia», más comprometidos, que siempre serán minoría, no olvidemos la gran masa de creyentes, más o menos comprometidos también en su cotidiano vivir, que nunca entrarán por ciertos métodos apostólicos más exigentes; pero a los que tenemos que enseñar a orar, para que su vida, su trabajo y ocio, sus aspiraciones no se desliguen totalmente de la fe y de Dios. Como tenemos que enseñar a rezar a los primeros para que su compromiso y testimonio sean plenamente cristianos, y no simplemente humanos, sociales o políticos.

Y convenzámonos, por último, que todas nuestras técnicas y esfuerzos pastorales y todos los medios humanos resultarán siempre insuficientes y hasta, en ocasiones, inadecuados en la lucha contra el «príncipe de este mundo», ya que *nuestro combate no es contra la sangre y la carne* (contra hombres), *sino contra los principados y potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos* (Ef 6, 12).

Mas es precisamente María la gran debeladora de ese genio del mal, que afirma su terrible poder en el mundo, humillándonos, confundiéndonos, engañándonos y manchándonos con la baba del pecado, a pesar de todo el movimiento pastoral de la Iglesia. La teología y la historia demuestran cómo teme a la Virgen María el príncipe de las tinieblas.

Así, pues, ayudar a los hombres a descubrir a María es ayudarles a descubrir su plena autorrelación, su definitiva salvación.

Os pido, sacerdotes, que en vuestras parroquias, ahora durante el mes de mayo, y siempre con la oportunidad que nos viene dada por el año litúrgico y la devoción del pueblo, os esforcéis por encontrar, con saludable iniciativa, formas aptas

para el cultivo de la piedad mariana en vuestras comunidades parroquiales. Enseñad al pueblo a honrar a María, a invocarla, a meditar en sus virtudes y ejemplos, a orar ante Ella suplicando su intercesión maternal.

Sin exageraciones –por eso estamos tratando de reformar los estatutos y prácticas religiosas de las Cofradías–, pero también sin complejos ni exigencias extemporáneas; atentos a las orientaciones mariológicas del Concilio Vaticano II y de la *Marialis Cultus* de Su Santidad Pablo VI.

Os pido a los colegios de la Iglesia y, en su medida, a los educadores católicos de todos los centros docentes que no desaprovechéis la ocasión que tenéis en vuestras manos de llevar al corazón de vuestros alumnos y alumnas el ejemplo de vuestra piedad mariana, la orientación doctrinal para su mejor educación en la fe en la Virgen María, el impulso eficaz que les ayude a recibir la gracia de Dios para vencer las tentaciones y la tiranía del pecado. Sois responsables, educadores, y de manera especial los religiosos y religiosas. Ofreced ahora todo lo que la Iglesia os pide que ofrezcáis, con fidelidad, con delicadeza, con amor, con inquebrantable adhesión al Magisterio de la Santa Iglesia de Dios. Mañana será tarde.

A JESÚS POR MARÍA

Lección inaugural de la VII Semana de Teología Espiritual, pronunciada el 29 de junio de 1981. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, julio- agosto 1981.

Acabo de regresar de Lourdes, adonde he ido para acompañar a los enfermos de nuestra peregrinación diocesana y a los hospitalarios que los llevan. Allí está la gruta y el agua que mana sin cesar. Y allí también las riadas de hombres y mujeres de todos los continentes, cantando, rezando, llorando y sonriendo. ¡Cuánta tranquilidad en esos pobres seres que se mueven o son movidos en sus carritos, o llevados en los brazos de sus cirineos! ¡Y cuánto amor en éstos, misericordiosos amigos de unos días! Todo allí nos hace recordar las escenas del Evangelio, en que aparecen las muchedumbres buscando a Jesús.

No creáis que todos piden la curación de sus dolencias físicas. Muchos, muchísimos, se contentan con lograr un poco más de fe y de energía espiritual para soportar su cruz. Y los camilleros, y los sacerdotes, y las religiosas, y los hospitalarios, y los médicos... ofrecen su caridad y su amor, sin esperar nada, simplemente porque aman. La Virgen, en quien confían unos y otros, les ayuda. Y así, sin darse cuenta, se acercan a *Jesús por medio de María*. Ella les lleva, que para eso tiene manos suaves y firmes.

Es la Madre de Dios, la Madre de la Iglesia, la madre espiritual de los hombres. Ha cooperado a la Redención; lo ha hecho conscientemente, con humildad, poniendo de sí misma todo lo que tenía y podía. Se ha convertido en camino; lo fue durante el Evangelio, y lo será siempre. Unida a Jesús, redimida también por Él, tiene la eficacia que nace de sus privilegios, de su grandeza singular, de su virtud incomparable, de su gracia que la santifica en plenitud. Toda Ella está hecha para ayudarnos a alcanzar a Cristo.

Al volver de nuevo a España y entregarme a mis tareas ordinarias –reuniones de obispos, trato con sacerdotes, trabajos diocesanos, etc.–, pensaba que aquí también hay enfermos del cuerpo y del alma, que buscan la curación, o al menos la paz y la esperanza. Cuando nos olvidamos de María, se nos hace mucho más difícil encontrar a Jesús, es decir, la curación o la paz de los espíritus. Todos andamos inquietos, y no acabamos de encontrar el sosiego fecundo para una auténtica renovación. ¿No será que hemos olvidado uno de los medios más sencillos y certeros para alcanzarlo?

Durante esta semana vamos a hablar de *María en los caminos de la Iglesia*. Introduciré el tema exponiéndoos, más que una lección teológica, una meditación que contempla la relación ineludible entre la Virgen María y la Santa Iglesia como camino que nos lleva a Jesucristo.

1. MARÍA EN LOS CAMINOS DE LA IGLESIA ES LA MADRE QUE NOS LLEVA A JESÚS

Con estas palabras, *María en los caminos de la Iglesia*, queremos resumir la doctrina de la cooperación humana a la Redención. Ni María, ni la Iglesia reemplazan en lo más mínimo a la Humanidad de Jesús; por el contrario, comportan el testimonio del designio divino de asociar la criatura a la obra de la salvación. Único es nuestro Mediador, según la palabra del Apóstol: *Porque uno es Dios y uno el Mediador de Dios y de los hombres, un hombre. Cristo Jesús, que se entregó a Sí mismo como precio de rescate por todos* (1Tim 2, 5-6).

«La misión maternal de María para con los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia. Porque el influjo salvífico de la Bienaventurada Virgen en favor de los hombres no es exigido por ninguna ley, sino que nace del beneplácito y fluye de la sobreabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en su mediación, de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud, y, lejos de impedirla, fomenta la unión inmediata de los creyentes con Cristo» (LG 60).

La historia nos presenta asociados a María y a la Iglesia. Incluso es frecuente que ciertos creyentes tengan las mismas dudas respecto de la Iglesia y de María.

Los lazos entre la Iglesia y María, porque Dios lo ha querido así, son esenciales, no sólo íntimos. El misterio de María y el misterio de la Iglesia se ilustran el uno al otro. Los mismos símbolos bíblicos se aplican a la Iglesia y a María. La una y otra es *Nueva Eva, Árbol del Paraíso*, cuyo fruto es Jesús, *Arca de la Alianza, Tabernáculo del Altísimo, Ciudad de Dios, Mujer fuerte* de los Proverbios, *Esposa* ataviada para comparecer ante su Esposo, *Mujer enemiga de la serpiente, Signo aparecido en el cielo*, según la descripción del Apocalipsis, etc. Desde luego, hay mucho más que el uso alterno de símbolos ambivalentes.

«La conciencia cristiana se percató muy pronto de ello, y la proclamó a lo largo de los siglos de mil maneras, tanto en el arte y en la liturgia como en la literatura: María es la “figura ideal” de la Iglesia. Ella es su “sacramento”. Ella es el “espejo en el que se refleja toda la Iglesia”. Doquiera encuentra en Ella la Iglesia su tipo y su ejemplar, su punto de origen y su perfección. En cada momento de su existencia, María habla y obra en nombre de la Iglesia, no en virtud de decisión sobreañadida, ni por efecto de una decisión explícita por su parte, sino porque, por así decirlo, la lleva ya –a la Iglesia– y la contiene toda entera en su persona»¹.

Todos los comentaristas reconocen que cuanto las antiguas Escrituras anunciaban proféticamente de la Iglesia recibe como una nueva aplicación en la persona de la Virgen María. Y lo que el Evangelio refiere de la Virgen, prefigura de igual modo la naturaleza y los destinos de la Iglesia. La maternidad de María es un trasunto acabado de la maternidad de la Iglesia. María ha llevado en su seno a Jesús, la Iglesia lo lleva en la fuente de los Sacramentos. María y la Iglesia nos dan a Cristo. Las dos maternidades reposan igualmente en la

¹ HENRI DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao 1958, 286.

vivificación obrada por el Espíritu Santo para la comunicación de la Vida y la Verdad.

«Es la primera vez –dijo Pablo VI en la alocución de clausura de la sesión 3ª del Vaticano II– que un Concilio ecuménico presenta una síntesis tan extensa de la doctrina católica sobre el puesto que María Santísima ocupa en el misterio de Cristo y de la Iglesia». El capítulo VIII de la *Lumen Gentium* reafirma repetidamente la insustituible posición de María en el plan divino. «Los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento y la Tradición venerable manifiestan de un modo cada vez más claro la función de la Madre del Salvador en la economía de la salvación» (LG 55). «Ella es la Madre de Cristo y su colaboradora y cooperadora en el misterio de la redención» (Ib., 56). «La Iglesia, en su obra apostólica, mira con razón hacia aquella que engendró a Cristo, concebido por el Espíritu Santo y nacido de la Virgen, precisamente para que, por la Iglesia, nazca y crezca también en los corazones de los fieles» (Ib., 65).

María en los caminos de la Iglesia es la obra maestra de Dios. Para conocer el plan de la salvación y su realización histórica, ésta es la gran verdad que el Concilio ha querido repetirnos. Se afirma con claridad un hecho fundamental: María está en el plan de la salvación, *en el misterio de Cristo y de la Iglesia*. María es la Madre de los hombres, de todos los hombres, de ayer, de hoy y de mañana. Es verdadera Madre de los miembros de Cristo por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza (LG 55).

Hoy ya, en 1981, con Pablo VI que así la proclamó para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, llamamos a María Santísima: «*Madre de la Iglesia, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosa*. Ciertamente no es un título nuevo para la piedad de los cristianos. Este nombre de Madre ha estado en todos los caminos de búsqueda de Cristo que los hombres han recorrido. María está siempre como Madre acompañando a sus hijos, acompaña a los que vuelcan en ella sus penas y alegrías y acompaña también a los que no acuden a Ella con confianza. Con María ocurre como con el amor de Dios, la llamamos Madre porque Ella nos llamó primero “hijos”. Dicho con la teología sencilla del amor, María, en los caminos de la Iglesia, es “*la Madre*” que nos lleva a Jesús»².

2. LA FE DE MARÍA, PUNTO DE PARTIDA DEL NUEVO PUEBLO DE DIOS

El Hijo de Dios nació de una mujer (Gal 4, 4); Jesús es el *Hijo de María* (Mc 6, 2-3). *¿No es éste el carpintero, el hijo de María?*, dice San Mateo en el pasaje paralelo al de San Marcos. Dios se hizo hombre cuando, en su sabiduría y en su amor infinitos, encontró en la creación una fe tan grande, tan plena, que le permitió dar principio a la Encarnación.

Ciertamente, en María hay la misma necesidad de gracia y de salud que en nosotros; es íntegramente una mujer de nuestra raza y se le exigió también una

² PABLO VI, Discurso de clausura de la tercera sesión del Vaticano II, BAC 252, Madrid 1965, 793.

respuesta de fe. Es la gran peregrina en la fe. «Lo atado por la virgen Eva con su incredulidad, fue desatado por María mediante su fe» (LG 56). De día en día, de hecho en hecho concreto de su vida, Dios es el gran descubrimiento y la conquista continua de su diario vivir. Su respuesta al ángel es un acto de fe sin medida. Esto nos tiene que ayudar en cada circunstancia difícil y oscura de nuestra vida. María creyó. Ella aceptó la paradoja, y lo que era para el mundo «locura de Dios». *Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que gentiles, es Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina más fuerte que la fuerza de los hombres* (1Cor 2, 22-25). María conoció la divina sabiduría de Dios y creyó en ella.

Bienaventurada tú, la que has creído, proclama Isabel al mundo entero y a toda la historia de la humanidad, revelándonos, con esta afirmación suya, el estado de María en el momento de su gran experiencia religiosa. El Evangelio es claro en sus breves frases acerca de la fe de María: consiente en las proposiciones divinas, sin poder abarcar su contenido, ni conocer sus modalidades de realización. Ella acepta a Dios y su Palabra santa a pesar de la oscuridad en que camina: «Creyendo y obedeciendo», nos dice el texto del Vaticano II (LG 56); «con la obediencia y la fe», insiste unos párrafos más adelante (Ib., 63).

La Iglesia se funda sobre la fe en Cristo; y la fe de María, por providencia amorosa de Dios, es punto de partida del nuevo Pueblo de Dios. María, por la fuerza de su fe en Cristo, sostuvo a la humanidad.

Cuando María desarrolla su vida en el silencio de Nazaret, desarrolla también su vida de fe. Se va preparando su mente y su corazón a la gran tarea que Dios le ha reservado. Entre la desesperación y la incredulidad, el materialismo y la confusión, que también se dieron en su época histórica, Ella espera y cree en la voluntad de Dios y aguarda el momento en que se revelará al mundo. No tiene esquemas preconcebidos de cómo ha de ser la salvación de Israel; no tiene miras, orgullos, ni intereses personales; por eso, cuando llega el gran momento, responde afirmativamente. Y, llena de gracia, llena de fe, hace suya la clarividencia de Dios: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*. Y cuando María estaba ante la cruz, era la Iglesia ya la que creía en Él y se sostenía de pie; porque María es, desde luego, la primera cristiana. En el silencio de la Encarnación y en la tarde del Viernes Santo, cuando todo estaba envuelto en la oscuridad, su fe, la fe de María, empezaba a ser roca viva de la Iglesia de Cristo.

Su padre y su Madre estaban admirados de lo que se decía de Él (Lc 2, 23). No tiene José, pero tampoco María, pre-conocimiento de la palabra y de la voluntad de Dios. A María también, como a nosotros, le sobrevienen los designios de Dios de improviso; no tiene ni tiempo para expresar su estupor. Pero está dispuesta siempre a acoger la palabra y la voluntad divina. Nos da el ejemplo más silencioso y sereno, en contraste con toda la palabrería que usamos nosotros para referirnos al plan de Dios, como si conociéramos sus designios.

3. MARÍA: RELACIÓN ENTRE LO COTIDIANO Y LO ETERNO

Ella avanza; en la peregrinación de la fe, dejándonos a todas las generaciones, a todas sin excepción, también a la nuestra, en las circunstancias difíciles y conflictivas en que nos encontramos, «un ejemplar acabadísimo en la fe y en la caridad» (LG 58). «La llena de gracia está muy lejos de ser un globo inflado dispuesto a elevarse hacia el cielo. Plenitud y naturalidad aparecen en María como su modo propio, que sigue siendo único, pero será indefinidamente imitable, de unir el *ahora* y el *siempre*. Los signos de los tiempos, que nosotros estamos obligados a escrutar, no podrán ser percibidos si no es en esta relación entre lo cotidiano y lo eterno»³. Y por perder de vista este aspecto, al hablar de los signos de los tiempos en la Iglesia, nos hemos convertido en *sociólogos*, en lugar de ser *creyentes del Evangelio*.

La Iglesia no es esclava de ninguna época. El mensaje que ella transmite y la vida que propaga no están vinculados a ninguna situación social, ni a una cultura o civilización concreta. No está fundada la Iglesia más que sobre *la fe en Jesucristo*. No hemos de caer en la tentación de confundir nuestra fidelidad a lo eterno, la fe en Cristo y en su Evangelio, con una adhesión mezquina y aun morbosa al pasado; ni en la suficiencia y ligereza modernas que relativizan todo. Avancemos como María, una mujer de su tiempo, anclada en Dios, sin que nunca el misterio cristiano pierda su savia en nosotros. *Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto* (Rm 12, 2).

«La Santísima Virgen vivió en este mundo una vida igual a la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos» (AA 1, 4). Por eso es el mejor modelo para nuestra vida. Ella supo unir el *ahora* cristiano y el *siempre* eterno. Supo escrutar los signos de los tiempos, sin palabrería, pero con una actitud firme de servicio a Dios, en el momento de su aceptación total del plan de salvación, y en su vida de trabajo oculto y sencillo de Nazaret; en la soledad de su condición que acepta el destino y misión de su Hijo; en el camino de la angustia, del dolor y del fracaso, en el tremendo momento de su pasión y muerte. «Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el Templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente extraordinaria a la obra del Salvador» (LG 61). «Fue la compañera singularmente generosa del divino Redentor» (Ib.). Vemos lo que es el Reino de Dios, en María: penetró en su corazón y en su espíritu, atravesó sus propios pensamientos, sus costumbres y su actividad diaria, y así vivió la maravillosa relación entre lo cotidiano y lo eterno.

Cuando se trata de la Iglesia de Cristo, no podemos hablar de avance y retroceso, de éxito y de fracaso, como cuando juzgamos de las cosas puramente temporales. La vitalidad cristiana en cada época depende, mucho menos de lo que pudiera creerse, de lo que se discute, se hace o se deshace en el gran escenario del mundo. Bajo todo ese mar alborotado, que es la vida y la historia humana, hay una «Vida» que se mantiene, se transmite, se renueva sin que sea percibida por muchos. *El que permanece en mí, como yo en él, ése da mucho*

³ ABRAHAM LEVI, *María, la «mujer nueva» disponible al Espíritu*, Bogotá² 1979, 34.

fruto (Jn 15, 5). La piedra de toque de una vida auténtica cristiana es ver si engendra caridad, si salva a los hermanos, si desarrolla a Cristo dentro.

Me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Y eso ha sido así, porque su humildad fue tierra fecunda. Lo que cuenta es la semejanza con Cristo en las tareas diarias, para entender los signos grandes o pequeños de los tiempos. A una persona que se lamentaba de no poder atender a la perfección por el agobio de negocios temporales, Santa Catalina de Siena le respondió: *Sois vos el que lo hacéis temporales*. Las cosas son temporales cuando les quitamos su referencia a la eternidad y destruimos la fuerza que tienen para remontarnos a lo espiritual y eterno, a Cristo.

«Los mejores cristianos, los que tienen una vida más pujante, no se cuentan necesariamente, ni aun ordinariamente, entre los sabios o entre los hábiles, entre los intelectuales ni entre los políticos, ni entre las autoridades sociales. Consiguientemente, su voz no resuena en la prensa y sus actos no llaman la atención en público. Su vida está oculta a los ojos del mundo, y si llegan a conseguir cierta notoriedad, esto no sucede sino por excepción y de vez en cuando, con riesgo de extrañas deformaciones. Y dentro de la misma Iglesia, lo ordinario es que algunos de ellos consigan un prestigio indiscutible solamente después de su muerte. Y, sin embargo, ellos son los que contribuyen más que todos los demás a que esta tierra no sea un infierno. La mayor parte de ellos no se preguntan si su fe está “adaptada”, ni si es “eficaz”. Les basta con vivir de ella, como de la misma realidad, siempre la más actual, y los frutos que de ella se desprenden, casi siempre ocultos, no son por eso menos maravillosos. Aunque ellos no hayan actuado personalmente en lo exterior, están siempre en la raíz de todas las iniciativas, de todas las fundaciones que no han de quedar vanas. Y son ellos los que nos conservan o nos dan alguna esperanza. ¿Nos atreveríamos a decir que estos tales son hoy menos numerosos o menos activos que en otras épocas? No nos hagamos ciegos para ver la fecundidad de Nuestra Madre, por soñar en una “eficacia” posiblemente quimérica»⁴.

Sí, los hombres nos encontramos ante las tareas que nos ofrece y nos impone la situación histórica y los cambios que nos toca vivir. No podemos eludir las decisiones que hayamos de tomar. Pero el modo de ser cristiano está ligado a la forma concreta de cómo vivamos nuestra vida interior. Como María. No hay otra solución.

Y como en María, la relación entre lo cotidiano y lo eterno nos viene dada en el Evangelio por los símbolos, que nos dicen, que el Reino de los Cielos es *lo más valioso y lo más precioso* que tenemos. Están en el capítulo 13 de San Mateo y los hemos leído muchas veces; el tesoro que se encuentra el hombre en el campo, y la perla preciosa; tanto el campo como la perla superan el precio disponible para comprarlos. Las situaciones en que nos encontramos en la vida se iluminan con estas parábolas. *El Reino de los Cielos es más precioso que lo que puede parecer más valioso*. Su precio lo sopesamos en cada ocasión: una ganancia, que hubiera sido injusta y hay que rechazar, una ayuda, que hay que prestar y nos supone un gran sacrificio; una posición, que sólo se consigue rasgando nuestra fe; una pasión, que amenaza con destruir la familia; una vida de capricho y placer, que va arrasando nuestro sentido cristiano. ¿El Reino de

⁴ HENRI DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Bilbao 1958, 267-268.

los Cielos es *tan valioso para mí, que estoy dispuesto a dar ese precio?* Se exige todo: salud, propiedad, vida. Entonces veremos si la perla y el tesoro valen *todo* para nosotros.

4. MARÍA REALIZA Y VIVE LA RELIGIÓN DE LOS SENCILLOS Y POBRES PEREGRINOS DE LA FE

En las Bienaventuranzas se nos pone de manifiesto el gran valor y la riqueza del Reino de los Cielos. *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos* (Mt 5, 3).

El Reino de Dios en María significó que Dios rigió su corazón. Él fue su amor. Vivió de Él, con Él, desde Él y para Él. Su acción partió de una identificación de su voluntad con la divina: Encarnación, Belén, Egipto, Nazaret, Vida pública, Pasión de Cristo, Muerte en la Cruz, Resurrección, Pentecostés. Hablamos mucho del amor de Dios y del Reino de Dios, pero hacemos lo que queremos nosotros mismos. Achacamos nuestra debilidad, nuestros fallos, nuestros pecados, nuestras *negaciones...* a la situación, al cambio de los tiempos, etcétera. *Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los Cielos.* Los pobres, los que viven confiados en la Providencia, en medio de la necesidad, en la privación, en el fracaso, en el dolor siempre imprevisto. Para entrar en el Reino de Dios hay que cambiar el sentido de la vida, de esa vida que nos mantiene alejados de Dios: vida de mentira, de orgullo y codicia, de envidia e injusticia, en una palabra, de materialismo.

La condición terrestre de María fue la de los pobres peregrinos de la fe. María oyó y escuchó las palabras de Cristo. No vacila, ni duda de Dios, ni cuando le habla el anciano Simeón, que le anuncia dolor, ni cuando, después de haber buscado a su Hijo con preocupación y angustia, escucha casi una represión en lugar de una excusa. La vida de María es un lento y oscuro camino de fe. El Concilio nos ha redescubierto este rostro más humano y más nuestro de María, la Madre de Dios y Madre nuestra, entre los oyentes, recibiendo las palabras con las que el Hijo colocaba el Reino de Dios dentro del corazón y por encima de todo (cf. LG 58). «Distante de nosotros por sus privilegios, María ha vivido en sus singulares experiencias sobrenaturales asistida por la fuerza de su fe. Llena de gracia, perfecta en su humanidad y en sus potencias, mas se confía a la llamada divina sin entrever la lógica de la invitación recibida, sin percibir la meta donde quiere conducirla. Cada día, cada instante de su existencia repite su incondicional asentimiento a las propuestas divinas, siempre misteriosas e impenetrables. Todos los días llena sus horas de actos de abandono en Dios. Así avanza en la peregrinación de la fe, dejando a todas las generaciones futuras un ejemplar acabadísimo en la fe y en la caridad»⁵.

Al igual que su Maestro y que María, la Iglesia, a los ojos del mundo, hace el papel de esclava: *Se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre,*

⁵ ORTENSIO DA SPINETOLI, *María tras el Vaticano II*, Madrid 1978. 52.

y se humilló a sí mismo hasta la muerte y muerte de cruz (Fil 2, 7-8). El discípulo no es superior al Maestro; ejemplo nos ha dado.

¡Esta humildad, este silencio, esta fe! ... Así se labra en nosotros y se construye en el mundo el Reino de Dios. Ella es ejemplo sublime. Por ahí vamos a Jesús.

La Iglesia no es una academia de sabios, ni un seminario de intelectuales, ni una asamblea de *grandes*. *Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos* (Mt 18, 1). *Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios y prudentes, y se las has revelado a los pequeños* (Mt 11, 25).

Es muy interesante y muy provechoso, como para un rato de examen personal el capítulo que Henri de Lubac dedica a nuestras tentaciones respecto de la Iglesia, en su ya citado libro *Meditación sobre la Iglesia*. En el último punto de este capítulo analiza «la tentación de los sabios». Desde siempre la Iglesia se ha ganado el menosprecio de una selección: filósofos, intelectuales, espíritus superiores, afanosos de una vida profunda, le han negado su adhesión. Han sentido desprecio por ese amasijo de gentes sin cultura. El Cuerpo de Dios – piensan– no puede estar formado por una pasta tan grosera. Y muchos de estos sabios están convencidos de que hacen justicia a la Iglesia, protestan cuando se les llama adversarios. ¡Quieren protegerla en sus necesidades! ¡*Protegerla!* ¿No se está dando hoy este fenómeno? ¿No hay dentro de la Iglesia, por parte de muchas actitudes pastorales, de muchas investigaciones teológicas, exegéticas, morales, algo así como un afán de protección a la Iglesia? ¿No son muchos hoy los profesores que, al enseñar teología católica, están profundamente nerviosos porque sienten el apremio de defender a esa *pobre esclavita que, sin su auxilio, corre el peligro de desvanecerse*, atacada por la sabiduría de los hombres? Sabios que no caen en la cuenta de que siempre se cumple la profecía de Isaías: *Perderé la sabiduría de los sabios*. Son ricos que tienen que aprender la primera bienaventuranza. Recuerda este autor, que vengo citando, la exclamación de André Malraux ante las pinturas de las catacumbas romanas, primera expresión figurada de la Palabra que resonó en Cristo: «¡Qué mal responden estas pobres figuras a esta voz tan profunda!»

María acepta el silencio, la limitación de la vida, la vulgaridad de lo cotidiano, porque es la única condición posible para el que ha aceptado la realidad de Dios y la realidad del hombre, y da testimonio del Reino de los Cielos desde lo íntimo de esa realidad. La radicalidad de la vida de María está ahí, en esa energía y libertad con que vive su fe de peregrina en la tierra, que espera con dolores de parto la gloria de la resurrección.

De ninguna manera esto es canonizar lo vulgar y mediocre. Esa manera de entenderlo sería de lo más orgulloso y al mismo tiempo superficial. «Lo que hay que hacer es no solamente soportar todo este complejo en lo que tiene de fatal, y no canonizarlo en bloque, sino *asumirlo* con una lealtad que no sería tal si sólo se quedara en la superficie. No existe el *cristianismo privado*; y para aceptar a la Iglesia hay que tomarla tal como es, en su realidad humana y cotidiana, lób mismo que en su idea eterna y divina, porque la disociación es imposible, tanto de hecho como de derecho. *Para amar a la Iglesia es necesario, venciendo antes toda repugnancia, amarla en toda su tradición, y engolfarse, por así decirlo, en toda su vida, como el grano se hunde en la tierra*. De manera parecida hay

que renunciar al veneno sutil de las místicas y de las filosofías religiosas que querrían sustituir la fe o que se ofrecerían a transponerla. Esta es la manera católica de perderse para llegar a encontrarse. Sin esta última mediación, el misterio de la salud no puede alcanzarnos y transformarnos. *Hay que llevar hasta sus últimas consecuencias la lógica de la Encarnación, por la cual la divinidad se adapta a la debilidad humana.* Para poseer este tesoro hay que sostener el vaso de arcilla que lo contiene, y fuera del cual se evapora. Hay que aceptar lo que San Pablo, que había experimentado las tentaciones opuestas, llamaba *la sencillez de Cristo*. Hay que ser sin reticencia de *la plebe de Dios*. Dicho de otra manera: *la necesidad de ser humilde para buscarle en su Iglesia, y de añadir a la sumisión del entendimiento el amor de la fraternidad»*⁶.

5. LA IGLESIA, CONOCEDORA DE LOS DESIGNIOS DE DIOS, HACE PASAR TODO POR MARÍA: «A JESÚS POR MARÍA»

La devoción a María no es facultativa. El que cree que puede prescindir de ella se apartaría del camino de la santidad de la Iglesia. Ésta, conocedora de los designios de Dios, hace pasar todo por María. *A Jesús por María*, ha sido todo el tema de mi reflexión. Jesucristo es el único Jefe de la Iglesia, y el papel de María no es en manera alguna el de tomar su dirección. Todo cristiano es hijo de María. Ciertamente, este amor a la Virgen puede tomar muchas formas y ofrecer muy diversos grados. Piénsese, por ejemplo, en el Cardenal Newman, cuando defiende la doctrina católica sobre la Madre de Jesús contra su amigo Pusey; son unas páginas conmovedoras. Pero es completamente diferente del movimiento mariano de San Luis M^a. Grignon de Montfort o de San Alfonso María de Liguori. La vocación se expresa en vocaciones muy diferentes.

María nos lleva a descubrir el designio misericordioso de Dios. En la vida de cada cristiano se da el *respexit*, la mirada de Dios sobre nosotros. Hay que descubrir, como María, en la propia historia personal, no en teoría, el filón de oro de la salvación.

María experimenta de modo excepcional la misericordia de Dios, y por ello «ha sido llamada singularmente a acercar los hombres al amor que Él había venido a revelar...». «En Ella y por Ella, tal amor no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad. Tal revelación es especialmente fructuosa, porque se funda, por parte de la Madre de Dios, sobre el tacto singular de su corazón materno, sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre. Es éste uno de los misterios más grandes y vivificantes del cristianismo, tan íntimamente vinculado con el misterio de la Encarnación. Esta maternidad de María en la economía de la gracia –tal como se expresa el Concilio Vaticano II– perdura sin cesar...»⁷.

Todo en María nos revela la misericordia y el amor de Dios hacia el hombre. El misterio de la Asunción nos pone de manifiesto el triunfo definitivo y completo de la obra divina en la naturaleza humana. La Asunción de María es la anticipación

⁶ HENRI DE LUBAC, o. c., 273.

⁷ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 5, 9.

y promesa de nuestro propio triunfo. Todas las cosas han sido creadas para el servicio del hombre y todas las cosas fueron rescatadas para él. El cristiano tiene que completar en este mundo lo que falta a la redención de Cristo. El dogma de la Asunción de María a los cielos en cuerpo y alma es un dogma impregnado de alegría, de humanidad, de optimismo, de seguridad, de aceptación del mundo y de reconocimiento de todo lo bello. *Todas las cosas son vuestras; vosotros, de Cristo; Cristo, de Dios* (1Cor 3, 22-23).

El ir a Jesús por María no significa desconfianza en Dios, sino, por el contrario, *confianza en el modo que tiene Dios de hacer las cosas*. Por sus manos suben nuestras plegarias y también descienden las gracias divinas.

«Nada hay más capaz de romper las mil trabas que nos atan, como la devoción a la Virgen María. Ella libera nuestra fe y hace que dé sus frutos; pudores equívocos, orgullo oculto, timidez irreflexiva, dudas confusas..., todo se disipa, en cuanto un verdadero hijo llama a María por su nombre. En nuestros días hemos tenido el maravilloso ejemplo del Padre Maximiliano Kolbe, pero tendríamos que evocar aquí a Polonia entera. Este país, martirizado tradicionalmente, oprimido por un régimen político despiadado, da prueba ante toda la Iglesia de una vitalidad envidiable, y de una fecundidad espiritual asombrosa. “Habrá un milagro en favor de Polonia” había profetizado al morir el predecesor del recién fallecido Primado. Hoy palpamos el milagro de esta Polonia, a la vez sana y ejemplar, amante apasionada de la Virgen, a quien honra con manifestaciones tan fieles y constantes como triunfales. La devoción mariana libera la fe, objeto de la promesa de Dios»⁸.

La esperanza no puede ser el cómodo resultado de un milagro agradable. Es una virtud y exige continuo esfuerzo, como se le exigió a María. La esperanza obliga a trabajar con confianza en Dios. Nuestra cooperación es indispensable para que Dios salve. Lo esperamos todo de Dios, *su misericordia se extiende de generación en generación*, pero Dios nos ha fijado a cada uno una tarea, nuestra situación personal en la Iglesia y en la sociedad, y ha otorgado a esa tarea un valor. La esperanza se purifica y se hace más auténtica, cuando aquel que pide a Dios se le solucionen sus graves problemas, bendice y confía en Él, aunque no se le solucionen.

No nos dejes caer en la tentación, sino líbranos del mal. Conocemos y experimentamos las dificultades para ser cristianos en nuestro mundo, lleno de amenazas contra la libertad, la conciencia, la moral, la religión. Esto explica, dice el Papa Juan Pablo II en la *Dives in misericordia*, la inquietud a la que está sujeto el hombre contemporáneo. Inquietud que experimenta toda clase de hombres, los marginados y oprimidos, y los que disfrutaban de la riqueza y del poder. Hay una decisión que hemos de realizar en nuestra vida, y es exclusivamente de incumbencia y responsabilidad personal: *estar a favor de la voluntad de Dios o contra ella*. No hay término medio: *El que no esté conmigo está contra mí. Ninguno puede servir a dos señores*. Dios, que es el Bien, el Amor, la Verdad, la Vida, sabe lo que es el bien, el amor, la verdad y la vida para el hombre; y no los falsos maestros y profetas, que desaparecen dejando gran cantidad de víctimas, de vidas desesperadas y de esfuerzos frustrados.

⁸ G. M. GARRONE, *María ayer y hoy*, Madrid² 1978, 71-72.

«Teniendo a la vista la imagen de la generación a la que pertenecemos, la Iglesia comparte la inquietud de tantos hombres contemporáneos. Por otra parte, debemos preocuparnos también por el ocaso de tantos valores fundamentales, que constituyen un bien indiscutible no sólo de la moral cristiana, sino simplemente de la moral humana, de la cultura moral, como el respeto a la vida humana desde el momento de su concepción, el respeto al matrimonio en su unidad indisoluble, el respeto a la estabilidad de la familia. El permisivismo moral afecta sobre todo a este ámbito más sensible de la vida y de la convivencia humana. A él van unidas las crisis de la verdad en las relaciones interhumanas, la falta de responsabilidad al hablar, la relación meramente utilitaria del hombre con el hombre, la disminución del sentido del auténtico bien común, la facilidad con que éste es enajenado. Finalmente, existe la desacralización que a veces se transforma en “deshumanización”: el hombre y la sociedad para quienes nada es “sacro” van decayendo moralmente, a pesar de las apariencias»⁹.

Son palabras del Papa en su gran última Encíclica, palabras llenas de amor a los hombres de nuestro tiempo. Palabras de un hombre, elegido por el Espíritu Santo para hacer reflexionar sobre la dignidad humana, sobre la gran realidad del amor de Dios a nuestra generación histórica, sobre la misericordia de Dios en la misión de la Iglesia, sobre María, la Madre de la misericordia. Y son palabras «dictadas por el amor al hombre, a todo lo que es humano y que, según la intuición de gran parte de los contemporáneos, está amenazado por un peligro inmenso»¹⁰.

María, María, caminante con tu pueblo cristiano, signo de unidad y de intercesión como lo fuiste en Caná, en el Calvario, en el Cenáculo: *María, llévanos a Jesús, fruto bendito de tu vientre... y ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.*

⁹ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 4, 12.

¹⁰ *Ibíd.*, 8, 15.

EL MES DE MAYO, MES DE MARÍA

Exhortación pastoral, abril de 1984. Publicada en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, mayo 1984.

La llegada del mes de mayo me ofrece una ocasión propicia para hablaros de nuestra piedad y devoción a la Santísima Virgen María. Concretamente deseo referirme al llamado Ejercicio de las flores, que, bien practicado, puede ser un medio eficacísimo para honrar a la Madre de Dios y nuestra, y para despertar en el pueblo cristiano hondos sentimientos de una espiritualidad renovada y beneficiosa para todos.

Hace tres años, el 4 de mayo de 1983, nuestro Santo Padre el Papa exhortaba a los fieles: «En este mes de mayo elevemos los ojos a María, la Mujer que fue asociada de manera única a la obra de reconciliación de la humanidad con Dios. Según los designios del Padre, Cristo debía realizar esta obra mediante su sacrificio; pero estaría asociada con Él una mujer, la Virgen Inmaculada, que se presenta así ante nuestros ojos como el modelo más alto de la cooperación en la obra de la salvación»¹.

Asimismo, escribió Pablo VI: «Nos es muy grata y consoladora esta práctica tan honrosa para la Virgen y tan rica de frutos espirituales para el pueblo cristiano. Porque María es siempre camino que conduce a Cristo. Todo encuentro con Ella no puede menos de terminar en un encuentro con Cristo mismo. ¿Y qué otra cosa significa el recurso a María sino el buscar entre sus brazos, en Ella, por Ella, y con Ella, a Cristo nuestro Salvador, a quien los hombres, en los desalientos y peligros de aquí abajo, tienen el deber, y experimentan sin cesar la necesidad, de dirigirse como a puerto de salvación y fuente trascendente de la vida? Precisamente porque el mes de mayo nos trae esta poderosa llamada a una oración más intensa y confiada, porque en él nuestras súplicas encuentran más fácil acceso al corazón misericordioso de la Virgen, fue tan querida a nuestros predecesores la costumbre de escoger este mes consagrado a María»².

Y así como a imitación del Apóstol de las gentes no debemos cesar de predicar a Jesucristo crucificado, de donde nos viene nuestra Redención, así también hemos de pregonar con asiduidad las grandezas de su Madre Santísima, tratando por todos los medios de dar el debido culto y presentar a la imitación del pueblo la *Obra maestra de los siglos*, el *Tesoro de Dios*, la Virgen María, a quien se dignó asociar el Padre a la obra redentora de su Divino Hijo. «Para Ella la participación en el drama redentor fue el término de un largo camino... La presencia en el Calvario, que la permitía unirse de todo corazón a los sufrimientos del Hijo, pertenecía al designio divino: el Padre quería que Ella, llamada a la más total cooperación en el misterio de la redención, quedase

¹ JUAN PABLO II, Homilía del 4 de mayo de 1983.

² PABLO VI, Encíclica *Mense Maio*, del 25 de abril de 1965: AAS 57 (1965) 353ss.

totalmente asociada al sacrificio y compartiese todos los dolores del Crucificado, uniendo la propia voluntad a la de Él, en el deseo de salvar al mundo»³.

MAYO, CORAZÓN DE LA PRIMAVERA

La Iglesia santa, maestra de las costumbres del pueblo cristiano, logró hacer del mes de mayo una fiesta continuada de la piedad mariana.

Mayo es, en efecto, el corazón de la primavera en la que todo sonríe, porque en nuestras latitudes la naturaleza se viste de sus mejores galas y los campos se esmaltan con el color variado de sus flores hermosas. Todo es fragancia, verdor y lozanía por doquier, que fácilmente invita a ofrecer a la más bella de las criaturas, la *tota pulchra*, la toda hermosa; *deliciis affluens*, rebosante de delicias, un homenaje de las almas como el que brota a raudales de la exuberancia de la tierra. Con las flores del campo, el perfume de las almas buenas. Espectáculo magnífico, emotivo y lleno de ternura el que presentaban muchos hogares católicos y la casi totalidad de nuestros templos, en tiempos pasados, cuando las familias cristianas, una vez terminadas las faenas del día, reunidos padres e hijos alrededor del altar engalanado con profusión de flores, practicaban el ejercicio del mes de mayo.

Ved cómo se refería a esto el Papa Pío XII: «Hay otras prácticas de piedad que, aunque en rigor de derecho no pertenecen a la sagrada liturgia, tienen, sin embargo, una especial importancia y dignidad, de modo que en cierto sentido se tienen por insertas en el ordenamiento litúrgico, y han sido aprobadas y alabadas una y otra vez por esta Sede Apostólica y por los obispos. Entre ellas se deben contar las preces que durante el mes de mayo se dedican a la Virgen Santísima... Estas prácticas de piedad incitando al pueblo ya a frecuentar asiduamente el Sacramento de la Penitencia, ya a participar digna y piadosamente en el Sacrificio Eucarístico y en la Sagrada Mesa, ya también a meditar los misterios de nuestra Redención y a imitar los insignes ejemplos de los Santos, nos hacen así intervenir en el culto litúrgico, no sin gran provecho espiritual»⁴.

No hay duda que, en los últimos tiempos, caracterizados por una desacralización funesta sin precedentes en la historia, ha decaído no poco esta práctica tradicional del mes de mayo, pues serán hoy contadísimos los hogares donde se rinda ese culto fervoroso a la Santísima Virgen practicado por nuestros antepasados. Y aún es más de lamentar la supresión del mismo en parroquias, en colegios y centros de la Iglesia.

Tal abandono ha representado una enorme pérdida para la piedad cristiana, más aún, ha cegado un manantial perenne de bendiciones para la juventud y las familias, e indirectamente, para la misma sociedad.

Encaja a este propósito lo que se cuenta en la vida del santo Cura de Ars. Cierta día, entre la concurrencia que acudía de continuo a visitarle, apareció una señora vestida de luto y llorando porque acababa de perder a su marido, persona poco amiga de la religión y que se había suicidado arrojándose desde lo alto de un

³ JUAN PABLO II, Homilía del 4 de mayo de 1983.

⁴ Pío XII, Encíclica *Mediator Dei*, n. 45.

punte. El santo la consolaba, diciendo: «No tenga pena, su marido está en camino de salvación». La señora no se lo podía creer, pues le constaba que era indiferente en materia religiosa y había muerto sin sacramentos de la manera dicha. Insistió el santo que estaba en camino de salvación, porque la Virgen le había conseguido la gracia de un arrepentimiento sincero en el momento en que se arrojaba del puente, en pago de que, durante el mes de mayo, a pesar de su falta de fe, se unía a su esposa en el ejercicio de las flores para honrarla.

LA IGLESIA, PURIFICADORA DE COSTUMBRES

La dedicación del mes de mayo a María fue surgiendo como una reacción cristiana contra las costumbres del paganismo. Porque en los tiempos antiguos el inicio de la primavera era acogido con aplausos frenéticos, fiestas y regocijos populares, de exaltación del amor apasionado y lascivo. En tales juegos libertinos participaban hombres y mujeres, ataviados con vestiduras multicolores, que estaban vedadas en otras circunstancias. Se adornaban con guirnaldas las fachadas de los edificios, y los participantes en tales algazaras colocaban sobre sus cabezas coronas de flores.

El carácter lujurioso de tales fiestas no se extinguió hasta desaparecer el paganismo, y aun en la baja Edad Media, tan rica ya en diversas manifestaciones de fe, rebrotaban estas fiestas del desenfreno, que provocaban reacciones lógicas en la autoridad eclesiástica. San Carlos Borromeo, por citar un caso, se vio obligado a emplear medidas no poco rigurosas en contra de las orgías organizadas en Milán los primeros días del mes de mayo, según se deduce de las actas de un Sínodo Provincial convocado en su Iglesia.

Se tardó poco en comprender que para una renovación de las almas era mucho más eficaz y positivo tratar de purificar aquellas costumbres, orientándolas hacia la celebración festiva de la piedad mañana, que dictar leyes severas. La Iglesia, pues, encontró la solución frente a aquella lacra del desenfreno, de manera muy sencilla: hacer resplandecer con mayor fulgor ante los ojos de las multitudes las bellezas de la Santísima Virgen, dedicándole ese mes lleno de encanto, por los muchos rasgos de identidad y similitud encerrados en su persona, reflejados de alguna manera en las maravillas de la naturaleza.

ALGUNAS NOTAS HISTÓRICAS

No sabemos cuándo comenzó esta práctica, aunque hay indicios de que es muy antigua. Ya en la Baja Edad Media se ofrecían obsequios a María durante este tiempo. Los historiadores aducen una prueba que, si bien no es definitiva, nos puede dar alguna luz. En la vieja abadía de Cluny existía un capitel románico muy significativo. Dentro de su aureola aparecía la figura de la Virgen y a su alrededor se leía este hexámetro:

Ver primos flores, primos adducit honores.

La primavera trae (para María) con las primeras flores, los primeros honores. Señal manifiesta de que, desde muy antiguo, la piedad cristiana gustó de asociar a María al más bello despertar de la naturaleza, viendo en la variedad de

encantos y fecundidad riente de la primavera un signo claro de la esplendente hermosura de nuestra Madre del Cielo.

La liturgia, desde tiempo inmemorial, aplicó a María aquellas dulces palabras del Cantar de los Cantares: *Levántate, amada mía, paloma mía, hermosa mía, y ven Porque ya pasó el invierno, cesó la lluvia, las flores han aparecido en nuestros campos, ha llegado el tiempo de la poda y se oye la voz de la tórtola... Ven y serás coronada con la diadema de las gracias* (2, 10-13). Eran como tiernos suspiros de amor que brotaban de la fe y poco a poco iban extendiéndose por toda la Iglesia, en todos los países. Los españoles tenemos una prueba palmaria de que ya en el siglo XIII existía en nuestra patria algún síntoma de relación entre el mes de mayo y María, por cuanto Alfonso X el Sabio, en una de sus preciosas Cantigas, da la bienvenida al mes de mayo, repitiendo en cada una de las estrofas cómo es una ocasión propicia para impetrar de la Virgen todo cuanto necesitamos. He aquí el texto en su sabor de un romance balbuciente:

*Ben venas, mayo, con bonos manjares
et nos roguemos en nossos cantares
a Santa Virgen ante os seus altares
que nos defenda de grandes pesares.*

Parece, pues, que a finales del siglo XII debía existir la costumbre de reunirse en el mes de mayo en torno al altar de la Virgen para rendirle homenaje y solicitar de Ella toda suerte de gracias.

Poco después, en el siglo XIV, el *Beato Enrique Suso*, entre las varias manifestaciones de su tierno afecto, solía consagrar a Ella la primavera, estación de las flores. Tejía con ellas una hermosa guirnalda y la llevaba ante el altar de la Señora, ofreciéndosela arrodillado, a la vez que le dirigía las más conmovedoras plegarias. A su imitación, y por la misma época, consta que las personas piadosas comenzaron a depositar también las primeras flores de los campos ante la imagen de la Virgen.

San Felipe Neri solía reunir a los niños en torno al altar de María para que le ofreciesen, junto con las primeras flores, las plegarias salidas de sus inocentes corazones. Por tal motivo ha sido considerado por algunos como el verdadero impulsor –o casi iniciador– de la devoción del mes de mayo; pero, aunque fuera cierto, no tuvo muchos imitadores hasta pasado algún tiempo.

En 1664, los colegiales de los PP. Jesuitas de Colonia inauguraron los ejercicios del mes de mayo como homenaje a la Reina del Cielo. Medio siglo más tarde se multiplicaban los manuales impresos para propagar tal devoción, que conservó su carácter privado hasta finales del siglo XVIII. A partir de esta época se propagó por toda la Iglesia y con motivo de la definición del misterio de la Inmaculada Concepción –que con tanto entusiasmo fue acogido por el pueblo cristiano– la práctica de tal devoción aumentó sin cesar con evidente provecho de las almas hasta hace pocos lustros, en que tan torpemente ha sido olvidada por muchos o relegada al rincón de los recuerdos piadosos, en nombre –decían– de una espiritualidad más cristocéntrica o más conforme a las orientaciones del Concilio Vaticano II.

Pero la doctrina del Concilio no puede ser más clara, luminosa y terminante: «El Sagrado Concilio exhorta a todos los hijos de la Iglesia a que cultiven

generosamente el culto, sobre todo litúrgico, hacia la Bienaventurada Virgen, y que también estimen mucho las prácticas y ejercicios de piedad hacia Ella, recomendados en el curso de los siglos por el Magisterio de la Iglesia» (LG 67). Y no puede caber duda de que entre esas prácticas ocupa lugar eminente, a juzgar por lo que siguen diciendo los Papas y la experiencia de la piedad cristiana, la de celebrar el mes de mayo con el fervor mariano acostumbrado.

NUEVAS MODALIDADES

Así, pues, hemos de procurar que esta práctica, que durante siglos fue tan bien acogida por el pueblo cristiano, no desaparezca, sino, por el contrario, que siga siendo como un venero de agua limpia y cristalina que llegue a nuestras comunidades cristianas. Buscad, en unión con vuestros Consejos Pastorales, nuevos modos de celebración, estudiando y proponiendo iniciativas adecuadas, en consonancia con lo que piden la psicología actual y las normas litúrgicas.

Si se celebra la Misa, dad siempre la máxima importancia a la Eucaristía, animando a los fieles a la participación más fructuosa posible. La homilía, las preces, los cantos, las oraciones finales, pueden ayudar a una mayor inteligencia de lo que se celebra y a una catequesis provechosísima sobre los principales misterios de la religión, en que se apoyan los fundamentos del culto mariano⁵.

Si se celebrase independientemente de la Santa Misa, un modo muy apto sería: rezo del Rosario, con participación de diversos grupos, ejercicio de las flores, breve exhortación, oración de los fieles y canto de despedida.

Sea éste, o sea otro el esquema de la celebración, moved al pueblo, a los jóvenes, a los niños, a las familias, ayudadles a todos a participar en los cultos que organicéis.

EXHORTACIÓN FINAL

El culto especial a la Virgen María durante el mes de mayo no debe desaparecer. Lo hemos practicado desde nuestra más tierna edad y siempre ha sido beneficioso para todos. Quisiera verlo de nuevo floreciente en todas nuestras parroquias, en los colegios y centros de la Iglesia, en todos los centros escolares donde sea posible. De él pueden brotar serenas energías espirituales, sobre todo para los jóvenes que, al honrar a María y querer imitar sus virtudes, frecuentarán más los sacramentos para mejor proclamar y defender su fe en un mundo en que es tan combatida.

Aprovechad, amados sacerdotes, esta ocasión del mes de María para hablar al pueblo sobre la Madre del Cielo. Predicad sus grandezas, extended cuanto podáis su devoción, seamos todos dignos de tal Madre. Y vosotros, queridos fieles de nuestra Archidiócesis de Toledo, acudid a los cultos tradicionales en honor de la Santísima Virgen. Suplicad su intercesión al elevar a Dios vuestras oraciones por las necesidades de la Iglesia, por el Santo Padre, por nuestra

⁵ Cf. PABLO VI, Exhortación apostólica *Marialis cultus*, 2 de febrero de 1974: AAS 56 (1974) 113ss.

patria, tan necesitada del auxilio de María, por vuestras familias y, en fin, por nuestra diócesis.

Termino con palabras de Pablo VI: «A María se eleven en este mes mariano nuestras súplicas para implorar con crecido fervor y confianza sus gracias y favores. Y si las graves culpas de los hombres pesan sobre la balanza de la justicia de Dios y provocan su justo castigo, sabemos también que el Señor es el *padre de las misericordias y Dios de la consolación* (2Cor 1, 3) y que María Santísima ha sido constituida, por ÉL, administradora de los tesoros de su misericordia. Ella, que ha conocido las penas y las tribulaciones de aquí abajo, la fatiga del trabajo cotidiano, las incomodidades y estrecheces de la pobreza, los dolores del Calvario, socorra, pues, las necesidades de la Iglesia y del mundo; escuche benignamente las invocaciones de paz que a ella se elevan desde todas las partes del mundo; ilumine a los que rigen los destinos de los pueblos, y obtenga de Dios, que domina los vientos y tempestades, la calma también en las tormentas de los corazones que luchan entre sí y *det nobis pacem in diebus nostris*, la paz verdadera, la que se funda sobre las bases sólidas y duraderas de la justicia y el amor, justicia hecha al más débil, no menos que al más fuerte, amor que mantenga lejos los extravíos del egoísmo, de modo que la salvación de los derechos de cada uno no degeneren en olvido o negación del derecho de los otros»⁶.

⁶ PABLO VI, Encíclica *Mense Maio*, 1. Recomiendo vivamente la lectura de estos dos documentos citados: del primero, por estar dedicado expresa y totalmente al mes de mayo; del segundo, porque, escrito después del Concilio Vaticano II, tiene como objetivo concreto «la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen».

Parte Cuarta

La Iglesia, bajo el patrocinio de San José

SAN JOSÉ, PATRONO DE LA IGLESIA

Instrucción pastoral, 14 de marzo de 1972. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, marzo 1972.

Cien años han transcurrido desde que Pío IX, el Papa de la Inmaculada Concepción de María, declaró el 8 de diciembre de 1870 a San José Patrono de la Iglesia universal. El 31 de marzo próximo se concluirá este centenario, que en España ha venido celebrándose con diversos actos religiosos y culturales.

Si evocamos hoy esta fecha histórica no es para deleitarnos en la pura contemplación del acontecimiento, que en su momento llegó a producir un gozo muy legítimo en los católicos de todo el orbe; lo hacemos para reavivar la fe de la Iglesia del siglo XX en un dogma fundamental de la religión católica: el de la intercesión poderosa de los Santos dentro del misterio de Cristo.

«Como los Santos que están en la patria –escribía Santo Tomás de Aquino– están más cerca de Dios, la ordenación de la ley divina requiere que nosotros, mientras vivimos en el cuerpo peregrinando hacia Dios, nos lleguemos a Él por mediación de los Santos... De dos modos se dice que ruegan por nosotros los Santos. Uno, con oración expresa: cuando conmueven con sus votos los oídos de la divina clemencia en nuestro favor. Otro modo, con oración interpretativa, a saber: mediante sus méritos, que, puestos en la presencia de Dios, no sólo les alcanzan gloria, sino que son sufragios y oraciones por nosotros»¹.

FUNDAMENTACIÓN TEOLÓGICA

Por su condición de padre nutricio de Jesús y esposo de María, San José ejerció una función sublime en la tierra y ocupa un lugar preeminente en el cielo.

«Por esta sublime dignidad que Dios confirió a este siervo fidelísimo, siempre la Iglesia honró con sumos honores y alabanzas al bienaventurado San José,

¹ *Suppl.*, q.72 a.2 c y ad.1.

después de la Virgen Madre de Dios, su Esposa, e imploró su mediación en casos angustiosos».

«Viéndose, pues, en estos tristísimos tiempos la misma Iglesia por todas partes perseguida de sus enemigos y oprimida de tan graves calamidades, que hombres impíos pudieron sospechar haber al fin prevalecido contra ella las puertas del infierno, por esto los venerables prelados de todo el orbe católico presentaron sus preces y las de los fieles de Cristo encomendados a su cuidado al Sumo Pontífice, pidiendo que se dignara instituir a San José Patrono de la Iglesia católica».

En efecto, Pío IX satisfizo tales votos, declarando a San José Patrono de la Iglesia universal. Las palabras que hemos reproducido literalmente del documento de la Sagrada Congregación de Ritos, señalan abiertamente dos cosas: la situación angustiosa en que se veía implicada en aquel momento la Iglesia, como consecuencia de avatares políticos, y la solución que se ofrece como remedio eficaz: el recurso a San José. Ambos extremos aparecen hermanados, en cuanto tales, por un nexo teológico, firme y causativo: la dignidad conferida por Dios a este siervo fidelísimo.

ACTUALIDAD DE ESTE PATROCINIO

Los años se han ido sucediendo y con el paso del tiempo reaparecen las dificultades, pero también se mantienen las soluciones que encierran un valor permanente.

Hoy, «la sociedad civil –a juicio de Pablo VI–, a pesar de haber progresado tanto, no está satisfecha, no es feliz. El progreso ha desorbitado hasta tal punto sus deseos, ha descubierto de tal manera sus deficiencias, ha multiplicado tanto sus tensiones, se han desenfrenado tanto sus extremismos, ha resquebrajado hasta tal punto sus costumbres, que raramente está satisfecha consigo misma, raramente se muestra segura de los principios que la rigen y de los fines que persigue. La sociedad civil está intoxicada a causa de la angustia, de la retórica, de las falsas esperanzas, de los radicalismos exasperados. Este malestar colectivo, que posiblemente es una fiebre de crecimiento, repercute también sobre la Iglesia, infundiéndole el ansia del transformismo y del conformismo, disminuyendo el sentido de confianza en ella misma, privándola del gusto por la unidad interna, invadiéndola de los particularismos inconformistas, ilusionándola con novedades desarraigadas de la tradición...»².

Ahora bien, para que la meta del penoso camino de esta Iglesia paciente siga siendo la victoria y la gloria, hoy como antaño debemos recurrir a San José. «San José es, a título propio, Patrono de la Iglesia, y ésta, a su vez, muchísimo espera de su defensa y patrocinio»³. «Por eso ha sido un acierto de la piedad de la Iglesia venerar en San José al patrono de la Sagrada Familia y fue un acierto de

² PABLO VI, Homilía del miércoles 29 de abril de 1970.

³ León XIII, Encíclica *Quamquam pluries*, 15 de agosto de 1889.

Pío IX proclamar el patrocinio de San José sobre la Iglesia universal que es la familia histórica y social, más aún, el Cuerpo Místico de Cristo»⁴.

En fraternal colaboración invoquemos, pues, el favor divino por intercesión de San José sobre esta Iglesia nuestra, necesitada y unida a Cristo por el sufrimiento interno. Para que los obispos, empeñados en la tarea de conducir al Pueblo de Dios, señalemos acertadamente el camino de la salvación, en bien de la comunidad y en beneficio de los extraños. Para que los sacerdotes, «próvidos cooperadores del orden episcopal y ayuda e instrumento suyo» (LG 28), den un testimonio de vida que esperan muchos jóvenes antes de abrazar el servicio heroico del Reino de Dios. San José es abogado también de las vocaciones. Y qué reflexión la que hizo el Papa hace unos años a los párrocos y sacerdotes de Roma:

«Creemos que la escasez de las vocaciones en las grandes ciudades depende en gran parte, es cierto, del ambiente familiar y social, que hace refractaria la conciencia de las jóvenes generaciones al estímulo de la voz de Cristo; pero hemos abrigado siempre la esperanza de que un sacerdote, un auténtico sacerdote, ni gazmoño ni de tendencia “secularista”, sino que sabe vivir en profundidad de doctrina y de sacrificio su sacerdocio en contacto con la comunidad, especialmente con los jóvenes, tiene la virtud o, mejor dicho, la gracia de encender en otras almas la llama del amor total a Cristo Señor que arde en él; y creemos que el testimonio de una vida sacerdotal en plenitud de inmolación, con el sagrado celibato que ella comporta, es decir, entregada al exclusivo amor de Jesucristo Maestro y Señor, de Jesús Sacerdote y único Cordero redentor, y al mismo tiempo dedicada a la completa y exclusiva imitación suya en el servicio pastoral al Pueblo de Dios; ese testimonio de vida ejerce una mayor atracción hacia el estado eclesiástico que cualquier otra fórmula humanamente más natural y aparentemente más fácil, pero en la cual la entrega a Cristo y la renuncia a sí mismo no tenga la perfecta y feliz coincidencia que todos conocemos. Todo depende de saberlo comprender, éste es el carisma condicionante. ¿Pero vamos a dudar que el Espíritu lo puede dar a los hijos más generosos de nuestra generación?»⁵.

Para que los religiosos y religiosas sigan renovándose en esta hora posconciliar sin perder lo que, por donación divina, les distingue dentro del Cuerpo Místico de Jesucristo. Para que la Iglesia jerárquica dispense a los laicos la confianza que merecen y éstos respondan con fidelidad, que es cohesión, coherencia, defensa y colaboración.

Así actualizaremos provechosamente el valor duradero de aquella fecha y prestaremos el mejor de los servicios a la Iglesia de este mundo, unida al culto de la Iglesia celestial en una misma comunión. Porque «la reforma que la Iglesia está realizando en nuestro tiempo, el así llamado *aggiornamento*, no afecta solamente a las estructuras, a las formas exteriores de la organización eclesial, sino que se refiere también a la línea que debemos imprimir a nuestra conducta y a los criterios que guían nuestro sentido moral»⁶.

⁴ PABLO VI, Palabras del *Ángelus*, viernes 19 de marzo de 1971.

⁵ Pablo VI, Discurso a los párrocos y cuaresmeros de Roma, 9 de febrero de 1970.

⁶ PABLO VI, Homilía del miércoles 4 de marzo de 1970.

SAN JOSÉ, EN LA IGLESIA DE AYER Y DE HOY

Carta pastoral, de fecha 15 de septiembre de 1976, publicada con motivo del II Simposio Internacional de Teología sobre San José, celebrado en Toledo del 19 al 26 de dicho mes. Texto del *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, septiembre de 1976.

El próximo domingo, día 19 del presente mes de septiembre se inaugurará en nuestra ciudad de Toledo el II Simposio Internacional sobre teología de San José, el Santo Patrono de la Iglesia Universal.

La celebración en nuestra ciudad de este encuentro de los estudiosos de la teología es para nosotros un honor. Especialistas de diversos países de Europa y América se reunirán en nuestro Seminario Mayor para deliberar y aportar la luz de sus reflexiones sobre ese misterio de humildad y de grandeza evangélicas que es San José, el elegido por Dios para ser el esposo de la Virgen María en la tierra. Admiro a estos hombres que no se dejan turbar por parcialidades excluyentes y saben –como teólogos de raza– que en el mensaje de la revelación todo tiene su propia importancia dentro de una Iglesia que piensa y que ora, precisamente porque es Iglesia viva. La figura de San José invita eficazmente a una reflexión cada vez más honda sobre el providencial destino que Dios le señaló y atrae a todos los necesitados de confianza en nuestra relación con Dios.

Junto a las reuniones de estudio, los organizadores del Simposio celebrarán diversos actos de culto y oración en nuestra Santa Catedral Primada y en la iglesia del Convento de Carmelitas Descalzas, a los cuales me honro en invitaros, queridos sacerdotes, comunidades religiosas y fieles. Porque necesitamos orar más, pensar más y actuar mejor. Se nos pasa el tiempo en lamentos, en comentarios críticos, en discusiones sobre hechos periféricos, mientras lo sustantivo de nuestra piedad se desvanece, con grave peligro para la fe. San José, Patrono de la Iglesia, nos ayudará a ser mejores hijos y miembros de esa Iglesia, porque *Él es la fidelidad en el silencio y en la acción.*

1. CULTO Y DOCTRINA SOBRE SAN JOSÉ

La devoción a San José es tan antigua como la aparición en la tierra del Verbo hecho hombre, y aun antes, en el momento en que se amaron José y María en Nazaret. Hemos de pensar que los primeros devotos de José fueron, primero, María y, luego, su Hijo Jesús. Nunca José contó con mejores y mayores devotos suyos que su Hijo y su esposa. Ellos nos dieron ejemplo de amor y entrega a José.

Luego aparecieron las primeras comunidades cristianas. El código de enseñanzas de estas comunidades está recogido en los evangelios. San Mateo, que escribe la tradición cristiana vivida por una comunidad compuesta de judíos y de paganos, principalmente palestinos, es como el actuario de su pensamiento y de su fe en Cristo. Y Mateo, para los actuales escrituristas, escribe los dos primeros capítulos de su evangelio inspirado en una fuente que

ha copiado la misión y actuación de José al lado de Jesús y de María, pero interpretándolas a la luz del que conoce perfectamente todas las viejas Escrituras.

La comunidad para la que escribe San Mateo, y Mateo mismo, se muestran ya devotos de San José y dicen de él todas sus grandezas: su papel en la historia de la salvación, sus virtudes, su sencillez y su silencio.

Luego se extiende sobre San José el olvido, las medias palabras, la oscuridad. Pasan dos siglos en que no se le menciona más que indirectamente por los escritores plenamente ortodoxos y reconocidos como tales por la Iglesia. Pero esta laguna de sombras la llenan los llamados evangelios apócrifos, en los que la fantasía domina la escena. En ellos se habla mucho de José, pero se le desfigura, se le empequeñece, se le achica, hasta hacerle viudo y con hijos, viejo barbudo y decrepito.

Es que han aparecido las herejías que niegan la concepción virginal de María. Para ellas, Jesús no sólo no es Dios, sino que es un hombre como otro cualquiera, nacido de un hombre y de una mujer. Se hace necesario reivindicar para él su divinidad, su concepción por obra del Espíritu Santo, su nacimiento de una virgen. Nada más fácil para aquellos tiempos, ni modo más eficaz para llegar a estas demostraciones que hacer a José viejo e incapaz de procrear hijos.

Por eso, para los primeros Padres de la Iglesia, sobre todo orientales, José no será siquiera esposo de María, sino solamente custodio. Menos será el padre de Jesús, ni aun virginal, sino a lo más tutor y nutricio.

La sombra en que vivió José en Nazaret, como guardián de los secretos de Dios y que hizo de él un innominado, vuelve a extenderse sobre su figura. Borrando a José de la escena, reciben toda su luz Jesús y María. Respecto de María, esto no es, sin embargo, del todo exacto. Toda la luz de los primeros siglos de la Iglesia se proyecta sobre Jesús. Su figura es tan única, tan deslumbrante, que impide ver las sombras que se mueven a su lado, incluida María.

Y esto principalmente entre las nuevas comunidades cristianas procedentes del paganismo, donde la concepción virginal de Jesús es poco menos que incomprensible. Por eso ha podido decirse que la devoción y culto a José no comenzó hasta el siglo IV, con la aparición en escena de San Agustín. San Agustín defiende ya no solamente el matrimonio verdadero de José y María, sino la verdadera paternidad de José. Y saca de ello todas las consecuencias.

El culto a los mártires, por otra parte, el único admitido en los primeros siglos de la Iglesia, si exceptuamos el de Jesús, impide que se les tribute a José, como a María, culto alguno en las asambleas cristianas.

Pero la doctrina sobre el esposo de María crece ya de manera incontenible desde San Agustín. Al principio no se hará otra cosa que repetir sus enseñanzas, pero poco a poco José va a obtener un lugar destacado en los escritores eclesiásticos. Es, sin embargo, en la Edad Media cuando José cobra entidad aparte, pudiéramos decir, en el pensamiento de los autores cristianos.

Esto por lo que se refiere a Occidente, pues en Oriente la figura colosal de San Juan Crisóstomo influye también en el progreso de la doctrina sobre San José,

si bien relativamente, pues su influencia en este terreno se debe más bien a una obra que se le atribuyó por error, el *Opus imperfectum*.

Es Occidente el que con más ahínco y tesón ha promovido la doctrina sobre San José. Respecto del culto litúrgico, le precedió Oriente, pues los coptos celebraban ya en el siglo VII una fiesta de San José. Sin embargo, hemos de llegar a los siglos VIII o IX para hallar incluido el nombre de San José, esposo de María, en un calendario o martirologio occidental.

En la baja Edad Media es cuando irrumpe con fuerza en todo Occidente la doctrina y culto de San José, para alcanzar más tarde, con Gersón y Santa Teresa, un esplendor desbordante.

En la Edad Media aparece ya San José en dos manifestaciones del arte religioso: en los capiteles de las catedrales europeas y en el teatro, en los llamados «misterios». Claro que siempre en escenas de la vida de Jesús y de María. Y no precisamente en olor de exaltación de su figura. En muchos casos de éstos, José era el humilde servidor de María, dedicado a los oficios humildes que las circunstancias demandan: cocinar, preparar las papas al Niño, etc., en los relieves catedralicios. Y en el teatro, como el hombre ridiculizado por su vejez al lado de una esposa virgen. La influencia de los apócrifos es en todo esto manifiesta.

La reflexión teológica se impone luego, sin embargo. Al hilo de la doctrina de San Agustín se devuelve a San José toda su dignidad. Con el Renacimiento aparece ya San José muchas veces en la pintura religiosa como figura principal: en su sueño o anunciación, en la huida a Egipto, en su muerte, o aisladamente.

En la Edad Moderna y Contemporánea han sido ya muchísimos los teólogos y escrituristas que han estudiado a San José de una manera directa y han descubierto el papel principal que tiene en la historia de la salvación. Aunque esta labor de escrituristas y teólogos no aparezca a la superficie del sencillo pueblo cristiano, dará fruto a su tiempo.

El culto público y la devoción popular a San José parece que van decayendo hoy, y hasta ha desaparecido la fiesta del Patrocinio de San José del calendario litúrgico, y la de San José Obrero ha quedado en muchas partes relegada.

Simultáneamente con este fenómeno ha surgido, o mejor precediéndole en escasos años, comienzan a surgir centros y sociedades promotoras de la doctrina y de la devoción a San José en Canadá, Italia, Polonia, Méjico y España, siendo los españoles los pioneros en suscitar este movimiento. Revistas especializadas, como *Estudios Josefinos*, en Valladolid, sostienen el fuego sagrado en esta empresa.

Son estos grupos los que ahora se reúnen en Toledo para celebrar el II Simposio Internacional sobre el Santo Patriarca, con el propósito de estudiar todo lo relativo a su figura durante un período histórico determinado.

2. SAN JOSÉ EN LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO

Liturgia. Antes de que Sixto IV impusiera la fiesta de San José del 19 de marzo para su diócesis de Roma en 1479, ya la celebraban algunas órdenes religiosas, por ejemplo, los servitas, los benedictinos y los franciscanos. Sabido es que, antes del Concilio de Trento, que reservó a la Santa Sede la institución de las fiestas, todos los obispos y superiores mayores de las órdenes monásticas y mendicantes tenían potestad de introducir en sus breviarios y misales las fiestas que creyeran convenientes. Es muy difícil localizar hoy los manuscritos de estos misales y breviarios. De todos modos, debemos señalar que es característica del Renacimiento la introducción generalizada de la fiesta de San José el 19 de marzo, y el vigoroso arranque de la misma parte de la iniciativa de Sixto IV.

Varias diócesis italianas siguen su ejemplo. En 1500 hay ya evidencia de que al menos sesenta ciudades de Europa celebran esta fiesta: veinticuatro en Francia, veintiuna en las regiones germánicas, trece en Escandinavia y siete en España, sin contar las italianas. El P. Gracián asegura que, gracias a su *Josefina* y a su lectura, «los arzobispos de Toledo, Valencia y otros preladados, han ordenado en sus diócesis que el día de San José sea fiesta de guardar»¹.

Las órdenes religiosas siguen su propio impulso. Los franciscanos, reunidos en Capítulo General celebrado en 1399, adelantándose a Sixto IV, franciscano también y por este hecho influido por ellos seguramente, acuerdan celebrar esta fiesta con rito doble, utilizando, sin embargo, el común de confesores. Los dominicos la celebraban ya en 1500 en varias provincias suyas, y en el Capítulo General celebrado en Roma en 1508, se autoriza la prosecución de la misma donde ya existiera, y durante el generalato de Ludovico Tomás de Vio (Cayetano) –1508-1517– fue proclamada obligatoria para toda la Orden. Los carmelitas tienen un oficio propio de San José a finales del siglo XV, que se hizo muy famoso, sobre todo por su antífona al *Magnificat*, y que es citado hasta nuestros días con admiración².

Predicación. Podríamos decir que es San Bernardino de Siena (1444) el que inaugura un estilo nuevo en la predicación popular sobre San José con su célebre *Sermo II: Vigilia Nativitatis Domini, De Sancto Joseph sponso beatae Virginis*³. De él en adelante nada tienen que hacer los evangelios apócrifos en la predicación sobre San José. Se imponen también aquí los cánones del Evangelio y la reflexión teológica, con una clara exaltación de la figura de José, a quien se le conceden, como antes hiciera Gersón, privilegios antes ni soñados. Estamos ya a noventa grados de distancia de un San Vicente Ferrer, por ejemplo. A él seguirán los otros dos franciscanos italianos, también llamados Bernardinos, el de Bustis y el de Feltre, y con ellos todos los predicadores renacentistas. En España, por no citar a otros, tenemos a San Juan de Ávila, con su sermón del 19 de marzo, titulado *¿Por qué desposada la Virgen con San José?*, y al Beato Alonso de Orozco (1500-1591).

¹ Cf. edición de Bruselas, 1609, dedicatoria, hoja 5v.

² Cf. LUCOT, *Saint Joseph. Etude historique sur son culte*, París 1875, 128.

³ Cf. *Opera omnia*, vol. VII, Quaracchi 1959, 16ss.

El predominio de la Escritura, la autoridad de los Padres y escritores de toda solvencia, la reflexión teológica, junto con una piedad entrañable y sentida hacia San José, son las características de la predicación josefina del Renacimiento.

El Arte. Gersón e Isolani han exaltado la dignidad de San José como verdadero esposo de María y, por ello, padre de Jesús. Y en esta dirección marcha también ahora el pincel de los más grandes pintores. También han defendido, contra los apócrifos, la juventud del Santo a la hora de contraer su matrimonio con María. Aparecen en el Renacimiento muchos cuadros sobre los desposorios, en que esta juventud, madura, si se quiere, y su imponente dignidad, se ponen de relieve. Ya no es San José el humilde servidor, casi criado de María, de la Edad Media. Citaremos solamente como un ejemplo destacado *Los desposorios de la Virgen*, de Rafael (1504).

El Renacimiento tiene entre sus características más salientes, además de la vuelta a las formas griegas, un humanismo muy acendrado. Comienza con él a exaltarse, en el orden religioso, la humanidad de Cristo de la mano de la escuela franciscana. Esto conlleva lógicamente el interés por los misterios de la infancia de Jesús y sus relaciones con todos sus parientes, por ejemplo, con San Joaquín y Santa Ana; pero más principalmente con su madre y con su padre terrenos. Unidas estas dos corrientes abocan en la plasmación por el arte de escenas de esa infancia, logradas con una perfección hasta entonces desconocida. Así aparecen cuadros de la Sagrada Familia, por ejemplo, y de la Adoración de los pastores y de los Reyes. No hay en el Renacimiento pintor de relieve que no emplee sus pinceles en representaciones de este tipo.

Evoquemos aquí a nuestro Greco (¿1541-1614?), que pinta una admirable *Sagrada Familia con Santa Ana* (1595), conservada en el Hospital de Tavera, de Toledo, y una *Adoración de los pastores* (1605), en que aparece destacadamente San José, y cosa mucho más destacable, dos cuadros de *San José con el Niño*, uno hoy en la Capilla de San José, de Toledo (1597-1599), y otro posterior en el Museo de Santa Cruz, de la misma ciudad.

Devoción popular. Se escriben muchas vidas de Cristo y de la Virgen en el Renacimiento con las características arriba apuntadas para la teología, pero continúan ejerciendo en esta época influencia extraordinaria dos obras anteriores: las *Meditationes Vitae Christi*, del pseudo-Buenaventura, y, sobre todo, la que en castellano dio en llamarse *Vita Christi Cartuxano*, que manejó mucho Santa Teresa⁴, y que recomienda a sus monjas en las Constituciones: «Tenga cuenta la priora con que haya buenos libros, en especial *Cartujanos...*»⁵. Esta Vida de Cristo está traducida al castellano por Ambrosio de Montesinos, siendo la primera edición de 1502. Esta obra, juntamente con la *Subida al Monte Sion*, de Bernardino de Laredo, y que llevaba al final su *Josefina* desde al menos el año 1542, ejercieron en la España del Renacimiento una gran influencia en la devoción a San José, aunque la primera está muy influida por los apócrifos.

Por otra parte, la peste invade por aquellos tiempos toda Europa y la gente muere por millares, sin encontrar remedio humano a aquella verdadera catástrofe. Europa es profundamente cristiana y el hecho de una muerte segura e

⁴ Cf. *Vida*, cap. 38, 9: BAC 212⁷, 172.

⁵ *Constituciones*, 1,13: BAC 212⁷, 636.

inesperada le hace recurrir a la protección del cielo, pensando sobre todo en su eterna salvación. Ya Gersón ha escrito que San José es patrono de la buena muerte por las bellas circunstancias de la misma, y las gentes buscan desesperadamente su protección. Durante el Renacimiento aparece con fuerza esta devoción.

Y puestos a buscar un protector celestial para otras circunstancias, y siendo San José de oficio carpintero, los gremios de ebanistas y carpinteros le proclaman su patrono. Esta modalidad aparece primero en Italia. El P. Jerónimo Gracián escribe su *Josefina* (1597) para la cofradía de carpinteros de Roma.

En este tiempo nace también con fuerza la devoción a los siete dolores y gozos de San José, nacida o acaso mejor impulsada por Juan de Fano, religioso capuchino italiano, que cuenta una aparición de San José a varios religiosos de su Orden que luchan contra un naufragio y en peligro de perder la vida se les aparece el Santo y les recomienda que recen siete padrenuestros y avemarías cada día en recuerdo de los mismos, prometiéndoles su alta protección a cuantos realicen este ejercicio. El P. Gracián nos dice que «esta devoción usan muchos en Italia, principalmente entre los Padres capuchinos»⁶. Y él mismo publica unas oraciones para este ejercicio⁷.

Por este mismo tiempo también comienza la costumbre cristiana de imponer en la pila bautismal el nombre de José a los recién nacidos, de forma que un elevado número de varones se llaman José en casi toda Europa, pero acaso principalmente en España.

Podríamos considerar a Santa Teresa de Jesús (1515-1582) como el prototipo de la devoción popular a San José, aunque ilustrada. A él encomienda, muy joven, la curación de una enfermedad misteriosa, y de él, según confesión propia, obtiene la curación⁸; y luego manda celebrar la fiesta del 19 de marzo, costeadada a sus expensas, según costumbre de la época, en el mismo monasterio de la Encarnación, donde era monja profesa. Luego le hará patrono de todos sus conventos. Y, cuando ha de recomendar la devoción a algún santo, deja escrito en uno de sus avisos: «Aunque tenga muchos santos por abogados, séalo particular de San José, que alcanza mucho de Dios»⁹.

Con posterioridad a esta época, sobre la cual se centran en exclusiva los estudios del actual Simposio, el culto y la piedad del pueblo cristiano a San José fueron aumentando sin cesar y su nombre bendito fue incluido en el Canon de la Misa por disposición del Papa Juan XXIII durante el Concilio Vaticano II, a petición de muchos Padres.

Ha sido después, en estos años de oscura y profunda turbación, cuando en determinados ambientes, no en el pueblo fiel y sencillo que obedece a la Santa Iglesia, han dejado de estimarse sus valores evangélicos, que tanta luz y consuelo ofrecen a todo cristiano.

⁶ *Josefina*, Roma 1597, 239-240.

⁷ *Ibid.*, 207s.

⁸ *Vida*, 6, 5 s.: BAC 212⁷, 42.

⁹ *Avisos*, 65: BAC 212⁷, 665.

Queridos diocesanos: acudid a San José, y por medio de él y de la Santísima Virgen María, vivid unidos cada vez más con Jesucristo. No se equivoca el que sabe apreciar la singularidad de su persona santa y de su misión en la Iglesia. Valen para todos nosotros las palabras que el insigne Carmelita Juan de la Madre de Dios escribía en el siglo XVII sobre Santa Teresa: «No sé qué instinto, qué ingenio tuvo la sabia virgen (Santa Teresa) para conocer y apreciar tanto la santidad de José. Bien sé que algunos intérpretes del libro III de los Reyes refieren que, entre otros medios de que la Reina de Saba usó para probar la sabiduría de Salomón, hizo este examen. Puso ante sus ojos a considerable distancia varias coronas de flores, todas artificiales de cera y seda, pero tan propias que equivocaba y aun confundía a la naturaleza el arte, y alguna natural. Pero el sabio Salomón mandó a un paje que le trajese una abeja y, poniéndola en la mano en frente de las coronas y despidiéndola blandamente, la abeja, gobernada por el instinto y suavidad del olor de las flores naturales, hizo asiento en su corona y entre todas las descubrió. Antes de Santa Teresa parece que la santidad de José era vulgar y se confundía entre otros santos sin particular eminencia. ¿Qué hizo el sabio Salomón? Envió a la abejita Teresa... y la santa se fue con singularidad a las flores del báculo de José, descubriendo que excede con proporción a otros santos, con la ventaja que exceden las flores que la naturaleza forma a las que fabrica el arte»¹⁰.

¹⁰ JUAN DE LA MADRE DE DIOS, *Sermones varios*, Madrid 1699, 73.

SAN JOSÉ EN EL MISTERIO DE CRISTO

Homilía pronunciada el 26 de septiembre de 1976 en la Catedral Primada, con motivo de la clausura del II Simposio Internacional sobre San José. Texto publicado en el *Boletín Oficial del Arzobispado de Toledo*, octubre de 1976.

Al reunirnos hoy aquí para clausurar con esta Misa solemne los actos que han venido celebrándose con motivo del II Simposio Internacional sobre San José, me es muy grato saludaros a todos, queridos señores obispos, sacerdotes, religiosos, fieles seculares de las Asociaciones Josefinas de España y de otros países, que habéis llegado hasta aquí para dar testimonio de vuestra fe y vuestra piedad y devoción al Santo Patriarca.

Saludo igualmente al Excmo. Cabildo de nuestra Catedral Primada, a los sacerdotes y fieles de Toledo y a cuantos estáis con nosotros, unidos, quizá sin saberlo hasta este momento, en la singular intención que nos congrega dentro de la celebración eucarística.

Nuestra Archidiócesis de Toledo, señores participantes en el Simposio, os ha acogido a través de sus instituciones: Curia del Arzobispado, Catedral, Seminario, Comunidades Religiosas, con el respeto que sabe tener para todo esfuerzo de reflexión teológica y con el afecto que le merecéis al ocuparos con tanto amor del esposo de María, la Virgen Santísima, que tuvo en nuestro San Ildefonso el mejor cantor de su virginidad. Al componer su obra *Liber de perpetua virginitate Sanctae Mariae*, su corazón y su pluma se movieron en torno a Ella, la Virgen, pero sin dejar de hacer alusiones a José, virgen como ella, testigo de su virginidad, padre de Jesús¹.

En la centuria anterior, el gran San Isidoro, que presidió varios concilios en Toledo, escribió, con referencia al patrocinio de San José sobre la Iglesia, muchos siglos antes de que nadie hablara sobre ello, esta frase lapidaria: *Joseph, typice Christi gestavit speciem, qui ad custodiam sanctae Ecclesiae deputatus est, quae non habet maculam neque rugam*². Todo ello nos permite suponer que en nuestro venerable rito visigótico, sobre el que tanto queda por investigar, la figura del Esposo de María ha de tener reconocimientos y alabanzas correspondientes a su dignidad. Siglos después, es el arte pictórico, con su lenguaje tantas veces superior al de la palabra hablada o escrita, el que logra, precisamente en Toledo, expresiones de calidad insuperable en relación con San José. El pincel del Greco nos dejó esas maravillas que pueden verse en el Museo de Santa Cruz (San José y el Niño); en el Hospital de Tavera (Sagrada Familia); en el Convento de Santo Domingo (Epifanía), y tantos otros, que llegaron desde aquí a diversos puntos de España y de otros países. Del Greco y de otros pintores, Toledo es la ciudad del mundo que conserva más lienzos artísticos sobre San José, muchos de ellos en esta misma Catedral.

¹ Véase la edición crítica de VICENTE BLANCO GARCÍA en Santos Padres españoles, vol. I, Madrid 1971, BAC 320, 42-154.

² *Allegoriae quaedam Scripturae Sacrae*: PL 83, 117.

Ante una tradición como ésta no os extrañéis de que quien hoy ocupa la Sede Toledana, que desde sus primeros años de vida sacerdotal en Valladolid tanta relación mantuvo con la Asociación Josefina de aquella querida ciudad, os haya recibido también con el mismo amor y deferencia con que lo ha hecho la diócesis. Aquí se escribió antaño un primer capítulo sobre San José, el de la devoción que nace del fervor mariano de San Ildefonso; más tarde el segundo, que fue el del arte; faltaba el tercero, el de la reflexión teológica, y es el que habéis estado escribiendo vosotros estos días.

ATENCIÓN A LAS COSAS PEQUEÑAS

¡Oh, hermanos!, yo amo las pequeñas cosas, podría deciros ahora con el lenguaje de los poetas. Os diré por qué. A la Iglesia de hoy le sobran tensiones y conflictos. Tantos son y de tan variados signos, que es difícil interpretarlos como síntoma de vitalidad creadora. Más bien indican en muchas ocasiones enfermedad grave. Nos falta fe, confianza, obediencia sencilla, sumisión amorosa a la voluntad de Dios, aceptación de la vida y de la muerte, del dolor y del trabajo, del progreso y de sus limitaciones, dentro de un marco general de obsequio y reverencia a la providencia de Dios nuestro Padre.

Yo amo las pequeñas cosas, es decir, el avemaría que reza por la noche un misionero para encontrar consuelo y paz, después de una jornada agotadora; el sacrificio silencioso y ofrecido con amor de un sacerdote que, cuando apenas consigue nada de sus feligreses en su trabajo año tras año, habla con el Señor y se lo cuenta todo con mansedumbre y humildad; el esfuerzo de una familia cristiana por sacar adelante a sus hijos que, ante las dificultades dice, sin embargo, sigamos adelante con confianza en Dios... Y todo lo que gira en torno al misterio de la Encarnación y la Redención de Jesucristo, dispuesto por la mano providente de Dios, y por eso mismo tan digno de respeto y amor, y tan eficaz para conservar y fortalecer la fe, puesto que ésta llega hasta mí, aunque sea un don de Dios, a través de las encarnaciones múltiples en que se manifiesta en los demás, mis hermanos... Pequeñas cosas y pequeñas personas del Evangelio, pecadores arrepentidos y perdonados, madres y padres implorantes, mujeres de la familia de Jesús que le seguían, cruz solitaria y abandonada, Nazaret silencioso, taller de trabajo para ganar un pobre jornal. José, José, humilde, constante, siempre honrado y creyente, natural en sus reacciones y sobrenatural en sus determinaciones últimas, el San José de las pequeñas cosas y, sin embargo, tan grande y tan excelso.

Nos sobra crítica y nos falta *contemplación* del misterio, y aquí está una de las raíces más hondas del malestar que se experimenta hoy en la vida de la Iglesia. Porque luego sucede que cuando se *contempla* de verdad, en esas pequeñas cosas y personas se ven asombrosos detalles de grandeza que nos permiten comprender mejor el plan de Dios, la aproximación de los hombres al misterio de Cristo, el por qué la Iglesia nos los presenta como patronos, como valedores, como santos para ejemplo nuestro y para ayuda en el camino.

El puesto de San José en la historia de la salvación tiene una relevancia singular. Reconocerlo así no sólo es comprender mejor el Evangelio, sino humanizarlo en el mejor sentido de la palabra, ver las cercanías del misterio central con los

hombres que en torno al mismo se mueven, aceptar el valor que tienen en el plan divino las virtudes y disposiciones de la voluntad de un hombre justo, sentir que en el juego de las eficacias evangelizadoras de cualquier tiempo y ambiente cuentan los secretos interiores de la disponibilidad, el abandono en las manos de Dios, el cuidado de la pequeña casa de Jesús que es la Iglesia, la misión, el trabajo apostólico, la familia. Todo eso parece pequeño, pero ¡ved cuánta grandeza hay en San José!

En efecto, la dignidad y la santidad de un ser humano están en proporción directa con su proximidad a la Persona de Cristo.

DOCTRINA TEOLÓGICA SOBRE SAN JOSÉ

Durante siglos, la cristiandad concedió esta mayor grandeza y dignidad, primero a San Juan Bautista, seguido de los apóstoles. A aquél, por lo que Cristo dijo de él: *En verdad os digo que, entre los nacidos de mujer, no ha aparecido uno más grande que Juan el Bautista* (Mt 11, 11). Y a los apóstoles, por la afirmación de San Pablo: *Las riquezas de su gracia (de Cristo), que superabundantemente derramó sobre nosotros los apóstoles toda sabiduría y prudencia* (Ef 1, 7-8), comentando las cuales Santo Tomás dijo que era «temeridad la de los que se arrojan a comparar a otros santos con los apóstoles en gracia y gloria»³. A todo esto dio cabal contestación Francisco Suárez: que hay que tener como probable y que de ninguna manera va contra la Escritura, que San José fue de mayor dignidad y gracia, pues pertenece a un orden superior. El Bautista y los apóstoles pertenecen al orden de la gracia, pero José, después de María, pertenece al orden de la unión hipostática⁴. Esta opinión es hoy comúnmente compartida por todos los especialistas sobre San José. Su base es que la misión de los apóstoles viene referida a la fundación de la Iglesia con todas sus consecuencias, mientras que la misión de San José dice relación directa con la persona de Jesús.

Los apóstoles fueron llamados y elegidos por Jesús para este ministerio, y José fue llamado y elegido por Dios para ser el esposo de María y el padre virginal de su Hijo, como lo atestigua claramente San Mateo en 1, 18-25. El objeto de este anuncio no fue informar a José de la concepción virginal de María, aunque ese fuera el preámbulo, sino, tomando pie de este hecho, el ángel demanda de José tres cosas: que reciba a María definitivamente en su casa; que con ello se convierta en padre de Jesús, y que imponga a éste el nombre. Se dan aquí la llamada, la invitación por parte de Dios y la aceptación silenciosa, pero eficaz de José, que consistió en obrar, llevando a María a su casa, celebrando el acto solemne de las bodas. Así quedó apartado el pensamiento del divorcio o abandono de María y ratificado su matrimonio con José.

Consecuencia de todo ello fue la paternidad sobre Jesús, singular, no parecida a ninguna otra, pues su matrimonio fue pre-ordenado por Dios. En alguna manera José fue padre de Jesús con mayor vinculación a su esposa y al fruto de este matrimonio, Jesús, que el resto de los matrimonios con sus mujeres y

³ *Super epistolas S. Pauli lectura*, vol. II, Turín 1953, n. 23.

⁴ Cf. *Tertia pars Summae Theologiae... Sancti Thomae... cum commentariis*, q.29, disp., 8, Vives, París, 1866, vol. XIX, 125.

sus hijos, pues en este caso se limitan a seguir las leyes de la naturaleza, establecidas también por Dios, pero para el matrimonio con María y la paternidad consiguiente hubo una intervención directa de Dios mismo. La generación quedó excluida, pero suplida ampliamente por la elección y pre-ordenación de Dios. Los Padres, sobre todo San Agustín, insisten una y otra vez en que la esencia del matrimonio está en la unión de las almas. Lo mismo hace Santo Tomás y detrás de él multitud de teólogos. San Agustín nos dice: *Non itaque propterea non fuit pater Joseph, quia cum matre non concubuit; quasi uxorem libido faciat, et non caritas conjugalis*⁵. Y Santo Tomás: *Forma autem matrimonii in quadam indivisibili coniunctione animorum, per quam unus coniugum indivisibiliter alteri fidem servare tenetur*⁶.

Que fue verdadera esta paternidad de José sobre Jesús nos lo dice San Agustín: *Quare non per me generationes vel ascendunt, vel descendunt? An dicitur ei: Quia non tu genuisti opere carnis tuae? Sed respondebit: Numquid et illa opere carnis suae peperit? Quod Spiritus Sanctus operatus est, utrisque operatus est... Spiritus Sanctus in amborum iustitia requiescens, ambobus filium dedit. Sed in eo sexu quem parere decebat, operatus est hoc, quod etiam marito nasceretur. Itaque ambobus dicit angelus ut puero nomen imponant*⁷.

Aquí San Agustín alude con toda claridad al derecho que los padres judíos tenían a imponer el nombre a sus hijos, como lo demuestra la Vieja Escritura y confirma claramente el Nuevo Testamento en el caso de la imposición del nombre a Juan el Bautista (Lc 1, 59-63). Y, recíprocamente, la imposición del nombre al recién nacido en el día de la circuncisión implica por lo mismo el ejercicio de ese derecho paternal. De hecho, fue San José el que impuso el nombre a Jesús (Mt 1, 25).

Todo esto, juntamente con el hecho de que tanto San Mateo como San Lucas tracen las genealogías de Jesús a través de la genealogía de José, demuestran palpablemente que José fue verdadero padre de Jesús, aunque no lo engendrara. Hoy es ya rarísimo el escriturista que se atreva a sostener que la genealogía de Jesús que nos da San Lucas es la genealogía de María, entre otras razones por el hecho comprobado en la Escritura de que nunca se trazan en ella las genealogías a través de las mujeres. Por este hecho está también la costumbre de todos los viejos pueblos orientales.

No importa que hasta el día no se haya hallado el nombre exacto que califique la paternidad de San José. Hay que desterrar, de todos modos, de ella los calificativos de: putativo, nutricio, etc., que se fijan en aspectos totalmente ajenos a la verdadera paternidad. Lo mismo digamos del de «adoptivo», pues el hijo adoptivo es totalmente ajeno al matrimonio que lo adopta. No es este el caso de José. Los apelativos más en boga actualmente entre los especialistas en estudios josefinos son el de «virginal» o el de «matrimonial». El primero puede, sin embargo, ser compartido con María, y el segundo no.

Desde Bossuet sobre todo se carga el acento en el amor paternal que José profesó a Cristo. Efectivamente, Bossuet viene a hacer esta sencilla, pero

⁵ *Sermón 51*, 13, 21: PL 38, 344; BAC 441, 29.

⁶ *Summa Theologiae* 3 q.29 a.2 c.

⁷ *Sermón 51*, 20, 30: PL 38, 351; BAC 441, 42-43.

definitiva aclaración: «María no concebirá de José, porque la virginidad saldría perjudicada con ello, pero José repartirá con María los cuidados, las vigiliadas, las inquietudes, con las que educará al divino niño; y él sentirá por Jesús la inclinación natural, todas las dulces emociones, todos los tiernos arrebatos de un corazón paternal». Se pregunta a continuación cómo podrá ser esto, pues José no es padre por naturaleza, y se contesta: «Aquí es donde nos es necesario comprender que el poder divino actúa en esta obra. Es por un efecto de este poder como San José tiene corazón de padre, y si la naturaleza no se lo da. Dios le hace uno con su propia mano, pues de Él está escrito que cambia, cuando le agrada, las inclinaciones»⁸.

San José fue, además, conforme a los planes divinos de la redención, absolutamente necesario para la venida de Cristo al mundo. Hoy es corriente afirmar que en lo que los teólogos llaman «decreto de la Encarnación», no sólo se contiene ésta, sino todas sus circunstancias, como, por ejemplo, la maternidad divina de María⁹. Y por lo mismo su concepción virginal y sus desposorios con José. María había de ser simultáneamente virgen y casada. Para ambas cosas se *necesitó* la colaboración de San José. María no hubiera podido ser virgen sin el asentimiento de José, que poseía sobre ella los derechos del matrimonio. Menos hubiera podido ser casada sin el concurso de José. Pero es más. Está claro que Jesús quiso nacer dentro de un matrimonio y que este matrimonio fuera presidido por José. Quiso nacer como todos los demás hombres, dentro de un hogar, por razones obvias que dan los escritores eclesiásticos desde tiempos remotos: Jesús no podía aparecer ante su pueblo como hijo de una mujer soltera. Además que necesariamente había de pertenecer a la casa de David (cf. 2Sam 7, 16; 1Cro 17, 14) y, por ello, contar con una genealogía que lo demostrase. Esta genealogía, como hemos dicho más arriba, había de dársela José.

Todo esto demuestra hasta la saciedad que José fue una pieza esencial en los planes de Dios para la Encarnación. San José, y habida cuenta de todo lo que hemos dicho, fue en los planes de Dios en la historia de la salvación un elemento necesario. Sin él no se hubiera realizado ni la Encarnación ni la Redención, pues aquélla no sólo es la premisa necesaria, sino que la Encarnación misma forma ya parte esencial de la propia Redención.

Se ha hecho últimamente por algunos teólogos gran hincapié en demostrar que la pasión, muerte y resurrección de Jesús forman el núcleo específico de la Redención. Sin embargo, no puede negarse que toda la vida de Jesús fue redentora. Y en este contexto hay que poner también la infancia de Jesús, en cuyo desarrollo tuvo tan importante papel la misión de José al lado de Jesús.

A este respecto son esclarecedoras las palabras de Pablo VI: «Honramos e invocamos hoy a San José, el humilde obrero, esposo de la Virgen y padre legal de Jesús, que dio a Cristo, Hijo de Dios, la condición civil terrena; le dio la familia, la patria, la herencia histórica de la estirpe de David, el hogar, el pan, el lenguaje, la educación del pueblo, el servicio de la autoridad doméstica, el trabajo y la profesión, la clasificación social de artesano y, especialmente, la defensa, la

⁸ *Oeuvres oratoires de Bossuet*, vol. II, edición de V. LEBARQ: *Premier panègyrique de Saint Joseph*, París 1927, 135. Cf. J. LAGO, en *Estudios Josefinos*, 3 (1949) 122-123.

⁹ Cf. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La Mère du Sauveur et notre vie intérieure*, París 1954, 6s.

custodia, la protección durante su infancia atribulada e insidiada, y durante su floreciente y escondida adolescencia. El Jesús que estaba para nacer, el Jesús niño, el Jesús muchacho, el Jesús débil, el Jesús pobre, y María con Él, tuvieron necesidad de este hombre sencillo, piadoso, íntegro, trabajador, silencioso, que lo era todo para Él»¹⁰.

CONCLUSIÓN

Estas palabras del Papa deben animarnos a todos a seguir adelante en nuestra reflexión teológica sobre San José y en el cultivo esmerado de la devoción y piedad del pueblo cristiano hacia el Santo Patriarca. Es lo que nos dice el Cardenal Secretario de Estado en nombre del Sumo Pontífice en la carta que nos ha dirigido.

«El Simposio actual desea dar a sus trabajos una orientación netamente cristológica, que abarque tanto el estudio especializado de las cuestiones sometidas a examen, cuanto la manera de presentar al pueblo fiel las enseñanzas y ejemplos de San José. Tal orientación es digna de todo elogio, en cuanto que así se podrá ver desde su justo punto de vista un aspecto del misterio de Cristo, al contemplar la figura de quien, por designio divino, tuvo una misión que le colocó tan singularmente cercano al mismo Jesucristo y a aquella que Él eligió por Madre. Precisamente por ello y por su entrega en la fe, sin reservas, a la tarea excelsa pero oscura de custodio y servidor del Verbo encarnado, San José es un ejemplo límpido e inalterable para el cristiano. Este ejemplo admirable de servicio y dedicación total a la causa salvadora de Jesús es digno de ser expuesto en todas sus ricas facetas y significación modélica, para que, en medio de las dificultades y tensiones presentes, la Iglesia de hoy, al mirar hacia esta figura señera se sienta impulsada con nueva fuerza, a esa cordial fidelidad a Cristo que los tiempos requieren».

¹⁰ Palabras pronunciadas en el *Ángelus*, del viernes 19 de marzo de 1971: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 28 de marzo de 1971, 10.